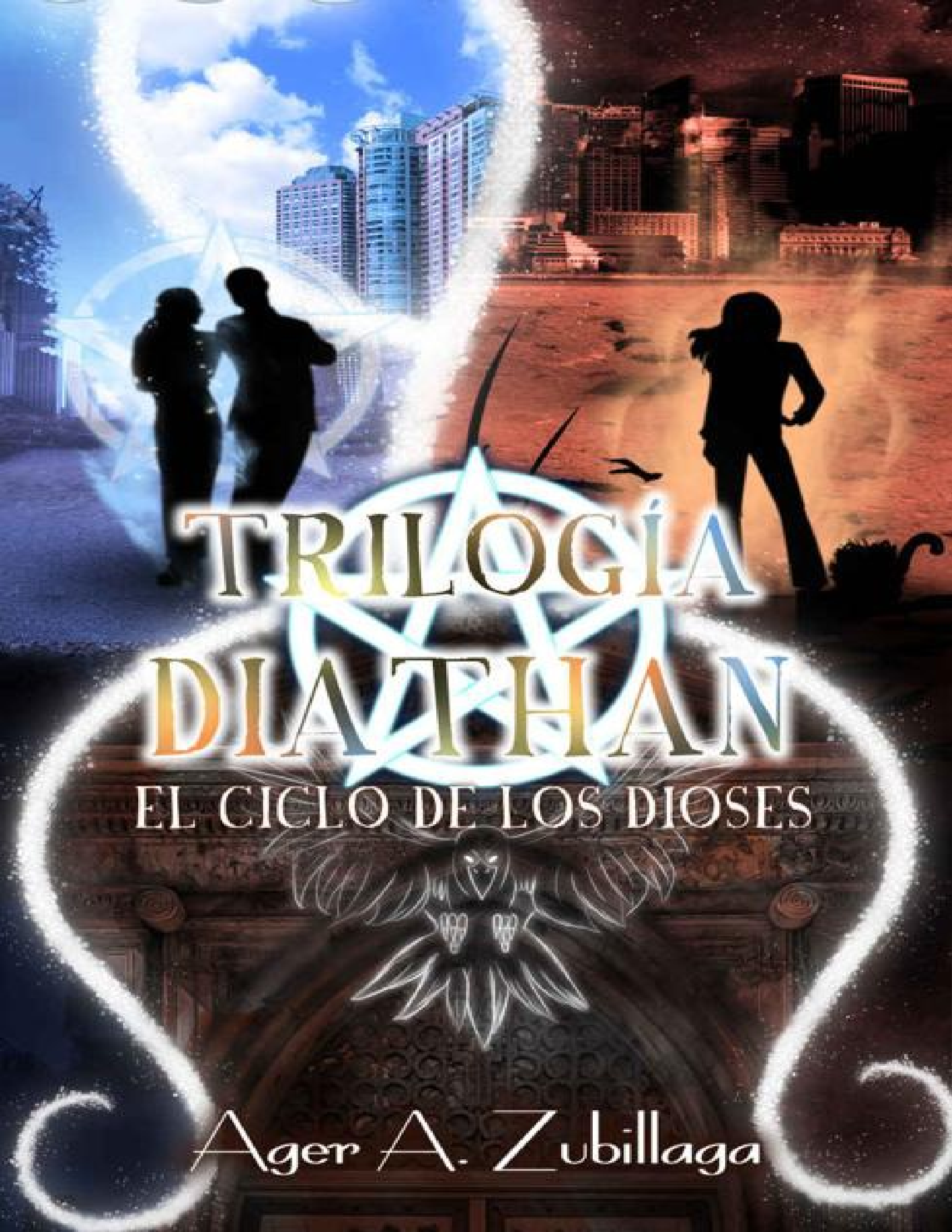

TRILOGÍA
DIATHAN
EL CICLO DE LOS DIOSES
Ager A. Zubillaga

Título: **TRILOGÍA DIATHAN- El ciclo de los dioses**

© 2024, Ager Aguirre

Facebook: Ager Aguirre

Twitter: @AgerGolden

De la maquetación: 2024, Ager Aguirre

Del diseño de la cubierta: 2024, Vero Monroy

De las ilustraciones: 2020, Lidia S. Balado

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice de contenido

AISLING-En el mundo de los sueños.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
GRAWELL-En el mundo de las brujas.
1
2
3
4
5

6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
MARBHREILIG-En el mundo de los muertos.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
PÁGINA WEB DEL AUTOR

AISLING
En el mundo
de los sueños

1

Reina el caos. Octubre de 2048.

Las sirenas de la policía resonaban entre los edificios. La gente corría en distintas direcciones, unos escapando de las fuerzas del orden y otros huyendo de los altercados. Los menos afortunados se quedaban atrapados en medio de las revueltas.

Habían pasado más de dos años desde que la mayor tormenta solar de la historia sometiera al planeta a un apagón tecnológico y, pese al tiempo transcurrido, las calles, sobre todo por las noches, seguían siendo un caos incontrolable de atracos, manifestaciones, protestas y violencia.

Esa tarde, mientras Triz cubría su turno en el hospital, un grupo de personas, sin nada que perder, se reunió en la plaza para protestar por la situación en la que tenían que vivir. Lo que empezó como una protesta pacífica se fue calentando con la llegada de la policía. Los ánimos de los manifestantes se fueron encendiendo y no tardaron en aparecer las primeras voces que aseguraban que aquello no se iba a solucionar con gritos y soflamas y que tenían que tomar lo que les pertenecía por la fuerza, porque ya era hora de hacer justicia y de no dejarse robar más.

La policía, tras escuchar a estos manifestantes, decidió actuar, y varios de los cabecillas de la protesta fueron detenidos, aunque lo único que consiguieron fue avivar la reacción del resto. Algunos encapuchados se pusieron a la cabeza de las protestas y decidieron asaltar la Central, el punto con mayores reservas de electricidad de cada ciudad.

Tras el apagón provocado por la tormenta solar, la energía se había convertido en el bien más preciado y, al igual que en el siglo XIX hicieron los bancos con las reservas de oro, los gobiernos crearon unas sedes donde guardar, proteger y distribuir las escasas reservas eléctricas.

Lo que en un principio la sociedad aceptó como algo necesario se acabó convirtiendo en una forma de control por parte de las autoridades y las empresas. Nadie podía producir electricidad propia, y la que generaban las compañías resultaba tan cara que la mayoría de la población no podía

permitirse ni calentar la comida.

Los manifestantes deseaban asaltar la Central con el objetivo de robar tarjetas de valor energético, tarjetas de diferente capacidad donde las empresas eléctricas acumulaban la energía para su distribución. Las querían para su uso personal.

Sin embargo, la fuerte vigilancia y las medidas de seguridad del lugar impidieron el asalto y, llevadas por la impotencia, varias agrupaciones pagaron su frustración incendiando y atracando varios comercios. La policía cargó contra ellos cuando intentaban robar alimentos y se podía sentir en el aire, ya de por sí plomizo, que aquello no iba a terminar bien.

Las fuerzas de seguridad consiguieron detenerlos, pero varios de los asaltantes se resistieron y tuvieron que emplearse a fondo. Las alarmas no tardaron en sonar en el hospital, por lo que Triz y su equipo esperaron la llegada de los heridos más graves.

Uno de ellos, un comerciante que sufrió el ataque de los vándalos, padecía un traumatismo craneoencefálico y su vida corría serio peligro. Como jefa de los servicios médicos y especializada en este tipo de traumatologías, a Triz le asignaron la operación.

—¡Vamos! ¡No te me puedes ir ahora! ¡Vamos! —suplicó al ver que la operación no daba resultado.

Las constantes vitales del paciente no se mostraban nada tranquilizadoras y veía como todos sus esfuerzos por salvarle la vida eran infructuosos. Lo intentó por todos los medios, pero durante sus años de trabajo había aprendido que, a veces, te tienes que conformar con hacer todo lo que está en tu mano, aunque esto no resulte suficiente. No te puedes reprochar nada si no quieres terminar volviéndote loca. Unos minutos más tarde, el hombre entró en parada cardíaca.

Los intentos por reanimarlo fueron baldíos. Triz certificó la muerte a las veintiuna horas y veintiún minutos. Los ayudantes, enfermeros y auxiliares, fueron abandonando la sala de operaciones mientras ella se excusaba para quedarse unos minutos a solas con el fallecido. Sus compañeros, acostumbrados a esta petición, pensaban que necesitaba despedirse de ellos, al no haber podido hacer nada más por salvar sus vidas, y respetaban ese momento y su decisión, pero la realidad era levemente distinta.

Quería quedarse a solas con los que no había podido salvar para ayudarles a transitar del mundo de los vivos al de los muertos sin interferencias. Ese paso de un lugar a otro podía ser placentero o convertirse en traumático, y ella se aseguraba de que, al menos, tuvieran una entrada lo más tranquila

posible.

En cuanto se quedó a solas en la sala de operaciones cerró la puerta del quirófano e inició el ritual dibujando un círculo alrededor de la camilla donde yacía el hombre.

Las ceremonias de transición entre esos mundos representaban un ritual sencillo para el que no necesitaba nada más que sus oraciones y la ayuda del cadáver. Había otras bastante más complejas.

En estos casos siempre solían colaborar de buen grado cuando se les anunciaba una nueva vida, pero esa noche no iba a ser tan fácil.

Recién iniciadas las oraciones, el fallecido se aferró a su mano, y casi tuvo que usar el desfibrilador con ella misma. A punto estuvo de parársele el corazón.

Si la primera vez que ayudó en aquel tránsito el muerto hubiera reaccionado de la misma manera, también habrían tenido que ayudarle a ella a cruzar al «otro lado». Por fortuna, o por desgracia, ya llevaba muchos tránsitos realizados, aunque no terminaba de acostumbrarse a según qué reacciones de los muertos.

El hombre abrió los ojos. Su mirada había perdido todo rastro de vida y sus globos oculares se veían de un color negro tan intenso que la oscuridad que emanaban absorbía la luz de su alrededor.

Un grito se ahogó en la garganta de Triz cuando empezó a mover sus labios.

—No puedo irme todavía —murmuró.

—Debes hacerlo. No te preocupes. Una nueva vida te espera al otro lado —respondió ella intentando tranquilizarle y serenarse.

—No lo entiendes...

—Claro que lo entiendo. A nadie le gusta tener que marchar, pero, en ocasiones, es necesario. Tu lugar está ahora en ese otro mundo.

—¡No, Triz! ¡No lo entiendes! —exclamó el muerto alzando la voz y mirándola con sus profundos ojos negros. Que la llamara por su nombre fue lo que terminó de helarle la sangre.

—¿Cómo demonios sabes mi nombre? Llegaste al hospital inconsciente...

—Esta vez no es cuestión de demonios… Todos sabemos tu nombre porque tienes que

salvarnos —añadió el hombre agarrándose a su brazo con las dos manos.

—Yo ya no puedo hacer nada para salvarte. Tienes que relajarte y dejarte ir —respondió Triz intentando mantener una calma que se le escapaba por los poros de la piel. El cuerpo empezaba a temblarle por el miedo y las piernas casi no la sujetaban.

—¡Necesitas tu colgante, Triz! Si quieres salvarnos a todos debes recuperar el colgante de las fases de la luna que te regaló tu tía Helen.

—¿Conoces a mi tía Helen? ¿La has visto? —Triz estaba a punto de echarse a llorar. La pérdida de su tía, siendo ella apenas una niña, era de los peores recuerdos que conservaba. Y había vivido una Tercera Guerra Mundial y una tormenta solar apocalíptica.

—Tienes que salvar nuestros mundos… todos los mundos. ¡Recupera el colgante! —gritó el hombre convulsionando sobre la camilla. Una camilla que, de pronto, empezó a arder.

Triz se despertó sobresaltada en su cama, con los latidos del corazón amenazando con salírsele del pecho y sintiendo que no llegaba el aire a sus pulmones, como si el humo del incendio de su sueño le dificultara la respiración.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar, su marido, a su lado, viendo que le costaba calmarse.

—Sí, estoy bien. Solo ha sido una de mis múltiples pesadillas. Siento haberte despertado.

—¿Otra? Tienes una casi todas las noches —replicó él a la vez que apoyaba el codo en la almohada y se erguía.

—¿Y qué quieres que haga? —reaccionó Triz. Se dejó caer y le dio la espalda.

—Ya te dije que no deberías haber dejado de ir al psicólogo. Empiezo a estar harto de que me despiertes de un susto. Así no hay manera de descansar.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer... —repuso cerrando los ojos y concluyó la discusión.

2

Saltándose el toque de queda. Noche del 31 de octubre de 2048.

La nocturnidad envolvía a Nara. Había salido de casa cuando la luz del sol se perdía por el horizonte, pese a las restricciones de seguridad con las que les bombardeaban cada día en las noticias. Desde que su amiga le había contado su sueño llevaban semanas planeando aquella noche y, a pesar de las típicas preguntas de: «¿adónde vas a estas horas?» o «¿vas a salir, pese al toque de queda?», había conseguido escaparse después de que sus hijos se acostaran.

Para Triz aquella noche era muy importante y a Nara, como su amiga del alma, no le quedaba más remedio que acompañarla.

—Llegas un poco tarde —replicó Triz cuando la vio aparecer por el fondo de la calle mientras se ponía en marcha antes de que ella llegara a su lado.

—No te quejes. Bastante que he conseguido venir. No veas lo pesado que se ha puesto mi marido con lo de las restricciones. Sabré yo lo que puedo o no hacer —contestó su amiga acelerando el paso para agarrarse a su brazo cuando la alcanzó.

—A mí me lo vas a contar. Yo también he discutido con Óscar. No entiende lo importante que es esto para mí.

—Y eso que nos salvaste a todos avisándonos de la tormenta solar.

—Hasta de eso me echa la culpa...

Desde los terremotos y la tormenta solar, las calles se habían vuelto inseguras. Si no lo eran ya desde la Tercera Guerra Mundial. Los toques de queda lograban que solo los dispuestos a saltarse la ley pasearan por la ciudad cuando anochecía.

—¿No podemos hacerlo cuando haya más luz? —preguntó Nara cuando su amiga se empeñó en

adentrarse por los callejones más inaccesibles—. No sé, de día, ¿por ejemplo?

Triz, que caminaba con paso decidido, pero con cierto nerviosismo, solo se detuvo un segundo para contestar.

—Ya te he dicho que es importante que nadie nos interrumpa. Es de vital transcendencia que esta vez el ritual salga bien. No quiero cometer errores como el del mes pasado. No voy a tener otra oportunidad de comunicarme con los difuntos hasta finales de noviembre. Tiene que hacerse hoy o con luna llena. ¿Qué culpa tengo yo de que Samhain[1] sea la noche de los muertos y no el día? Debe ser ahora —explicó retomando el caminar hacia lo más recóndito de las calles.

—¿Y estás segura de querer hablar con los muertos? Mira que a mí eso siempre me ha dado mal rollo.

—No consigo localizar a Gare, por mucho que lo he buscado, en el mundo de los vivos. Si no está aquí, tiene que estar entre los muertos. Y necesito hablar con él. Posee algo que me hace mucha falta —respondió Triz a la vez que apartaba un tablón de madera que le cerraba el paso antes de llegar a un claro desde donde se observaba la luna en el cielo.

—Gare... cuánto tiempo sin oír hablar de él, y ahora nos hace saltarnos el toque de queda. Si está muerto, ¿cómo va a poder devolverte lo que estás buscando? —Quiso saber Nara sin dejar de mirar a los lados, asustada por los ruidos provocados por las ratas tras las paredes de las casas—. Tampoco me puedo creer que esté muerto. Era poco más mayor que nosotras...

—No ha sido fácil sobrevivir a la Tercera Guerra Mundial, ni a la tormenta solar. Quizás él no lo consiguiera. En realidad, me conformo con que me diga si recuerda dónde vio el colgante por última vez. Hace muchos años que no le veo, pero estoy segura de que, incluso muerto, estará dispuesto a ayudarme.

—Muy bien, lo que tú digas. Pero vamos a empezar cuanto antes. No quiero estar mucho tiempo en este lugar. ¿No podríamos haber hecho el ritual en el sótano de mi casa?

—Ya hemos hablado de ello. Para realizarlo hay que purificar el lugar donde se va a llevar a cabo. La naturaleza y los antiguos templos no necesitan ser purificados, pero con tu sótano habríamos tardado horas, y no tenemos tiempo. Además, ya lo intenté el mes pasado en mi casa y salió mal porque Óscar me interrumpió en mitad de la invocación. No podíamos correr el riesgo de que nos pase lo mismo con tu marido. Tenemos que hacerlo bien. Se nos acaba el tiempo. ¿Te has acordado de purificar tu cuerpo como te aconsejé?

—Sí, me he acordado. Aún tengo sabor a sal en los labios.

—Te dije que usaras incienso y te «sahumaras» con él. Era más rápido que frotarse el cuerpo con sal antes de darse una ducha.

—Explícale a mi marido el olor a incienso en la casa. Deja, con el baño ha sido suficiente. ¿A esta mierda de sitio le llamas tú naturaleza? —inquirió Nara mirando a su alrededor y viendo solo escombros y desechos.

—Es lo más parecido que vamos a encontrar. Era un antiguo templo y en él se hacían rituales. Con seguridad una línea ley pasa por aquí y eso ayudará en nuestra invocación. Está al aire libre y por aquí ya casi nunca pasa gente.

—Por eso mismo no deberíamos estar mucho tiempo aquí. Yo dibujo el círculo, tú vete colocando el altar en el centro mirando al Este.

Con la ayuda de una pequeño athame[2], Nara hizo una circunferencia en el suelo, concentrándose en visualizar su energía, mientras su amiga colocaba un pequeño trozo de mármol cuadrado que representaba los cuatro elementos. Sobre este, un recipiente metálico haría las funciones de caldero. Una vez terminado el círculo, ambas se sentaron juntas frente al altar.

—En esta noche de Samhain señalo tu paso, amado Dios del Sol, hacia las tierras del eterno verano, aguardando tu regreso. También señalo el camino de los que se han ido y de los que se irán después —comenzó a recitar Triz—. ¡Oh bendita y amada Diosa Eterna! Tú, que das nacimiento a los caídos, guíame en la oscuridad, protégeme y ayúdame a comprender tus misterios.

Finalizada la oración, prendió el fuego del caldero y ambas leyeron un papel previamente escrito.

—Dios Astado[3], tú que gobiernas en el reino de la muerte permite que esta noche te acompañe en tu travesía para encontrar el alma de Gare y poder hablar con él.

Quemaron el papel con la llama del recipiente y lo arrojaron en su interior mientras Triz volvía a recitar.

—Sabia de la Luna, Diosa de la noche estrellada, creo este fuego dentro de tu caldero para transformar lo que me está atormentando. Que las energías sean revertidas y pueda hablar con Gare.

De su bolso sacó una pequeña calabaza tallada, una vela blanca y un frasco de aceite de pachulí

con el que ungió la cera, empezando por el centro hasta llegar a los bordes.

—Yo consagro esta vela para que dé luz a los espíritus que nos visitan esta noche. —La colocó dentro de la calabaza tallada y la encendió con cerillas de madera—. Con esta vela y con su luz, yo os doy la bienvenida, espíritus, en esta noche de Samhain.

Durante unos segundos las dos se quedaron en silencio esperando que algo pasara en el claro, pero salvo los aullidos del viento entre los muros, nada se movió. Triz repitió más enérgica.

—¡Con esta vela y con su luz, yo os doy la bienvenida, espíritus, en esta noche de Samhain!

Y, de nuevo, nada ocurrió salvo el sonido de una lejana sirena que amenazaba con complicar todavía más la noche.

—Creo que algo hemos hecho mal, aquí no ocurre nada —manifestó Nara viendo que la vela estaba a punto de apagarse por el viento y que su amiga empezaba a ponerse nerviosa.

—¡Joder, no hemos hecho nada mal! Esta vez no. El círculo, el altar, las oraciones, la vela, el caldero, el antiguo templo y la luna en el cielo durante la noche de los muertos. Solo hay una explicación a que no hayamos obtenido respuesta.

—¿Y cuál es? —preguntó Nara, observando cómo su amiga se levantaba del suelo y, tras invocar la oración de apertura, salía del circulo.

—Que desde que lo conocí, siempre ha sido propenso a complicarme la vida. Gare tampoco está en el mundo de los muertos.

3

Nuevas amistades. Marzo de 2024.

Pese a que la luz entraba por la ventana, Triz estudiaba con la ayuda de una lámpara de mesa. Nunca le había gustado la historia y siempre la había aprobado por los pelos. Ella siempre había preferido la ciencia, resolver problemas y revelar fórmulas, pero su nuevo maestro de historia se empeñaba en ponerle tarea todos los días. Seguía sin entender para qué necesitaba aprenderse todos aquellos datos, si todos ellos se podían mirar tecleando un par de palabras en el buscador de Internet. No obstante, para su desgracia, en los exámenes no les dejaban usar los ordenadores y les quitaban los teléfonos.

Se encontraba dándole vueltas el tema de la Revolución francesa cuando notó que su móvil vibraba encima de la cama. Como un resorte, se lanzó a por él y se olvidó de los deberes.

«Chicas, ¿os apuntáis a salir un rato a la sala de ciberjuegos del barrio de Triz?».

El mensaje era de Vicky, una de las amigas con las que solía reunirse. La había conocido unos meses antes, cuando su grupo del colegio se había juntado con otro de chicas algo más mayores. Vicky era casi dos años mayor que ella.

«Por mí, vale», contestó Triz deseosa de tener una excusa para salir de casa y alejarse de esas cuatro paredes que tan pequeñas se le hacían.

«Por mí, también, pero ¿por qué a la sala de ciberjuegos? ¿No podemos ir a otro sitio?», preguntó Mary, una de las amigas del colegio de Triz, a quien ese tipo de espacios de ocio no le llamaban la atención.

«Norma y Jeni quieren ir al salón de ciberjuegos porque estuvieron ayer y conocieron a unos chicos a los que quieren volver a ver. Dicen que son muy majos. Yo tengo curiosidad. ¿Vosotras no?».

«Eso, veniros todas y os los presentamos. Hay alguno muy guapo y nos han caído muy bien», añadió Norma, participando en la conversación por primera vez. «Jeni y yo vamos a ir seguro, solo queremos ver si las demás os animáis o no».

A Triz no le importaba ir a la sala de ciberjuegos. No es que le apasionaran esos sitios, pero se hubiera ido a la luna con tal de salir de su habitación y de olvidarse de los libros de historia. Además, el salón estaba justo en frente de su casa y representaba la excusa perfecta para que su madre no le pusiera pegas y la dejara bajar.

Aunque ya había cumplido trece años, le seguía sin gustar que su hija se fuera muy lejos sin vigilancia, por lo que, al quedarse tan cerca conseguiría que no pusiera pegas.

Norma y Jeni eran hermanas y formaban, junto con Vicky, el grupo de chicas mayores que habían conocido Triz y sus amigas. Norma era la mayor de todas y a la que le gustaba llevar la voz cantante, se acercaba a los dieciséis años. Contaba historias de alguna que otra borrachera que había cogido saliendo los fines de semana y de un par de novios que había tenido ya. A veces, se comportaba como la jefa de animadoras de un instituto americano.

Al final, todas estuvieron de acuerdo con ir a la sala de ciberjuegos y todas llegarían al barrio de Triz en unos quince minutos. Mientras tanto, ella se quitó la ropa de andar por casa, se puso la de salir a la calle, que había dejado sobre la silla después de llegar del colegio, y se fue a la sala para mirar por el balcón a ver si llegaba alguien.

—¿Vas a salir? —preguntó su madre al verla pasar por delante de la cocina.

—Sí, van a venir unas amigas y hemos quedado aquí, en el barrio.

—No os iréis muy lejos, ¿verdad?

—No, tranquila. Nos vamos a quedar aquí abajo. En el callejón que está enfrente.

—¿Has terminado ya los deberes? —insistió su madre cuando Triz ya había abierto la puerta del balcón.

—¡Que sí! Ya están terminados —mintió, pensando en que el último tema lo leería camino de clase o en el descanso de alguna de las asignaturas antes de la de historia, a cuarta hora.

Desde donde se hallaba veía la entrada del salón de ciberjuegos. Aquel local había abierto un par de años antes y a él acudían los jóvenes para probar los aparatos tecnológicos que todavía no podían

tener en casa. En la era de los móviles 6G y de la cada vez más avanzada tecnología, aquel lugar te permitía probar máquinas de realidad virtual en pantallas de máxima resolución que las dotaba de un realismo adictivo e, incluso, interactuar con un robot holográfico. Triz podía ver entrar y salir a la gente de aquel local desde su casa, pero, aunque lo tenía tan cerca, solo había ido una vez.

En ese momento, dos chicos estaban sentados en la puerta y se preguntó si serían los que habían conocido sus amigas. Desde la lejanía, uno de ellos le pareció bastante guapo.

A la hora fijada vio aparecer al final de la calle a Vicky. Salió del balcón y, despidiéndose de su madre desde el pasillo, se lanzó escaleras abajo para descender los pisos que la separaban del exterior. Ni siquiera se quedó a esperar al ascensor.

Nada más abrir la puerta del portal, por el lado contrario de la calle apareció también Mary. Triz se sintió más cómoda con su llegada. A Mary la conocía desde siempre, eran compañeras de clase desde que dejaron de usar pañales. Vicky también llegó a su lado y las tres se quedaron charlando. Ninguna de ellas se atrevió a cruzar la calle y a aventurarse al salón de ciberjuegos sin la llegada de Norma y Jeni. Eran las que más cerca vivían de la casa de Triz pero, les gustaba hacerse esperar. Cuando las tres amigas ya se habían puesto al día de lo ocurrido desde la última vez que se habían visto, vieron aparecer a las dos hermanas. Venían vestidas como si fueran a salir de fiesta. Jeni se había alisado el pelo y su melena rubia lucía brillante. Norma venía con un vestido corto y se había maquillado.

—Qué raras son estas dos —le susurró a Triz su amiga Mary al oído. Ninguna de las dos usaba maquillaje, salvo cuando salían algunos sábados de fiesta después de rogar con insistencia a sus padres.

En cuanto Norma llegó a su altura, enseguida se puso al mando del grupo.

—Vamos, creo que he visto a alguno de los chicos de ayer sentado en la puerta.

Efectivamente, los chicos que había visto Triz desde la ventana se correspondían con los que habían conocido Norma y Jeni el día anterior. Nada más cruzar la calle y adentrarse en el callejón gesticularon efusivamente desde lejos. Los dos chicos se miraron extrañados de que aquel grupo de chicas los saludara.

Norma y Jeni se pusieron a hablar con ellos como si los conocieran de toda la vida. Les dieron dos besos sin esperar a que ellos se levantasen. Se sentaron a su lado y siguieron charlando mientras Triz y el resto de las amigas esperaban a que les presentasen. Triz no podía dejar de mirar a uno de

ellos. El chico que le había parecido guapo desde la distancia de su balcón, se lo parecía aún más estando cerca. Estaba nerviosa esperando la presentación.

Fue Jeni la que se decidió. Los chicos se llamaban Aaron y Cristian y se levantaron de su sitio para darles dos besos. Se quedaron de pie, mientras Norma y Jeni seguían hablando sentadas.

—¿Habéis venido solos? —Fue lo primero que se atrevió a preguntar Triz cuando sus amigas guardaron un segundo de silencio.

—No, Daniel, Gare, Yago y Paul están dentro jugando al Red Dead Redemtion 6. Si queréis, podemos entrar y os los presentamos —repuso Cristian a su lado. A Triz, que seguía sonriendo nerviosa, le pareció buena idea.

Jeni y Norma se levantaron de su asiento para seguirle al interior. En cuanto se puso en pie, Norma se colocó al lado de Cristian, dejando a Triz un paso por detrás.

Dentro había varias personas. Dos de ellas hablaban con el robot holográfico en el centro de la sala y le pedían acceso a uno de los videojuegos.

—¡Ey, chicos! Os presento a Vicky, Triz y Mary. A las otras dos ya las conocéis de ayer. ¿Dónde está Gare?

—Gare está en las pantallas de alta resolución. Está intentando batir su récord en Vampyr 4. Nosotros íbamos a jugar ahora al Red Dead. Hola chicas, yo soy Daniel.

—¡Gare, han venido las amigas de Norma y Jeni! —exclamó Yago después de las presentaciones.

Un chico alto y delgado, como el palo de una escoba, hizo un gesto rápido desde una de las pantallas y después maldijo por lo bajo.

—Qué chulito —comenó Vicky al oído de Triz, al ver que Gare ni siquiera se giraba para saludarlas. Fue el único de los chicos que no les dio dos besos.

A Triz le dio igual. Quería escuchar lo que estaba diciendo Cristian, a quien no había quitado ojo desde que se lo habían presentado. Todavía sentía el calor en las mejillas desde que le había dado dos besos.

4

Problemas con el toque de queda. 31 de octubre de 2048.

Triz, con gesto disgustado, apagó el fuego del caldero y la llama de la vela. Nara terminaba de recoger el altar.

—Espera, no te entiendo. ¿Qué quieres decir? —preguntó Nara mientras Triz guardaba el caldero, la calabaza y la vela en los bolsillos de su chaqueta y metía la piedra de cuarzo cuadrada en su bolso—. Me habías dicho que no habías podido localizar a Gare en el mundo de los vivos y ahora me dices que tampoco está en el de los muertos. ¿Dónde coño está, entonces?

—Eso es lo que voy a tener que averiguar. Aunque me temo que no va a ser fácil. Desde los terremotos y la tormenta solar nada es fácil, y con Gare menos.

Triz se encaminó hacia los callejones oscuros y dejó atrás el claro.

—Cómo echo de menos los móviles —exclamó Nara caminando a oscuras entre las callejuelas —. Quién nos iba a decir a nosotras, cuando éramos jóvenes, que iban a dejar de existir.

—Cierto, nosotras que nos pasábamos las horas mirando Internet y mandándonos mensajes por… ¿Cómo se llamaba la aplicación esa? ¡Ah, sí! Por el Firechat. Pero ya me dirás para qué quiere ahora la gente un móvil de esos si apenas queda nada de Internet y ya nadie quiere subir fotos de sus miserables vidas a las redes sociales.

—Pues a mí la función de linterna me vendría genial en estos momentos... ¿Has visto eso? —exclamó sobresaltada al creer ver una sombra pasar corriendo por una de las paredes.

—¿El qué?

—Creo que alguien nos está siguiendo. Me ha parecido ver algo en el callejón.

—Aquí no hay nadie, Nara. Estamos solas... —Triz guardó silencio de pronto. Colocó una mano en el pecho de su amiga y la invitó a imitarla llevándose un dedo a los labios.

Por la calle principal, al otro lado del callejón, pasaba un coche de la Nueva Policía de Vigilancia Nocturna. Quizás la gente con la que más miedo le daba encontrarse en sus escapadas. Más miedo, incluso, que con ladrones o asaltantes.

La N.P.V.N. se correspondía con el cuerpo de la Policía que se había instaurado para asegurarse de que la población cumpliera los toques de queda. Eran los encargados de evitar que la violencia se adueñara de las calles cuando anochecía. O, al menos, esa era la función para la que se había creado. En la realidad, los únicos que tenían algo que temer de la N.P.V.N. era la gente común que osaba salir de su casa por las noches, ya que los ladrones y saqueadores nocturnos la tenían más que comprada mediante sobornos. Si tenías algo que ofrecer a los oficiales de la N.P.V.N, no corrías ningún peligro estando en las calles.

Triz y Nara no tenían, sin embargo, nada que ofrecer y ninguna excusa creíble para estar a esas horas rondando por los callejones. Si las descubrían terminarían con sus huesos en alguna de las comisarías.

El coche se detuvo frente a ellas. Nara y Triz contuvieron el aliento mientras deseaban que se volvieran a poner en marcha. Se les heló la sangre cuando vieron que la puerta del coche se abría y uno de los agentes bajaba del coche.

—Corre —musitó Triz tirando del brazo de su amiga y volviendo al callejón.

Intentaban correr por la estrecha calle sin tropezar con nada y sin hacer ningún ruido. El menor sonido alertaría al policía y acabaría con ellas en prisión.

Triz llevó a su amiga hasta unos escombros apilados en una esquina del callejón. Allí, escondidas tras las piedras, se refugiaron. A su alrededor solo se escuchaban los pasos del policía acercándose.

—¿No conoces algún hechizo de invisibilidad? —susurró Nara con voz temblorosa.

—¿Te crees que soy Harry Potter? —replicó Triz.

Desde que su tía le había confesado el secreto familiar se había limitado a ayudar a los muertos en el tránsito de mundos, a interpretar sus sueños y a pequeños conjuros de protección. Hasta tener el último de sus sueños, que le había alertado de un mal mayor, no había necesitado nada más.

El agente se detuvo a escasos pasos de donde ellas estaban. Por suerte el hormigón de los muros las hacía invisibles a las gafas de visión nocturna del agente, pero, si se acercaba si quiera un paso más, los sensores térmicos de las mismas acabarían delatando su presencia.

Tras unos angustiosos segundos, en los que Triz estuvo a punto de romperse los dedos aferrando un trozo de roca con el que pensaba defenderse si eran descubiertas, el agente, de manera inesperada, giró sobre sus talones e inició el camino de regreso.

No salieron de entre las sombras hasta que el coche de la N.P.V.N no se hubo alejado. Sin bajar la guardia siguieron caminando lo más cerca posible de los edificios para tener donde esconderse en caso de volver a aparecer otro coche oficial.

—¿Lo has visto ahora? —preguntó Nara, esta vez segura de haber visto una sombra moverse entre las calles.

—Yo no he visto nada. Son imaginaciones tuyas por los nervios. En seguida llegamos a tu casa —dijo Triz más para calmarse ella misma que por ayudar a su amiga.

—Te aseguro que esta vez no han sido imaginaciones. Alguien nos esta siguiendo.

—Habrá sido algún animal callejero. Tranquilízate.

—Si era un animal, era muy grande —replicó Nara agarrándose con fuerza a la mano de su amiga—. Venga, vámonos a casa —añadió sin dejar de mirar a su espalda.

Nara no se quedó tranquila hasta que, con paso acelerado, llegaron a su portal e introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su casa.

—No voy a negar que es emocionante, pero no sé por qué me dejo convencer para hacer estas locuras. Con lo a gusto que estaría yo a estas horas en la cama —se quejó.

—Porque soy tu amiga del alma y me quieres —respondió Triz, despidiéndose con un guiño.

—Eso te salva, cabrona. Ten cuidado, en serio. Estoy convencida de que alguien nos seguía.

—Lo tendré. No va a pasarme nada. Nos vemos mañana.

Con su amiga ya a salvo en su casa, a Triz le quedaban dos manzanas para llegar a su edificio. Su cabeza, pese a tener que mantenerse alerta por el consejo de su amiga y para evitar ser detenida, no podía dejar de pensar en lo que había pasado.

Gare, quien había sido su amigo de la infancia y a quien ahora resultaba tan importante localizar, no aparecía por ninguna parte. Ni entre los vivos ni entre los muertos.

«Este chico nunca ha sabido ponérmelo fácil», pensó Triz al llegar al portal.

Intentando no hacer ruido para no despertar a su familia, entró en casa y se fue a la cocina, sin encender la luz, para dejar los artilugios que había usado para el ritual en uno de los armarios.

—Ya pensé que te había pasado algo —La voz de su marido desde el salón la sobresaltó.

—¡Joder! Qué susto. ¿Qué demonios haces todavía despierto?

—Eso mismo debería de preguntarte yo a ti, ¿no crees? No he sido yo quien se ha saltado el toque de queda para salir a la calle a hacer Dios sabe qué. —La sombra de su marido fue tomando forma según se acercaba a la cocina.

—Ya te dije que tenía algo importante que hacer. Y ya estoy en casa, no me ha pasado nada —replicó Triz a la vez que cerraba el cajón de la despensa.

—¿Y ya has hecho eso tan importante?

—Sí, pero no ha ido muy bien —confesó ella con el tono de voz apesadumbrado.

—Normal. ¿Qué puede salir bien a estas horas de la noche? Nada ilegal puede salir bien. Me voy a la cama, ¿te vienes?

—Antes voy a ver a las niñas. Quiero asegurarme de que las dos están dormidas.

—Muy bien, como quieras. Yo me voy a la cama, que mañana tengo trabajos legales que hacer en cuanto amanezca.

No les dio demasiada transcendencia a los reproches de su marido. Bastantes cosas tenía ya en la cabeza como para preocuparse por hacerle entender la importancia de aquellas salidas nocturnas. En realidad, hacía tiempo que no se entendían. Muchas de las noches incluso ni dormían juntos.

Entró en la habitación de Maya, su hija pequeña, que dormía plácidamente. La luz que salía por debajo de la habitación de Alana le hizo torcer el gesto. A su hija mayor llevaba tiempo costándole conciliar el sueño.

—¿No puedes dormir? —preguntó al ver a su hija sentada en la cama.

—No, mami. Si cierro los ojos, veo al hombre malo y no me deja.

—Son solo pesadillas —tranquilizó Triz a su hija, aunque ella también había visto hombres malos en sus sueños cuando tenía su edad—. Además, ya sabes que la luz es muy cara y que hay que usarla con precaución. Solo cuando es estrictamente necesaria.

—Pero para mí, en las noches, lo es. No me gusta la oscuridad.

—Si me quedo a dormir contigo, ¿podemos apagarla? —Aunque en el resto de la casa solían usar velas para no gastar electricidad, en el cuarto de sus hijas prefería no usarlas para evitar posibles accidentes e incendios mientras sus hijas dormían.

Su hija aceptó de buen grado. Las pesadillas desaparecían cuando no dormía sola. Triz se cambió de ropa y regresó a la cama de su hija, que la esperaba todavía con la luz encendida. Solo cuando se tumbó a su lado, Alana apagó la lámpara.

Sintiendo la respiración de su hija, intentó aprovecharla para relajarse y alcanzar un estado hipnagógico[4] que le permitiera descubrir dónde diablos podía estar Gare. Los sueños, viajar con los ojos cerrados a Aisling[5], siempre habían sido su principal fuente de inspiración.

Los ojos empezaron a movérsele rápidamente por debajo de sus párpados cerrados. Tuvo la sensación de no poder moverse, pero no se puso nerviosa. No era la primera vez que le pasaba.

Las primeras veces que su tía Helen le había enseñado a entrar en aquel estado, en viajar a aquella dimensión, sufriendo la parálisis del sueño, había sentido angustia al comprobar que no podía moverse a su voluntad. Su cuerpo no le respondía y varias veces había temido no poder recuperar la movilidad. Cuando la recuperaba, se echaba a llorar en los brazos de su tía y le expresaba su deseo de no querer volver a hacer ese tipo de magia.

Con la práctica y el paso del tiempo, había aprendido a controlarlo y a dominar esa sensación de angustia al no poder moverse, y viajar a Aisling se había convertido en su habilidad favorita. A los pocos segundos, abrió los ojos sobresaltada.

«¡Maldita sea, Gare! Ya sé dónde demonios estás», pensó despertándose de pronto.

Al verla incorporarse en la cama, una sombra que la espiaba desde la ventana, salió huyendo para

no ser vista.

5

Reclamando promesas.

Caminaba con dificultad entre las estrechas paredes rodeado de oscuridad y cuerpos putrefactos. El olor a muerte le había producido arcadas las primeras veces que había tenido que recorrer aquella galería, pero se estaba acostumbrando. Ya podía llegar hasta la puerta sin tener que detenerse a vomitar, aunque procuraba no levantar la vista del suelo para no tener que enfrentarse cara a cara con aquellos cuerpos de miradas vacías que decoraban la estancia como estatuas, pero aún con restos de una vida anterior colgando, como harapos, de sus huesos.

Se detuvo frente a la enorme puerta de madera que cerraba el corredor, tembloroso, asustado, pero con la firme determinación de exigir lo que se le había prometido hacía ya cuatro años. Aquella promesa que, a punto de morir durante el final de la Tercera Guerra Mundial, le hicieron a cambio de su completa obediencia. Llevaba todo ese tiempo cumpliendo con su palabra, siendo fiel al pacto, y, sin embargo, no había sido correspondido. Solo le habían permitido seguir vivo, lo cual, en su estado, representaba más un castigo que un favor.

Intentando que su maltrecho y mutilado cuerpo dejara de temblar, respiró profundo para calmarse, antes de atreverse a llamar. Al hacerlo, todos los malos olores del lugar penetraron en su nariz como dagas afiladas que hirieron su voluntad y no pudo evitar una arcada.

En ese momento, sin necesidad de llamar a la puerta, esta se abrió sola y lo enfrentó con la realidad cuando aún se limpiaba la comisura de los labios con la manga de su raída ropa. Adiós a sus esperanzas de mostrarse decidido y seguro de lo que iba a decir.

—Lo siento, prometo que lo limpiaré antes de marcharme —balbuceó sin atreverse a levantar la cabeza.

—Por supuesto que lo harás, pero antes dime: ¿a qué has venido?

—Venía a informarle —respondió sin hacer mención de sus primeras intenciones—. Tengo avances sobre lo que me pidió.

—¿Se ha puesto en marcha?

—No del todo, pero ha estado intentando localizar a alguien en el mundo de los muertos. La he visto realizar el conjuro esta noche de Samhain.

—¿Y lo ha encontrado? ¿Tiene lo que buscaba?

—Me temo que no. La he visto salir enfadada de allí. Casi la atrapa la policía.

—¡No podemos permitirlo! Eso nos retrasaría.

—Lo sé, por eso utilicé la magia que me otorgó para realizar un conjuro. Hice que el agente olvidara por qué había salido del coche y regresó a su vehículo sin descubrirlas —manifestó atreviéndose a levantar por primera vez la mirada, orgulloso de su trabajo.

—¿Descubrirlas? ¿A quiénes?

—Se saltó el toque de queda con su mejor amiga. No se preocupe, esa mujer no tiene importancia. Es una simple bruja de aprendizaje.

—Todo tiene importancia. Astrid me encerró en este lugar tras nuestra última batalla. Mi magia, aunque poderosa, no es suficiente para romper su hechizo. Ella es la clave. ¡Necesito salir de aquí! ¡Liberarme! ¡Volver a tomar el control de los mundos! Y, para conseguirlo, cualquier detalle puede resultar importante. Incluso una bruja de aprendizaje puede desnivelar la balanza a nuestro favor.

—Disculpe, tiene razón. Cualquier detalle importa —reconoció agachando de nuevo la cabeza.

—Así que vienes a informarme de que ella no ha avanzado nada en su búsqueda. ¿Eso es todo?

—Al menos, por fin la ha iniciado. Eso es una buena noticia, ¿no es así? Llevo cuatro años espiándola y es la primera vez que la veo saltarse un toque de queda, que la veo sobrepasar los límites de su magia. Por fin hace algo más que proteger a sus hijas o aumentar las pobres cosechas de su huerto. Estamos más cerca de su liberación. Estoy harto de limitarme a observarla. Quiero entrar en acción, volver a ser yo mismo y conseguir algo que me negó hace muchos años. Es la única manera de retomar mi vida anterior.

—No seas impaciente. Cada cosa a su tiempo. Ahora tienes que vigilarla, permitir que continúe su camino e informarme. Llevo siglos aquí, cuatro años no son nada para mí. Mi momento está a punto de llegar.

—Pero para mí es mucho tiempo. Me ofreció ser yo mismo, obtener lo que siempre he deseado, me prometió poder y yo... —balbuceó de nuevo tembloroso como una espiga de trigo en medio de un huracán.

—¿Acaso dudas de mi palabra? —Su voz resonó en todas las paredes de la estancia—. Te prometí poder y poder te he dado. El resto lo tendrás cuando cumplas tu misión.

—Me sería más fácil cumplirla con todas mis extremidades y sin tener que ocultarme entre las sombras de la noche. No es fácil desplazarme por el mundo de los vivos con mi actual aspecto. Le sería mucho más útil si me devolviera mi antigua imagen —mencionó con su única rodilla hincada en el suelo.

—Todo a su debido tiempo... ¿No ves que, si te concedo ahora lo que te prometí, no podrías viajar entre ambos mundos y venir a informarme? Solo tu actual estado te permite entrar y salir. ¿Alguna cosa más?

—Su hija cada vez tiene más sueños y duerme peor. Cuando estoy frente a su casa, de vigilancia, muchas noches veo la luz encendida.

—De acuerdo. Vigílala también. No la pierdas de vista, puede resultarnos útil. Como te he dicho, cualquier detalle puede ser importante, y una bruja de sangre, como su hija, podría ser crucial.

—Así lo haré. Se lo juro.

—Ahora márchate y no regreses hasta que sepas dónde terminó encerrada Astrid. Mi regreso está cerca y tengo que prepararme.

Sin atreverse a protestar, ayudándose de sus manos y de una muleta, se levantó del suelo y regresó por la misma galería.

—¡Maldita sea! —bramó cuando la puerta se cerró a sus espaldas y la negrura volvió a cubrirlo —. ¡¿Cuánto tiempo más voy a tener que esperar?! Y ahora, encima, tengo que vigilar también a la cría. ¿Puede ser mi vida más aburrida? Casi hubiera sido mejor rechazar la oferta y morirme.

—¡No olvides limpiar la puerta!

Al unísono, todos los cuerpos que adornaban la galería pronunciaron la misma frase en un eco de voces fantasmales. Sintió que se le helaba la poca sangre que le quedaba en las venas. Aquellos seres harapientos, podridos, malolientes no estaban del todo muertos, y lo que era aún peor: aquel podía terminar siendo su destino, si no cumplía las órdenes recibidas.

Sin protestar, pero con el miedo metido en el cuerpo, limpió su vómito con sus ropajes. Había aceptado ser un espía a cambio de volver a su antigua vida. Una llena de riqueza y de mujeres guapas. Una vida en la que nada ni nadie se podían resistir a sus encantos. Solo una persona se le había resistido. Y ahora tenía la oportunidad de remendar aquel momento y empezar una nueva vida de éxito sin mácula. Solo debía tener un poco más de paciencia y seguir vigilándola.

—Make the dead back to life! Make the living prevail![6]

6

Dimensión virtual. Noviembre de 2048.

A la hora fijada en el despertador las persianas se habían levantado de forma automática, dejando entrar la luz en la habitación. Era una forma de despertarse menos traumática que el pitido incesante que le sacaba de la cama cuando era joven, aunque no le hacía más llevadero el tener que madrugar.

Pensaba que en ese sitio su vida iba a ser diferente, que iba a poder alejarse del mundo que le atormentaba pero, con el paso del tiempo, daba igual el lugar, todo acababa convirtiéndose en la misma mierda de rutina diaria a la que había que sobrevivir.

Intentó quedarse un rato más en la cama, tapándose con las sábanas, pero su despertador también tenía un sistema contra los remolones. Si pasados cinco minutos no detectaba un descenso considerable en el peso del colchón, esta empezaba a vibrar como una antigua lavadora vieja.

Cuando la cama empezó a moverse, se puso en pie aún sin poder abrir los párpados. La luz que entraba por la ventana, pese a ser todavía la primera de la mañana, le deslumbraba. Se frotó los ojos con la palma de las manos mientras bostezaba. Con paso titubeante, llegó a la cocina. Sobre la mesa, dos tostadas recién hechas y un zumo de naranja recién exprimido.

«¡Maldita sea! No voy a ser capaz de hacer entender a este sistema que no soporto el zumo», maldijo mientras arrojaba el contenido por el fregadero.

—¿Dónde están los huevos fritos, Doto? —preguntó mirando en la encimera donde debería estar el desayuno que dejó programado por la noche.

—Lo siento, no he podido hacérselos, los ingredientes necesarios no estaban disponibles.

—Tampoco estaban disponibles las naranjas y bien que te las has apañado para hacer el zumo.

—Señor, sabe que el consumo de fruta está programado en el sistema de manera automática. Le

ayuda a mantener una dieta más equilibrada.

«Y eso que he intentado reprogramarte decenas de veces. Y lo único que he conseguido es ponerte un nombre».

A Gare no le importaba que el sistema comprara fruta de forma habitual, lo que no soportaba es que se empeñara en exprimirla. Él prefería comérsela, no soportaba tener que beberla.

—¿Algo importante para el día de hoy, Doto? —preguntó mientras daba un mordisco a la tostada. Por suerte, el sistema ya había aprendido a no carbonizarlas.

—Tiene una reunión con Karen a las nueve en su despacho.

«Al menos, una agradable visita».

—A las once debe reunirse con Rober. Y tiene una comida con Steve a la una en el restaurante de siempre.

«A la mierda las buenas noticias».

—¿Quiere que le deje preparada su ropa de los viernes por la noche para cuando regrese del trabajo? —preguntó el sistema informático al que había bautizado como Doto porque se correspondía con las letras que estaban a la derecha en el teclado del nombre del sistema informático de su antigua casa.

—Sí, por supuesto. Salir los viernes es de las pocas cosas agradables que tiene este lugar.

—¿No está usted conforme con mis servicios?

—Si no fueras un sistema informático, a veces te abofetearía, Doto, pero no me lo tengas en cuenta, simplemente tengo un mal día.

—Señor, pero si el día acaba de empezar…

—Eso es lo malo, Doto… eso es lo malo.

Terminada la tostada y antes de ir a vestirse, pasó por el cuarto de baño a lavarse la cara con la intención de poder abrir los ojos. Se limpió los dientes y se peinó el poco pelo que le quedaba.

«Ni tan siquiera eso pude cambiar. Quién me mandaría a mí meterme en este lugar... aunque,

pensándolo bien, podría haber sido peor. No habría sobrevivido dos años en un mundo lleno de vampiros o asesinos en serie».

Con los ojos abiertos, pero las mismas pocas ganas de ir a su trabajo, regresó a su habitación y cogió el traje con el que acudía a la oficina todos los días. Una vez colgada la ropa en el sistema, Doto se encargaba de limpiarla, plancharla y tenerla lista al día siguiente. Se sentó en la cama para ponerse los zapatos y se quedó meditando si le merecía la pena acudir al trabajo o no.

—Al menos hoy veré a Karen. Ya me pondré a pensar si vale la pena el día a partir de las diez —se dijo a sí mismo mientras se ataba los cordones.

La cama se puso a vibrar al llevar más de tres minutos sentado sobre ella. El sistema lo detectaba como un intento de volverse a acostar. Más cabreado que cuando se abrieron las persianas, regresó al cuarto de baño para asegurarse de que se había puesto bien la corbata y los cuellos de la camisa. No le gustaban las miradas que le lanzaba su jefe los días que llevaba la corbata mal colocada. Le miraba como su madre, cuando de joven, le quitaba las manchas de la cara usando saliva y un dedo.

El mismo reflejo en el espejo cada mañana, le recordaba que se había hecho mayor, sin darse cuenta, y que no estaba a gusto con cómo le había tratado el paso del tiempo. Nunca se había considerado guapo, pero al menos de joven gozaba de un pelo bonito y un cuerpo delgado.

«Y este puto sistema tampoco me deja cambiarlo», pensó, mientras se colocaba bien la corbata.

Su imagen en el cristal se le empezó a nublar. Se volvió a frotar enérgicamente los ojos, temeroso de estar quedándose dormido incluso de pie, pero no era su vista la que fallaba; al menos, no en esa ocasión.

Su reflejo había desaparecido como el de los vampiros en las películas del siglo XX y, en su lugar, empezó a aparecer otro rostro distinto, uno que, según iba tomando forma, le resultó familiar. O creía reconocerlo, aunque hacía años que no lo había visto.

—¡Gare! ¡Por fin te encuentro! Necesito tu ayuda —exclamó la cara del espejo cuando se mostró con nitidez.

—¡Hostias! —gritó Gare dando un salto en su pequeño cuarto de baño, golpeándose con una de las paredes—. ¡Su puta madre, qué susto!

—¡Por una vez, deja de hacer el idiota! Soy Triz. Llevo cinco días buscándote. Necesito que me ayudes. Es importante. ¡Urgente!

—¿Triz? —preguntó Gare intentando reconocer en el espejo a su amiga de la infancia—. Joder, ¿qué cojones haces en mi espejo?

—Eso no es importante ahora. Lo importante es que tienes que salir de ahí y devolverme el colgante que te regalé cuando te fuiste de Erasmus.

—¿Crees que si pudiera salir de aquí no lo habría hecho? —replicó Gare acercándose al espejo para asegurarse de quien se encontraba al otro lado era su amiga de la adolescencia e intentó tocarle la cara a través del cristal.

—Si supiste entrar, deberías saber salir. Es lo lógico, ¿no crees?

—El mundo dejó de ser lógico para mí, hace dos años y medio. Si te digo que no puedo salir, es que no puedo salir.

—¿Quieres dejar de intentar tocarme la cara? —le reprendió Triz con gesto de desesperación—. No estoy en tu misma realidad. Me encuentro en Aisling. ¿Se puede saber qué te pasó?

—¿En dónde? Es igual. No he entendido nada. Y no sé qué me pasó. Yo llegué a casa, después de otro día horroroso de trabajo en la fábrica, y decidí conectarme a mi máquina de realidad virtual. Meterme en un mundo distinto al mío, unas horas, me ayudaba a hacer llevadera mi vida real. Por fortuna, ese día decidí meterme en este juego que te permitía interactuar con otras personas en una realidad paralela. Menos mal que era viernes. No quiero ni pensar qué hubiera pasado si me hubiera metido en uno de mis juegos de guerra o de seres mágicos. El caso es que cuando estaba seleccionando el perfil del jugador y su apariencia física, algo ocurrió y me vi atrapado aquí dentro con mi apariencia real.

—¿Qué día ocurrió eso?

—El 16 de marzo del 2046.

—Fue cuando ocurrió la tormenta solar. Te quedaste atrapado en la realidad virtual el día que el mundo se quedó sin electricidad ni tecnología.

—¿Que el mundo se quedó sin qué? ¡No jodas! —exclamó Gare llevándose las manos a la cara.

—Es largo de contar, pero sí. Los dos últimos años han sido complicados en el mundo real.

—No te creas que en el virtual han sido de ensueño. Aquí me siento más raro todavía que en el

otro lado...

—Eso no importa ahora. Necesito que me devuelvas el colgante que te regalé —exigió Triz mostrando su impaciencia.

—¿El que tiene forma de caramelo?

—No seas idiota. Eran tres lunas, una menguante, una luna llena central y una creciente.

—Pues a mí siempre me ha parecido que tenía la forma de un caramelo envuelto en papel.

—¿Puedes decirme dónde está? Si lo tienes en tu casa quizás aún pueda encontrarlo allí.

Gare torció el gesto. Estaba seguro de que Triz no iba a poder encontrar el colgante en su casa del mundo real. Si quería recuperarlo, iba a tenerlo más complicado.

—Me temo que no va a ser tan fácil…

—¡No me jodas, Gare! ¿Por qué te empeñas en complicarme la vida? Ni te imaginas lo que he tenido que hacer para localizarte.

—Mira quién fue a hablar de poner las cosas difíciles. El caso es que el colgante no está en mi casa del mundo real.

—Pues dime dónde está e iré a buscarlo. Te aseguro que es importante para mí.

—Muy bien. Estaré encantado de que puedas llevártelo —afirmó Gare resoplando al espejo—. Ven a buscarlo o dime cómo salir de aquí, y será un placer dártelo yo mismo —añadió soltándose los botones de la manga de la camisa para enseñarle a Triz el colgante que llevaba atado a la muñeca.

ל

No es fácil regresar. Noviembre de 2048.

Triz se quedó pensativa viendo cómo Gare había vuelto a complicarlo todo, como cuando eran unos críos y él se empeñaba en ponerla en apuros delante de sus amigas, aunque aquellas preocupaciones adolescentes ahora le parecieran pueriles.

No entendía cómo era posible que, después de tantos años, siguiera llevando el colgante encima y no lo tuviera guardado en algún cajón. Después de tanto tiempo, hasta hubiera entendido que no se acordara de dónde lo había dejado, pero no se esperaba que se lo hubiera llevado a otra realidad.

—¿Por qué me miras así? —reprochó Gare al ver su cara de desesperación al otro lado del espejo—. Si tan importante era el colgante, ¿por qué me lo regalaste?

—Porque yo era muy tonta por aquel entonces. Acababa de romper con Derek, mi primer novio, después de dos años de relación. Dos años en los que tú y yo casi no nos vimos, y me encontraba en un momento muy sentimental. Me pareció buena idea que tuvieras algo que te recordara a mí mientras estabas lejos de casa. Me pilló por sorpresa que te fueras al extranjero nueve meses y fue la primera reacción que tuve.

»Además, hasta hace un mes no supe de la importancia de esa joya. Creo que tiene algo que ver con mis sueños, la tormenta solar y los terremotos.

—En serio, me tienes que explicar eso de la tormenta solar...

—Ahora no tenemos tiempo. Mi hija mayor está a punto de despertarse y me despertará con ella. Prométeme que harás todo lo posible para regresar al mundo real.

—¿Despertarte? ¿Hija mayor? —preguntó Gare desconcertado.

—¿Voy a tener que explicártelo todo? —protestó Triz

—Al menos, ponme al día. Llevamos muchos años sin vernos y, de pronto, apareces en el espejo de mi cuarto de baño y me hablas de tormentas solares, de sueños y de hijas mayores.

—Muy bien. Resumen rápido: desde que no nos vemos me casé, he tenido dos hijas, Maya es la pequeña y Alana la mayor; y el mundo se fue a la mierda el mismo día que tú te quedaste encerrado en esa realidad. Necesito el colgante para intentar arreglarlo y solo he podido localizarte en esa dimensión virtual desde Aisling, el mundo de los sueños. ¿Conforme?

—Joder, pero ¿el mundo no se había ido ya a la mierda con la tercera guerra? Y sí que me he perdido cosas de tu vida...

—Nuestros caminos se separaron y perdimos el contacto. Tú empezaste a salir con Nadia y yo me cambié de ciudad unos años más tarde. Alana ya se ha despertado. Prométeme que vas a intentar salir. ¡Por favor! —pidió Triz mientras su imagen se desdibujaba en el espejo.

—Lo prometo —respondió Gare apoyando su mano en el cristal—. ¿Me recuerdas tu número de móvil para que te llame si consigo salir de aquí?

—Los móviles ya no existen. Nadie los usa ya.

—¡No jodas! ¿También por la tormenta solar? ¡Qué pasada! Y entonces, ¿cómo me pongo en contacto contigo?

—Si regresas al mundo real, yo te buscaré. Si no, mañana por la noche intentaré…

La frase se quedó a medias. Al parecer, Triz se había despertado sin poder terminarla.

Gare volvió a atarse el nudo de la corbata mientras meditaba los pasos que debía dar. Ahora entendía por qué no había podido configurar su avatar al entrar en la realidad virtual. Una tormenta solar había dejado sin electricidad al planeta en el momento justo en que él se conectaba al juego. Eso también explicaba por qué no había podido desconectarse aunque lo hubiera intentado hasta la desesperación los primeros días. Luego no le había quedado más remedio que adaptarse a su nueva vida, una virtual que llevaba viviendo más de dos años. Y ahora aparecía una amiga de su infancia en el espejo y le pedía que hiciera lo que no había podido conseguir antes.

Lo primero que tenía que hacer era ir a hablar con Karen, la única persona con la que había iniciado una relación afectiva en ese tiempo. El resto de las personas que habitaban la dimensión virtual le parecían una banda de inútiles despreciables. Seguramente, ellos y ellas tendrían la misma

imagen de él.

Solo en Karen había encontrado a alguien con quien compartir los problemas, con quien reírse de vez en cuando, incluso con quien acostarse, aunque eso último solo hubiera ocurrido en una ocasión. Tenía que ir a hablar con ella e invitarla a abandonar la realidad virtual con él.

El reloj de la entrada ya marcaba las nueve menos cinco de la mañana. Iba a llegar tarde a su reunión con ella. Con seguridad, ya estaría esperándole en la oficina y lo primero que haría sería echarle la bronca por su impuntualidad. Si Karen supiera lo poco que le importaban los balances de la empresa seguro que no se irritaba tanto.

Bajó a la carrera hasta el coche que tenía aparcado en la entrada de su casa. Lo bueno de las realidades virtuales es que no tienen problemas de aparcamiento. Cada personaje cuenta con una plaza asignada en la puerta y nadie se la quita. Otra de las ventajas era que los coches no necesitaban ser conducidos.

—A la oficina —ordenó Gare a su coche cuando cerró la puerta. El reconocimiento de voz del vehículo hizo el resto y se puso en marcha—. Envía un correo a Karen. «Lo siento, llego tarde, espérame diez minutos».

La pantalla táctil le confirmó que el correo había sido enviado y recibido.

Durante los minutos de trayecto hasta la oficina, se le llenó la cabeza de recuerdos de su adolescencia en los que Triz siempre estaba presente. Su relación con ella siempre había sido bastante particular. Una relación de ni contigo ni sin ti que había terminado por separar sus caminos incluso antes de llegar a unirse del todo en algún momento.

Habían pasado los años de adolescencia juntos en el grupo de amigos, pero sus caminos siempre fueron vías paralelas que caminaban en la misma dirección y que nunca se llegaron a juntar. Si uno de ellos torcía el rumbo en dirección al otro, este terminaba girando en el mismo sentido manteniendo la distancia entre ellos. Triz había sido muy especial en su vida, pero nunca habían dado el paso de ser algo más que amigos.

El coche se detuvo en la misma plaza de aparcamiento que lo había hecho durante los dos últimos monótonos y anodinos años. Se bajó del coche y subió a la carrera a su oficina. Otra de las cosas que había descubierto durante esos años de vida virtual era que no importaba si tenía un trabajo de mierda en una fábrica asquerosa o uno de responsable de contabilidad con oficina y aire acondicionado, acababa aborreciendo todos por igual.

Antes de verse obligado a vivir en ese mundo, su trabajo le ocupaba gran parte del día y apenas le daba un sueldo para vivir. Llegaba cada jornada a casa con ganas de mandarlo todo a la mierda y de cambiar su destino, pero siempre le habían faltado agallas para tomar decisiones importantes. Solo tenía valor para llegar a casa, conectarse a la consola de realidad virtual y soñar con llevar otras vidas distintas a la suya.

Cuando se vio encerrado en aquel mundo, con un trabajo bien pagado que le permitía vivir en una residencia de lujo en la mejor urbanización de la ciudad, se sintió pletórico. Esa sensación apenas duró unos días. El resto soñaba con regresar a casa y desconectarse de la realidad virtual, pero hasta el momento no había encontrado la manera de hacerlo.

Karen, con uno de esos vestidos cortos que siempre llevaba al trabajo, sus labios pintados de rojo, a juego con el color de su pelo, y cara de pocos amigos le esperaba en su oficina.

—Llegas tarde y sabes que tenemos que entregar los presupuestos antes de la reunión de las once. Ya sé que la responsabilidad no es lo tuyo, pero no soporto cuando me afecta a mí también.

Gare no respondió hasta que se acercó a ella y la agarró por la cintura.

—Karen, los informes no importan, las cuentas no importan. Estamos en una realidad virtual. Nada de todo esto existe. Es como Matrix, pero en aburrido.

—¿Qué demonios es Matrix? —preguntó Karen, sin tener ni idea de qué le estaba hablando.

—Una película de hace unos cincuenta años.

—Gare, yo tengo veinticinco, no tengo ni idea de qué película me hablas.

—Disculpa. Siempre eres tú la madura y responsable y eso hace que me olvide de que eres más joven en la vida real que tu personaje —comentó Gare negando con la cabeza—. El caso es que los informes no me importan. Voy a escapar de la realidad virtual hoy mismo.

—¿Y por qué quieres hacer eso? —Quiso saber ella, abriendo los ojos como si acabaran de confesarle un asesinato.

—Porque nada de esto es real. Y yo quiero volver al mundo de antes. Mi vida real era una mierda, pero al menos era una mierda real. Ahora tengo una vida virtual de mierda.

—Tú te has dado un golpe en la cabeza o algo. ¿Recuerdas cómo quedó el mundo después de la

Tercera Guerra Mundial? Nada allí merece la pena.

—Pues parece que se ha complicado aún más.

—¿Más? ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho una antigua amiga por el espejo de mi cuarto de baño.

—Definitivamente, a ti se te ha ido la cabeza. Ya termino yo los informes y se los presento a Rober si quieres. Tú descansa y céntrate, porque solo estás desvariando y diciendo tonterías. ¡¿Cómo va a hablarte alguien de tu pasado por un espejo del cuarto de baño?!

—Sé que suena raro, pero es la verdad. ¿No te has preguntado por qué ya no entran casi nunca personajes nuevos? ¿Por qué no podemos regresar al mundo real?

—No, no me lo pregunto. Ni lo sé, ni me importa. Es más, me alegro. No tengo ninguna intención de regresar al mundo real. Y menos, si se ha complicado aún más, como dices.

—No entiendo cómo una chica como tú prefiere estar aquí encerrada a regresar al mundo real. No lo entiendo —manifestó Gare. Soltó de la cintura a Karen y paseó nervioso por la oficina.

—¿A qué te refieres con eso de una chica como yo?

—A que eres inteligente, simpática, lista y muy guapa. A que tu vida fuera de aquí no debía de ser tan mala como para querer dejarla atrás.

—¿Pero de qué coño hablas, Gare? Esta Karen que ves —replicó ella señalándose a sí misma— es un personaje, un avatar, una variedad de cualidades informáticas elegidas por mí al conectarme. Yo ni siquiera me llamo Karen. Me gusta mucho ser Karen y por nada del mundo dejaría de serlo. Aquí soy como en realidad quiero ser. Una mujer adulta, responsable, con una vida interesante y admirada por mis compañeros de trabajo. No como en mi vida real, que nadie se fijaba en mí y a nadie le importaba mi existencia. Aquí soy alguien. ¿Acaso tú sí eres así en la vida real?

—El día que nos conectamos a la realidad virtual se produjo un corte en la red eléctrica que nos dejó aquí encerrados. Ese fallo energético se produjo antes de que yo pudiera seleccionar mi personaje. Solo pude configurar mi profesión y el lugar de residencia. Mi apariencia física es igual aquí que en la vida real.

—¡Joder, qué chasco! —Gare se giró sorprendido por la reacción enérgica de Karen—. ¿Qué?

Yo te imaginaba de otra manera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gare volviéndose a acercar a ella.

—A que el día que nos acostamos pensé que eras el típico chico guapo que estaba harto de que las mujeres le valoraran solo por su físico. Pensé que, solo alguien así podría haber elegido una apariencia física virtual como la tuya.

—¿Así que solo te acostaste conmigo porque pensabas que en la vida real yo era un tío bueno harto de que me consideraran un tío bueno?

—Pues la verdad es que sí. Eso es lo que pensaba.

Gare ni siquiera dijo nada. Se limitó a abandonar la oficina y volver a su coche.

«Cómo he podido ser tan imbécil de pensar que en la realidad virtual la gente va a ser mejor que en la vida real. ¡Son los mismos gilipollas con otra apariencia!».

—Conduce siempre hacia el norte —ordenó a su coche autónomo tras cerrar de un portazo.

Ahora que ya no había nada que le importara en el mundo virtual, no quería perder más tiempo para cumplir la promesa que le había hecho a Triz. Tenía que salir como fuera.

Se le había ocurrido que, si su coche conducía siempre hacia el norte, llegaría un momento en el que el mapa del videojuego se terminaría. Quizás, llegando a los límites, podría encontrar una puerta por la que salir, como en la película de *El show de Truman*. Otra de esas películas de finales del siglo XX que a él le gustaba ver. Porque, otra cosa que no soportaba del mundo real, era el cine que se hacía a mitad del siglo XXI.

En esa película, Jim Carrey, un actor que triunfaba por su capacidad para gesticular, se encuentra encerrado en una burbuja observado por los telespectadores, hasta que descubre la verdad y decide escapar. Para ello, navega por el mar hasta llegar a los límites de la burbuja. Tal vez pudiera hacer él lo mismo con el coche.

Dejó atrás la ciudad y continuó su camino por las carreteras rectilíneas que llevaban a los pequeños pueblos de las afueras. En los dos años que llevaba en aquel mundo, no había ido nunca más allá.

No podía dejar de pensar en lo estúpido que había sido creyendo que podía confiar en Karen.

Uno de los motivos por los que se sumergía cada día en un mundo virtual era porque pensaba que no podía confiar en nadie en el mundo real. Al menos en ninguno de los que formaba parte de su vida en ese momento. Todos se comportaban de manera egoísta, eran una pandilla de embusteros que solo se preocupaban por sí mismos.

Tras la Tercera Guerra Mundial, la gente se conformaba con sobrevivir un día más, sin preocuparse de las condiciones en las que lo hacía. Se dejaban engañar por la falsa seguridad que les proporcionaba el nuevo gobierno, cuando, en realidad, sufrían una falta de libertad.

«Si la gente dejara de ver la mierda de películas que hacen ahora, llenas de mensajes adormecedores, y vieran películas como *V de Vendetta* o *Rebelión en la granja*, quizás alguno despertaría».

Aunque, en verdad, había dejado de confiar en que eso ocurriera hacía muchos años.

Los pequeños pueblos de las afueras quedaron atrás y el coche siguió circulando por una carretera recta sin nada más que verdes campos a los lados. No sabía cuánto tiempo iba a tardar, pero cada vez estaba más seguro de que el coche no tardaría en chocar con la pared del final del videojuego o que se sumergiría en un mundo a oscuras cuando la programación del mapa se terminara. Estaba impaciente porque cualquiera de las dos cosas ocurriera.

Cuando el coche llevaba tres horas por la carretera desierta, y empezaba a desesperarse de ver siempre el mismo paisaje, algo empezó a cambiar.

—No, no puede ser. ¡Me cago en la puta! —exclamó al distinguir el *Skyline* que se dibujaba en el horizonte—. No pueden ser los edificios de la ciudad. ¡Joder!

Al parecer, el programador del mapa del mundo virtual, le había dado la misma forma que la del mundo real. El mapa digital era redondo y, si siempre seguías la misma dirección, acababas llegando de nuevo al punto de partida. Maldijo su mala suerte golpeando el cristal del parabrisas con el puño hasta hacerse sangre en los nudillos.

Cuando el vehículo volvió a recorrer las calles de su barrio, le pidió que estacionara. Enfadado, confuso y disgustado, subió a su casa.

—¿Por qué regresa tan pronto? ¿No ha ido bien la comida? —preguntó su sistema informático, al detectarle entrar mucho antes de su hora habitual de los viernes.

—Nada ha ido bien, Doto. Nada va bien nunca.

—¿Puedo hacer algo para mejorar su día?

—No hace falta, Doto. Ya lo intentamos hace tiempo y no conseguimos nada. Estaré en mi habitación. Que nadie me moleste —manifestó rememorando las veces que le pidió ayuda al sistema informático para conseguir abandonar la realidad virtual en los primeros meses. Lo único que consiguió fue desesperarse aún más porque el sistema tenía prohibido dañarse a sí mismo.

—Tiene preparada su ropa de los viernes por la noche en su habitación.

—Muchas gracias, Doto, pero no voy a utilizarla. No tengo pensado salir en el resto del día.

—Señor, el escáner de su ritmo cardiaco y sus niveles de serotonina y dopamina me indican que está deprimido. ¿Desea que le prepare una taza de chocolate? —ofreció Doto tras analizar los datos que el escáner de la puerta le proporcionaba de todas las personas que entraban en la casa.

—¡Cuántas veces te tengo que decir que no soporto los alimentos líquidos! —exclamó Gare estallando de rabia—. No quiero una taza de chocolate ni un vaso de zumo. Si quiero comer chocolate, lo haré en onzas y, si quiero naranjas, les quitaré la piel y les daré un mordisco, pero ¡odio que insistas en servirme en bebida las putas comidas!

—Lo siento, señor, solo quería ayudarle. ¿De verdad que no puedo hacer nada por mejorar su estado anímico?

Gare se quedó un rato en silencio. No le gustaba perder la paciencia y siempre tenía muy mal pronto cuando lo hacía. En muchas discusiones, esa mala reacción conseguía dejarlo en mal lugar. Aunque estuviera en lo cierto, perder las formas le hacía perder la razón. Doto era solo un sistema informático y no tenía la culpa de que su vida fuese un desastre.

—Disculpa, Doto, no era mi intención levantarte la voz. Simplemente no puedes ayudarme con mi problema.

—No se preocupe, señor, soy un sistema informático. Su tono elevado de voz no afecta a mis programas. Solo altera el ritmo de sus pulsaciones. ¿Me cuenta cuál es su preocupación?

—Quiero salir de este mundo virtual y no sé cómo.

—Lo siento, señor, pero tiene razón. No puedo ayudarle.

Se encerró en su cuarto, se tumbó en la cama y golpeó con rabia su almohada. Todavía le dolía la

mano, después de aporrear el cristal de su coche, como para seguir descargándose contra las paredes. Cuando la rabia dejó paso a la impotencia, una lágrima le cayó por la mejilla y se enjuagó con el dorso de la mano dolorida. La sal de sus lágrimas hizo que la herida de la mano le escociera.

Pasó el resto del día sin levantarse de la cama. Pese a ser viernes por la tarde, se le habían quitado las ganas de salir. Tal día por la noche suponía el único momento de la semana soportable en aquel lugar, al menos, antes de quedarse encerrado.

Entonces todos los personajes de la realidad virtual lucían sus mejores galas y salían de fiesta. Iban todos a la discoteca y bailaban y se divertían hasta bien entrada la mañana del sábado. Antes de quedarse encerrado en ese lugar, solo se conectaba a ese programa los viernes por la noche, el día en que más gente nueva se podía conocer, el mejor momento para conquistar a chicas y dejar atrás las preocupaciones y desinhibirse. Todos elegían sus avatares más atractivos y lucían radiantes en la pista de baile. La confianza que proporcionaba el anonimato y la ausencia de prejuicios lograba que la gente se mostrara más dispuesta a relacionarse. En la realidad virtual dolía menos ser rechazado y, con una buena apariencia física, ese rechazo llegaba menos veces. Nadie buscaba complicaciones y no importaba si a la mañana siguiente no recordabas el nombre de la otra persona. No os ibais a volver a ver y, si la casualidad quería que coincidierais el siguiente viernes, seguramente ninguno de los dos iba a ser capaz de reconocerse. Habríais elegido otro nombre y otra apariencia.

Sin embargo, todo había cambiado desde su última conexión. Sin poder adoptar otra apariencia física, las relaciones habían vuelto a complicarse. Sus más de cuarenta años, sus cien kilos de peso y sus canas en aquellas partes de su cabeza que no se habían visto desprovistas de pelo no encajaban bien en un mundo de cuerpos perfectos en el que todos habían elegido sus mejores avatares al conectarse. Desprovisto de esa máscara exterior, habían regresado la desconfianza y las inseguridades. Nunca había sido un chico con la autoestima muy alta.

Pese a todo, la noche de los viernes seguía siendo lo único soportable del juego. Aunque ya no llegara gente nueva a la discoteca, aunque ya todos los presentes se conocieran y hubieran vuelto los prejuicios y ya no estuvieran tan dispuestos a socializar entre ellos, al menos, seguía siendo divertido bailar en la pista sin preocuparse por hacer el ridículo, solo dejándose llevar por la música.

Pero ese viernes no le apetecía, ni siquiera, escuchar música. No se podía quitar de la cabeza que había vuelto a fallar a Triz.

«En realidad, le prometí que haría todo lo posible por salir de aquí, aunque ya le dije que no iba a poder. Esta vez no debería sentirse desilusionada. Yo lo he intentado».

Las persianas de su habitación se cerraron automáticamente al caer la noche. Solo entonces se levantó de la cama con la intención de quitarse la ropa y de volverse a acostar con el pijama ya puesto.

—¡Gare! ¿Estás ahí? —La voz de Triz le llegó desde el cuarto de baño cuando se disponía a abrir el armario.

—Sí, aquí estoy —respondió Gare en un tono de voz que mezclaba la alegría por volver a oírla y la disculpa por no haber podido salir.

—¿No has encontrado la manera de escapar? —preguntó Triz cuando lo tuvo frente al espejo.

—No. Y lo he intentado, ¿eh? Pero este mundo es un jodido bucle en el que no puedes llegar al final. He conducido por él hasta que he regresado al principio. Ya te dije que había probado decenas de maneras de salir hace tiempo y que había terminado dándome por vencido. No hay manera de salir de este lugar.

—¿Has probado a saltarte las normas del programa?

—¿A qué te refieres?

—A hacer cosas que el programa no permita hacer. A quebrantar las normas hasta que el programa te expulse, como hiciste el día que nos echaron de la *scape room*[7] a todos, por tu culpa.

8

Al segundo intento. Noviembre de 2048.

Nunca se le había ocurrido. Había intentado reprogramar el sistema, apagarlo, destruirlo, a lo que Doto siempre se había negado; había probado a buscar el final del mapa, a intentar controlar el juego para salir de él, pero nunca había probado a provocar que este lo expulsara.

No tenía muy buen recuerdo de aquel día. En aquella etapa de su vida, en la que Triz le gustaba, había organizado la tarde en una sala de escape para intentar encontrar un momento a solas con ella e invitarla a salir, pero Norma le había dicho que Derek se lo había pedido antes y se había sentido tan cabreado por no haber sido capaz de dar el paso semanas atrás, que lo había pagado con uno de los cuadros del salón y les habían expulsado. Se había marchado a su casa enfadado y había dejado tirados a Triz y a sus amigos.

—Puede que tu idea funcione —reflexionó asintiendo—. Voy a intentarlo, pero, dime una cosa. ¿Qué me voy a encontrar a ese lado cuando salga de aquí?

—Nada bueno. Las cosas han cambiado mucho en los dos últimos años.

—Las cosas no eran buenas tampoco antes. La Tercera Guerra Mundial casi manda todo al carajo. Pensé que la gente iba a aprender de todo aquello, de tanta muerte y destrucción, pero no aprendimos nada. Otra oportunidad para que la raza humana recapacite perdida. La tormenta solar no ha podido empeorar mucho el mundo que dejé atrás.

—No te haces a la idea cuánto… —replicó Triz—. La guerra mundial mató a mucha gente, los países se dividieron, regresaron las fronteras amuralladas e hizo del mundo un lugar menos habitable, pero ni comparación con los efectos de la tormenta solar.

—Me estás acojonando.

—¿Qué era lo más importante del mundo real cuando estabas en él?

—El dinero, sin duda. Todo se movía por dinero.

—¿Y si te dijera que el dinero, como tal, dejó de existir? —preguntó Triz dejandole con la boca abierta.

—¡No me jodas! Me estás tomando el pelo. Me estás vacilando. ¿Cómo va a desaparecer el dinero?

—El dinero no desapareció, simplemente dejó de tener valor. Hace dos años, descubrimos de golpe que, lo más importante del mundo, no era el dinero sino la electricidad. Cuando la perdimos, todo se fue al traste. La riqueza no era más que una ilusión, un montón de unos y ceros en grandes ordenadores que le daban valor. Cuando la tormenta solar destrozó todos los aparatos informáticos, los datos bancarios, el dinero que la gente de todo el mundo tenía en sus cuentas, desapareció. Los bancos no contaban con una caja enorme de billetes con nuestros nombres apuntados al lado diciendo: este dinero es de Gare o este otro es de Triz. Ese dinero no existía, eran solo unas cifras anotadas en un ordenador. Y, sin acceso a él, no quedó ningún registro de ellas.

—¡Hostia puta! ¿Y el dinero que cada uno tuviera en sus casas? Porque a mí en el banco lo único que me quedaban eran deudas.

—Ese dinero tampoco sirvió de nada. Dejaron de respaldarlo. Nadie dio valor a esos papeles. En realidad, solo tenían valor porque los bancos decían que valían algo y los demás lo aceptábamos de buen grado. Pero, cuando estos comunicaron que esos papeles y monedas no valían más que el material con el que estaban hechos, los comercios dejaron de aceptarlos. No podías comprar nada con un trozo de papel ni con una tarjeta de plástico.

—¡Me cago en la puta! ¿Y cómo habéis sobrevivido estos dos años en ese caos?

—No ha sido fácil. Nada lo es aquí. Es muy largo de contar y no tenemos mucho tiempo. Ya te pondré al día cuando podamos vernos en el mundo real.

—Sigo sin saber cómo voy a localizarte cuando regrese.

—Ya te dije que seré yo quién te localice. Tú, si regresas, limítate a quedarte en tu casa. No salgas bajo ningún concepto una vez que el sol se oculte en el horizonte. Yo iré a verte.

—Esta realidad virtual es una mierda, pero, tal y como me estás pintando el real, no sé si me

apetece tener que regresar. Aquí no hay terremotos, ni tormentas solares y el dinero sigue teniendo valor. ¡Incluso tengo móvil! ¿Por qué iba a querer volver ahora que sé cómo están las cosas? —preguntó Gare negando con la cabeza.

—Porque te necesito.

Eso fue suficiente. Aceptó cumplir su promesa de intentar regresar. Triz siempre había sido una persona especial. De una forma u otra, había estado en su vida desde que era un adolescente lleno de granos y seguía estando en ella ahora que el poco pelo que le quedaba lucía de color gris. Pese a la distancia y los años sin verse, nunca había llegado a olvidarse de ella. Y en la realidad virtual solo había imbéciles con apariencia de modelos.

El resto de la noche se la pasó pensando en qué podría hacer para que el sistema le expulsara. Tenía que saltarse las reglas como el día de la *scape room*. Otro de esos días en los que perdió las formas. Fue apuntando en una libreta todo aquello que se le iba ocurriendo.

A la mañana siguiente, pese a que en la calle ya era de día, las persianas de su habitación no se abrieron como lo hacían entre semana. El sistema tenía programado que los sábados no se levantaba de la cama hasta tarde, después de haber estado de fiesta hasta altas horas. Sin embargo, ese día se levantó temprano, con más energía que en los dos años anteriores, dispuesto a llevar a cabo todas y cada una de las acciones que había apuntado para infringir las normas.

Fue al cuarto de baño y al ver su reflejo en el espejo en lugar de la cara de Triz, sintió una punzada en el pecho. Volvía a extrañarla, como cuando era adolescente y se pasaba uno o dos días sin pasar por la cibersala.

—Buenos días. Lo siento, pero no tenía programado prepararle el desayuno hasta dentro de dos horas. No tuve en cuenta que no salió ayer por la noche —se disculpó su sistema informático al verle entrar en la cocina.

—No te preocupes, Doto. Ya me encargo yo. Hoy va a ser un día muy especial.

—¿A qué se refiere, señor? No tengo ninguna cita importante apuntada.

—Me refiero a que hoy va a ser el día en el que me marche, Doto. Espero que esta mañana sea la última en la que tenga que hablar contigo. Voy a intentar regresar a mi mundo y, esta vez, espero conseguirlo.

—¿De verdad quiere marcharse? ¿No está contento conmigo?

—No tiene nada que ver contigo. Si te digo la verdad, hasta creo que te voy a echar de menos cuando regrese a mi casa. Ya nadie me preparará zumos de naranja como tú —comentó con una sonrisa irónica—. Pero ha llegado el momento de regresar. Hay una persona importante para mí en el mundo real que dice que me necesita y no pienso fallarle otra vez.

—Espero que consiga su propósito. ¿Quiere que desprograme el sistema?

—¡No jodas que era así de fácil! Sí, Doto, desprograma el sistema.

«Si luego tengo que regresar, ya me las apañaré sin que me exprimas las frutas y sin que me hagas saltar de la cama».

Terminado el desayuno, regresó a su cuarto para cambiarse de ropa, pero el armario de la habitación no se abría.

—Doto, abre el armario para poder sacar la ropa del sábado —ordenó Gare mirando la puerta electrónica.

Pero Doto no respondió. El sistema se estaba desconfigurando y no podía abrir la puerta del armario.

—¡A tomar por culo! ¿No voy a saltarme las normas y a infringirlas? ¡A la puta calle en pijama!

La gente que caminaba a esas horas de la mañana, lo miraba con extrañeza. Su pijama de rayas azules y negras no se correspondía con la vestimenta más apropiada en el mes de noviembre.

Se montó en su coche y lo puso en marcha. Cuando el sistema informático le preguntó a dónde quería ir, le pidió que le dejara conducir. El sistema, no acostumbrado a ese tipo de orden, tardó en reaccionar.

—No es recomendable que sea conducido manualmente. Es más seguro que lleve yo el coche.

—Me da igual si es o no es seguro. Quiero conducir yo.

El sistema insistió un par de veces, pero finalmente se puso en modo manual. Arrancó el motor y se puso en marcha. Pisó el pedal del acelerador a fondo y se propuso sobrepasar los límites de velocidad. Era la primera idea que se le había ocurrido para infringir las normas: saltarse las de tráfico.

Con ello, llegó su primera desilusión. Por mucho que pisara el acelerador, el vehículo no superaba los límites de velocidad.

—Muy bien, si no me dejas sobrepasar los límites, conduciré por donde no debo —manifestó a la vez que intentaba cambiar de carril.

Nueva decepción. En cuanto el coche pisaba la línea central, se negaba a seguir avanzando y pasaba al modo automático. Tampoco pudo hacer nada por intentar subirse a la acera, y solo consiguió que el vehículo frenara en seco cuando intentó llevarse por delante una papelera y una señal de tráfico.

—¡Maldita sea! Estos coches automatizados no sirven para nada.

Ni siquiera cuando intentó estacionarlo en una plaza de aparcamiento que no le correspondía, consiguió su objetivo. El automóvil, una vez estacionado en un lugar inadecuado, no le dejaba abrir las puertas y bajarse. Empezó a dar patadas al coche por dentro.

—¡A la oficina! —exclamó, finalmente, desesperado.

El coche volvió a ponerse en modo automático y aparcó en su misma plaza de aparcamiento de siempre.

Aunque era fin de semana, seguía quedando gente en las oficinas. A la extrañeza de verle un sábado se le juntaron las miradas de asombro por su inusual vestimenta. Sin saludar siquiera en recepción, subió a su oficina.

—Si hay algo que este sistema no soporta, es el desorden. Veamos qué hace ahora.

Entró en su despacho y, enfurecido, empezó a tirarlo todo. Libros, armarios, papelera; todo salió volando por los aires, mientras gritaba eufórico.

Ordenó al sistema abrir una de las ventanas de la oficina, y viendo que no respondía porque no estaba activado, al ser un día en el que no le tocaba acudir al trabajo, cogió el ordenador y lo arrojó contra la ventana cerrada. Este golpeó contra el cristal y sin llegar a agrietarlo, cayó al suelo hecho pedazos.

Que el cristal no se rompiera le fijó un nuevo objetivo. Buscó el objeto más pesado de la habitación y sonrió maliciosamente al ver el pie de la lámpara. Lo agarró con fuerza e impactó contra la ventana. Esta resistió el primer golpe, pero comenzó a resquebrajarse con el segundo. Una alarma

empezó a sonar en todo el edificio.

—¡Si no quieres que rompa todos los cristales del puto mundo virtual ya estás expulsándome! —exclamó en voz alta y mirando al techo como si alguien por encima de él pudiera escucharlo.

El guarda de seguridad entró y lo encontró golpeando una y otra vez las ventanas. Dos de ellas ya se habían hecho pedazos y caído sobre la acera, un par de decenas de metros más abajo, asustando a los viandantes.

—¿Se puede saber qué hace? —espetó el vigilante, al verle comportarse como si hubiera perdido la cabeza.

—Ver hasta dónde está dispuesto a aguantarme el sistema antes de expulsarme —respondió sin dejar de dar golpes.

—Tranquilícese, señor, o tendré que reducirlo —advirtió el guarda a la vez que desenfundaba su arma.

—¡No hay huevos! —lo provocó, blandiendo el palo de la lámpara como si fuera una espada.

Estaba seguro de que el guarda de seguridad no le iba a disparar. En realidad, dudaba que el arma del agente tuviera balas. Nunca nadie había recibido un balazo en esa realidad virtual. Quizás, si estuviera en un juego bélico, pero no en esa idílica adaptación de la vida en el mundo real.

«Y, en todo caso, si me dispara y muero, igual es la manera de salir del juego. Todos los juegos se terminan si muere el personaje», pensó mientras amenazaba al guarda. «Espero que no duela mucho».

—¡A la mierda! —exclamó y arremetió cerrando los ojos.

El disparo retumbó en la oficina. Gare pudo sentir como la bala le atravesaba, antes de perder la consciencia y que todo se fundiera a negro.

9

De regreso en casa. Noviembre de 2048.

Cuando intentó abrir los ojos, los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Intentó incorporarse, pero un dolor en el pecho le cortó la respiración. Sentía que le ardía, como si alguien estuviera jugando con un lanzallamas en sus pulmones, y sufría punzadas en el pecho como si las costillas se le estuvieran clavando en el corazón.

Cuando pudo despegarlos y mirar a su alrededor, tardó en darse cuenta de dónde estaba. Lo último que recordaba era estar en su oficina, enfrentándose al guarda de seguridad y que este había sacado el arma y disparado.

Se llevó las manos al pecho de inmediato, seguro de que lo encontraría bañado en sangre, pero su ropa estaba seca y sus manos limpias cuando las enfrentó con su mirada extrañada.

Aquella no era su oficina, aunque también tuviera una mesa y un ordenador frente a él y se encontrara en pijama. Se hallaba en su antigua habitación.

—¡Joder! —exclamó al intentar ponerse en pie—. No imaginaba que la muerte virtual fuera tan dolorosa.

Durante su adolescencia, juventud y gran parte de su etapa adulta, había muerto centenares de veces en realidades virtuales de juegos bélicos o de fantasía en los que se tenía que enfrentar a orcos o vampiros, y nunca había sentido un dolor tan intenso. Esta vez, había sido diferente. No había abandonado el juego, había sido arrancado de él, y, al parecer, eso dolía horrores.

Se incorporó para intentar que el aire le llegara mejor a los pulmones. Al hacerlo, sufrió un ataque de tos que le hizo ver las estrellas, pero poco a poco fue sintiéndose mejor.

«Parece que al menos la idea de Triz ha funcionado. Ya estoy de vuelta en el mundo real».

Sentía la boca seca y fue a la cocina a beber agua. Poco a poco, iba recordando todo lo que componía su antigua casa. La misma en la que había vivido con sus padres hasta que ambos murieron y en la que seguía viviendo solo, antes de perderse en la dimensión virtual durante dos años.

La necesidad de beber agua aumentó cuando del grifo no salió nada.

«Claro, después de dos años sin pagar las facturas, me habrán cortado el agua y la luz».

Para comprobarlo, intentó encender la luz de la cocina, pero obtuvo el resultado esperado.

«Genial, tampoco puedo encender el ordenador o poner la tele».

Le vinieron a la cabeza las últimas palabras de Triz sobre lo mucho que había cambiado el mundo en esos dos últimos años. Se acercó a la cristalera del salón de su casa y se asomó para echar un vistazo a la calle. Quería comprobarlo por sí mismo.

Se sorprendió porque todo parecía normal. El ladrido de un perro a lo lejos, los edificios medio en ruinas tras la guerra, una joven paseando en bicicleta por el puente, un hombre poniéndose las zapatillas, personas paseando por la calle, todo perfectamente normal. ¡Salvo porque el cielo se veía completamente rojo!

Adiós al azul celeste de los días de verano o al gris de las tardes de invierno. El cielo lucía como los tomates de los supermercados, con ese rojo artificial, como si el sol, antes brillante en un rincón del firmamento, ahora se hubiera apoderado del mismo; como si la Tierra ahora estuviera en su interior y no en su órbita. Le recordó al color de las explosiones de las bombas durante la Tercera Guerra Mundial, aunque ahora no sonaban sirenas ni disparos.

Tras volver a bajar la mirada al asfalto, cuando ya llevaba diez minutos asomado a la ventana, se dio cuenta de que por encima del puente, frente a su casa, solo pasaba gente en bicicleta.

«¿Dónde diablos están los coches?».

No había coches cruzando por el puente, no estaban aparcados, ¡no había coches en ninguna parte! Antes, todo el mundo iba en automóvil a todos lados. ¿Dónde estaban?

Tras la sorpresa inicial, intentó pensar con lógica. Desde que la Tercera Guerra Mundial terminó con los combustibles fósiles, y con las energías de medio planeta, los vehículos funcionaban con electricidad, y, según Triz, la tormenta solar había acabado con ella y la que quedaba comentó que

era tremendamente cara. Por eso no había coches. Justo terminó de formularse la hipótesis, cuando un autobús con placas solares cruzó por la carretera atestado de gente.

«¡Qué cojones! Algo bueno que ha traído la tormenta solar».

Animado por la curiosidad de descubrir qué más cosas habían cambiado, se dispuso a salir a la calle, no sin antes recordar que Triz le había obligado a prometer que no saldría de casa bajo ningún concepto una vez el sol dejara de estar en el cielo. Por fortuna, la luz solar lucía todavía con fuerza.

Entonces llegó el siguiente cambio inesperado. Vivía en la octava planta del edificio y, sin electricidad, no funcionaba el ascensor.

«¿Por qué no han puesto placas solares en el techo para hacerlo arrancar?».

Extrañado, estuvo tentado de regresar a casa, más llevado por la idea de tener que subir ocho pisos andando al regresar que por tener que bajarlos para poder salir. Mientras bajaba las escaleras, le sorprendió no escuchar el sonido de ningún vecino dentro de sus casas. No oyó ningún ruido hasta llegar a la tercera planta. Las elucubraciones empezaron a rondar su mente.

«Lo mejor será que deje de comerme la cabeza y que espere a hablar con Triz para que sea ella quien me ponga al día».

Llegó a la calle y se sintió raro. Era la primera vez que pisaba el mundo real en dos años y se dio cuenta de que no lo había echado de menos. No había ninguna diferencia entre pisar el asfalto real y el virtual, la sensación en los pies era la misma. Sin embargo, el ambiente que se respiraba se notaba distinto, más viciado, más cargado. Se hacía más difícil llevar el aire a los pulmones. Le resultaba curioso que el aire virtual le resultara más respirable. El de la calle le recordaba al que tenía que respirar cuando estaba dentro de la fábrica en la que trabajaba.

«¡Ostras! Ahora que lo pienso, seguro que me he quedado también sin trabajo».

Antes de terminar encerrado en el mundo virtual, trabajaba en una empresa que fabricaba baterías para los vehículos eléctricos. Viendo que no circulaba ningún coche por la carretera, dudaba de que siguiera disponiendo de trabajo en su empresa, aunque le hubieran mantenido el puesto en sus dos años de ausencia.

«Cojonudo. Sin dinero, sin trabajo, sin agua y luz en casa y sin poder regresar al mundo virtual».

Cuanto más lo pensaba, más se le complicaba el día, y aún no sabía cuándo iba a poder ver a

Triz.

Las personas por la calle seguían circulando como robots autómatas. Las recordaba pegadas a una pantalla móvil y caminando con la cabeza agachada mientras leían o escribían en su terminal, sin prestar atención a lo que las rodeaba. En realidad, la gente del mundo real llevaba mucho tiempo viviendo en una dimensión virtual. Ahora nadie miraba a ningún aparato electrónico, pero seguían avanzando con las cabezas agachadas, como si la evolución de la especie se hubiera acostumbrado a que el ser humano no la levantara nunca y le hubiera privado de esa capacidad. Tenían la mirada perdida, fija en el asfalto.

Escaparates y comercios tapiados, lonjas vacías, eso tampoco había cambiado en exceso. Simplemente había ido a peor. Durante su paseo, no encontró ninguna tienda abierta. Ninguna. Ni siquiera los bares se encontraban ya abiertos. Todo estaba cerrado.

La sensación de tener la boca seca y de angustia fue en aumento. Nunca sabemos la necesidad que tenemos de algo hasta que no lo vemos a nuestro alcance. Empezaba a sentir que se ahogaba si no bebía algo de agua, pero en casa no había y no encontraba nada abierto donde pedirla. Tampoco tenía con qué pagarla.

Angustiado, decidió bajar al parque donde solía corretear de pequeño y beber de alguna de sus fuentes.

Cuando te encuentras en un momento de angustia, te aferras a una luz de esperanza y, cuando ves que esta se apaga, la angustia aumenta exponencialmente. Es como caminar por un desierto y creer ver un oasis a lo lejos para darte cuenta al llegar de que era en realidad un espejismo.

Era absurdo buscar agua pública. Otra consecuencia de la tormenta solar. La radiación había convertido al agua en otro bien escaso. No funcionaba ninguna de las fuentes de la plaza y tenía la sensación de que los rayos solares empezaban a quemarle la piel.

Tentado estuvo de arrojarse al río que antaño pasaba por debajo de su casa, pero no tardó en percatarse de la estupidez de su idea. Su escaso caudal, por el que no bajaba agua en abundancia desde la Tercera Guerra, no era potable. No existía ningún ser vivo capaz de sobrevivir en aquella mezcla de líquido, radiación y escombros.

Levantó la cabeza y a lo lejos divisó un edificio con placas solares en su tejado. Varias de las personas que circulaban en sus bicicletas iban o venían de aquel lugar. Si eso no había cambiado en los dos últimos años, debía de ser el centro comercial. Seguía sin tener dinero con el que pagar nada,

pero en una construcción de grandes dimensiones siempre es más sencillo robar algo sin que te pillen.

Con esa idea en la cabeza se fue caminando hacia allí y, al acercarse, se alegró de no haberse equivocado. Seguía siendo un centro comercial y más grande incluso de cómo lo recordaba. Era como si todas las pequeñas tiendas y comercios hubieran sido engullidas por aquel gigante, engordando hasta casi no caber dentro de su ropa.

Cruzó sus puertas y empezó a salivar cuando vio los productos del supermercado. Un ruido sobrevoló por encima de su cabeza. La sensación de angustia aumentó hasta casi entrar en pánico. Las medidas de seguridad del lugar habían aumentado de como él las recordaba. Las cámaras de vigilancia habían doblado su número, los agentes de seguridad habían sido sustituidos por drones automatizados que sobrevolaban las cabezas de los clientes; en la zona de los cajeros se habían colocado arcos con sensores para que nadie pudiera salir del centro comercial con algo que no hubiera pagado. Cualquier artículo que tuviera un dispositivo de pago acoplado era detectado antes de abandonar el recinto.

Estaba claro que no iba a poder salir de allí con una botella de agua. Ni siquiera con una pequeña. Se puso a dar paseos por los pasillos del supermercado intentando pensar en una solución. Entonces se dio cuenta de que Triz también tenía razón en que las cosas habían ido a peor, aunque pareciera imposible, en esos dos años.

En el supermercado casi todos los alimentos eran prefabricados. Galletas de dudosa procedencia, alimentos de más dudoso origen y de difícil identificación, sobres ultraconcentrados... apenas había una pequeña sección de alimentos frescos. Una en la que solo existían dos tipos de fruta, ni rastro de las carnes ni de los pescados.

Cogió una bolsa de papel y metió dos naranjas. Hizo lo mismo con dos peras. No tenía nada más donde elegir. Recordó que, cuando era pequeño, su madre solía sujetar la bolsa para que la báscula detectara menos peso y el *ticket* de compra le saliera más barato. Ahora había que introducir la bolsa en una especie de recipiente cerrado y ya no había que pegarle el *ticket*. La máquina imprimía el código sin que tú pudieras acercarte.

Le daba igual. Pesara mucho o poco, no iba a poder pagar. Su idea era otra. Con la bolsa en la mano, se metió en uno de los pasillos menos transitados y esperó pacientemente a que ninguno de los drones sobrevolara la zona. Después la rompió y se metió las dos naranjas y una de las dos peras en los bolsillos de la chaqueta. La otra, intentando calmar la sed que ya tanto le agobiaba, se la comió a mordiscos escondido entre las estanterías. Ni siquiera el sabor de la pera le resultaba como antes.

Sabía a plástico, y tentado estuvo de escupirla, pero al menos le calmó la sensación de sed.

Rezando para que los sensores de las puertas solo detectaran productos etiquetados, cruzó por el más cercano a la puerta de salida dispuesto a echar a correr si era necesario. No lo fue. Salió del centro comercial con sus dos naranjas y la pera en los bolsillos.

La luz del sol empezaba a esconderse tras las montañas. Recordando el consejo de Triz, caminó de regreso a casa mientras pelaba una de las naranjas y se la comía como si fuera el mayor manjar que había probado en su vida, aunque tuviera el mismo sabor que los sobres de medicina con sabor a naranja de su infancia. Con la sensación de angustia más calmada, reservó el resto de su botín para otro momento de necesidad.

Lo siguiente que le faltó fue el aire. Su vida adulta se había convertido en una vida sedentaria de trabajo y sofá. Su mayor ejercicio se basaba en matar vampiros en la realidad virtual. Desde que había dejado de hacer deporte, en su adolescencia, había engordado cuarenta kilos, y tener que enfrentarse a ocho pisos de escaleras supuso un problema para él. Cuando abrió la puerta de su casa, llevaba la lengua fuera y sudaba por poros cuya existencia desconocía. Nada más entrar, se dejó caer en el sofá para intentar recuperar el aire.

Desde allí, observó cómo la luz del día se apagaba y, sin televisor, ordenador, ni nada con lo que entretenerse decidió que era un buen momento para irse a la cama.

Cuando se levantaba, alguien llamó con prisas. Extrañado, se acercó a la puerta. El monitor de vigilancia tampoco funcionaba y no podía saber quién estaba al otro lado. Se quedó quieto, dudando si abrir o no.

—Gare, ¿estás ahí? He oído tus pasos. Abre, soy yo, Triz.

Abrió la puerta y se alegró de ver a su amiga al otro lado. Sin dejarla entrar, le dio un abrazo que ella correspondió dejando caer las bolsas que llevaba en las manos. Sintió al hacerlo un cosquilleo, como una carga eléctrica de baja intensidad que le recorrió todo el cuerpo.

—Cuánto tiempo sin poder abrazarte —manifestó después de soltarla, mientras recogían las bolsas, y aún sintiendo el hormigueo en la piel—. ¿Qué traes aquí?

—Algo de comida. Imaginé que después de dos años fuera no tendrías nada en casa y tampoco forma de comprar nada.

—No te haces a la idea de cómo he pasado el día.

—Ya me lo contarás. Ahora vamos dentro. Déjame sentarme un rato, que por el camino no recordaba que vivías en un octavo y que en tu edificio ya no había ascensor.

Triz se sentó en el sofá mientras Gare no podía dejar de observarla.

—¿Qué miras?

—Es que tengo una sensación curiosa. Te miro y, aunque han pasado más de veinte años, sigo viendo a la Triz de trece, quince y hasta dieciocho años con la que hablaba casi cada día.

—Pues ya estoy cerca de los cuarenta, tengo arrugas, estrías después de los embarazos y he vuelvo a engordar unos cuantos kilos.

—Pues a mí me parece que estás guapa.

—¡Anda ya! Ya será para menos. Tú también has cambiado en estos años.

—Yo es que soy casi dos antiguos Gare. He engordado bastante más que unos cuantos kilos y ya no puedo llevar el pelo largo como antes. Tengo más pelo en la espalda que en la cabeza. Le echo la culpa al trabajo, que me sienta fatal —replicó sonriendo.

—Estás cambiado, pero que conste que no he dicho que te siente fatal. Te veo más maduro.

—Curioso que se lo digas a alguien que acaba de tener que escapar de un mundo virtual.

—Es verdad, no me has contado… ¿Cómo has conseguido salir?

—Tuve que hacer que me mataran. Aún me duele —respondió Gare llevándose la mano al pecho.

—¿Que te han matado? ¿Cómo has hecho eso? ¿Y si no hubiera salido bien?

—Era un riesgo que tenía que correr. Lo intenté de varias maneras y no había forma de salir, así que tiré de la única opción con la que sé que se terminan los videojuegos: cuando te matan. Normalmente, no duele nada, pero esta vez ha sido distinto. Y tú, ¿cómo has sabido que estaba ya en mi casa? Mejor aún, ¿cómo podías hablar conmigo, desde aquí, en sueños?

—No te rías, ¿vale?

—Prometido.

—Soy bruja. Bueno, hago cosas especiales que no todo el mundo puede hacer.

—¿Cosas especiales como cuáles? —preguntó Gare con los ojos abiertos como platos—. No me digas que vuelas en escobas y demás.

—Pero qué tonto eres... Puedo hacer conjuros, hablar con los muertos, localizar a gente por sus auras y tengo sueños premonitorios. Antes de encontrarte en la realidad virtual, te busqué en el de los vivos y en el de los muertos. Hacía años que no sabía de ti y desconocía qué te podía haber pasado. Hallarte en una dimensión virtual fue una sorpresa. Solo pude llegar a ella a través de Aisling.

—¿Aisling? ¿Eso qué demonios es? No dejas de mencionarlo.

—Aisling es el nombre del mundo de los sueños. El lugar al que nuestras mentes viajan cuando estamos dormidos. La tuya, en realidad, lo hizo al mundo virtual, y es por eso por lo que podía hablar con ella en Aisling.

—¡Madre mía! Me tienes que poner al día de todo, de tu vida y de lo que ha pasado en estos dos últimos años. Hoy he salido a la calle y casi me vuelvo loco para conseguir calmar la sed. Y ahora me pica toda la piel.

—Eso es por los rayos del sol. Ahora son mucho más dañinos que antes, no deberías salir de casa sin una buena protección. Creo que te he traído una en las bolsas. Y ya te pondré al día, pero antes necesito que me devuelvas el colgante —recordó Triz extendiendo su mano.

—Claro, toma. ¿Por qué es tan importante? —Quiso saber Gare. Se soltó los botones de la manga de la camisa y se quitó la pulsera. Al rozar la mano de Triz volvió a sentir el hormigueo en los dedos.

—Como te he dicho, tengo sueños premonitorios. Todo lo que ha pasado estos dos últimos años en el planeta, y lo que está por venir, ya lo he visto en mis sueños.

10

Luces en el cielo. Diciembre de 2028.

Bajó a la sala de ciberjuegos como solía hacer. Sus amigas querían pasarse por allí y ella había visto aparecer a alguno de los chicos y deseaba hablar con ellos. Cuando llegó, le sorprendió no ver a Gare. Desde que había regresado de su estancia en el extranjero y se había puesto a trabajar, dando por terminados sus estudios, rara era la tarde que no se pasaba por la sala. Sorprendida por su ausencia, se acercó a Paul para preguntarle.

—No creo que venga hoy. Ha quedado con una chica, Nadia se llama. Hemos coincidido con ella los últimos fines de semana que hemos salido de fiesta y creo que le iba a pedir salir esta tarde. Siempre que aparece esa chica con su grupo de amigas, acabamos perdiéndole la pista.

—¿Que le va a pedir salir a una chica? —preguntó sorprendida.

—Eso creo. Alguna vez tenía que dar el paso el chaval. Que ya tiene veintiún años y todavía no le he visto salir con ninguna. Aunque, si te digo la verdad, siempre pensé que, si daba el paso con alguna, sería contigo.

—¿Conmigo? Gare y yo solo somos amigos —corrigió.

—Lo sé, pero vuestra relación siempre ha sido peculiar. Siempre he pensado que os gustáis, pero que nunca habéis coincidido en el momento. Cuando más se interesó Gare por ti, empezaste a salir con Derek, y cuando te vi más interesada a ti en él, se fue al extranjero nueve meses. El caso es que ninguno de los dos se ha lanzado nunca.

—Yo nunca he estado interesada en Gare —replicó Triz con un tono de voz menos convencido del que en realidad quería utilizar.

—Si tú lo dices... El caso es que hoy no va a venir.

Cuando Paul regresó dentro de la cibersala, se quedó en la calle pensativa. Estaba segura de que nunca se había sentido atraída por Gare. Le parecía un buen chico y le caía muy bien. Era uno de sus mejores amigos, pero nunca le había atraído físicamente. Sin embargo, recordaba que se había sentido muy triste el día que se había despedido de él y que por eso le había regalado su colgante y hasta su amiga, Vicky, le había preguntado si Gare le gustaba por el abrazo tan intenso que le había dado para despedirse. Y ahora, cuando le habían dicho que estaba con otra chica, había sentido una sensación extraña, parecida a los celos.

Gare era su amigo, siempre estaba ahí para ella, siempre podía recurrir a él cuando necesitaba hablar o cuando tenía un mal día, aunque desde su regreso del Erasmus se comportaba de manera bastante infantil, y ahora iba a empezar a salir con otra.

Deseó, por un momento, que esa chica le dijera que no.

No quería que nada cambiara, quería que todo siguiera como hasta ese momento entre ellos. Quería seguir pudiendo recurrir a él siempre que lo necesitara.

De pronto se le habían quitado las ganas de estar en la cibersala con sus amigas y los chicos. Le apetecía estar sola. Se inventó una excusa y se marchó a pasear por el parque.

Deseaba ordenar sus ideas y sus sentimientos. Si Gare no le gustaba, ¿por qué le sentaba tan mal que fuera a salir con otra chica? ¿Por qué sentía rabia? ¿Por qué se reprochaba a sí misma haber sido tan tonta?

Decidió pensarlo paseando hasta que los rayos del sol se ocultaran tras las montañas aprovechando que esa tarde de invierno no llovía. Caminó hasta el parque buscando las zonas soleadas porque en las sombrías se empezaba a notar el frío. Avanzaba con la cabeza agachada sumida en sus pensamientos, cuando todo el cielo se nubló.

Levantó la vista en busca de la nube negra que había tapado el sol, pero se asustó al ver que no se trataba de una nube. Una bandada de pájaros había alzado el vuelo y cubierto todo sobre ella.

Era la primera vez que veía tantos juntos. No era normal a punto de iniciarse el invierno. Sin embargo, todos revoloteaban sobre su cabeza, desorientados, como si alguien hubiera hecho resonar el disparo de una escopeta.

Se puso a correr asustada cuando varios cayeron desplomados al suelo. Se golpeaban contra los edificios y se precipitaban inertes sobre el asfalto. Intentó refugiarse en un portal, mientras observaba asustada cómo los pájaros no dejaban de caer.

Cuando el resto se desvaneció, la sensación de temor no terminó de desaparecer. El cielo brillaba de un modo inusual. Se llenó de colores blancos, verdes y rojos que danzaban en el firmamento, entre las estrellas que empezaban a brillar con el anochecer.

«No, aquí no hay auroras boreales. Esto tiene que ser otra cosa», pensó, mientras observaba atónita la danza de luces en el cielo. Su pensamiento se vio interrumpido por un grito que brotó de su garganta cuando toda la ciudad se apagó. Todo se quedó a oscuras.

Entonces se dio cuenta de que no había nadie más en la calle. No se había fijado hasta ese instante, pero nadie caminaba por las aceras, nadie salía de los bares o comercios, nadie se asomaba a los balcones a observar el espectáculo del cielo. Nadie más estaba viendo todos aquellos fenómenos extraños.

Un nuevo ruido resonó sobre su cabeza. Esta vez no lo provocaron los centenares de pájaros que había visto al principio, se trataba de un sonido más reconocible para ella, pero que solo había percibido con tanta nitidez cuando había ido al aeropuerto. Un avión volaba muy bajo.

Cuando este se estrelló contra un monte en el horizonte, ahogó otro grito en su garganta y salió corriendo hacia su casa.

El suelo se puso a temblar como si un gigante hubiera cogido el planeta en una de sus enormes manos y lo estuviera agitando al igual que si fuera una bola de cristal. Era tal la vibración que se cayó dos veces de bruces contra el asfalto, incapaz de mantener el equilibrio en su carrera alocada.

Sobrepasada por los acontecimientos, se puso a gritar.

11

Toca ponerse al día. Noviembre de 2048.

Gare no dejaba de mirarla, atento a la historia que le estaba contando. No había dejado de observarla en ningún momento y su cara iba cambiando de la incredulidad al asombro.

—En ese momento, vinieron a despertarme. Estaba en mi cama y los temblores eran mi madre zarandeándome. Dijo que había tenido una pesadilla. Y ahí terminó uno de mis sueños. Al día siguiente, ya calmada, bajé a la sala de ciberjuegos, me encontré con Paul y ahí fue cuando me asusté de verdad.

—Diciembre de 2028 fue cuando yo empecé a salir con Nadia. La conocí unos meses antes, en el cumpleaños de Cristian.

—No me hables de ese cumpleaños —dijo Triz torciendo el gesto—. Por eso me asusté. El día anterior había soñado que empezabas a salir con una chica que se llamaba así y resultó que, al día siguiente, fue lo que pasó. Puedes imaginarte que me pasé el resto de la tarde mirando al cielo, rezando por no ver salir pájaros volando ni aviones cayendo y esperando que no se fuera la luz. Pero lo único que se cumplió entonces fue que empezaste a salir con esa chica.

—¿En serio te pusiste celosa? —preguntó Gare irguiéndose en el sofá.

—¡Serás capullo! ¿De todo lo que te he contado eso es lo que más te preocupa? ¿Ni el avión, ni los pájaros, ni los temblores? ¿Solo si me puse celosa cuando empezaste a salir con otra?

—Pues si te digo la verdad, es lo que más me ha sorprendido de todo lo que me has contado. El resto, mi imaginación puede llegar a entenderlo.

—Fue solo en el sueño. En la realidad, cuando me lo contaron, bastante tuve con preocuparme por los temblores. Además, eso pasó hace tiempo y las cosas han cambiado mucho desde entonces.

No tiene importancia si hace veinte años me puse o no celosa.

—Para mí sí que la tiene. Paul tenía razón y, en aquella época, me gustabas. Si llego a saber que sentías algo por mí...

—No sé si sentía algo por ti entonces, como te digo solo fue un sueño. Además nunca me dijiste nada, y luego estuviste saliendo con Nadia casi diez años. Para cuando rompiste con ella, había conocido a mi marido, me había cambiado de ciudad y estaba embarazada de mi hija mayor. Pero lo importante es que todo lo que soñé ese día ocurrió hace dos años.

—¿Qué pasó exactamente?

—Los expertos dicen que fue la mayor tormenta solar de la historia y que coincidió con un momento en el que la Tierra tenía su campo magnético más debilitado. Eso nos dejó sin escudo protector contra los rayos cósmicos del sol.

—Para, para… que uno tiene los estudios que tiene y me he perdido con lo del campo magnético. Lo de la tormenta solar me suena de películas apocalípticas de principio de siglo.

—A ver cómo te lo explico... ¿Recuerdas cómo funcionaban las brújulas?

—Sí. Las usaba mucho en los juegos de realidad virtual para orientarme por los mapas.

—Tú y tus realidades virtuales... En el mundo real, las brújulas señalaban al norte por el magnetismo terrestre o campo magnético.

—Espera —interrumpió Gare—. ¿Has dicho señalaban? ¿Ya no señalan?

—¿Me dejas acabar la explicación y luego haces las preguntas? Sino, puede que no terminemos nunca. —Gare asintió—. Muy bien. Como te decía, la Tierra tiene un campo magnético que permite que las brújulas funcionen. Está siempre en continuo movimiento, pero se mueve tan despacio que no nos damos cuenta, aunque, poco a poco, cada vez coincide menos con el norte geográfico. Se aleja del Polo Norte. Cada muchos miles de años, ese desplazamiento, cuando llega al punto crítico, los lleva a coger velocidad y los campos magnéticos de la Tierra cambian. El norte pasa al sur y al revés, y cuando esto sucede el campo magnético deja, entre otras cosas, de protegernos de los rayos cósmicos solares. Si ese periodo de tiempo coincide con la mayor tormenta solar, entonces tenemos un problema.

—Es como si la nave se quedara sin escudo protector en el momento de mayor ataque del

enemigo.

—Me voy a replantear eso de que te veo más maduro. Sigues con tus videojuegos, pero sí, más o menos es eso —concedió Triz llevándose la mano a la frente—. Lo primero que pasó fue que las aves se volvieron locas. Tuviste que ver algo de eso antes de quedarte encerrado en el mundo virtual.

—Sí, algo me suena. Creo recordar que aparecieron pájaros en sitios que no debían y murieron bandadas enteras de estorninos. También desaparecieron millones de gorriones. Se decía que era por la radiación después de la Tercera Guerra Mundial.

—Fue por el cambio del norte magnético. Se desorientaron y murieron. La noche que te quedaste en el mundo virtual, fue la de la aurora boreal en el cielo. Fue tan intensa que no llegó a anochecer. Todo el cielo brillaba con colores blancos, verdes y rojos. La gente miraba desde sus casas con la boca abierta. Yo, en cambio, me escondí con mis hijas bajo su cama.

—Porque lo habías soñado hace años y recordabas que después vendrían los apagones, los accidentes de avión y los temblores.

—Eso fue en el primero de mis sueños. Volví a soñar con eso varias veces durante varios años. Lo que venía era todavía peor, pero sí, después llegó el apagón y los accidentes. Todo se quedó a oscuras durante semanas. Varios aviones se estrellaron en todo el mundo. Cayeron sobre el planeta satélites de comunicación achicharrados por la radiación solar. Otras aeronaves consiguieron aterrizar de milagro. Los coches con sistemas de navegación y conducción remota acabaron algunos en el mar o estrellados contra edificios con personas dentro. Fue caótico, pero la gente esperaba que todo volviera a la normalidad con el regreso de la electricidad.

—Pero la electricidad no regresó...

—Sí, lo hizo, pero no al día siguiente o en un par de días como se esperaba. Y fue entonces cuando empezaron a entrar en pánico. La electricidad no volvía; no podían cocinar en sus casas, no podían conservar los alimentos en las neveras, el agua no llegaba a los hogares porque el sistema de suministro funcionaba eléctricamente. Se empezaron a quedar sin comida, sin agua y no podían comprarla porque no podían sacar dinero de los cajeros. Tampoco podían sacarlo en ventanilla, los bancos estaban sin electricidad y no podían hacer las operaciones. Empezaron a producirse casos de vandalismo. La gente entraba en los supermercados y se llevaba lo que podía sin pagar. Hubo muchos muertos y muchos heridos. Protestas, manifestaciones, revueltas, enfrentamientos con la policía y el ejército, que tomaron las calles en nombre de la seguridad de todos, se instauró el toque de queda, aún vigente. Y, cuando pensábamos que ya nada podía ir a peor, llegaron los temblores.

—¡Joder! ¿Y cómo sobreviviste a todo eso?

—Gracias a mis sueños. Cuando le contaba a mi marido mis presagios, al principio, me miraba raro y no me hacía ningún caso. No pasaba nada de lo que yo le contaba y me decía que eran solo pesadillas. Cuando vimos lo de los pájaros muertos y desorientados, empezó a prestarme más atención. Habilitamos una de las habitaciones de la casa como despensa y empezamos a comprar agua y comida que pudiera durar un tiempo. Legumbres, arroz, pasta… Lo hicimos en pequeñas cantidades y sin llamar mucho la atención de la gente. No queríamos que, llegado el momento, supieran que teníamos esa despensa. Yo avisé a familiares y amigos cercanos; unos me hicieron caso, otros pasaron de mí.

—A mí no me avisaste.

—Lo sé. Lo siento. Te tenía perdida la pista. Me alegro de que te quedaras encerrado en la realidad virtual y que estés bien.

—No pasa nada. Lo entiendo. En realidad, si me lo hubieras contado, tampoco hubiera cambiado nada. No te habría creído.

—¿Tan poco confías en mí?

—Como tú dices, hace tiempo que nos perdimos la pista. Si me lo hubieras dicho cuando nos veíamos más a menudo, te habría dado un voto de confianza, pero, si me avisas de algo así después de quince años, lo más probable es que hubiera pensado que se te había ido la cabeza.

—Ya. No hubieras sido el único en pensarlo… Cuando llegaron los saqueos y después los temblores, teníamos en casa lo suficiente para sobrevivir un tiempo. Una vez que se detuvieron y comenzaron a reconstruir la red eléctrica las cosas no mejoraron, pero empezaron a calmarse.

—Esta tarde, cuando he salido de casa a dar un paseo, he visto que ya nadie usa coches eléctricos y que solo el autobús tenía placas solares. También he visto placas en el centro comercial, pero no he visto ninguna en los edificios.

—Ese es uno de los principales cambios de estos dos últimos años. La electricidad ya no está al alcance de todo el mundo. Solo de aquel que se la puede permitir.

—Pero me dijiste que el dinero ya no existe. ¿Cómo se compra ahora algo?

—Para controlar los altercados, los gobiernos de todo el mundo, debilitados tras la Tercera

Guerra Mundial, tomaron una drástica decisión. En realidad, lo que hicieron fue dejarse sobornar por las antiguas empresas eléctricas, verdaderas dueñas del mundo ahora.

—Qué raro. Hay cosas que no cambiarán ni con el fin del mundo. Gobiernos dejándose sobornar.

—Con la excusa de nuestra propia seguridad y de controlar el caos reinante, determinaron que la gente no obtuviera la electricidad por su cuenta. Se prohibieron las placas solares y cualquier otro medio de obtener electricidad que no fuera controlado por el gobierno. Para ello, adujeron que, si alguien producía energía sin permiso, podría ser atacado por sus vecinos para intentar robársela y que no iban a ser capaces de garantizar su seguridad. Nos metieron miedo.

—Otra cosa que no ha cambiado.

—Desde entonces, todo lo que hacemos, producimos o fabricamos se valora en vatios.

—¿Qué? —La cara de asombro de Gare invitó a Triz a continuar con su explicación.

—Nuestro salario se paga en vatios. Por ejemplo, el pan cuesta quinientos milivatios; un coche, cien kilovatios; ir al teatro, seis vatios.

—Pero ¿no eran una medida? ¿Cómo pagas en vatios? ¿Hay monedas con esos valores?

—No, no hay monedas. ¿No te acuerdas de que, en nuestra adolescencia, ya casi nadie las usaba? Todo se pagaba con tarjetas electrónicas o con el móvil. Ahora todo se paga con nuestras T.V.E. Son nuestras tarjetas de valor energético—explicó Triz mientras sacaba una tarjeta del bolsillo—. Son personales e intransferibles. Si la pierdes, tienes que ir a la Central a pedir una nueva. Ellos llevan ahora el registro de la cantidad de vatios que tenemos ahorrados cada uno. Aunque, sinceramente, la gente normal no puede ahorrar nada. La electricidad es tan cara y los salarios tan bajos que la mayoría apenas podemos encender la luz en nuestras casas.

—¡Joder! ¿Y qué voy a hacer yo ahora? Yo no tengo una T.V.E de esas.

—Deberás ir a pedir una a la Central, pero sin registros tuyos desde el apagón no va a resultarte sencillo. Tendrás que dar muchas explicaciones. Cuando la tengas, yo te puedo hacer una pequeña transferencia de vatios para que compres algo de comida. Y tendrás que buscarte un trabajo.

—Eso va a ser complicado. Dudo que mi empresa siga abierta. Parece ser que ya nadie necesita baterías para coches eléctricos y yo no he trabajado en otra cosa en mi vida —replicó Gare.

—No, pero hay trabajo en centrales de producción de energía y de creación de baterías de almacenamiento. Seguro que puedes encontrar algo. Pero lo primero es conseguir tu T.V.E.

—Muy bien. Si me dices dónde tengo que ir, iré el lunes a primera hora. Por cierto, ahora que lo pienso, ¿por qué me recomendaste no salir de casa cuando se hiciera de noche? —preguntó Gare asomándose a la ventana de su casa.

—Por la N.P.V.N., la Nueva Policía de Vigilancia Nocturna. Cuando la luz del sol se va, regresan los saqueos, las peleas y los problemas. Como te he dicho, el toque de queda sigue vigente. La N.P.V.N es la encargada de hacer que se cumpla. Debería de acabar con los problemas, pero, como te puedes imaginar, se ha corrompido y solo los acrecienta. Cuando no hay luz natural, mejor en casa.

—¿Y tú? ¿Cómo vas a regresar esta noche?

—No voy a hacerlo. Me voy a quedar a dormir aquí y regresaré a mi casa mañana por la mañana. Yo soy de las que no tiene coche y he tenido que venir en autobús. No tengo intención de salir de la ciudad hasta que vuelva a circular —respondió Triz.

—¿En serio te vas a quedar a dormir conmigo? En mi casa solo hay una cama, ¿eh? —bromeó Gare con gesto travieso y mirada provocadora.

—No te hagas ilusiones, chaval. Soy una mujer casada y cada uno va a dormir en un sitio distinto. Si tú duermes en la cama, yo lo haré en el sofá.

—De eso también me vas a tener que poner al día, de tu vida personal. Se me hace raro imaginarte felizmente casada y con dos hijas.

—Lo de felizmente habría que aclararlo, pero ya es muy tarde y tengo que dormir. Mañana me espera un viaje de regreso.

—Ve tú a la cama. Ya duermo yo en el sofá.

—No es necesario —replicó Triz.

—Lo sé, pero tú eres quien ha tenido que venir hasta aquí, quien me ha traído comida y agua para pasar unos días y quien está dispuesta a prestarme vatios de esos. Qué menos que dejarte la cama una noche. Ya me quedo yo aquí.

—Gracias. Entonces… buenas noches y hasta mañana. ¿Cuál es tu habitación?

—La última puerta del pasillo. Solo una pregunta más. Si ya ha ocurrido aquello que soñaste, ¿para qué necesitas el colgante? —Quiso saber Gare viendo como Triz salía de la sala.

—Porque solo ha ocurrido una parte de lo que soñé. Me temo que esto solo acaba de empezar y necesito el colgante para intentar evitarlo.

12

El cielo se pone a arder en el peor momento. Mayo de 2031.

Triz terminó de arreglarse para salir. Había quedado con Nara para ir al cine y tomar algo ese viernes por la noche. Miró la hora en su móvil y vio que le sobraban quince minutos. Solía ser puntual porque no le gustaba que tuvieran que esperarla, pero tampoco le agradaba llegar pronto porque odiaba ser ella quien tuviera que hacerlo. Y su amiga Nara era de las que siempre llegaban cinco minutos tarde.

Se aseguró de no haberse manchado los dientes al pintarse los labios y salió al balcón para ver si la temperatura en la calle aconsejaba llevar una chaqueta. Al asomarse, vio la lonja cerrada donde antes se encontraba la sala de ciberjuegos.

Todo había cambiado mucho en los últimos años. Gare fue el primero de los chicos en echarse novia, ya llevaba tres años saliendo con Nadia. Al principio, seguía pasándose por la sala un par de días a la semana, pero, cuando la relación se fue consolidando, ya no aparecía nunca por allí.

Unos meses antes de cerrar el local, Jeni empezó a salir con Yago, después de varias idas y venidas, y su hermana Norma estaba con un chico más mayor y caminaba de su brazo como si fueran los reyes del baile. Cristian hacía tiempo que se había convertido en un chico engreído e insoportable. Apenas si le dirigía la palabra desde el día de su fiesta de cumpleaños.

La sala había cerrado y, perdido el lugar donde solían encontrarse, los dos grupos dejaron de verse, salvo en contadas ocasiones que coincidían en algún bar o en alguna discoteca. Se saludaban con un gesto que rememoraba su amistad en un tiempo que parecía ya muy lejano y regresaban a sus vidas actuales.

Triz tenía otro grupo de amigas. Allí había conocido a Nara, con quien se compenetraba muy bien. Se habían convertido en inseparables.

Había tenido un par de tonteos que no llegaron a nada más y esa noche se había asegurado de lucir bien guapa porque habían quedado con un par de chicos y uno le gustaba especialmente.

Cogió la chaqueta vaquera de encima de la silla y bajó las escaleras, haciendo resonar sus zapatos. Al llegar al portal, miró de nuevo la hora en el móvil para asegurarse de no llegar muy pronto. Habían quedado a las ocho y eran menos cinco, así que Nara todavía tardaría diez minutos en llegar.

Abrió la puerta de la calle y se asustó cuando esta golpeó con fuerza al cerrarse. Empezaba a levantarse algo de aire y la corriente causó que se cerrara con violencia.

Al llegar al cruce, el viento empezó a soplar con más fuerza. Se levantó los cuellos de la chaqueta para protegerse la cara y maldijo su mala suerte.

Los papeles arrastrados por el aire chocaban con ella mientras caminaba y los árboles empezaban a doblarse por su intensidad. Tuvo que girar el rostro para evitar que alguno de los objetos que volaban acabara metiéndosele en los ojos.

«Perfecto, ahora solo falta que se ponga a llover y se me rice el pelo», pensó cuando una bolsa de plástico se le quedó pegada en la cara. Unos segundos más tarde, mientras se esforzaba en caminar en dirección contraria al viento, su predicción le hizo maldecir. Las primeras gotas comenzaron a mojar la acera.

Dicen que la lluvia no llega hasta que el viento amaina, pero cuando empezó a correr para guarecerse, el viento seguía siendo fuerte y en dirección opuesta a la suya, por lo que el agua la golpeaba en la cara y amenazaba con arruinarle el maquillaje.

Un rayo cruzó el cielo sobre su cabeza y el aguacero empeoró. Corrió hasta llegar a unos soportales cercanos a un parque y se cobijó bajo sus arcos. Se miró en uno de los escaparates. Estaba despeinada, tenía el rostro empapado y llevaba papeles pringosos pegados en las medias.

Sacó el móvil del bolso para llamar a su amiga y decirle que iba a llegar tarde. En cuanto se juntaran, le propondría ir solo al cine y después regresar a casa sin pasar por el bar donde habían quedado. No pensaba dejar que el chico que le gustaba la viera con esas pintas. Pulsó el botón de encendido de su pantalla para que el terminal se desbloqueara con el reconocimiento facial, pero este siguió en negro. Apretó repetidas veces el botón, intentando que el sistema de desbloqueo se pusiera en marcha, pero no hubo forma de conseguir que se encendiera.

«¡Justo lo que me faltaba ahora!», exclamó para sus adentros, tentada de regresar corriendo a casa y de olvidarse de salir ese viernes por la noche. Ya explicaría a su amiga por qué le había dado

plantón en cuanto pudiera mandarle un mensaje desde el móvil o desde el ordenador.

En un último intento de poder ponerse en contacto con Nara, desmontó la tapa del móvil, quitó la batería y la tarjeta, esperó unos segundos y lo volvió a montar. Si algo tienen los aparatos electrónicos, es que a veces funcionan si los apagas y los vuelves a encender, pero, en esta ocasión, no fue el caso.

El viento no terminaba de amainar y la lluvia seguía cayendo implacable. Aunque fuera a llegar tarde al encuentro con su amiga, no tenía ninguna intención de salir de los soportales ni de seguir mojándose. Se quedaría allí dentro hasta que parase de llover. Se acercó al borde del techo y fijó su mirada suplicante en el cielo. Un rayo cruzó el firmamento en forma de respuesta.

Un rayo enorme, un rayo extraño, que no bajaba de las nubes hacia el suelo sino que cruzó el firmamento en paralelo hacia el horizonte y, al llegar a él, provocó una chispa, un chasquido, como cuando el látigo golpea en el aire. Entonces empezó a formarse un halo de color rojo cada vez más intenso.

Un arcoíris de un solo color que crecía de tamaño y se acercaba al lugar en el que se guarecía. Su tonalidad bermellón se fue haciendo más intensa, el viento cesó de pronto y una niebla densa empezó a levantarse del suelo húmedo.

El cielo se tiñó por completo. Las nubes ardían bajo una llamarada de fuego intensa que cubría todo el firmamento. Retrocedió hasta que su espalda chocó con el escaparate donde se había mirado minutos antes cuando la lluvia, que seguía cayendo, empezó a quemarle al contacto con la piel. Una lluvia que aumentó la evaporación del agua caída en el suelo y provocó que la niebla fuera más densa y más alta, llegando a difuminar la silueta de todos los edificios que rodeaban el parque.

Nerviosa, temblorosa y asustada intentó serenarse y pensar con claridad.

«Tranquila. Es otro sueño. Solo es otro sueño. Piensa. Piensa qué es lo que te está diciendo el sueño. Intenta entender...».

Con la espalda pegada contra el cristal del escaparate, empezó a respirar profundo, intentando calmar los latidos acelerados de su corazón. Su tía se lo explicó cuando ella le contó que tenía sueños premonitorios. Era la única que la había creído y tomado en serio. Le dijo que, cuando se viera envuelta en uno de esos sueños, intentara relajarse y observar. Los sueños constituyen una potente fuente de información si se les presta atención. Tenía que saber qué significaba todo lo que estaba viviendo. Cuando los ejercicios de respiración consiguieron que se le acompasara el ritmo del

corazón, empezó a verlo todo con claridad.

«Viento, agua, fuego, son tres de los cuatro elementos de la naturaleza. Solo falta la tierra», pensó justo en el momento en el que el pavimento se puso a temblar bajo sus pies.

Se tuvo que agarrar a las paredes para no caerse. Empezó a oír el ruido de objetos precipìtándose contra el suelo. No podía verlos, la niebla se condensaba cada vez más y ya se había metido dentro de los soportales y empezaba a rodearla. Ya casi no podía ver nada. Solo su mano a escasos centímetros de su cara temblando por los nervios.

—¡Triz! ¿Qué ruido es ese? —gritó su madre desde la cocina.

Volvió en sí. No estaba en la calle. Los objetos que golpeaban contra el suelo eran los del jabonero que se había desprendido de la pared cuando ella se agarró a él para no caerse. La lluvia que le quemaba la piel se correspondía con el agua caliente que había aumentado de temperatura al girar, sin querer, la palanca de su ducha. La niebla que todo lo envolvía era el vapor de agua que llenaba su cuarto de baño.

Cerró el grifo, recogió todo lo que había tirado al suelo, se secó con una toalla y quitó el vaho del cristal para mirarse en el espejo. Consultó el teléfono móvil que había dejado sobre el lavabo antes de meterse en la ducha y vio que todavía le quedaba más de media hora para la cita con su amiga.

Luego, terminó de secarse, de vestirse y de maquillarse, sin quitarse de la cabeza el sueño que acababa de tener. Era la primera vez que tenía uno sin estar en la cama, sin estar dormida, perdiendo la consciencia de la realidad.

Una vez estuvo lista para salir, se asomó al balcón, vio la lonja de la antigua cibersala cerrada y sintió una ráfaga de viento en su cara. Cuando regresó al interior del salón de su casa se fue al armario donde su madre guardaba los paraguas.

—¿Vas a llevar paraguas? —preguntó su madre sorprendida—. Si en mi móvil dice que no va a llover en todo el fin de semana.

—Es solo por si acaso. Llevaré uno pequeño dentro del bolso. —No quería que nada estropeara su encuentro con Oscar.

13

¿Y qué voy a hacer ahora? Noviembre de 2048.

Triz se levantó temprano. No había conseguido conciliar bien el sueño pensando en los siguientes pasos a dar, después de recuperar el colgante. El primer problema que tenía que afrontar sería regresar a casa y explicar a su marido por qué había pasado la noche fuera y en dónde.

Salió de la habitación sin hacer mucho ruido para no despertar a Gare e ir al cuarto de baño a despejarse, pero le sorprendió oír ruidos en la cocina.

—Buenos días, guapa —saludó Gare cuando la vio aparecer en la puerta.

—Buenos días —contestó mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué haces despierto tan pronto?

—No estoy acostumbrado a dormir en el sofá y con lo que me contaste ayer, la cabeza no paraba de darme vueltas. Además, no estoy acostumbrado a tener a una chica durmiendo en mi cama.

—Hombre, imagino que alguna ya habrá dormido en tu cama antes.

—En la que has dormido esta noche… no. Llevo muchos años sin invitar a nadie a mi casa, al menos en el mundo real.

—¿Solo ligas en el mundo virtual? Qué triste.

—Tiene sus ventajas. Normalmente no te tienes que preocupar por hacer el desayuno a la mañana siguiente —repuso Gare sonriendo—. He hecho lo que he podido con las cosas que trajiste ayer y teniendo en cuenta que no tengo ni agua ni electricidad en casa. Espero que tengas ganas de desayunar porque yo no tomo zumos.

—¿Sigues sin beber nada que no sea agua? Veo que sigues siendo igual de raro que cuando nos conocimos.

—Gracias. Un halago por tu parte.

—No pretendía ser un halago —replicó Triz, se sentó a la mesa y le dio un mordisco a una de las rebanadas.

—Pues para mí lo es. Ser raro me parece el mejor halago del mundo. Yo no quiero ser normal ni como el resto de la gente. Esa gente egoísta, mentirosa, manipuladora que nos rodea. Yo me siento orgulloso de ser raro.

—Lo que tú digas, pero mañana tienes que ir a la Central a por la T.V.E y buscar un trabajo. Los desayunos no llegan solos, por muy raro que seas.

Gare dejó los cubiertos que había usado para hacer el desayuno en el fregadero y se sentó en la mesa junto a Triz. Uno de los motivos por los que no había dormido por la noche era saber qué iba a hacer cuando ella se marchara y se tuviera que enfrentar él solo a la vida en un mundo que le resultaba totalmente extraño. Por un instante, se le había pasado por la cabeza regresar al mundo virtual, ahora que ya había devuelto el colgante a su amiga, y quedarse en aquel lugar seguro y sin guerras donde el dinero seguía siendo dinero y tenía agua y electricidad en casa, incluso un sistema informático, llamado Doto, al que le podía dejar programada la hora en la que quería el desayuno. La idea se esfumó cuando se dio cuenta de que no tenía corriente a la que enchufar su consola. Además Triz tampoco estaba en aquella dimensión. Volver a verla le había hecho añorarla.

—Cuéntame más cosas.

—Más cosas sobre qué —preguntó Triz y dio un sorbo a su zumo.

—Sobre todo. Sobre qué tengo que hacer a partir de ahora, sobre cómo funciona el mundo… sobre tu vida.

—Tienes que ir a la Central. Cada ciudad tiene una. Aquí, creo recordar que está en el antiguo ayuntamiento. Al menos, eso me dijo mi madre la última vez que tuvo que ir. Vas allí y pides una T.V.E nueva. Cuando vean que no tienen datos tuyos, te harán un montón de preguntas y tendrás que inventarte un montón de respuestas. No creo que nadie se crea lo de que llevas dos años en una realidad virtual. Te harán rellenar un centenar de documentos y, espero, te darán tu tarjeta. Si después de eso te queda tiempo, ve a buscar un trabajo.

—¿La oficina de empleo sigue en el mismo sitio?

—Ya no hay oficinas de empleo. Tendrás que ir personalmente a las empresas y preguntar.

Acepta lo primero que te ofrezcan para ir tirando y, mientras, puedes seguir buscando algo mejor.

—¿Y sobre tu vida?

—¿Qué quieres saber?

—No sé. ¿Cuándo te casaste?

—Hace catorce años. La última vez que nos vimos ya estaba saliendo con Óscar. ¿Te acuerdas? Nos casamos dos años más tarde y, a los dos años, tuvimos a nuestra hija mayor, Alana. Dos años antes de que estallara la Tercera Guerra Mundial tuvimos a Maya. No ha sido fácil criarlas en este mundo, pero he hecho lo que he podido.

—Ayer te dije que me alegraba de que estuvieras felizmente casada y con hijas, pero contestaste que eso de felizmente habría que hablarlo. ¿No te van bien las cosas?

—Los últimos años han sido muy difíciles. Óscar sufrió un accidente cuando estaba finalizando la guerra y se quedó sin trabajo un tiempo. Tuvimos problemas en casa y yo me centré en el cuidado de mis hijas. Nos distanciamos. Cuando le hablé de mis sueños y de las consecuencias, no confió en mí y eso me hizo dudar de lo que sentía por él. El tiempo que pasamos encerrados en casa después de la tormenta solar consiguió que las cosas volvieran a la normalidad, pero en cuanto pudimos salir volvieron las peleas, los malentendidos y el distanciamiento. No termina de confiar en mí y de apoyarme, y ahora tenemos días buenos y días malos. La mierda es que la mayoría son de estos últimos.

—Vaya, lo siento. Me gustaría poder ayudarte, pero no sé cómo. Siempre he pensado que eras una chica especial y me gustaría que fueras todo lo feliz que te mereces.

—No sé cuánta felicidad me merezco, pero a veces sueño con escaparme a una isla perdida del resto del mundo con mis dos hijas y quedarme allí sin tener que aguantar a nadie más.

—Si consigo recuperar la electricidad en mi casa, te invito un día a un juego de realidad virtual y allí desconectas del mundo.

—No quiero eso. Quiero evadirme y descansar, porque a veces me siento muy cansada. Pero quiero hacerlo en la realidad y con mis hijas. Y, ahora que ya tengo el colgante y vuelven a circular los autobuses, debería regresar a casa.

—¿Qué vas a hacer con él? Todavía no me has contado por qué es tan importante.

—Contiene información que puede aclarar mis sueños. Aún no se han cumplido todos los que he tenido y espero poder hacer algo para que no lo hagan. Creo que tanto él como lo que guarda pueden ayudarme. Me lo dijo un muerto en uno de mis sueños.

—¿Un muerto? Creo que me va a costar acostumbrarme a estas conversaciones contigo, porque... volverás a ponerte en contacto conmigo, ¿verdad? —preguntó Gare agarrando la mano de Triz por encima de la mesa, temeroso de que volvieran a pasar quince años sin hablar con la única persona con la que mantenía lazos de una vida anterior que le parecía ya perdida. Al hacerlo sintió calor en las manos.

—La verdad es que te agradezco mucho que te hayas dejado matar en la realidad virtual para regresar a esta mierda de mundo solo para devolverme el colgante que te regalé, sin hacerme excesivas preguntas y confiando en mí.

—Ya sabes que yo siempre he confiado en ti. Desde que tenías trece años. Nuestros caminos se han separado un par de veces, pero has estado presente en mi vida de un modo u otro casi desde que tengo recuerdos.

—Ya. Tú también en la mía. Y me alegro de volver a verte. Tampoco quiero perder el contacto contigo, otra vez. Aunque antes, con los teléfonos móviles y las redes sociales, era más fácil hablar con la gente que vive lejos.

—¡Es verdad! Me dijiste que ya no existían los móviles ni Internet. ¿Y cómo se comunican ahora las personas?

—Se escriben cartas.

—¡Venga ya! Pero si eso no se hace desde principios del siglo XX. ¿En serio la gente ahora usa el correo ordinario para mantener el contacto?

—En serio.

—Pues vaya mierda. Eso tarda un montón y no puedes tener respuesta inmediata. A mí me gustaría hablar contigo como se hacía antes, con mensajes de texto que se pudieran responder al momento.

—Por suerte, soy bruja. Si quieres, podemos hablar en Aisling.

—¿En el mundo de los sueños? ¿Y eso cómo se hace?

—Todas las noches no voy a poder pero, si quieres, podría ponerme en contacto contigo, siempre que los dos estemos dormidos, y hablar.

—¿De verdad se puede hacer eso? —inquirió Gare—. Claro que se puede... cómo no se va a poder si hace poco has hablado conmigo así, a través de un espejo... —murmuró para sí mismo, dándose cuenta de la tontería que había preguntado. Pese al paso de los años una cosa no había cambiado: seguía haciendo comentarios estúpidos cuando hablaba a solas con ella.

—Será como hablar por el antiguo Firechat, pero sin que queden rastros de nuestros mensajes en el dispositivo móvil y sin que nadie más los pueda leer. Las únicas desventajas son que solo podremos hablar cuando los dos estemos dormidos y que tú no podrás ponerte en contacto conmigo cuando quieras. Tendrás que esperar a que sea yo quien inicie la conversación.

—Bueno, en realidad, eso no cambia mucho nuestra relación de hace años. Si de algo me arrepiento, es de que siempre estuve esperando a que fueras tú la que diera el primer paso porque yo no me atrevía a darlo. Y, cuando quise, ya era tarde. ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos?

—Claro que me acuerdo. En el centro comercial. Acabamos discutiendo.

—Yo había roto con Nadia unas semanas antes y quise quedar contigo para ver si me atrevía a decirte lo que no había sido capaz años atrás...

—Y yo ya estaba saliendo con Oscar...

—Una vez más, como el día de la sala de escape, volví a llegar tarde.

—Pero, ¿luego volviste con Nadia, no? Tenía entendido que salisteis juntos más tiempo.

—Si, pero segundas partes nunca fueron buenas, salvo en *La casa de papel*.

14

Maldita burocracia. Noviembre de 2048.

Se despidieron con un abrazo. Aunque fue más corto que el que se dieron cuando se marchó al extranjero, al menos fue más cálido que su anterior despedida y a él le recordó lo que echaba de menos que le abrazaran en el mundo real.

Cuando la vio desaparecer escaleras abajo, dejó escapar un suspiro y cerró la puerta. Tenía que hacer lo que le había dicho, aunque siempre le costaba llevar a cabo acciones que se salieran de su zona de confort. Y, si algo se salía de esa zona de tranquilidad, era tener que enfrentarse a la burocracia.

Si en el mundo que conocía ya resultaba difícil enfrentarse a cualquier trámite burocrático, no se quería imaginar cómo sería hacerlo ahora. Además, por mucho que lo hubiera estado pensando durante la noche, no se le había ocurrido ninguna excusa creíble para su ausencia de dos años en el sistema. En realidad, aunque se había esforzado por pensar en soluciones, la mayoría de sus pensamientos se habían centrado en que Triz dormía en su habitación y en rememorar todos los recuerdos que tenía con ella durante su adolescencia. Cómo la había conocido, cómo se habían hecho buenos amigos, cómo se había enamorado de ella y cómo la había cagado, como siempre, hasta que sus caminos se habían separado.

Se pasó el día en casa pensando en todo lo que le había dicho que tenía que hacer, comiéndose la mitad de la comida que le había llevado y deseando que llegara la noche para dormirse y probar cómo era eso de hablar a través de Aisling. Pero, al llegar la noche, cuando se fue a dormir, no pasó nada en sus sueños.

Despertó con los primeros rayos de sol de la mañana. Allí no había un sistema electrónico que subiera y bajara las persianas, y por la falta de costumbre había olvidado bajar la de su habitación al acostarse.

Salió del edificio pensando en lo duro que iba a ser tener que subir los ocho pisos al regresar y ese pensamiento negativo ya empezó a arruinarle la mañana. Además, tener que cruzar todo el pueblo para llegar hasta el antiguo ayuntamiento teniendo que observar el paisaje desolador de comercios desaparecidos y lonjas abandonadas tampoco ayudaba a mejorar su día.

El aire, pese a estar próximo el invierno, se percibía seco y dificultaba la respiración. Siempre había pensado que el hombre terminaría por cargarse el planeta y, aunque todavía no lo había conseguido, estaba cada vez más cerca de acertar en su vaticinio. Los otoños ya no eran lluviosos como antaño, ni el paisaje era verde, y el aire, poco saludable antes de la Tercera Guerra, se había convertido en otro enemigo más para la supervivencia. Aunque, si la gente sobrevivía en las ciudades apestadas de polución a finales del siglo XX, también ahora habían conseguido adaptarse.

Las placas solares del techo del ayuntamiento le deslumbraron cuando se acercó. Tenía tantas que todo el edificio brillaba como si fuera de cristal. Tuvo que cubrirse los ojos con las manos antes de cruzar sus puertas. Una pantalla electrónica de casi dos metros de altura anunciaba, en grandes letras amarillas retroiluminadas, dónde se ubicaban cada una de las oficinas del local. La Central se encontraba en la primera planta.

«Si tan cara es la energía eléctrica, sería más sensato poner unos carteles de madera y no este despilfarro», pensó al dejar atrás el enorme monitor.

Aunque en el edificio sí que funcionaban los ascensores, prefirió subir andando hasta la primera planta. Cuando llegó a la puerta de entrada a la Central, su mal humor empeoró.

Estaba cerrada y una imagen holográfica se situaba frente a ella, como si fuera un portero.

—Buenos días —saludó el holograma con cuerpo de mujer dibujando una sonrisa en su rostro etéreo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero acceder a la Central.

—Para acceder a la Central tiene que mostrarme su T.V.E.

—No tengo T.V.E. Quiero acceder a la Central para solicitar una.

—¿El motivo de que no posea una T.V.E es una pérdida o un robo?

—¿Qué importancia tiene eso? El caso es que no tengo T.V.E y necesito solicitar una —respondió intentando no perder la paciencia. Empezaba a sentirse como cuando hablaba con el

holograma de la cibersala en la que conoció a Triz. A veces llegaba a desesperarse intentando hacerse entender para conseguir acceso a una de las máquinas.

—La diferencia reside en que, si la ha perdido, solicitar una nueva le costará tres vatios. En caso de haber sido robada, el trámite le resultará gratuito.

—¡Ah! Perfecto. Entonces, me la han robado… —mintió viendo la manera de ahorrarse tres vatios de los que no disponía.

—Si su T.V.E ha sido sustraída, debe enseñarme el justificante de la denuncia.

—¿Dónde debo presentar la denuncia?

—En la sede de la Policía.

—¿Dónde está esa sede? —Cada pregunta, que el holograma respondía sin perder la sonrisa, le estaba sacando de quicio.

—Esa información podrá obtenerla en el panel electrónico de la entrada.

—Que te folle un virus —murmuró cuando el holograma le deseó un buen día y le agradeció su visita cuando ya se disponía a bajar las escaleras.

La sede de la Policía estaba en la segunda planta. Si el holograma de la puerta de la Central le hubiera dado directamente esa información, se hubiera ahorrado bajar a la recepción y tener que subir dos plantas andando. Porque lo que terminó de encender su rabia fue que, para coger el ascensor, había que usar la T.V.E.

«Te cobran hasta por usar los putos ascensores. Banda de vampiros chupasangre».

Una vez allí, tuvo que volver a sortear las preguntas del holograma parlante de la entrada, hasta que consiguió entrar en la sede de la Policía y esperar más de veinte minutos sentado a que llegara su turno y que un policía humano lo atendiera. Pero cuando todo parecía que iba a solucionarse pudiendo hablar con una persona, resultó que la situación terminó de complicarse porque el agente le pidió el documento de identidad para presentar la denuncia.

Lo mostró y el agente le miró como si procediera de otro planeta, lo cual no se alejaba mucho de la realidad.

—Lo siento, señor, pero estos documentos de identidad dejaron de ser legales después de la

tormenta solar. Usted debería haber cambiado de documento hace más de dos años.

—Muy bien. Dígame dónde tengo que cambiarlo y lo haré.

—El documento de identidad se cambia en la Central.

Intentó explicar al agente que, para poder entrar en ella, necesitaba una T.V.E y que no tenía la T.V.E porque se la habían robado, que necesitaba el justificante de presentación de la denuncia. Perdió la paciencia cuando este le contestó que, para presentar la denuncia necesitaba un documento de identidad en regla, y que, o se tranquilizaba o cursaría una denuncia contra él.

«Y a nombre de quién ibas a poner la denuncia si no tengo un documento de identidad en regla, pedazo de imbécil». Por suerte para él, solo lo pensó mientras salía de la sede.

Mientras se tranquilizaba y meditaba sus opciones, bajó por las escaleras hasta la primera planta. Allí, el holograma femenino volvió a desearle buenos días y a preguntarle qué deseaba. Lo mandó a la mierda.

Había llegado al ayuntamiento con la intención de obtener una T.V.E, como le había pedido Triz que hiciera y, no solo no la había conseguido, sino que, ahora, además, necesitaba un documento de identidad actualizado.

No sabía mucho del mundo que había quedado tras la tormenta solar, pero de lo que estaba seguro era de que conseguir el documento de identidad no iba a ser gratis y que no tenía con qué pagarlo. Se encontraba en un bucle sin salida.

Necesitaba hablar con Triz, contarle lo que le había pasado y pedirle ayuda. Quizás ella pudiera volver y acompañarle a solicitar el documento de identidad, pagárselo y solucionar el trámite. Instintivamente se echó la mano al bolsillo para buscar su teléfono móvil, antes de recordar que ya no le servía de nada. Las comunicaciones ya no eran tan sencillas como antes. Tendría que esperar a que llegara la noche y a que ella se pusiera en contacto con él a través de Aisling.

Lo que más lamentaba era que iba a decepcionarla al no ser capaz de obtener la T.V.E sin su ayuda. No quería que le viera como un inútil.

Estaba pensando en cómo iba a decírselo cuando una mano se posó en su hombro y le retuvo en su camino. Cuando se giró y vio el uniforme de un policía temió que encima Triz tuviera que ponerse en contacto con él en una celda.

—¡Gare! ¿Eres tú? ¡Cuanto tiempo sin verte, colega! Joder, cómo has cambiado —espetó el agente.

—¿Paul? ¡Coño! ¿Cómo has acabado tú de policía? —preguntó Gare al reconocer a uno de sus antiguos amigos.

—Vueltas que da la vida. Durante la Tercera Guerra terminé en el ejército. En una guerra en la que ibas a ser atacado aunque no tomaras parte, lo mejor era poder defenderse. Después de la tormenta solar las plazas en las fuerzas de seguridad fueron las más accesibles para un antiguo «heroe» de guerra.

—Me alegra volver a verte. Tengo perdida la pista a toda la gente de aquella época y de pronto...

—¿Dónde has estado metido todo este tiempo?

—Es largo de contar...

—He escuchado tu conversación con mi compañero y creo que puedo ayudarte —susurró Paul, en una clara invitación a seguirle en silencio.

Se dejó llevar. Conocía a Paul desde el instituto, en la misma época que conocieron a Triz y a sus amigas. Era curioso que, tras muchos años de perder el contacto, ahora dos de aquellas personas volvieran a la vez a su vida.

Paul le llevó hasta una puerta lateral del ayuntamiento, una de las pocas sin medidas de seguridad o aparatos electrónicos. Esta daba a un callejón trasero tras la fachada. Luego le guió hasta un coche aparcado en las sombras. Gare empezó a ponerse nervioso.

Temeroso de estar metiéndose en un lío mayor que en el que ya se hallaba, subió al vehículo por la puerta que le había abierto Paul. Después, esperó a que él se sentara en el asiento del piloto.

—Desde la tormenta solar el mundo es una mierda, colega. Hay que buscarse la manera de sobrevivir cada día. Yo, siempre estoy atento a personas sin documento de identidad y sin la T.V.E. Puedo ayudarte a conseguir ambas —habló cuando cerró las puertas del coche sin andarse con rodeos.

—Por tu manera de comportarte, creo que la manera de conseguirlos no será muy legal y que querrás algo. Te aseguro que yo no puedo ofrecerte nada a cambio —repuso Gare encogiéndose de hombros.

—Claro que quiero algo a cambio y por supuesto que tienes algo que ofrecerme. No tienes documento de identidad, no tienes T.V.E, eres un indocumentado, y eso me resulta muy útil, si estás dispuesto a colaborar.

—Te escucho —concedió queriendo saber a dónde le llevaba todo aquello y aferrándose a la posibilidad de poder solucionar su problema.

—Durante la tormenta solar fallecieron y desaparecieron cientos de miles de personas. También lo hicieron sus registros. Por eso, el gobierno tuvo que cambiar todos los documentos de identidad, para poder volver a registrar a todas las personas en los nuevos archivos.

»Cada cierto tiempo, en distintos lugares, aparece alguien como tú. Alguien que no ha fallecido, pero que ha estado desaparecido durante estos dos últimos años. Alguien a quien el gobierno no controla y que no aparece en ninguna parte. Alguien cuya identidad, y cuántos vatios posee, se desconoce.

—Ya sabes que mi nombre es Gare y, por desgracia, no poseo ningún vatio. Ni siquiera estoy seguro de entender cómo funcionan.

—¿Dónde has estado metido, colega? En fin, que me importa una mierda. Lo importante es que tú no eres nadie para el gobierno y yo sé cómo meterte en el sistema.

—¿A cambio de qué?

—Yo te proporciono una identidad e introduzco en el sistema tus datos, unos en los que pondré una cantidad de vatios a tu nombre, digamos que generados de manera ilegal y fuera del control del gobierno, y a los que no puedo acceder sin asignarlos a una nueva identidad. Y tú, a cambio, me realizas una transferencia del noventa y seis por ciento de esos fondos. De este modo consigues tu identidad, la denuncia para obtener la T.V.E y una pequeña cantidad de vatios, y yo devuelvo al sistema unos cuantos miles de ellos. ¿Qué te parece?

Lo que le parecía era que, por muchas veces que se cayera el sistema, por muchas ocasiones en que el ser humano tuviera que empezar de cero, nada iba a cambiar mientras las decisiones estuvieran en manos de las personas. El sistema seguiría siendo la misma mierda corrupta. No se salvaban ni sus antiguos amigos. Pero, pese a sus reticencias morales, aceptó.

Paul puso el coche en marcha. Los de la policía también habían sido provistos de placas solares que los volvían autónomos. Condujo a gran velocidad, mientras el resto de la gente apartaba las

bicicletas al arcén para dejarles pasar. El tráfico de bicicletas fue disminuyendo según se alejaban del centro urbano y seguían subiendo por la ladera de la montaña hasta que terminaron las casas. Allí, aparcó el vehículo.

Paul vivía en una pequeña residencia individual al final de la calle. Por allí apenas pasaba gente y se podía permitir tener un pequeño terreno rodeando la construcción, aunque árido, pues tras la Tercera Guerra Mundial habían dejado de existir los paisajes verdes y coloridos —Gare solo podía disfrutar de tumbarse en un césped o de oler unas flores en alguna de sus realidades virtuales—. Paul lo había decorado con piedras blancas que brillaban bajo la luz del sol y emanaban un aura de paz. El lugar simulaba una especie de oasis en el caos que reinaba en el centro.

—Por favor, no te salgas del camino. No pises las piedras —pidió, indicándole el sendero a seguir hasta la puerta de la casa. Gare obedeció sin entender cuál podría ser el aliciente de querer pisar aquellas piedras blancas.

Su hogar, por dentro, parecía uno normal y corriente. Un salón modesto decorado, sin pretenderlo, en un estilo minimalista; una cocina de un extraño color azul; dos habitaciones provistas de una cama, una mesilla y un armario pintados en distintos tonos de verde, un baño y un trastero al final del pasillo.

—Una casa sencilla que no llame mucho la atención con mi sueldo de agente —comentó Paul caminando por el pasillo hacia el trastero—. Lo que necesitamos está tras esa puerta.

Cuando la abrió, Gare no vio nada interesante. Dos baldas repletas de comidas enlatada y materiales de construcción con una distribución peculiar. Los alimentos no estaban en una balda y los materiales en otra sino que ambos artículos convivían sin un orden lógico. La cara de desconcierto se convirtió en una de asombro cuando Paul apartó una de las latas y pulsó un botón en la pared que abrió una trampilla camuflada en el suelo.

Las escaleras descendían unos metros bajo los cimientos de la construcción. Allí se ubicaba otra habitación provista de decenas de aparatos electrónicos, ordenadores y otra maquinaria.

—¿Cómo haces para que todos estos aparatos funcionen? —preguntó Gare mirando a su alrededor.

—Con las piedras blancas que has visto en el camino. En realidad, son células fotovoltaicas de mi creación que me proporcionan electricidad suficiente para alimentar toda la casa, incluida mi habitación especial, y que me generan un sobrante de vatios a los que no puedo dar salida. Con la

radiación solar que nos golpea continuamente desde la tormenta y estos aparatos, todo el mundo podría tener electricidad gratuita en sus casas, pero el gobierno se empeña en prohibirlas y permitir que las eléctricas sigan lucrándose.

—Tú tampoco es que la generes de forma altruista —protestó Gare, arrepintiéndose nada más decir esas palabras en voz alta, al recordar que estaba ante un agente de policía, aunque en una vida pasada fuese su amigo.

—Ya sabes que nunca he tenido un alma generosa, y de algo me tenían que servir mis estudios de ingeniería —replicó Paul entre risas—. Pero tampoco soy un idiota que deje que se aprovechen de él. Ahora dime, ¿qué datos quieres que figuren en tu documento de identidad?

Gare le dio los datos reales. Los mismos que figuraban en su antiguo documento. Por un instante, había estado tentado de ponerse el nombre de alguno de los personajes de sus videojuegos favoritos, pero al final decidió seguir llamándose Gare. Le gustaba su nombre.

Paul se puso a teclear los datos en una de las pantallas y le pidió que se acercara a un aparato que analizaba las huellas dactilares mientras te realizaba un escáner de la retina.

—¿Vas a necesitar una foto?

—No será necesario. Ya he creado una imagen tuya mientras pasabas por el escáner. Ahora solo necesitamos esperar un par de minutos.

Una máquina al otro lado de la estancia se puso en funcionamiento. Mientras tanto, Paul no dejaba de teclear datos. Cuando esta se detuvo, le pidió que fuera hasta ella y recogiera el documento. Un documento de identidad con imagen holográfica y sus datos personales que reposaba en una de las bandejas.

—Te he redactado la denuncia por robo de tu tarjeta de valor energético y he *hackeado* el sistema para que figure una a tu nombre con un valor de diez mil vatios. Después, he introducido la energía de mis reservas. No puedo poner una cantidad excesiva o el sistema detectará la subida de energía acumulada. Solo tienes que regresar al ayuntamiento, acceder a la Central con la denuncia y pedir tu nueva T.V.E. Cuando la tengas, me harás pequeñas transferencias de cuatrocientos vatios a la semana para no levantar sospechas hasta completar la cantidad de nueve mil seiscientos vatios. Los otros cuatrocientos considéralos un regalo por nuestra antigua amistad. Espero que no necesite recordarte que soy un agente de la ley y que, en caso de no recibir tus transferencias periódicas hasta completar el pago, puedo hacerte una visita a la dirección que figura en tu documento de identidad.

Gare no necesitaba que se lo recordara. Paul había estado varias veces en su casa durante su adolescencia. Eran buenos amigos y sabía que era una persona de palabra. Aunque estas hubieran sonado más a amenaza que a promesa.

Regresaron al antiguo ayuntamiento en el coche de Paul y se despidieron en el mismo lugar en el que se habían reencontrado.

—Espero que ahora te vaya todo bien. Ha sido un placer volver a verte, colega.

—Gracias por solucionarme el problema.

—De nada. Gracias a ti voy a comer productos frescos todo lo que queda de año —dijo Paul dándole una palmada en la espalda.

Su siguiente encuentro con el holograma de la entrada de la Central no fue tan problemático. Con la denuncia y su documento de identidad actualizado, no puso reparos para dejarle pasar. Una vez dentro de la Central, el procedimiento fue lento, pero sin complicaciones y, unas horas más tarde, consiguió que le entregaran la T.V.E a su nombre con un saldo de diez mil vatios.

Aún no sabía a cuánto equivalía un vatio comparado con la antigua moneda, pero teniendo en cuenta lo que le había contado Triz, y que una nueva T.V.E costaba tres vatios. estaba seguro de que los cuatrocientos que le había regalado Paul no iban a cubrirle muchos gastos. Al menos tendría para hacer unas primeras compras.

Cuando preguntó cómo se conseguía llevar la electricidad a las viviendas se dio cuenta de que las compras que iba a poder hacer con ese dinero eran menos de las esperadas. Solo en instalar el sistema de las compañías eléctricas en su hogar le iba a costar los cuatrocientos vatios de su tarjeta.

No le quedaba otra que salir del ayuntamiento y buscar un trabajo. Para su sorpresa, cuando cruzó las puertas del edificio, la luz del sol ya empezaba a ocultarse tras las montañas. Había perdido todo el día y tenía que regresar a su casa si no quería saltarse el toque de queda.

Por lo menos, podría anunciarle a Triz que había conseguido la T.V.E.

15

Solo acaba de empezar. Noviembre de 2048.

Tras varias horas de un viaje en autobús lleno de incidencias —le había tocado ir sentada al lado de un hombre muy cansino, habían sufrido una avería que les había dejado tirados al sol en mitad de la nada mientras esperaban la llegada de otro autobús y el conductor, novato, se había perdido antes de llegar a la estación—, Triz llegó a su casa pasado el mediodía, con el tiempo justo de comer con su marido y sus hijas.

El abrazo de Alana y Maya nada más cruzar la puerta mitigó el cansancio del viaje, pero la mirada inquisidora de su marido difuminó la sensación de bienestar.

—Tenemos que hablar —le dijo Óscar cuando mandó a sus hijas a lavarse las manos y se quedaron a solas.

—Después de comer. Ahora estoy cansada y solo me apetece darme una ducha y sentarme un rato. El viaje ha sido un horror.

—Ya te dije que no tenías que haber ido a ninguna parte. No es conveniente viajar, y menos pasar una noche fuera de casa —replicó su marido.

—Te he dicho que hablamos después de comer. Ahora voy a cambiarme de ropa y darme una ducha. Ve poniendo la mesa.

Se fue a su cuarto, se quitó la ropa que se había impregnado del desagradable olor de su compañero de viaje, cogió las prendas con las que solía andar por casa y se encerró en el baño.

Se sentó en el aseo mientras se frotaba las sienes con ambas manos. Le dolía la cabeza solo de pensar que iba a tener que discutir con su marido para explicarle por qué había pasado la noche del sábado fuera de casa, y también por tener que inventarse una coartada creíble. No podía decirle que

había dormido en el piso de un antiguo amigo de la adolescencia si no quería que se pusiera celoso y exigiera más explicaciones de algo que no las necesitaba. Ella había dormido en la cama y su amigo en el sofá, pero se veía en la obligación de justificarse o de mentir.

Terminó de desnudarse dejando la ropa interior en el cesto de la ropa usada e introdujo su T.V.E en el sistema para encender el calentador de agua. Le apetecía darse una larga ducha y dejar que el agua caliente arrastrara sus preocupaciones por el sumidero, pero su sueldo de doctora no daba para consumir tanta energía. En cuanto el sistema la reconoció y abrió el grifo del agua caliente, los vatios de su tarjeta empezaron a descender. Tuvo que conformarse con una ducha corta que le quitara el mal olor. Lo de librarse de sus preocupaciones tendría que esperar.

Regresó a la cocina donde la esperaban su marido y sus dos hijas sentados a la mesa. Las dos pequeñas empezaron a contarle todo lo que habían hecho durante el viernes y el sábado por la mañana y que ella se había perdido. Su marido se mantuvo en silencio mientras comía la ensalada de algas hidratadas que se había preparado.

Escuchar cómo su hija mayor le contaba, con entusiasmo, la nota que había sacado en el último ejercicio que habían hecho juntas la tarde del jueves o como su hija pequeña se empeñaba en enseñarle el dibujo, pintado por la mañana, con un sol enorme en medio de un cielo de color rojo y ellas dos agarradas de la mano, era la mejor medicina que tenía contra sus preocupaciones.

Mientras las oía, se reía con sus anécdotas o les pedía que hablaran menos y comieran más se olvidaba de sus sueños, de las tormentas solares y de lo que se les venía encima y era feliz. Una felicidad que se veía ensombrecida cuando se cruzaba con la mirada fría y gesto serio de su marido, al otro lado de la mesa.

Cuando terminaron de comer, y se quedaron sin anécdotas que contar, sus dos hijas se fueron corriendo al salón a leer un libro y a jugar con sus pinturas. Triz se alegraba de que los hábitos de sus hijas se alejaran de los que ella tenía en su infancia y adolescencia, siempre pegada a la pantalla de una televisión, de un ordenador o de un teléfono móvil. Que sus hijas se apasionaran por la pintura y la lectura suponía una de las pocas ventajas que tenía la falta de electricidad y la escasez de aparatos informáticos.

Empezó a recoger la mesa con una leve sonrisa que su marido no tardó en borrar.

—Y bien, ¿qué era eso tan importante que tenías que hacer para pasar una noche fuera de casa? —le preguntó sin levantarse de la mesa.

—Una charla de trabajo. Se alargó más de lo esperado y no pudimos coger el último autobús. Tuvimos que quedarnos a dormir allí para respetar el toque de queda. No he podido regresar hasta el primer autobús de la mañana y encima se nos ha averiado a mitad de camino. Si no, habría regresado unas horas antes.

—¿Y dónde has dormido? —inquirió de nuevo él mientras dejaba sus platos en el fregadero.

—En casa de una amiga. Una antigua compañera de clase, que también es médico y con la que he coincidido en la charla, me ha ofrecido quedarme a pasar la noche en su casa.

—¡Ah! Qué maja... A ver si la próxima vez que vayamos a tu ciudad, a visitar a tus padres, me la presentas para agradecérselo —dijo Óscar agarrándole de la cintura—. Hace mucho tiempo que no me presentas a ninguna de tus amigas. Voy a echar una siesta, que esta noche casi no he pegado ojo pensando en si estarías bien.

—Gracias por preocuparte...

—Para eso soy tu marido.

No dudaba de que Óscar hubiera pasado mala noche por su ausencia, pero estaba segura de que no había sido porque estuviera preocupado por ella. Más bien, se preocupaba por lo que pudieran decir sus familiares si se enteraban de que había pasado una noche lejos de casa. Nunca había terminado de encajar bien en su familia y eso representaba uno de los motivos por los que habían empezado a distanciarse. Mas tarde, llegaron la falta de confianza y los celos injustificados, pero el principal motivo radicaba en que siempre ponía por delante la opinión de su familia a la de su mujer. Siempre les daba la razón, aunque ella ya hubiera demostrado, en repetidas ocasiones, que se equivocaban, como cuando no le quisieron hacer caso con la compra de provisiones para sobrevivir a la tormenta solar. Si no hubiera sido por ella, ninguno de ellos habría sobrevivido. Sin embargo, habían conseguido que pareciese, incluso, que todo aquello había pasado por su culpa.

Terminó de recoger la cocina y se sentó en el salón a ver a sus hijas mientras pensaba en los siguientes pasos que tenía que dar. Ya había recuperado el colgante y ahora tenía que descubrir por qué no dejaba de aparecérsele en sus sueños. Debía realizar un hechizo de revelación para que la joya descubriera su mensaje, pero ese tipo de magia solo se podía conjurar a las doce de la noche, cuando en el espacio entre el final de un día viejo y el inicio de uno nuevo, los secretos ocultos pueden ser revelados. No había podido hacerlo en casa de Gare porque no disponía de los elementos necesarios. Sin su athame y sin sus velas, el hechizo era imposible y no había podido llevárselas porque el cuchillo ceremonial era difícil de explicar en los controles de seguridad.

Pasó la tarde del domingo intentando no pensar mucho en lo que le esperaba esa noche e intentando disfrutar de la compañía de sus hijas, hasta que su marido se levantó de la siesta. Salieron los cuatro juntos a dar un corto paseo hasta que el sol empezó a ocultarse y regresaron a casa a preparar la cena. Acompañó a sus hijas a la cama mientras Óscar se encargaba de recoger la cocina. Maya no solía tener problemas para acostarse y dormir, pero Alana siempre quería quedarse más tiempo despierta. Un día en casa de su abuela, y tras su décimo cumpleaños, esta le preguntó cuándo se iría a dormir y ella contestó que nunca puesto que por las noches tenía malos sueños y prefería quedarse despierta. Solo cuando el agotamiento vencía a su fuerza de voluntad, solía quedarse dormida. Eso o cuando su madre se quedaba a su lado.

—¿Te quedas a dormir conmigo esta noche? —preguntó cuando su madre la cubrió con la manta.

—Tengo que hacer una cosa antes, pero en cuanto termine, si te portas bien, vengo a dormir contigo si quieres.

—Vale, me porto bien, pero tienes que venir. Si duermes conmigo, no suele venir el hombre malo. Y ayer que no estabas, sí que vino y no pude dormir.

—¿Cómo que ayer vino el hombre malo? ¿Tuviste otra de tus pesadillas?

—No, mami. Vino aquí. Me desperté en medio de la noche y estaba mirándome por la ventana de mi cuarto. Cuando me levanté y fui a mirar ya no estaba. No quise molestar a papa, pero el resto de la noche ya no pude volver a dormirme.

—Seguro que fue una la cortina, cariño. Tu habitación está en el piso de arriba. No puede haber nadie en tu ventana.

—Si que había... Tienes que venir a dormir conmigo por si vuelve.

—Te lo prometo, y esta noche no te molestará nadie.

Triz le dedicó una sonrisa y le dio un beso en la frente. Óscar siempre insistía en que tenían que llevar a su hija a algún especialista porque no era normal que a su edad siguiera teniendo pesadillas con hombres malos bajo su cama, pero ella se negaba. A Alana no le pasaba nada que pudiera arreglar ningún especialista, ella también solía soñar con hombres malos. Y algunos podían elevarse hasta las ventanas de una segunda planta. Lo único que le preocupaba era poder explicar a su pequeña por qué tenía aquellos sueños, como había hecho su tía con ella.

Cuando su hija mayor se quedó dormida, bajó al salón donde estaba sentado su marido.

—¿Se han dormido? —preguntó sin levantar la mirada.

—Sí. Parece que las dos se han quedado dormidas. Alana estaba cansada.

—Perfecto. Yo también me voy a ir a dormir. Mañana tengo que ir a trabajar en cuanto salga el sol. ¿Te vienes a la cama?

—Todavía no. Hay un par de cosas que tengo que hacer antes de acostarme.

—¿Qué es lo que tienes que hacer a estas horas? La cocina ya está recogida y la ropa guardada. Es de noche y no podemos permitirnos gastar mucha más electricidad. Este mes he estado de baja y no tenemos muchos vatios ahorrados.

—Tengo que preparar el almuerzo para las niñas y tengo que ordenar las fichas de la charla para una reunión. Además, le he prometido a Alana que cuando termine iré a dormir con ella. Me ha dicho que ayer no pudo descansar.

—Creo que la mimas demasiado. Ya es mayorcita como para tener que dormir con su madre por las noches.

—Ya hemos hablado de esto —repuso Triz intentado acabar una conversación que sabía que derivaría en una nueva discusión.

—Sí, pero mi madre piensa que la mimamos demasiado y que no dejamos que la niña se acostumbre a dormir sola.

—Y, como siempre, piensas que tu madre es quien tiene la razón, ¿verdad?

—Pues sí. A este ritmo, vas a dormir con tu hija hasta que cumpla los veinte años.

—Dormiré con ella lo que considere necesario. Te lo he intentado explicar cien veces, pero nunca me escuchas.

—¿Te refieres a esos malditos sueños que dices que las dos tenéis?

—Esos malditos sueños, como tú los llamas, nos salvaron durante la guerra mundial y durante la tormenta solar. Esos malditos sueños, nos mantienen a salvo.

—Será a vosotras, porque a mí me jodieron la vida. Podrían haberte avisado de mi herida de guerra —protestó Óscar y se llevó la mano a su rodilla izquierda.

—Ni que te hubieran herido en una batalla... —murmuró Triz.

—¿Qué has dicho? —reaccionó Óscar levantando la voz.

—No grites, que vas a despertar a las niñas. Digo que hablas de tu lesión como si te hubieran herido en una batalla, cuando te rompiste la rodilla mientras huías a esconderte.

—¡Déjame en paz! Me voy a la cama. Tú haz lo que te dé la gana, como siempre.

Se quedó sola en el salón. Sentía rabia. Estaba cada vez más harta de que casi todos los días terminaran con una discusión. Desde el accidente, Óscar no dejaba de autocompadecerse por los dolores que tenía. No hablaba con ella, solo la criticaba y discutían, como si tuviera que pagar sus frustraciones con su mujer. Se sentía cada vez más encerrada, le faltaba el aire. Soñaba, si sus sueños premonitorios no se lo impedían, con salir huyendo y no parar hasta llegar a una playa desierta donde poder descansar. Solas, ella y sus hijas.

Pero sus responsabilidades como madre y el recuerdo de los días buenos siempre la retenían en casa y esa noche no iba a ser diferente. En cuanto se quedó a solas en el salón, se levantó de un salto del asiento y se metió en la cocina a preparar el almuerzo de sus hijas para el colegio, mientras repasaba los materiales que necesitaba para el hechizo y las frases del conjuro que tenía que recitar.

Con los bocadillos preparados y metidos en sus respectivas bolsas, llenó un cuenco de metal con agua, buscó una de las velas que usaba para iluminar parte de la casa por la noche y rebuscó en los cajones del salón hasta encontrar un pequeño abanico. Cogió un soporte para el cuenco, su cuchillo ceremonial, las velas de colores y salió por el patio trasero. No necesitaba esconderse en la calle, el ritual no se detendría si la interrumpían. Eran las doce menos cuarto, tenía solo un cuarto de hora para preparar el círculo de rituales.

Tras barrer la zona con su escoba ceremonial para eliminar suciedad y malas vibraciones, dibujó una circunferencia con su athame y colocó las cuatro velas. Al Este, la amarilla, que correspondía al aire; al Sur, la roja que simbolizaba al fuego; al Oeste, la vela azul que aludía al agua, y al Norte, la verde que representaba el elemento tierra. Colocó el altar mirando hacia la vela amarilla y, sobre él, puso la vela ceremonial, el cuenco lleno de agua sobre el soporte y el abanico. Escarbó un poco de tierra del patio trasero y la echó dentro del líquido. Miró su reloj de pulsera, quedaban cinco minutos para las doce.

Encendió la mecha, la colocó debajo del soporte para que calentara el agua y buscó, en un pliegue de su ropa, el colgante que le había devuelto Gare y del que no se había separado desde entonces. Se lo llevó a los labios, le dio un pequeño beso y lo dejó caer en el cuenco. La joya se hundió hasta tocar la tierra acumulada en el fondo. Cuando dieron las doce en punto, comenzó a recitar.

—Madre Universal, fuente de la sabiduría infinita que, en esta hora mágica del cambio de día, tus fases de Doncella, Madre y Anciana[8] revelen su secreto oculto. Que la tierra del jardín, el fuego de la vela, el agua del cuenco y el aire del abanico te ayuden a desvelar su misterio —recitó en voz alta, mientras agitaba el abanico sobre el agua del cuenco. Abrió los ojos y, viendo que no ocurría nada, respiró profundo tres veces, cerró de nuevo los párpados y repitió el mensaje.

Una suave brisa a su espalda la estremeció. Abrió los ojos como cuando de pequeña la asustaban sus sueños y temía encontrarse al hombre malo a su lado en la cama, tan despacio que el instante se hizo eterno.

En un primer momento parecía que nada había pasado, pero se dio cuenta de que algo en el agua había cambiado. Cuando había echado la tierra, esta se había enturbiado. Ahora la tierra seguía en el fondo del cuenco, pero el agua se veía cristalina. La llama azotada por el aire del abanico había aumentado su tamaño y calentaba todo el fondo del cuenco metálico y el colgante de metal no yacía en él sino que flotaba en el agua.

Entonces el colgante comenzó a cambiar. El cuarto creciente y el cuarto menguante de la luna giraron sobre sí mismos y se acoplaron a la luna llena central, pasando de tener forma de caramelo, como le había dicho Gare, a forma elíptica. Terminada la transformación la brisa amainó, la llama de la vela recuperó su tamaño normal y la joya volvió a hundirse hasta el fondo.

Ansiosa, metió la mano en el agua para recuperarlo, pero maldijo al quemarse los dedos. Tuvo que soplárselos mientras los agitaba en el aire para calmar la quemadura, retirar la vela del cuenco y esperar a que el agua se enfriara. Mientras esperaba, agradeció a los elementos su presencia en el círculo y, caminando en el sentido contrario a las agujas del reloj dijo:

—El círculo ha sido abierto, pero no por ello perturbado.

Apagó las velas con el athame, evitando soplarlas para no alterar al elemento Fuego.

Abierto el círculo y levantado el altar, pudo recuperar el colgante sin quemarse los dedos. Al cogerlo en sus manos, este se abrió por la mitad. Dentro solo había un nombre grabado.

Rebecca Withe

16

Descubriendo Aisling. Noviembre de 2048.

Le costaba conciliar el sueño por diferentes motivos. El primero era que no estaba acostumbrado a irse a la cama tan pronto. En la realidad virtual, donde había pasado sus dos últimos años, siempre tenía cosas con las que entretenerse una vez llegado a casa, ya fuera viendo la tele o buscando citas a ciegas en las aplicaciones virtuales para el siguiente viernes por la noche. No es que se le diera muy bien, pero al menos pasaba el tiempo y siempre se le hacía tarde. Otro motivo era que no solía irse a la cama con la cabeza bullendo de preocupaciones.

Se había acostumbrado a vivir sin mayor preocupación que la de ejercer un trabajo que en realidad funcionaba solo, y no tenía que preocuparse por saber cómo iba a sobrevivir en un mundo como el real y, menos, por tener que alimentarse. En la realidad virtual, Doto se encargaba de eso. Pero el principal motivo por el que no conseguía dormirse era que deseaba quedarse dormido.

Se había acostado pronto, pensando en la promesa que le había hecho Triz de poder hablar en sueños. La noche anterior no habían podido hablar y quería quedarse dormido, por si ella se había acostado también temprano y estaba esperándolo. Pero cuanto más se decía que se tenía que dormir, cuantas más ganas tenía de soñar para poder hablar con Triz, más vueltas daba en la cama y más avanzaban las horas sin conseguirlo. Se había acostado temprano y ya eran las doce de la noche y seguía con los ojos abiertos como un búho.

Intentó calmarse y se concentró en pensar en ella. Ya que no podía dormirse, al menos podía recordar los momentos de su vida en los que habían coincidido y en los que había llegado a sentirse atraído por ella. En esos recuerdos guardados en un rincón de la cabeza que solo atesora los buenos momentos, y te hace pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor. Recordando esos buenos tiempos, se quedó dormido.

—Hola Gare, ¿estás ahí? —La voz de Triz resonó en su cabeza como si estuviera a su lado.

—¡Ey! Hola. Sí, estoy aquí —respondió—. ¿Has esperado mucho? No conseguía quedarme dormido.

—No, tranquilo. Acabo de acostarme. ¿Por qué no te podías dormir?

—Te sonará estúpido, pero creo que era porque no dejaba de pensar en que quería dormirme.

—Un poco tonto sí que suena.

—En realidad ha sido porque quería dormirme cuanto antes por si tú venías. No sabía a qué hora te sueles acostar y no quería hacerte esperar. Tenía ganas de hablar contigo.

—Qué mono... ¿Qué tal te ha ido el lunes? ¿Conseguiste la T.V.E y el trabajo?

—Solo la T.V.E, pero no ha sido sencillo y me ha llevado todo el día. Si te cuento lo que me ha pasado, ni me crees. Mañana intentaré encontrar trabajo —respondió intuyendo que Triz había sonreído cuando le había llamado mono.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó intrigada. Gare le contó su aventura en el ayuntamiento—. Vaya, pues sí que te han pasado cosas. Menudo cambio que ha pegado Paul, con lo cohibido que era antes. Otro que ha tenido que adaptarse a esta mierda de vida. Al menos, tienes una T.V.E y unos pocos vatios para hacer las primeras compras. Así no necesitarás que te haga un préstamo. No ando muy sobrada de vatios tampoco. Las cosas en casa no van muy holgadas.

—¿No tienes trabajo?

—Yo sí, y ahora mi marido también ha empezado a trabajar. Ha estado un tiempo largo de baja y nos hemos quedado casi sin ahorros, pero espero que eso vaya mejorando.

—Me alegro. ¿Qué tal las cosas entre vosotros? ¿Están mejor?

—No te creas. Con eso de pasar la noche fuera de casa, volvimos a discutir. Le he dicho que dormí en casa de una amiga.

—Bueno, en realidad, salvo en el género, no le has dicho ninguna mentira. Yo dormí en el sofá.

—Cierto, pero por si acaso.

—A ver si la próxima vez que duermas en mi casa, compartimos también la cama —bromeó Gare con una sonrisa maliciosa que no sabía si Triz podría intuir.

—No sueñes...

—Mujer, solo para dormir. Lo decía porque el sofá es incómodo y a la mañana siguiente me dolían todos los huesos.

—Te dejo que pienses lo que te dé la gana. De todos modos, no creo que tenga que volver a dormir en tu casa. Así que puedes fantasear con lo que quieras —replicó Triz, aunque en su tono no se apreciaba enfado.

—Vale. Lo haré. Por cierto, ¿qué tal ha ido con el colgante? ¿Te ha servido para lo que tú querías? Ayer te estuve esperando, pero no viniste a contarme nada.

—Tras realizar el hechizo estuve en la cama de Alana y no pude concentrarme para entrar en Aisling. Nos costó dormir a las dos.

—¿Tuvo alguna pesadilla tu hija?

—La noche anterior, la que yo pasé en tu casa, creyó ver al hombre malo de sus pesadillas en la ventana de su habitación. Le dije que eso era imposible para tranquilizarla, pero, cuando terminé el conjuro de revelación con el colgante, en el patio trasero de mi casa, me pareció ver a alguien merodeando tras la valla. Y Nara, ¿te acuerdas de ella?, también creyó ver a alguien siguiéndonos el otro día.

—Si que me acuerdo de Nara, sí. ¿Os estaban espiando? —interrogó Gare con preocupación.

—No lo sé. Cuando fui a mirar no había nadie, pero casi podría asegurar que vi a alguien salir corriendo entre las sombras. Cuando fui al cuarto de Alana me pasé la noche mirando a la ventana por si volvia a ver la sombra que mi hija vio la noche anterior. Solo me quedé dormida cuando me venció el agotamiento.

—Por eso no pudimos hablar ayer... ¿Y qué descubriste en el colgante?

—Cuando hice el hechizo de revelación cambió de forma. Dentro aparecía un nombre que no me suena de nada.

—¿Qué nombre ponía?

—Rebecca White.

—¿No ponía nada más? —preguntó Gare—. No sé muy bien cómo funciona esto de las comunicaciones en Aisling pero, ¿además de hablar podrías enviarme una imagen de lo que has visto al abrir el colgante? Quizás yo vea algo que se te ha escapado. Ya sabes que se me daba muy bien encontrar pistas en las *scape rooms*.

—Cuando tienes sueños, ¿solo imaginas las voces o también puedes imaginarte en distintos lugares? Claro que puedo enseñarte lo que ponía en el colgante. Aunque, que yo recuerde, la única vez que fuimos juntos a una sala de escape lo que se te dio bien fue hacer que nos echaran.

—La verdad es que me pasé un poco, pero fue por culpa de Norma.

—¿Qué te hizo?

—Me contó que Derek te había pedido salir y que tú estabas bastante contenta con la idea.

—¿Y por eso te enfadaste?

—Me enfadé porque yo había organizado lo de la *scape room* para quedarme un rato a solas contigo y poder pedírtelo yo. Era lo que te quería decir, pero Derek se me adelantó y se me quitaron las ganas de seguir allí.

—¿En serio ibas a pedirme salir? ¿Y por qué no lo hiciste?

—¿No hemos quedado en que, en aquella época, era bastante idiota? Pues por eso. No me atreví, y cuando Norma me contó lo de Derek pensé que ya era demasiado tarde. Yo siempre pensé que quien te gustaba era Cristian. Si te lo hubiera pedido, ¿qué me hubieras dicho?

—No lo sé. En aquella época era bastante inocente. Lo de Cristian te aseguro que fue pasajero. No sé qué te habría respondido. Depende del momento, pero aquel no hubiera sido el mejor.

—Vale, cambiemos de tema. Volvamos a lo del nombre en el colgante. ¿Me lo puedes enseñar?

Triz se quedó unos segundos en silencio. Gare pensó que se había quedado rememorando su adolescencia pero, al rato, una imagen apareció en su cabeza con nitidez. Se trataba de la imagen del colgante, que ahora había pasado a tener la forma de un caramelo desprovisto de su envoltura, con el nombre de Rebecca White serigrafiado en el interior.

—Ya lo veo. Así, a simple vista, no veo nada más que el nombre. ¿Y dices que no te suena de nada?

—No. No lo había oído antes, pero tiene que ser importante. Mañana, en el hospital donde trabajo, intentaré investigar un poco más sobre ese nombre.

—Vale. Si se me ocurre algo más, te lo haré saber cuando hablemos por la noche.

—Lo intentaré. Ya te dije que no sé si podremos hablar todas las noches, pero mañana veré si puedo contarte lo que he descubierto. Ahora tengo que dejarte. Mañana me espera un día duro en el trabajo y tengo que descansar. Además, Alana parece inquieta otra vez, y temo que se despierte de un momento a otro.

—Vale. Solo una cosa más. Si estamos en el mundo de los sueños y podemos soñar con lo que queramos... además de la imagen del colgante, ¿puedo ver qué ropa llevas puesta por la noche? Es para ver cómo funciona esto de comunicarse en el mundo de los sueños —comentó Gare con tono provocativo en la voz.

—Podrías. Incluso podríamos vernos en la misma cama... pero te vas a quedar con las ganas. No vas a tener esa suerte —replicó Triz sonriendo—. Sin embargo, antes de irme, sí que quería hacerte una última pregunta, algo que llevo preguntándome desde antes de que salieras de la realidad virtual ¿Por qué, después de tantos años sin vernos, llevabas mi colgante puesto el día que te quedaste encerrado en ese juego?

17

Cualquier tiempo pasado fue mejor. Junio de 2039.

Estaba aburrido en casa. Se había terminado todos los juegos que tenía en la videoconsola y en la tele no daban nada interesante. Después de una semana dura de trabajo, lo que más le apetecía era salir de fiesta y desconectar de los problemas, pero superada la barrera de los treinta años, ya no le quedaban muchos amigos disponibles para salir. Todos, o casi todos, se habían casado, tenían hijos o empezaban a planteárselo, o se habían ido a vivir fuera con sus nuevas familias.

Él ya no salía con nadie. Tras una primera ruptura con Nadia, regresó unos años con ella para volver a romper de forma definitiva. Luego, no había vuelto a tener una relación duradera y, con la última, había roto hacía más de un año. Se había pasado ese último año saliendo de fiesta con gente que conocía por Internet, pero, aunque esas fiestas alocadas y esas relaciones esporádicas le habían resultado muy divertidas al principio, también se había cansado de eso. Había descubierto que, da igual cuánta gente nueva conozcas cada fin de semana, casi todas y todos terminan siendo unos capullos.

Ahora no sabía lo que quería, pero lo que tenía claro era que tampoco deseaba lo que ahora tenía. Pasar la noche del viernes solo en casa sin nada divertido que hacer. Estaba en esa etapa de su vida en la que se echaba todo de menos. En la que su vida no le gustaba y añoraba todo lo que tenía antes. Tener alguien a su lado que le quisiera, salir de fiesta con los amigos de toda la vida, las tardes en el salón de ciberjuegos sin mayor preocupación que saber a cuántos vampiros virtuales se iba a tener que cargar. Extrañaba todo aquello que ya no tenía y aborrecía la vida aburrida y llena de preocupaciones que había ocupado su lugar.

Había cambiado los estudios, que no se le daban bien, por un trabajo que no le gustaba y que apenas le daba para pagar sus gastos; las tardes distendidas por las de sofá viendo alguna serie o película después de llegar agotado del trabajo que le obligaba a pasar doce horas lejos de casa; los fines de semana rodeado de gente por los días solo sin salir. En un principio, todos los cambios le

habían parecido bien. Después se había cansado de ellos.

En un ataque de nostalgia y aburrimiento, fue al trastero a rebuscar entre sus cosas. Estaba seguro de que guardaba recuerdos de aquella época anterior y de pronto le había apetecido mucho verlos. Entre vajillas, cuberterías y aparatos de cocina que todavía no había tenido ocasión de estrenar, encontró la caja que buscaba. Cargó con ella hasta el salón y se sentó en el sofá.

En lo más alto de la caja de cartón, había una entrada de una discoteca. La última que había comprado de aquel lugar al que solía ir todos los fines de semana. El lugar de encuentro de un grupo de gente que organizaba quedadas por Internet para conocer gente nueva. La mayoría de ellos eran como él, personas que acababan de salir de una relación y, al regresar a sus vidas anteriores, se habían dado cuenta de que se habían quedado solos. La primera vez fue con nervios e inseguridad, como cada vez que se tenía que enfrentar a algo nuevo, después se fue adaptando y conociendo a los más habituales y se terminó convirtiendo en uno más de esos que no faltaban ningún fin de semana, al menos hasta el día que había comprado la entrada que estaba en la caja. Ese día se había dado cuenta de que, esas nuevas amistades no merecían la pena. Conservaba aquel boleto para no olvidarlo.

Los siguientes recuerdos guardados en la caja los fue pasando uno a uno sin detenerse mucho en ellos. Se correspondían con lugares que había visitado con Nadia en la segunda etapa de su relación. Como no fue una época muy buena, se limitó a sacarlos sin rememorarlos. Sí se detuvo más tiempo con los siguientes artículos que encontró. Eran fotos, postales, incluso cartas de los primeros años de su relación. Aquellos recuerdos sí que eran buenos y se entretuvo en leer cada una de las cartas o en recordar dónde se habían sacado cada una de las fotos. Sabía que su relación con Nadia había terminado para siempre, pero echaba de menos aquella sensación de emoción de los primeros momentos, la primera vez que te agarran de la mano, el primer beso, la primera noche juntos...

Tras la parte nostálgica de la caja, llegó la de la sonrisa. No pudo evitarla cuando vio una camiseta, que ya no le entraría ni por los hombros y que en aquella época le quedaba grande, con las fotos impresas y las firmas de las personas con las que había entablado amistad en sus nueve meses en Coventry. Recordó sus escapadas, las noches de fiesta cuando se libraban de las largas horas estudiando y las anécdotas graciosas, como cuando se tuvieron que quedar a dormir en una estación de tren porque se habían ido de fiesta a otra ciudad sin ni siquiera preocuparse por reservar habitación.

La sonrisa se le borró al recordar que aquella amistades duraron hasta el último día de estancia. Una vez que cada uno regresó a su casa y volvió a su vida anterior, no volvieron a contactarse. Salvo

un par de mensajes en redes sociales, nunca se volvieron a ver.

En la caja solo quedaban dos sobres grandes de color naranja. Pasó buena parte de la tarde con el primero de ellos. Contenía recuerdos de su adolescencia, de lugares a los que había ido con sus amigos o con su familia, de chicas con las que había tonteado o, simplemente, amigas que le habían regalado algo. Rememoró viajes, tonteos y amistades y, como cada vez que un recuerdo se aleja en el tiempo, solo se acordó de lo bueno. Todos los viajes habían sido magníficos, los amigos los mejores, las chicas las más guapas que había conocido y las aventuras las más divertidas del mundo. Todo tan idílico que deseó tener una máquina del tiempo en la que poder viajar hacia atrás y volver a vivir todos aquellos momentos.

Lo deseó todavía más cuando dio la vuelta al último sobre y vio el nombre escrito en su exterior: Triz.

No la veía desde hacía siete años, desde aquel día que la invitó a tomar un café y ella le dijo que había empezado a salir con un chico y que pensaba irse a vivir con él. Seguramente, en esos siete años la vida de Triz, como la suya, habría cambiado mucho. Ya no era la niña que conoció con trece años, ni siquiera la joven que le escribió aquellas postales que estaban dentro del sobre naranja. Ahora sería una mujer de veintiséis años con la que había perdido el contacto. La última vez que hablaron volvió a meter la pata. Una vez más, su carácter le jugó una mala pasada y lo que debía ser un reencuentro con una amiga, tras enterarse de que ella estaba saliendo con alguien, se terminó convirtiendo en una discusión absurda con la que terminó marchándose, dejando a Triz con la palabra en la boca.

No habían vuelto a hablar desde aquel día. Ni un mensaje, ni un comentario en redes sociales, nada. Él volvió a salir con Nadia durante unos años hasta que la relación se rompió de manera definitiva y ella, con seguridad, ya llevaría años casada y viviendo con aquel chico.

En las postales que había dentro del sobre, se notaba que Triz seguía siendo la chica de dieciséis años que tanto le había gustado. Sincera, directa, cariñosa, inocente en ocasiones, pero tajante cuando la conversación lo requería. Las fotos que le mandó, junto a las postales, intensificaron el recuerdo de aquella Triz adolescente. Al contrario que con los del sobre anterior, en esta ocasión, no recordaba todos los momentos como ideales o divertidos. Con Triz, había buenos y malos, pero todos especiales e intensos. Pensó que, si dispusiera de esa máquina del tiempo que antes había deseado, la utilizaría, no para volver a aquellas fiestas y situaciones ideales, sino para cambiar las cosas que había hecho mal con ella, para evitar los malentendidos, para solventar antes alguna de sus discusiones y, sobre todo, para atreverse a decirle a la cara lo que sentía por ella. Aunque temía que,

si volviera a ser el adolescente de entonces, de nuevo cometería los mismos errores. Se rio al imaginarse viajando al pasado y dando un par de bofetadas al Gare adolescente para ver si espabilaba.

Estaba a punto de guardar todo dentro del sobre cuando, al recogerlo de la mesa, notó que aún había algo dentro. Metió la mano y rebuscó en el fondo hasta que sus dedos tocaron una pequeña cadena. Era el colgante que le había regalado Triz el día que se marchó de viaje.

Recordaba ese momento. La cara de sorpresa de ella cuando le había dicho que se iba nueve meses fuera, la intensidad del abrazo que le había dado, su cara de tristeza cuando le regaló el colgante, diciéndole que así se iba a acordar de ella y su voz entrecortada por la emoción cuando le respondió que ella solo le echaría un poco de menos, aunque tuvo la sensación de que lo extrañaría tanto como él a ella. También se acordó de cómo ella se despidió con prisas con otro intenso abrazo y que se quedó con las ganas de salir corriendo detrás para decirle que, si se lo pedía, no se marcharía.

Pero, como casi siempre por aquel entonces, no dejaba actuar a sus primeros impulsos sobre todo por cobardía y pensaba, meditaba y reflexionaba sus acciones hasta que ya era tarde para llevarlas a cabo. Triz ya se había marchado y él se autoconvenció de que sus padres no le dejarían anular aquel viaje y que era mejor hacerlo y esperar a su regreso para hablar con ella en persona o por redes sociales estando fuera.

Hablaron varias veces durante su estancia en el extranjero, pero nunca le dijo lo que pensó cuando la vio marcharse con su amiga Vicky después de regalarle el colgante y darle aquel abrazo.

Se colocó el collar en el brazo, dio dos vueltas a su muñeca con la cadena y ató el cierre. Guardó el resto de los recuerdos, llevó la caja de nuevo al trastero, hasta un próximo ataque de nostalgia, y se puso a hacer la cena.

18

Prefiero resolver enigmas. Noviembre de 2048.

Triz había escuchado cada una de las palabras como si estuviera viendo una película reflejada en sus sueños. Incluso se lo había imaginado sentado en el sillón de la casa, revisando cada una de sus cartas.

—Pero, desde ese día hasta la tormenta solar pasaron siete años. ¿Por qué seguías con él puesto, si en todo ese tiempo ni hablamos?

—Porque tu colgante me salvó la vida durante la Tercera Guerra Mundial y desde entonces no me he separado de él hasta que me lo has pedido.

—¿Que te salvó la vida? —preguntó Triz, a quien se le notaba en el tono que estaba extrañada.

—Es un poco largo de contar. ¿Tenemos tiempo?

—Ya puestos... Si mi hija no se despierta y me haces un resumen, sí. Aunque mañana tengo que ir pronto al trabajo y voy a llegar agotada. Las conexiones en el mundo de los sueños agotan mi energía.

—Menos mal que no tienes que imaginar la cita completa... Intentaré no extenderme mucho. No hace falta que te cuente lo que fue la Tercera Guerra. También la viviste. No había lugar en el mundo seguro. En esta ocasión, no hubo ningún país que se quedara sin formar parte de un bando. En cualquier lugar, caían bombas y los drones disparaban sin compasión, manejados en la distancia por un enemigo que ni siquiera te conocía. Era tan peligroso salir a la calle como quedarse en casa. Varias veces estuve al borde de la muerte. Bueno, eso no es del todo exacto. Nunca estuve herido, no sé cómo explicarlo. ¿Conoces esa sensación cuando se te cae un plato y te da tiempo a pensar, mientras lo ves caer, que se va a romper y te llevas las manos a la cara y, de forma milagrosa, cuando vuelves a mirar te das cuenta que no se ha roto?

—Sí, me ha pasado alguna vez.

—Eso mismo me ocurrió, varias veces, durante la guerra. Vi volar balas disparadas por drones hacía mí, y cuando ya me llevaba las manos a la cara seguro de que todo iba a terminar, oía el proyectil golpeando contra alguna pared a mi espalda. O cuando estalló una bomba apenas a un centenar de metros de donde yo me encontraba, volaron piedras, vehículos, personas por los aires y, aunque yo ya estaba arrodillado esperando el fatal golpe, nada de todo aquello llegó a rozarme.

—Tuviste mucha suerte.

—Eso pensé la primera vez. Después me percaté de que era algo más. Cada vez que me encontraba en una de esas situaciones, sentía que tu colgante emanaba calor en mi muñeca. Un calor intenso que, sin embargo, no me quemaba la piel. Desde ese momento, decidí que no me separaría nunca de él. Hasta que me lo pediste. Y no te creas, ahora que no lo llevo encima, tengo la sensación de estar en peligro. Vuelvo a sentirme vulnerable. Me encantaría, una vez que termines de usarlo para tu búsqueda, poder recuperarlo. Me siento más seguro con él puesto.

—Lo pensaré. Pero ahora tengo que descansar, si no quiero que mañana sea un día horroroso.

Ella se despidió hasta el día siguiente y Gare consiguió seguir dormido y descansar. Cuando se despertó, el sol ya estaba alto en el cielo y había perdido más de media mañana.

Después de los días de emociones intensas, tras enfrentarse a su regreso al mundo real, haber tenido a Triz durmiendo en su casa y su aventura para conseguir la T.V.E y los problemas para dormir antes de hablar con ella, había caído rendido y había dormido más de diez horas.

Tenía que salir, buscar trabajo y encontrar la manera de que le instalaran el sistema de energía en su casa para poder tener electricidad.

Mientras se terminaba las últimas piezas de fruta que le había traído Triz y pensaba en que también tendría que hacer la compra si quería tener algo para comer, se le pasó por la cabeza la idea de instalarse unas baterías como las que tenía Paul y generar su propia electricidad al margen de las eléctricas. Desestimó la idea por el coste que eso tendría y que no se podía permitir. Cuando terminó de comer y se preparaba para salir por la puerta, otra idea se le pasó por la cabeza.

Vivía en un octavo piso y todas las viviendas, hasta la tercera planta, estaban vacías. Lo había comprobado la vez anterior que había bajado a la calle y Triz le había dicho que, con la carestía de la electricidad, casi nadie vivía en pisos altos para tener que evitar pagar los ascensores y tener que

andar subiendo y bajando pisos de forma innecesaria.

Tras la Tercera Guerra y, sobre todo, tras la tormenta solar, la población en la ciudad, como en el resto del mundo, había decrecido de manera dramática. Tras la guerra mundial, los pisos que se habían mantenido en pie cobijaban a la gente de sobra, no había escasez de vivienda como antaño. Tras las consecuencias de la tormenta solar, había casi más viviendas disponibles que gente dispuesta a habitarlas.

Se le pasó por la cabeza que, quizás, en alguno de esos pisos altos vacíos, al lado del suyo, alguien podría haber dejado instalado un sistema de T.V.E, antes de abandonarlo y trasladarse a uno más bajo cansado de subir y bajar escaleras. Quizás también alguno de esos apartamentos tuviera un sistema de seguridad electrónico que tan de moda se había puesto a finales de los años veinte y que permitía controlar la seguridad de la casa desde un dispositivo móvil. Un sistema que garantizaba la seguridad del hogar, no por la invulnerabilidad de la puerta, sino por las cámaras de vigilancia y las descargas eléctricas que recibían los intrusos al entrar. Sistemas de seguridad que, sin electricidad, eran completamente inútiles.

El hecho de que su bloque tuviera once plantas habitables, le ofrecía más pisos en los que buscar. Además, los ladrones no se aventurarían a robar en los más altos, para no tener que cargar con lo robado hasta la calle. Antes de salir a buscar trabajo, se convenció a sí mismo para echar una ojeada a los viviendas más altas. Quizás pudiera ahorrarse el dinero del sistema eléctrico e instalárselo el mismo.

Convencido de la bondad de su idea, y con bastante entusiasmo, subió hasta la planta once y probó suerte en los cuatro apartamentos que allí había. Ninguno de los cuatro tenía instalado un sistema electrónico de seguridad y no pudo acceder a ninguno de ellos.

La suerte también le fue esquiva en la décima planta. Solo una de las cuatro viviendas tenía un sistema electrónico de seguridad, pero, tras conseguir abrir la puerta y colarse en ella, se dio cuenta de que los anteriores inquilinos, a quienes conocía y con los que no se llevaba muy bien, se habían llevado todo, salvo los muebles más pesados. Allí solo había una capa de polvo considerable que se levantaba por las corrientes de aire de las ventanas abiertas. Nada de utilidad.

Con menos entusiasmo, probó suerte en la novena planta. Tras dos nuevos fiascos, estuvo a punto de darse por vencido e irse a buscar un trabajo como le había pedido Triz que hiciera. Si la tercera puerta tampoco se hubiera abierto, lo más probable era que hubiera hecho eso.

Parecía que la casa del noveno piso la habían abandonado con prisas y que ya no habían vuelto.

Había comida con moho en la nevera, recuerdos de familia, ropa en alguno de los armarios, pequeños electrodomésticos, aunque torció un poco el gesto al ver que no había ningún sistema de T.V.E.

Pese a ello, revisó todos los cajones, armarios y estanterías y salió de allí con varios paquetes de arroz, pasta y unas cuantas latas de bonito y anchoas. No tenía con qué cocinar todavía el arroz y la pasta, pero podría comer unas cuantas latas ese día. Después de bajar el cargamento de comida a su casa, regresó a por un par de pequeños electrodomésticos que no tenía e hizo un tercer viaje para llevarse el televisor, mucho más grande que el suyo, imaginando ya las series, películas y videojuegos que iba a probar en él cuando consiguiera tener electricidad.

Otra vez con el entusiasmo por las nubes y con la ración de comida para ese día asegurada, regresó al piso que le quedaba por probar suerte en la novena planta. Después les llegó el turno a los tres con los que compartía descansillo. Creía recordar que el vecino de al lado tenía uno de esos sistemas electrónicos instalado y fue el primero que intentó. No tardó en abrir la puerta y una sensación de júbilo y euforia le recorrió la espalda al hacerlo. Allí también había latas, paquetes de legumbres y pasta y, lo que más se alegró de ver: un sistema de T.V.E instalado.

Hizo una comprobación con la tarjeta obtenida el día anterior y se alegró al ver como la luz se encendía. Entonces, como si una bombilla se encendiera a la vez en su cabeza, desechó la idea de robar el sistema e instalarlo en su casa y comenzó a trasladar sus pertenencias a la casa vecina.

Solo detuvo el traslado un par de horas más tarde, para hacerse la comida. Ahora tenía electricidad y agua para cocinarse parte de uno de los paquetes de pasta y añadirle un par de las latas de bonito que había encontrado. Aquellos macarrones le parecieron los más ricos que había probado en su vida.

Durante el resto del día siguió con el traslado y no dio por concluido su trabajo hasta que todas sus posesiones estuvieron en la nueva vivienda. Agotado, se dejó caer en su nuevo sofá y cerró los ojos. Quería descansar un poco antes de prepararse la cena. Al hacerlo, un *flash* de la imagen que le había enviado en sueños Triz la noche anterior apareció en sus pensamientos.

Había estado tan ocupado buscando el sistema de energía y comida que no se había acordado de revisar la imagen para intentar ayudarla. Aquel nombre, desconocido para ella, tenía que tener un significado para estar grabado dentro del colgante. Tenía que ser algo más que un nombre. Ocultar un mensaje. Y él era muy bueno descifrando mensajes ocultos, no en vano había escapado de todas las *scape rooms* a las que había ido en su vida, salvo el día que les echaron, y poseía el récord de puntuación en el videojuego virtual que recreaba esos lugares. Una mueca de tristeza se dibujó en su

rostro al darse cuenta de que, habiendo desaparecido Internet, ya no quedaría constancia de ese récord mundial en ninguna parte.

Tumbado en el sofá, se concentró en la imagen. Observó, revisó y analizó el nombre de Rebecca White hasta que las letras dejaron de ser nítidas en su cabeza, y entonces fue cuando se percató de algo. Abrió los ojos, dichoso de tener algo con lo que ayudar a Triz, se preparó una cena ligera para no perder mucho tiempo y, mirando la hora que era, se marchó a la cama para ver si se quedaba dormido y ella volvía a hablarle en sueños. El agotamiento del día logró que, esta vez, cayera rendido nada más meter las dos piernas bajo la sábana.

—Hola, Gare —resonó la voz de Triz, en su cabeza, un par de horas más tarde.

—Hola, guapa. Hoy no me ha costado tanto dormirme.

—Me alegro por ti. Yo, un día más, estoy agotada, pero no he podido acostarme hasta ahora y miedo me da que Alana se despierte. ¿Qué tal te ha ido el día? ¿Has encontrado hoy trabajo?

—Digamos que me ha ido bien y que he estado muy ocupado, pero no me ha dado tiempo a buscar trabajo.

—¿Y qué has estado haciendo todo el día, si puede saberse?

—Aprovechando que la mayoría de los pisos de mi edificio se han quedado vacíos, he buscado comida y me he cambiado a uno que tuviera el sistema eléctrico instalado. Ahora vivo en el de al lado y me he podido preparar un plato de pasta con bonito para comer.

—Mejor me callo... —intervino Triz—. Solo te voy a dar un consejo: ten cuidado con el uso que das a la T.V.E. Los vatios se van mucho más rápido de lo que piensas y solo tienes cuatrocientos para gastar.

—Tampoco será para tanto. Por encender un poco la cocina de casa no voy a gastar todos.

—Yo solo te aviso. Para que te hagas una idea, en mi casa, casi todos los días comemos alimentos que no haya que cocinar y, cuando lo hacemos, solemos calentar el agua haciendo un fuego y no usando la cocina. Ya te dije el primer día que, si algo está caro en la actualidad, es la energía. Sale más barato un viaje en autobús solar de tu ciudad a la mía que encender cinco minutos la cocina.

—¡Joder! Lo tendré en cuenta. Mañana me haré la comida quemando alguno de los muebles que

me ha sobrado en el traslado.

—Hazlo y procura cocinar la mayor cantidad posible cada vez. Tendrás que comer y cenar un par de días o tres lo mismo, pero ahorraras energía y no tendrás que estar quemando cosas todo el tiempo. Tú no tienes patio trasero.

—Vale, gracias por el consejo. Me va a costar asimilar esta nueva manera de vivir.

—Te acostumbrarás. Todos hemos tenido que adaptarnos.

—¿Y tú día qué tal? ¿Por qué estás tan cansada? —preguntó intentando cambiar de tema, deseando contarle a Triz lo que había descubierto sobre su colgante.

—El día en el hospital ha sido agotador. Mis pacientes hoy tenían ganas de hincharme las narices, y tener que imponerme, siempre me da dolor de cabeza. He llegado a casa tarde y mis hijas también estaban en plan revoltoso, sobre todo la pequeña, que no ha parado quieta en todo el día. Y, por si fuera poco, he vuelto a discutir con Óscar.

—¿Por qué has discutido hoy con él?

—Porque cuando me ha dicho de irnos a dormir he respondido que no podía, que tenía que revisar las cosas que me dejó mi tía para ver si encontraba algo que me ayudara a entender el nombre del colgante. Me ha criticado por perder el tiempo con esas cosas. Piensa que todo el tema de mis sueños y de mi afición por la brujería es una tontería, que debería de olvidarme de ello y tener una vida normal, pero no puedo. Sigo teniendo esos sueños, aunque no quiera, y Alana también los tiene. Tengo que descubrir qué significan para poder explicarle a mi hija por qué ella también los sufre y por qué somos brujas. Y Óscar no cree en eso, me mira como si yo estuviera loca de remate y eso me hace sentir muy mal.

—Vaya, lo lamento. Después de que hablaras conmigo a través de un espejo en la realidad virtual, de que ahora podamos hablar en sueños y de lo que sentí mientras llevaba tu colgante puesto, te aseguro que no tengo ninguna duda de que eres una bruja. Bueno, en realidad, siempre he pensado que eras un poco bruja —bromeó Gare intentando que en su tono Triz percibiera una sonrisa.

—Ya te vale —respondió ella. Gare se dio cuenta de que hablando en sueños también podía percibir las sensaciones de la otra persona. A Triz no le había sentado mal su comentario, sentía que le había hecho gracia y había sonreído.

—¿Hoy también me voy a tener que conformar con oírte? ¿No podemos imaginarnos en una cena o algo?

—Ya te he dicho que estoy agotada. Proyectar imágenes en Aisling es muy cansado. Vas a tener que seguir conformándote con la voz.

—Pues vaya... ¿Te has vuelto a sentir espiada hoy? ¿Has descubierto algo entre las cosas de tu tía?

—Es curioso, pero desde la otra noche tengo esa sensación todo el tiempo, pero intento no darle importancia. Será el estres. Y sí, he descubierto algo interesante, pero que no sé si me lleva a alguna parte. En el libro de las sombras de mi tía, aparece el nombre de Rebecca White, pero aparece solo junto a una frase y no pone nada sobre quién era o por qué conocía a mi tía.

—¿Qué es el libro de las sombras? Tiene un nombre tenebroso.

—¡Ah! No tiene nada de tenebroso. Es el libro personal de cada una de las brujas, donde apunta sus vivencias, sus rituales o su manera de entender la religión Wicca. En realidad, es como una especie de diario de bruja. No oculta ninguna maldad, pese al nombre. Yo misma tengo mi propio libro de las sombras, me lo regaló mi tía con diez años. Me legó el suyo poco antes de morir —explicó Triz, intentando tranquilizar a Gare.

—Vaya. No sabía que tu tía había muerto.

—Sí, lo hizo poco antes de que nos conociéramos, pero, antes de hacerlo, me enseñó todo lo que sabía sobre la brujería y me regaló sus conjuros y rituales en su libro de las sombras. No te había contado ya que el colgante que te regalé en realidad me lo dio ella, ¿verdad?

—No, no lo sabía. Pensé que te lo habías comprado. Ahora entiendo lo de su «magia». ¿Por qué me lo regalaste si pertenecía a tu tía y para ti era tan valioso? —preguntó Gare sorprendido de que Triz le hubiera regalado algo tan importante.

—En aquella época todavía era bastante inocente. No sabía nada de su importancia. Había empezado a tener mis sueños, pero no eran relevantes. El día que me enteré de que te marchabas, me sentí rara. Eras uno de mis mejores amigos y te marchabas, y sentí la necesidad de regalarte algo para que no te olvidaras de mí. Vi el colgante y pensé que sería una buena idea.

—Han pasado veinte años y lo has podido recuperar. Creo que no me habría olvidado de ti en

esos nueve meses que estuve fuera, aunque no me hubieras regalado nada —Una vez más, Gare intentó que en su mensaje Triz recibiera una sonrisa.

—Gracias. Yo también te tenía mucho cariño entonces.

—¿Solo entonces? ¿Ya no?

—Hemos estado muchos años sin hablarnos... pero creo que acerté al pensar que teniendo tú el colgante siempre lo conservaría, de algún modo, cerca.

—¿Sabes? Yo también he descubierto algo esta tarde.

—¿Ah sí? ¿Qué es lo que has descubierto?

—Que nos equivocamos con el nombre escrito. No pone Rebecca White. En realidad, la b es una d. En las letras del colgante pone Redecca White y creo que forman un anagrama. He intentado descifrarlo, pero solo se me ocurren dos palabras con sentido: «acceder y derecha». Aunque ninguna de ellas utiliza todas las letras, puede que a ti eso te diga algo más que a mí.

—¿Lo has intentado en inglés? —preguntó Triz, después de permanecer unos segundos en silencio.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque algunos de los conjuros que usamos las brujas están en ese idioma y creo que he encontrado las palabras que contienen todas esas letras. Ya sé qué transmite el colgante: «The Rede Wicca».

—¿Eso tiene que ver con tu religión?

—Sí. Es el poema que recoge sus premisas. Ahora ya sé qué significan las palabras encontradas junto a ese nombre, en el libro de las sombras de mi tía.

Triz le explicó que, en el libro, bajo el nombre de Redecca White, aparecían una serie de palabras en inglés que ahora estaba segura de que correspondían a un hechizo a leer frente a la Rede Wicca.

—Tengo que dejarte, voy a despertar. No puedo esperar a mañana para comprobarlo. Tengo que ir a buscar el poema y ver qué mensaje revelan las palabras que dejó escritas mi tía en su libro de las sombras. En cuanto sepa algo, te lo cuento. Buenas noches.

The Wiccan Rede

Bide ye the Wiccan laws ye must, in perfect love and perfect trust.
Ye must live and let live, fairly take and fairly give.
Cast the Circle thrice about, to keep unwelcome spirits out.
To bind the spell well every time, let the spell be spoken in rhyme.
Soft of eye and light of touch, speak ye little and listen much.
Deosil go by waxing moon, chanting out the Wiccan runes.
Widdershins go by waning moon, chanting out the baneful tune.
When the Lady's moon is new, kiss the hand to Her times two.
When the moon rides at Her peak, then the heart's desire seek.
Heed the North wind's mighty gale: lock the door and trim the sail.
When the wind comes from the South, love will kiss thee on the mouth.
When the Moor wind blows from the West, departed spirits have no rest.
When the wind blows from the East, expect the new and set the feast.
Nine woods in the cauldron go, burn them quick and burn them slow.
Elder be the Lady's tree, burn it not or cursed ye'll be.
When the wheel begins to turn, let the Beltane fires burn.
When the wheel has turned to Yule, light the log and the Horned One rules.
Heed ye flower, bush and tree, by the Lady, Blessed Be.
Where the rippling waters go, cast a stone, the truth to know.
When ye have and hold a need, hearken not to others' greed.
With a fool no seasons spend, or be counted as his friend.
Merry meet and merry part, bright the cheeks and warm the heart.
Mind the Threefold Law ye should, three times bad and three times good.
When misfortune is enow, wear the blue star on thy brow.
True in love ye must ever be, lest thy love be false to thee.
These words the Wiccan Rede fulfill: An ye harm none, do what ye will.

--Author Unknown

19

Helen, tía de Triz. Noviembre de 2020.

Estaba preocupada. Al día siguiente su sobrina Triz cumpliría diez años y eso significaba que todo iba a empezar a cambiar.

A esa edad fue cuando ella comenzó a descubrir sus dotes para la brujería. Empezó a tener sueños que le avisaban de acontecimientos futuros, casi siempre de desgracias que convertían esas visiones en pesadillas. También comprobó cómo algunas se hacían realidad si ella las deseaba con mucha fuerza, por ejemplo el día que, por su onceavo cumpleaños, deseó que la eligieran para el papel principal de la obra del colegio y se lo dieron, aunque la obra fuera Peter Pan y ella una niña; y descubrió que, tener ese don suponía una gran responsabilidad.

Ella se había sentido confusa y asustada, no quería tener aquellos sueños tan llenos de oscuridad y desdichas, quería poder dormir tranquila por las noches, como hacían sus hermanas, y no entendía por qué tenía que ver esas cosas. Hasta que su madre se lo explicó.

Los dones para la brujería eran herencia familiar. Una herencia que recaía sobre la primera mujer nacida de cada generación, en la familia. Su abuela había sido bruja, su madre era bruja y ahora le tocaba a ella serlo. Quisiera o no.

Su madre intentó tranquilizarla. Tenía la imagen de las brujas de cuento en su cabeza; la bruja mala de Oz y su odio hacia Dorothy, Maléfica y su manía persecutoria hacia la bella durmiente, la bruja de la casa de chocolate que se quería comer a Hansen y Gretel... Ella no quería ser bruja. Su madre le explicó que eso solo eran cuentos, que las brujas no eran malas, que existían las que hacían el bien, que protegían a los demás y que eran buenas. Y, sobre todo, le dijo que no se preocupara, que a las brujas buenas como ellas no les salían verrugas en la nariz y que iba a seguir siendo una niña preciosa.

Pero a Helen le costó aceptar aquella responsabilidad. Siempre había sido una chica rebelde y, en

aquella ocasión, no fue diferente. Aprendió a interpretar sus sueños, aprendió a formular conjuros y hechizos de protección con su madre y empezó a escribir su propio libro de las sombras, pero nunca acabó de aceptar que ella tuviera que ser bruja solo por haber sido la mayor de sus hermanas.

Hasta que varios años más tarde, cansada de tener que cargar con esa obligación, invocó un conjuro de magia negra. Rebelde como era y harta de tener que aguantar los desplantes de su jefe en el trabajo, deseó su mal y que le dieran a ella el puesto. Y ocurrió, el hombre cayó en desdicha y acabó siendo despedido para ocupar ella su lugar en la empresa. Pero la magia tiene un precio y cualquier deseo perjudicial para otra persona se acaba volviendo en contra de forma exponencial.

Aquel día, su magia blanca se vio manchada por una gota de oscuridad que, al igual que el café en un vaso de leche, acabó por enturbiar todo su poder. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, cuando comprendió las consecuencias de sus actos, entendió la responsabilidad de la herencia que había recibido, dejó de rebelarse e hizo todo lo posible para enorgullecer su legado familiar. Limitó, desde entonces, el uso de su magia enturbiada y se concentró en interpretar sus sueños y en ayudar a los demás para convertirse en la mejor bruja que había tenido la familia. Sin embargo decidió no tener hijas con el objetivo de no legar aquella responsabilidad en nadie más.

Descubrió, unos años más tarde, que aquella decisión no la libraría de su responsabilidad. Cuando su hermana pequeña se quedó embarazada y anunció a la familia que iba a tener una hija, su madre le recordó que la herencia se traspasaba, no de madres a hijas, sino a la primera mujer de la familia de la siguiente generación. Ella no había tenido hijas, por lo que sería la de su hermana quien recibiría su don. Desde entonces, había estado esperando con impaciencia aquel décimo cumpleaños para ver cómo Triz heredaba aquellas capacidades mágicas y rezaba para poder explicárselas y mantenerla a salvo antes de que llegara su hora. Lamentablemente, aquel hechizo de magia negra que enturbió su poder, había regresado a ella en forma de enfermedad y cada vez le quedaba menos tiempo. Solo esperaba que fuera el suficiente.

Compró un cuaderno de tapas negras con el fin de regalárselo a su sobrina para que ella lo utilizara como su libro de las sombras y se fue a dormir con él bajo la almohada para que sus sueños lo protegieran. Tras quedarse dormida, tuvo una de sus visiones premonitorias.

Una Triz adulta, cercana a los cuarenta, caminaba asustada por un bosque a oscuras en una noche de luna nueva. Miraba hacia todos lados, sobresaltada por los extraños ruidos que la rodeaban. Helen podía sentir el miedo que tenía, porque el ritmo de su corazón se le había acelerado incluso dormida.

Triz se encontraba muy asustada. Su cuerpo temblaba e intentaba cobijarse bajo la protección de

su abrigo. Helen sintió el frío que helaba a su sobrina y se le puso piel de gallina. A cada paso que se adentraba en aquel bosque, sufría un sobresalto. Un ave de plumas negras y ojos de fuego se cruzó por delante y le hizo gritar.

Podía percibir que algo malo estaba a punto de pasarle, pero, aunque se moría de ganas por avisarla, no podía hacer nada más que observar y memorizar cada detalle del sueño para poder protegerla llegado el momento. Aunque ahora la viera sufrir, temerosa, solo era una visión. El momento de la verdad llegaría años más adelante en el mundo real.

Triz, pese al temor que casi la paralizaba, seguía internándose entre los árboles. No huía, no se acobardaba; asustada o no, seguía adelante. Incluso en sueños, se sentía orgullosa del carácter firme de su sobrina.

Cuando su visión la libraba, un momento, de los continuos sobresaltos, se centraba en observar cada detalle de la Triz adulta. Quería recordar todos y cada uno de aquellos gestos, pequeñas arrugas en la piel o canas en el pelo de su sobrina cuando se despertara, porque su enfermedad le iba a impedir poder abrazar a aquella Triz tan madura y responsable. Al menos en aquel mundo.

Un rayo cruzó el firmamento, volviendo a sobresaltar a su sobrina y logró que apartara la atención de ella y detectara una presencia maligna. Algo malo, cruel, sanguinario, merodeaba entre aquellos árboles que empezaban a quedarse sin hojas porque caían sobre Triz como una intensa lluvia.

Entre gritos y manotazos, intentaba desprenderse de ellas, pero se le metían entre la ropa y se le enredaban en el pelo. Por los gritos de su sobrina, parecían arder como las llamas del infierno.

Se quitó el abrigo, se desprendió del jersey blanco que llevaba y que brillaba en aquella noche oscura como si fuera la luna llena y, entre alaridos de dolor, intentó arrancarse las hojas que empezaban a enraizar en su piel mientras corría intentando buscar un lugar donde guarecerse de aquella lluvia que se clavaba en ella como aguijones.

Al fondo del camino, un río cortaba la senda por la que intentaba escapar. Sin pensarlo dos veces, saltó al agua y se sumergió. Las hojas que seguían cayendo de los árboles se quedaban flotando sobre las aguas y dejaban de adherirse a su cuerpo. Se mantuvo bajo el agua todo el tiempo que pudo aguantar la respiración.

Helen sintió que la figura maligna se hacía más presente, como si su maldad enturbiara las aguas en las que Triz intentaba protegerse.

Sin poder aguantar más la respiración, esta emergió de las aguas del río. Las hojas que flotaban se dirigieron hacia ella como pirañas hambrientas en busca de su piel. Se defendió a manotazos intentando coger aire a la vez que se mantenía a flote. Una mano intentó agarrarla.

Helen solo pudo distinguir la imagen borrosa de un hombre arrodillado en la orilla cerca de donde su sobrina se defendía de las hojas e intentaba no hundirse. El ente maligno se hizo tan presente que Helen sintió que le faltaba el aire en los pulmones.

—¡No! ¡Gare, por favor! ¡No! —gritaba Triz mientras aquella sombra entre las sombras le agarraba la cabeza y la sumergía bajo el agua.

Sintiendo que se ahogaba, Helen tuvo que despertar.

Sobresaltada, se levantó de la cama impulsada por la ansiedad que le había producido aquella pesadilla. Se vistió con una bata y, viendo que eran las tres de la mañana, y que su hermana la tacharía de loca si se presentaba a esas horas en su casa, se encerró en su habitación especial, abrió el círculo de rituales y preparó el templo y las oraciones para realizar un conjuro de protección.

Antes de empezar, y como hacía siempre que iba a conjurar desde que su aura de magia blanca se había manchado, leyó en voz alta la Rede Wicca:

Seguir las leyes Wicca debemos, en perfecto amor y perfecta confianza.

Vivir y dejar vivir, justamente dar y recibir.

Tres veces el círculo has de trazar, para a los espíritus no deseados así echar.

Siempre al hechizo finalizar, debes al recitarlo rimar.

Luz en los ojos y suave al tocar; habla menos, escucha más.

Ve a deosil con la luna creciente, cantando una melodía alegre.

Ve a levógiro cuando la luna mengüe y el hombre lobo por el terrible acónito aúlle.

Cuando la Luna de la Dama es nueva, su mano dos veces besa.

Cuando viaje a su cima la luna, el deseo en tu corazón busca.

Atención al poderoso vendaval del Norte prestad, cerrad la puerta y la vela bajad.

Cuando el viento del Sur sientas llegar, el amor en la boca te va a besar.

Cuando el viento del Este comience a soplar, esperad lo nuevo y la fiesta preparad.

Cuando el viento del Oeste oigas suspirar, todos los corazones encontrarán descanso y paz.

Nueve maderas van al Caldero; quémalas rápido, quémalas lento.

El Saúco es el árbol de la Dama, no lo quemes o estarás maldito.

Cuando la rueda rápido comienza a girar, los fuegos de Beltane arderán.

Cuando a Yule la rueda ha señalado, se enciende el tronco y reina el Astado.

A flor, arbusto y árbol presta atención y la Dama te dará su bendición.

Donde las ondulantes aguas van, tira una piedra y la verdad sabrás.

Cuando tengas una necesidad, no hagas avaricia a los demás.

Con un tonto ni una estación has de pasar, o como su amigo contado serás.

Feliz encuentro, feliz partida, calienta el corazón y enciende las mejillas.

La Ley de las Tres veces deberás en mente tener, tres veces malo y bueno otras tres.

Cuando el infortunio te aceche, lleva la estrella azul en tu frente.

En el amor has de ser sincero, a no ser que tu amor te engañe primero. En estas ocho palabras la Rede sabes:
«Acciones que no causan daño, hazlas a voluntad[2]».

Sintiéndose liberada, realizó el conjuro de protección en un colgante con la luna en sus tres estaciones visibles y escribió en él un mensaje para cuando su sobrina fuera mayor y pudiera comprenderlo. Quería asegurarse de que iba a estar protegida. Y, quizás, poder abrazarla de nuevo, cuando fuera adulta, en otro mundo.

No debía agobiarla, a tan tierna edad, con los problemas que le aguardarían tantos años más tarde. Lo único que lamentaba, era no poder estar a su lado entonces, pero se aseguraría de enseñarle todo lo que pudiera sobre la magia en cuanto la pequeña empezara a mostrar sus dones.

Terminado el conjuro, intentó descansar un par de horas más, pero no pudo conciliar el sueño.

Se moría de ganas de entregar a su sobrina el colgante y saber que así iba a estar más protegida. En cuanto las primeras luces del alba entraron por su ventana, envolvió el cuaderno de tapas negras y la joya en papel de regalo y, aprovechando que el cumpleaños de su sobrina caía en fin de semana, subió a casa de su hermana en cuanto el reloj marcó una hora prudencial para presentarse.

Triz ya estaba levantada y, en cuanto la oyó entrar en la casa, corrió a abrazarla. No era una niña muy dada al contacto físico con otras personas, pero para su tía siempre tenía un abrazo. No se soltó hasta que vio el paquete que traía en las manos.

—¿Es para mí? —preguntó con sus ojos castaños abiertos como platos y brillantes de la ilusión.

—¿Acaso tengo otra sobrina que cumpla años hoy? ¡Claro que es para ti!

Triz abrió el paquete, sin preocuparse por romper el papel. Cuando vio su regalo, enseguida le pidió a su tía que la ayudara a ponérselo. El cuaderno de tapas negras lo miró con mayor extrañeza.

—¿Qué es? —interrogó sacándolo del paquete.

—Una especie de diario donde vas a poder apuntar muchas cosas.

—¿Qué cosas, tía?

—Mensajes importantes, citas que te llamen la atención y sueños raros que tengas por las noches.

—¿Sueños raros? ¡Entonces, voy a estrenar el cuaderno hoy mismo! Esta noche he tenido uno muy extraño en el que salían un hombre con cuernos y una mujer superguapa caminando bajo una luna llena tan grande que ocupaba todo el cielo.

Helen se dio cuenta de que iba a tener que empezar con sus enseñanzas antes de lo esperado. Solo las brujas más poderosas soñaban su primera vez con los Dioses.

20

Un mensaje que oculta otro mensaje. Noviembre de 2048.

Intentando no despertar a su hija mayor, se levantó con sigilo de la cama. Alana parecía dormir plácidamente y tenía media sonrisa dibujada. Se alegró de que su hija, por una vez, no tuviera pesadillas. Por si acaso miró por la ventana hasta asegurarse de no ver a nadie. Había cogido la costumbre desde que creyó ver la sombra en el patio.

Bajó al sótano, donde guardaba los recuerdos de su tía Helen, y dejó sobre la mesa el colgante, el poema de la Rede Wicca y el libro de las sombras de su tía. Sin perder un segundo, los colocó sobre su altar y dibujó el círculo sagrado.

Con el colgante abierto y el poema sobre el altar, buscó las palabras escritas de Helen junto al nombre de Redecca White y, exhalando tres bocanadas de aire para tranquilizarse, las pronunció en voz alta.

«May the power of my words reveal the truth!

May the Lady erase the untruth!».[10]

El hechizo de su tía hizo efecto de inmediato. El colgante comenzó a girar en el sentido de las agujas del reloj sobre la mesa y a brillar con tanta intensidad que se vio obligada a cerrar los ojos. La joya recorrió cada una de las líneas del poema y, al igual que una goma de borrar, fue eliminando unas palabras y dejando otras escritas. Terminados de recorrer todos los versos, el colgante se apagó, se cerró sin que nadie tuviera que tocarlo y regresó a su forma original de las tres fases de la luna.

Triz parpadeó varias veces hasta que la ceguera provocada por su brillo desapareció y pudo ver las palabras restantes. Eran palabras sueltas, inconexas, sin significado aparente. Palabras en inglés cuya traducción conocía, pero que, por sí solas, no terminaban de decirle nada. Palabras como *unwelcome* —mal recibido— o *star* —estrella— seguían escritas en la hoja.

Revisó de nuevo el libro de las sombras de su tía. Bajo el nombre de Redecca White había un dibujo del colgante abierto y, al final de la página, el hechizo que había pronunciado. No había nada más y, sin embargo, algo no había terminado de salir bien. El colgante había brillado imbuido por el espíritu de La Dama y había borrado las palabras innecesarias del poema, pero la verdad no había terminado de ser revelada.

Intentó organizar aquellos términos inconexos en su mente, pero eran tantos que los significados podían ser múltiples, y ella necesitaba un significado concreto, necesitaba el correcto.

—Vamos, tía Helen, échame un cable —susurró pidiendo ayuda—. Siempre has estado ahí para protegerme. Ayúdame, ahora que tanta falta me hace, aunque ya no estés a mi lado...

Una ráfaga de viento cálido le acarició la cara desde su derecha y la estremeció. Triz recordó una de las frases del poema.

«Cuando el viento del Sur sientas llegar, el amor te besará en la boca...».[11]

—Tía Helen, ¿eres tú?

No hubo respuesta. Bajó la mirada hacia el libro de las sombras de su tía, que seguía apoyado en su regazo. El aire había pasado una de las hojas del libro.

—Seré tonta... —pensó Triz—. ¡Gracias, tía!

Al otro lado de la página que estaba leyendo el hechizo continuaba.

«May the Horned command the words!

Let the truth see the Lord!».[12]

Se quedó sin habla cuando las palabras del poema empezaron a brillar como antes lo había hecho el colgante y se le cortó la respiración cuando estas se despegaron del papel y flotaron en el aire delante de sus ojos.

Ella era bruja, había realizado magia desde que su tía empezó a enseñarle con diez años, pero se había limitado a pequeños conjuros de protección para sus hijas o algún familiar y a hacer alguna que otra poción para mejorar la cosecha de su pequeño huerto en la peor época de la guerra. El día que había decidido buscar a Gare en el mundo de los muertos fue la primera vez que se había atrevido a dar un paso más allá en sus poderes, aunque con su tía Helen ya hubiera aprendido a realizar aquella

clase de conjuros. Experimentar el poder de la magia de su amada tía representaba mucho más de lo que hasta ahora había profundizado en la suya.

Las palabras, bañadas de un brillo dorado, revolotearon sobre su cabeza antes de regresar al papel. Una a una fueron reescribiéndose.

«When... the... blue... star...»

—Cuando la estrella azul… Mierda, mal empezamos —murmuró al traducir las primeras palabras.

«Kiss... the... moon... light... the... waters... for... the... truth... know».

—Cuando la estrella azul besa la luna, enciende las aguas para la verdad conocer… —continuó leyendo—. Genial, esto no mejora.

«Unwelcome... spirits... ye... not... expects... will... come...».

—Espíritus indeseados que no esperas vendrán. —Triz se llevó las manos a la cabeza—. Lo que me faltaba. La madre que...

Todas las palabras se habían colocado ya sobre la hoja. Rezó la oración para abrir el círculo y recogió el colgante y el papel. Ahogó un grito cuando, al tocar el folio, este dejó de mostrar la frase mágica y volvió a enseñar el poema de la Rede Wicca al completo. Lo guardó junto al libro de las sombras de su tía y corrió a apuntar las palabras en su propio libro para no olvidarlas. Las escribió tanto en inglés como en castellano.

Al subir del sótano miró el reloj de pared en la cocina y pensó en el largo día que le esperaba en el hospital a la mañana siguiente. Apenas le quedaban cuatro horas para poder descansar.

Regresó a la habitación de su hija para comprobar si seguía dormida y con la intención de irse a su cama a dormir, pero cuando abrió la puerta del cuarto de Alana, su sonrisa se había desdibujado y ahora se podía ver en su rostro un gesto de preocupación. Volvió a acostarse a su lado para intentar serenar sus sueños. Estaba segura de que, sin llegar a despertarse, Alana podría sentir su presencia.

Se acostó a la espalda de su hija y la rodeó con un brazo para protegerla. Cerró los ojos para quedarse dormida, pero todavía sin la intención de descansar. Quería hablar con Gare cuanto antes de lo que había pasado. Esperaba poder ponerse en contacto con él, aunque ya hubiera caído en un sueño profundo. Tenía que pedirle un favor que estaba segura de que no lo iba a entender.

—*Weo*. Hola, Gare. ¿Sigues ahí? —preguntó en cuanto su mente entró en el mundo de los sueños—. ¡Gare!, ¿me oyes?

—¡Ey! Hola, guapa. Sí. Aquí sigo. Si te acabas de marchar, qué rápido has vuelto.

—Han pasado más de dos horas desde que hablamos.

—¿En serio? Lo rápido que pasa el tiempo mientras duermes. Normal que luego tenga sueño cuando despierto por las mañanas, no me da tiempo a descansar.

—No quiero molestarte mucho, pero ya he mirado el mensaje que me dejó mi tía en el colgante y no es que sea muy halagüeño.

—Nunca molestas, Triz. ¿Qué has descubierto?

—El mensaje de mi tía dice que la verdad me será revelada cuando la estrella azul bese a la luna.

—Eso me suena a eclipse —dedujo Gare—, pero nuestra estrella es amarilla, no azul.

—Ese es el primer problema. Creo que habla de un eclipse, pero no de este mundo.

—¿Y de qué mundo habla? ¿Cuál tiene una estrella azul? ¿El de los sueños? ¿El de los muertos?

—Grawell. El de las brujas y brujos.

—¡No jodas que también tenéis vuestro propio mundo!

—Lo tenemos. En realidad es un planeta. Lamentablemente, no es nada fácil llegar a él.

—Me buscaste en el mundo de los muertos, me encontraste en una dimensión virtual y hablamos dentro de Aisling, en los sueños. No creo que para ti sea tan difícil llegar al de las brujas. Al fin y al cabo es el tuyo, ¿no?

—Tan fácil como para ti llegar al mundo de los muertos...

—¿Qué? —exclamó asustado Gare, al entender las palabras de su amiga.

—Una bruja solo puede llegar a Grawell cuando muere. En realidad, el mundo de las brujas no existía. El nuestro era, y es, el mismo que el del resto de los humanos. Vivíamos entre vosotros sin complicaciones. Hasta que los ignorantes de la época, incapaces de comprender lo que sobrepasaba

sus minúsculos cerebros, decidieron perseguirnos, acusarnos de herejía y quemarnos en la hoguera. Entonces las brujas y brujos de la época decidieron protegerse. No iban a permitir que nadie les expulsara de su legítimo mundo, pero, en caso de ser atrapados y ejecutados, debían buscar la paz en otra parte. Por esta razón crearon uno en el que todos aquellos que perecieran en la hoguera o bajo el yugo de la injusta persecución pudieran residir en paz, sin preocuparse de incultos asesinos.

—Espero que no me estés queriendo decir que, para encontrar la verdad que buscas, vas a tener que morirte... —murmuró Gare, negándose a aceptar lo que se estaba imaginando.

—Ojalá fuera solo eso, pero es peor...

—¿Peor que tener que morir? —cuestionó Gare tan sorprendido que Triz pudo sentir el temor en su tono de voz.

—Peor. Tengo que pedirte que seas tú quien me mate. No puedo confiárselo a nadie más.

—¿Que te mate? ¿Yo? ¡¿Estás loca?! ¡Cómo voy a hacer eso!

—Quemándome en la hoguera. Como te he dicho, ese lugar solo es accesible para aquellas brujas que mueren perseguidas. Las que morimos en paz no somos llevadas a Grawell. Tenemos que acabar de una manera injusta y cruel para poder entrar.

—Pero yo no te puedo quemar en una hoguera, Triz... —Las palabras de Gare sonaban llenas de preocupación.

—No te preocupes, es doloroso… al mundo de las brujas es difícil entrar, pero, si se quiere, se puede salir. Solo tienes que asegurarte de que, una vez que cruzo al otro lado, nadie le hace nada a lo que quede de mi cuerpo. Cuando encuentre la verdad allí, regresaré y será como si no hubiera pasado nada.

—Si las brujas quemadas en la hoguera pueden regresar, ¿por qué ninguna lo ha hecho hasta ahora?

—¿Quién te ha dicho a ti que no lo han hecho? —replicó Triz esbozando una sonrisa traviesa que a Gare le hizo sonreír—. Algunas consiguieron regresar. Otras decidieron quedarse en ese nuevo mundo, y quienes no pudieron regresar fue porque no quedaba nada de su cuerpo en este lugar para hacerlo. Es por eso por lo que tienes que proteger el mío, para que pueda volver.

—Vale. Entonces me aseguras que vas a regresar, pero que necesitas que yo te queme en una

hoguera. Lo de devolverte el colgante me resultó más sencillo, ¿eh?

—Bueno, para salir del mundo virtual, también tuviste que dejar que te mataran. Y no tenías la seguridad de que fuera a funcionar...

—Ya, pero tuve que dejar que me pegaran un tiro. No matar a una persona que me importa —replicó Gare ocultando que, en realidad, tenía tantas ganas de salir del mundo virtual que hasta morirse le parecía mejor idea.

—Ah, ¿sí? ¿Te importo, Gare?

—Mucho. Desde que éramos críos, ya lo sabes…

—¿Y qué serías capaz de hacer para demostrarme que, de verdad, te importo?

—Cualqui... Vale, ya lo he pillado. Ya sé a dónde quieres llegar —concluyó Gare, al darse cuenta de lo que pretendía Triz.

—En serio, no te lo pediría si no fuera necesario. A mí me hace la misma poca gracia que a ti tener que dejar que me quemen, pero hay algo mucho más importante que proteger, y estoy dispuesta a soportar ese dolor para hacerlo.

—Déjame pensarlo, ¿vale?

—Me encantaría que lo pensaras, pero no tenemos tiempo. El eclipse de la estrella azul con la luna de Grawell es pasado mañana.

—Me tendrás que dar una clase rápida de cómo quemar brujas...

—Ahora no puedo, Alana se acaba de despertar. Iré a tu casa mañana. Espérame allí, por favor.

Triz salió de su estado de sueño sin dejar responder a Gare. Sabía que, si lo hacía, intentaría poner alguna pega. Ya se encargaría de hablar con él cuando se encontraran frente a frente. Seguro que en persona sería más fácil hacerle comprender la importancia de lo que iban a hacer. Le devolvería el colgante de su tía si con eso ganaba confianza. Ahora se tenía que preocupar de Alana, que había pegado un grito a su lado y respiraba agitada.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Has tenido otro sueño? —preguntó agarrando a su hija por la cintura.

—Sí, mami, otro sueño con el hombre malo.

—Pero no tienes que asustarte. Ya te he dicho varias veces que los sueños son mensajes de otro mundo. El hombre malo no puede hacerte nada en el de los sueños.

—Lo sé, pero es que en este también salías tú y él sí que te podía hacer daño.

21

Sueño de Alana.

Estaba nerviosa, sentada en las escaleras que bajaban de la entrada del colegio al patio. Todas sus amigas también se encontraban inquietas. En la siguiente clase, la profesora les iba a dar las notas del trabajo que tanto esfuerzo le había costado hacer y, durante el recreo, ella y sus amigas no hablaban de otra cosa.

«Yo creo que lo hice bien». «Yo también». «¿Os acordasteis de poner lo de la Revolución?». «¡Ala! A mí se me olvidó». «Mari va a suspender, Mari va a suspender».

El tiempo de recreo pasaba tan despacio, ese día, como los minutos en las pesadillas que solía tener por las noches y que causaban que le costara tanto dormir. Estaba cansada, se sentía agotada, pero esperaba que una vez aprobado el trabajo, los sueños volvieran a dejarla dormir.

Su madre le había dicho varias veces que no debían de darle miedo, que eran como una película, que solo tenía que verlos y, al día siguiente, podían comentarlos. Pero a ella le había tocado vivir en un mundo en el que ya no era tan fácil ver una película como lo era en el pasado. Desde la tormenta solar, no tenían televisión en casa y se tenía que conformar con leer esas historias en los libros. Y a ella le gustaban los libros antiguos que contaban cómo era la vida antes, llena de móviles y de programas de televisión que le parecían de ciencia ficción, aunque todavía recordaba cómo, cuando era más pequeña, había visto algún programa infantil. Antes de que todo cambiara, antes de que empezaran las pesadillas.

La profesora salió a llamarlas como cada día al terminar su horario de descanso, pero, al contrario que el resto de veces, que se hacían las sordas para tardar unos minutos más en entrar, esa mañana todas salieron corriendo a clase. Querían saber las notas cuanto antes.

Cuando la maestra mandó callar, las piernas le temblaban por los nervios. Por fortuna, era de las primeras en la lista y no tuvo que esperar mucho para conocer su calificación.

—Amber, suspenso. Mari, suficiente. Adam, suficiente. Alana, sobresaliente, buen trabajo, Alana. Eric, suspenso...

El resto de la clase se le hizo eterna. Estaba deseando salir del colegio e ir a casa a contarle a sus padres la nota que había sacado en el trabajo de Historia. Estaba tan contenta que se le olvidaron el cansancio y las pesadillas y solo deseaba salir disparada a celebrarlo y enseñarles el trabajo. Si la hubieran dejado, no le habría importado volver a casa corriendo en lugar de en el autobús.

El día no podía ser más increíble. El aire olía a pan tostado; el cielo estaba rojo como en los mejores días, sin nubes que amenazaran lluvia; el sol brillaba con fuerza y la llenaba de energía. Su madre decía que, desde la tormenta solar, exponerse mucho tiempo a los rayos era peligroso, pero le gustaba sentir el calor en la piel. Los días de frío intenso y de lluvia que la obligaban a quedarse en casa por seguridad eran los peores. Se aburría.

Alana miraba por la ventana del autobús, descontando los segundos que le quedaban para llegar a su parada y ver a su madre, que seguro que la estaba esperando. Quería bajar del vehículo, enseñarle el trabajo y correr al parque para disfrutar del día soleado. Esperaba que no le pusieran pegas después de haber sacado tan buena nota. Seguro que su madre le dejaba quedarse en el parque cinco minutos más, pese al peligro de que el sol le quemara la piel.

—¡Mami! —exclamó saltando desde las escaleras hasta abrazar a su madre sin llegar a tocar el suelo—. He sacado un sobresaliente en el trabajo —añadió, sin soltarse de su cuello.

—¿Un sobresaliente? ¡Qué bien! Eso hay que celebrarlo. ¿Qué te apetece hacer?

—¡Quiero quedarme en el parque hasta que se vaya el sol! —gritó eufórica Alana.

—Eso es mucho tiempo y ya sabes que el sol es peligroso. Además, tenemos que ir a recoger a tu hermana pequeña.

—Pero he sacado un sobresaliente y me has dicho que eligiera lo que me apetece hacer, y me apetece ir al parque...

—Está bien. Recogemos a tu hermana y nos vamos las tres al parque, pero me tienes que dejar ponerte la protección solar y prometerme que, cuando yo te diga que nos tenemos que ir a casa, no me vas a poner ninguna excusa y me vas a hacer caso a la primera.

—Vale —Alana aceptó con rapidez, aunque sabía que su madre iba a querer irse a casa mucho antes que ella y que iba a intentar prolongar la estancia unos minutos más poniéndole carita de pena.

Alana estaba tan entusiasmada que, mientras esperaban al autobús que traía a su hermana Maya, no dejó de hablar de todo lo que había hecho en el colegio, de sus amigas, de lo pesados que eran algunos chicos; todo para terminar siempre hablando de la nota que había sacado en el trabajo.

Solo cambió de tema cuando se dio cuenta de que el autobús de su hermana pequeña tardaba mucho más que de costumbre.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó mirando a la carretera por la que veía llegar el vehículo cada tarde.

—Pues no lo sé, Alana, pero ya tiene que estar a punto de llegar.

—¿Por qué tiene que llegar tarde justo el día que vamos a ir al parque? —insistió, perdiendo la sonrisa por primera vez desde que le habían dado la nota.

—Te he dicho que no lo sé. No puedo hacer nada para que el autobús venga antes. Tendrás que tener paciencia y esperar...

—Vale, pero todo este tiempo me lo tienes que añadir al rato que íbamos a estar en el parque.

—Eso ya lo veremos. Que ya sabes que estar mucho tiempo en la calle no es bueno.

—Para mí, sí. Lo que no es bueno es estar aburrida en casa. Ponme la protección solar mientras esperamos y así luego podemos ir directas al parque.

Su madre, que también empezaba a impacientarse por la tardanza del autobús, buscó en el bolso la crema y empezó a aplicársela, sin quitar ojo al asfalto.

Alana, que de espaldas a la carretera miraba lo que pasaba al otro lado, abrió la boca hasta que casi se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre, al ver su cara de preocupación.

—Nada, nada. ¿Viene ya Maya? —respondió para evitar que su madre se girara a ver qué pasaba.

En el horizonte, una nube empezaba a formarse y se volvía cada vez más grande. Hacía remolinos y crecía como los algodones de azúcar cuando giras el palo dentro del cuenco. Pero esa nube no era de color rosa, era de un negro que asustaba. Si su madre la veía, ya se podía olvidar de pasar el resto de la tarde en el parque.

El autobús seguía sin llegar y las sombras seguían creciendo. Ocupaban gran parte del horizonte y, con cada giro, parecían acercarse a ellas. A Alana empezó a recordarle a las nubes que solía ver en sus sueños antes de que el hombre malo apareciera.

—Mami...

—¿Qué quieres ahora, Alana? —preguntó su madre mientras guardaba la crema protectora de nuevo en el bolso.

—Mami, algo no va bien... —respondió ella señalando al lugar donde seguía creciendo la negrura.

Su madre se giró para mirar hacia donde ella señalaba. Cuando vio la nube en el cielo, se alteró.

—¡Tenemos que irnos a casa! —gritó para hacerse oír por encima del ruido de viento que empezaba a levantarse—. ¡¿Dónde diablos está el autobús de tu hermana?!

—No lo sé, mami, pero empiezo a tener miedo... Esa nube se parece mucho a las de mis pesadillas.

—Tranquila. Estoy aquí y no va a pasarte nada.

Pese a la seguridad en el tono de voz de su madre, se dio cuenta de que ella también estaba preocupada. Se agarró a su mano con fuerza y se cobijaron del viento, apoyándose en la pared de uno de los edificios.

La nube negra ya cubría todo el cielo, el viento hacía volar los papeles del suelo levantándolos por encima de las viviendas. Los rayos iluminaban su interior, pero no caían al suelo, solo cruzaban de un lado al otro del firmamento.

Estaba tan asustada que soltó la mano de su madre y se agarró con las dos a su cintura. El aire ya no olía a pan tostado, olía como cuando a su madre se les quemaba la comida.

—Mami, quiero irme a casa...

—No podemos irnos sin tu hermana —replicó Triz que miraba con preocupación a la carretera y a la nube que seguía creciendo.

Por fin, el autobús del colegio de Maya apareció por el fondo de la calle. Alana respiró aliviada, pero sin soltarse de la cintura de su madre. En cuanto su hermana pequeña se bajara del autobús

podrían irse a casa. Ya no quería ir al parque, el día ya no era soleado y bonito. El negro era el color que menos le gustaba de todos. Quería volver a su hogar y protegerse de la lluvia, que no tardaría en empezar a caer, y leer alguno de los libros que tanto le gustaban.

Cuando el vehículo se acercó a donde estaban, Alana ahogó un grito. No había nadie conduciéndolo, no había niños sentados en sus asientos, su hermana no estaba dentro. O, al menos, eso deseó al ver que en el interior del autobús viajaban, llenándolo todo, la mismas sombras que cubrían el cielo.

—¡Es el hombre malo de mis sueños! —gritó Alana al ver en el autobús a un hombre mutilado, al que le faltaba una pierna, y con la piel quemada.

Su madre y ella corrieron, contra el viento, hasta llegar a un portal cercano. Llamaron a todos los pisos, hasta que respondieron desde uno de ellos.

—¿Puede abrirnos? Nos ha cogido la tormenta por sorpresa y necesitamos resguardarnos. —Sin llegar a responder del otro lado, se escuchó el ruido de la puerta al abrirse.

Entraron en el portal y cerraron tras ellas. Desde dentro, observaron como el autobús se detenía en la parada y se abrían las puertas.

La nube no quiso contener más tiempo la lluvia que llevaba dentro. El calor del día provocó que las primeras gotas se evaporaran nada más tocar el suelo y una bruma gris empezó a elevarse.

—¡Mamá, la lluvia! —exclamó Alana— ¡La lluvia es roja!

Las gotas, como si fueran pintura de color carmesí, fueron tiñendo de color rojo el asfalto, los árboles, las paredes de los edificios. Alana se quedó paralizada cuando vio salir al hombre mutilado del autobús. Este comenzó a caminar sobre la niebla, dando la sensación de no tocar el suelo con su único pie. Dos gotas de lluvia roja se quedaron brillando en el rostro de aquella silueta carbonizada como dos ojos malvados que miraban hacia el portal donde se escondían.

—¡Quédate aquí! —ordenó su madre, agarrándola por los hombros.

—¿Dónde vas? —preguntó Alana, asustada.

—No voy a dejar que te pase nada malo. Voy a salir.

—¿Vas a luchar contra el hombre malo?

—Quédate aquí y no salgas. Pase lo que pase, no salgas del edificio. Prométemelo. —Alana solo pudo asentir con la cabeza, pero se resistía a quedarse sola dentro del portal y no soltaba la ropa de su madre—. Volveré enseguida y nos iremos a casa.

En cuanto su madre abrió la puerta, el viento y la bruma entraron en el portal y obligaron a retroceder a Alana hasta las escaleras. Triz tuvo que luchar contra las inclemencias meteorológicas para poder cerrar a sus espaldas. Solo pudo ver, a través del cristal de la puerta, como la lluvia roja teñía la ropa de su madre y empapaba su pelo y su cara.

El hombre malo, de ojos inyectados en carmín, siguió avanzando sobre la bruma acercándose a Triz, sin decir nada. En realidad, ni siquiera podía ver una boca en el rostro desfigurado de aquel amorfo ser que avanzaba amenazante hacia su madre.

De pronto, en menos de un parpadeo, todo el paisaje cambió fuera del portal. Su madre y el hombre malo ya no estaban en la carretera. El autobús del colegio desapareció entre la niebla y, en su lugar, aparecieron árboles y plantas. Ambos se veían en el interior de un bosque. Alana se frotó los ojos para asegurarse que veía bien tras el cristal del portal.

Vio cómo su madre levantaba las manos hacia el cielo y pronunciaba unas palabras que no pudo entender. Después, los bajó y dibujó un círculo en el aire. La bruma desapareció del suelo, a su alrededor. El hombre malo se detuvo. Alana sintió una ola de alegría subiendo por su espalda. Su madre había conseguido detener el avance de aquel ser solo moviendo las manos. Era la mejor madre del mundo.

Tras unos segundos inmóvil, la figura siniestra levantó también sus manos al cielo. Bajo sus ojos, como una cicatriz sangrante mal curada, su boca se abrió y comenzó a hablar. Al contrario que con la voz de su madre, Alana sí pudo escuchar sus palabras.

«May the forces of evil break your shield! May the rays of the sky make you burn!».[13]

Los rayos que brillaban dentro de la nube chocaron en el cielo sobre la cabeza de Triz y cayeron sobre el bosque, para cubrirla de una luz amarilla cegadora.

Alana no aguanto más y gritó.

22

No es fácil llegar a Grawell. Noviembre de 2048.

Acariciaba el pelo de su hija mayor para intentar calmarla. Se veía que, pese a que hacía rato que se había despertado de la pesadilla, su pequeña seguía angustiada.

—Y cuando vi que los rayos caían sobre ti, grité y me desperté. Era otra de mis pesadillas con el hombre malo, pero, esta vez, era distinta. Salías tú también en mi sueño, y era tan real… Ni siquiera me acordaba de que estaba en la cama.

—¿Cómo dices? ¿Qué es eso de que no te acordabas de que estabas en la cama? —preguntó sin dejar de acariciarle el pelo.

—Normalmente, cuando tengo esos sueños, sé que lo son porque recuerdo haberme acostado y sé que, aunque me asuste, todo lo que veo no está pasando de verdad. Hoy no sabía que era un sueño. Pensaba que estaba pasando de verdad. Como cuando lo vi en mi ventana. Me alegro tanto de que estés bien, mami... —dijo Alana abrazando el cuello de su madre.

Las últimas horas de la noche las pasó mirando el techo de la habitación de su hija, que consiguió volver a dormirse un rato antes de tener que ir al colegio. Le dolía la cabeza después de una noche sin descansar.

No quería dejar a su hija sola con las pesadillas. Sabía que esas premoniciones se podían llegar a tener incluso sin estar dormida y no quería que eso le pasara a Alana sin estar presente. Por otro lado, tenía que ir al mundo de las brujas para descubrir cuál era esa verdad que su tía Helen le había dejado escrita y no podía dejar pasar el tiempo. Quedaban solo dos días para el eclipse e iba a perder uno poniendo excusas y viajando hasta su ciudad para encontrarse con Gare.

Si le hablaba a su marido de que tenía que quemarse en una hoguera, la encerraría en un psiquiátrico; si se lo pedía a su amiga Nara, no sería capaz de hacerlo. Aunque era su mejor amiga y

sabía que podía hablarle de todo y contar con ella para casi cualquier cosa, pedirle que la quemara viva era algo que no llegaría a entender. Sabía que podía confiar en Gare, que había sido capaz de dejarse pegar un tiro por salir del mundo virtual solo porque ella se lo había pedido. Era al único que podía pedirle que hiciera eso por ella. No había otra opción.

Tener que explicar a Óscar que iba a volver a marcharse y pasar la noche fuera le acentuaba el dolor de cabeza. No podía contarle la verdad, pero le dolía tener que mentirle. Esta vez, se ahorraría la excusa del viaje. Le diría que tenía que pasar el día en el hospital por una urgencia, con la esperanza de que no se acercara a su trabajo a comprobarlo.

Eligió el momento en que se tenía que ir a trabajar para hablarle.

—¿Puedes pasar a recoger hoy a las niñas al colegio? Ha surgido una urgencia en el hospital y me temo que voy a tener que quedarme de guardia toda la noche.

—¿Vas a pasar otra vez la noche fuera?

—La voy a pasar en el hospital, no en la calle. Allí no correré ningún peligro con el toque de queda —contestó, sintiéndose culpable por mentir—. ¿Recoges tú a las niñas o no?

—Vale, yo las recojo, pero intenta solucionar la urgencia cuanto antes. Sabes que no me gusta que pases las noches fuera.

—Haberte casado con una abogada y no con una doctora. Volveré a casa en cuanto me sea posible. Se te hace tarde. Tienes que ir al trabajo.

No le quería dar la oportunidad de réplica. Sabía que, si lo hacía, terminarían discutiendo otra vez, y no soportaba discutir. Menos aún cuando sabía que él tenía razón y que le estaba mintiendo. La cara de Óscar al marcharse no le ayudó a sentirse mejor.

«Ojalá entendieras lo importante que es todo esto y me apoyaras. No tendría que mentirte...».

Tras llevar a sus hijas al colegio andando, después de que el sueño de la mayor le hiciera renegar de dejarlas en el autobús, se acercó a su trabajo para decir que una de sus hijas no se encontraba bien y pedir uno de los días de permiso que le correspondían. Desde allí, se fue a la parada de autobuses para ir a casa de Gare.

Suspiró, intentando dejar atrás su propio malestar para poder centrarse en lo que tenía que hacer. Se intentaba mostrar convencida del paso que iba a dar, pero, en realidad, temblaba de miedo. Sabía

que entrar en el mundo de las brujas no era fácil, que el dolor que iba a experimentar sería casi insufrible y, si no fuera por el valor que le insuflaba saber que todo aquello lo hacía por el futuro de sus hijas, ni siquiera se lo habría planteado.

Aun así, cuanto más se acercaba el momento, más dudas y temores la atormentaban. Se había pasado el resto de la noche en vela buscando maneras de evitarlo, pero no las había encontrado. Se sentía acobardada, temerosa, y no se atrevía a subir a casa de Gare porque sabía que, si lo hacía en ese estado, no sería capaz de convencerlo de que lo hiciera. ¿Cómo iba a convencer a nadie si no estaba segura ella misma?

Tener que subir los pisos andando hasta la nueva casa de Gare y el tiempo que eso le llevó le permitieron seguir dándole vueltas a la cabeza. Cuando llamó con los nudillos a la puerta era un manojo de nervios y temores.

—¡Triz! —exclamó Gare al abrir la puerta y la abrazó como si fuera un oso—. No me avisaste de que ibas a llegar tan pronto.

—No sabía cuándo iba a poder venir. Ha sido todo muy precipitado desde que leí el mensaje, pero no tenemos tiempo que perder —contestó ella devolviendo el abrazo. Era la segunda vez que Gare la abrazaba desde su reencuentro y las dos veces había sentido una energía recorriéndole el cuerpo, desde los pies hasta el pelo. Una energía que no sabía muy bien cómo definir porque, aunque cálida, le hacía sentir escalofríos.

—No he podido dormir desde que hablamos. Todavía no me creo lo que me pediste.

—Yo tampoco he podido volver a conciliar el sueño.

—Es verdad, que tu hija mayor, Alana me dijiste que se llamaba, ¿verdad?, se había despertado. ¿Qué fue? ¿Otra de esas pesadillas que me has comentado que tiene?

—Sí. ¿Te importa que pase dentro y te lo cuento todo sentados? Subir hasta tu casa es agotador —replicó Triz, esperando a que se apartara de la puerta.

Gare la invitó a pasar. La acompañó por el corto pasillo y la ofreció sentarse en uno de los sofás que había en el salón. Después, se fue a la cocina y trajo un vaso de agua.

—Has salido ganando con el cambio de casa, ¿eh? —comentó cuando Gare se sentó, después de echar una ojeada al salón.

—La verdad es que sí. Aquí tengo agua y electricidad y hay comida para una temporada en la despensa. Está mejor amueblada que la mía y he podido trasladar mis cosas sin problemas.

—Perfecto. Ahora hablemos de qué vamos a hacer para que yo pueda llegar a Grawell —interrumpio Triz intentando pasar cuanto antes el mal trago.

—Me vas a tener que explicar eso mejor, porque entenderás que eso de quemarte viva no me termine de convencer.

Le explicó lo que había pasado la noche anterior con el mensaje del colgante y el hechizo de su tía, y por qué tenía que cruzar al otro lado para encontrar la verdad que se escondía durante el eclipse, al encender las aguas, antes de que los espíritus no deseados llegaran.

—Que el único modo de cruzar a ese mundo sea con mi muerte en la hoguera ya te lo conté. Alana soñó ayer, otra vez, con el hombre malo, como ella lo llama, y no pienso dejar que siga teniendo ese tipo de pesadillas. Tengo que acabar con todo esto cuanto antes. Sus visiones son cada vez más reales.

—Pero, ¿qué es todo esto? Aún no me has contado a qué nos enfrentamos. No se me ocurre qué puede ser peor que un mundo postapocalíptico después de una Tercera Guerra Mundial y de una tormenta solar.

—Un mundo sin esperanza, uno sin futuro, sin alegría. Un mundo sin magia.

—No lo entiendo. Desde que nos reencontramos, he aprendido que no existe solo un mundo, hay varios: el de los muertos, el de los sueños, el de las brujas, incluso uno virtual en el que puedes terminar encerrado. ¿No podríamos crear uno nuevo sin guerras, sin tormentas solares, sin pesadillas, e irnos todos a vivir allí?

—No, no podemos. Bueno, en realidad, sí que podríamos, pero el caso es que no solo está en peligro este mundo. Están en peligro todos y cada uno de ellos y, aunque creásemos otro, si no terminamos con la amenaza que se cierne sobre nosotros, ese también acabaría desapareciendo. Es complicado de explicar.

—Y de entender... Tengo una pregunta más. ¿Por qué tienes que ser tú quién se encargue, sola, de salvar a todos esos mundos?

—No lo sé. Solo sé lo que me dicen mis sueños y que mi tía me dejó un mensaje oculto en un colgante y en su libro de las sombras. Y lo dejó para mí, para nadie más. También sé que mi hija

mayor tiene sueños sobre la llegada de un hombre malo y no puedo permitir que sea ella quien se enfrente a él. Es todavía muy joven. Tengo que hacerlo yo.

—¿Y me aseguras que vas a regresar del mundo de las brujas igual que estás ahora? ¿Que las quemaduras de la hoguera no te van a afectar en nada? Es que sería una pena perder a una mujer tan guapa por un fallo de cálculo con las llamas... —comentó Gare intentando rebajar el cariz profundo que estaba tomando la conversación.

—Siempre estás igual. Gracias por pensar que estoy guapa, aunque creo que los años no me han sentado tan bien, pero no me cambies de tema porque lo que te estoy contando es muy serio.

—Yo pienso que los años que hemos estado sin vernos te han sentado muy bien. Y sí, ya sé que el tema es muy serio, pero no sé enfrentarme a los temas complejos con seriedad. O los rebajo con un poco de conversación ligera o me sobrepasan.

—No tenemos tiempo para conversaciones ligeras. Te prometo que regresaré de Grawell con el mismo aspecto que tengo ahora. Ni siquiera voy a perder los kilos de más ni las canas ni las arrugas. Por desgracia...

—Pues a mí me gusta tal y como estás.

—Y dale. Que soy una mujer casada… —replicó Triz con gesto serio.

—Y yo tengo buen gusto —añadió Gare con una sonrisa—. Digamos que estoy dispuesto a hacer lo que me pides. ¿Qué es, exactamente, lo que tendría que hacer? —preguntó regresando al tema de la conversación ahora que el ambiente era algo más relajado.

—Fabricar una hoguera, atarme a ella, pronunciar un discurso en el que se me acusaría de brujería y herejía y prenderme fuego. Después, tendrías que custodiar mi cuerpo hasta que regrese. Nada más.

—Nada más dice... Aunque lo de atarte no deja de resultarme tentador, el resto no me hace tanta gracia.

—¿No vas a dejar de *ronearme*?

—Estoy a punto de dejarme convencer para quemarte en una hoguera. No se me ocurre mejor momento para hacer lo que no me atreví cuando era un adolescente idiota.

—Llegas un poco tarde para eso. Vamos a hacer lo de la hoguera antes de que alguno de los dos nos arrepintamos. Por cierto, te he traído el colgante de mi tía Helen. Me dijiste que eso te hacía sentir más seguro. Te dejo que te lo quedes hasta mi vuelta de Grawell.

—Gracias. La verdad es que me acostumbré a tenerlo conmigo y ahora que sé que te lo regaló una bruja me hace sentir protegido. En cuanto a la hoguera, mientras no tengamos que hacerla en mi nueva casa... —añadió Gare mientras volvía a colocarse el colgante alrededor de su muñeca.

Triz se rio con el comentario. Estaba claro que no sabía nada sobre el mundo de la magia y que los hechizos siempre funcionaban mejor al aire libre o en lugares mágicos por los que crucen líneas ley. Le explicó que tendrían que ir a algún sitio apartado en el que pudieran encontrar las maderas necesarias y en el que nadie los interrumpiera. Un lugar en el que pudieran estar varias horas sin ser descubiertos para que nadie se interpusiera en su regreso y donde las llamas no llamaran la atención de la N.P.V.N.

Gare, por su parte, pidió que le contase más sobre esa policía, el toque de queda nocturno y sobre lo que podría pasarle si la N.P.V.N lo encontraba custodiando el cuerpo de una mujer quemada en la hoguera por la noche. La respuesta que le dio Triz no le hizo ninguna gracia.

—Te detendrían, te meterían en la cárcel sin juicio ni explicaciones y, lo peor, se desharían de mi cuerpo dejándome sin un lugar al que poder regresar.

Buscar en la caótica ciudad un sitio en el que un fuego no llamara la atención resultaba imposible. Tampoco podían encontrar madera suficiente para prenderlo allí por lo que decidieron irse a las montañas, aunque para ello tuvieran que caminar un par de horas.

Antes de salir de la urbe fueron al centro comercial a hacer unas compras. Necesitaban unos cuantos metros de cuerda y un encendedor. La valentía no podían comprarla.

Al principio de la caminata siguieron hablando de cómo había quedado el mundo tras la tormenta solar y sobre los sueños que tenía Triz, pero cuando llegaron a las primeras cuestas de la montaña ambos se quedaron en silencio intentando no quedarse sin aire.

Gare caminaba un paso por delante cargando con los metros de cuerda y sin protestar. Tras él, Triz iba pensando en cómo no había dudado en ponerse en peligro para salir de la dimensión virtual solo porque ella se lo había pedido, sin titubear ni un momento; en cómo la había escuchado con lo referente a sus visiones sin dudar de que le estaba diciendo la verdad, sin criticarla y sin cuestionar su cordura. Ahora se mostraba dispuesto a llevar a cabo lo que cualquier otra persona hubiera tildado

de locura solo con mencionárselo.

«Qué mono», pensó cuando recordó que Gare había seguido llevando su colgante, pese a que habían pasado muchos años desde la última vez que se habían visto. Le parecía tan romántico...

«¿Dónde habrás estado metido los últimos quince años...?».

—Teníamos que haber comprado agua —irrumpió Gare, sacándola de sus pensamientos, en medio de un ataque de tos.

—Estás fatal de forma, ¿eh?

—La última vez que hice ejercicio de forma voluntaria fue en el patio del colegio. El otro día, al regresar a casa, casi muero subiendo las escaleras. ¿No crees que ya estamos lo suficientemente lejos?

—No, Gare. No es suficiente —negó Triz mientras volteaba y miraba dónde quedaba la ciudad a sus espaldas—. Apenas nos hemos alejado. Si hacemos la hoguera aquí, la verán enseguida. Tenemos que encontrar un sitio desde el que no se vean las llamas y esperar a que sea de noche para que tarden en detectar el humo.

Siguieron caminando hasta que llegaron a la cima de la montaña. Desde allí, Triz echó una ojeada a su alrededor. Sintió cómo una punzada de nostalgia le hacía estremecer.

De joven, había subido a aquel mismo lugar varias veces y ahora se veía incapaz de reconocerlo. En su infancia y adolescencia, aquel lugar era un bosque lleno de árboles frondosos, de maleza, de mesas para campistas y de bancos para descansar en medio de la naturaleza. Ya no quedaban asientos, los árboles escaseaban y muchos de ellos se mantenían en pie de milagro porque por dentro ya estaban muertos. El calor del sol quemaba sus troncos y las lluvias torrenciales, en lugar de ayudarles a crecer, envenenaban sus raíces. El paisaje se mostraba tan desolador que terminó contagiando su ánimo.

—No hay ningún sitio en el que podamos escondernos. Nada. Hagamos donde hagamos la hoguera, nos descubrirán.

—¿Y si no nos preocupamos tanto por el fuego y actuamos para que no nos encuentren después? —propuso Gare después de mirar a su alrededor.

—¿Qué quieres decir?

—Que si no podemos hacer la hoguera sin que la descubran, lo que tenemos que hacer es cambiar de sitio una vez hayas pasado al otro lado.

—¿Quieres decir que trasladarás mi cuerpo a otro sitio una vez haya pasado al mundo de las brujas? ¿Y a dónde? —preguntó señalando con las manos el desolador paisaje.

—Allí —contestó Gare indicando una pequeña cueva al otro lado de la cima—. Solo tenemos que hacer la hoguera en un sitio algo alejado. Si la N.P.V.N. la descubre y acude a ver las llamas, buscará en los alrededores. Al no ver a nadie, pensarán que el que haya provocado el fuego ha huido, ya que nadie es tan tonto de quedarse a esperar a que la policía lo detenga, y regresarán a la ciudad después de apagar las llamas.

—¿Y si buscan en esa cueva?

—Yo me encargaré de que no nos encuentren.

—¿Y cómo me vas a sacar de la hoguera sin apagar las llamas?

—También tendríamos que haber comprado guantes ignífugos en el centro comercial... —respondió Gare intentando sonreír.

—¿Y vas a poder llevarme en brazos hasta la cueva?

—¿Quieres dejar de poner pegas? Haré todo lo que pueda para que no te pase nada. Si no puedo ponernos a salvo, ocultaré tu cuerpo y dejaré que la N.P.V.N. me atrape. Confesaré que hice la hoguera y ya está. Me llevarán detenido, pero dejarán de buscar y podrás volver a tu cuerpo cuando regreses de Grawell.

—¿En serio harías eso? —preguntó Triz sorprendida.

—¿Y qué más puedo hacer? ¿Dejar que espíritus malignos terminen con los mundos? No creo que la N.P.V.N. sea peor que eso.

—Hasta ahora nadie había creído en mí. Nadie había dado crédito a mis sueños sin poner en duda mi juicio. —A Triz le resbaló una lágrima por la mejilla.

—¡Ey! Haz el favor de no llorar. ¿No ves que si te mojas la cara va a ser más difícil que ardas? —replicó Gare, secándole la lágrima con uno de sus dedos e intentando sonreír—. Siempre voy a confiar en ti, Triz. Siempre.

—A ver dónde pones las manos cuando traslades mi cuerpo, ¿eh? Que no me entere de que te aprovechas de la situación —bromeó Triz secándose los ojos con el dorso de la mano—. No eres el único que necesita, a veces, rebajar las conversaciones serias.

Cuando los últimos rayos de sol se perdieron por el horizonte, colocaron la última de las maderas encontradas tras mucho buscar. Habían tenido que arrancar ramas de árboles muertos, recoger basura y maleza durante horas, para conseguir hacer una hoguera lo suficientemente grande como para que Triz pudiera subirse en ella. Colocada sobre la pila de maderas, le pidió a Gare que la atara al tronco de árbol mutilado que servía como pilar.

—Cuando tenía esta fantasía contigo, no me la imaginaba así —comentó él mientras la rodeaba con la cuerda y la fijaba al tronco.

—¿Quieres dejar de decir bobadas...?

—Me encantaría, pero no puedo. Estoy demasiado nervioso como para no decirlas. Me ayudan a tranquilizarme. ¿En serio ves necesario que te ate?

—Gare, soy bruja, no imbécil. Tengo instinto de supervivencia. Si no me atas al árbol con fuerza, en cuanto las llamas empiecen a quemarme, saldré corriendo. Y como me queme para nada quien va a tener que esconderse serás tú.

—Vale, vale, entendido, pero no sabes las ganas que me están entrando de besarte ahora que estás atada.

—¡Ni se te ocurra!

—En realidad, las ganas de besarte las tengo desde que éramos unos críos, pero tranquila, no lo haré. Era solo una broma.

—Más te vale.

—Lo de besarte lo dejaremos para cuando tengas las mismas ganas que yo —añadió Gare tensando más las cuerdas.

—Sigue soñando...

Solo la llama del encendedor le permitía a Gare ver la cara de Triz en medio de la oscuridad de la noche. Le temblaba el pulso y llevaba unos segundos con el encendedor prendido sin atreverse a

acercarlo a la hoguera. Triz tampoco se atrevía a mirarle. Tras haberle animado en varias ocasiones a que lo hiciera, había cerrado los ojos esperando el momento.

Gare pronunció en voz alta las palabras que habían hablado por el camino.

—Triz Cooper ha sido acusada y condenada por herejía, por practicar brujería y por realizar rituales con el Diablo. Que las llamas eliminen para siempre su pecado. Si Dios considera que es inocente, su gracia la salvará de morir quemada.

Cuando Triz le dijo que tenía que pronunciar esas palabras, Gare le preguntó si alguna mujer había sobrevivido a la hoguera por la gracia de Dios. Triz le respondió que alguna sí, pero que, en ese caso, se consideraba una demostración de que la mujer había practicado magia negra para salvarse y se la encarcelaba de por vida. Una vez acusadas, las brujas no tenían escapatoria.

Gare arrojó el encendedor sobre la hoguera. Los matorrales secos no tardaron en arder y la madera muerta prendió de inmediato. Las llamas llegaron enseguida a los pies de Triz.

Gare se tapó los oídos para no escuchar sus gritos y cerró los ojos para no ver como las llamas envolvían el cuerpo de su amiga. Sus gritos de dolor se intensificaron tanto que no podía amortiguarlos con sus manos. Dio la espalda a la hoguera y se alejó unos metros. No entendía cómo había sido capaz de dejarse convencer para hacer aquello. Ahora ya no podía hacer nada. Si sacaba a su amiga del fuego, aquellos gritos no habrían servido de nada. Solo le quedaba confiar en ella y esperar que cumpliera su promesa de regresar.

—No me he atrevido a decírtelo nunca a la cara, pero te prometo que, si regresas del mundo de las brujas, te diré lo mucho que me importas. Pero tienes que volver…

Una vez más llegaba tarde a expresar sus sentimientos. Los gritos de Triz habían cesado.

23

No es el momento.

En cuanto los gritos de Triz cesaron, una sombra siniestra recorrió el páramo. Oculta tras unas rocas cruzó los brazos sobre su pecho ensangrentado y pronunció un hechizo:

—Kill my living part! Let the dead prevail![14]

Casi de inmediato los olores putrefactos de la galería le anunciaron que ya había llegado. Con esfuerzo, se puso en pie. Apoyado en su muleta, cruzó el pasillo que le separaba de la puerta con mayor decisión que las veces anteriores. Estaba seguro de que, esta vez, la información que llevaba sería suficiente para que le otorgaran lo prometido.

Pese al temor que le infundía tener que cruzar aquel lugar, en el que se sentía vigilado por los cuerpos colgados de las columnas, se comprometió a no volver a vomitar en el umbral. No quería tener que volver a limpiarlo. Había tenido que soportar el olor de su miedo manchando su ropa desde entonces.

Había llegado el momento de obtener su recompensa, de volver a ser el hombre que fue antes de la Tercera Guerra Mundial. No iba a salir de allí conformándose con menos. Ya estaba harto de esperar. Si no cumplían lo prometido, prefería quedarse allí para siempre.

Sin detenerse, llamó a la puerta. Esta tardó unos segundos en abrirse, los suficientes para resquebrajar su confianza y generarle dudas. ¿Y si volvía a negarse? ¿Se atrevería a plantar cara aun a riesgo de terminar colgado en alguna de aquellas columnas?

—¿Y bien? —Dos ojos centelleantes lo miraron en cuanto cruzó las puertas. Una mirada que le infundía tanto respeto, tanto miedo, que no pudo evitar que se le escapara un pedo y que le temblara la única pierna que le quedaba.

—Ha viajado a Grawell. Si me da su permiso, ahora podríamos deshacernos de su cuerpo y encerrarla allí para siempre —manifestó deseoso de terminar con aquella misión de vigilancia.

—¿Y eso de qué nos serviría exactamente? —La mirada era tan aterradora que la pierna le falló y cayó de rodilla al suelo.

—Si ha viajado a Grawell, es porque lo que busca se encuentra allí. Solo tendría que ir y conseguírselo. Si destrozo su cuerpo en la Tierra, jamás podrá volver, y el mundo de los vivos caerá pronto en sus manos. Sus restos están vigilados por un pobre hombre bueno para nada. Será fácil.

—No es en Grawell donde Astrid quedó encerrada. Yo me encargué de desterrarla de allí. Su viaje todavía no ha terminado, pero está cerca de acabar.

—Pero estoy harto de vigilarla. ¡Quiero hacer algo más! Entrar en acción, que se me otorguen todos mis poderes. ¡Dejar de ser un mutilado! Me prometió sanarme. ¡Me prometió recuperar mi imagen! ¡Tenerlo todo! Quiero que pague por el desprecio que me hizo hace años y empezar de nuevo.

—¡Vuelves a dudar de mi palabra!

—No. Prometí que nunca os traicionaría, ser siempre fiel... Pero estoy tan harto de ser un sucio mutilado, andrajoso y medio muerto... ¡Yo era guapo, rico, poderoso! ¡Puta guerra de mierda! Quiero, deseo, necesito volver a ser quien era antes. Se lo ruego. Podría ayudar más a la causa si fuera el de antes.

—Está bien. Lo tendrás. Cuando regreses verás cumplida mi promesa. Volverás a ser quien eras, mejor incluso; ahora tendrás el poder de la magia en tus manos. Conseguirás todo lo que siempre has deseado. Podrás seducirla o acabar con ella, lo que quieras, pero antes tienes que esperar a su regreso de Grawell y seguirla hasta donde lo que allí descubra la lleve. Solo cuando Astrid le dé lo que busca podrás ofrecerle un trato. Si lo acepta, tendrás lo que deseas, y si no lo hace... podrás matarla. Reservo un sitio perfecto para ella.

—Así lo haré. La vigilaré una última vez. Conseguiré lo que está buscando y pronto ambos tendremos lo que deseamos.

Se despidió con una reverencia y salió cojeando de la estancia.

—Maldito estúpido... —murmuró la sombra de ojos centelleantes antes de volver a tomar asiento—. Por supuesto que conseguiré mi propósito. Tú, en cambio, deberías tener cuidado con lo

que, a veces, deseas.

24

Grawell, el mundo de las brujas.

El dolor había menguado, las llamas se habían extinguido y Triz se aventuró a abrir los ojos. Tras aclimatar la vista a la oscuridad del lugar, pudo ver que estaba rodeada de árboles. El olor le recordaba al del bosque al que solía ir con sus padres de acampada cuando era pequeña.

Eran árboles frondosos que no dejaban pasar la luz de las estrellas y que se mecían bajo una suave brisa. Los animales poblaban sus ramas y emitían sus cantos, llenando el aire de melodías.

Extrañaba aquellos paisajes con los que el cambio de temperaturas tras la tormenta solar había terminado.

Quiso dar un paso para sentir las hojas bajo sus pies, como cuando se descalzaba y correteaba por el bosque mientras su madre la llamaba para comer en aquellas acampadas, pero sintió un dolor intenso en los hombros y en las muñecas que le hizo maldecir.

Extasiada, durante los primeros segundos, con la imagen casi olvidada de un bosque, se había olvidado de que tenía los brazos atados al tronco de un árbol a su espalda.

Como si de un *flashback* se tratara, su mente se llenó de imágenes de la infancia. Estaba en el mismo lugar al que solía subir con el colegio. En el mismo bosque lleno de bancos que había recordado con nostalgia al ascender hasta la cima de la montaña con Gare. Se encontraba atada al mismo árbol que habían usado como soporte de la hoguera, solo que ahora este no estaba muerto, ni cortado a la mitad de su tronco. Era un árbol vivo, que se perdía por encima de su cabeza hasta entremezclar sus ramas con el resto de su especie.

Dio otro tirón para intentar soltarse de las cuerdas que la mantenían atada.

—Joder, Gare, ya podrías haberme atado un poco más flojo —musitó cuando vio que la soga no cedía y que seguía sin poder moverse.

No tenía ni idea de que al cruzar al mundo de las brujas se iba a encontrar en la misma situación en la que había dejado el anterior mundo. Nadie se lo había explicado. Ahora había conseguido cruzar al otro lado, pero no podía hacer nada. No podía ir a ninguna parte y tampoco se atrevía a pedir ayuda a gritos. A Grawell no solo iban a parar las brujas buenas, también iban las que usaban magia negra para sus hechizos. Y no quería encontrarse con ninguna de estas últimas.

Siguió forcejeando con las cuerdas intentando soltarse. Probó rasgarlas contra la corteza del árbol, pero, además de representar un arduo trabajo con pocos réditos, también terminó por arañarse la piel de los brazos. Con la piel enrojecida y los brazos ensangrentados, maldijo su mala estrella dando golpes con los pies contra el tronco del árbol. Sobre su cabeza, decenas de aves salieron volando despertando los ruidos del bosque.

El paisaje ya no le parecía idílico, empezaba a recordarle a las películas de miedo en las que la víctima huye asustada en la oscuridad sin saber por dónde van a surgir los peligros. Se acordó del sueño de su hija en el que el hombre malo la atacaba en un bosque. Un bosque como en el que ahora se encontraba. La sensación de angustia aumentó al darse cuenta de que no tenía la posibilidad de huir a ninguna parte, ni siquiera de defenderse. Sin importarle el dolor de los brazos, volvió a intentar romper las cuerdas.

Un ruido de pisadas entre los árboles, la detuvo. Alguien, o peor aún, algo, se acercaba entre las sombras. En su mundo, cuando aquel lugar todavía existía, no encerraba mayores peligros que algún conejo silvestre, algún pequeño ciervo o algún perro callejero en busca de comida, pero aquellas pisadas no sonaban como las de ninguno de aquellos animales. Temió que se tratara del hombre de los sueños de Alana y empezó a desesperarse.

Al sentir que los pasos seguían acercándose, retomó sus esfuerzos por soltarse. Tenía que conseguir escapar antes de que la descubrieran, o no podría defenderse.

El quebrar de una rama a su espalda la estremeció. Ya no tenía tiempo. La habían encontrado.

—¿Hay alguien ahí? ¿Podrías ayudarme, por favor? —preguntó con voz temblorosa, esperando equivocarse y que quien se acercara fuera una ayuda.

No pudo contener un grito cuando notó dos frías manos sobre las suyas. Estaba a punto de volver a gritar cuando sintió que los nudos que aferraban sus muñecas empezaban a aflojarse.

—Gracias, muchas gracias —murmuró al sentirlas libres mientras se las acariciaba y luego se frotaba los hombros para aliviar el dolor—. Gracias por... —Al girarse y descubrir quién la había

soltado se quedó sin habla.

Una mujer, aproximadamente de su misma edad, la miraba con una sonrisa en la cara. Triz la reconoció de inmediato. Estaba igual que la última vez que la vio. Pero eso era imposible...

—¡Tía Helen! —gritó entusiasmada, corriendo a abrazarla cuando su garganta recuperó el habla y su cuerpo la movilidad.

—Triz, cariño, qué mayor estás... Te he echado tanto de menos, pequeña.

—Pero... pero... ¿qué haces aquí? No lo entiendo, creí que a este mundo solo venían las brujas que morían perseguidas. Tú...

—Sí, yo me moría por mi mala salud y no iba a poder quedarme mucho más tiempo contigo antes de que la enfermedad terminara por vencerme. Pero no podía dejarte sola, no había tenido tiempo suficiente para contártelo todo, tenía que hacer algo y a tu madre y a mí se nos ocurrió esto...

—¿A mamá? Pero si nunca ha entendido nada del mundo mágico, siempre lo ha rechazado.

—Que no le haga gracia que seamos brujas no significa que no quiera lo mejor para nosotras. Cuando le hablé de Grawell y de la posibilidad que tenía de poder viajar aquí y librarme de la enfermedad, no dudó en ayudarme.

—¿Fue mamá quien te ayudó a pasar?

—Sí, le costó lo suyo armarse de valor para hacerlo, pero lo hizo. ¿A ti quién te ha ayudado?

—Un amigo.

—¿Un amigo «especial»?

—Tía, estoy casada y tengo dos hijas, Alana y Maya. No tengo amigos especiales, como los que insinúas con ese tonito de voz.

—¿Y por qué no te ha ayudado a cruzar tu marido?

—Eso es más complicado de explicar. Digamos que tampoco entiende mucho eso de que su mujer sea una bruja que puede viajar entre mundos. ¿Por qué nunca has vuelto, tía? No sabes lo mucho que te he echado de menos.

—Porque no me serviría de nada volver. Mi cuerpo estaba enfermo y sabes que solo podemos regresar dentro del nuestro. Si regresaba moriría igual, pero dejé las pistas necesarias para que me encontraras, en caso de ser necesario.

—¿Cómo has sabido que había cruzado?

—Pero bueno, ¿qué pregunta es esa? Era la mejor bruja de tu mundo y sigo siendo la mejor de este. Además, en las últimas décadas, son pocas las brujas que viajan aquí. Ya no son perseguidas como antaño. Que se abriera el portal cerca del lugar donde vivíamos cuando tú eras pequeña solo podía significar tu llegada. Llevo años esperando este momento.

—¡Pero sigues igual de joven y guapa que cuando...! —Triz no pudo terminar la frase.

—Es una de las ventajas del mundo de las brujas, aquí no envejecemos.

—¡Este mundo es genial! —exclamó Triz volviendo a abrazar a su tía.

—No todo es bueno. De hecho son muchos más los inconvenientes. No podemos ponernos en contacto con los seres queridos del otro lado, las peleas entre nosotras son casi continuas y la población es un noventa por ciento femenina. No hay hombres para todas y los que hay son brujos en su mayoría con tendencia a la magia negra que, la verdad, a mí no me dan ningún morbo —replicó Helen sin perder la sonrisa.

—Lo de los hombres que no valen la pena me temo que es un mal endémico en los dos mundos, tía. Alguna vez, hasta me he planteado cambiar de acera y hacerme lesbiana —repuso Triz estallando en una carcajada.

—No te creas, que yo desde que estoy aquí también me lo he planteado alguna que otra vez —contestó Helen agarrando de los hombros a su querida sobrina—. Ahora vamos a casa que me tienes que poner al día de cómo está la situación en tu mundo.

Triz se sentía tan feliz que creía viajar en una nube mientras caminaba por el bosque agarrada a la cintura de su tía.

Durante el camino, no pudo dejar de hablar. Tenía tantas cosas que contarle, tantas vivencias que compartir con ella de esos últimos casi treinta años, que mezclaba la línea temporal de los acontecimientos. Tan pronto estaba hablando del día de su boda con Óscar, como se acordaba de la primera vez que uso la magia sin su presencia para terminar hablando de la guerra mundial que casi acaba con todo el mundo. Su tía la escuchaba pacientemente sin perder la sonrisa.

—El último desastre al que casi no sobrevivimos, si no llega a ser por mis sueños, fue la tormenta solar que ha dejado sin electricidad al planeta. ¿Te puedes creer que ahora no existen los móviles y que tenemos que pagar en vatios en lugar de euros? —explicó buscando, por primera vez, la interacción de su tía en la conversación.

—¿No hay móviles? ¿Y qué haces ahora con todo el tiempo libre que eso te tiene que dejar? —preguntó Helen riendo a carcajadas, recordando lo difícil que era apartar a su sobrina de aquellos aparatos electrónicos que tanto usaban los jóvenes en aquel entonces.

—Lo llenan dos niñas inquietas a las que amo con locura y que me vuelven loca a partes iguales. Eso y mi trabajo ocupan todo mi tiempo.

—¿Has conseguido ser veterinaria como soñabas de pequeña?

—Parecido, tía, parecido. También me encargo de curar a animales, pero solo de dos patas. Soy doctora. —Las dos rieron.

Al salir del bosque y llegar a la zona habitada, Triz empezó a ver las diferencias de aquel mundo con el que ella conocía. Allí no había edificios de más de dos plantas. No había grandes concentraciones de casas, ni enormes carreteras que cortaran el paisaje como feas cicatrices. Unas cuantas viviendas solitarias salpicaban el paisaje de campos verdes, separadas por pequeños caminos.

—¿Y dices que este mundo no es genial? —preguntó sin dejar de maravillarse con el paisaje.

—Imagínate al hombre más guapo del mundo. Con un pelo frondoso y brillante, con la sonrisa llena de dientes blancos y la mirada más seductora del mundo. Imagínatelo de la altura ideal, fibroso, con unos abdominales tallados como si estuvieran esculpidos en marfil y con la voz más dulce y embaucadora que jamás has conocido.

—¡Tía! Que una no es de piedra... ¿Adónde quieres llegar? —preguntó Triz, quien su potente imaginación empezaba a acalorarla.

—Ahora, añádele un cerebro minúsculo, un carácter grosero, un comportamiento pedante y unas costumbres vulgares y sucias.

—¡Buff! Qué bajón de libido...

—Además, agrega que padece todas las enfermedades venéreas del mundo y un cáncer que le está pudriendo por dentro y entenderás porqué te digo que este mundo no es lo que parece. Su

problema no reside en su apariencia, sino en lo podrido que está por dentro.

—Entendido —aceptó Triz, a quien la imagen de su hombre ideal ya se le había difuminado—. Desde que he llegado solo te he hablado de mi mundo. Háblame tú del tuyo.

—Lo haré cuando estemos a salvo en casa...

Triz no entendía qué era lo que podía ponerlas en peligro en aquel lugar, pero el tono de voz de su tía había sonado tan preocupado que se limitó a caminar a su lado sin hacer preguntas. Se contentó con observarla y alegrarse de volver a verla después de tanto tiempo.

La casa de su tía era una pequeña construcción de color blanco, con las puertas verdes, rodeada de un jardín con flores de color azul y cercada por una valla de madera. El lugar olía a lirios y rosas y transmitía un confort y una tranquilidad que a Triz le hicieron olvidarse, por un momento, de todas sus preocupaciones.

—Cuando amanezca nos espera un día duro. Deberías descansar un poco —aconsejó Helen cuando cruzaron las puertas su hogar.

—Hace muchos años que no te veo como para perder alguna de las pocas horas que tenemos en dormir. Quiero que me cuentes todo lo de este mundo y de ti estos años.

—Muy bien. Eso haremos —aceptó Helen con una sonrisa llena de ternura que logró transmitir a Triz un abrazo—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un vaso de leche?

—Tía, eso lo tomaba por las noches cuando tenía nueve años. A estas alturas de la noche, te pediría un mojito, o dos —replicó—. Una pena que aquí no tengas ron blanco y lima.

—Soy una bruja, ¿recuerdas? Me resulta más difícil acostumbrarme a que tengas casi cuarenta años que hacer un buen mojito.

Mientras daba unos sorbos a su bebida, Triz no dejó de prestar atención a lo que le contaba su tía sobre el mundo de las brujas. Como en todos los mundos, había distintas clases sociales y distintos tipos de brujas, además de disputas y peleas entre ellas.

Helen le explicó que existían tres tipos de bruja. Las de sangre, como ellas, heredaban su condición y pertenecían a un linaje. Siempre eran las más poderosas, las que tenían la capacidad de predecir los acontecimientos futuros y las que ostentaban una mayor responsabilidad dentro de Grawell. Después estaban las de corazón. Aquellas que habían aprendido a manejar la magia por las

enseñanzas de alguna bruja de sangre y que eran capaces de manejar los hechizos y las pociones con la misma habilidad que las primeras, pero que no tenían sueños premonitorios ni llevaban a cabo algunos rituales. Era en este grupo donde abundaban los hombres. Ninguno se correspondía con un brujo de sangre, pero muchos se habían iniciado en la magia de la mano de madres o esposas, brujas de sangre, que los amaban o a las que amaban, y habían llegado a ser grandes brujos. El amor representaba una gran fuerza mágica. Por último, se encontraban las brujas por aprendizaje. Esta categoría era la más abundante. Las que más habían sido quemadas en las hogueras, las de más bajo rango que habían aprendido a hacer pociones y algún hechizo con la lectura de los libros de las sombras de brujas de sangre o de otras como ellas. En este grupo abundaban las mujeres porque eran las que más habían sido perseguidas, pero también había algún hombre. Eran capaces de realizar pequeños hechizos y pociones aprendidos que mejoraban con la práctica y con el estudio. No tenían sueños premonitorios, ni la magia del amor para potenciar sus conjuros, solo elixires con ingredientes naturales para curar algún mal o para desear algo. Eran las menos poderosas, pero las más inconformistas.

Cada grupo tenía que lidiar con sus propios problemas. Ninguna bruja era igual a otra y ninguna magia era similar. Le contó que la gente siempre habla de magia blanca o de magia negra cuando se refiere a si la bruja hacia el bien o el mal, pero nunca habla de los distintos tipos de magia gris.

—Hay tantos tonos de gris como maldad oculta el corazón de una bruja —declaró Helen.

Le explicó que cada grupo, cada nivel de jerarquía, contaba con brujas de todo tipo de grises. El equilibrio resultaba difícil de mantener.

—Vivo en un mundo en el que las brujas de sangre de magia negra no soportan a las de magia blanca porque las consideran débiles, pero a quienes no se enfrentan porque sus fuerzas son parejas y corren el riesgo de perder. Buscan la manera de atacar a las de corazón de magia blanca para hacer daño a las de sangre que aman o son amadas por esas brujas y, para ello, no dudan en relacionarse con brujos y brujas de aprendizaje para otorgarles más poder y desequilibrar la balanza a su favor.

»Como te decía antes de llegar a casa, este mundo se parece al hombre más guapo, pero le falta cerebro y está enfermo por dentro.

—¿Y qué hacen las brujas de magia blanca para evitarlo?

—Ese es el problema, cariño. La diferencia entre las brujas de magia blanca y las brujas de magia negra reside en que las primeras tienen limitaciones, principios. Las brujas de magia negra solo tienen objetivos, no les importan las formas para alcanzarlos.

»Por el momento, el equilibrio se mantiene, pero es un cáncer que amenaza a este mundo y que algún día lo hará perecer.

—Pero... ¿las brujas de este mundo pueden morir? —preguntó Triz con preocupación.

—En este mundo no envejeces y no hay enfermedades. Se creó para que las brujas nunca muriéramos... pero nadie pensó en que pudiéramos matarnos entre nosotras.

—¿Y si alguien os mata a dónde vais?

—Ya nos concedimos una oportunidad si moríamos perseguidas en tu mundo, pero, si lo hacemos en este, vamos al de los muertos, como el resto. Pero no te preocupes por eso ahora. Tenemos otros problemas más urgentes que necesitan nuestra atención. En poco tiempo amanecerá y solo tenemos unas horas antes de que se produzca el eclipse de la estrella azul. Hay que preparar todo lo necesario para ese momento y encontrar lo que dejó escondido Astrid. La primera gran bruja que viajó a Grawell. No pienses que las aguas que buscamos están cerca. Nos espera una buena caminata.

—¿Y a qué estamos esperando? —preguntó Triz, dejando su vaso de mojito vacío sobre la mesa y poniéndose en pie.

La luz del día llegó cuando terminaban de llenar unas mochilas con los materiales que iban a necesitar. Al ver el amanecer, Triz se quedó mirando por la ventana. Los tonos no eran anaranjados, sino que mostraban un color violeta que los volvía completamente distintos a lo que estaba acostumbrada a ver.

—Cuando llevas unos años aquí, como yo, te acostumbras. Cada año tenemos más de mil cuatrocientos amaneceres como ese.

—¿Cómo? ¿Mil cuatrocientos al año?

—Este mundo se creó a imagen y semejanza de donde nacimos, pero tuvo que llevarse a cabo en otro lugar. En un planeta que orbitara alrededor de otra estrella, una azul más grande que el sol que conoces y mucho más cálida. Así que nuestro planeta está mucho más lejos de la estrella que lo ilumina. Tardamos el doble de tiempo en rodearla, con lo que nuestros años son más largos.

—Pero el doble de tiempo sería alrededor de setecientos cincuenta días. ¿Por qué mil cuatrocientos amaneceres?

—Porque, además de estar más lejos, este lugar gira más rápido sobre su eje. Los días duran lo que tu medirías como doce horas. Aquí el tiempo lo medimos de otra forma.

—¿Y eso cuántas horas nos dejan hasta el eclipse?

—Seis. Tenemos que ponernos en marcha. El lago de Meath se encuentra a cuatro horas de aquí.

—¿Le ponéis a los lagos nombres de brujas famosas?

—En realidad, tiene ese nombre porque Petronilla de Meath[15] vive allí.

Triz conocía la historia de aquella mujer y la de Alice Kyteler porque su tía se las contaba por las tardes. Quería que su sobrina supiera la historia de las brujas antes de que ella misma entrara a formar parte. También le contaba cuentos de las brujas de Salem, de Elly Kedward, conocida como la bruja de Blair y de quien, años antes de que Triz naciera, se habían hecho películas que no le gustaba ver porque no se parecían en nada a los cuentos de su tía. A Triz, la que más le gustaba era la historia de Margaret Jones, una doctora ejecutada en 1648 que usaba medicinas muy adelantadas a su época y que los pacientes se negaban a tomar. Si se había decidido por ser médico era por los cuentos que su tía Helen le contaba sobre ella.

Pese al peso de las mochilas, Triz se sentía más ligera caminando por aquel mundo que cuando lo hacía en el suyo. Se dio cuenta de que era porque, en un planeta que gira más rápido, la gravedad tiene menos efecto y su peso se sentía más liviano.

—Sigo pensando que este mundo es estupendo. Me encantaría vivir aquí si pudiera —comentó, dando saltos por los caminos como cuando era una niña.

—Siempre puedes hacerlo más adelante.

—No tendrá tanta gracia. A mí me hubiera gustado venir a vivir aquí conservándome tan guapa como lo estás tú. No quiero vivir una eternidad siendo una vieja arrugada. Hubiera venido hace quince años, cuando todavía estaba joven. Mientras llegamos, cuéntame algo más sobre Astrid, esa primera gran bruja que vino a Grawell. No me hablaste de ella en los cuentos que me contabas de pequeña.

—Astrid fue el motivo por el que se creó Grawell. Las brujas de su época, la magia en realidad, no se podían permitir la pérdida de una bruja como ella. Era distinta a todo lo que se había conocido hasta entonces. Cuando los hombres la acusaron de brujería, decidió no defenderse. No quería

hacerles daño, aunque ello supusiera su muerte. El resto de las brujas unieron su poder para crear Grawell y poder salvar el alma de Astrid en un mundo sin hombres ignorantes.

—Si Astrid cruzó a este mundo, ¿podríamos ir a verla? —preguntó Triz deseosa de conocer a una bruja tan poderosa.

—Astrid ya no está en Grawell.

—¿Regresó a nuestro mundo?

—No exactamente.

—Explícate, tía, que me tienes de los nervios.

—Astrid era la bruja más poderosa que se ha llegado a conocer y, por ese motivo, la más perseguida, incluso en Grawell. Tuvo que librar una importante batalla para salvarse a sí misma y a todos los demás. Desde entonces, no hemos vuelto a saber nada de ella. Solo sabemos que dejó algo escondido en el lago de Meath, que antes se llamaba el lago de Astrid. Algo que solo es visible durante el eclipse de nuestra luna con la estrella azul. Durante años, decenas de brujas han intentado descubrir qué es lo que dejó en el lago. Petronilla de Meath se trasladó a vivir allí con la intención de localizarlo. Lleva siglos escudriñando cada eclipse sin encontrar nada.

—¿Y qué te hace pensar que yo voy a correr distinta suerte? Si una bruja como Petronilla, o tú misma, que me lo has enseñado todo, no habéis sido capaces de encontrar lo que dejó Astrid en el lago, ¿cómo demonios voy a ser capaz de hacerlo yo? ¿Por qué me dejaste ese mensaje?

—Mi niña, porque eres la única bruja que conozco que, en su décimo cumpleaños, soñó con los Dioses. Eres la única que soñó con la Diosa Luna y el Dios Astado el día que recibió sus poderes. Tú, aunque no lo creas, eres una bruja muy poderosa. Por eso creo que vas a poder encontrar lo que dejó Astrid.

—He soñado más veces con los Dioses, tía Helen, y la verdad es que los sueños cada vez son más perturbadores.

—Por eso eres la elegida para encontrar lo que dejó escondido Astrid. Vamos, ya no queda mucho tiempo para que la luna eclipse a la estrella azul.

El lago de Meath era una enorme balsa de agua en la cima de una de las montañas que bordeaban el valle en el que vivía su tía. Rodeado de vegetación, reflejaba en sus aguas los árboles, el cielo, la

estrella azul y una luna llena de color amarillento que recorría el firmamento a gran velocidad. En la orilla contraria a la que se encontraban, había una casa de dos plantas con las luces apagadas.

—¿Podremos visitar a Petronilla cuando terminemos? —preguntó Triz deseando conocer a una de las protagonistas de los cuentos de su tía.

—No es muy recomendable que nos vea. No es una bruja muy sociable. Recuerda que fue de las primeras brujas quemadas en la hoguera, cuando todavía no habíamos conjurado este mundo, y nunca nos lo ha perdonado. Solo años más tarde pudo viajar a este lugar, pero su cuerpo vino tal y como había quedado después de quemarse. No le gusta que nadie la vea. Está convencida de que lo que escondió Astrid en el lago la ayudará a regresar a tu mundo con su figura recuperada. Tiene una fijación con eso. Lo mejor es que consigamos lo que hemos venido a buscar y que, después, salgamos de aquí cuanto antes. Si descubre que lo hemos conseguido, no dudará en intentar quitárnoslo. Su magia es de las más grises de este lugar.

Sacaron de sus mochilas todo lo necesario para crear el círculo mágico. Tras culminar los preparativos, ocultas entre los árboles, tía y sobrina esperaron a que Rigel[16] y la luna se besaran en el firmamento. Cuando la luna empezó a eclipsar a la estrella azul, iniciaron el conjuro, que consistía en repetir las palabras que había dejado escritas Helen en el poema de la Rede Wicca, mientras vertían sobre las aguas del lago corteza de madera de quino molida[17].

Cuando el eclipse de la estrella fue total y sumió el lugar en la oscuridad, las aguas empezaron a brillar y se levantó un fuerte viento que aullaba entre las ramas de los árboles. La luz, que en un principio se extendió por toda la zona en la que habían esparcido la corteza de árbol, empezó a concentrarse en un solo punto, ante la mirada atenta de tía y sobrina.

En aquella ubicación, el agua empezó a bullir como si alguien hubiera encendido un fuego bajo el lago y burbujas de color azul subieron hasta la superficie como si fueran luciérnagas submarinas.

—¡Creo que esa es la verdad que tenía que ser descubierta! —gritó Helen intentando hacerse oír sobre el sonido del viento.

—¿Así de fácil? —preguntó Triz sorprendida de que la verdad se mostrara ante ellas, cuando llevaba siglos sin ser revelada.

—No tiene nada de fácil encontrar una bruja como tú, mi niña. ¡Tienes que darte prisa!

El viento seguía aumentando en intensidad. Las ramas de los árboles bramaban golpeando unas

contra otras. El agua del lago empezaba a bullir como la de un caldero en llamas y en la casa de Petronilla se había encendido una de las luces.

—¿Y tengo que arrojarme al lago para recogerla? —preguntó Triz, al ver que la luz seguía brillando en el fondo del lago. Un lago que parecía de agua hirviendo—. ¡Me voy a quemar entera!

—¡Eso me temo! Ya lo has hecho para entrar en Grawell. ¡No te preocupes!

Triz suspiró resignada. Se quitó el jersey y los pantalones y, sin atreverse a quitarse la blusa, se arrojó al agua.

Aunque el lago parecía bullir, al contacto con la piel no llegaba a quemarla. Suspiró aliviada y se sumergió hasta llegar al lugar donde la luz brillaba con intensidad. A su alrededor, el líquido se evaporaba y burbujas de vapor subían hasta la superficie. No se atrevía a cogerlo por miedo a que ardiera y quemarse. Sin saber qué hacer, regresó a la superficie a tomar aire.

—¡Es una ostra! —exclamó Triz a su tía al salir del agua—. ¿Qué verdad puede ocultar una ostra? —preguntó incrédula.

—No lo sabremos si no la sacas del agua —replicó Helen—. ¡Y date prisa! ¡Pretonilla está en la puerta de su casa!

—¡Es que me da miedo que queme! —protestó Triz apartándose el pelo mojado de la cara.

—Te has dejado quemar en una hoguera para llegar aquí y te has tirado a un lago que parecía hervir. ¿Te vas a preocupar ahora de quemarte un poco la mano?

Triz volvió a sumergirse mientras se debatía en sus propios pensamientos. Estaba convencida de hacer cualquier cosa por acabar con los acontecimientos que le anunciaban sus pesadillas, no le importaba quemarse la mano por ello, pero no entendía en qué podría ayudarle una ostra que brillaba bajo el agua en su propósito. Esperaba algo más de aquel viaje. Algo que le hiciera pensar que merecía la pena haberse dejado quemar viva en una hoguera y el dolor sufrido. Algo que le hiciera sentir que estaba más cerca de su objetivo. Una espada mágica, un conjuro poderoso, algo con lo que enfrentarse a los espíritus no deseados. No un nuevo misterio, una nueva pista o un nuevo problema que resolver.

Maldiciendo en su interior, agarró la ostra con su mano. Al hacerlo sintió una descarga eléctrica cruzando todo su cuerpo y perdió el conocimiento.

Al recuperarlo se vio arrastrada hacia las profundidades. Una mujer rubia tenía aferrada su mano y la hacía sumergirse. Sintiendo que le faltaba el aire en los pulmones intentó zafarse y volver a la superficie, pero la agarraba con tanta fuerza que no pudo.

La mujer dejó de nadar y se giró a mirarla. Sus profundos ojos verdes le insuflaron tranquilidad. Se puso a su lado y le sonrió. Después le dio un beso en los labios dejándola desconcertada.

«Lo siento. Con las prisas se me había olvidado el conjuro para que pudieras respirar bajo el agua». El pensamiento de la mujer llegó nítido a su cerebro.

El beso le había pillado tan por sorpresa que ni se había dado cuenta que tras él ya no tenía la sensación de estar ahogándose. Podía respirar con tranquilidad.

«¿Astrid?», preguntó comunicándose como ella había hecho, sin abrir la boca. La mujer asintió.

Se dejó llevar hasta que, de súbito, ella detuvo su camino. A su alrededor solo había el silencio y la negrura de las profundidades. Astrid se llevó un dedo a la boca como señal de que mantuviera el silencio. A Triz le pareció ver la misma sombra que había visto escabullirse entre las vallas de su jardín. Unos segundos más tarde, Astrid continuó nadando.

«Casi nos pillan. ¡Corre!», escuchó Triz en sus pensamientos cuando Astrid volvió a mirarla sonriendo. Intentó nadar lo más rápido que pudo.

Una luz se vislumbraba al final del camino. Astrid nadó hacia ella. Cuando salieron del agua estaban en las profundidades de una cueva.

«Las cosas se están complicando en tu mundo. El primer espíritu ya ha sido enviado. Ten cuidado, te está vigilando. Yo puedo ayudarte a derrotarlo. Te espero aquí, al otro lado del agua. No tardes.», comentó Astrid subiéndose en una de las rocas.

Entonces se despertó.

Seguía bajo el agua del lago, con la ostra aferrada en una de sus manos, y volvía a sentir que se ahogaba.

—¡La tengo! Deberíamos abrirla —anunció Triz saliendo del agua nerviosa y tosiendo.

—¡No tenemos tiempo! —replicó su tía señalando la casa de la bruja Petronilla—. Deberías regresar a tu casa. Ya abrirás allí la ostra y descubrirás su mensaje. Ya me encargo yo de la señora de

Meath.

—¿Volveremos a vernos, tía Helen? —preguntó Triz, mientras se quitaba la ropa mojada y se vestía con la que había dejado en la orilla, triste por tenerse que marchar y por no disponer de más tiempo para estar con ella. Despedirse le resultaba muy doloroso. Ya se lo había resultado siendo niña y la pena no se mitigaba con los años.

—Yo no puedo regresar, pero tú puedes volver cuando quieras. No es fácil cruzar, pero estaré aquí siempre que me necesites, cariño.

—Tengo tantas cosas que contarte todavía... —declaró Triz dándole a su tía un último abrazo.

—La más importante de todas ya la sé... Yo también te quiero mucho, mi niña. Ahora vete. ¡Corre!

Petronilla de Meath apareció entre los árboles.

—¡Eso es mío! —gritó con una voz que parecía salir de las profundidades del infierno.

Solo cruzar su mirada con los ojos inyectados en rabia de Petronilla, fue suficiente para que Triz se asustara y diera un paso atrás. La piel de la bruja estaba carbonizada y daba miedo solo verla, pero, cuando de sus manos quemadas empezaron a brotar llamas, Triz, como una niña pequeña, corrió a protegerse detrás de su tía.

—Llevo siglos esperando a que el lago revele su secreto. ¡Dame lo que has encontrado! —bramó de nuevo la bruja apuntando hacia ellas con sus manos ardiendo.

—Si hubiera estado destinado a que tú lo encontraras, el lago te lo habría entregado hace años, Petronilla —replicó Helen alzando los brazos—. Es mi sobrina quien está predestinada a descubrir la magia de Astrid, no tú.

—¡Me importa muy poco tu sobrina! ¡Quiero esa magia! —vociferó Petronilla y lanzó las llamas hacia las dos.

Con un ligero movimiento de sus manos Helen elevó un manto de agua del lago que las cubrió como si de una bóveda se tratara. Las llamas no pudieron atravesar el líquido y se apagaron emitiendo el mismo ruido que una olla a vapor.

—¡Maldita seas, Helen! Llevo siglos queriendo regresar a la Tierra para vengarme de los humanos

que me quemaron viva. ¡Siglos! No voy a permitir que te salgas con la tuya. ¡Es mi única manera de regresar! —Petronilla cada vez se mostraba más furiosa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó nerviosa Triz agarrada a la cintura de su tía, deseando que el agua sobre sus cabezas fuera protección suficiente para el siguiente ataque.

—Vas a tener que ayudarme, cariño.

—¿Yo? Pero si yo nunca he usado la magia para una batalla. No he pasado nunca de realizar pócimas y algún hechizo —replicó Triz cada vez más inquieta.

—Solo tienes que concentrarte. Necesito que te traslades fuera del círculo sin abrirlo. Con ello romperás una de las leyes de la magia Wicca y serás expulsada de Grawell. Tienes que separarte de mí y hacer que tenga que dividir sus fuerzas.

Un nuevo ataque de Petronilla consiguió que el agua hirviera sobre sus cabezas. El vapor empezó a llenar la burbuja que las protegía.

—¿Y qué vas a hacer tú después? —preguntó Triz preocupada por el destino de su tía.

—En cuanto tú te vayas, se dará por vencida. Solo quiere la ostra de Astrid. Y contigo fuera de este mundo ya no podrá hacer nada para conseguirla. Pero, ¡tienes que irte ya!

Triz abrazó a su tía por la espalda. No quería tener que despedirse, y menos en aquellas circunstancias. Había viajado a Grawell sin saber que la iba a encontrar allí y ahora no quería tener que volver a separarse de ella.

Sin poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas intentó cumplir con lo que su tía le había pedido: trasladarse fuera del círculo mágico. Concentró todos sus pensamientos en salir de allí, pero la niebla que llenaba la burbuja le ponía nerviosa y no le permitía liberar sus pensamientos.

—¡No voy a poder! —exclamó al sentir que el vapor de agua empezaba a hervirle la piel.

—¡Tienes que hacerlo! —gritó su tía moviendo de nuevo las manos y haciendo que otra ola de agua del lago volviera a sustituir a la que se estaba evaporando—. ¡Y rápido!

Triz intentó serenarse, centrar sus pensamientos y salir del círculo. Dejar atrás todas las emociones y miedos y pensar únicamente en dar un paso fuera.

En ese momento unas palabras vinieron a su mente.

«Ayudme sali crulo. Ayudme ioes. Ayudmesalicruloayudmeioses.»

Para su sorpresa, sintió como empezaba a separarse del suelo. Parte del agua que había levantado del lago su tía se elevó con ella protegiéndola en una burbuja. Petronilla aulló de rabia y dirigió su ataque hacia ella.

Al hacerlo, Helen pudo dejar de protegerse y lanzar un ataque. El agua del lago se alzó como un tsunami y golpeó a Petronilla que cayó de espaldas.

—¡Ahora, Triz! ¡Sal del círculo!

Con lágrimas en los ojos Triz llegó al linde marcado.

—¡Cuídate, tía! Espero volver a verte… —se despidió intentando sonreír antes de poner un pie al otro lado.

—¡No me has dicho cómo se llama ese «amigo» que te ha ayudado a cruzar! —exclamó su tía mientras lanzaba un nuevo ataque sobre Petronilla antes de que esta consiguiera ponerse en pie.

—¡Gare! ¡Se llama Gare! —respondió Triz.

La cara de Helen mutó el gesto al escuchar el nombre, justo cuando Triz ya colocaba ambos pies fuera del círculo y solo le daba tiempo a oír sus últimas palabras.

—¡Ten mucho cuidado con él!

Imagen de la estrella azul Rigel junto a la nebulosa Cabeza de Bruja.

25

Regreso del mundo de las brujas. Noviembre 2048.

Triz despertó con un tremendo dolor de cabeza y desorientada. Estaba tumbada en el suelo, detrás de un saliente de piedra, dentro de lo que parecía ser una cueva tan húmeda que le dolía la rodilla como solía ocurrir cuando estaba a punto de llover. La luz del día se colaba por entre las rocas de la entrada. Miró a su alrededor y se sorprendió al ver que estaba sola.

Tenía en la mano la ostra, que había dejado de brillar en cuanto la sacó del agua, el pelo mojado y se sentía incómoda por haberse tenido que quitar la ropa interior para ponerse los pantalones y el jersey secos. Una parte de ella se entristeció al no ver a Gare a su lado mientras que por otro lado resonaban las palabras de su tía antes de marcharse. Quizás tuviera razón y Gare no fuera de fiar, no en vano había prometido custodiar su cuerpo hasta que ella regresara y, sin embargo, la había dejado sola en aquella cueva. ¿O se tendría que haber dejado detener por la N.P.V.N para protegerla?

Se puso en pie, se sacudió la ropa de la tierra y se aventuró a asomarse a la entrada. Cuando Gare la quemó en la hoguera acababa de hacerse de noche y ahora el sol estaba en lo más alto del cielo. Habían transcurrido las mismas horas en los dos mundos. Segura de que durante el día nadie iba a retenerla por caminar por la montaña, pensó en regresar a la ciudad. Allí cogería el autobús a casa. No quería tener que explicar a su marido dos noches seguidas fuera. Se preocuparía por Gare y le pediría explicaciones de por qué la había dejado sola en la cueva, en Aisling.

No había alcanzado la cima para iniciar el regreso, cuando alguien la llamó a su espalda.

—¡Triz! ¡Triz! —Quien gritaba era Gare que llegaba corriendo desde el otro lado de la colina—. Cómo me alegro de que hayas vuelto y estés bien —declaró cuando estuvo a su lado y la abrazó con fuerza contra su pecho.

—¿Se puede saber por qué me has dejado sola en la cueva? ¿Y si me hubiera pasado algo? —preguntó Triz al ver que no le habían detenido, sin corresponder al abrazo. Nuevamente esa

sensación extraña en su cuerpo cada vez que él la abrazaba le recorría la piel.

—Tuve que hacerlo. Me he pasado la noche y gran parte de la mañana evitando que te encuentren y que me localicen.

—¿Me has abrazado con esas manos? —inquirió ella al ver que llevaba las manos cubiertas de barro.

—Sí, lo siento, me he alegrado tanto de verte que me he olvidado de que las tenía sucias. Te he manchado el jersey sin darme cuenta. Puedes quitártelo si quieres y ya te presto yo el mío.

—¡No, deja! Ya da igual... —respondió Triz, recordando que bajo el jersey no llevaba ni el sujetador ni la blusa, que se habían mojado, y quedado, en el mundo de las brujas—. ¿Por qué llevas las manos tan sucias?

—Te dije que olvidamos comprar unos guantes. Tuve que sacarte de las llamas con prisas y me quemé las manos. He hecho una especie de arcilla con lo que he encontrado y me he cubierto las heridas para que no me salgan ampollas, pero no he hallado agua para lavarme.

—¿Y con qué hiciste la arcilla, si no has encontrado agua?

—Han sido muchas horas por aquí, mejor no preguntes...

—¡Joder, qué asco! ¿Y me has manchado con eso el jersey? —se quejó Triz, intentando mirarse la espalda.

—Ya te he dicho que te lo quites y que te presto yo el mío.

—¡Y yo ya te he dicho que ni loca!

—¿Quieres dejar de gritarme y darme, al menos, las gracias? —preguntó Gare, sin llegar a entender el carácter de su amiga.

—¿Las gracias por qué? ¿Por mancharme el jersey? ¿Por dejarme sola en la cueva? ¿Por qué quieres que te dé las gracias, exactamente? —contraatacó Triz algo enojada.

—Quizás por haberte prendido fuego porque tú me lo pediste, por haberte sacado de él quemándome las manos, por haber cargado contigo hasta la cueva para evitar que te encontrara la N.P.V.N, por haberme ido corriendo al otro lado de la montaña a esperar a que la policía llegara y

haber hecho otro fuego para desviar su atención hacia otro lugar; puede que por haberme pasado la noche y parte de la mañana sin dormir jugando al escondite con la policía para que no encontraran tu cuerpo hasta que se han marchado, o solo por haber estado vigilando la entrada de la cueva para que nadie se acercara hasta que te he visto salir.

Triz se quedó en silencio. Tenía razón, tenía muchos motivos por los que darle las gracias, pero se sentía incómoda por la ropa, triste por haber tenido que despedirse con prisas de su tía Helen y sin saber si habría conseguido detener a Petronilla de Meath, enojada por no haber encontrado las respuestas que buscaba en el mundo de las brujas y preocupada por las palabras que su tía le había gritado sobre él.

—Lo siento, gracias... —musitó al final—. No me hagas caso, es que mi viaje a Grawell no ha sido como esperaba y ha estado lleno de emociones.

Mientras regresaban a la ciudad le contó todo lo que había vivido allí. Cómo había aparecido atada al mismo árbol, su reencuentro inesperado con su tía, la historia de Astrid, el viaje hasta el lago de Meath y cómo había aparecido aquella ostra en el lago. No dijo nada del enfrentamiento con Petronilla ni del último comentario de su tía.

—Por eso tienes el pelo mojado...

—Sí, y por eso estoy enfadada, porque la verdad que se escondía tras el beso de la estrella azul y la luna no era otra cosa que una ostra en un lago que no sé qué significa, ni qué demonios voy a hacer con ella. Y ahora, espíritus no deseados llegarán, según Astrid el primero ya ha llegado, y yo no sé cómo enfrentarme a ellos.

—En este caso, no se puede decir que te vayan a pillar en bragas, porque te las has dejado en el mundo de las brujas —comentó Gare sonriendo.

—¡Vete a la mierda! —replicó Triz sin poder evitar reír con la ocurrencia—. Tú y tu costumbre de distender las conversaciones.

—Cuando lleguemos a casa abriremos la ostra, veremos qué sorpresas nos oculta y pensaremos qué pasos tenemos que seguir. Todavía hay muchas cosas que me tienes que contar y no quiero que lo hagas estando enfadada. Tienes una sonrisa muy bonita.

—Otra vez *roneándome*... No te cansas, ¿eh?

—Ya perdí muchos años por no hacerlo. Quiero aprovechar cada momento. Nunca se sabe

cuándo voy a tener que volver a quemarte o vamos a dejar de vernos.

En casa de Gare las cosas no fueron como ambos esperaban. Triz pudo ponerse algo debajo del jersey, que sería de la anterior inquilina, pero no fueron capaces de abrir la ostra.

Probaron con cuchillos, pero todos acababan rompiéndose antes de que la concha se separara, por lo que decidieron parar cuando Gare vio que se estaban quedando sin ajuar. Golpearla con objetos pesados o arrojarla contra las paredes tampoco sirvió de nada.

—Es una ostra mágica, no vamos a poder abrirla de este modo.

—¿Y conoces algún hechizo para abrir ostras? —preguntó Gare, a quien le dolían las manos por las quemaduras y tampoco le hacía gracia seguir dando golpes.

—Conozco hechizos para abrir portales, para abrir comunicaciones interdimensionales, pero ninguno para abrir ostras.

—Pues estamos jodidos. ¿Qué vamos a hacer?

—Deberías hacer lo que te mandé el primer día, buscar un trabajo. Yo tengo que regresar a mi casa antes de que mi marido acuda a la policía y denuncie mi desaparición. Como le dé por presentarse en el hospital voy a tener un problema y muchas explicaciones que dar. Además, estoy deseando abrazar a mis pequeñas. Ayer no pasé la noche con ellas y no sé qué tal habrán dormido. Como Alana haya tenido otra pesadilla o haya visto al hombre malo en su ventana y no haya estado a su lado, no me lo voy a perdonar.

—¿Nos volveremos a ver pronto? —preguntó Gare deseoso de seguir teniendo a Triz cerca.

—No lo creo. Es complicado. Ya me he ausentado dos noches de casa en poco tiempo y no va a ser fácil tener que explicar una nueva ausencia. Me quedo sin coartadas. Es mejor que hablemos por las noches en Aisling.

—¿Podremos imaginar lugares además de conversaciones? Te voy a echar de menos.

—Ya veremos... Y ya sé que me vas a echar de menos.

—¡Serás creída! —replicó Gare y abrió la boca incrédulo por la respuesta que le acababa de dar —. ¿Tú me vas a echar de menos?

Triz se limitó a sonreír antes de despedirse y salir por la puerta. En realidad, tenía tal lío de sentimientos en su cabeza que no habría sabido qué respuesta darle. Y tampoco quería pensar demasiado, bastante tenía con volver a casa y dar explicaciones. A eso dedicó todo su viaje de vuelta.

Entrada la tarde, abrió la puerta de casa esperando no tener que afrontar un tercer grado antes de poder hacer la cena y acostarse. La noche anterior, en Grawell, no había pegado ojo en toda la corta noche y estaba agotada de viajes y emociones. Sus hijas la recibieron con la misma alegría de siempre y con esas ansias incontenibles que solían tener por querer contárselo todo, sin darle tiempo siquiera a cambiarse de ropa. Su marido, sin embargo, se limitó a darle un beso sin excesivo entusiasmo y a esperar su turno mientras la miraba con gesto disconforme.

Cuando las niñas se tranquilizaron y volvieron a sus tareas, y se quedaron a solas en la cocina, Óscar tomó la palabra con un tono de voz que no enmascaraba su malestar.

—¿Qué tal ha ido todo en el hospital?

—¿En el hospital? —preguntó en un primer momento Triz hasta caer en la cuenta de la coartada que había usado para ausentarse—. ¡Ah, sí! Bien, gracias. Mucho trabajo.

—¿Cuál era la emergencia que te ha retenido allí toda la noche y casi todo el día? ¿Tan grave era?

—La emergencia... —Triz se dio cuenta de que empezaba todas sus respuestas repitiendo parte de la pregunta y que Óscar se daría cuenta de que intentaba ganar tiempo para responder—. Un contagio por radiación en una empresa química encargada de fabricar las baterías donde se conserva la electricidad. Ya sabes que las eléctricas usan malos materiales para aumentar aún más su beneficio y eso conlleva accidentes graves —argumentó Triz mientras se quitaba el jersey manchado y lo metía en el cesto de la ropa sucia.

—¿Y de quién es esa blusa? No me suena de haberla visto —replicó Óscar, al ver la ropa que Triz había cogido de casa de Gare.

—Me la ha tenido que prestar una compañera. La mía se vio contaminada por un fallo en el traje y he tenido que incinerarla —respondió Triz más rápida de reflejos esta vez, pero sintiéndose mal por tener que volver a mentir. Se estaba acostumbrado a hacerlo y cada vez tenía más soltura.

—¿La misma compañera que te dejó dormir en su casa en el cursillo?

—Obvio que no, esa compañera es de otro hospital y no trabaja conmigo, pero gracias por preocuparte por eso y no por saber si estoy bien o me ha afectado en algo la contaminación.

—Eso es evidente.

—¿El qué? ¿Que estoy bien o que te preocupas?

—Que me preocupo.

—Deberías demostrarlo más, alegrarte de que esté en casa y no recibirme siempre con preguntas y con cara de enfado como si fuera todo culpa mía.

Eran varios los motivos por los que se sentía mal. Se sentía mal por mentir, pero también por tener que hacerlo porque su marido nunca se había molestado en intentar comprender sus motivos. Si hubiera sido capaz de sentarse a hablar con ella y apoyarla en sus decisiones, no se hubiera visto obligada a mentirle. Si Óscar le hiciera sentirse querida, respetada; si en lugar de encontrar en él a un interrogador encontrara un bastón en el que apoyarse, se sentiría mucho mejor y no tendría que mentir.

Su malestar lo provocaba encontrar menos apoyo en casa que fuera por una persona que, aunque había sido un buen amigo de la infancia, hacía años que no veía y, sin embargo, no había dudado en apoyarla, aunque las historias que le había contado habrían sido difíciles de creer hasta para ella misma en otras circunstancias. También se sentía mal por no terminar de confiar en Gare, a pesar de que desde que lo encontró en la dimensión virtual no le había dado motivos para tal cosa.

Gare se estaba portando muy bien con ella, pero había comportamientos de su pasado que le hacían dudar y, además, estaban las palabras de su tía, que aumentaban esa desconfianza, aparte de esa manía de Gare de decirle cosas bonitas y de coquetear con ella, aun sabiendo que era una mujer casada. Le hacía sentirse halagada e incómoda a partes iguales. Él afirmaba que era para distender las conversaciones, pero ella sabía que, en el fondo, él pensaba y sentía cada una de las palabras que pronunciaba y que las disfrazaba de conversación banal para no sentirse mal al ser rechazado. Pero lo que más la estaba volviendo loca era que, por momentos, a ella le gustaba tanto que le dijera aquellas cosas que tenía que esforzarse en recordar que estaba casada para no dejarse embaucar y fantasear con que Gare se dejara de palabras bonitas y se decidiera a dar el paso de besarla. Cuando se lo había propuesto, atada en la hoguera, su negativa había sido más intensa que sus verdaderos deseos. Y tener esos pensamientos, también le causaban malestar.

En ese momento, se dio cuenta de que no le había pedido a Gare que le devolviera el colgante. Con el disgusto de regresar de Grawell sin las respuestas que buscaba e incómoda por las palabras de su tía, se había olvidado. En caso de necesitarlo de nuevo, iba a tener que volver a verle.

Tras la cena, y después de asegurarse de que sus hijas se dormían, se fue a la cama con la intención de comunicarse con él para decirle que había llegado bien a casa e intentar descansar, porque le dolía la cabeza casi hasta el desmayo y por delante le quedaba resolver el resultado apocalíptico que se avecinaba y el enigma de la ostra que todavía no sabía cómo abrir.

—¿Hola? —preguntó en cuanto se quedó dormida.

—Hola, guapa —respondió Gare al instante—. ¿Todo bien en casa?

—Todo como siempre, pero no tengo ganas de hablar de ello. Solo quería que supieras que he llegado bien y desconectar. Ojalá pudiera dormir un día entero, pero no creo que mis hijas me dejen.

—¿Ya sabes qué hacer con la ostra?

—No, ni idea. Necesito tener la mente despejada para pensar en ello, y ahora me duele demasiado como para que me funcione.

—Muy bien. Te dejo descansar, y a ver si mañana estás mejor para hablar un rato más largo.

—No creo que pueda...

—¿Y eso? —preguntó Gare, que notó en el tono de voz cierto distanciamiento.

—Necesito desconectar un tiempo. Necesito resolver mis problemas y, para ello, necesito descansar. Necesito aprovechar todos los momentos de sueño para dormir. Abrir estas conversaciones en Aisling me consume muchas energías.

—Espero equivocarme, pero desde tu vuelta del mundo de las brujas te noto más distante —declaró Gare notando que algo le pasaba a Triz—. ¿Triz?

Pero ella había cerrado la conversación. Intentó seguir dormido por si regresaba, pero terminó por desvelarse. Algo iba mal con Triz.

26

La respuesta más sencilla. Noviembre de 2048.

Se despertó con el mismo dolor de cabeza con el que se había acostado. No había dormido ni seis horas y necesitaba muchas más de descanso para recuperarse, pero sus hijas ya se habían levantado y sus responsabilidades no se lo iban a permitir.

Durante la noche no había tenido sueños premonitorios. Esperaba que sus visiones le ayudaran a resolver el problema para abrir la ostra y poder descubrir su mensaje, pero solo había soñado con recuerdos del pasado.

Recuerdos de su adolescencia provocados por los pensamientos con los que se había metido en la cama. Un sueño en el que había vuelto a verse con diecisiete años, incomprendida, sin nadie a quien poder confiar sus sueños premonitorios y sus preocupaciones.

Se había acostado pensando en si podía confiar plenamente en Gare, tras escuchar las palabras de su tía, y había soñado con la primera vez que él le falló, con el día en que decidió contarle su secreto y en el que él la dejó plantada en medio de la calle de manera incomprensible.

Aquel día, tras su decimoséptimo cumpleaños, se sentía triste. Tras la muerte de su tía sus cumpleaños ya no eran lo mismo, ya no tenía con quién hablar de sueños, de magia o de pociones, y había decidido que Gare fuera su nuevo confidente. Para algo era uno de sus mejores amigos y, tras los nueve meses que había pasado en el extranjero y las conversaciones que tuvieron en ese tiempo, creía que era en él en quien más podía confiar. Pero no fue así.

Cuando ella quiso hablar con él, se limitó a negarse a salir, desde la puerta de la cibersala, por mucho que ella le insistió con que era importante, que necesitaba hablar con él a solas.

Aún pasados los años no entendía el comportamiento de Gare aquel día y, desde aquel momento, nunca volvió a confiar en él de la misma manera. Soñar con aquello solo podía ser una

señal de que su tía tenía razón, que tenía que tener cuidado.

Al menos era sábado y ese día libraba en el trabajo. Podría salir con su familia a dar un paseo y a despejarse, descansar en casa e, incluso, si sus hijas se portaban bien, podría echarse una siesta que le ayudara a mejorar su dolor de cabeza y su ánimo. Se había levantado con un humor de perros por culpa de sus preocupaciones y recuerdos.

Maya molestaba a Alana en el salón. Con el día libre en el colegio, las niñas estaban hiperactivas y no dejaban de darse voces, pelearse o corretear por los pasillos. Tuvo que poner orden con la primera reprimenda del día y eso no le ayudó a aliviar su malestar.

—¿Vamos un rato a la calle? —preguntó a su marido, más como una súplica que como una sugerencia.

Óscar se encogió de hombros. Siempre le hacía lo mismo a la hora de tomar decisiones. En los primeros años de relación, le resultaba encantador que siempre le respondiera con un «lo que a ti te apetezca, cariño», pero, con el paso de los años, empezó a resultarle desesperante. Cuando dejó de usar aquellas palabras y se limitó a mostrar su conformidad con un gesto de hombros, ya le sacaba de quicio.

—Niñas, iros a vestir. En diez minutos nos vamos todos a tomar el aire al parque —anunció tomando ella la decisión como hacía todas las veces.

Óscar no dijo nada. Se limitó a terminar su desayuno y a estar listo en la puerta, pasados los diez minutos.

Antes de salir, cogió la protección solar que tenía en la puerta de la entrada para no olvidarse nunca de ella y se la aplicó a sus hijas y a ella misma hasta no dejar ningún trozo de piel expuesto a los rayos del sol.

El cielo no presentaba nubes y lucía un tono rojizo característico de los días soleados desde la tormenta solar. El aire olía a hierro oxidado y no pudo evitar echar de menos el olor que había en el mundo de las brujas y que le recordaba a sus paseos por el monte en la infancia. Tentada estuvo de volver a pedir que la quemaran y regresar a Grawell, pero declinó la idea al pensar que, para poder llevarse a sus dos hijas, tendría que obligarlas a pasar por la agonía causada por las llamas.

Cuando llegaron al parque, se sentaron en uno de los bancos mientras las pequeñas se fueron a jugar. Tuvieron que pasar cinco minutos hasta que uno de los dos se decidió a hablar.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar mirando hacia donde jugaban sus hijas.

—Me duele mucho la cabeza.

—Eso es por las preocupaciones que te hacen pasar noches fuera de casa.

—En serio, Óscar, no tengo ganas de discutir. Si vamos a volver a hablar de lo mismo, prefiero estar en silencio —replicó frotándose las sienes con las manos.

—No es mi intención discutir ni hacer que te duela más la cabeza. Solo quiero que sepas que estoy preocupado por ti —declaró Óscar girando el cuello para mirar a su mujer—. Te noto tensa, cansada. No me gusta que trabajes tanto y me preocupa que acabes cayendo enferma si no te tomas un respiro. Eso es todo.

—Gracias, pero estoy bien.

—No. No lo estás y lo sabes. Sé que hay algo que te tiene preocupada. Algo que no me quieres contar. Algo que te hace estar irascible y saltar a la mínima.

—¿Irascible? ¿Yo? Si eres tú quien no deja de agobiarme con preguntas absurdas —contestó Triz lanzando una mirada punzante.

—¿Lo ves? Otra vez enfadada y a la defensiva. ¿Qué he hecho ahora para enfadarte?

Triz agachó la cabeza. Óscar tenía razón. No había hecho nada para provocar que estuviera enfadada. Solo se había preocupado por saber si estaba bien y sabía que ella no quería contarle algo. También tenía razón en que estaba irascible y que necesitaba relajarse porque, si no, los nervios iban a terminar por estallarle y acabaría cayendo enferma como le decía.

—Son los sueños... No puedo quitármelos de la cabeza —murmuró, sin sacar la cara de entre sus manos.

—¿Sigues con tus pesadillas? —preguntó Óscar, a la vez que le colocaba una mano sobre los hombros.

—Ese es el problema, que siempre son pesadillas. Siempre. Nunca me anuncian nada bueno, nunca me avanzan un futuro mejor. Siempre son terroríficos… siempre.

—¿Y qué te dijo el especialista?

—Ni siquiera debería haber ido. No lo entiende. Piensa que estoy loca o que me estoy volviendo loca que, para el caso, es lo mismo. Solo fui para que te quedaras tranquilo, pero no me ayudó en nada. Me hacía hablar de mi pasado, de mis preocupaciones y no comprendía que mi problema es lo que veo en mis sueños. Me encantaría soñar con verdes campos a la orilla del mar, mientras nuestras hijas corren felices persiguiendo mariposas. Pero este mundo ya no es así y mis sueños advierten que va a ser peor.

—Él es el experto. Deberías hacer caso a sus consejos.

—¿Experto? ¿En qué? ¿Cómo va a ser experto en algo que no entiende? ¿Cómo va a aconsejarme sobre cosas que escapan a su capacidad?

—Es experto en comprender los problemas de la mente humana.

—¡Yo no tengo problemas en mi mente, Óscar! Eso es lo que no entiendes y lo que me hace estar siempre enfadada contigo. Llevamos juntos dieciocho años y aún eres incapaz de aceptar que soy una bruja, que veo el futuro en mis sueños y, lo que es peor, tampoco aceptas que tu hija mayor también lo es y también tiene esas visiones.

—Yo me enamoré de una mujer dulce y cariñosa que estudiaba para ser doctora...

—Ya era bruja cuando nos conocimos. Tengo mis sueños desde los diez años, a la misma edad que empezó a tenerlos Alana...

—Pero eso no me lo dijiste hasta años más tarde —replicó Óscar, que había quitado la mano del hombro de su mujer y tenía las dos sobre sus propias rodillas.

—Porque me gustabas mucho, te quería mucho y no quería que pensaras mal de mí. Pero te avisé de mis sueños durante la guerra y puse a salvo a toda la familia antes de la tormenta solar. Eso debería de haber sido suficiente para que confiaras en mí y sin embargo...

—Confío en ti, Triz, pero hay cosas que me dices que no puedo comprender y que creo que son fruto del estrés. La Tercera Guerra Mundial todo el mundo la veía venir, la situación política del mundo era insostenible. Por su parte la amenaza de tormenta solar siempre ha estado sobre nosotros, era una posibilidad cada vez más peligrosa con el deterioro de la capa de ozono y los animales fueron los primeros en avisarnos. Pero ¿seres malignos?, ¿demonios? ¿En serio? ¿Cómo puedes pretender que me crea esas cosas?

—Porque es tu mujer quien te las dice, solo por eso.

—Lo siento, pero no puedo.

El silencio, como un buitre que vigila la cercana muerte de su presa, volvió a sobrevolar sus cabezas. Ninguno de los dos tenía nada más que añadir y ambos se quedaron mirando a sus hijas, con los pensamientos en otra parte.

Triz intentó olvidarse de sus problemas personales y pensar en solucionar los que tenía para poder abrir la ostra y entender su contenido.

Esta era mágica y había comprobado que no se podía forzar con cuchillos ni a golpes. Tenía que haber una manera mágica de abrirla, un conjuro, un hechizo. La fuerza bruta no servía.

Estaba pensando en que tendría que leer varios libros de hechicería para dar con el conjuro cuando su hija Maya se acercó al banco.

—Mami, ¿me ayudas a atarme los cordones? Sola todavía no puedo.

—Claro, ¿cómo te has manchado así los pantalones? —preguntó al ver que su hija tenía una mancha de grasa a la altura de las rodillas.

—Ha sido jugando con Lidia...

En un primer momento no llegó a escuchar bien a su hija, pensando en lo que le iba a costar deshacerse de esa mancha sin usar la lavadora, que la dejaba para ocasiones muy puntuales para intentar ahorrar la máxima cantidad de vatios posibles hasta que Óscar tuviera un trabajo fijo. Después reaccionó, al darse cuenta de que el nombre que le había dicho su hija pequeña no le sonaba de nada.

—¿Quién es Lidia?

—Aquella niña rubia de allí —respondió su hija señalando con el dedo con toda la naturalidad del mundo.

—¿Es amiga tuya del colegio? —interrogó mirando alrededor de la niña, por si estaba su madre cerca y podía reconocerla.

—¡No! —exclamó Maya—. Nos acabamos de conocer en el parque y estamos jugando juntas. Alana es muy mayor para jugar conmigo y me aburría...

En cuanto le ató la zapatilla, Maya salió al encuentro de su nueva amiga y volvieron a jugar juntas y a reír. Triz sonrió. Le encantaba la naturalidad e inocencia con la que se comportaba su hija pequeña. Le gustaría ser tan sociable como ella, pero la vida le había enseñado que la gente no es de fiar. Le costaba conocer, entablar una conversación con gente fuera de su círculo; le resultaba difícil confiar en ella y, en cambio, su hija hacía nuevas amigas cada vez que salía de casa. Ella no había sido tan sociable ni de pequeña, aunque envidiaba esa capacidad de confiar en los desconocidos, de abrirse a los demás.

Una luz se le encendió en su embotada mente, como si un rayo de sol consiguiera abrirse paso entre las nubes negras de sus pensamientos. ¿Sería tan fácil?

—¿Qué hora es? —preguntó en voz alta esperando que Óscar le respondiera.

—Son las doce más o menos.

Empezó a mover inquieta la pierna en el banco. Era pronto para pedir a sus hijas que regresaran a casa. Ella era quien les había animado a salir y no quería tener que ser ella quien cortara su diversión, pero, de pronto, le habían entrado prisas. Tenía una idea para abrir la ostra y no quería perder ni un minuto en probarla. Entre su impaciencia y sus cualidades de buena madre se estuvo debatiendo un rato, hasta que creyó que ya había pasado un tiempo prudencial.

—Creo que ya es hora de volver a casa. El sol empieza a ser muy fuerte y las niñas se pueden quemar —comentó esperando que Óscar estuviera de acuerdo.

—Es pronto para ir a comer. Déjalas que jueguen un rato más… A la una volvemos a casa.

—¿Todavía no es la una? —preguntó sorprendida, porque estaba segura de que había pasado por lo menos una hora desde que había preguntado la primera vez.

—No. Son solo las doce y media.

Cuando, por fin, dio la una, y aunque sus hijas se hicieron las remolonas para regresar, las llevó casi en volandas. Quería llegar, preparar la comida, darles de comer, dejarlas en el salón con sus deberes o sus juegos y bajar al sótano en donde había guardado la ostra. Creía tener la respuesta de cómo abrirla. Solo tenía que dejar que confiara en ella. Permitir que la ostra se abriera a una desconocida.

En un primer momento, se sintió un poco estúpida. Allí sentada, frente a una ostra, hablándole como si fuera una amiga de toda la vida. No sabía qué decirle, ni de qué hablarle, pero se esforzaba

por intentarlo. Había oído sobre lo beneficioso que resultaba para las plantas hablarles o ponerles música, pero se sentía rara haciéndolo con una ostra.

Con el paso de los minutos, se convirtió en una terapia para ella misma. Empezó a contarle sus problemas, a confesarle cómo se sentía, las preocupaciones que tenía. Al menos, aquello le servía para sacar todo lo que llevaba dentro, para pensar y analizar sus problemas, aunque la ostra no respondiera.

Sintió como, con cada una de las palabras que iba diciendo, se vaciaba por dentro, como los sentimientos empezaban a brotar y se le llenaban los ojos de lágrimas. Tenía la visión tan emborronada por las emociones que no se dio cuenta de que la ostra emitía un pequeño brillo de color azulado, similar a cuando estaba bajo el agua del lago.

Siguió hablando de lo que sentía, de sus emociones, de lo difícil que era la vida y de lo mucho que la complicaba tener sus capacidades, tan absorta en sí misma que, para cuando se dio cuenta de que su idea estaba funcionando, la luz azul de la ostra ya iluminaba todo el sótano.

Se secó las lágrimas con un pañuelo, se sonó la nariz y durante unos segundos se quedó boquiabierta observando la ostra brillar. Era como un zafiro de gran tamaño. Al quedarse en silencio, su brillo empezó a atenuarse.

—¡No! No, espera. Yo sigo hablando todo lo que haga falta, pero no te apagues. Necesito saber cuál es tu mensaje, necesito tu ayuda para acabar con mis pesadillas y poder volver a tener una vida normal. Si es que alguna vez la he tenido. Vamos, no me falles ahora.

La ostra volvió a brillar con fuerza. Triz seguía hablando, esperando que, en cualquier momento, la concha se abriera por la mitad. Ya no hablaba de sus preocupaciones o de sus miedos, sino que se expresaba con entusiasmo y alegría, al ver que había encontrado la solución y que estaba cerca de saber cómo podía seguir actuando.

—¡Ah! Que no se me olvide. Gracias. Muchas gracias por haberme escuchado. Necesitaba poder hablar abiertamente de mí misma y que no me interrumpieran con preguntas absurdas. Gracias por escuchar en silencio.

Un brillo dorado cruzó en horizontal la luz azul que emitía la ostra. Esta se estaba abriendo y en su interior nacía la luz amarilla con cada nueva palabra.

Cogió la ostra entre sus manos, conocedora de que la luz azul no quemaba, y la cobijó contra su

pecho. Le salió de dentro abrazarla, de esos sentimientos que tenía a flor de piel. La ostra terminó de abrirse.

En su interior, brillante como una pepita de oro del tamaño de una gran canica, una perla serigrafiada en la que se podía ver una especie de mapa. La extrajo y dejó la concha sobre la mesa. Además del mapa, tenía unas palabras escritas que brillaban en un tono más dorado, en un idioma que no era capaz de entender.

«Le irgomoir ed al irpemar narg urbaj neucneart nujot a al obac edacipatad.»

27

Resolviendo acertijos. Noviembre de 2048.

Estaba tumbado en el sofá, mirando al techo, aunque ya era noche cerrada y la hora invitaba más a acostarse en la cama, pero no tenía ganas de moverse. Ni siquiera se había preparado nada de cenar y, con lo que le gustaba la comida, eso era algo muy raro.

Habían pasado dos días desde la última vez que había hablado con Triz. Por mucho que la había esperado en el mundo de los sueños, no había aparecido. Le había pedido tiempo para descansar y ordenar sus ideas, pero con su ausencia estaba consiguiendo que fuera él quien no consiguiera dormir bien y tuviera la cabeza hecha un lío.

Triz había estado guardada en el rincón de los sueños imposibles, fuera de su vida durante más de quince años. Había vuelto por sorpresa, cuando ya no la esperaba, cuando todo parecía indicar que sus caminos se habían separado para siempre y que su amistad solo sería el recuerdo de una adolescencia mucho más feliz que la vida adulta. Al regresar, al reencontrarse, había dejado todas las puertas abiertas.

Le gustaba poder hablar con ella todos los días, disfrutaba rememorando el tiempo en el que habían sido buenos amigos porque echaba de menos aquellas tardes sin complicaciones. Se alegraba de recuperar la complicidad que les unía y agradecía que el paso de los años le hubiera dado el valor para decirle algunas cosas que en el pasado no se atrevió. Si algo bueno tenía la vuelta de Triz era que se había sacado la espina de confesarle que era una mujer muy especial para él. Lo era cuando niña y seguía siéndolo ahora, que rondaba los cuarenta años y era madre de familia.

Desde su vuelta de la dimensión virtual, pensaba que esa complicidad era correspondida. Ella se comportaba con él con la misma naturalidad, se reía con sus comentarios y bromas, veía en su mirada, en las veces que se habían visto, que confiaba en él y que estaba cómoda a su lado. Sin embargo, tras su vuelta de Grawell, algo había cambiado.

Había perdido su habitual sonrisa, su mirada había dejado de ser acogedora y se había vuelto fría, distante; su comportamiento se había tornado huidizo y ni siquiera le dio un abrazo la última vez que se tuvo que marchar. Su última conversación en Aisling había estado llena de monosílabos y de expresiones tajantes, y cuando le propuso hablar al día siguiente, ella le dejó con la palabra en la boca en la despedida y había desaparecido varios días.

Miraba el techo, debatiéndose entre ir a la cama, por si estaba esperándole para volver a hablar, o demorar el tiempo para no llevarse un disgusto si pasaba un día más sin poder comunicarse con ella. En realidad, si seguía con su conversación distante no iba a saber qué decirle. Aunque, el solo hecho de poder cruzar dos palabras con ella ya le hiciera sentir mejor.

Al final pudo más su deseo que su miedo a no encontrarla y, aunque había estado demorando el momento para no enfrentarse a él, se fue a dormir.

Sus inquietudes, sus preocupaciones, sus nervios hicieron que el sueño tardara en llegar. Tras varias vueltas sobre la cama intentando buscar una postura cómoda, el sueño llegó como quien vence en una batalla. Se durmió por agotamiento cuando el reloj ya marcaba las dos de la madrugada.

—¿Dónde estabas? —La voz de Triz lo agarró tan por sorpresa y con el sueño tan recién cogido que casi se desvela—. Llevo horas esperándote.

—Lo siento. No sabía si ibas a venir y los nervios no me dejaban dormir.

—¿Nervios? ¿Por qué estás nervioso?

No le dijo que era porque hacía días que no hablaban y que su última conversación le tenía preocupado. Triz ya había vuelto y ahora se conformaba con que esa conversación fuera mejor que la última. No quería estropearla.

—Nada, cosas mías. Sigo sin encontrar trabajo —En realidad, tampoco había salido a buscarlo— y no termino de acostumbrarme a la vida en este nuevo mundo. Es todo tan complicado...

—Sí. Yo, que llevo en él desde el primer momento, también tengo problemas para adaptarme. Imagino que regresar después de dos años fuera no será fácil.

—Bueno, algo haremos. ¿Has avanzado algo con la ostra? —preguntó Gare, que sentía la ansiedad de Triz por hablarle de algo en sus palabras y en las vibraciones que le llegaban.

—¡Sí! ¡He conseguido abrirla!

—¿En serio? ¿Cómo?

—No te lo vas a creer, pero la idea se me ocurrió observando cómo Maya en el parque se relacionaba con otras personas. Lo único que había que hacer era confiar en ella. Mostrarle tus sentimientos y dejar que se abriera a tus emociones.

—¡Vaya! Y nosotros intentando asesinarla con un cuchillo —respondió Gare en tono jocoso, aunque por dentro pensaba en que ojalá entre seres humanos y brujas fuera tan fácil conseguir que se abrieran—. ¿Y qué había dentro? ¿Has encontrado lo que buscabas?

—He encontrado otra pista imposible. Otro acertijo. Otra búsqueda que no sé a dónde me va a llevar y no consigo descifrar. —El tono de Triz era, ahora, menos entusiasta.

—¿Me lo cuentas o voy a tener que adivinarlo yo también?

Triz se rio. Gare casi se pierde las primeras explicaciones por estar disfrutando de aquella sonrisa. Se alegraba de que Triz volviera a reírse con sus tonterías. Parecía que, transcurridos dos días, volvía a mostrarse más cercana. Ya no estaba distante como la última vez y no tenía de qué preocuparse.

—Así que has encontrado un mapa y una frase, pero no tienes ni idea de qué demonios significa. ¿Sabes qué idioma puede ser?

—No tengo ni la más remota idea. Ni siquiera sé si es un idioma o un revoltijo de letras a la espera de ser descifradas. Por lo menos, no son jeroglíficos o letras chinas...

—¿Y el mapa? ¿Sabes a qué mundo pertenece? ¿Adónde vas a tener que irte ahora?

—Esta vez, no tengo que cambiar de mundo. El lugar es un bosque, a mitad de camino entre nuestras casas. El único bosque de hayas que ha logrado sobrevivir a la tormenta solar.

—Te recuerdo que soy nuevo en este mundo. ¿No queda ningún bosque más que ese?

—Ya viste el paisaje que rodea tu ciudad. Todo el verde y los árboles que poblaban lo alto del monte han desaparecido o están muertos. El resto de los paisajes están igual. Solo el bosque de Otsa se mantuvo intacto. Nadie pudo explicarlo, pero ahora que he descubierto el mapa empiezo a entenderlo. Es un bosque especial que oculta un poder mágico enorme en su interior. Un poder que necesito para terminar con el que provoca mis pesadillas.

—¿Y cuándo vas a ir?

—No lo sé. Debería irme de inmediato y recorrer el bosque hasta encontrar lo que busco, pero no puedo. Si me ausento un día más de casa, Óscar acabará por dejarme de hablar y tampoco quiero dejar a mis hijas otra noche. Además, está el contenido de la frase. De nada me va a servir ir al bosque, si no descubro antes el significado. No sé qué voy a hacer. El próximo fin de semana es el cumpleaños de mi padre. Iremos toda la familia. Si para entonces he conseguido revelar el contenido del mensaje, buscaré la manera de ausentarme unas horas dejando a mis hijas con sus abuelos. Algo se me ocurrirá.

—Si quieres, puedo acompañarte... —murmuró Gare en un tono suficientemente audible para ser escuchado, pero no muy alto para no sentirse rechazado si ella se decantaba por ignorarlo.

—No es necesario. Ya has hecho más que suficiente para intentar ayudarme y te lo agradezco, pero tampoco quiero que te involucres demasiado en mis asuntos relacionados con la magia.

El tono distante de Triz había regresado.

—Oye, ¿seguro que estás bien? Te noto distante.

—¿Distante? No, qué va... Si ayer por la noche hasta recordé uno de nuestros días de jóvenes…

—Ah, ¿si? ¿Cuál? ¿Alguno bueno?

—La verdad es que no mucho... ¿Te acuerdas del día, después de mi decimoséptimo cumpleaños, que quise hablar contigo a solas y no quisiste salir de la cibersala?

—Sí, claro que me acuerdo...

—Aquel día quería contarte que era una bruja. Pensé que eras la persona a quien podía confiárselo tras la ausencia de mi tía, pero tú te negaste a salir del local y aún, pasados treinta años, no entiendo el porqué.

—Porque era un auténtico idiota —respondió Gare—. Me acuerdo muy bien de aquel día, me he arrepentido tantas veces... No salí porque estaba cagado de miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—Ahora suena estúpido, pero entonces no lo era. Tenía miedo a que, después de regresar de mis

meses en Coventry, me notaras lo mucho que me gustabas. Ya me sentía atraído por ti antes de irme, pero tras nuestras conversaciones estando fuera, al verte a mi regreso, me di cuenta de mis sentimientos en realidad. Tenía miedo de quedarme a solas contigo y no saber qué decir o sonrojarme hasta las orejas. Me pediste salir a hablar y me puse tan nervioso que hice una gran estupidez, porque en realidad me moría de ganas.

—Sí que fue una estupidez, sí. Creo que por culpa de esa estupidez empezamos a distanciarnos. Que no quisieras salir me hizo dudar de nuestra confianza. Me hiciste dudar de ti. Desde ese día te comportabas como un imbécil.

—Lo siento, no era mi intención. Solo era un idiota al que le daba miedo quedarse a solas con la chica que le gustaba. Ahora ya puedes confiar en mí. Puedo ayudarte con todo este asunto, si me dejas.

—Mis asuntos con la magia pueden ser peligrosos y no quiero que te pase nada por mi culpa. Cuanto menos te acerques a mí, menos peligro correrás —replicó Triz, recordando las palabras de su tía Helen. Confiaba en él como amigo, pero su tía le había hecho dudar de que fuera un buen compañero para resolver sus pesadillas.

Gare no quiso insistir, aunque le daba igual ponerse en peligro. Tampoco tenía mucho que perder. Una vida sin amigos, sin trabajo, en un mundo que no era capaz de reconocer, en el que lo único que le resultaba reconocible y agradable era, precisamente, la presencia de aquella que no quería tenerle a su lado por miedo a que le pasara algo. No iba a insistir, pero tampoco iba a dar su brazo a torcer. A su edad le daba más miedo estar lejos de ella que los peligros que pudiera correr estando a su lado. Intentaría ayudarla a resolver el mensaje y, llegado el momento de acudir al bosque de Otsa, iría por su cuenta si era necesario.

Triz no tardó en despedirse queriendo descansar. Llevaba mucho tiempo con la conversación abierta esperando su llegada y se encontraba agotada. Gare se limitó a despedirse con un hasta mañana, esperando que realmente fuera a la noche siguiente cuando pudieran volver a hablar.

Cerrada la conversación, se despertó y se levantó de un salto de la cama. Quería apuntar en un papel la frase que Triz había leído en la perla.

«Le irgomoir ed al irpemar narg urbaj neucneart nujot a al obac edacipatad».

Siempre le había gustado el mundo del espionaje, de los acertijos. Incluso, en sus años

adolescentes, fue un apasionado de los jeroglíficos egipcios y del misterio que ocultaban, además de encantarle leer historias de Sherlock Holmes, por su capacidad deductiva para resolver misterios. Ahora era quien tenía que enfrentarse a uno, aunque sobrepasada la barrera de los cuarenta años su mente ya no fuera tan abierta a nuevos retos.

Había ayudado a Triz a resolver el mensaje de su colgante. Ese en el que no ponía Rebecca si no Redecca, y ahora estaba deseando poder ayudarla con este nuevo y más complicado acertijo, para demostrarle que debía estar a su lado y su ayuda era indispensable.

Rebuscó en armarios y cajones de su nueva casa, en busca de papeles y bolígrafos con los que tomar nota de sus avances. Tenía un día para demostrarle que era el mejor compañero posible para aquel viaje.

Lo intentó primero con el inglés; no en vano el anterior mensaje encontrado y el poema de La Rede Wicca que había usado Triz para descifrarlo estaban en ese idioma, pero ninguna de las palabras del texto se correspondía, por mucho que se empeñó en desglosarlas, cambiar el orden de las letras o leerlas al revés.

Fue en este último intento cuando descubrió que algunos de los términos tomaban sentido en castellano y decidió escribir en el papel toda la frase de atrás a adelante.

«datapicade cabo la a tojun traencuen jabru gran ramepri la de riomogri eL».

No era mucho, pero de esa forma se leían palabras como «cabo» o «gran» y los artículos «la, de o el».

Se entusiasmó al leer la frase en voz alta. Había dos palabras que le habían recordado a un trabalenguas que solía recitar en su infancia. Cuando era pequeño, su madre le hacía reír contándole el cuento de Caperucita Roja con las sílabas al revés.

«Va Tacirupeca jarro por el quebos y jodi: ¡Ñoco, un bolo!». solía decir su madre y él se echaba a reír a carcajadas, imaginándose a la joven Caperucita por el bosque gritando a pleno pulmón: ¡Coño, un lobo!

Las palabras «tojun» y «jabru» se correspondían con junto y bruja, si se leían de la misma manera que su madre le contaba el cuento. Probó a cambiar el orden de las sílabas de todas las palabras.

—¡Joder, lo tengo! —gritó cuando leyó la frase en el orden en el que se la había transmitido Triz.

«El grimorio de la primera gran bruja encuentra junto a la boca decapitada».

Lo único que le faltaba por saber era qué diablos era un grimorio[18].

Quedaban un par de horas para que amaneciera. Regresó a la cama con la esperanza de quedarse dormido y de que Triz estableciera la comunicación, pero, aunque consiguió dormir, pese a la emoción de haber resuelto el acertijo, ella no estaba al otro lado y él no era capaz de abrir ese tipo de comunicaciones.

No se levantó de la cama hasta que la luz del día ya entraba con fuerza por la ventana y se fue directo a la cocina. Se preparó un suculento desayuno y lo devoró en menos tiempo que el que le había llevado prepararlo. No había cenado y la ansiedad siempre le abría el apetito.

Las horas del día, esperando a poder dormirse de nuevo para hablar con Triz, se le hicieron eternas. Casi tan largas como las horas que pasaron cuando Cristian invitó a ambos, junto con el resto de amigos, a su fiesta de cumpleaños.

28

Fiesta de cumpleaños de Cristian. Abril de 2028.

Se había probado tres pantalones y seis camisas y no terminaba de estar conforme con el resultado. Era más de vestir en vaqueros y con camisetas que de ponerse ropa de vestir para acudir a fiestas, pero Cristian le había invitado a su cumpleaños y sabía que iban las chicas. Quería ir lo más guapo posible, quería sorprender, sobre todo a Triz, con una apariencia distinta a la que estaba acostumbrada a verlo.

Tras regresar de Coventry, las cosas entre ellos llevaban unos meses que no iban del todo bien. Las visitas a la cibersala de Triz habían disminuido, ya no la veía muchos días en el balcón de su casa y, siempre que hablaban, las conversaciones eran insustanciales, sin profundidad, sin apenas contenido. Se limitaban a saludarse, a preguntar qué tal estaban y a hablar de temas sin importancia, siempre con una sensación de incomodidad flotando en el ambiente. Conversaciones muy diferentes a las que tenían por email o por FireChat cuando estaba en Inglaterra. Aquellas eran casi confesiones, profundas y sinceras, pero a su regreso, todo había cambiado.

Sabía que era culpa suya. Se había ido a Coventry sintiéndose atraído por Triz, pero siempre negándoselo a sí mismo por esas dudas que le causaba la diferencia de edad. Había sido difícil reconocer que ella le gustaba cuando él tenía casi diecisiete años y ella apenas trece. Pero, después de nueve meses fuera, la primera vez que la vio, sintió cómo esos miedos saltaban por los aires. Triz había cambiado mucho en esos nueve meses o, al menos, así se lo había parecido. La había visto más madura, más mujer, no quedaba rastro de la niña que había dejado antes de marcharse. Ahora, Triz tenía diecisiete años y le quedaban unos meses para ser mayor de edad. Él tenía veinte, aunque solo quedaran unas semanas para que cumpliera veintiuno, y le parecía que Triz era incluso más madura que él.

Darse cuenta de que sus sentimientos hacia ella eran tan intensos, verla tan guapa a su regreso y comprender que se estaba enamorando de ella, si no lo estaba ya, desencadenó que empezara a

comportarse como un idiota. Por un lado, quería decírselo, por el otro, no se atrevía y cada vez que se veían se moría de la vergüenza. Temía tanto ser rechazado como ser descubierto y para evitar ambas cosas no le expresaba sus sentimientos y se alejaba de ella. Y lo más bochornoso de todo: cada vez que hablaban, solo era capaz de emitir palabras estúpidas y frases sin gracia.

Se había prometido que en la fiesta de Cristian todo sería distinto. Iba a arreglarse tanto que Triz no iba a poder evitar fijarse en él y, cuando lo hiciera, hablaría con ella y le confesaría lo que sentía. Se dejaría de tonterías. Repasaba en la cabeza lo que le iba a decir, para no volver a soltar ninguna frase sin sentido. Lo tenía todo pensado y, esta vez, nada iba a salir mal.

Triz también estaba en su casa probándose ropa. Tras dos años saliendo con Derek, aquella era la primera fiesta de cumpleaños a la que la invitaban y lo que menos esperaba era que fuera Cristian quien lo hiciera.

Cuando conoció a los chicos, hacía ya cuatro años, él le pareció el más guapo. Casi se podría decir que se pasó el primer año suspirando por él. Cristian era el más atractivo, pero también el más engreído, pedante e insoportable, aunque con trece años una tarda en darse cuenta de esas cosas. Por suerte, poco a poco, había ido madurando y se había dado cuenta de que la apariencia no lo es todo. Se llevaba mucho mejor con Aaron, con Paul y, sobre todo, con Gare. Aun así era muy vergonzosa, y cuando Cristian se le acercó para hablar a solas e invitarla a su fiesta, se sonrojó como una amapola de campo.

Hacía unos meses que ya no los veía tanto como antes, que ya no bajaba a la sala con asiduidad, desde que Gare la dejara plantada en medio de la calle cuando estaba dispuesta a confiar plenamente en él. Por eso, le había sorprendido todavía más que Cristian la invitara a su cumpleaños. Estaba convencida de que él casi ni se acordaba de su existencia.

Gare también iba a ir a la fiesta. Posiblemente, la persona con la que más afinidad tenía de todos los asistentes, pese a que llevaba meses notándolo raro, distinto, como si las semanas fuera de casa, en lugar de espabilarlo, le hubieran vuelto idiota. Solo hacía estupideces, como no querer salir a hablar con ella o comentarios sin ninguna gracia, pero, aun así, seguía siendo el mejor de sus amigos en aquel grupo. Quizás, durante el cumpleaños, podría encontrar un momento para hablar con él y pedirle explicaciones por su extraño comportamiento. Solo quería asegurarse de que, entre ellos, todo seguía estando bien como antes.

Miró la hora en su teléfono móvil y se puso más nerviosa, al ver que todavía quedaba una hora para que sus amigas pasaran a recogerla. Tenía la sensación de que la fiesta iba a ser importante en su

vida de algún modo y lo que más le ilusionaba era que no había tenido ningún sueño sobre ese día. Ningún mal augurio que le dijera que iba a terminar mal, porque sus sueños siempre le avisaban de las cosas malas que estaban por venir. No había soñado con el cumpleaños y eso era buena señal.

Norma, Jeni y Vicky pasaron a recogerla, como siempre, diez minutos después de la hora acordada, cuando ella ya estaba de los nervios, segura de que iban a llegar tarde. Como siempre venían muy arregladas y con vestidos nuevos. En esta ocasión ella no desentonaba.

Cuando llegaron a casa de Cristian, que había aprovechado la ausencia de sus padres para celebrar su decimonoveno cumpleaños, y pese a su voluntad inicial de mostrarse decidida, Triz se quedó un paso por detrás cuando sus amigas llamaron a la puerta.

Fue el propio Cristian quien salió a recibirlas, dio dos besos a cada una de sus amigas y, cuando llegó su turno, antes de saludarla, Cristian murmuró un «qué guapa vienes» que le hizo sentir una mezcla de sorpresa y vergüenza. Respondió con un lacónico «gracias» ante el inesperado piropo.

En la fiesta había más gente de la que ella pensó que asistiría. Además de los amigos y chicas que solían encontrarse en la cibersala, Cristian había invitado a otro grupo de chicos a los que Triz no conocía y a varias chicas, mayores que ella, que caminaban por la casa como si fuera suya o ya hubieran estado allí antes.

Triz empezó a sentirse un poco incómoda entre tanta gente, sus amigas se habían integrado en la fiesta y hablaban con grupos de chicos que acababan de conocer, dispersas por el salón de la casa o la cocina, pero a ella siempre le había costado más relacionarse con desconocidos. Solo cuando vio al grupo de chicos de la sala, en una de las esquinas del salón, se sintió un poco mejor y fue a saludarles.

Allí estaban Aaron, Yago, Paul y Gare. Todos la saludaron con efusividad, al verla acercarse.

—¡Ey, Triz! ¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde están Jeni y las demás? —preguntó Yago, al que hacía tiempo que se le notaba que le gustaba la hermana pequeña de Norma.

—No habrás venido sola, ¿verdad? —indagó Aaron, que miraba por encima de la cabeza de todos a ver si veía a Norma. Otro al que se le notaba a distancia cuáles eran sus preferencias.

—Tranquilos, que han venido todas —respondió Triz entendiendo que la alegría de verla no era por ella, sino por la llegada de sus amigas. Sintió que le hacían de menos, otra vez. Miró a Gare y le sonrió buscando en él un tablón de amistad al que aferrarse.

—¿Qué haces con vestido? —preguntó este mirándola sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —replicó Triz sintiéndose enrabietada, recordando el día que la dejó plantada. ¿En serio era eso lo primero que se le ocurría decirle?

—Estás distinta. Solo es eso.

—Tú también estás distinto últimamente. ¡Más idiota! Si no os importa, voy a ver si encuentro a estas —dijo Triz enfadada y regresó al centro del salón y fingiendo que buscaba a sus amigas. En realidad tampoco tenía mucha intención de encontrarlas. Estarían bebiendo y tonteando con gente que a ella no le importaba.

Dos segundos más tarde, cuando ya la había perdido de vista entre la gente, Gare cerró los ojos y murmuró:

—Seré gilipollas...

—¿Qué te pasa? —preguntó Paul a su lado.

—Que he vuelto a meter la pata con Triz. No quería decirle lo que he dicho. Lo que pretendía era decirle que estaba muy guapa con ese vestido. Que estaba distinta, pero para mejor. Me había propuesto no hacer el idiota hoy, y a la primera ya la he pifiado, y parece que le ha sentado mal.

—¿Y por qué no vas a hablar con ella y lo aclaras?

—Porque me da vergüenza. ¿Y si vuelvo a cagarla?

—Yo creo que la vas a cagar si no vas a hablar con ella. Déjate de pensar cada palabra que le vas a decir. Cada vez que la ves acabas soltando una tontería. Te pones frente a ella, os vais a un rincón tranquilo de la casa y se lo sueltas: «Mira Triz, estoy *in love* contigo».

—¡Joder, Paul! Ya nadie utiliza esa expresión.

—Claro, es mucho más actual expresar tus sentimientos diciendo: «Qué rara estás con vestido».

—¡Vete a la mierda!

Pasado un rato, cuando Yago ya se había ido a buscar a Jeni y Aaron buscaba la manera de acercarse a bailar con Norma, Cristian se acercó a Paul y Gare, que se habían quedado solos en una de las esquinas del salón.

—¡Ey, chicos! ¿Qué os parece la fiesta?

—Está genial. Has invitado a un montón de gente —respondió Paul, que no dejaba de mirar a un lado y a otro viendo chicas pasar.

—Sí, además de los amigos de siempre, he invitado a alguna compañera de clase.

—¡Qué cabrón! La verdad es que en clase no te rodeas mal —exclamó, de nuevo, Paul.

—Vamos a dar una vuelta por la casa y te las presento —propuso Cristian poniendo la mano sobre el hombro de su amigo—. ¿Y tú, Gare? ¿Has visto lo guapa que ha venido hoy Triz?

—No se lo recuerdes, que ha metido la pata nada más verla.

—¡No jodas, tío! Lo tuyo con esa chica es un don. Pensaba que ya no te quedaban más patas que meter. ¿Qué has hecho esta vez?

—En lugar de decirle que estaba muy guapa, le he dicho que estaba distinta con vestido. Como insinuando que estaba rara, y no le ha sentado muy bien.

—Lo tuyo es digno de estudio. Cómo puedes ser tan idiota con las chicas. ¿Quieres que vaya a hablar con ella a ver si lo arreglo?

—¿En serio? ¿Puedes hablar con ella y ver si no le ha molestado mucho? Así me acerco a aclararlo, si no está enfadada… —respondió Gare viendo una salida a su metedura de pata.

—Quedaos aquí los dos. Hablo con Triz y os cuento. Luego os presento a mis compañeras de clase.

Triz vio acercarse a Cristian y miró a su espalda por si había alguien tras ella con quien él quisiera hablar, pero vio que solo estaba la pared.

—Hola, Triz. ¿Lo estás pasando bien? —preguntó él con una amplia sonrisa.

—Hay más gente de la que pensaba. Creí que íbamos a estar el grupo de siempre, pero sí, la música me gusta y lo estoy pasando bien.

—No se nota, que te veo aquí un poco sola. ¿Te apetece bailar?

—Eh... Bueno, vale. ¿Por qué no? —concedió más sorprendida que si hubiera visto un elefante

volando.

Cristian la agarró de la cintura y la acercó a él. Ella dejó el vaso que tenía en la mano sobre la balda de una librería y puso sus brazos alrededor de su cuello. Se sentía un poco incómoda porque no estaba acostumbrada a bailar una música tan lenta, y menos con tanta gente observándola. Varios de los asistentes a la fiesta se habían quedado mirándolos.

—Cuéntame... ¿qué tal te va todo? Ahora te vemos menos que antes. ¿Has vuelto a salir con algún chico? —interrogó Cristian mirándola a los ojos.

—No, no salgo con nadie, pero ya no tengo trece años y ahora tengo otras preocupaciones como para ir a la cibersala todos los días —contestó Triz. En realidad no iba a la cibersala porque el ambiente que había ahora era distinto.

—Que no tienes trece años se nota. Estas muy guapa esta noche. Este vestido te queda genial —susurró casi a su oído Cristian.

—Gracias —respondió Triz de nuevo, incómoda al notar que las manos de Cristian ya no estaban en su cintura y amenazaban con seguir bajando.

Intentó separarse un poco usando sus brazos como escudo, pero Cristian seguía atrayéndola hacia él con sus brazos.

—Creo que la canción está acabando. Y tengo un poco de sed. Debería ir a tomar algo y a ver si encuentro a estas —comentó intentando dar por concluido el baile.

—Si tienes los labios secos, yo puedo humedecértelos —insinuó Cristian mordisqueando su labio inferior antes de intentar besarla.

—¡Pero qué coño haces! —exclamó Triz y le propinó una patada en la espinilla para alejarse de él mientras casi todo el mundo a su alrededor los miraba.

Salió corriendo del salón y se refugió en el cuarto de baño. Cristian había intentado aprovecharse de ella. Un trofeo más que añadir a su lista de conquistas y del que alardear delante de todos sus invitados. Convencido de que ninguna mujer podía resistirse a sus encantos.

Gare, por su parte, seguía comportándose de manera sorprendente y era incapaz de volver a ser el muchacho que se había convertido en su mejor amigo. Era uno más de los chicos sin cerebro con los que tenía que cruzarse todos los días. Sus amigas seguían ocupadas bebiendo y bailando mientras

reían. Sintiendo que nadie la iba a echar de menos si se largaba a la francesa, salió del cuarto de baño y, sin decir nada, se marchó.

Gare fue el único que la vio salir. Su primer impulso fue ir tras ella, pero se cruzó con Cristian.

—¡Ey! ¿No ibas a hablar con Triz? ¿Qué te ha dicho? La acabo de ver marcharse.

—Estaba enfadada. Muy enfadada. He intentado hablar con ella y explicarle que lo que querías decir era que estaba muy guapa, pero no me ha dado oportunidad y me ha dejado con la palabra en la boca.

—¿Estás seguro de haberle dicho eso? ¿En serio estaba tan enfadada conmigo como para marcharse tan pronto?

—En serio. Con los años, cada vez es más rara. Deberías olvidarte de ella. No merece la pena. Sigue siendo una cría. ¿Por qué no te presento a unas amigas? Estoy seguro de que alguna te va a caer muy bien. Una de ellas, Nadia, me ha preguntado por ti.

Cristian tiró de Gare hacia dentro de la casa y le presentó a varias compañeras de clase. En cuanto Cristian le dejó a solas con ellas, Gare se disculpó y regresó al lado de Paul.

—Debería haber ido tras Triz. Me había propuesto hablar con ella y decirle que me gusta, y es la segunda vez en mi vida que algo lo estropea cuando voy a hacerlo.

—Si sales ahora, todavía estás a tiempo de encontrarla en la calle…

—¿Tú crees? No sé. Seguro que ya está llegando a su casa y, por mucho que corra, no llegaré a tiempo. Además, Cristian me ha dicho que estaba muy enfadada.

Vieron como Nadia y sus amigas se acercaban. Gare decidió que era mejor dejar tranquila a Triz, hablar con ella en otro momento, y no dejar solo a Paul con las chicas que acababan de conocer.

Triz apenas había llegado al final de la calle. Caminaba despacio y se giraba a cada instante por si alguien salía tras ella de la fiesta. Sobre todo, esperaba ver salir a Gare. Cuando llegó a la esquina, negó con la cabeza y aceleró el paso hasta llegar a casa, se quitó el vestido, el maquillaje y se metió en la cama. Aquella fiesta había durado menos de lo esperado y bien podría haber soñado con ella en alguna de sus pesadillas.

«A la mierda todos».

29

Mejor sola... Noviembre de 2048.

Se acostó temprano deseoso de oír a Triz y contarle su descubrimiento, pero pasaban las horas y no aparecía. Cada vez estaba más seguro de que tenía el don de la inoportunidad. Era la mujer más inoportuna del mundo.

Que tenía que hablar con ella, no aparecía; que ella necesitaba una explicación, él metía la pata; que vivía tranquilamente sin complicaciones, ella aparecía en su vida poniéndola patas arriba; que necesitaba un amigo, a él le entraba miedo...

Así había sido su relación desde que se conocían. Nunca se ponían de acuerdo, eran como dos imanes que no pueden evitar atraerse pero que, cuando están cerca, invierten sus polos y se repelen, imposibilitando que lleguen a juntarse.

—Hola. —La voz afligida de Triz resonó en su cabeza.

—¡Ey! Hola, guapa. ¿Qué tal? —preguntó más locuaz.

—Mal. Ha sido un día horroroso en el que no he conseguido que nada me salga bien. Solo he entrado a saludarte, porque estoy tan agotada que casi no tengo fuerzas ni para abrir la comunicación. Quiero soñar con que soy un oso hibernando y no despertar hasta la primavera.

—Vaya, lo siento, pero te estaba esperando porque tenía algo importante que contarte. ¡He descubierto el significado de la frase de la perla!

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pone? —La voz de Triz sonaba iluminada por el entusiasmo.

—El grimorio de la primera gran bruja encuentra junto a la boca decapitada. ¿Qué es un grimorio?

—Es un libro de las sombras. Si has descifrado el mensaje correctamente, quiere decir que en el bosque de Otsa se encuentra el libro de las sombras de una de las brujas más poderosas de la historia, y con él podré hallar la manera de evitar que mis sueños se hagan realidad.

—¡Oye! ¿Qué es eso de dudar de mí? Claro que lo he descifrado de forma correcta. Era bastante sencillo, solo había que leer las palabras al revés y cambiar el orden de las sílabas.

—Vale. No te enfades. —El tono de voz de Gare se había ido elevando según decía la frase—. Tengo que buscar la manera de ir al bosque, sin crearme más problemas en casa.

—Te acompaño.

—De eso nada... Voy sola. Si en el bosque se esconde el grimorio de la primera gran bruja, estará bien protegido. Estoy segura de que va a ser peligroso y no quiero ponerte en peligro.

—Yo tampoco quiero que te pongas en peligro tú sola. Insisto, te acompaño. Tengo el colgante de tu tía Helen, igual lo necesitas.

—Y yo insisto en que no. Yo soy bruja y tengo formas para defenderme. Tú no. Si me tengo que preocupar porque no te pase nada, lo único que vas a conseguir es desconcentrarme. Si vienes, solo vas a estorbar.

—Tendrás formas de defenderte, pero ¡si encuentras otro mensaje encriptado no vas a poder resolverlo sin mi ayuda! ¡Yo he resuelto los dos anteriores! —exclamó Gare ofendido por el comentario.

Triz se quedó callada. Una parte de ella estaba deseando que Gare la acompañara. Esa parte que se sentía muy a gusto con su presencia, que se reía con sus gracias, que se sentía entendida y comprendida. Otra parte rechazaba la idea. Esa que se acordaba de los momentos de desconfianza y de las palabras de su tía, advirtiéndole de que tuviera cuidado con él. Pero lo que más pesaba en ella era el deseo de no ponerle en peligro. Desconfianzas aparte, Gare siempre había sido especial para ella y por nada del mundo se perdonaría que le pasara algo por su culpa.

—Lo siento, pero no te voy a dejar venir conmigo. —Y para evitar tener que dar explicaciones, cerró la conversación.

—¡Triz! ¡Triz! ¡Joder!

Se despertó sobresaltado. Se levantó, arrojó las sábanas al otro lado de la habitación y golpeó la

pared del cuarto con los nudillos. Otra vez se lastimó la mano.

—¡Joder! ¡Hostias! —Seguía maldiciendo mientras la agitaba en el aire intentando calmar el dolor —. ¿No quieres que vaya contigo? Muy bien. Iré solo. Me has dicho que intentarás escaparte durante el fin de semana, así que iré al bosque de Otsa el viernes y me quedaré allí hasta que aparezcas, aunque tenga que dormir dos noches acampado entre los putos árboles.

Incapaz de volverse a dormir y tras limpiarse la herida de la mano, rebuscó en casa hasta encontrar una mochila en la que fue metiendo algo de ropa y reservas de comida.

El lunes por la mañana bajó a la calle e intentó informarse de cómo llegar hasta allí. El bosque de Otsa se ubicaba a unos cien kilómetros de su casa, pero lo que hubiera sido un viaje más que sencillo en su mundo virtual, o antes de la tormenta solar, se complicaba sobremanera en la realidad que le tocaba vivir.

No había autobuses que lo llevaran hasta allí. Los que más le acercaban, solo llegaban hasta mitad de camino y el precio de sus billetes le dejaban temblando las reservas de vatios en su T.V.E. Podría arriesgarse a gastar alguno de los que no había traspasado a la cuenta de Paul todavía, pero no estaba seguro de poder reponerlos a tiempo, vista su desidia a la hora de buscar un empleo. Si gastaba de más, se arriesgaba a terminar recibiendo una incómoda visita.

Sin embargo, si no lo hacía, no iba a poder ayudar a Triz a salvar el mundo y, si el mundo se iba al carajo, no tendría la necesidad de devolver nada a nadie. Tenía que preguntarle cuánto quedaba para que sus sueños se hicieran realidad, cosa que aún no le había contado.

Se había limitado a decirle que el mundo se iba a acabar y que necesitaba su ayuda y no había dudado en hacerlo, pero no le había dado detalles. Y cuando se había ofrecido a acompañarla, ella se había negado. Si no fuera por lo que sentía por ella, se hubiera gastado los vatios en regresar a la realidad virtual. Aunque eso tampoco le serviría de nada ya que no podría quedarse en él, si no volvía a producirse una tormenta solar en el momento oportuno.

—¿No hay otra manera de llegar que sea más económica? —preguntó al taquillero de la estación de autobuses.

—Sí. Hay dos.

—¿Y por qué no ha empezado por ahí? Dígame, ¿cuáles son?

—En bicicleta o andando —respondió el taquillero y cerró la ventanilla.

Gare no pudo evitar que le hiciera gracia la irónica respuesta. Aunque no le había solucionado su problema, no podía negar que había sido ingeniosa y siempre le habían hecho gracia las respuestas con ingenio.

Se sentó junto a una pared que proyectaba sombra. Era increíble cómo calentaba el sol a primera hora de la mañana y la sensación de quemazón que producía en la piel, pese a estar casi en el mes de diciembre. Dudaba de ser capaz de acostumbrarse a aquel nuevo mundo en el que el clima era tan radical y el cielo brillaba de color rojo fuego como si la atmósfera estuviera de forma continua en llamas.

La sola idea de tener que recorrer cien kilómetros andando o en bicicleta bajo aquel sol abrasador le quitaba las ganas de seguir viviendo. Ni siquiera recordaba la última vez que había hecho deporte en un mundo donde el cielo era azul y la temperatura no llegaba a los veinte grados. Incluso dudaba de ser capaz de mantener el equilibrio encima de una bicicleta. Llevaba tantos años sin montarse en una que creía que necesitaría ruedines, como los críos, para mantener la posición vertical.

La amenaza de la intervención de la policía de vigilancia nocturna, después de haber conocido sus comportamientos durante la noche que había pasado dándoles esquinazo para ocultar el cuerpo de Triz, descartaba también la idea de hacer el viaje por la noche para evitar las altas temperaturas.

Sin llegar a encontrar una solución satisfactoria, pero con el convencimiento de que iba a ir hasta el bosque de Otsa, aunque para ello tuviera que hacer los kilómetros a rastras, se levantó del suelo y se acercó de nuevo a la ventanilla del irónico taquillero.

—Disculpe, ¿me puede decir en dónde puedo alquilar una bicicleta?

—En una tienda de alquiler de bicicletas. Encontrarás una en el centro comercial. Pídela con refuerzo en las llantas, que te hará falta —respondió el hombre con sonrisa burlona.

En la tienda de bicicletas del centro comercial, la situación no mejoró. Empezaba a entender por qué le había dicho Triz que nadie era capaz de ahorrar nada. Era imposible que la gente lo hiciera con aquellos precios. Alquilar una bicicleta era tan caro como comprarse un dron.

—¿Cien vatios por alquilar una bici para tres días? ¿En serio? —preguntó sorprendido.

—No, señor. Somos económicos, pero no tanto. Cien vatios es el alquiler por un día. Si quiere alquilarla por tres días, le haríamos un descuento especial y el precio le quedaría en doscientos cincuenta vatios solamente.

El mundo se había vuelto loco de remate. Le entró un ataque de risa, mezcla de nervios y confusión.

—¡Piensa que mi sorpresa es porque me ha parecido barato! —exclamó mientras le caían lágrimas de la risa y se marchaba de la tienda.

Solo pudo parar de reír cuando tuvo que enfrentarse a las escaleras de su casa y se quedó sin aire mientras las subía.

Tenía un par de días para pensar en cómo llegar al bosque de Otsa. Debía darse prisa porque, si al final se decidía por ir andando, iba a tener que salir pronto de casa.

30

Hogar, dulce hogar. Noviembre de 2048.

Llevaba dos días pensando en cómo lo iba a hacer para, una vez llegados a casa de sus padres, disculparse para ausentarse y marcharse al bosque de Otsa, sin que Óscar le pusiera mala cara y sin que sus padres se interesaran por los motivos. Por mucho que lo había pensado, había descartado todas las ideas que se le ocurrieron. Cuando ya daba por hecho que no iba a poder evitar una nueva discusión, parte de la respuesta le llegó cuando menos lo esperaba.

—No puedo ir este fin de semana a casa de tus padres —anunció Óscar durante la cena.

—¿Y eso? Todos los años vamos en su cumpleaños para que estén con sus nietas.

—Lo sé, pero hoy me han ofrecido la posibilidad de ganar unos vatios extra en el trabajo si me quedaba a trabajar el fin de semana y, después de lo mal que hemos estado de energía por mi tiempo de baja, he aceptado pensando que nos vendrán muy bien. Puedes ir tú con las niñas, que a ellos solo les hace ilusión ver a sus nietas. Les dará igual si voy yo o no.

—Sabes que eso no es verdad. Mis padres te tienen mucho cariño y te echaran de menos si no vienes. —Triz se debatía entre no dejar a Óscar en casa disgustado y con la sensación de ser despreciado por su familia y lo oportuno que le resultaba que no pudiera viajar. Convencer a sus padres de que tenían que quedarse unas horas a solas con sus nietas era mucho más sencillo que excusar su ausencia a su marido.

—Lo que tú digas. El caso es que ya me he comprometido con la empresa y no voy a poder ir.

Cuando el viernes por la tarde llegó del trabajo, Maya y Alana estaban esperándola en la puerta, con sus pequeñas maletas, deseosas de ir a casa de los abuelos donde siempre las mimaban y malcriaban con regalos. Triz subió a su habitación, cogió el equipaje que había preparado la noche anterior y bajó al salón donde sus hijas esperaban impacientes.

—¿Habéis ido al baño? No quiero que ninguna me diga durante el viaje que necesita bajar. El autobús no para cuando una quiere. —Las dos asintieron con la cabeza—. Muy bien. Dadle un abrazo a vuestro padre y vamos rápido, que llegamos tarde.

Las dos pequeñas salieron corriendo a la cocina a dar un abrazo a Óscar y regresaron al salón para coger cada una su maleta. Triz abrió la puerta y salieron hacia la estación de autobuses.

—¿Tú no vas a darme un beso antes de irte? —preguntó Óscar, asomándose al salón.

Triz se giró y lo besó sin soltar la maleta.

—Tienes comida en la despensa para todo el fin de semana. Espero que no te hagan trabajar mucho en la empresa. Nos vemos el domingo. Te dejo, que estas hijas nuestras se escapan sin mí.

Óscar se quedó mirando desde la puerta como las tres giraban al final de la calle, cerró la puerta y se dejó caer en el sofá, cerrando los ojos. Además de tener que pedírselo, el beso de Triz había sido tan frío como una noche de enero antes de la tormenta solar.

Durante el viaje en autobús, a Triz tampoco le dio tiempo a pensar en cómo se iba a explicar para ausentarse. Sus hijas no pararon quietas en todo el trayecto. Pese a que les había preguntado, Maya no tardó ni diez minutos en decir que tenía que ir al baño y Alana no paraba de girarse en el asiento para decirle que se estaba mareando. No pudo centrarse ni un solo minuto en sus pensamientos ni en buscar una justificación a su necesaria ausencia. Ni siquiera sabía cuantas horas iba a tener que pasar fuera hasta encontrar el lugar exacto en el bosque donde una boca decapitada escondía el grimorio de la primera gran bruja. Igual tenía que pasar el día entero fuera de casa y eso no era fácil de justificar.

Sobrevivió al viaje con un ligero dolor de cabeza, mientras que a Maya se le olvidó que tenía que ir al baño y a Alana se le pasó el mareo en cuanto vieron a su abuelo esperando en la estación de autobuses.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó su padre, en cuanto la vio bajar las escaleras, mientras abrazaba a sus dos nietas.

—Agotador. No han parado quietas ni un minuto.

—Pero, ¡si son un encanto de niñas!

—Si yo te contara…

Las horas del viernes se acababan y Triz estaba sentada en el mismo salón de su infancia sin saber cómo ausentarse durante el sábado. Las niñas ya se habían acostado, agotadas del viaje, y ella ponía al día a sus padres de cómo iban las pequeñas en el colegio, de cómo iban las cosas en casa con Óscar y de su trabajo. Ni una sola mención a sus pesadillas ni al motivo de su preocupación.

Ya entrada la noche, su padre se excusó y se marchó a la cama.

—¿Qué te pasa? —indagó su madre en cuanto se quedaron a solas en el salón.

—Nada, ¿por?

—Porque conozco mejor que nadie a mi hija y sé que algo que no nos has querido contar todavía te preocupa.

Su madre no era bruja, se había librado de esa marca familiar por ser la hermana pequeña, pero tenía una habilidad especial para descubrir sus pensamientos más profundos que había llegado a considerar magia. Decidió que era el momento de dejar de buscar falsas justificaciones y enfrentarse al problema con la verdad más directa.

—Mamá, he estado con la tía Helen —declaró después de resoplar y de sentarse en el borde del asiento para estar más cerca de su madre.

—¿Con mi hermana? ¿Dices que has estado con ella en uno de esos sueños que tienes?

—No, mamá. Digo que he estado con ella. En persona. Que sé lo que hiciste por ella. Que está bien y te da las gracias.

—¿De qué hablas, Triz? —reaccionó su madre con gesto contrariado.

—¡Joder, mamá! Que he estado en Grawell, que conozco el mundo de las brujas y que he hablado con tu hermana. Y que sé que fuiste tú quien la ayudó a cruzar cuando aceptaste que se moría por su enfermedad. Quiere que sepas que todo salió bien y que sigue estando igual de guapa y de joven que cuando se marchó.

—Pero para ir a Grawell hay que morir quemada en una hoguera o perseguida y tú... —murmuró su madre, mirándola con estupor.

—Sí, lo sé. Y sí, crucé al mundo de las brujas dejando que me quemaran viva en una hoguera. Fue muy doloroso, pero mereció la pena solo por poder volver a abrazar a tía Helen.

—Pero ¿estás bien? ¿Por qué hiciste eso? ¿Cómo es posible que estés...?

—¿Viva? Veo que tía Helen no te lo contó todo sobre el mundo de las brujas. Imagino que fue porque sabía que ella no iba a poder regresar nunca. Mamá, a ese mundo puedes ir con billete de ida y vuelta. Por suerte, la vuelta es mucho más sencilla. Si tía Helen no ha regresado es porque su cuerpo en este mundo estaba enfermo y si lo hacía iba a morir igual. Yo, en cambio, he podido ir y volver sin problemas.

—Gracias a Dios que todo salió bien. Me gustaría tanto poder volver a ver a mi hermana... ¿Y para qué fuiste a Grawell? —La mirada de su madre había cambiado. Ahora la miraba con una mezcla de entusiasmo y preocupación.

—¿Te acuerdas del colgante que me regaló tía Helen cuando cumplí diez años? Uno de mis sueños me desveló que era un mensaje suyo y con la ayuda de su libro de las sombras encontré su significado. Tenía que ir para encontrar algo que necesitaba para intentar detener algo catastrófico que se avecina.

—¿Y lo has encontrado? Por cómo te comportas y la cara de preocupación que tienes, creo que no has conseguido parar esa catástrofe que dices.

—No, aún no la he parado. Necesito hallar el grimorio de la primera gran bruja antes, pero, gracias a mi visita a Grawell, tengo el mapa que me hace falta. Ahora sé dónde está y necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Qué puedo hacer yo? Sabes que desconozco todo lo referente al mundo de la magia.

—Sé que te asusta y que no quieres que me ponga en peligro como hacía tía Helen, pero no solo estoy yo en problemas, estamos todos, y me tienes que ayudar a evitarlo. Necesito que te quedes con tus nietas mañana todo el día mientras voy en busca del grimorio, que no le digas a papá el motivo por el que me he ido y, sobre todo, que no le cuentes, jamás, a Óscar que me marché todo el día fuera. ¿Lo harás?

—¿Cómo van las cosas con tu marido? —Quiso saber su madre, a quien no se le escapaba una.

—No muy bien. Sigue sin confiar en mí y sigue complicándome las cosas. Sería todo tan fácil si él creyera en mis sueños... Por eso, necesito que no le cuentes nada, para evitar otra discusión.

—Lo haré —respondió su madre después de quedarse unos segundos meditando.

Madre e hija se abrazaron. Triz le dio un beso y se excusó para irse a la cama. Quería estar descansada para la jornada que le esperaba el sábado.

Se levantó a primera hora de la mañana cuando el sol todavía no anunciaba la llegada de un nuevo día. Quería estar lista para marcharse en cuanto se anulara el toque de queda, antes de que sus hijas y sus padres se levantaran de la cama. Cuando llegó a la cocina para prepararse el desayuno, descubrió que no era la única madrugadora.

—Mamá, ¿qué haces despierta?

—No podía dormir pensando en lo que me contaste anoche, pensando en mi hermana, y no quería que te marcharas sin haber desayunado bien. Ya que pretendes salvar al mundo tú sola, qué menos que hacerlo con el estómago lleno.

—Una cosa es desayunar bien y otra cebarme como a un cerdo antes de mandarlo al matadero —replicó Triz echando una ojeada a todo lo que había puesto su madre sobre la mesa de la cocina.

—Ya sabes que, cuando estoy nerviosa, no puedo parar quieta. Come lo que quieras y el resto ya se lo comerán tu padre y las pequeñas.

Triz se tomó un par de rebanadas. Disfrutó con cada bocado de pan recién tostado que se llevó a la boca. En su casa hacía meses que andaban tan escasos de vatios que no podían permitirse encender mucho tiempo la cocina. Aprovechó para tomar un café caliente que terminó de despertarla.

—Se me estaba olvidando lo rico que sabe el café.

—¿No sueles tomarlo en casa?

—Durante los meses que ha estado Óscar de baja hemos tenido que ahorrar toda la electricidad que hemos podido para poder pagar el resto de los gastos. Me he acostumbrado a desayunar un vaso de leche fría.

—Eso también quería preguntarte... —comentó su madre antes de que Triz terminara el desayuno— Si las cosas no te van bien, si Óscar no entiende tus sueños y no quieres que sepa nada de este tema... ¿quién te ayudó a cruzar al mundo de las brujas?

—Fue Gare, mamá. ¿Te acuerdas de Gare?

—¡Claro que me acuerdo! El chico de la cibersala que estaba enamorado de ti desde que erais unos críos. —Su madre sonrió al ver que Triz abría los ojos como platos—. ¡No me digas que no te habías dado cuenta! Pero si el chaval temblaba tanto de los nervios al verte que lo notábamos hasta en casa. Hasta tu padre, que para estas cosas es un desastre, me preguntó varias veces si erais novios. Veo que lo de no darte cuenta de esas cosas lo has heredado de él. No sabía que habíais vuelto a veros. Hacía años que no sabía nada de él. ¿Qué tal está? ¿Le va todo bien? Yo siempre pensé que acabaríais juntos de alguna manera. Gare era un buen chico que se preocupaba mucho por ti y, si te ayudó a cruzar a Grawell, veo que lo sigue haciendo.

—Tía Helen no piensa lo mismo...

—¿Tía Helen? Pero si ella nunca llegó a conocerlo. Ya no estaba con nosotros cuando os conocisteis.

—Por eso me preocupa tanto su opinión. Me advirtió que tuviera mucho cuidado con Gare cuando se despidió de mí en el mundo de las brujas. Y tía Helen solo puede conocerlo de alguno de sus sueños premonitorios. Si ella dice que no me fíe de él, es porque algo ha visto que no le dio tiempo a contarme...

—Prométeme que volverás sana y salva —pidió su madre cuando, terminado el desayuno, Triz la abrazó antes de marcharse.

—Te prometo, mamá, que haré todo lo posible para que así sea.

31

Bosque de Otsa.

Gracias al coche de su madre, que había sobrevivido a la tormenta solar por estar guardado en la segunda planta de un garaje subterráneo y que todavía tenía gasolina porque apenas lo usaba, pudo llegar al bosque de Otsa en menos de una hora. Si tenía suerte para hallar el lugar marcado en el mapa de la ostra y no encontraba complicaciones, podría estar de vuelta incluso antes de la hora de comer. Pero no era muy optimista, nunca se había encontrado nada vinculado al mundo de la brujería sin que se presentaran problemas.

No había nadie en las cercanías del bosque, pese a ser la única zona verde que se conservaba en el país, pese a ser el paisaje más bonito y mágico que se podía visitar. Quizá, precisamente por eso, las historias, habladurías y mitos, que habían surgido sobre el lugar en el último año, conseguían que nadie se atreviera a aproximarse.

Tras la tormenta solar, todo el mundo quería visitar aquel bosque que, de forma milagrosa, había sobrevivido a la radiación, las altas temperaturas y a las lluvias nocivas, fruto de la fuerte evaporación del agua de los ríos y la formación de nubes tóxicas al mezclarse con el gas metano de la atmósfera, junto con la radiación procedente de los rayos del sol. Un espacio de tres hectáreas en el que el color verde de las copas de sus árboles se mezclaba con el marrón de las hojas secas en el suelo y el rojo del firmamento. Un lugar por el que seguía emanando agua de entre las piedras, clara y cristalina, que antaño formaba un afluente y que ahora se secaba al alejarse unos kilómetros.

La muerte inexplicable de un joven en aquellas aparentes tranquilas aguas, y los rumores que surgieron desde entonces, lograron que la gente empezara a tener miedo de adentrarse en aquel paraje y pasara de ser un lugar mágico a ser un terreno hechizado y siniestro.

El chico apareció ahogado en una zona con tan poca profundidad que el agua no llegaba ni a la altura de los tobillos. En ninguna parte del cauce el pequeño riachuelo llegaba a tener una profundidad mayor al medio metro. Nadie podía explicarse cómo alguien se había ahogado en aquel

lugar. El joven no parecía haber sido agredido, no presentaba signos de violencia o de haberse defendido de un ataque. Para todo el mundo resultaba incomprensible aquella muerte hasta que una niña, días más tarde, le confesó a su madre que había visto como la niebla que cubría el suelo del bosque aquella mañana lo arrastró al río.

Desde ese momento, las supersticiones, los miedos y las leyendas empezaron a circular entre la gente. Aparecieron historias que hablaban de voces siniestras entre las ramas de los árboles por la mañana; de sombras que se reían mientras se oía el ruido de sus pisadas sobre las hojas secas; gente que había visto cómo en la cascada en la que se originaba el pequeño riachuelo una mujer parecía bañarse bajo sus aguas, pero que no se podía apreciar su cuerpo, solo su silueta recortada tras la caída del agua. Todo dio lugar a la leyenda que contaba que había sido aquella mujer la que había ahogado al joven para que le hiciera compañía en aquel bosque siniestro.

En la consciencia popular, lo que en un primer momento se veía como un milagro de la naturaleza empezó a considerarse una anomalía, algo extraño. Llegaron a la conclusión de que era un lugar del que era mejor mantenerse alejado. Si todo el mundo había sucumbido a la tormenta solar, y solo ese sitio había sobrevivido a su mal, tenía que ser porque el propio mal se refugiaba allí.

Triz, sin embargo, no podía dejar de verlo como un emplazamiento hermoso en el que aún era posible respirar vida y soñar con recuperar un planeta lleno de árboles, plantas y animales salvajes, de riachuelos llenos de peces surcando sus aguas y de paisajes verdes. Sintió una oleada de optimismo al notar como su pie se hundía bajo las hojas secas del suelo, al oír el sonido de sus pisadas en aquel manto marrón, al oler el musgo que teñía de verde las raíces de los árboles que sobresalían de la tierra. Para ella, aquel sitio representaba el lugar idílico con el que soñar.

Tras dejar atrás el solar donde había aparcado y adentrarse entre los árboles, rodeada de extrañas hayas con las ramas apuntando hacia el cielo como brazos en alto rendidos al poder del sol y vestidas del manto verde del musgo, caminando sobre las hojas, sentía como la energía del bosque la llenaba de esperanza. Por primera vez, se sentía capacitada para recuperar el grimorio y acabar con el mal que se avecinaba.

Al profundizar unos pasos más entre los árboles, su optimismo se tornó en ligera preocupación. A lo lejos, donde la floresta se adueñaba del camino y la senda se difuminaba entre raíces y hojas, una densa niebla cubría la parte baja del tronco de los hayedos. El recuerdo de la historia de la niña tensó sus músculos y todos sus sentidos se pusieron en alerta.

La niebla comenzaba de manera abrupta, como si una fuerza sobrenatural le impidiera cruzar una línea imaginaria. Triz se quedó inmóvil frente a la linde que marcaba, sin atreverse a dar el paso que

le hiciera pisar la capa blanca. Desde allí hasta la cascada donde se dirigía, no podía verse el suelo. Hojas, raíces salientes, posibles agujeros o trampas quedaban ocultos bajo aquel manto estático.

En un impulso infantil, como cuando un niño se esconde bajo la manta de su cama esperando que el monstruo del armario así no pueda verlo, cerró los ojos antes de atreverse a dar el paso. Solo al comprobar, ya con los dos pies dentro de la niebla, que el suelo seguía firme bajo sus pies se atrevió a volver a abrirlos. Pudo ver como se alejaba una pequeña ola de bruma desde donde ella estaba hasta la cascada, como las ondas que se producen en el agua al lanzar una piedra.

Su presencia despertó al bosque. Desde las ramas más altas de los árboles, el murmullo del viento parecía querer hablar, las ramas se agitaron y las criaturas que las poblaban la recibieron con zumbidos, ululatos, graznidos y gorjeos.

Tanteaba el terreno antes de dar un paso, queriendo avanzar de forma segura hasta alcanzar la cascada, pero se debatía entre la prudencia para asegurarse no tropezar y la impaciencia que aquellos extraños sonidos sobre su cabeza le provocaban.

Un frío helador empezó a subirle por los pies hasta hacerle temblar todo el cuerpo. A cada paso que se adentraba en la niebla, este aumentaba y le causaba un dolor tan intenso que pensaba que iba a terminar por congelarse. Se aferró a su abrigo intentando mantener el calor que se le escapaba por los pies.

Cuando el camino recorrido representaba la misma distancia que el que le faltaba por recorrer, por lo que huir hacia cualquier lado se aventuraba tortuoso, la niebla se tornó gris y el cielo se tiñó de negro como si una noche de novilunio cayera de pronto sobre el lugar. Intentó acelerar el paso para salir de allí cuanto antes, pero una raíz se interpuso en su camino haciendo que tropezara y cayera de bruces al suelo. Todo su cuerpo quedó sepultado bajo la niebla por un instante. El tiempo suficiente para que el frío se clavara en sus huesos como témpanos de hielo afilados. Intentó ponerse en pie, pero la raíz que le había hecho tropezar parecía crecer alrededor de su tobillo y la mantenía bajo el manto grisáceo. El bosque intentaba congelarla.

Bajo la niebla, con los dedos entumecidos, intentó zafarse de la rama, pero no podía. A tientas buscó en el suelo, bajo las hojas, una piedra con la que golpearla y, tiritando, así lo hizo hasta quebrarla.

Sin preocuparse ya por la prudencia, y aun a riesgo de chocar con el tronco de un árbol en la oscuridad o volver a caer de bruces en la niebla, salió corriendo hacia la cascada. Un cuervo negro, de ojos rojos, cruzó por delante de ella y la hizo gritar asustada. Tras él, un rayo iluminó la noche

para dejarle ver una silueta recortada entre los árboles.

—¡Si eres la primera gran bruja, necesito tu ayuda! —gritó intentando hacerse oír sobre el creciente sonido de las ramas del bosque, consciente de que Astrid nunca la atacaría de esa forma, pero llevada por la desesperación.

Reinició la carrera y no se detuvo, pese a sentir como algo se clavaba en sus piernas. De los árboles empezó a caer una lluvia de hojas tan intensa que tenía que apartarla con las manos mientras corría. Algunas de ellas se quedaron enganchadas a su ropa y en su pelo y sintió pinchazos en la cabeza, en la espalda y en los brazos, que se unieron al dolor que le subía por las piernas. Las hojas se agarraban a ella e intentaban enraizar en su piel. Asustada, gritó de dolor.

Se quitó el abrigo y el jersey, intentando desprenderse de las que se le clavaban en la piel, pero la lluvia desde los árboles se intensificó y caían sobre su cuerpo como cuervos intentando picotearla.

Al borde del desmayo, con las últimas fuerzas que le quedaban, llegó a la pequeña laguna que se formaba en el inicio del riachuelo, bajo la cascada, y sin pensarlo en exceso se metió en el agua.

En ese momento el suelo pareció abrirse bajo sus pies. Lo que era un pequeño estanque con poca profundidad se convirtió, de pronto, en un pozo sin fondo en el que se sumergió por completo. La sorpresa inicial le hizo tragar agua por lo que al emerger tuvo que toser para poder coger aire.

Las punzadas de dolor se calmaron. Como las abejas se aletargan con el humo, las brozas dejaban de clavarse en su piel bajo el agua, pero la lluvia de hojas seguía cayendo sobre su pelo y enraizaban en su cabeza. Para librarse de ellas volvió a sumergirse.

No sabía qué hacer, las brozas cubrían toda la superficie del estanque. Si emergía, volverían a atacarla y no sabía cuánto tiempo podría aguantar la respiración bajo el agua.

Intentó ver si bajo la cascada podría protegerse y respirar, pero las aguas eran tan oscuras que, pese a tener los ojos abiertos, no veía la mano bracear delante de su cara. Suplicó para sus adentros por volver a ver aparecer a Astrid y que la besara para poder volver a respirar bajo el agua, pero no lo hizo.

Sin poder aguantar más tiempo la respiración, emergió para coger aire. Las hojas se abalanzaron sobre ella como pirañas hambrientas. Sin tiempo de coger una buena bocanada, tuvo que volver a sumergirse. El aire en sus pulmones solo le permitió estar unos segundos bajo el agua antes de tener

que volver a enfrentarse a las hojas. Al hacerlo, le pareció ver una sombra arrodillada en la orilla del estanque.

Una mano le agarró del pelo al volver a sumergirse y tiró de ella hacia la superficie haciéndola daño. Le dio tiempo a ver quién era quien intentaba sacarla del agua. ¡Era Gare!

—¡No! ¡Gare, por favor! ¡No! —gritó con las fuerzas sacadas de la voluntad de volver a ver a sus hijas, soportando el dolor que le producían las hojas clavándose en su cara. Una de ellas entró en su boca abierta arrastrada por el agua que tragó y consiguió enraizar en su lengua lo que le produjo arcadas.

Sin soltarla, Gare volvió a sumergirla en el agua y, con la otra mano, consiguió agarrarla por la axila. Soltó su pelo y la sujetó por el otro brazo para tirar de ella y sacarla del agua.

—¡No Gare! ¡Las hojas! ¡Me duele! —gritó Triz con medio cuerpo fuera del agua, pero intentando volver a sumergirse.

—¡Lo sé! Pero déjame ayudarte o te ahogarás —replicó Gare—. ¡Pon de tu parte para salir del agua!

Triz dejó de oponerse a salir del estanque y dejó que la sacara a la orilla. La llevó contra una enorme piedra que estaba junto a la cascada, hizo que apoyara la espalda contra ella y cubrió el resto de su cuerpo con el suyo. Las hojas a él parecían no asediarle.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Triz entre toses mientras intentaba coger aire.

—Creo que salvarte —respondió Gare mientras seguía evitando con su cuerpo que la lluvia de hojas la atacara—. Te dije que ibas a necesitar mi ayuda en el bosque y no pensaba dejarte sola.

—Pero ¿cómo sabías cuándo iba a venir? Ni siquiera yo he sabido que iba a poder venir hasta ayer. —Triz comenzaba a recuperar la respiración y dejó de toser.

—No tenía ni idea de cuándo ibas a venir. Solo sabía que ibas a intentar hacerlo este fin de semana, aprovechando que podías dejar a tus hijas en casa de tus padres. Vine al bosque el viernes por la mañana. He pasado el día acampado en la zona sin niebla.

—No había ningún coche en el *parking* cuando llegué.

—No he venido en coche. Te recuerdo que soy como un emigrante, pobre y sin trabajo. Tuve

que robar una bicicleta para venir y pedalear durante ocho horas para llegar. La tengo aparcada junto a mi mochila.

—¿Tú haciendo deporte? —preguntó Triz, que una vez superada la angustia de poder respirar, empezaba a tiritar de frío.

—Ya ves lo que tenemos que hacer algunos para ayudarte. Casi muero. Anda, quítate esa ropa.

—Te agradezco que me hayas salvado de ahogarme y que me protejas de las hojas, pero no tanto como para eso, Gare —bromeó Triz intentando recuperar la sonrisa.

—Qué boba eres... Te vas a congelar con este frío si no te quitas esa ropa mojada. Te puedo dejar parte de la mía. Tengo más ropa seca en el campamento. Dejaré mis pensamientos más libidinosos de querer verte sin ropa para una mejor ocasión —replicó Gare y la abrazó para que dejara de temblar.

La lluvia de hojas cesó de pronto, pero Gare tardó unos segundos en dejar de abrazarla. El corazón le latía con fuerza, y no solo por la adrenalina de haberla rescatado del agua. Se sentía a gusto con ella entre sus brazos y no quería tener que soltarla. Notaba que sus energías se mezclaban.

—Ya no llueven hojas. Será mejor que vayamos a encontrar esa boca decapitada y el grimorio antes de que este bosque nos depare nuevas sorpresas. Puedes dejar de abrazarme, parece que el peligro ya ha pasado.

—Lo sé, pero lo hago por vicio.

—Anda, quita —protestó Triz y lo apartó con suavidad con las manos, en medio de un pequeño ataque de tos—. Ya que llevas más de un día en el bosque, podrías haber buscado el lugar, dado que parece que a ti el bosque no te ataca —añadió estrujándose el pelo con las manos.

—¿Y quién te ha dicho que no lo he hecho?

—¿Tienes el grimorio y no me has avisado antes de estar a punto de ahogarme? —preguntó ella torciendo el gesto.

—¿Y perderme la oportunidad de ser tu héroe rescatándote, verte tan sexi con la ropa mojada pegada al cuerpo y poder abrazarte? Sería tonto por mi parte. ¿No crees? Pero antes de que me tires al estanque, te diré que no. No tengo el grimorio. Solo he encontrado una cueva, pero no he visto nada en ese lugar. Quizás sean cosas de brujas, como que las hojas de los árboles ataquen o que se

haya hecho de noche un par de horas después de amanecer.

La niebla que los rodeaba también empezó a disiparse a cada paso que daban hacia el lugar de acampada. Era como si al encontrarse, al estar juntos, el bosque les hubiera dado una tregua. Aprovechando la aparente calma del momento, se alejaron del estanque. En el improvisado campamento, Triz se puso ropa seca.

—Menuda pinta —comentó al mirarse con una camisa que le quedaba grande y unos pantalones que había tenido que remangarse dos veces para no arrastrarlos por el suelo y a los que había tenido que poner un cinturón, al que había tenido que hacer un agujero nuevo, para que no se le cayeran.

—Vamos a recuperar un libro de las sombras, no a un cóctel de gala. Además, a mí me sigue pareciendo que estás muy guapa.

—¿Cómo voy a estar guapa con estas pintas? Tú que no dejas de mirarme con buenos ojos —replicó Triz remangándose la camisa para que no le cubriera las manos—. ¿Dónde dices que encontraste la cueva?

—Al otro lado de la catarata hay una gruta que termina junto a un estanque pero, como te digo, no vi nada parecido a una cabeza decapitada en ese sitio.

—Llévame a verla, creo que sé qué tenemos que hacer, pero no te separes mucho de mí. No me haría ninguna gracia que las hojas volvieran a atacarme —pidió Triz volviendo a toser, esta vez con más fuerza.

—No tengo ninguna intención de separarme de tu lado. ¿Estás bien?

—Sí. Es solo el agua que tragué en el estanque. No deja de picarme la garganta —respondió sin dejar de toser.

Mientras avanzaban por el bosque, de regreso a la cascada, el ataque de tos de Triz fue a más. Al punto que tuvo que detenerse y apoyarse en un árbol.

—¡Gare! No puedo respirar... —se quejó antes de caer sentada en el suelo.

Gare se arrodilló a su lado y viendo que se estaba quedando pálida, le abrió la boca para ver qué era lo que le estaba impidiendo tomar aire. Una de las hojas que estaban sobre el agua se le había pegado en el paladar y sus raíces taponaban su garganta.

Triz había dejado de toser. La raíz había cerrado del todo y ya no podía respirar ni hablar. Gare le metió la mano dentro de la boca con la intención de arrancarle las raíces o de provocarle una arcada que le hiciera expulsarlas, pero, cuando sacó la mano, solo tenía unas pocas entre los dedos. Las raíces seguían impidiendo respirar a Triz, que terminó por perder la consciencia.

La tumbó en el suelo de costado, le quitó el cinturón, le abrió la boca y no dudó en romper las finas raíces que brotaban del paladar con la hebilla. La puso boca abajo para sacarlas de su garganta y que no se las tragara y después la colocó boca arriba. Pero ella seguía sin respirar. Empezó a realizarle la reanimación cardiopulmonar y le insufló aire, boca a boca.

—¡Vamos, Triz, respira! Vamos, reacciona. ¡Vamos!

No dejó de intentar reanimarla hasta que se quedó sin fuerzas y, agotado, sintió como la cabeza le daba vueltas. En un primer momento se le nubló la vista, se tumbó en el suelo intentando que se le pasara el marero y después todo se fundió en negro.

Unos instantes más tarde, recuperó la consciencia. Triz seguía sin respirar a su lado. Desesperado, no se rindió y volvió a intentar reanimarla.

—¡Ni se te ocurra, Triz! No puedes dejarme solo ahora en este bosque. ¡Vamos!

Triz empezó a toser de nuevo y, aliviado, se dejó caer.

—No dejas de darme sustos —suspiró cuando Triz se incorporó para sentarse.

—Y tú no dejas de intentar besarme —replicó ella intentando sonreír.

—Esta vez, no solo lo he intentado, lo he conseguido, pero, chica, la verdad es que esperaba más de nuestro primer beso. No has puesto nada de tu parte —añadió Gare, intentando sonreír y calmarse del mal trago.

Se quedaron sentados en el suelo hasta que Triz terminó de recuperar el color y el aliento. Antes de levantarse, Gare le pidió que abriera la boca para asegurarse de que ninguna de las raíces volvía a crecer. Cuando estuvo seguro, se irguió para iniciar el camino. Triz hizo lo mismo, deseosa de terminar de una vez con todo aquello. Al hacerlo, sus pantalones se cayeron al suelo. Gare no pudo evitar la risa.

—En serio, lo de salvarte la vida lo hago por nuestra amistad. No es necesario que me recompenses quitándote la ropa.

—Anda, calla, idiota, y devuélveme el cinturón —contestó Triz muerta de vergüenza, recogió los pantalones del suelo y se los sujetó en la cintura.

No hubo más contratiempos hasta llegar a la gruta que había descubierto Gare. Tras rodear el estanque y la pequeña cascada, oculta entre dos grandes rocas cubiertas por musgo, había una pequeña hendidura de la que emanaba un extraño olor.

—¿Te metiste ahí tú solo? —preguntó Triz con una mueca.

—Teniendo en cuenta que para conseguir el mapa tuve que quemarte en una hoguera, supuse que la cabeza decapitada no sería fácil de encontrar. Aunque no lo parezca, dentro hay bastante luz, pero lo del olor no mejora —respondió Gare mientras se abría paso entre las dos rocas.

—¿No decías que dentro había luz? —replicó Triz cuando cruzó al otro lado y se vio envuelta en la oscuridad de la gruta.

—No me acordaba de que entré de día y que, ahora, de forma mágica, es en noche cerrada a las doce del mediodía. Dame la mano, prefiero tenerte vigilada para que no me des más sustos.

Cuando Triz le agarró, sintió un cosquilleo que le subía por el brazo. Se sentía como cuando era adolescente. Estaba más nervioso por ir sujeto de su mano que por caminar a oscuras por una gruta escondida en medio de un bosque encantado.

Con cada paso que daban adentrándose entre las rocas, el aire se volvía más húmedo. Unos metros más adelante, las paredes empezaron a sudar agua.

—Nos estamos acercando a la cascada —manifestó Triz, al sentir como se le mojaban los dedos por sujetarse en una de las paredes.

—Es justo aquí —interpuso Gare deteniéndose frente a un pequeño estanque—. No seguí más adelante. Tú dirás qué hacemos ahora.

—Estando en Grawell tuve una visión con Astrid. Me hundía en un agua como esta y aparecíamos en otra gruta. Me dijo que me esperaba allí.

—¿Había que bucear mucho?

—Bastante, pero ella me dio un beso en los labios y podíamos respirar bajo el agua. La pena es que yo no conozco ese hechizo.

—Ya te digo... Me hubiera encantado que me besaras.

—¡Y dale! Vas a tener que respirar tú solo.

—Pues espero que no sea mucho rato porque soy muy malo sumergiéndome. Mis cien kilos de peso no son fáciles de hundir.

—¿No insistias en acompañarme? Pues a estas cosas son a las que me tengo que enfrentar. ¡Vamos! —dijo Triz quitándose los pantalones y lanzándose al agua de cabeza. Gare fue tras ella.

El estanque tenía más profundidad de la que aparentaba en un principio. Cuando no habían recorrido ni la mitad del camino Gare ya empezó a sentir que se le acababa el aire. Angustiado intentó nadar con prisas y terminó por adelantar a Triz. Sentía como le ardían los pulmones y como su cuerpo le pedía a gritos una bocanada de aire, pero no podía respirar y la angustia era cada vez mayor. Cuando ya pensaba que no iba a poder aguantar más la respiración, vio la salida. Los últimos metros fueron eternos, pero consiguió alcanzar la orilla.

Tosiendo y recuperando el color se sentó en la roca esperando ver aparecer a Triz. Cuando ya volvía a angustiarse y tentado estaba de volver a sumergirse, ella apareció a su lado.

—¿Has visto algo? —preguntó ella al apoyarse en la roca.

—No he tenido tiempo ni de recuperar el aliento.

—Pues vamos —replicó ella poniéndose en pie.

Gare la siguió y le agarró la mano como habían hecho al entrar en la cueva. Al hacerlo se detuvo.

—Triz... —susurró—. Si yo te tengo agarrada con mi mano izquierda... ¿Quién me ha cogido de la derecha?

Se había quedado paralizado porque, al coger de la mano de Triz, había sentido como otra mano, fría, de dedos largos y afilados, aferraba su otra mano. No se atrevía a moverse.

La gruta empezó a iluminarse. Por entre alguna de las rocas se empezaron a filtrar rayos de luz, como si en el exterior volviera a hacerse de día. Gare pudo empezar a distinguir la silueta de la roca. No se atrevía a mirar quién estaba sujetando su mano, y menos al ver el rostro desencajado de Triz mirando hacia su derecha. Solo se aventuró a bajar la mirada y distinguió la silueta de una mano femenina, bañada en rayos de sol, entrelazada entre sus dedos.

La luz, cada vez más intensa, dibujó un brazo que Gare siguió con la mirada hasta llegar a un hombro, una melena dorada y los primeros rasgos de un rostro de piel joven.

—Jo… jo… jo... ¡Joder! —Dos ojos verdes de mirada intensa le hicieron balbucear un exabrupto.

—Bienvenidos. —El rostro de la mujer no se había movido. Sus labios permanecían cerrados, pero tanto Gare como Triz escucharon a la perfección su voz melódica —. Os esperaba.

—As... ¿Astrid? —tartamudeó Triz.

—Veo que me recuerdas, Triz. —La voz volvió a resonar en sus cabezas. En el rostro de la mujer solo se dibujó una sonrisa mientras soltaba la mano de Gare. Luego caminó flotando sobre el suelo—. Yo tampoco he olvidado nuestro beso —añadió Astrid mirándole a los ojos.

—Claro —balbuceó Triz sonrojándose—. También sabrás el porqué de nuestra visita. Necesito tu ayuda.

—Sí, lo sé. —La mujer seguía caminando por la gruta, alrededor de una roca—. Como he dicho os esperaba, y quiero ayudarte.

—Si quieres ayudarnos, ¿por qué la has atacado? ¿Por qué casi haces que muera dos veces? —preguntó Gare levantando el tono de voz.

—¡Eso no lo he hecho yo! —Los ojos verdes de la mujer se clavaron en Gare, que sintió cómo se encogía y se le paraba el corazón.

—Lo sé, Astrid. Yo sé que no has sido tú. Nunca le harías eso a otra bruja —replicó Triz sujetando a Gare para que no se cayera al suelo—. Esa magia negra sé que no era tuya.

La presión en el pecho de Gare se redujo cuando la mirada de la mujer se tornó más amable.

—Ahí te equivocas, Triz. Sí que le haría daño a otra bruja. Por eso estoy condenada a vivir aquí, por enfrentarme a alguien con mi mismo poder. Un enfrentamiento que duró años y que solo podía terminar de una manera, con la derrota de los dos.

—¿La derrota? —preguntó Triz sin llegar a entender.

—El enfrentamiento fue tan parejo, las fuerzas estaban tan igualadas que nadie podía salir

victorioso. Nuestra lucha fue tan encarnizada que miles de seres inocentes murieron durante la batalla. No podía permitir que nuestro conflicto se prolongara en el tiempo, o todos los mundos por los que luchaba habrían acabado por perecer. Tuve que tomar una decisión drástica.

—Si ninguno de los dos bandos podía ganar, ambos teníais que perder... —murmuró Triz.

—Exacto. Si los mundos terminaban por perecer durante la cruenta batalla, no habría nada que salvar. Así que hice que perdiéramos los dos. Confiné su alma en los límites del mundo de los muertos y la mía quedó encerrada en esta cueva, en este mundo, sin poder regresar a Grawell.

—Pero algo vuelve a ir mal. Tengo sueños que me anuncian que los mundos van a acabar sucumbiendo. Por eso necesito tu ayuda.

—Por eso te esperaba...

—Si tú no has sido quien ha estado a punto de matar a mi amiga, ¿quién ha sido? —preguntó Gare, que no se olvidaba de lo cerca que había estado de perder a Triz en el bosque.

—Quienes sirven a las sombras son conocidos como «las fuerzas del mal» por un sencillo motivo; porque son más de uno. Quien se enfrentó a mí tiene el mismo número de seguidores que gente combatió de mi lado. Seguramente sean ellos quienes han intentado evitar que Triz llegue hasta mi grimorio.

—Si querían evitar que llegara hasta ti, ¿por qué el bosque no me atacó a mí también?

—Gare, ¿no te cansas de hacer preguntas? —La mujer le había llamado por su nombre—. Llevas la protección de una gran bruja. El colgante de tu muñeca evitó que las hojas y el bosque te agredieran.

—¡El colgante! Te dije que me hacía sentir protegido —confirmó Gare mirando a Triz—. Esta vez nos ha protegido a los dos. ¿También sabes quién soy?

La risa de la mujer resonó en sus cabezas.

—Otra vez preguntando. ¿No te ha dicho Triz que soy la primera gran bruja? Lo sé todo. Incluso sé por qué estás aquí. —Astrid lo miró sonriendo y Gare se sonrojó—. Triz, mi libro de las sombras está en el interior. Solo tú puedes recuperarlo. Estoy segura de que cuando lo veas, todo empezará a tener sentido para ti.

Los rayos del sol bañaron el cuerpo de la mujer y su silueta se fue fundiendo con la luz.

—¡Una última pregunta! —exclamó Gare—. Para llegar hasta aquí casi me ahogo cruzando el estanque. ¿Puedes darnos el hechizo de respirar bajo al agua para poder regresar? —preguntó recordándo lo cerca que había estado de quedarse sin aire y con la esperanza de que Astrid le diera el hechizo a Triz para que ella tuviera que besarle.

Astrid, iluminada por una claridad cada vez más intensa, esbozó una sonrisa. Después flotó en el aire hasta colocarse al lado de Gare y, sujetándo su cara con sus frias manos, le besó. Gare no se atrevió a moverse, Triz sintió una punzada en el estómago parecida a la que notó cuando Paul le dijo que Gare estaba pidiendo para salir a Nadia.

Cuando se separó de los labios de Gare, Astrid se deslizó por el aire hasta llegar a su altura. Sonriendo colocó sus manos en su cara.

—No es necesario —replicó Triz poniéndole una mano en la boca a Astrid—. Yo no he estado a punto de ahogarme. Puedo volver sin ayuda, gracias.

—Como quieras —Los pensamientos de la primera gran bruja resonaron en su cabeza—, pero creo que deberías decírselo —añadió, sin dejar de sonreir, antes de que toda la cueva se llenara de luz.

Lo último en desaparecer fueron sus intensos ojos verdes.

—¡Joder! Ni todos los ciberjuegos del mundo pueden acostumbrarme a estas cosas —exclamó Gare cuando, al mitigarse la luz, vio que se habían quedado a solas en el interior de la gruta.

—Ha dicho que el grimorio está en el interior. Tenemos que encontrarlo —declaró Triz antes de ponerse a buscar la roca con forma de cabeza decapitada. Cuando la encontró intentó introducir la mano—. No me cabe. Es imposible que aquí esté oculto el grimorio —maldijo viendo que ni siquiera los dedos terminaban de entrarle en el orificio.

—Déjame probar. Igual se trata de encontrar una palanca que accione algún mecanismo dentro de la cueva que nos descubra el libro.

—Gare, aquí no hay nada. No me caben ni los dedos —protestó Triz poniéndose de pie—. Mi libro de las sombras está en el interior —repitió las palabras que había dicho Astrid—. Pero no puede referirse al interior de la cabeza decapitada.

—En el mensaje escrito en la perla ponía: «El grimorio de la primera gran bruja encuentra junto a la boca decapitada». No dentro de la boca. Miremos si hay algo cerca que pueda esconder un libro.

Gare se puso a buscar en los alrededores de la piedra. Miraba, palpaba, revisaba cada esquina de la cabeza y de las pequeñas rocas que estaban a su alrededor sin encontrar nada, mientras Triz se había quedado de pie, a su lado, pensativa.

—¿Qué haces? ¿No me vas a ayudar a buscar? La mujer ha dicho que solo tú puedes recuperarlo. No vamos a encontrarlo si no me ayudas.

—Es un libro mágico. No se esconde entre las rocas, se oculta con magia. No tiene sentido buscar entre las piedras, Gare...

—¿Y se te ocurre una idea mejor?

—Mi libro de las sombras está en el interior. Solo tú puedes encontrarlo... —musitó Triz para sí misma—. En el interior, solo yo puedo encontrarlo... ¿Y si se refiere a mi interior?

—¿A tu interior? ¡Ah, no! Ya me has pedido que te queme una vez. No pienso abrirte en canal para sacarte un libro de dentro. ¡Me niego!

—¡Bobo! No me refiero a eso. Me refiero a que el contenido del libro está en mi interior. A que ya lo conozco y solo yo puedo sacarlo a la luz. ¿Cómo vas a tener que sacarme un libro de las tripas?

—¡Y yo que sé! Todo esto de la magia y la brujería me supera. No sé qué me puedo encontrar. Yo solo estoy aquí porque... —Gare dudó al terminar la frase—. Porque eres mi amiga.

—Tengo que buscar en mi interior. Lo más difícil va a ser conseguir dejar la mente en blanco —dijo Triz cerrando los ojos—. Tengo que centrarme en la respiración, pensar solo en aquello que deseo, como hice en Grawell con mi tía.

—Yo deseo encontrar un filete con patatas. Llevo dos días comiendo alimentos sin cocinar...

—¡Sshhh! Calla. Necesito silencio para poder concentrarme.

Gare obedeció y se quedó callado. Buscó una piedra en la gruta que no estuviera muy húmeda para poder sentarse, ya que le dolían las rodillas de estar de pie, y se quedó observando a Triz.

Desde una de las rocas, alejada de las paredes de la gruta, vio cómo se colocaba las manos sobre

su estómago y, con los ojos cerrados, se concentraba en relajar su respiración. Él no podía pensar en otra cosa que no fuera en lo sexi que le parecía verla vestida solo con su camisa.

Empezó a impacientarse cuando, pasados unos minutos, no había pasado nada. Estaba a punto de volver a hablar cuando Triz empezó a murmurar unas palabras que él no entendía.

«Ayudme diose de la religón a encontra el grimo en mi intero. Yudme diose la regón cotra grimo tero. Yudmeiosla regoncra grimoter».

Triz repitió las frases varias veces como si fueran un mantra o el estribillo de una canción pegadiza. Gare miró a su alrededor esperando que fuera algún hechizo o conjuro que hiciera que algo ocurriera dentro de la cueva. Desde que habían desaparecido los ojos verdes de Astrid, llevaban casi media hora allí sin que ocurriera nada. Y cuando Triz dejó de pronunciar las frases, seguían igual.

Agobiado, incómodo con la piedra clavada en sus posaderas, a punto de agarrar a Triz de los hombros, como había hecho en el estanque, para sacarla de su trance y obligarle a largarse de allí, empezó a sentir que la roca en la que estaba sentado comenzaba a temblar.

Se levantó de un salto. Iba a gritar a Triz que la piedra se movía cuando la vio levitar unos centímetros sobre el suelo.

—Me cago en la... —musitó, pero se tapó la boca para no desconcentrarla.

Los pies de Triz estaban a diez centímetros del suelo. Su cuerpo flotaba en el aire como Gare lo había visto hacer a los magos que salían por la tele cuando todo lo relacionado con la magia le gustaba para intentar descubrir el truco. Pero, esta vez, no había hilos ni peanas en las que sujetarse ocultas bajo la ropa, ni nada parecido a un truco.

Ahogó un grito de asombro cuando los ojos de Triz se abrieron y brillaron en un tono verde idéntico al que había visto en los ojos de Astrid. Se sorprendió porque estaba seguro de que su amiga tenía los ojos castaños. Se había fijado cientos de veces.

Otra serie de palabras, sin sentido aparente, salieron de los labios de Triz:

«Ayudme ahor os luplic diose amdos».

Las palabras se fueron acelerando. Triz cada vez las pronunciaba más rápido hasta que todas ellas parecieron formar una única palabra. «Ayudmeahorosluplicdioseamdos».

La piedra con forma de cabeza empezó a levitar en el aire. El resto temblaba en el suelo como si quisieran salir de la tierra y elevarse. Gare también temblaba, pero era de nervios y miedo. Se escondió en una esquina de la cueva para evitar que las rocas que volaban por la gruta le acabaran golpeando. La cabeza giró en el aire hasta quedarse frente a frente con Triz, que seguía repitiendo la frase en un bucle infinito y acelerado y, de súbito, cayó.

Las piedras dejaron de temblar, la cabeza dejó de flotar en el aire y colisionó con violencia contra el suelo. Triz también cayó de costado sobre la tierra, desmayada en apariencia.

—¡Triz! ¡Triz! —Gare salió corriendo hacia donde estaba y le levantó el rostro del suelo zarandeándola por los hombros—. Triz despierta, por favor.

—Deja de menearme, que me vas a arrancar la cabeza...

—Deja de asustarme, que me vas a matar de un infarto —replicó Gare, abrazándola con fuerza.

—¿Qué ha pasado?

—Que las piedras se han puesto a temblar, que has levitado sobre el suelo, que se te han cambiado los ojos a color verde y que la cabeza decapitada ha volado a tu lado hasta que... —Gare señaló al lugar donde había caído la roca—. Hasta que ha caído y se ha partido por la mitad.

—¿Y has mirado dentro para ver si ha aparecido el libro? —preguntó Triz intentando ponerse en pie.

—Llámame loco, pero he preferido preocuparme por ti —contestó Gare, ayudándola.

Se acercaron a mirar y en su interior había un libro de color negro incrustado en el hueco donde se ubicaría el cerebro de la cabeza de piedra.

Triz se puso a leer sus primeras páginas, con Gare mirando por encima de su hombro.

32

Grimorio de la primera gran bruja.

«En la noche de mi décimo cumpleaños, han visitado mis sueños. Dos seres sobrenaturales, bellos, de los que, en un principio, no conocía ni sus nombres. No los había visto nunca, pero conectaron con mis sentimientos de inmediato.

Ella se ha presentado ante mí como la Diosa Luna. Era una preciosa mujer de pelo rojo y ojos verdes, con un vestido largo de tonos verdes y marrones formado por hojas, tierra, musgo y flores que le cubría solo de cintura para abajo, lo que me ha hecho ruborizarme.

Él era un joven apuesto que ha dicho ser el Dios Astado, de mirada profunda y con los ojos tan negros como el fondo de un pozo, que vestía con la piel curtida de un animal y que lucía dos astas de ciervo sobre su cabeza. O eso me ha parecido a mí, más centrada en conseguir escapar de la magia de su mirada.

Me han dado la bienvenida, me han llamado por mi nombre y me han invitado a visitar su reino. Acobardada, ya que me sentía más pequeña a su lado de lo que ya soy, he caminado entre ellos como una hija pasea de la mano de sus padres, al llegar a un nuevo mundo.

Todo parecía sacado de un cuento de hadas, de un lugar imaginario lleno de magia y me he ido sintiendo más cómoda con cada paso. La voz melodiosa de la Diosa de la luna me relajaba y la voz firme del Dios Astado me llenaba de confianza. Entonces me he dado cuenta de que las astas de ciervo de la cabeza del Dios no eran ornamentos como la piel de animal que cubría su cuerpo, sino que nacían de su propio cuero cabelludo. Al descubrirlo, me he asustado y me he despertado».

—No puede ser... —murmuró Triz al terminar de leer la primera página del libro—. No puede ser…

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —preguntó Gare tras terminar de leer la misma página—. ¿Te ha recordado algo el texto?

—Tuve ese mismo sueño la noche de mi décimo cumpleaños. El mismo. Yo también me desperté al descubrir que los cuernos del Dios Astado nacían de su cabeza. A la mañana siguiente fue cuando mi tía Helen me regaló el colgante con la forma de las fases lunares y un libro de tapas negras para que escribiera mis sueños. La primera página de mi libro de las sombras tiene el mismo sueño que Astrid, la primera gran bruja, tiene en el suyo...

—Deberíamos seguir leyendo. Igual ella también tuvo el sueño que tan preocupada te tiene, pero sabe cómo evitar que ocurra.

Triz empezó a leer la segunda página del libro. Los detalles del sueño que tuvo mientras estaba en la ducha preparándose, el día que había quedado con Óscar, también estaban escritos en las páginas del grimorio de la primera gran bruja. Había partes que no coincidían, como que ella fuera al cine, que le gustara un chico o que no pudiera llamar a su amiga por el móvil, pero los detalles importantes de la luz roja en el cielo, de la niebla y los temblores eran idénticos en ambas visiones.

Triz siguió pasando páginas en busca del segundo sueño que tuvo con la Diosa de la luna y el Dios Astado y lo encontró unas páginas más adelante, en el vigesimoquinto cumpleaños de Astrid. El mismo día que lo había tenido ella.

«Hoy he vuelto a soñar con el Dios Astado y la Diosa de la luna, aunque en un primer momento casi no los reconozco. Estaban tan distintos...

»Él se mostraba más fuerte, más musculado, y su piel, hace quince años suave y perfecta de un tono rosado, lucía ahora morena y marcada por pequeñas cicatrices. Sus ojos negros centelleaban y, si la primera vez me invitaron a perderme en su profundidad, ahora me infundían respeto. De su cabeza ya no brotaban pequeños cuernos de ciervo, sino grandes astas de alce que se erguían como troncos de árbol y le daban un aspecto fiero y amenazante.

Ella también se veía muy diferente a como la recordaba. Ya no tenía el pelo rojo, ahora era de un color negro azabache, y sus ojos verdes ya no destilaban esa luz juvenil de cuando la vi por primera vez. Me miraban de forma serena, madura, con más sabiduría en su interior, pero también albergando una mayor tristeza. Su vestido había perdido el verdor y brillaba con los mismos tonos blancos y grises que la luna llena en una noche de verano. Ya no solo le cubría hasta la cintura, sino que portaba un velo que caía desde su cabello cubriendo sus hombros, aunque sus pechos seguían mostrándose desnudos. Si con diez años me ruborizó su desnudez, hoy lo que me ha sonrojado y ha

despertado, ha sido el beso que me ha dado en los labios».

—¿También soñaste con eso beso con la Diosa? —preguntó Gare con curiosidad.

—Tú siempre pensando en lo mismo —replicó Triz sin llegar a responderlo, aunque en el tono de piel de su cara se notaba que se estaba ruborizando—. Déjame seguir leyendo. Me interesa...

«El mundo en el que estuve durante ese tiempo también era distinto al que visité la primera vez. Más sombrío, menos acogedor y el ambiente que se respiraba era turbio como el agua estancada de un pozo, aunque a mí me sigue pareciendo un lugar mágico al que sueño con regresar cada noche».

—No dice nada de tus pesadillas, ¿verdad?

—Falta un tercer sueño con la Diosa, y lo tuve hace poco más de un año, en mi treinta y siete cumpleaños.

—Es verdad. Tu cumpleaños fue a principios de mes y no te he felicitado.

—Todavía no habíamos vuelto a vernos. Estabas en el mundo virtual. Vamos a seguir leyendo.

Triz siguió pasando las páginas del grimorio de Astrid. Estas se encontraban llenas de hechizos, pócimas, oraciones y conjuros. Había descripciones de la etapa de su vida en la que Astrid había sido perseguida y contaba cómo había acabado quemada en la hoguera por negarse a hacer daño a los hombres que la perseguían. Las siguientes describían su llegada a Grawell y sus primeros días de estancia en el nuevo mundo, pero durante bastantes páginas no había ningún sueño premonitorio.

Parecía que en aquella etapa Astrid también había dejado de tenerlos.

Unos meses más tarde de soñar por segunda vez con los Dioses, Triz se quedó embarazada de su hija mayor y los sueños desaparecieron. No volvieron hasta después de nacer su segunda hija, casi seis años más tarde, cuando ya los daba por olvidados. Entonces soñó con la Tercera Guerra Mundial. Ese sueño no estaba en el libro de Astrid, pero sí el tercero con los Dioses en su trigésimo séptimo cumpleaños.

«¡Tengo que hacer algo! Hoy he vuelto a soñar con los Dioses. Me he visto en un mundo oscuro, envuelto en tinieblas, inhóspito y desolado. Si me lo hubiera encontrado así cuando tenía diez años, me habría despertado antes de que la Diosa Luna y el Dios Astado hubieran aparecido. Ahora, ya adulta, mantuve la serenidad y contemplé el devastado paisaje.

Caminé entre bosques en llamas, casas derruidas, suelos agrietados, como si la tierra se hubiera llenado de cicatrices, y campos desérticos. Lo hice sola, ni un alma salió a mi encuentro, las escasas personas que me encontré yacían en el suelo con las bocas desencajadas o los ojos vacíos de vida.

Sentí el frío de la muerte intentando congelar mi cuerpo y al miedo germinando en mi espíritu cuando vi a una mujer mayor caminando entre los escombros, apoyada en un cayado.

—¡Señora! —grité intentando que me escuchara y se girara—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está todo vuestro mundo muerto?

La mujer se dio la vuelta y alzó su cabeza para mirarme con sus ojos hundidos. Entonces la reconocí. Estaba muy mayor, pero siempre reconoceré esos ojos verdes. Era la Diosa Luna, ahora con el pelo bañado por completo por el color del astro, con un vestido gris ceniza que parecía aún humear después del incendio que lo hubiera calcinado, cubriéndole todo el cuerpo y la sombra de la muerte habitando en su mirada.

Exhaló mi nombre en medio de un lamento, mientras extendía su mano para que la agarrara. Dichosa de volver a verla, aunque fuera en aquel estado, corrí a su encuentro como una hija corre a abrazar a su madre tras sufrir una caída, con lágrimas en los ojos, deseando recibir su consuelo por el dolor y la tristeza que sentía al ver todo el horror que me rodeaba.

«Ven, Astrid... ven conmigo», musitó mientras yo corría intentando evitar tropezar con las piedras que obstaculizaban mi camino. Estaba a pocos metros de alcanzarla, cuando el suelo se abrió frente a mí en una grieta tan profunda que temía ver el firmamento por el otro lado. Tuve que detener mi carrera para evitar precipitarme al abismo, incapaz de saltar los metros que me separaban de la Diosa. Grité de impotencia al no poder alcanzar su mano.

De las profundidades de la grieta, emergiendo entre las sombras del abismo, surgió la figura del Dios Astado escalando por las paredes como un animal salvaje. Lo primero que me llamó la atención fue que había perdido una de sus astas. Uno de sus cuernos estaba partido y lucía en su cabeza como el tronco de un árbol talado.

Mientras escalaba, alzó su cabeza para mirarme. Sus ojos negros centellaban como las estrellas. En ellos había rabia, dolor, ira; desprendían tanto odio que al mirarlos me hicieron retroceder unos pasos.

Salió de la grieta y se plantó frente a mí. También estaba envejecido, pero seguía conservando su aspecto atlético. Su piel, antaño rosada y perfecta, lucía ennegrecida y cubierta de heridas aún

sangrantes. Una sangre que teñía de rojo sus ropajes y que le daban un aspecto siniestro y aterrador.

Dio un paso hacia mí y yo retrocedí la misma distancia. No me llamó por mi nombre ni me tendió la mano, solo se aproximó hacia mí con aire amenazante.

«¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está todo vuestro mundo muerto?».

Le formulé las mismas preguntas que le había realizado a la Diosa. Por primera vez me habló y su respuesta me congeló el alma.

«Este no es nuestro mundo. Es el tuyo, Astrid. El tuyo y el resto de los mundos van a perecer. Las fuerzas se han desnivelado y la guerra solo acaba de empezar».

Al dar el siguiente paso hacia atrás, tropecé con una piedra del suelo y caí de espaldas. El Dios se plantó a mi lado mientras yo temblaba en el suelo como una hoja.

«¡No te acerques a ella!».

Oí gritar a la Diosa a su espalda. El Dios Astado se giró y avanzó hasta el borde de la grieta, por lo que me dio tiempo a ponerme en pie.

«¡Ni se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer!».

La amenazó con una voz que hizo temblar el suelo. Después, alzó sus manos hacia el cielo y de entre su negrura surgió una bandada de cuervos negros que se abalanzaron sobre los ropajes de la Diosa.

Intenté salir corriendo en su ayuda, pero el firme brazo del Dios me detuvo. Grité con tanta fuerza al ver a los cuervos picoteándola que me desperté.

Ahora me encuentro en mi cama, en mi casa, nada en mi mundo ha cambiado todavía. Estoy a tiempo de evitar que ocurra. Tengo que regresar. Tengo que hacer algo. Tengo que volver y salvarla. Debo descubrir qué ha ocurrido y evitar que mi sueño se haga realidad».

—¿Es eso lo que tú soñaste? —interrogó Gare poniendo la mano sobre el hombro de Triz.

—Sí. Solo que yo no salí corriendo a intentar ayudar a la Diosa. Me quedé petrificada sin saber qué hacer hasta que el Dios Astado se giró hacia mí. Fue entonces cuando me desperté.

—¿Y pone en el libro qué hizo Astrid para evitar que ocurriera ese desastre? Porque imagino

que, si seguimos todos aquí, es porque ella lo consiguió.

—Nos ha dicho antes que las fuerzas estaban tan igualadas que la batalla no habría terminado nunca. Que solo tuvo una forma de detener la guerra: haciendo que perdieran ambos bandos encerrando a su enemigo y quedando prisionera en esta cueva. Solo tengo que saber cómo lo hizo —respondió Triz pasando hojas en el grimorio.

Pero el resto de las páginas del libro solo contenían hechizos y conjuros tan elaborados que era incapaz de comprenderlos.

—Tenemos que volver a casa. Allí podré estudiar estos hechizos y ver para qué sirven. Estoy segura de que, entre estas páginas, se halla la forma de evitar que mi sueño se haga realidad. No disponemos de mucho tiempo.

—¿Por qué estás tan segura de que no nos queda tiempo? Desde que soñaste con la tormenta solar, el día que yo empecé a salir con Nadia, hasta que ocurrió de verdad pasaron muchos años. ¿Por qué ahora crees que va a ocurrir de inmediato?

—Por los sueños de Alana. Es complicado de explicar. Intentaré hacerlo de camino a casa. Porque vendrás conmigo en el coche, ¿o prefieres volver en bicicleta y hacer algo de deporte?

Gare no necesitó ni responder. Triz ya sabía que iban a tener que hacer un hueco en el maletero para la bicicleta con solo mirarlo.

33

Un reencuentro inesperado. Bosque de Otsa.

Salir de la gruta fue más fácil para Gare. El beso de Astrid le permitió respirar bajo el agua y salir del estanque nadando con tranquilidad unos metros por detrás de Triz con la esperanza de que a ella le faltara el aire y le pidiera ayuda. Pero ella, como le había dicho a Astrid, pudo cruzar aguantando la respiración sin problema.

Cuando salieron, el bosque mantenía la misma apariencia mágica y acogedora que cuando habían llegado. No había rastro de niebla, no soplaba viento entre los árboles y el estanque volvía a tener el agua cristalina y con una profundidad que solo invitaba a refrescarse los pies.

—¿Por qué el bosque dejó de atacarnos cuando te saqué del agua? —preguntó Gare, mientras observaba como Triz volvía a ponerse los pantalones que había dejado junto al estanque.

—Te lo ha dicho Astrid, por la protección del colgante de mi tía. O puede que dejara de atacar porque estaba seguro de que la hoja que había enraizado en mi garganta iba a ser suficiente para acabar conmigo. Si no llegas a estar tú aquí, no habría llegado más lejos.

—Puede, pero no me convence. Te va a parecer increíble después de haber sido atacada por los árboles, de casi morir ahogada en un estanque sin profundidad y de que una hoja estuviera a punto de dejarte sin respiración, pero... conseguir el libro de las sombras de Astrid me ha parecido más sencillo de lo que me imaginaba.

—¿Sencillo? Gare, me has tenido que salvar la vida dos veces.

—Lo sé, pero... ¿por qué no había ninguna trampa en la entrada de la gruta? ¿Por qué, si el libro es tan importante para evitar el fin de los mundos, nada ni nadie nos ataca ahora que lo tenemos? No sé, si yo fuera el malo en toda esta historia, actuaría de otra manera.

—No le des más vueltas. Volvamos a casa e investiguemos los hechizos del libro a ver adónde nos llevan. Quizás el grimorio no sea la respuesta final que buscamos y por eso nos hayan dejado en paz por el momento.

—¿Volvamos? ¿Investiguemos? ¿Buscamos? No me digas que, a partir de ahora, vas a dejar de querer hacerlo todo sola y me vas a permitir acompañarte —expresó Gare alegrándose de que contara con él para sus planes. Pero Triz no respondió, se quedó parada en medio del camino entre los árboles, mirando hacia el aparcamiento donde tenía su coche—. ¿Pasa algo? Te has quedado helada.

—Hay que ver lo bocazas que eres a veces, Gare. No podrías haber dado por bueno conseguir el libro... ¿Por qué hay dos coches en el aparcamiento? —murmuró Triz como si fuera un pensamiento para sí misma.

Aparcado junto a su coche, había otro de color negro y no parecía haber nadie dentro.

—Alguien habrá venido a acampar al bosque —dedujo Gare—. Es un lugar precioso.

—Nadie viene a este bosque. Es un lugar encantado al que la gente tiene miedo. Nadie se acerca aquí por gusto o a visitar el paisaje desde hace más de un año. Y menos gente que tenga un coche eléctrico como ese. Nadie puede pagarlos ahora... Solo cargar la batería de ese coche para que hiciera cien kilómetros costaría el sueldo medio de cinco familias. ¿Para qué iba a venir un hombre rico a acampar a este bosque?

—¡Gare! ¡Triz! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó una voz familiar a sus espaldas—. Quién me iba a decir que os iba a encontrar a los dos juntos tantos años después.

—¿Cristian? —titubeó Gare al creer reconocer a su viejo amigo—. ¡Cristian! Joder, no sabía nada de ti desde antes de la Tercera Guerra Mundial. ¿Qué diablos haces aquí?

—Eso mismo te iba a preguntar yo, cabronazo. Veo que la vida te trata bien —contestó, dándole palmadas en la tripa— ¿Tú no estabas saliendo con Nadia? ¿Qué haces aquí con Triz?

—Nadia y yo rompimos hace once años. Me reencontré con Triz hace unos días y me pidió que le ayudara a buscar... —Triz lo interrumpió con un codazo en las costillas.

—Cristian, apenas has cambiado —apuntó Triz tomando la palabra—. Tiene que irte muy bien la vida para poder permitirte tener ese coche. ¿Qué haces en este bosque?

—Triz, siempre tan observadora. En esta vida, para triunfar, hay que saber aprovechar las oportunidades que se te ofrecen. Yo he sabido aprovechar las mías. Otras, en cambio, prefieren conservar su ética, aunque eso las lleve a tener una vida de mierda. La vida se disfruta mucho más cuando no se le pone límites o te haces la estrecha.

Cristian le sonreía con la misma sonrisa perfecta que había captado su atención el día que se habían conocido siendo ella una niña. Conservaba su abundante pelo negro sin ninguna cana y seguía teniendo un cuerpo atlético, ahora que ya habría superado los cuarenta años. Mantenía ese aire de confianza en sí mismo que le hacía tan atractivo de adolescente, pero seguía siendo el mismo ególatra insoportable que se había atrevido a intentar besarla.

—¿Aún te duele? Creo que deberías madurar—interpeló apartando la mano que Cristian intentaba ponerle sobre el hombro.

—Sigo teniendo la buena costumbre de conseguir todo lo que deseo.

—¿De qué hablaís? —preguntó Gare, que no se enteraba de nada.

—Cristian intentó besarme en la fiesta a la que nos invitó y ahora me llama estrecha porque lo rechacé.

—Te llamo estrecha porque sigues poniéndote límites, porque sigues con los mismos miedos, con tus restricciones morales, con tus prejuicios. Todas esas limitaciones que te hacen dudar de hacer aquello que debes para triunfar. Yo dejé atrás todas esas limitaciones y, ahora, la vida me sonríe.

—¿Que intentó besarte? Se suponía que ibas a hablar con ella para ver si estaba enfadada conmigo, ¡pedazo de cabrón!

—Y te lo creíste... Simplemente intenté coger lo que tú solo eras capaz de soñar. Alguien tenía que atreverse a dar el paso, y tú llevabas años sin hacerlo. No te quejes, que si no llega a ser por mí y por esa fiesta no habrías conocido a Nadia y todavía serías virgen.

—¡Serás hijo de puta! —exclamó Gare abalanzándose sobre él. Pero Triz le contuvo.

—Llámame desconfiada, pero no creo que sea casualidad que nos encontremos después de tantos años en este bosque que nadie se atreve a visitar. ¿Qué es lo que quieres, Cristian? —increpó Triz separándose unos pasos de él.

—Qué manera de estropear tan encantador reencuentro. ¿No podías limitarte a alegrarte por volver a vernos, a disfrutar de los recuerdos del pasado y a dejarme conseguir lo que he venido a buscar sin ponerte a la defensiva? Lo haremos entonces a tu manera. Quiero el libro y lo quiero ahora —exigió Cristian a quien se le borró la sonrisa de la cara.

—Estás loco si piensas que te lo voy a dar por las buenas —advirtió ella, dando un paso al frente.

—¿Cómo sabes lo del libro? ¿Para qué lo quieres? No entiendo nada, Cristian —balbuceó Gare intentando colocarse entre los dos.

—Gare, como siempre, el último en enterarse de las cosas. No espabilas con los años, ¿eh? Sigues siendo el mismo idiota de hace veinte años. No me extraña que lo tuyo con Nadia terminara mal.

—¿De qué coño hablas? Qué sabrás tú de por qué rompimos.

—No lo sé, pero sospecho que se cansó de aguantar a un imbécil como tú. Ya me pareció raro, por aquel entonces, que hubiera aceptado salir contigo y, más aún, que durarais tantos años juntos, pero bueno, pensé que siempre hay un zapato que termina adaptándose a un pie, por muchos callos que este tenga. También hay malos, pero lo que no hay es zapatos que no terminen rompiéndose. Ahora, si no te importa, deja que hablemos los que sabemos de estas cosas y procura no entrometerte —amenazó Cristian y volvió la mirada hacia Triz.

—Gare, él también es un brujo —apuntó Triz a su lado—. Y quiere el libro para que no podamos usarlo. Será mejor que te apartes porque me temo que esto no va a solucionarse por las buenas —añadió apartándolo con el brazo.

—Sin duda, siempre has sido la lista de vosotros dos. No me extraña que nunca quisieras salir con él. Dame el libro y evitemos confrontaciones absurdas que solo conseguirán que salgáis heridos.

—No pienso dártelo, Cristian. ¡Jamás!

—Vamos, Triz, piénsalo detenidamente. Eres una mujer inteligente y seguro que podrás comprenderlo. Déjame que te explique por qué lo mejor que puedes hacer es darme el libro. Igual que lo mejor que podías haber hecho en mi fiesta es dejar que te besara. Si lo haces, todo aquello que deseas podrá hacerse realidad.

—¿Lo que deseo? No puedes saber lo que deseo. Ni siquiera sabías nada de mí cuando nos veíamos casi todos los días. Si lo supieras no habrías intentado besarme. No sabes nada de mi vida.

—Ahí te equivocas, encanto. Llevo años dedicándome a observarte. Cuatro años para ser exactos. No te puedes imaginar la cara que puse cuando me asignaron tu vigilancia. ¡La pequeña Triz, una poderosa bruja! Yo, que la recordaba como una niñata acomplejada, tímida y temerosa que salía huyendo de las fiestas, y resultaba ser mi primer encargo. Sé que vives en una pequeña casa en la que ni siquiera puedes cocinar todos los días porque no tienes vatios suficientes, con dos hijas y con un marido con el que cada día te cuesta más convivir. Sé que trabajas muchas horas para poco beneficio y que te gustaría tener más tiempo libre para dedicarlo a tus pequeñas.

—Eras tú... Tú eras la sombra que creyó ver Nara entre los escombros, la que vio Alana en su ventana y la que creí ver tras la valla de mi casa...

—No estaba en mi mejor momento y me resultaba más complicado desenvolverme... pero ya vuelvo a ser yo mismo. Ahora ya sabes por qué sé que siempre has deseado ser una mujer decidida, sin complejos, y juntos, con nuestra magia, podrías ser la atractiva mujer que siempre has soñado ser. Puedo conseguirte todo eso a cambio de que me des el grimorio y ese beso que dejamos pendiente. ¿Qué te parece?

—Ya soy la mujer que soñaba ser. Soy madre de dos hijas estupendas y ese ha sido siempre mi sueño —replicó Triz.

—Además, a mí ya me parece una mujer muy atractiva —añadió Gare, un par de pasos por detrás, con voz de niño que se avergüenza de interrumpir en clase por si no está dando la respuesta correcta.

—¡Pero mira que eres patético, Gare! ¿Aún sigues enamorado? No te has atrevido nunca a decirle lo que sientes y aún vas detrás de ella como un puto perro faldero, en silencio y sin poder acercarte más que a lamer sus pies.

—¡Yo no le lamo los pies! Yo...

—¿Le has dicho alguna vez en estos veinticinco años que la quieres? ¿Alguna? ¿Una vez al menos en todo este tiempo, pedazo de imbécil? ¡Ninguna! Eres un inútil, chaval. He estado yo más cerca de besarla en una hora en mi fiesta que tú en toda tu puta vida. ¿Cómo esperas que una mujer como ella se pueda fijar, siquiera, en tu existencia más allá de considerarte un amigo? ¿Un perro fiel? Un hermano mayor... —Cristian usó aquellas últimas palabras entre carcajadas. Él, al haber sido

amigo de la juventud, sabía lo que a Gare le dolieron la vez que Triz las usó para definir lo que sentía por él—. Debe aspirar a un hombre con el coraje necesario para decirle lo que siente. Un hombre con cojones y decidido, como yo, que se atreva a agarrarla por la cintura, mirarle a los ojos y decirla lo que siente.

—Jamás saldría con un hombre como tú, Cristian —contraatacó Triz—. Y tú nunca has sentido nada por mí.

—En mi fiesta fue un antojo repentino. Tomar aquello que otro desea por el simple hecho de saber el porqué. Ahora que sé que eres una bruja poderosa te veo con otros ojos... y de joven no pensabas lo mismo. Cuando nos conocimos se te notaba a distancia que te sonrojabas cada vez que estaba cerca. A ti y a tu amiga Norma se os caía la baba conmigo.

—Es lo que tiene madurar, que descubres lo idiota que podías llegar a ser de adolescente y el mal gusto que se tiene con las hormonas aceleradas.

—Centrémonos en el ahora. Igual cambias de idea. Tienes dos opciones: aceptar mi oferta de dejar atrás la moral y la magia blanca para vivir una vida rodeada de lujos y hombres que puedan satisfacerte dándome el libro por las buenas, o resistirte a mis peticiones y sucumbir a mi magia, quedándote sin nada a la espera de ver cómo todo a tu alrededor se consume rodeada de hombres que no te entienden como tu marido o temerosos e inútiles como Gare. El libro, de cualquiera de las dos maneras, me lo voy a llevar yo.

—¡Eso habrá que verlo! —replicó Triz alzando sus manos.

Cristian estalló en una risa burlona que retumbó entre los árboles como en una caja de resonancia.

—¿Qué pretendes hacer contra mí con tus hechizos de mierda de magia blanca? ¡Es ridícula tu resistencia! Es como enfrentarse a un ejército armada con una cuchara de madera. ¡Ni siquiera te sirve para defenderte!

Cristian levantó los brazos al cielo y pronunció unas palabras mientras el viento formaba círculos y las hojas del suelo se elevaban a su alrededor. Cuando los bajó señalando hacia Triz, tanto las hojas como el viento y un haz de luz con el brillo de un rayo surcaron el espacio que les separaba y se estrellaron contra el cuerpo de la bruja.

Gare ahogó un grito, pero, al ver como las hojas salían repelidas similares al aire que golpea

contra el parabrisas de un coche y no llegaban a alcanzarla, respiró aliviado.

Pero ella, que seguía manteniendo los brazos en alto evitando el ataque, no contraatacaba y lo miraba con los ojos llenos de tristeza.

—Tiene razón, Gare... El mal, como dijo mi tía Helen, siempre tiene ventaja —murmuró cuando Cristian cesó en su primer ataque.

—La magia blanca no sirve para dañar a nadie... —susurró Gare afligido.

—Veo que habéis entendido a qué me refería con las limitaciones de la ética. Triz nunca ha usado su magia para pelear, ni siquiera sabe cómo hacerlo. Es tan patético verla hacer conjuros en el patio trasero de su casa que casi me muero de la risa al verla. Aún estás a tiempo de dejarte de peleas absurdas y olvidarte de chicos que se esconden tras los árboles para venirte conmigo, huir de tu vida y descubrir las ventajas de una magia completa, sin restricciones de ningún tipo.

Mientras Cristian hablaba, en la punta de sus dedos se iban formando unas pequeñas nubes negras que chisporroteaban con pequeños relámpagos. Estaba preparando un segundo ataque en caso de que Triz volviera a contestarle de forma negativa.

—¡Yo no me escondo tras los árboles! —vociferó Gare, avergonzado y herido en su orgullo, teniendo que pronunciar aquella frase tras salir de detrás del tronco de un árbol—. Ella tendrá restricciones, ¡pero yo no! —gritó corriendo hacia Cristian envalentonado por su propia rabia.

—¡Gare! —exclamó Triz cuando Cristian con un simple gesto de su mano, le lanzó la pequeña tormenta generada en sus dedos, que aumentó de tamaño hasta que impactó con él con violencia y levantó por los aires sus cien kilos de peso como si fueran una bolsa de papel.

—Tan imbécil como siempre —musitó Cristian—. Tú no tendrás restricciones, pero tampoco tienes magia. Cómo pensabas dañarme, ¿con tus grasas?

Gare se había quedado tendido en el suelo. Para su sorpresa, pese a lo aparatoso del golpe, no estaba herido. En ese momento, sintió el calor del colgante de Triz en su muñeca. Como en la guerra, su protección lo había salvado. Se alegraba tremendamente de haberle pedido a Triz que se lo volviera a prestar.

Le había protegido del ataque de las hojas y del bosque y, gracias a él, había conseguido ayudarla y ahora le había salvado del ataque de Cristian.

Con mayor confianza, volvió a levantarse del suelo y a encararse con él.

—¡Te he dicho que la dejes en paz! —gritó al ver cómo el que había sido su amigo en la adolescencia se acercaba a Triz de forma amenazante. Tenía ya dos tormentas formándose en sus dedos.

Cristian se sorprendió al ver que se había levantado de su primer ataque, pero su sorpresa no tardó en convertirse en indiferencia. Lanzó sus dos conjuros hacia Gare sin dudarlo. Ambos lo alcanzaron de lleno.

En esta ocasión, la protección del colgante no fue suficiente. Le dolió tanto el impacto que tenía la sensación de que se le habían roto a la vez todos los huesos del cuerpo. Pero la herida más dolorosa la sufrió en su orgullo. No ser capaz de poder acercarse a Cristian, no poder ayudar a Triz, ser un inútil. Sollozaba en el suelo intentando no reconocer que Cristian tenía razón. Ella se merecía algo más que un cobarde que se había pasado dos años encerrado en una dimensión virtual por no tener valor de enfrentarse a la realidad de su vida; un timorato incapaz de expresar sus sentimientos, un acomplejado que no podía hacer nada por ayudarla. Y ella también tenía razón, no debería haberla acompañado al bosque, solo era un estorbo.

—¡Gare! —exclamó Triz cuando vio que era incapaz de moverse.

—¿Te preocupas por él? —La voz de Cristian resonó burlona—. Sabía que estaba enamorado de ti desde jóvenes, pero nunca me imaginé que tuvieras tan poco gusto como para sentir algo por él. ¿No lo ves? Está llorando de impotencia, es débil y solo he tenido que mover una mano para quitármelo de encima. Es incapaz de proteger a una mujer. Sé inteligente, yo soy tu mejor opción —insistió Cristian tendiendo la mano hacia Triz—. Ni tu incomprensivo marido ni el inútil de Gare que no puede defenderte.

—No necesito que nadie me proteja —replicó Triz—. Sé hacerlo yo sola.

—Es posible... pero, ¿puedes defender a los dos?

Cristian volvió a alzar las manos y dos nuevas tormentas fueron creciendo alrededor de sus brazos. Triz salió corriendo hacia donde había quedado tendido Gare, pero el brujo lanzó su ataque antes de que pudiera llegar a su lado. Uno de los conjuros golpeó contra el escudo protector de Triz que salió despedida por el impacto, pero no llegó a dañarla. La otra se estrelló contra el cuerpo de Gare, que se elevó del suelo y fue a dar con sus huesos contra el tronco de un árbol. Quedó casi inconsciente.

—¡Está bien! ¡Para! Tienes razón —exclamó Triz levantándose—. Ha sido un error rechazar tu primera oferta. Como fue un error no dejar que me besaras en tu fiesta. Mi vida sería distinta, puede que más divertida. No me había parado a valorar todas las ventajas que tiene lo que me ofreces —añadió dando pasos que le acercaban a Cristian con el libro entre las manos en señal de ofrenda —. Una vida sin complicaciones, una magia completa, un chico guapo y fuerte a mi lado, una apariencia exterior mejorada... —A cada punto de la lista enumerada, Triz daba un paso más acercándose a él con una sonrisa seductora en su cara y una mirada comprensiva—. Estoy harta de tener que dar explicaciones a gente que no entiende nada de nuestro mundo lleno de magia… Estaba equivocada. Es cierto que hay muchas cosas con las que soñaba que no he podido realizar. Estoy segura de que sabrás cómo hacerme feliz —concluyó cuando ya estaba prácticamente a su lado. Cristian bajó los brazos para coger el libro.

—Puedes estar segura de eso, se me ocurren varias formas de hacerlo... —respondió Cristian acariciando con la yema de los dedos la cara de Triz, que le miraba los labios con la boca entreabierta.

—Se me ocurre una en particular —comentó Triz acercándose más a la sonrisa de Cristian.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —preguntó él, agarrándola por la cintura como cuando bailaban en el salón de su casa y entreabriendo también sus labios, esperando a que ella terminara de recorrer el corto espacio que les separaba.

—¡Muriéndote! —zanjó Triz, borrando su sonrisa, a la vez que sacaba la punta afilada de una rama de debajo del libro y se la clavaba entre las costillas.

Cristian gritó mientras observaba su propia sangre salir de la herida manchando su ropa y sentía las punzadas de dolor provocadas por la rama clavada en su pulmón izquierdo.

—¡Maldita puta! ¡Estúpida bruja!

—Bruja sí, puta y estúpida solo sería si hubiera dejado que un imbécil como tú me besara. —Triz había aprovechado el exceso de ego y confianza de su rival para encontrar un punto débil. Estaba tan seguro de su victoria que no había considerado necesario protegerse, convencido como estaba de que ella no contaba con el poder necesario para poder atacarle. Por fortuna, las mujeres tienen más armas contra los hombres que la magia. Y el ego de Cristian era su peor defecto.

—¡Y lo sigues siendo! ¡Maldita zorra! —La seguridad en las palabras de Cristian logró que Triz perdiera parte de su optimismo—. Pensar que una simple rama podría llegar a causarme algo más

que una molestia —continuó diciendo mientras se la arrancaba del costado como quien se saca un palillo de entre los dientes—. Esta herida no es nada comparada con las que sufrí en la guerra. Ahora te voy a mostrar mi verdadero yo.

Triz dio varios pasos hacia atrás mientras una niebla de color amarillo nacía de los pies de Cristian y lo cubría por completo. Parecía que lo único que había conseguido con su ataque era despertar a la bestia.

La niebla se fue disipando y Triz se tapó la boca con la palma de la mano sin salir de su asombro. Frente a ella no había rastro del Cristian que había estado viendo hasta ahora. Solo un rostro desfigurado, un cuerpo mutilado y una piel abrasada. Él era el hombre que Alana le había descrito en sus sueños, era el hombre malo con el que soñaba su hija.

—¿Ves? Esto es que te hieran de verdad. Fue durante la Tercera Guerra. Tuve la mala suerte de pisar donde no debía. Incomprensiblemente, no morí en el acto. Algo, o alguien, quiso que me quedara un aliento de vida. El suficiente para responder a la pregunta que me hicieron. Escuché una voz a mi lado que me dijo que podía conseguir que volviera a la vida, que me daría todo con lo que siempre había soñado, si le juraba lealtad y permanecía siempre a su lado. La misma oferta que te he hecho a ti, zorra estúpida. No dudé en aceptar y cumplió su promesa. Si su poder consiguió salvarme de esto... ¿crees que vas a matarme con una mierda de rama?

El cielo se resquebrajó y comenzó a llover. Una lluvia roja que hacía parecer que los árboles sangraban. Una niebla negra cubrió a Cristian. Donde estaban sus ojos, dos lágrimas centelleantes de color carmín le dieron un aspecto más siniestro. Triz recordó el último sueño de su hija, aquel en el que el hombre malo se bajaba del autobús de Maya y terminaban peleando en un bosque. Se encontraba en aquella visión y Cristian no iba a dudar en atacarla.

Alzó los brazos para intentar defenderse, pero la ira del ataque fue tan violenta que rompió su protección. Sus fuerzas empezaban a agotarse. Indefensa, siguió retrocediendo mientras él se acercaba sonriendo burlón.

—Tengo una duda. No sé si matarte directamente o cobrarme ese beso que no me has querido dar, dos veces. ¿Prefieres besarme con mi apariencia actual o te arrepientes de no haberlo hecho con la que recordabas de tu infancia? —preguntó sonriendo con una boca sangrante que parecía haber sido acuchillada en su rostro—. Suelo coger lo que me apetece. Incluso, esta vez, puede que no me conforme solo con un beso. Quizá coja algo más —En la cara de Triz se dibujó una mueca de asco.

Cristian seguía avanzando mientras ella se arrastraba por el suelo, intentando conjurar otro

hechizo de protección.

—Qué encantadora eres intentando evitar lo inevitable. ¿Ahora te doy asco? Haberlo pensado antes... —se burló dando un paso más para acercarse a ella, pero, al intentar dar el siguiente, algo lo detuvo.

Por un segundo pensó que a Triz le había dado tiempo a invocar un conjuro que le impidiera seguir acercándose, pero no tardó en descubrir la mano de Gare aferrada a su tobillo. Lo miró condescendiente.

—Vaya, he de reconocer que me sorprende tu insistencia. Inútil, pero perseverante. No eres capaz de levantarte del suelo, pero, aun así, intentas detenerme. Creo que, cuando acabe con Triz y tenga el libro en mi poder, igual puedo hacerte una oferta a ti. Estaríamos encantados de tener un perro faldero obediente de nuestro lado y, quizá, con nuestra magia, dejarías de ser un absoluto estorbo. Solo tienes que mantenerte con vida hasta entonces.

—Triz, lo que hiciste antes... Haz lo que hiciste en la cueva —murmuró Gare antes de que Cristian se soltara con una patada y lo volviera a alejar, con un gesto de su mano, arrastrándole por el suelo.

Después no se detuvo. Aunque golpeó a Gare contra el tronco de un árbol, lo subió hasta las ramas más altas arrastrando su espalda contra la rugosa madera. Las heridas en su piel comenzaron a sangrar. Con una sonrisa inmisericorde, Cristian cerró el puño y Gare cayó desde lo más alto hasta estrellarse contra las piedras.

Triz había aprovechado la corta distracción para ponerse en pie y alejarse unos pasos hacia el bosque.

—Dejar la mente en blanco, centrarme en mi respiración, pensar en aquello que deseo... —pronunció Triz recordando lo que había hecho dentro de la cueva para encontrar el grimorio.

Colocó las manos contra su pecho, protegiendo el libro con ellas, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Cristian volvió a atacar, pero el hechizo pudo detener el primer golpe. Antes de recibir un segundo ataque, Triz comenzó a murmurar:

«Ayudme diose a derota alm. Que la magi blanc termin conel. Ayudmeios aderotalm. Quelamgi blanctermi conel».

—¡Está bien! ¡Tú lo has querido! Nada de juegos ni de besos, tú te lo pierdes... ¡Voy a acabar

contigo, zorra! —Cristian alzó los brazos al cielo—. «May the forces of evil break your shield! May the rays of the sky make you burn!». —Su segundo ataque fue más fuerte y lleno de rabia.

La protección resistió de milagro la segunda embestida. Si Cristian se tomaba la paciencia suficiente en reunir su poder no tendría nada que hacer. Debía darse prisa. Repitió la oración varias veces hasta que sintió como una fuerza de color verde brillaba en su interior. Se centró en aquello que deseaba, en derrotar a Cristian.

«Ayudmeios aderotalm. Quelamgi blanctermi conel. Ayudmeiosaderotalm
Quelamgiblanctermiconel. Ayudmeiodralm quelamgiblatermicol».

Los ataques de Cristian cesaron por un momento. Triz abrió los ojos.

—¿Qué coño estás haciendo? —bramó Cristian.

Su voz sonaba por primera vez asustada. Los ojos de Triz se veían con un tono verde tan intenso que no parecían humanos. Las hojas, las ramas, las piedras empezaban a levitar a su alrededor. Intentó lanzar un ataque más contundente pero esta vez ni siquiera logró acercarse a ella. Un muro de fuerza más potente detuvo su ataque a unos metros del cuerpo de Triz que empezaba a levitar.

—No puede ser... ¡No puede ser! —exclamó Cristian, lanzando tormentas de forma inmisericorde que se estrellaban, ineficaces, cada vez más cerca de él y más alejadas de Triz. Las arrojaba de forma tan indiscriminada que no les daba tiempo a reunir la fuerza necesaria.

Los árboles que rodeaban a Triz empezaron a desarraigarse del suelo y flotaban a su lado. La onda mágica alcanzó a Cristian, que forcejeó y braceó aturdido, mientras sentía que sus pies se despegaban del suelo.

—¡Suéltame, estúpida! —exclamó sintiéndose indefenso, flotando en el aire sin poder controlar sus movimientos—. ¡Suéltame, maldita bruja! ¡Me prometieron que esto iba a terminar de otro modo!

Triz seguía en trance con sus ojos verdes llenos de una luz que brotaba como si fueran dos estrellas. Cuando dejó de murmurar sus frases, todo quedó suspendido por un segundo en el aire y al cerrar los puños, lo que volaba a su alrededor se precipitó hacia un mismo punto: Cristian.

No se sabía si ramas, raíces y piedras golpeaban contra él con violencia o si era su cuerpo el que se estrellaba contra todo aquello que se acercaba, pero unos segundos más tarde sus gritos dejaron de resonar en el bosque.

Triz cerró los ojos y todo se desplomó hasta que Cristian quedó prácticamente sepultado.

Gare intentaba ponerse en pie para llegar hasta donde había caído Triz, pero apenas conseguía arrastrarse. Terminado su trance, como la vez anterior, había caído desmayada. Temía que el esfuerzo hubiera sido mayor y no pudiera despertarse.

Se sintió aliviado cuando, al llegar a su lado, pudo comprobar que todavía respiraba, pero seguía sin despertar.

—Triz, cielo, despierta. Lo has conseguido. Vamos, por favor, despierta...

Abrió paulatinamente los ojos entre pestañeos. Volvían a tener el mismo color castaño de siempre. Tosió un par de veces antes de poder hablar.

—¿Qué ha pasado? —Como la vez anterior que había entrado en aquel trance, se sentía desorientada y no recordaba nada de lo ocurrido—. ¿Tenemos el libro? ¿Hemos ganado? ¿Estamos bien?

—Sí, lo tenemos. Lo has conseguido —afirmó Gare sin poder contener su alegría y abrazándola —. Lo de estar bien... creo que tengo que ir a un hospital con urgencia —repuso al sentir como un dolor punzante le recorría el pecho al haber intentado rodearla con sus brazos.

Triz se puso en pie y ayudó a Gare, quien tuvo que reunir las pocas fuerzas que le quedaban para conseguir sujetarse a su hombro y dar un paso.

—¿No recuerdas lo que has hecho? —preguntó mientras intentaban caminar. Triz negó con la cabeza—. Ha sido increíble, todo el bosque flotaba a tu alrededor. Hasta los árboles han salido volando por los aires.

—¿Y Cristian? ¿Qué ha ocurrido con él?

—Ha terminado debajo de aquel montón de piedras y troncos —respondió Gare señalando al lugar—. No ha podido salir con vida de eso.

—No estés tan seguro. ¿Crees que podrás aguantar un segundo en pie mientras echo un vistazo?

—Si me dejas bien apoyado puede que incluso dos —contestó Gare intentando esbozar una sonrisa, pero hasta ese gesto le dolía.

Tras dejarle apoyado en el tronco de un árbol, se acercó al lugar donde debía de estar muerto

Cristian. Bajo un montón de maderas y rocas pudo encontrar su cuerpo. Seguía teniendo el aspecto desfigurado que le había mostrado. Triz sintió compasión por él y le cerró los ojos.

—Siento que esto haya tenido que terminar así, pero no puedo dejar que nada ni nadie ponga en peligro el mundo en el que viven mis hijas —murmuró a su lado, sin atreverse a mirarle a la cara.

—Esto no ha terminado, Triz... —La voz de Cristian la sobresaltó. Había vuelto a abrir los ojos y se resistía a morir.

—No hay magia que pueda curarte, Cristian. Debes marchar.

—Puede que me hayas derrotado, pero otros vendrán tras de mí. Más fuertes, más decididos. El final de los mundos ya está escrito y no vas a poder evitarlo con o sin la ayuda de ese libro... Las fuerzas han dejado de estar igualadas y estás en el bando más débil... —Las últimas palabras de Cristian se fueron apagando, pero de su desfigurado rostro no se borró una sonrisa siniestra—. Ni siquiera lo has retrasado. El fin de los mundos está cerca y apenas has tenido magia suficiente para derrotarme a mí. Te faltan fuerzas, Triz. Y las próximas batallas serán más cruentas.

Cristian cerró los ojos. En su demacrado aspecto se dibujó una mueca de dolor. El tránsito al mundo de los muertos parecía no resultarle sencillo.

A Triz le fallaron las piernas. Había usado todas sus energías en la cueva y en derrotar a Cristian. En su cuerpo, ya no le quedaba nada que le permitiera mantenerse en pie. Sin poder evitarlo cayó inconsciente.

Gare la vio caer. Intentó caminar hasta llegar a su lado, pero tenía todos los huesos rotos y no tardó en dar de bruces contra el suelo. No tenía fuerzas ni para llamarla. Se limitó a arrastrarse, pero era tan intenso el dolor que los escasos metros que les separaban se hicieron insoportables.

Necesitaba recuperarse, aunque fuera un poco. Al borde del desmayo, cerró los ojos.

34

De regreso al mundo de los muertos.

Lo primero que percibió fue el olor. Ese olor a cadáver que lo envolvía todo. Después, y solo tras sentir cómo ese asqueroso aroma corría por sus venas como sangre coagulada, fue consciente de que había regresado. No lo entendía.

Cristian se intentó poner en pie, pero la única pierna que le quedaba estaba rota y solo apoyarla en el suelo le arrancó un aullido. Eso fue lo que más le sorprendió de la primera vez que visitó aquel lugar. Muerto también se podía sentir dolor.

—Make the dead back to life! Make the living prevail! —pronunció invocando un regreso que no llegó a producirse. Ya no quedaba ninguna parte de él con vida que pudiera hacerle regresar. Iba a tener que enfrentarse a su destino habiendo sido derrotado.

La primera vez que estuvo en aquel lugar le prometieron que podría retornar al mundo de los vivos conjurando aquellas palabras. Que lo muerto vuelva a la vida, que lo vivo prevalezca.

Durante la Tercera Guerra Mundial una bomba cayó cerca de donde él estaba. Tan cerca que la metralla le cercenó una pierna y la onda expansiva le abrasó la piel. Pero no murió, al menos no del todo. Cuando, moribundo, juró lealtad a quien le prometió volver a la vida y con ello le fue otorgada la magia suficiente para invocar hechizos, a partir de ese momento, aquellas palabras le permitíeron viajar entre ambos mundos.

Era el emisario perfecto para quien no podía salir de allí. Alguien muerto, pero vivo; alguien vivo, pero muerto. Capaz de estar en ambos mundos sin pertenecer a ninguno.

Así había pasado los últimos cuatro años. Yendo y viniendo del mundo de los muertos para seguir los pasos de una antigua amiga de la infancia, la única mujer que se había atrevido a dejarle en ridículo delante de sus amistades. Alguien a quien creía tener olvidada dentro de la vida opulenta que

llevaba antes de que la guerra lo jodiera todo, pero que, cuando se quedó sin nada y le ofrecieron tener que vigilarla, se convirtió en su objetivo. En la manera de volver a tener todo lo que deseaba. Seducir a Triz, besarla, suponía cerrar una pequeña herida del pasado y empezar de nuevo. Volver a ser el hombre que conseguía todo lo que se proponía. Pero había fracasado.

La segunda vez que no obtenía lo que deseaba y, por segunda vez, la culpable era Triz.

Sin poder hacer otra cosa que arrastrarse por el suelo, derrotado, vio como la puerta del final del pasillo, al que siempre llegaba cuando cambiaba de mundo, se abría. Pero eso no fue lo que hizo que provocó que terminara por cagarse encima. Ver una de las columnas sin cuerpo, fue lo que le hizo no poder controlar sus esfínteres.

—Me lo prometió —balbuceó al ver una sombra cruzar la puerta a su encuentro—. Me prometió que volvería a ser el hombre que fui.

—¿Y acaso no he cumplí mi palabra? ¿Acaso no recuperaste tu cuerpo, tu imagen?

—Sí, lo hice, pero solo duró unos días. Unas horas.

—Nunca prometí que tu regreso fuera a ser eterno. Solo devolverte a la vida.

—¡Y obtener todo lo que siempre he deseado!

—Y también cumplí con lo pactado. Recuperaste tu apariencia, te otorgué poder...

—¡Pero no conseguí derrotar a Triz Cooper! ¡No conseguí humillarla y obligarla a besarme! ¡Ella ha vuelto a dejarme en ridículo!

—Nunca mencionaste en qué mundo querías que eso ocurriera. Tus encuentros con tu pasado, tus encuentros con Triz, aún no han terminado. Y creo recordar que, antes de eso, hubo algo más que deseaste, que pediste con insistencia.

Cristian se quedó en silencio. Durante un instante estuvo repasando en su cabeza qué podría ser eso que había deseado y que no llegaba a recordar. Siempre había soñado con ser rico, guapo, popular, famoso, todo aquello que tenía antes de la Tercera Guerra Mundial. Recuperarlo había sido su único deseo. Después, cuando supo cuál era su misión, quiso también poder vengarse de Triz. No recordaba ningún otro deseo formulado.

—Yo solo deseé volver a ser como era antes y vengarme. No deseé nada más...

—¿Y morir? Entre los escombros del edificio que cayó sobre tu cuerpo durante la guerra, ¿no deseaste morir? Al salir de aquí y limpiar tu vómito, ¿no deseaste estar muerto?

Cristian lo recordó. Era tanto el dolor que sentía en aquellos momentos, tan insoportable, que por un instante deseo morir y dejar de sufrir.

—Y cuando te viste por primera vez en un espejo, ¿no lo deseaste?

También lo recordaba. No pudo soportar verse con aquel aspecto. Sin pelo, con la piel quemada y una sola pierna. Prefirió estar muerto que con aquella apariencia, desconocedor, en aquel momento, de que morir no significaba desaparecer.

—Deseo concedido —se burló la sombra desde la puerta—. Ahora tengo otro trabajo para ti.

Cristian se echó a temblar.

—No, por favor. No me condene a permanecer en esta galería por toda la eternidad. No lo haga. Se lo ruego. Haré todo lo que me pida. Cumpliré con todo lo que desee, aunque sea con este deplorable aspecto. Pero, por favor, se lo ruego. No me haga estar toda la eternidad en esa columna.

La sombra estalló en una carcajada.

—Tranquilo. Esa columna no es para ti. Como te he dicho, tus encuentros con Triz no han terminado. Ahora que tiene el libro de Astrid estamos más cerca de que todo comience.

—Espere... No entiendo... ¿Mi misión no era impedir que Triz se quedara con el libro?

—Tu misión siempre ha sido vigilarla. Impedir que nada ni nadie obstaculizaran su destino. Un destino que ella misma desconoce.

—Pero yo pensé que...

—Tú siempre has pensando demasiado. Y mira de qué te ha servido. ¿En serio creías que un simple mago aprendiz iba a ser capaz de derrotarla? Triz es algo más que una bruja de sangre. Es una gran bruja. La primera gran bruja cuya magia no es del todo blanca. La gran bruja que nos hará resurgir.

35

El hospital no es el mejor final. Noviembre 2048.

Un ataque de tos despertó a Triz. Sentía que el aire volvía a sus pulmones. Intentó ponerse en pie, pero, al hacerlo, se le cayeron los pantalones. Gare le había quitado el cinturón.

Aturdida lo buscó. Estaba en el suelo, a pocos metros de donde ella se había despertado.

—¡Gare! —Triz se arrodilló a su lado. Parecía malherido.

ÉL pestañeó un par de veces antes de abrir los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que acabamos de volver de Aisling...

—¿Del mundo de los sueños? ¿Y la cueva? ¿Y el grimorio de Astrid? ¿Y Cristian? —Gare estaba seguro de no haberse quedado dormido.

—Todo eso ha pasado en Aisling. Mira el colgante de mi tía, aún está caliente. Creo que mandarnos a Aisling ha sido su manera de protegernos, al menos hasta que he podido volver a respirar después de que consiguieras quitarme las raíces de la boca.

—¡No jodas! El boca a boca que te hice para salvarte la vida, ¿también ha sido en el mundo de los sueños?

—Creo que no. Creo que eso ocurrió antes —respondió Triz sonriendo.

—Menos mal, en mis sueños ya me había imaginado besándote otras veces —replicó Gare, en medio de un quejido de dolor—. Oye, si la pelea ha sido en el mundo de los sueños y ahora hemos vuelto al mundo real, ¿por qué me duele todo el cuerpo?

—Porque todos los mundos son reales. El de los sueños también. Ya has vivido cómo es una experiencia completa en Aisling y comprobado que no solo es para comunicarse. Tengo que llevarte a un médico. Estás hecho polvo.

—¡Ey! ¿Quieres decir que nuestras conversaciones en Aisling se pueden sentir de la misma manera que esta pelea? ¿Que me he estado conformando con oírte hablar en mi cabeza y que me mandaras un par de imágenes y podríamos haber hecho muchas otras cosas?

—Eso es. Pero te recuerdo que abrir una conexión en Aisling es agotador.

—No me importa. La próxima vez quiero, al menos, poder verte mientras hablamos. Algo que parezca más real.

—Lo que seguro que ha sido real es que me has salvado la vida. Tanto en el estanque al sacarme del agua, como al arrancarme la hoja que me impedía respirar, como en Aisling intentando protegerme de los ataques de Cristian. Y ahora tengo que salvar la tuya… —dijo Triz y dibujó un círculo a su alrededor mientras invocaba un conjuro de sanación. Después, fue al maletero de su coche, sacó unas hierbas y obligó a Gare a masticarlas. El gesto de su cara delataba el amargor de las hojas.

—¿Quieres curarme o envenenarme?

—Anda, calla y mastica. Te ayudarán a recuperarte antes —lo reprendió mientras le ayudaba a levantarse.

—Una pregunta más —dijo Gare mientras llegaban al coche—. Si la pelea ha sido en el Aisling... ¿Crístian sigue vivo en alguna parte?

—Nunca se puede soñar con la muerte de uno mismo. Si Cristian entró en Aisling para quitarnos el libro y le hemos visto morir... es que está muerto. Ahora estará en el mundo de los muertos, y esperemos tardar mucho en reencontrarnos con él.

—Pero... ¿el día que muramos él estará alli?

—Eso me temo, sí.

—Y, si de Grawell se puede regresar, ¿también se puede volver del mundo de los muertos?

—También me temo que sí, que se puede volver. Pero no es tan sencillo como regresar de

Grawell. El tránsito entre mundos es complicado. De algunos es difícil ir y sencillo regresar; de otros lo fácil es ir y mucho más complicado volver; y otros, como de Aisling, vamos y regresamos casi todos los días sin ni siquiera saberlo.

—¡Buff! Y yo que pensaba que adaptarme al mundo de los vivos ya era bastante complicado.

El viaje de regreso a casa lo hicieron casi en silencio. Triz se esforzaba en conducir con prisa para llegar antes del anochecer al hospital y Gare no tenía fuerzas para hablar, pese al hechizo de sanación que le había practicado Triz antes de salir y el poder del colgante que seguía en su muñeca. Las heridas iban a requerir bastante tiempo para curarse y necesitaba todas sus fuerzas para poder respirar.

Solo cuando el coche estaba entrando en las calles de la ciudad, Triz rompió el silencio.

—Deberías no llevarme la contraria. Te dije que no vinieras al bosque, que era peligroso, que mi mundo es complicado, lleno de pesadillas y vacío de finales felices. Siempre estoy enfrentándome a problemas. No deberías haber venido y haberte puesto en peligro por mí. Si me hubieras hecho caso, ahora estarías sano y salvo en tu casa y no camino del hospital...

Gare intentó protestar y alegar los motivos por los que no la había obedecido pero, pese a que sus lesiones habían dejado de dolerle, seguía sin poder hablar. Triz continuó.

—Y si me hubieras hecho caso, si no hubieras sido tan cabezota e irresponsable, estaría seguramente muerta, no habría podido recuperar el libro oculto en Aisling, no habría podido regresar a casa con mis hijas y todos mis esfuerzos, hasta ahora, no habrían servido para nada. Cristian y quien lo devolvió a la vida en la Tercera Guerra, se habrían salido con la suya. Muchas gracias por ser mi ángel de la guarda...

Gare se limitó a sonreír mientras ella aparcaba en la entrada del hospital. Cuando lo dejó en buenas manos, regresó a casa para tranquilizar a sus padres, abrazar a sus hijas y guardar el libro en su maleta para estudiarlo en cuanto tuviera tiempo. Después, se excusó con su familia, asegurándoles que regresaría a primera hora de la mañana para celebrar todos juntos el cumpleaños de su padre, y regresó al hospital antes de que entrara en vigor el toque de queda nocturno para asegurarse de que Gare se encontraba bien. Cuando llegó al centro, se lo encontró dormido. Una enfermera le estaba colocando suero.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, doctora. Todo ha salido bien. Es increíble lo rápido que han curado algunas de las heridas que tenía y lo bien que están cicatrizando las demás. Es como un milagro del Sol[19].

—¿Va a tardar mucho en despertar?

—Todavía está bajo los efectos de la anestesia y le acabo de poner un sedante para el dolor. Creo que dormirá toda la noche.

—¿Te importa si me quedo un rato con él?

—Claro que no, doctora. Los dejo a solas. Si hay algún cambio y me necesita, solo tiene que llamarme.

La enfermera se retiró de la habitación y cerró la puerta al salir. Triz acercó el sillón y se sentó al lado de la cama. Le agarró la mano y se quedó a su lado unas horas hasta que el cansancio hizo que cayera dormida. Entonces se concentró en proyectar un sueño en Aisling

—Buenas noches, dormilón —balbuceó.

—¡Triz! Estamos en Aisling otra vez, ¿verdad? —preguntó Gare al verse en un restaurante en el que solo estaban ellos dos.

—Así es. Te estás recuperando de tus heridas en el hospital y la enfermera ha tenido que sedarte, pero quería que vieras que Aisling puede ser un lugar estupendo.

—¿Cómo ha ido la operación? ¿Saldré de esta o solo has proyectado esta cena romántica para despedirte? —preguntó Gare, al ver la cara de preocupación con la que lo miraba.

—No, tranquilo. Saldrás de esta. Aunque deberás tener paciencia, vas a pasar unos cuantos días en el hospital. Me han dicho que estás recuperándote muy rápido y pronto estarás bien.

—Gracias a tu conjuro...

—Y a tu voluntad por ayudarme...

—Si te digo la verdad, desde que nos reencontramos, he tenido la esperanza de poder invitarte a una cena como esta, pero esperaba que fuera en el mundo real. No hemos tenido nunca una primera cita.

—Qué bobo eres...

—De siempre, ya sabes —replicó Gare sonriendo—. ¿Qué vas a hacer ahora que tienes el libro?

—Volver con mis hijas, celebrar el cumpleaños de mi padre y regresar a casa. Óscar espera que regresemos antes del toque de queda del domingo. Intentaré descubrir el significado de las últimas páginas del libro de las sombras de Astrid. Espero poder hacerlo antes de que la amenaza de Cristian se haga realidad.

—¿Qué te dijo?

—Que solo había ganado una batalla, que la guerra la tenía perdida y pronto todos los mundos sucumbirán. Tengo que evitarlo.

—Así que vuelves a marcharte...

—Tengo que hacerlo. No puedo irme de casa así, sin más. Seguiremos en contacto por las noches, te prometo que alguna vez será como ahora, viéndonos, y te mantendré informado de todo lo que vaya descubriendo.

—¿Vas a venir a nuestros encuentros en Aisling siempre tan guapa como hoy? —preguntó Gare sin dejar de observar el vestido que llevaba puesto Triz.

—Puede que en algún encuentro en Aisling me decida a venir incluso con menos ropa —respondió Triz sonriéndo pícaramente.

—¿De verdad? —La sorpresa y el entusiasmo se reflejaron en la cara de Gare.

—¡Pues claro que no, bobo! Pero mira que eres crédulo. Eso vas a tener que seguir soñándolo tú solito —replicó Triz entre carcajadas.

—¿Puedo hacer algo mientras? —preguntó Gare torciendo el gesto.

—Recuperarte. Esto no ha terminado y necesitaré a mi ángel de la guarda en forma la próxima vez —respondió Triz agarrándole de la mano por encima de la mesa.

—¿En serio?, ¿me necesitas?

—Que no se te suba mucho a la cabeza, pero sí. Te necesito y me gusta tenerte cerca... —Triz aproximó su silla a la de él y, agarrándole la cara con ambas manos, se acercó a besarle, pero Gare se

despertó.

—¡Vamos hombre, no me jodas! —exclamó antes de que un ataque de tos le hiciera maldecir en su cama de hospital.

Triz despertó a su lado, en el sillón, y estalló en un ataque de risa.

—¡A mí no me hace ninguna gracia! Es la primera vez que vas a besarme, en veinticinco años, y voy, idiota que soy, y me despierto.

—Es que eres único para complicar las cosas —declaró Triz sin poder parar de reír—. Pero tranquilo, si no te ahogas con el ataque de tos... —Triz se puso en pie y se volvió a acercar a Gare. Esta vez nada le impidió besarlo. Un beso que se alargó unos segundos en el tiempo—. Mejor que nuestro primer beso sea en nuestro mundo. ¿No crees? Tengo que marcharme, ya está amaneciendo y me esperan en casa. Tengo que celebrar un cumpleaños y coger un autobús de vuelta. Hablamos en Aisling que, con los sedantes y anestesia, seguro que no me cuesta mucho esfuerzo encontrarte dormido.

Le sonrió y Gare le devolvió la sonrisa. Recogió sus cosas del sofá y, tras despedirse con una caricia, se dirigió a la puerta. Tenía sentimientos encontrados. Se alegraba de regresar a casa para estar con su familia, pero sentía pena por no poder quedarse más tiempo con él. El beso, aunque corto y nada pasional, le había gustado y, una vez más, al tocar a Gare, todas sus energías se habían alterado.

Estaba llegando a la puerta de la habitación, cuando él la llamó.

—Solo una última cosa, Triz —dijo y logró que se girara a mirarlo—. Te dije que ibas a querer besarme, pero, para ser el primer beso que me das, podrías haberle puesto un poco más de intensidad. No sé… ¿algo de lengua tal vez?—bromeó Gare antes de que un ataque de tos volviera a interrumpirlo.

—¡Cada día eres más idiota! —replicó Triz dándole la espalda, pero riéndose por dentro al coincidir lo que había dicho él con sus pensamientos en ese momento—. Si llego a besarte más apasionadamente, termino por dejarte sin respiración. Apenas han sido unos segundos y ya estás ahogándote

—Así igual hubiera ido al mundo de los muertos a darle una paliza a Cristian por haber intentado besarte en su fiesta y en el bosque. A ver si sin magia es tan valiente —replicó Gare—. No, ahora en

serio, antes de que te vayas, hay algo que quiero decirte. Hay una cosa en la que Cristian tenía razón y no quiero que la siga teniendo. No soporto que alguien como él pueda llevar la razón en nada.

—¿A qué te refieres?

—A que nunca te he dicho lo que siento por ti...

—No hace falta decirlo. Basta con demostrarlo y ya lo has hecho —dijo Triz mirándole desde la puerta.

—Aun así... necesito decírtelo. Si no estuvieras casada, me encantaría poder invitarte a salir.

—Pero lo estoy...

—Aun así. Puedes contar siempre conmigo. Te qui... —La anestesia hizo que Gare volviera a quedarse dormido.

Triz sonrió y cerró la puerta de la habitación. Sus padres y sus hijas la esperaban para celebrar un cumpleaños.

36

Esto no ha terminado.

Tras celebrar el cumpleaños de su padre, regresaba a casa, junto con sus dos hijas, en el autobús. Intentaba dormirse durante el trayecto para intentar coincidir con Gare, que estaría entrando y saliendo sin voluntad del mundo de los sueños, y ver cómo se encontraba, pero sus hijas y el agitado viaje por carretera, no se lo estaban poniendo fácil. Iba a tener que conformarse con hablar con él por la noche.

Al menos, se alegraba al ver la sonrisa de su hija mayor. Alana viajaba contenta, molestando a su hermana pequeña, tras pasar la noche en la casa de sus abuelos y recibir regalos. Había dormido muy bien y no había soñado con el hombre malo. Si de algo le había servido su primera batalla era para librar, al menos por el momento, a su hija de aquellas pesadillas.

Estaba segura de que la amenaza de Cristian no tardaría en hacerse realidad, pero durante unos días, y antes de la llegada de nuevos «hombres malos» a sus sueños, su hija podría descansar.

Le quedaba regresar a casa, hablar con Óscar, hacerle entender todo lo que había vivido y lo que les quedaba por vivir e intentar prepararse para ello. Tenía el libro de las sombras de la primera gran bruja y, si Astrid había conseguido evitar que se materalizaran sus visiones, estaba segura de que ella también lo conseguiría. Solo tenía que estudiar y entender las notas escritas en el grimorio para saber cómo enfrentarlas.

Que su hija pudiera dormir le ayudaría a descansar a ella y así aclarar sus ideas y sentimientos para poder volver a tener la vida normal que tanto echaba de menos. Casi ya no podía ni recordarla.

—¡Mamá! Alana me ha quitado el libro que nos ha regalado el abuelo —vociferó Maya a la vez que se ponía de pie en el asiento de delante—. Dile que es mío y que me lo devuelva.

—¡Pero si ella no sabe leerlo todavía!

—¡Sí que sé! —replicó la pequeña.

—Alana, ¿quieres hacer el favor de no hacer rabiar a tu hermana y devolverle el libro? Tú ya tienes el tuyo. ¿Por qué no aprovecháis lo que queda de viaje para terminar de leerlo y dejarme descansar un poco?

Las dos pequeñas volvieron a sentarse en sus asientos y empezaron a leer.

—Vaya, no creía que fuera a funcionar. Las tienes bien educadas —comentó la mujer que iba sentada a su lado.

—Gracias. He intentado hacerlo lo mejor posible en este mundo que nos ha tocado vivir, pero, no te creas, la paz durará poco. Son dos niñas muy inquietas —declaró Triz mirando, por primera vez en el viaje, a quien se encontraba sentada junto a la ventanilla. Había algo extraño en ella y se sintió incómoda al mirarla a los ojos.

Desde que se había montado en el autobús y, tras un pequeño saludo al sentarse, la mujer no había dejado en ningún momento de mirar por la ventana. Era la primera vez que se dirigían la palabra.

—Si son inquietas, habrán salido a su madre... —manifestó a la vez que regresaba la mirada a la ventana—. Tu tía Helen me ha dicho que eras una niña muy nerviosa.

Las palabras de la mujer resonaron en los oídos de Triz como un disparo de escopeta.

—¿Disculpa?

—Tu tía Helen me ha hablado mucho de ti antes de mandarme venir.

—¿Se puede saber quién eres y de qué conoces a mi tía?

—Mi nombre es Shaira Diouf y conozco a tu tía de Grawell. ¿De dónde sino?

Respondía con tanta naturalidad que Triz no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Conoces Grawell?

—Claro. ¿Dónde te crees que vivía? —La mujer le sonreía como si descolocarla con la conversación le estuviera divirtiendo.

—Pero, si vivías en Grawell...

—Si vivía en Grawell, soy una bruja que murió perseguida por realizar conjuros. Si, Triz, soy una bruja, como tú y como tu hija mayor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Triz, apartándose en el asiento y poniéndose a la defensiva.

—Tu tía Helen me manda para avisarte. Ya sabes que no puede volver. Me ha enviado para decirte que tienes que volver a Grawell, la situación allí se ha complicado. El cáncer que afectaba al mundo de las brujas se ha extendido. Ha ocurrido una desgracia en nuestro mundo y todas las brujas de magia blanca te necesitamos.

—¿A mí? ¿Qué puedo hacer yo?

—Nivelar las fuerzas. Recuperar lo que nos han quitado. Restablecer la paz…. Tienes que volver, Triz.

—No fue agradable dejarme quemar la última vez.

—¿Crees que para mí lo fue cuando me lapidaron por brujería en pleno siglo XXI? ¿Crees que, después de llevar años soñando que si algún día me torturaban iba a poder vivir tranquila en el mundo de las brujas, ha sido agradable encontrarme Grawell como me lo he encontrado?

—Grawell está bien. Hace apenas una semana que he vuelto de allí. No se ha podido ir todo a la mierda en tan poco tiempo...

La mujer la miró fijamente. Ante los ojos de Triz, su mirada, hasta ese momento dulce y comprensiva, se fue tornando fría y hostil.

—Me he jugado mi futuro por regresar. He vuelto a este mundo cruel, que no ha dudado en lapidarme por mis creencias, solo porque tu tía Helen me lo pidió. Confié en ella. Deberías confiar en mí —gruñó y agarró a Triz de los cuellos de su blusa—. Tienes que volver... ¡Tienes que volver a Grawell, Triz! Y tienes que hacerlo ya.

Los ojos de la bruja se encendieron en llamas. Triz saltó en su asiento para alejarse de ella y cayó al suelo del pasillo del autobús.

—¿Qué haces, mamá? —preguntó Alana al ver como su madre intentaba ponerse en pie y se sacudía la ropa, mirando avergonzada al resto de los pasajeros.

—Nada, cielo, he tenido un mal despertar, eso es todo.

—¿Has soñado con el hombre malo?

—No, no es eso. Sigue leyendo el libro con tu hermana.

Regresó a su asiento. Avergonzada, agachó la cabeza. Sí que había conseguido quedarse dormida en el autobús, pero, en lugar de poder contactar con Gare, había vuelto a tener una de sus pesadillas.

Una que la avisaba de que no iba a poder evitar tener que volver a ser quemada en la hoguera. Tenía que darse prisa con el grimorio de Astrid. El sueño, y con él el viaje de regreso a Grawell, no tardaría en hacerse realidad y debía estar preparada.

GRAWELL
En el mundo
de las brujas

GRAWELL
N
O
E
S
Vulkafer
Rio
Yhemura
Orgades
Cogar
Ekabú
Casa de
Helen
Etrazen
Mimbre de
Awen
Dumbsilly

1

Tenemos un trato

Pestañeó varias veces, incrédula de poder abrir los ojos. Cuando aquella lluvia de piedras cayó sobre su cuerpo estaba segura de que sería la última vez que iba a poder abrirlos, pero se equivocaba. Aún sin comprender qué había ocurrido, se sorprendió, también, al ver que podía respirar y que el pecho se le hinchaba al inhalar. Parecía increíble, pero estaba viva.

Intentó echar un vistazo a su alrededor, pero solo era capaz de ver los pedruscos que seguían cubriéndola. Se puso nerviosa, su respiración se agitó y entonces llegó la angustia por la posibilidad de quedarse sin aire. Ya le pareció aterrador ir a morir sepultada, pero al menos iba a ser una muerte rápida. Tener que hacerlo ahogada le parecía demasiado castigo.

Intentó cambiar de postura para aliviar la presión que sentía en el pecho y tomar aire. Se volvió a impresionar, esta vez de forma positiva, al comprobar que podía hacerlo y que, pese a algún hueso roto, podía moverse. Con toda la fuerza de su voluntad, intentó apartar las piedras que la cubrían, buscando el oxígeno que le faltaba.

Cuando consiguió apartar las que le tapaban la cabeza, la sensación de angustia no mejoró. El aire que recibían sus pulmones era casi irrespirable. Olía a orines y excrementos. Era tan asqueroso que estuvo a punto de volver a colocar los guijarros en su sitio antes de vomitar. Prefería morir por no respirar que ahogada por aquel apestoso olor, pero el instinto de supervivencia se hizo más fuerte y al final consiguió descubrirse por completo y ponerse en pie.

No reconocía el lugar. Estaba segura de no haber estado nunca y no entendía cómo había terminado allí enterrada. Todo era oscuridad y había unas enormes columnas de piedra teñidas de negro por la humedad.

Con la seguridad de que, si permanecía allí mucho tiempo, iba a morir intoxicada y sin saber hacia dónde dirigirse, se puso a caminar soportando el dolor, por un estrecho pasillo entre dos de

aquellas columnas. Ni siquiera tenía la certeza de si estaba saliendo o adentrándose en aquel sitio, pero cualquier opción le parecía mejor que permanecer al lado del montón de rocas que la habían sepultado.

Su cerebro le aconsejaba acelerar el paso, salir de allí cuanto antes, pero su corazón, sus miedos y el dolor en las piernas la obligaban a caminar despacio. Intentaba hacer el mínimo ruido posible, segura de que entre las sombras algo desagradable la acechaba, pero sus pasos resonaban como disparos de escopeta y cada eco que regresaba a sus oídos terminaba por asustarla. Era tal la angustia que sentía que empezaba a dudar de estar viva. ¿Habría muerto y aquel era su infierno? ¿Le esperaba una eternidad de desasosiego y miedo? ¿Los muertos pueden agobiarse y sentir que se están quedando sin respiración?

Ya se imaginaba vagando por aquel interminable pasillo durante toda la eternidad cuando una voz, surgida de entre las sombras, le hizo gritar.

—Bienvenida —habló y cada una de las columnas y rincones de aquella lúgubre estancia repitieron el saludo como un eco fantasmal.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Estoy muerta? Es esto el infierno, ¿verdad? —inquirió angustiada al tiempo que intentaba hallar, entre las sombras, la procedencia de aquella tenebrosa voz.

—Demasiadas preguntas y solo una respuesta importante. No estás muerta, al menos, no del todo, y yo puedo conseguir que permanezcas así.

—Si esto es el purgatorio y voy a permanecer en este lugar toda la eternidad, prefiero morir —replicó sin llegar a imaginar qué era lo que había hecho durante su vida para merecer aquel final. No había sido una santa, pero tampoco creía merecer un final así.

—Vosotros y vuestras absurdas creencias. No existen el cielo ni el infierno, solo los vivos y los muertos, y nuestra conversación es para saber en cuál de los dos lados quieres estar tú.

—En el de los vivos. Eso seguro. No es que mi vida fuera maravillosa, pero era mejor que este lugar.

—Y si te digo que, además, podrías tener una vida maravillosa, ¿qué me dirías?

—Que para haberme dicho que no existen ni el cielo ni el infierno me suena a pacto con el Diablo —repuso sin saber hacia dónde dirigirse. Seguía sin conocer la procedencia de la voz.

—En cierto modo no te falta razón —replicó esta de un modo que intentaba asemejarse a un tono divertido—. Estamos hablando de un pacto, eso sin duda. Uno entre tú y yo.

—¿Y quién eres tú?

—Alguien que puede hacer realidad tus deseos.

—¿Eres un genio? ¿Como el de la lámpara? ¿Tú también vas a concederme tres deseos? —preguntó irónica. Todo aquello empezaba a parecerle un mal chiste, una extraña pesadilla. Una de la que no sabía si iba a poder despertar.

—Vuestra especie nunca dejará de sorprenderme. Es increíble vuestra capacidad de transformar la realidad para convertirla en algo que vuestros pequeños y cerrados cerebros sean capaces de comprender. Me maravilláis... Tengo una sorpresa para ti: el número de deseos es ilimitado.

—¿En serio? ¿Puedo pedir lo que quiera? —Su tono era pura ironía e incredulidad.

—Lo que quieras, pero hay una condición.

—Demasiado bonito para que no hubiera un pero... —Desistió de intentar localizar la procedencia y dejó que su mirada bajara al suelo. Al hacerlo, vio el estado de sus piernas y se sorprendió de poder mantenerse de pie sobre ellas. Se encontraban ensangrentadas.

—Como te he dicho, esto es un pacto entre dos. Yo cumplo tus deseos con una sola condición: que tú cumplas los míos.

—¿Y cuáles son los tuyos? —preguntó segura de hallarse ante una de esas situaciones trampa en la que las condiciones del premio hacen que este sea imposible de conseguir o demasiado caro para merecer la pena.

—Necesito información. Tendrás que vigilar a una persona...

—¿Solo eso?

—… y tendrás que venir a este lugar para decirme lo que averigües cuando se te requiera —añadió la voz. Parecía contrariada por ser interrumpida.

—¿No podríamos quedar en un parque? —replicó burlona, como cuando un chico intentaba ligar con ella con palabras bonitas y descubría a la primera sus verdaderas intenciones.

—¡Esto no es un juego! —exclamó la voz con tanta furia que le hizo retroceder.

—Perdón... Entenderá que no me hace ninguna gracia tener que volver a este lugar.

—Tienes dos opciones: una, aceptar mi oferta, vivir una buena vida y regresar de vez en cuando a informarme; o dos, morir definitivamente e ir a un sitio aún peor que este.

—Sin duda, elijo la primera.

—No esperaba menos. Espero que sepas llevar a cabo tu trabajo. Quien ocupó ese puesto antes que tú no terminó muy bien.

—¿Y a quién tengo que vigilar? —preguntó con la intención de terminar con aquella conversación cuanto antes. No tenía muchas ganas de permanecer allí mucho tiempo. El olor a orines amenazaba con hacerse perenne en sus fosas nasales.

—Su nombre es Triz Cooper y es una bruja de sangre.

—¿Bruja? ¿En serio existen las brujas?

—Hay varias cuestiones que voy a tener que explicarte antes, pero no te preocupes, tenemos tiempo. Aún no ha ido nadie a recuperar tu cuerpo bajo los escombros.

No entendía nada, había salido de debajo de las piedras por su propio pie. ¿Qué significaba eso de que nadie la había encontrado todavía? Cada vez estaba más convencida de estar inconsciente y de estar teniendo un mal sueño.

—Me temo que no voy a despertar hasta que termines con tus explicaciones, así que… adelante.

—Eres una mujer especial. De las pocas personas que, durante un breve espacio de tiempo, tienen la posibilidad de compartir ambos mundos. Estás viva y muerta a la vez. Solo de mí depende cuál de las dos opciones prevalece.

—¿Soy un zombi? ¿Un espíritu?

—¡Calla y escucha! Si decides aceptar el pacto, volverás a tu vida anterior y conocerás la magia que rige vuestro destino. A cambio, tendrás que vigilar a Triz Cooper y cada uno de sus movimientos. Necesito saber qué está haciendo tras encontrar el grimorio de Astrid.

—Y, entonces, me concederás todos mis deseos.

—Así es. ¿Cuáles son?

Enumeró los primeros que le vinieron a la mente con la seguridad de que no serviría para nada.

—Concedido. Nos volveremos a ver pronto.

Todo se fundió a negro. El cuerpo empezó a dolerle mucho más de lo que le había dolido hasta entonces. Un dolor insoportable que le hizo gritar.

—¡Está viva! ¡Corred! ¡Está viva! —gritó alguien a su lado, mientras ella escuchaba cómo empezaban a apartar piedras de encima de su cabeza.

2

Casa de Triz, Diciembre de 2048

Pese a que habían pasado un par de semanas, no podía quitarse de la cabeza el sueño que había tenido en el autobús de regreso a casa, tras el cumpleaños de su padre. Cada vez que tenía un segundo para ella misma, siempre que se quedaba a solas, aunque fuera en el cuarto de baño, en cada instante que sus hijas se quedaban en silencio o, simplemente, cuando cerraba los ojos, volvía a ver a Shaira, la bruja africana, y a escuchar sus palabras: «Tienes que volver a Grawell».

Desde que regresó a casa, el poco tiempo libre que le dejaban el trabajo y sus hijas lo había dedicado a estudiar el grimorio de Astrid y a prepararse para el momento en el que el viaje de regreso al Mundo de las Brujas no pudiera esperar más. Algo en su interior le decía que ese día no estaba muy lejos y esta vez necesitaba estar mejor preparada.

Al menos, Alana dormía mejor por las noches y podía dejarla descansando a solas. Desde la batalla en el bosque de Otsa, su hija se había librado de las pesadillas y se comportaba mejor por las noches. Incluso, durante el día, se la veía más animada, con más energía. Siempre deseando estar en la calle con sus amigas, por mucho que ella le dijera que los rayos del sol eran malos para su salud.

Que descansara mejor le permitía aprovechar las horas que podía arañarle a la noche para estudiar y practicar. Si de algo se había dado cuenta mientras buscaba el grimorio era de que no estaba lista para combatir contra nadie.

Había conseguido derrotar a Cristian de milagro, con la suerte del principiante que mete el gol de la victoria sin saber con qué parte de su cuerpo ha golpeado al balón, y si no llega a ser por su tía Helen, Petronilla no hubiera tenido con ella ni para empezar. Ni siquiera estaba segura de cómo había conseguido salir indemne de aquellos dos enfrentamientos ni de si sería capaz de repetirlo, y estaba convencida de que la siguiente vez no iba a tener tanta suerte. Ella había resultado ilesa, pero Gare casi no lo cuenta.

Llevaba varias noches sin dormir, revisando y practicando hechizos y conjuros de los libros de su tía Helen y de Astrid que le permitieran defenderse mejor la próxima vez que tuviera que enfrentarse a alguien como Cristian. Porque, si de algo estaba segura, era de que no iba a ser el peor de los enemigos que se iba a encontrar. Como en los videojuegos, a los que tan aficionado era Gare, los enemigos suelen ser más poderosos según te vas acercando al final. Solo esperaba que los conocimientos adquiridos hasta entonces fueran suficientes.

Nunca había sido una estudiosa de la magia. Desde que su tía se marchó, había intentado encajar en el mundo, ser una niña normal, con sus problemas en los estudios, sus amistades y amoríos, pero alejada de todo lo relacionado con los conjuros. En el libro de las sombras que le habían regalado por su décimo cumpleaños no había apuntado nada más que aquel primer sueño con los Dioses y aquellas primeras charlas con su tía. A partir de los trece y hasta años más tarde, hasta que empezaron a producirse los sueños premonitorios, no aparecía ni una sola nota en su libro, ni había aprendido ningún hechizo nuevo, ni había practicado ninguna poción. Solo en un par de ocasiones leyó el libro de las sombras de su tía, pero ni siquiera había entendido muchas de las nociones que allí ponían. Después, llegaron los sueños premonitorios y retomó la escritura de su libro, pero no fue hasta ser madre cuando sintió la necesidad de empezar a realizar conjuros y hechizos de protección. Ahora se le echaba el tiempo encima para aprender todo lo que necesitaba sobre la magia.

Llegaban sus días libres en el trabajo y tendría más horas para poder dedicar a sus entrenamientos y, posiblemente, a descansar. Quizás durmiendo un par de horas al día podría dejar de ver la cara de Shaira e intentar hablar con Gare. Hacía un tiempo que sus preocupaciones le tenían tan ocupada y sus sueños tan confundida que no había podido concentrarse en entrar en Aisling y buscarlo. No le había preguntado por su evolución en el hospital ni por cómo iban sus heridas. La tranquilidad por saber que estaba siendo bien atendido le había hecho relegar esas preocupaciones a un segundo plano.

Aunque, cuando lo pensaba con detenimiento, se preguntaba si el verdadero motivo para no haber entrado en Aisling no sería otro; si en realidad pasarse las noches entrenando era solo la excusa que se ponía para postergar el tener que hablar con él. Si existía una batalla a la que tendría que enfrentarse pronto era a la de su relación con Gare.

Tras besarle en el hospital, aunque fue un beso dulce y tierno, casi inocente, sintió cómo se le revolvía algo en su interior. Cuando le confesó que la quería —aunque la anestesia dejara la frase en el aire—, una parte dentro de ella gritó un «yo también te quiero» que la otra parte, la responsable, sensata y reflexiva, se encargó de silenciar.

Estaba casada, quería a Óscar. Aunque la situación no fuera del todo bien entre ellos, no podía olvidar que era el hombre del que se había enamorado, con el que había decidido casarse, el padre de sus dos hijas. Gare pertenecía a su pasado y, quizás, en una realidad paralela, podría haber llegado a ser algo más, pero no en esta que le había tocado vivir. Hacía muchos años que sus caminos se habían separado y había decidido tomar la senda por la que viajaba con Óscar. Puede que fuera más aburrida, menos vistosa y emocionante, pero era más segura y conocida. Ahora, que veinticinco años después de conocerse se habían besado por primera vez, igual era el momento perfecto para cerrar esa etapa de su vida con un bonito recuerdo. Una última aventura juntos, como las que habían vivido de adolescentes, pero esta vez con un final feliz.

Triz aparcó sus preocupaciones sentimentales a un lado y continuó con sus entrenamientos. Pronto se le terminaría el tiempo y el fin de los mundos y su regreso a Grawell cada vez estaban más cerca.

3

Gare, hospital. Diciembre del 2048

Llevaba más de dos semanas ingresado en el hospital y no había tenido noticias de Triz. Cada vez que la anestesia, los calmantes o el sueño le hacían caer dormido esperaba encontrarla al otro lado, pero no había aparecido en ninguna de esas ocasiones. La última vez que se vieron le besó y él le confesó, por fin, que la quería —o al menos eso creía recordar, aunque no estaba seguro de si había sido real o un desvarío provocado por las medicinas y los sedantes—. Quería volver a hablar con ella para que se lo confirmara. ¿Se habían dado, por fin, su primer beso o había vuelto a ocurrir en Aisling o en uno de sus sueños? Ni tan siquiera de eso estaba ya seguro.

Habían encontrado el libro de las sombras y vencido a Cristian, el «hombre malo» de los sueños de su hija. Todo parecía ir bien entre ellos y, de repente, había desaparecido. Nunca habían estado tantos días sin hablar desde que se reencontraron. Desde el día que la vio en el espejo de su cuarto de baño en el mundo virtual, aquel era su mayor tiempo de ausencia. Justo cuando pensaba que su relación iba por buen camino, volvía a extrañarla cada día, a cada hora.

¿Habría descubierto algo importante en el grimorio y habría tenido que viajar a algún otro mundo que él desconocía? ¿Lo habría hecho con prisas y sin poder decirle nada o se habría marchado sin hablar con él para no preocuparlo y dejarle recuperarse tranquilo en el hospital? ¿Triz no se había dado cuenta, todavía, de que no tener noticias de ella era lo que más nervioso le ponía y que ya no podía estar tranquilo sin saber que se encontraba bien? O, peor aún, ¿le habría pasado algo?

En un par de ocasiones había estado tentado de pedir el alta voluntaria e ir a buscarla, pero el dolor cuando terminaba una sesión de rehabilitación y el hecho de no saber por dónde empezar la búsqueda le mantenían recluido. Lo primero que haría, la próxima vez que hablara con ella, sería preguntarle dónde vivía exactamente por si volvía a sentir la necesidad de ir a su encuentro. Pero había algo más que le retenía: ¿y si no quería que fuera a verla? Lo malo de las ausencias es que

suelen llenarse de dudas.

—Venga, arriba, que los ejercicios no se van a hacer solos —dijo la enfermera al entrar en la sala de rehabilitación y verlo tumbado en el suelo con los ojos cerrados.

—A sus órdenes, sargento Arya. Conste que no estoy dormido, solo pensativo. ¿Sabes algo de la mujer que me trajo?

—¿De la doctora Cooper? No. Imagino que estará trabajando en el hospital de su ciudad. Solo dejó el mensaje de que se te tratara con la mejor de las atenciones. Por eso te han asignado a la mejor enfermera —respondió Arya. Una luz se iluminó en la maltratada cabeza de Gare.

—Disculpa, no sabrás cuál es ese hospital, ¿verdad?

—Claro que sí. La doctora Cooper es la jefa de cirugía del Hospital Central de su ciudad. Es muy respetada en su campo.

—Muchas gracias. No sabes el favor que me acabas de hacer —exclamó Gare—. Por cierto, ¿tus padres eran fans de *Juego de Tronos*? —preguntó con la intención de mantener entretenida a la férrea, aunque guapa, enfermera para que no insistiera en obligarlo a hacer los ejercicios.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella entre risas—. ¿También viste esa serie?

—A escondidas. Mis padres no me dejaban verla. Tenía solo once años cuando terminó, tres cuando empezaron a darla, allá por el 2010, pero me busqué la vida para verla en mi ordenador unos años más tarde. Arya era mi personaje favorito y un nombre que se hizo popular por aquel entonces entre las niñas que nacieron.

—También era el personaje favorito de mi madre. Me contaron de dónde venía mi nombre e hice como tú. Por curiosidad, la busqué unos años más tarde y la vi en Internet poco antes de que estallara la Tercera Guerra. El mundo actual me recuerda un poco a aquella serie. Lleno de rivalidades, muerte y destrucción por un pedazo de tierra.

—Pienso lo mismo que tú. Alguna vez, paseando por la calle, me ha parecido ver hasta *caminantes blancos* —repuso Gare, quien tuvo que contener la risa para que no le dolieran las costillas—. Oye, ¿sabes cuándo me van a dar el alta?

—¿Te han entrado prisas de repente? Pero si eres incapaz de andar diez metros sin maldecir por lo bajo. Todavía te quedan un par de semanas de mi agradable compañía. Vas a tener que

aguantarme un tiempo. ¿O no te acuerdas de que, cuando llegaste, tenías casi todos los huesos hechos polvo? Bastante milagrosa nos está pareciendo tu recuperación como para que encima tientes a tu suerte.

—Es que me gustaría poder ir a un sitio...

—¿A ver a la doctora Cooper? —inquirió Arya a quien no se le escapaba una—. Me temo que tendrás que esperar. Hago honor a este nombre porque soy implacable. No te vas a librar de la rehabilitación. Creo que vas a terminar el año con nosotros. Lo bueno es que solemos hacer unas fiestas estupendas llenas de «pastillas» y buena música. Y, cuando estés lo suficientemente recuperado como para no entretenerme y querer librarte de los ejercicios, tendrás que abonar los costes y te daremos el alta.

—¿Abonar los costes? —interrogó Gare a quien los ojos casi se le ponen en blanco.

—No pensarás que los hospitales son gratuitos... ¿Te crees que vivimos en la época de nuestros abuelos? La sanidad es privada y de pago desde antes de la tormenta solar. Algún día vas a tener que explicarme de dónde has salido.

—¿Y cuánto me va a costar la rehabilitación? —replicó mientras hacía cuentas en su cabeza de los pocos vatios de los que disponía en su tarjeta sin tener que devolvérselos a Paul.

—Depende de los días que te queden, pero, según mis cálculos, aproximadamente unos ocho mil vatios. No te preocupes, ya hemos comprobado en tu TVE que tienes fondos suficientes para pagar. Eres un hombre afortunado, no mucha gente cuenta con esa cantidad de vatios disponibles.

El rictus en la cara de Gare cambió de pronto, se había quedado blanco. Se sentía peor, incluso, que tras la paliza que le había dado Cristian. ¿Ocho mil vatios por un mes de hospital? Ahora tenía otra preocupación que añadir a su lista. Salir de allí le iba a costar casi todos los vatios de su tarjeta y tenía que devolvérselos a Paul. O encontraba la manera de reingresarlos o estaba seguro de que su antiguo amigo, y ahora policía, no tardaría en encarcelarlo o en devolverlo a un hospital con todos los huesos rotos. Un hospital que tampoco podía pagar.

Pese a sus esfuerzos por intentar librarse de los ejercicios, Arya le hizo sudar de lo lindo antes de dejarle regresar a su habitación. En plan sargento de hierro, se había negado a dejarle montar en la silla motorizada y le había obligado a volver andando, como castigo por hacerse el remolón. Le había costado la vida hacerlo y, al llegar a su cuarto, se dejó caer en la cama agotado. Estaba claro que no

podía pedir el alta voluntaria. Se veía incapaz incluso de regresar a casa y de subir las escaleras hasta el octavo piso.

La noticia de que iba a tener que pagar su estancia le había llenado la cabeza de inquietudes. Por primera vez en sus días de hospital, su principal preocupación no era la ausencia de noticias de Triz.

Estaba tumbado en la cama, mirando al techo, sin atreverse siquiera a pedir que le trajeran el libro que había estado leyendo los días anteriores. Ahora que se había enterado de que todo allí tenía un precio temía que el alquiler de lectura subiera, aún más, el coste de su estancia.

No le extrañaba que Arya se preguntara de qué planeta había llegado. El primer día, aburrido, tumbado en la cama, preguntó a la enfermera si no había televisor en su habitación. Cuando esta lo miró con cara de extrañeza y le respondió que no había televisores en ninguna habitación del hospital, recordó dónde se encontraba. No terminaba de acostumbrarse a que el mundo llevara más de dos años sin móviles o sin televisión. Él hacía poco más de un mes había estado viendo su serie favorita mientras Doto la reproducía en una pantalla gigante en el salón de su casa en la realidad virtual.

Pero el mundo real era diferente. Muy poca gente se podía permitir tener un televisor en sus casas, y quien podía se encontraba con muy poca variedad a la hora de elegir programación. Para tan poco público, a las empresas no les salía rentable emitir publicidad y sin publicidad a las cadenas televisivas no les resultaba viable crear contenidos. Solo el gobierno, manipulador y sin escrúpulos, emitía sus informativos en una única cadena para poder seguir metiendo miedo a la población. Cada vez que le llegaba a sus oídos alguna de las afirmaciones que se decían, no podía evitar acordarse de *V de Vendetta*, su película favorita.

—Esto no podría ser más aburrido. —Una voz femenina habló desde el otro lado de la cortina que separaba la habitación.

En un primer momento se sobresaltó. En los días anteriores había estado solo en aquella estancia y había vuelto tan preocupado de la rehabilitación que ni se había dado cuenta de que la cortina que dividía la habitación en dos estaba, por primera vez, corrida.

—La verdad es que no hay mucho que hacer. Estaba pensando precisamente en que no estaría mal que hubiera una televisión como las de antes —comentó. Se encontraba tan aburrido que no le venía mal la distracción de poder hablar con alguien.

—¡Eso estaría genial! Poder ver las películas que daban antes... ¿Te acuerdas de *Bichos*? Una

película de dibujos animados de 1999 cuya emisión prohibió el gobierno a partir de la Tercera Guerra Mundial —replicó la mujer sin abrir la cortina, pero con un tono de voz más alegre.

—Esas hormigas ridículas nos superan en número de cien a uno y, si llegaran a averiguarlo, adiós a nuestro estilo de vida. No es por la comida, es para mantenerlas ocupadas y que no piensen. ¡Por eso vamos a volver a atacarlas! —respondió Gare de forma entusiasta.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—. Excelente memoria la tuya. Mi nombre es Lilian —se presentó mientras abría la cortina y saludaba desde su cama.

—Encantado. Yo me llamo Gare. Me sorprende que conozcas una película que está a punto de cumplir cincuenta años y que lleva casi cinco prohibida. —La chica aparentaba ser más joven que él. Le llamaba la atención el tono cobrizo de su pelo, tenía una cara muy agradable y, pese a la ropa desfavorecedora del hospital y a estar bajo las sábanas de su cama, parecía bastante atractiva. Además, que conociera aquella película la hacía más interesante.

—Tengo treinta y cinco años, pero a mis padres les gustaba mucho esa película. Me la ponían cuando era pequeña y a mí me encantaba Atta.

—Qué tiempos aquellos en los que las películas animadas enseñaban algo, tanto a mayores como a pequeños. Eso lo perdimos con la Tercera Guerra.

—Peor fue la tormenta solar de hace dos años y medio. Con eso perdimos hasta las películas malas —replicó Lilian mientras se ayudaba de los brazos para incorporarse en la cama. La primera impresión de Gare se confirmó cuando las sábanas dejaron ver más su cuerpo.

—¿Te cuento un secreto? —Lilian no tardó en asentir—. Hasta hace un mes, seguía viendo películas, incluida *Bichos*.

—¿En dónde? —preguntó ella, con un asombro nada fingido, a la vez que se erguía en su cama como un gato a punto de alcanzar un bote de galletas.

—En *Unreal Live*.

—¡Ey! Yo he jugado a ese juego.

—¡No me digas! Igual hasta hemos coincidido en alguna de las fiestas de los viernes por la noche. —Gare estaba seguro de que, si aquella chica hubiera elegido una imagen mejorada de sí misma para el juego, habría intentado ligar con ella durante los años que estuvo encerrado en la

realidad virtual. Las pelirrojas siempre le habían llamado la atención a primera vista.

—¿Fiestas? ¿Ahora se puede ir de fiesta en ese juego? Antes solo se podía viajar y conocer ciudades a las que no podías permitirte ir de manera real.

—¡Ostras! Esa es la versión de hace diez años. La última era mucho más divertida. Había fiestas, alcohol, sexo de vez en cuando... Era el lugar ideal para pasar los fines de semana conociendo a gente nueva. Perfecto salvo si, durante la tormenta solar, te quedas encerrado dentro con tu apariencia real durante dos años...

—¿Que te quedaste encerrado dentro del videojuego? Me estás tomando el pelo. ¡Eso es imposible!

—Me temo que no. Es difícil de explicar, realidades virtuales y apagones no deben de ser compatibles, pero es lo que me pasó. El día de la tormenta solar me quedé encerrado en el videojuego sin poder salir, al no haber electricidad. Por eso podía seguir viendo películas hasta hace poco tiempo. En *Unreal Live* siguen funcionando las televisiones y los móviles, hay coches y parques...

—¿Y por qué saliste de allí? Mejor aún, ¿cómo saliste? ¿Es lo que te ha traído al hospital?

—Eso es más difícil de explicar todavía. Conseguí salir del videojuego como terminan todos, con la muerte del protagonista, pero no fue eso lo que me trajo al hospital. Dejémoslo en que tuve una mala caída —respondió Gare, acordándose de cómo Cristian le dejó caer con su magia desde lo alto de un árbol, pero obviando Aisling y lo que allí había vivido. No quería que la chica lo tomara por loco nada más conocerse. Bastante raro sonaba ya lo del videojuego—. Y tú, ¿por qué estás aquí?

—Un accidente en mi empresa. He sufrido una descarga eléctrica manejando unos contenedores de energía y me he caído desde una segunda planta. Pensaron que me había matado, pero al final solo me he roto los huesos de una pierna y la descarga eléctrica no me ha producido daños. Un pequeño milagro —respondió Lilian, sentándose en el borde de la cama y enseñando su férula impresa en tres dimensiones que le protegía la zona lesionada—. Con un par de días de rehabilitación me darán el alta. Por fortuna, el seguro de mi empresa me cubrirá los gastos. Esta tecnología de rehabilitación ósea es muy efectiva y rápida, pero muy cara. Mientras tanto, tendremos que compartir habitación.

—No hay problema. Yo llevo aquí más de dos semanas y, desde que me han dicho lo que me va a costar la estancia en este sitio, se me han quitado las ganas hasta de pedir el libro que estaba

leyendo. Ahora tengo con quien hablar para ocupar el tiempo. Se me harán más soportables las horas entre tortura y tortura de rehabilitación.

—¿Qué libro leías?

—*¿Tú me ves? La maldición de la casa Cavendish*, de Gemma Herrero Virto. Estaba interesante, pero me da miedo volver a pedirlo por si eso aumenta la factura. Además, son seis libros y no voy a tener tiempo de leerlos todos.

—Gemma Herrero... ¿no le dieron el Premio Nobel de Literatura en el 2041?

—Sí. La academia cambió su criterio de selección de ganadores unos años antes. Gemma se hizo muy popular cuando hicieron las películas de sus libros, pero, aunque soy muy aficionado al cine, siempre he preferido la lectura. Los libros dan más de sí cuando te los imaginas.

—Si quieres, lo puedo alquilar yo y te lo presto. Como te digo, los gastos de hospital me los cubre el seguro de la empresa, incluido el alquiler de libros.

—¡Vaya! Sería un detalle por tu parte —repuso Gare—. Por cierto, en tu empresa no necesitarán a alguien, ¿verdad? Estoy buscando trabajo. Los gastos del hospital me han dejado la TVE temblando y después de dos años fuera y con los cambios provocados por la tormenta solar, me he quedado un poco desactualizado para el mercado laboral. Antes trabajaba haciendo baterías eléctricas para coches, pero ahora ya casi nadie tiene uno.

—Pues creo que sí. Si me caes bien en estos días que tengo que pasar aquí, les hablaré de ti a mis jefes para que te busquen algo cuando te den el alta. De momento, acordándote del monólogo de la película *Bichos*, has ganado muchos puntos... y seguro que sin la bata de hospital hasta resultas atractivo —comentó Lilian sin cortarse. El chico que estaba en la habitación le había caído simpático y le apetecía coquetear con él, hacía mucho tiempo que nadie le caía bien a primera vista.

—No hay nadie que resulte atractivo con estas batas —rió Gare—. Me parece increíble que, con todos los avances de la humanidad en estos años, sigan usando estos harapos que te dejan con el culo al aire al menor descuido.

—Piensa en el lado bueno. Si tienes una compañera de habitación guapa, las batas pueden ofrecerte buenas vistas. —Lilian rió con ganas.

La conversación entre ambos se alargó hasta altas horas de la noche, cuando dos enfermeras les echaron la bronca por no estar en silencio y descansar.

4

Casa de Triz. Diciembre del 2048

El libro de Astrid contenía varios conjuros y hechizos con los que prepararse para una batalla. Había aprendido a manejarlos y se sentía más segura para enfrentarse a lo que se le pudiera venir encima, pero no decía nada de cómo había conseguido evitar el catastrófico desenlace cuando se tuvo que enfrentar a su misma situación. Era como si al libro le hubieran arrancado las últimas páginas antes de que lo encontrara. No lo entendía. ¿Quién podría haberlo hecho si la propia Astrid les había recibido en la cueva? ¿Por qué no se explicaba paso a paso, como una receta de cocina, todo lo que tenía que hacer? ¿Por qué se empeñaban en complicarle la vida? ¿Acaso no era bastante difícil ya?

Había leído y releído aquellas páginas decenas de veces, pero tras el tercer sueño con los Dioses y ver su mundo destruido, Astrid no contaba ninguna visión más ni había rastro de cómo había conseguido salvar los mundos. Posiblemente porque, tras el conflicto, quedó encerrada en aquella cueva y no tuvo ocasión de ponerse a escribir.

Tanto esfuerzo en su búsqueda, haber estado varias veces a punto de morir, haber puesto en peligro la vida de Gare, solo por unos cuantos hechizos y conjuros que, si bien le iban a ayudar en próximas batallas, no la acercaban a evitar el desastre.

Agotada, después de días robándole horas al sueño para estudiar el libro, de repetir una y otra vez cada hechizo hasta estar segura de manejarlo con soltura, decidió que ese fin de semana se lo iba a dedicar a ella y a su familia. A nada más, aunque el mundo decidiera venirse abajo. Si le obsesionaba salvar los mundos de sus pesadillas, era para mantener a salvo a los suyos, y de nada le servía estar preparada si ello le iba a impedir pasar tiempo a su lado.

Aprovechó que se encontraba despierta, casi de madrugada, para hacer el desayuno, pero esta vez no se limitó a prepararlo para sus hijas y conformarse con un vaso de leche sintética fría para ella, esa mañana tiró la casa por la ventana. Horneó pan de plátano macho y huevos, además de preparar café para todos, mientras planeaba en su cabeza cómo pasar la mañana, antes de que el sol

castigara a la ciudad con justicia.

La primera en llegar a la cocina fue Alana, que al ver el desayuno se quedó parada en la puerta.

—¿Ha pasado algo? —preguntó al verla tararear una canción mientras iba de un lado al otro de la cocina—. ¿Es el cumpleaños de alguien y se me ha olvidado?

—No, tranquila. No celebramos nada especial. Simplemente que hoy es sábado y quiero pasar todo el día con vosotras.

—¿Puedo tomar café? —preguntó Alana, a quien no le dejaban tomarlo por miedo a que durmiera todavía peor por las noches. Bastante le costaba conciliar el sueño, como para añadir la cafeína a la ecuación.

—¡Sí! Hoy sí puedes tomar café —respondió Triz. Su hija llevaba tres semanas durmiendo sin excesivos problemas desde que habían desaparecido las pesadillas. Ya era hora de que pudiera celebrarlo tomándose un café en el desayuno.

Unos minutos más tarde, cuando Alana ya saboreaba cada sorbo y mordía feliz su pedazo de pan, entró Óscar en la cocina.

—¿Qué ha pasado hoy aquí?

—He hecho el desayuno para todos. Hoy tenemos café.

—¿Nos lo podemos permitir? —preguntó Óscar mientras tomaba asiento en su lugar en la mesa.

—No me he parado a pensar en eso. No podemos vivir siempre preocupados por si nos podemos permitir o no tomar un café por las mañanas. En algunas ocasiones, simplemente hay que disfrutar del momento y hacer lo que a uno le apetece. Y a mí, hoy, me apetecía que desayunásemos todos juntos y tomar café en familia.

—Pero este mes...

—Por favor, Óscar, sin peros. Disfruta del desayuno con las niñas y conmigo. Ya nos preocuparemos de los peros el lunes, si hace falta.

Óscar iba a añadir algo más a la conversación, pero tras dar un sorbo a su taza de café caliente se le olvidó y se limitó a disfrutar de la comida. No podía protestar después de saborear algo tan bueno. Además, se alegraba de ver a su mujer con una sonrisa en la cara y no quería ser el culpable de

estropearla. Hacía mucho tiempo que no la veía sonreír de aquel modo y la verdad era que estaba muy guapa.

La última en bajar a la cocina fue la pequeña Maya, venía frotándose los ojos, arrastrando los pies y el pijama que había heredado de su hermana mayor y con el pelo revuelto. Se quedó quieta al ver al resto de la familia sentada en la mesa y a su madre riendo.

—Buenos días, dormilona —saludó Triz, al ver a su pequeña parada en la puerta—. ¿Quieres un dulce con tu tostada y tu vaso de leche?

Maya dejó de frotarse los ojos y asintió antes de salir corriendo a sentarse en su silla. No solían darle dulces con el desayuno.

Al cabo de un rato estaban los cuatro riendo y disfrutando. Por un momento, se quedaron muy lejos las preocupaciones y el estrés, los grimorios, los «hombres malos» y salvar mundos. Si hubiera podido, Triz habría congelado ese momento para poder vivir en él para siempre, pero no conocía ese hechizo.

—Había pensado que podríamos llevarlas al parque por la mañana y, después de comer, pasar la tarde haciendo algo los cuatro juntos. Alguna actividad en familia, en el salón —comentó esperando la conformidad de su marido.

—¿Hoy no tienes nada que hacer en el sótano? —preguntó él, a la vez que la miraba de reojo y daba un sorbo a su taza de café.

—Siempre tengo que hacer algo, pero he decidido olvidarme de todo y pasar el día con mi familia. ¿Te apetece?

Óscar se limitó a hacer su característico gesto con los hombros.

Terminado el desayuno, las niñas estuvieron encantadas con el plan de ir al parque. Llevaban toda la semana saliendo solo para ir al colegio —su madre se empeñaba en llevarlas a casa en cuanto las recogía— y estaban deseando salir y divertirse. Además, ese día, su madre parecía dispuesta a explayarse con ellas y unirse a sus juegos.

Alana se alegraba de que no le hubiera dicho, ni una sola vez, que tenía que tener cuidado con los rayos del sol. Se había limitado a ponerle la crema protectora y, desde ese momento, le había dejado jugar a sus anchas sin volver a recordárselo. Estaba a punto de cumplir trece años y ya era mayor para saber cuándo debía ponerse o no la crema.

Para demostrarle a su madre que era una chica responsable, fue ella misma la que le pidió que le dejara ponérsela y quien le recordó que debía volver a dársela a Maya. En realidad, no le hacía ninguna falta, porque ella no notaba que el sol le quemara la piel, pero ver a su madre tan contenta era una buena oportunidad de ganarse su confianza. Si la veía capaz de cuidarse sola, no le pondría pegas para asistir a una fiesta con sus amigas.

Después de jugar un rato con sus hijas, Triz se acercó a Óscar, que se había quedado observándolas en un banco y le invitó a unirse.

—¿No vienes a jugar con nosotras?

—Ya soy mayor para juegos, ¿no crees?

—Nunca se es lo suficientemente mayor para acordarse de ser feliz con las personas a las que se quiere. Ven, vamos a ser felices con nuestras hijas, aunque sea solo por un rato —dijo Triz tendiéndole la mano.

Óscar tardó unos segundos en reaccionar, pero al final se levantó del banco y agarró la mano de su mujer. Una corriente de optimismo recorrió el brazo de Triz. Cada vez tenía más clara la decisión que debía tomar. Aquella era la vida que siempre había soñado tener, el camino que había elegido.

Óscar acabó olvidándose de sus prejuicios y terminó disfrutando de jugar en el parque, sin importarle que los pantalones se le ensuciaran mientras perseguía a sus hijas entre los columpios. Manchado de tierra, con el pelo revuelto y riendo sin parar, a Triz le recordó al chico del que se enamoró.

Regresaron a casa para la hora de comer. Las dos niñas iban tan contentas que, por un momento, habían olvidado pelearse entre ellas y caminaban de la mano entre risas. Triz se sentía orgullosa al ver a Alana ejerciendo de hermana mayor. Había llegado el momento de hablar con ella sobre sus sueños y sus responsabilidades con el mundo de la magia. Iba a cumplir trece años y ya no podía retrasarlo mucho más tiempo, pero, al menos, esperaría hasta el lunes. El fin de semana era solo para disfrutar en familia. Ya iba a pasar tiempo sin poder hacerlo cuando tuviera que marcharse a Grawell. Algo en su interior le decía que ese segundo viaje no iba a ser de solo unas horas.

—Se la ve mucho mejor estos días —comentó Óscar, que caminaba a su lado un par de pasos por detrás de sus hijas, sobresaltándola.

—¿A quién?

—A Alana. Lleva días que no tiene pesadillas y ya no deja la luz encendida por las noches. Ni siquiera te ha pedido que te quedes a dormir en su cama. Parece que, por fin, se ha acostumbrado a dormir sola.

—Sí. Se la nota hasta en el ánimo. Duerme mejor. Espero que siga así durante un largo tiempo.

—¿Acaso crees que volverán las pesadillas? —interrogó Óscar, a quien se le notaba el tono de preocupación en la voz.

—Volverán... siempre vuelven, pero espero que, para entonces, ya esté preparada.

—¿Preparada para qué?

—Para sus responsabilidades como bruja... —respondió Triz. Al hacerlo bajó el tono de voz, segura de que esa respuesta acabaría llevando la conversación a una nueva disputa.

—¿Qué pasó el fin de semana en casa de tus padres para que se hayan terminado sus pesadillas así, de pronto? —Quiso saber Óscar. Triz se giró con mirada interrogativa, como si le preguntara si estaba seguro de querer escuchar la respuesta—. ¿Tienes algo que ver con que Alana, por fin, pueda dormir bien? —continuó.

—Es muy largo de contar y difícil de explicar. Sabes que tu hija siempre decía que sus pesadillas eran con un «hombre malo». —Óscar asintió—. Dejémoslo en que, ese fin de semana conseguí que desapareciera —respondió Triz, rememorando la reciente imagen en su mente de Cristian enterrado bajo un montón de árboles y piedras.

—No sé cómo lo hiciste, pero me alegro. Ahora que Alana descansa tranquila, quizás puedas volver a dormir en nuestra cama...

La cuestión quedó en el aire y dando vueltas en la cabeza de Triz. Intentó aparcarla cuando llegaron a casa para comer, pero cada vez que se quedaba un momento en silencio, la sugerencia de Óscar volvía a su cabeza. Siguió aparcándola durante la tarde de juegos en el salón, aunque al ver a su marido divirtiéndose por primera vez en mucho tiempo, recordó lo que le gustaba verlo sonreír y lo guapo que se ponía cuando reía. Por segunda vez en el día, y por primera vez en meses, viéndole allí sentado en el suelo jugando con sus hijas, le apetecía darle un beso y ver adónde llevaba aquel primer impulso.

Después de cenar y tras un día entero de juegos, fueron sus hijas quienes sugirieron irse a la cama porque estaban muy cansadas. Ninguna de las dos se hizo de rogar, la pequeña no pidió que le

contaran ninguna de sus historias y Alana cayó rendida. Pronto se quedaron dormidas. Cuando Triz bajó al salón, Óscar estaba recogiendo la cocina.

—¿Ya se han dormido? —preguntó mientras guardaba los platos en el armario.

—Sí, estaban agotadas. Hoy han disfrutado mucho y no les quedaba ni una gota de energía para remolonear. Ha sido meter los dos pies en la cama y dormirse.

—La verdad es que ha sido un día divertido y agotador. Yo también debería irme a la cama. No recordaba lo cansado que es jugar. Estoy más molido que después de un día de trabajo en la fábrica.

—¿Estás muy muy cansado? —preguntó Triz con tono malicioso.

—La verdad es que sí... bueno… no tanto —respondió Óscar al ver a su mujer acercarse a él con una sonrisa traviesa dibujada en los labios y una mirada lasciva que no recordaba haber visto desde hacía mucho tiempo.

Triz le dio el beso que llevaba deseando darle desde la mañana en el parque. Un beso suave y cálido que fue pidiendo permiso, poco a poco, para volverse pasional y atrevido. Óscar no puso reparos en convertirse en pareja de baile de aquel juego de pequeños mordiscos y caricias en medio de la cocina. Hacía mucho tiempo también que no se divertía con su mujer.

El juego que empezaron en la cocina continuó en el salón entre risas y peticiones de no hacer mucho ruido para que las pequeñas no los interrumpieran y terminó en la cama de su habitación dando rienda suelta a una pasión arrinconada con el tiempo, pero deseosa de volver a ocupar un papel protagonista en su relación.

Esa noche, felizmente agotados, durmieron abrazados con el intenso y agradable aroma de su encuentro flotando en el aire de su dormitorio.

5

Grawell. Casa de Helen

Hacía casi ocho semanas, en tiempo de Grawell, que había tenido que volver a despedirse de su sobrina y Helen seguía melancólica. La primera despedida, cuando Triz apenas tenía trece años, fue necesaria por su enfermedad. Había intentado enseñarle, en el poco tiempo que había tenido, lo más indispensable de la magia, sabedora de que su poder la llevaría a ser alguien muy importante con los años. Ninguna otra bruja que conociera, y eran muchas, había soñado con los Dioses en su décimo cumpleaños, y eso convertía a su sobrina en la heredera de Astrid. Sin embargo, no pudo evitar tener que marcharse sin terminar su trabajo y con la duda de saber si sola iba a poder conseguir llegar a ser la bruja que de ella se esperaba.

Sus estudios sobre el mundo de las brujas la habían llevado a conocer la historia de Astrid antes de tener que viajar a Grawell y a saber que la primera gran bruja que había soñado con los Dioses había dejado oculto un mensaje que ninguno de los cientos de brujas que habían acudido después a aquel lugar fue capaz de descubrir. Segura de que su sobrina era la elegida, le dejó el colgante para cuando, llegado el momento adecuado, pudieran reencontrarse.

Si de algo le había servido volver a verla, era para darse cuenta de que se había convertido en la mujer que esperaba. Había sido madre, como sus sueños le anunciaron, y una nueva generación de brujas continuaría su legado. Le encantaba el nombre que le habían puesto a la heredera de su magia: Alana. Un nombre de origen celta que significaba «bella» o «armonía». Esperaba que la magia de su sobrina y la de su hija trajeran, por fin, la paz al mundo de las brujas y al resto de mundos.

La segunda despedida había sido abrupta, sin tiempo de decirse todo aquello que se tenían que contar y sin la posibilidad de darse un último abrazo. También había servido para rescatar los recuerdos de su vida y que volviera a echar de menos a su hermana o los ratos con su pequeña sobrina, a la que lamentaba no haberla visto crecer.

Por eso, ni siquiera había lavado el vaso donde Triz había bebido mojitos la noche que habían

pasado juntas y en donde estaba la marca de sus labios. Cada noche realizaba un conjuro para que esta se separara del vaso y poder sentir así un beso de su sobrina antes de acostarse. Se había ido hacía pocas semanas y la extrañaba muchísimo. Solo deseaba que su sobrina descubriera el mensaje de Astrid y pudiera terminar para siempre con sus pesadillas.

Se debatía en una pelea de sentimientos. Quería volver a verla, pasar más tiempo con ella, conocer a sus hijas y que le relatara más detalles de su vida, pero sabía que eso solo ocurriría si se veía obligada a regresar a Grawell, con el dolor que eso conllevaba Ni siquiera podía imaginarse hacer pasar por aquello a la pequeña Alana, aunque se moría de ganas de verla en persona. Soñaba con volver a encontrarse con Triz, pero, a la vez, deseaba que eso fuera después de muchas lunas, cuando el conjuro de cada noche ya hubiera borrado todo rastro de sus labios del vaso y el olor que desprendía la ropa que se dejó en el lago hubiera desaparecido.

Para ello, para retrasar el máximo tiempo posible su regreso a Grawell, se estaba esforzando en mantener el equilibrio entre las fuerzas reinantes, pero no estaba resultando sencillo.

La huida de Triz con la ostra mágica de Astrid había provocado un revuelo entre muchas de las brujas, un motín. Quien encabezaba las protestas era Petronilla que, tras haber sido retenida por la magia de Helen, había visto con impotencia cómo la que consideraba su única esperanza de regresar a la Tierra se había perdido. Bramó desconsolada y se encaró con ella cuando se quedaron a solas. En un ataque de rabia, había denunciado a Helen ante el consejo y no fueron pocas las voces que se unieron a la protesta.

Voces no solo de brujas de magia negra. Algunas de magia blanca no entendían quién le había dado la potestad a Helen para decidir que la ostra de la primera gran bruja debía abandonar Grawell. Pensaban que, con esa ausencia de magia, su posición quedaba debilitada y no tardarían en perder el control del mundo de las brujas a manos de aquellas que querían destruirlas.

Una de las más beligerantes era Agnes Waterhouse, la primera inglesa ejecutada por un tribunal secular acusada de la muerte de un vecino, de llevar enfermedades a la ciudad y de asesinar a su esposo. Acciones que en realidad nunca cometió. Simplemente se hartó de la sociedad en la que le había tocado vivir. Se cansó de sanar a la gente y de ser bondadosa —se la conocía como Madre Waterhouse—, para que, a las primeras de cambio y en la primera cruzada de Enrique VII, tras la decapitación de Ana Bolena, todos le dieran la espalda y la acusaran de brujería. En un acto de ironía, llamó a su gato Satanás y, cuando vinieron a hacerle confesar sus delitos, dijo que parte de ellos los había cometido su gato.

Se la consideraba una de las brujas más inteligentes de Grawell y era una de las «brujas» de

elemento, por eso, cuando se posicionó en contra de Helen, fueron muchas las que optaron por situarse de su lado.

La situación era cada vez más insoportable. Las tiranteces dentro del consejo amenazaban con romperlo y, si eso llegaba a ocurrir, si cada una de las brujas decidía librar la batalla por su cuenta, no tardarían en producirse bajas. Helen tenía la sensación de que solo hacía falta una pequeña chispa para que todo saltara por los aires, una última gota de incertidumbre que desbordara el vaso de la impaciencia.

El consejo de brujas estaba compuesto por todas las brujas de sangre de Grawell. Sin importar si su magia era blanca, negra o gris, todas tenían derecho a voto en él. Esto era lo que había dado cierta estabilidad al mundo de las brujas. Una estabilidad siempre frágil, pero que se había mantenido y respetado durante siglos.

Al frente del consejo cuatro brujas, las más poderosas de Grawell, se sentaban en los puntos cardinales del mismo y eran llamadas las «brujas de elemento» porque cada una de ellas representaba a uno de los cuatro elementos vitales. Eran elegidas por el resto de brujas y su palabra se respetaba. Para fortuna de Helen, que era una de ellas —en su caso representaba el fuego—, aunque Agnes y Petronilla —dos de las otras brujas más poderosas— se habían posicionado a favor de echarla del consejo, la cuarta bruja la apoyó y eso había retrasado la decisión final. Pero los privilegios de Helen dentro del consejo pendían de un hilo.

Entre la ausencia de su sobrina y las luchas internas en Grawell, sentía que se estaba quedando sin fuerzas. No encontraba nada a lo que aferrarse que la ayudara a mantener a flote su fuerza de voluntad. Había amaneceres que le costaba incluso levantarse de la cama. Era como si los años, que en Grawell no pasaban, le hubieran caído sobre el alma de golpe. Se sentía como la bruja de setenta y muchos años que le correspondía ser. Por eso, esa noche, quería irse pronto a descansar y dejar que las horas pasaran sin moverse de entre las sábanas.

Estaba haciendo el conjuro para recibir el beso de buenas noches de Triz cuando llamaron a su puerta.

—Helen, ¿estás ahí? Tenemos que hablar.

—¿Y tú eres de las más inteligentes en Grawell? —preguntó disgustada y gritó hacia la puerta al reconocer la voz—. Por supuesto que estoy en casa, Agnes, ¿no ves la luz? Pero estas no son horas y estoy cansada para discutir. Rigel ya no es visible y tú deberías estar también en tu casa.

—¡Abre, Helen! Es muy importante.

La voz de Agnes sonó realmente preocupada. No estaba enfadada o disgustada como las últimas veces que habían hablado o discutido en el consejo. Se le notaba angustiada, nerviosa.

—Os dije en el último consejo que era necesario. Mi sobrina necesitaba la ostra para evitar la profecía de sus sueños. Además, ninguna de vosotras había sido capaz de encontrarla durante siglos. Solo a ella se le reveló durante el beso de la estrella azul. Por algo será, ¿no crees? —relató en voz alta mientras se encaminaba hacia la puerta para abrir, pese a sus primeras reticencias.

—¡Tu sobrina tiene que volver! —exclamó Agnes en cuanto Helen abrió a la vez que entraba como una ráfaga de viento cuando hay corriente.

—Y yo te he dicho decenas de veces que no voy a hacerle pasar por eso otra vez. Regresará cuando tenga que hacerlo. Cuando encuentre la manera de evitar sus sueños. Sin ella no habrá mundo de las brujas que defender ni mundo al que querer regresar. Triz necesita la ostra y no va a volver a Grawell a devolverla por muy pesadas que os sigáis poniendo.

—No es por la ostra, Helen. Es lo que intento contarte si dejas de parlotear y me dejas hablar. Es mucho más preocupante. Si no nos damos prisa, tu sobrina no va a tener mundo de las brujas que salvar. ¡Han desaparecido los sigilos sagrados[1]!

6

No hay calma que cien años dure

Aún con la sonrisa en los labios, Triz despertó cuando todavía era noche cerrada. El apasionado reencuentro le había dejado la boca seca y esa sensación de sed había terminado por despertarla. Dio un beso a la espalda de su marido mientras intentaba soltar su brazo de los de Óscar, que lo sujetaban contra su pecho, para poder levantarse. Aunque podría haber ido al cuarto de baño para beber un poco de agua, era tanta la sed que sentía que decidió ir hasta la cocina para tomar un poco de leche que, pese a ser de origen artificial, le gustaba más que el insípido sabor del agua purificada que llegaba a las casas.

La sensación de bienestar con la que se levantó de la cama se vio enturbiada cuando pulsó el interruptor de la cocina, pero no se encendió ninguna luz. Pese a que comprobó un par de veces su TVE y volvió a insertarla adecuadamente en el sistema, esta siguió sin encenderse. Aunque maldijo un par de veces, no estaba dispuesta a que una bombilla fundida estropeara su idea de un fin de semana perfecto en familia, así que, a oscuras, entró en la cocina y llegó hasta el frigorífico segura de que al abrir la puerta su luz la iluminaría la sombría cocina.

Pero no fue así. Cuando abrió la puerta de la nevera, el haz de claridad esperado fue sustituido por una ráfaga de aire frío que le golpeó en la cara de tal modo que su gesto casi se le queda congelado. La sorpresa pasó a asombro cuando comprobó que dentro del frigorífico no solo no había luz, sino que tampoco había leche ni el café que había sobrado a la mañana ni alimentos, ni siquiera baldas. Todo era un gran contenedor de negrura y aire gélido. Un frío que parecía llamarla por su nombre desde el interior.

Triz conservó la calma. Estaba claro que, una vez más, no se había levantado de la cama ni había ido a su cocina. Se encontraba en uno de sus sueños y, en realidad, seguía acostada, así que se dejó llevar. Lo único que lamentaba era no haberse puesto la ropa de cama antes de soñar con bajar a la cocina porque la idea de meterse dentro del gélido frigorífico en ropa interior no le hacía mucha

gracia.

—Triz —Otra vez la voz que le llamaba desde el interior—. Entra, Triz, es importante.

—Está bien… ya voy, pero espero que esta vez quieras contarme algo útil y no uno de tus habituales acertijos sin salida —replicó hablándole a sus sueños—. Con lo de que mi nevera me hable, te has pasado.

No era la primera vez que era consciente de estar dentro de un sueño. Ya eran muchas las pesadillas que le había tocado vivir y había aprendido a detectar pequeños detalles que le revelaban que seguía dormida. Sus sueños se habían descuidado y cada vez se preocupaban menos por disimular aquellos detalles. Cada vez se volvían más inverosímiles.

Tuvo que agacharse para entrar por la puerta y no le sorprendió comprobar que su nevera no tenía fondo y, como si del acceso a un sótano se tratara, había unas escaleras que descendían al otro lado. En cuanto empezó a bajarlas, la puerta se cerró a sus espaldas y desapareció. Si quería regresar a su cama, iba a tener que bajar aquellos escalones y descubrir cómo terminaba aquella pesadilla. Al menos, a cada escalón que descendía, la sensación de frío era menor y no tenía que cubrirse el pecho con ambos brazos.

Ese aumento de temperatura fue a más y llegó un momento en el que, pese a la escasez de ropa, Triz rompió a sudar.

Solo cuando sus pies descalzos alcanzaron el último escalón pudo ver una tenue luz al otro lado de un largo corredor. Impaciente por descubrir qué era aquel lugar y poder regresar a la tranquilidad de su cama, se aventuró a recorrerlo.

Un cosquilleo en la columna vertebral le avisó de que, a pesar de saber que estaba en un sueño, los nervios empezaban a ser reales. El corredor era oscuro, tallado en piedra y el olor que desprendía era el mismo que el de un yogur caducado, con ese punto excesivo de acidez que se te clava en la nariz.

Cruzó el pasillo con la sensación de que en cualquier momento una mano saldría de la negrura y le agarraría del hombro para tirar de ella hacia el abismo y eso le hizo acelerar el paso. Cuando llegó al otro lado, reconoció dónde se encontraba.

No había estado nunca, pero en cuanto la luz iluminó la primera estancia, supo que estaba en Annwn[2], la antesala de Marbhreilig[3], el mundo de los muertos.

No era un lugar muy agradable de visitar. Aquel era el sitio en el que los recién fallecidos esperaban a ser recibidos. Cuando realizaba ceremonias de acompañamiento a los muertos en su hospital, lo hacía para que la espera en aquel lugar les resultara más agradable y aceptaran su destino. Si los muertos se negaban a cruzar a Marbhreilig, corrían el riesgo de permanecer en aquella estancia para siempre, como si de una celda de aislamiento de un sanatorio mental se tratara, salvo porque sus paredes no eran blancas acolchadas, sino de un color siniestro y tétrico y amenazaban con infligirte sangrantes heridas si te acercabas demasiado. Aquel lugar no intentaba protegerte de la locura que te pudiera provocar, al contrario, se aprovechaba de ella para seguir torturándote. Para evitarlo era por lo que se había hecho doctora.

El pudor le ruborizó las mejillas, al darse cuenta de que no estaba sola. Un hombre, cubierto con una túnica negra de los pies a la cabeza, no le quitaba ojo y Triz intentó cubrir su casi total desnudez con los brazos.

—No te preocupes —habló el hombre desde uno de los rincones—. No es tu físico lo que me interesa de ti. —Su voz sonaba como dos placas de hierro chocando entre sí.

—¿Y qué es lo que te interesa? —preguntó Triz sin llegar a mover los brazos.

—Tu pasado, tus ancestros; tus poderes, tu magia; si aceptas o no tu destino; tu cuerpo...

—Le aseguro que, como piense siquiera acercarse un metro más a mí, lo mato —advirtió Triz enfadada, al ver la mirada que le estaba echando.

—Curiosa amenaza teniendo en cuenta donde estamos, ¿no crees? —rió él. La risa resonó en las paredes como el sonido de un cristal al romperse. Triz se dio cuenta de que amenazar a alguien con matarlo en Annwn, a las puertas del mundo de los muertos, era una absoluta estupidez—. Tampoco quiero tu cuerpo para hacer nada con él. Si me interesa, es porque puedes usarlo para regresar.

—Estamos en uno de mis sueños. En realidad no estoy aquí. Para regresar solo tengo que despertarme.

—Aún no estás aquí, pero puede que tu momento no tarde en llegar y entonces te alegrarás de haberme conocido.

—No estaría yo muy segura de eso... —musitó Triz cuando el hombre se acercó más a ella y pudo distinguir su rostro demacrado por la edad. Pese a su extrema vejez, hubo algo en él que le resultó familiar—. ¿Nos conocemos?

—Digamos que no es la primera vez que nos vemos... Pero eso ahora tampoco es importante. Hay algo que tienes que saber, Triz.

Que aquel hombre la llamara por su nombre hizo que todos los pelos de su cuerpo se erizaran.

—¿Que no debo levantarme en ropa interior a beber leche?

—Me alegra comprobar que, pese a todo lo que has visto, sigues conservando el sentido del humor, pero escúchame con atención, porque lo que tengo que decirte desearás recordarlo: «Cuando pierdas la esperanza y tu amor se marchite, siembra el corazón de la manzana que llora y riégala con la sangre del Dios que no muere».

—¿Otro acertijo? Estoy aburrida de acertijos. Coge la espada, mata al dragón. Sin tantas vueltas y sandeces. ¿Es que la magia no sabe hablar sin rodeos? —exclamó Triz enrabietada.

—Hay instrucciones que son un acertijo cuando se desconoce el mensaje, pero lo entenderás en el momento adecuado —repuso el hombre antes de darse la vuelta y regresar al rincón del que había salido.

—¡Ah, no! ¡Me has traído hasta aquí en bragas, así que me lo vas a explicar bien clarito! —Sin embargo, él le seguía dando la espalda.

—El tiempo se acaba… tu tiempo se acaba. En los lugares más oscuros es donde se puede apreciar la luz de quien menos brilla. No lo olvides.

—¿Qué es eso de que me queda poco tiempo? ¿Poco tiempo para qué? ¿Para salvar los mundos? ¿Para morir y venir aquí? ¡Para qué! —Triz se acercó al hombre, esta vez sin importarle la vergüenza o el pudor. Le agarró del hombro y le obligó a darse la vuelta. Se sentía tan harta de metáforas y acertijos que estaba dispuesta a arrancarle el mensaje, aunque fuera a golpes.

Pero ya no era el mismo anciano con el que había estado hablando, aunque su rostro también le era conocido.

—¿Ya te has cansado del idiota de Gare? —inquirió Cristian—. Veo que vienes vestida para la ocasión —añadió y la agarró por la cintura e intentó besarla.

Ella había mandado a Cristian allí, a Annwn, y él parecía negarse a aceptar su destino. Verlo allí le hizo comprender de golpe que matar a sus enemigos no significaba librarse de ellos para siempre.

—¡Suéltame! —gritó y lo empujó con sus antebrazos para alejarlo.

—Reconoce que me echabas de menos.

—No he pensado en ti desde que te dejé enterrado en el bosque de Otsa. Me das tanto asco...

—Fuiste tú la que me condenaste a tener esta imagen para toda mi eternidad —replicó Cristian sin cejar en su empeño de intentar besarla.

—No es tu imagen lo que más asco me da de ti —repuso Triz que intentaba con todas sus fuerzas zafarse.

—Preferirás al inútil de Gare. Verás lo que nos vamos a divertir con él en Annwn...

—¡Deja en paz a Gare! —gritó Triz.

En ese momento despertó.

Sudorosa y agitada se levantó de la cama. Tenía la boca seca y el corazón a punto de salírsele por ella. Sentía mucha sed y necesitaba beber algo para tranquilizarse, pero, aprendida la lección, decidió recoger algo de ropa del armario.

—¿Se puede saber adónde vas? —preguntó Óscar que se había incorporado en la cama.

—Voy a la cocina. Tengo la boca seca y necesito beber algo.

—¿Y para eso tienes que vestirte? ¿No vas a volver después a la cama? Te vas al sótano, ¿verdad?

—Solo voy a la cocina, pero he tenido uno de mis sueños y... no tengo que darte explicaciones. Voy a la cocina y ahora vuelvo.

—¿Esos malditos sueños no te dejan tranquila ni la primera noche que dormimos juntos después de mucho tiempo?

—No los controlo. No aparecen cuando a mí me da la gana. La única manera que tengo de no tenerlos es no durmiendo y a veces ni eso funciona, como cuando soñé con el fin de los mundos el día que íbamos a quedar por primera vez. ¿Qué quieres que le haga?

—Pensé que todo volvería a la normalidad después de que nuestra hija haya dejado de tener pesadillas —respondió Óscar. El gesto de su cara daba a entender que estaba enfadado.

—Nuestra vida nunca va a ser normal. Yo no voy a dejar de ser una bruja y tu hija mayor tampoco.

—Ya me cuesta acostumbrarme a compartir cama con una, como para tener dos bajo el mismo techo.

—Si tanto te cuesta, ya sabes lo que tienes que hacer —replicó Triz. Terminó de ponerse la bata y bajó a la cocina.

Se sirvió un vaso de leche y se sentó en la mesa. Sin llegar a dar un sorbo al vaso, se puso a llorar. Lo había intentado, había intentado olvidarse de todo lo relacionado con la magia durante solo un fin de semana. Recuperar su vida familiar, estar con su marido y sus hijas. Dos días de tranquilidad y de sentirse una madre y esposa normal. Solo dos días. Y sus sueños no le habían dejado disfrutar ni siquiera de eso.

¿El viejo del sueño se referiría a su relación con Óscar cuando le habló de perder la esperanza y de que su amor se marchite? ¿Qué demonios significaba el corazón de la manzana que llora?

La única que estaba llorando era ella. Había pensado en reconducir su relación con Óscar, volver a ser la pareja de enamorados que eran cuando se conocieron, pero no habían tardado ni un solo día en volver a discutir.

ל

Gare, Hospital. Diciembre 2048

Habían pasado tres días desde que dieron de alta a Lilian en el hospital y su cama la había ocupado un señor mayor que no dejaba de quejarse. Estaba deseando salir de allí, aunque no estuviera del todo recuperado. Al menos, en su casa, podría descansar y dejar de oír las quejas y los ronquidos de su nuevo compañero de habitación. Habían sido mucho más interesantes las conversaciones sobre cine con Lilian y las echaba de menos. Además, a aquel señor le quedaba muchísimo peor la bata y su culo no tenía nada de interesante.

Había hecho buena amistad con Lilian en los días que habían compartido habitación e incluso se había pasado a visitarlo y a alquilarle el libro para que pudiera acabarlo, aunque ya se hubiera recuperado de la pierna. Verla vestida de calle, sin la bata de hospital, le confirmó que no estaba equivocado al pensar que era una mujer muy atractiva.

Incluso Arya, la enfermera, le había preguntado si entre ellos dos había algo por la manera en la que les había visto hablar y reírse y por la complicidad que se desprendía en cada uno de sus encuentros. El dolor en el pecho que sintió con el ataque de risa que le dio, al escuchar la pregunta de la enfermera, le hizo entender que todavía no podían darle de alta y que necesitaba, al menos, unos días más recuperándose.

Cuando Arya le comentó que había tenido noticias de la doctora Cooper esa mañana, dejó de reír.

—Cuando me preguntaste por ella, le escribí una nota desde el sistema interno del hospital para informarle de tu evolución y se lo comenté.

—¿Y ha respondido? —preguntó Gare, que se había puesto nervioso de pronto al recordar que hacía casi un mes que no hablaba con Triz.

—Nos ha llegado hoy la respuesta, por eso te lo comento. Aunque no he entendido muy bien lo

que quería decir.

—¿Qué ponía? —Sus nervios iban en aumento.

—Algo así como que lamenta no haberse puesto en contacto contigo hasta ahora y que intentará hacerlo la noche del jueves, o sea, hoy, y que se alegra de que tu evolución vaya por buen camino.

—¡Ah! Gracias.

—¿Tú lo has entendido? —preguntó Arya, sin llegar a entender cómo iba a ponerse en contacto la doctora Cooper con Gare si no era en persona.

—Sí. Creo que sí.

—¿Me explicas cómo va a contactar contigo hoy por la noche? A los pacientes no les está permitido acceder al sistema de comunicaciones del hospital y a esas horas ya no se admiten visitas. El toque de queda impide que nadie entre y salga del hospital.

—¡Ah, eso! Claro... No te preocupes, es una manera de hablar que tenemos ella y yo. No le des importancia —respondió Gare—. ¿A qué hora tenemos hoy los ejercicios? —añadió, con la intención de desviar el tema para no tener que explicarle qué era Aisling.

Arya se quedó con la duda, pero apremiada por la llamada de uno de los doctores tuvo que irse y Gare pasó el resto del día inquieto. Ni siquiera pudo concentrarse en leer el libro de Gemma Herrero y eso que estaba llegando al desenlace de la historia. Solo deseaba que llegara la noche y quedarse dormido. Hasta Arya le echó la bronca, cuando hicieron los ejercicios de rehabilitación de la tarde, por no estar atento.

Al llegar la noche y tumbarse en su cama, a la complicación que sus nervios le suponían para quedarse dormido se le unieron los ronquidos de su compañero de habitación. Era como si una taladradora con una fuga hidráulica estuviera trabajando en la garganta de aquel hombre.

Intentó taponarse los oídos, taparse la cabeza con la almohada, incluso pensó en irse a dormir al área de descanso, pero el sonido de los ronquidos era como la visión de Superman, lo atravesaba todo. Al final, se decidió por el método más eficaz: despertarlo.

Se le ocurrió la idea de cubrirse de negro con una de las cortinas de separación y de colocarse frente a su cama como si del espectro de la muerte se tratara. Después lo zarandeó y susurró:

—Ha llegado tu hora. He venido a buscarte.

El pobre hombre casi muere del susto. Empezó a gritar y a mover piernas y brazos a tal velocidad que Gare no entendía qué podía tener roto para estar ingresado en rehabilitación. Antes de que llegaran las enfermeras, alertadas por los gritos, se ocultó en el aseo.

Cuando estas llegaron, salió del baño preguntando qué pasaba como si hubiera acabado de enterarse y se volvió a la cama. Su compañero tardaría un tiempo en recuperarse del susto. Con seguridad, sería incapaz de volver a conciliar el sueño en toda la noche. Entonces, libre de aquel martilleo incesante, consiguió quedarse dormido.

—Hola —saludó Triz cuando pudo, al fin, contactar con él.

—Hola. Lo siento, sé que llego tarde, pero es que no me dejaban dormir.

—¿Quién no te dejaba dormir?

—No te pongas celosa —respondió Gare—. Es el compañero de habitación, que en lugar de roncar parece que tiene una horda de orcos en la garganta.

—¿Y por qué iba a ponerme celosa?

Gare notó que no había nada de humor o ironía en la pregunta de Triz. Ya casi no se acordaba de que en Aisling también se podían sentir las emociones.

—No sé... era un comentario por lo de que alguien no me dejara dormir por la noche... para que no pensaras que... bueno, déjalo, da igual, ¿qué tal estás?

—Bien. Un poco cansada del trabajo, pero bien.

—¿Y el libro? ¿Has descubierto algo? Desde que volvimos del bosque de Otsa no me has contado nada. Pensé que te habías olvidado de mí. ¿Vamos a poder salvar los mundos y evitar tus sueños?

—Lo siento. Es que he estado muy ocupada. Apenas he podido dormir investigando el libro. Me paso en vela casi todas las noches probando conjuros y hechizos para que no vuelva a ocurrir lo mismo que en el bosque. La próxima batalla que tenga que librar estaré más preparada —contestó Triz con voz cansada.

—¿Pasas las noches sin dormir? Normal que ya no abras Aisling para hablar conmigo. ¿No tienes que dormir con Alana? ¿Ya no tiene pesadillas?

—No. Parece que se ha librado de ellas desde que derrotamos a Cristian, su hombre malo. Al menos de momento, aunque me temo que la calma no va a durar mucho.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Has descubierto algo? ¿Ya sabes los próximos pasos que tenemos que seguir? —Quiso saber Gare. Incluso en sueños, el tono de su voz sonaba entusiasta. Pese a encontrarse en el hospital, estaba deseando vivir una nueva aventura al lado de Triz.

—No he descubierto nada, pero cuando regresaba a casa, después del cumpleaños de mi padre, tuve un sueño premonitorio en el autobús y, hace unos días, tuve otra pesadilla. Si mis sueños no han cesado, dudo que los de mi hija tarden mucho en regresar.

—Bueno, seguro que pronto descubres algo. Solo tienes que darte tiempo.

—No lo sé. Mis visiones tampoco es que ayuden mucho. Se empeñan en darme los mensajes en clave.

—Ya sabes que a mí se me dan bien los acertijos —repuso Gare, que quería que Triz no olvidara lo importante que había sido su ayuda.

—¿Y tienes idea de qué puede significar «sembrar la semilla de la manzana que llora»?

—Hace siglos que no como una manzana en este mundo, pero no tengo recuerdos de que lloren.

—Lo mismo me pasa a mí. ¿Tú cómo estás? —preguntó Triz con voz ausente. La pregunta parecía más por compromiso que por interés.

—En unos días estaré recuperado y podré salir de aquí y ayudarte en lo que necesites. Te echo de menos.

—No deberías. Mira cómo has terminado por presentarte en el bosque de Otsa... y creo que a mi próximo destino no vas a poder acompañarme.

—¿Y eso por qué? ¿Tú no me echas de menos?

—No tengo tiempo ni para eso. Lo siento, pero ahora tengo que marcharme. Llevo un rato con la conexión abierta, pero has entrado muy tarde. Óscar se acaba de despertar. Hoy trabaja temprano

y va a desvelarme para despedirse. Ya hablaremos otro día. Hasta pronto.

Gare se quedó con la palabra en la boca. Dejó de sentir la presencia de Triz sin poder despedirse. Sus últimas frases se repitieron en su cabeza.

¿Óscar? ¿Despertarse? ¿Triz no había dejado de dormir con su marido?

Un ruido ensordecedor terminó por sobresaltarlo. Su compañero de habitación se había vuelto a quedar dormido.

8

Alana, Diciembre del 2048

Desde la tormenta solar, todos los trámites se habían complicado o, al menos, eso decían sus padres cada vez que tenían que acudir a La Central. Ella era muy pequeña cuando estalló la Tercera Guerra para recordar cómo se vivía antes de que todo se enredara.

Sus primeros recuerdos se correspondían con un piso pequeño en el que vivían antes de que naciera su hermana. En realidad, su mayor recuerdo de aquella casa era el olor que salía de la cocina cada vez que su abuela iba a visitarlos. También recordaba las tardes mirando la tele mientras sus padres hacían la cena. Cuando llegó Maya todo cambió.

Dejaron atrás el piso y se fueron a una casita unifamiliar con jardín para que ambas tuvieran espacio para jugar sin tener que salir a la calle, para que pudieran tenerlas vigiladas. En aquella época se pasaba el día en el colegio queriendo volver a casa para ver y jugar con su hermana pequeña. Disfrutaba de cada momento con ella y verla comer o dormir se convirtió en su mayor entretenimiento por las tardes. Fueron solo dos años, antes de que todo cambiara a peor.

La Tercera Guerra le pilló con seis años y a su hermana pequeña con dos. Con un padre obsesionado con mantenerlas encerradas en casa y una madre que se pasaba el día fuera atendiendo heridos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella también tenía que preocuparse por la seguridad de Maya. Cuando la guerra llegó a las puertas de su casa, en el último año de conflicto, se acostumbró a vivir huyendo y a escondidas. Los últimos meses los pasó encerrada en un sótano.

Acabada la guerra, regresaron a lo que quedaba de su casa. Tuvieron que pasar más de un año reconstruyéndola y, cuando ya pensaba que la normalidad iba a volver a su ajetreada infancia, un par de meses después de cumplir los diez años y de empezar a tener pesadillas, la tormenta solar sacudió de nuevo su vida.

Ahora todo era distinto. Aunque todavía recordaba cómo era vivir bajo un cielo azul, ya se había

acostumbrado a su actual color naranja o rojizo, a no poder salir de casa sin protección y a encerrarse en casa, en cuanto la luz del sol se escondía tras las montañas. Encima, hasta cumplir los dieciocho años, cada vez que se acercaba su cumpleaños, tenía que acudir a La Central con sus padres a renovar sus datos.

Los mayores no tenían que hacerlo anualmente, pero las autoridades decían que los jóvenes cambiaban de fisiología muy rápido y sus carnets holográficos quedaban rápidamente desfasados. Si querían superar los escáneres de la policía, tenían que revisarse de manera anual.

Le quedaban unas semanas para cumplir trece años y en ese último año se había dejado el pelo más largo, había dado un buen estirón y, lo que más rabia le daba, en los últimos días le habían salido unas pequeñas marcas en la cara que estarían todo el año en su nuevo carnet holográfico. No se lo iba a enseñar a nadie.

La Central estaba, como siempre, llena de gente que había perdido o se encontraba a punto de perder la paciencia. Entre ellos, sus progenitores. Llevaban veinte minutos esperando y todavía no habían podido coger ni turno. Su padre empezaba a tirarse de los pelos.

—¿Cuándo va a dejar de ser necesario que vengamos los padres a hacer este trámite con nuestros hijos? Tener que perder una mañana en esto no les hace ninguna gracia a mis jefes en la fábrica.

—Tampoco te creas que en el hospital les entusiasma, pero ya saben cómo funciona la burocracia y no les queda más remedio que aceptarla. Nos corresponden estas horas por ley. Podrás dejar de venir cuando Alana cumpla dieciocho años, pero te recuerdo que tendrás que seguir viniendo cuatro años más con Maya —replicó su madre.

—No lo entiendo. Nos hacen perder todo un día para escanear a nuestra hija y cobrarnos un montón de vatios. Creo que se aprovechan de la gente. Como es obligatorio, le ponen el precio que les da la real gana y nos timan en la cara.

—Por mucho que protestes no va a cambiar. Alana necesita el nuevo carnet y vamos a tener que pagarlo y estar aquí los dos hasta que se lo den.

—Eso, papá, no te enfades —intervino Alana, que llevaba unos días viendo a sus padres mucho más contentos que antes y no quería volver a verlos discutir.

Desde que se habían acabado sus pesadillas, dormía muy bien sola y ellos volvían a dormir juntos. Se les veía mucho mejor, al menos ahora las discusiones solo eran esporádicas y no cada día.

Su madre solía estar sonriente por las mañanas e incluso le habían dejado beber café. No quería que por su culpa volvieran a reñir.

—Si no me enfado contigo, cielo. Es solo que papá no llega a entender cómo funciona el mundo últimamente. Vamos a hacer una cosa. Vosotras dos vais a ir a buscar un sitio donde sentarnos, porque seguro que cuando cojamos turno vamos a tener que esperar todavía un rato largo. Mientras tanto, yo voy a ver si consigo que el maldito sistema nos otorgue un turno. ¿De acuerdo, chicas?

—Procura no perder la paciencia —le dijo Triz a Óscar al oído.

—No prometo nada... pero, si estáis en la sala de espera, al menos Alana no me verá hacerlo.

Tras despedirse con un beso, Triz y Alana se fueron a la sala de espera. En años anteriores su madre siempre le había echado la bronca por su manera de comportarse. Nunca paraba quieta y preguntaba constantemente cuánto tiempo más iban a tener que estar allí sentadas. Si la respuesta no le gustaba, decía que tenía que ir al baño o buscaba cualquier excusa para levantarse y correr por el lugar. Pero ese año quería estar formal, que su madre viera que ya era responsable. Entre otros motivos, porque quería invitar a sus amigas a la fiesta de cumpleaños y no quería que insistiera en quedarse con ellas. Ya era mayor y le daba vergüenza que su madre escuchara conversaciones sobre el chico que le gustaba.

Así que, para matar el aburrido tiempo de espera, se dedicó a jugar a su juego favorito: imaginarse historias de las personas allí presentes. La niña pequeña con coletas que corría por entre los bancos tenía cara de duende y se la imaginaba dando saltos sobre las piedras de un río; el hombre calvo que estaba sentado frente a ellas era un malvado extraterrestre de un planeta de calvos, enviado a la tierra para robar el pelo a sus habitantes, se le veía la cara de malo a la legua; el chico, de unos quince años y bastante guapo, que estaba mirando por la ventana tenía cara de estar enfadado porque su madre no le dejaba salir volando. Alana estaba segura de que ocultaba unas alas debajo de su chaqueta, ¿por qué si no iba a llevar alguien chaqueta con el calor que hacía?

En ese momento una mujer entró en la sala de espera. Alana abrió los ojos al verla. ¡Era una princesa! ¡Seguro! Tenía el pelo rojo como el cielo y parecía flotar por encima del suelo al caminar entre los bancos. Se sentó al lado del hombre calvo, todo tenía sentido. Aquella era la princesa del planeta de los calvos, todos la adoraban porque era la única que tenía una preciosa melena, y ahora se había sentado al lado de uno de sus súbditos, interesada en conseguir las coletas brillantes de la niña duende. ¡Estaban planeando robarle el pelo a la niña!

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —le preguntó su madre.

—Nada, nada, cosas mías —respondió sin dejar de pensar en que la princesa y el hombre calvo se estaban comunicando telepáticamente para urdir el plan de captura.

La mujer se giró a observarla. Alana apartó la mirada para que no se diera cuenta de que les había descubierto. Luego, poco a poco, volvió a mirar hacia ella para no perderse detalle de sus maléficos planes. Cuando volvió a ojearla, se asustó. La mujer seguía acechándola y le estaba sonriendo entre siniestra y traviesa. ¿Y si no era el cabello rubio de la niña lo que quería? ¿Y si el pelo que estaban planeando robar era su melena negra?

Alana se agarró al brazo de su madre. Ella no lo permitiría. Bastante tenía ya con tener que salir en el carnet con aquellas marquitas en la cara como para encima pasarse un año con una imagen de niña calva.

—Hola, ¿qué miras con tanto disimulo? —le preguntó la princesa pelirroja.

—Nada —respondió Alana nerviosa. Temía haber sido descubierta.

—¿Vas a sacarte el nuevo carnet? —insistió la mujer.

—Sí, estoy a punto de cumplir trece años y tengo que hacerme el nuevo. En el anterior parezco una niña pequeña —replicó Alana.

—En el de este año creo que vas a salir guapísima. Tienes un pelo precioso y una sonrisa muy bonita.

¡Estaba claro! ¡La princesa del mundo de los calvos quería su pelo!

—¡Mamá! —exclamó y tiró de su brazo para que le prestara atención, pero ella seguía mirando al infinito como si no pudiera escucharla—. ¡Mamá!

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Triz al ver a su hija nerviosa—. Yo que pensaba que este año ibas a estar formal... Estate quieta un rato más. Tu padre ya tiene que estar a punto de llegar con el número.

—¡Quieren robarme el pelo! —exclamó sin pararse a pensar en sus palabras.

—¿Robarte el pelo? Sabes que me gusta mucho que te encante leer libros e imaginar historias, pero hay veces que se te va mucho la cabeza. ¿Quién iba a querer robarte el pelo?

—¡La princesa pelirroja! —exclamó Alana mientras hacía gestos y señalaba a la mujer.

—¡Te he dicho muchas veces que apuntar con el dedo está muy feo! —la reprendió su madre—. Disculpe, ya sabe cómo son de imaginativas estas niñas —añadió al dirigirse a la mujer.

—No se preocupe. La entiendo muy bien. Estos sitios se hacen tremendamente aburridos si nuestra imaginación no vuela. No voy a negar que lo de princesa pelirroja me ha gustado —respondió la mujer a su madre, pero sin dejar de mirarla.

Alana se quedó en silencio, no quería que su madre se enfadara y que la castigara sin salir a tan pocos días de su cumpleaños, pero se agarró con fuerza a su brazo y no apartó la mirada de la mujer que no dejaba de sonreírle con aquella sonrisa que le ponía los pelos de la nuca de punta. Estaba segura de que, si se despistaba un momento, ordenaría al hombre calvo atacarla.

En ese momento en el que ambas cruzaban sus miradas y con su madre otra vez despistada mirando a ver si llegaba su padre, la cara de la señora empezó a cambiar. Ya no parecía una princesa. Cada vez se asemejaba más a una de esas brujas de los cuentos que su madre le dejaba leer. Su sonrisa se volvía cada vez más tétrica y los rasgos suaves y dulces que tenía al principio iban tornando en otros más rudos que le hacían parecer enfadada.

—¿Tu madre no te ha contado qué eres? —susurró entre dientes. Unos dientes que habían dejado de ser blancos y lucían amarillentos.

Con todas sus fuerzas empezó a tirar del brazo de su madre.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Triz al ver a su hija nerviosa.

—¡Mamá! ¡Es una bruja!

—¿Qué bruja? —replicó su madre, que miraba de un extremo al otro de la habitación.

—La que... La que... Nada, mamá, no era nada. ¿Cuándo dices que viene papá?

La mujer pelirroja volvía a tener cara de princesa y ya no la miraba.

En ese momento llegó su padre con el *ticket* en la mano.

—Parece que hemos tenido suerte. No vamos a tener que esperar tanto. En media hora, como

mucho, podremos irnos.

Alana se alegró al saber que no iban a estar mucho más tiempo allí. La mujer pelirroja no le daba buena espina. Y menos cuando se ofreció amablemente a cederle el asiento a su padre.

—No se preocupe. A mí todavía me queda bastante tiempo por esperar y necesito estirar un poco las piernas. En cuanto sea su turno podré recuperar mi asiento —dijo con amabilidad. Una cordialidad que a Alana le pareció fingida. Cuando la mujer le acarició la cabeza al despedirse, sintió que se le ponían los vellos de punta.

Llegado su turno, un policía les acompañó. Entraron en una habitación con poca luz y el agente invitó a sus padres a que esperaran junto a la puerta. Ella se tuvo que colocar bajo la máquina que sacaba su imagen holográfica.

En años anteriores, el guardia le había tenido que echar la bronca por no estarse quieta y por retrasar el proceso de escaneado, solo cuando su madre le prometía llevarla al parque al salir de allí conseguían terminar el escáner, pero esta vez Alana estaba decidida a portarse bien y, desde que había visto a la mujer con cara de bruja, le había entrado prisa por marcharse.

La máquina realizó su trabajo y el policía les pidió que esperaran unos minutos para obtener el carnet. El proceso no solía tardar más de cinco minutos, pero a Alana se le estaban haciendo muy largos.

—¿Por qué tarda tanto? El año pasado me lo dieron casi enseguida.

—No lo sé —dijo Óscar—. A mí también me parece que este año están tardando más.

—Lo que pasa es que los dos sois unos impacientes y tenéis poca memoria. El año pasado tardaron lo mismo, pero tranquilos que enseguida nos podremos marchar. ¿Lo veis? Ya está aquí el policía —replicó Triz.

Pero el guardia no traía buena cara y tampoco venía con el carnet de Alana en la mano. Triz no tardó en darse cuenta.

—¿Algún problema, agente?

—Me temo que sí. Lo lamento, pero la máquina ha tenido que tener algún fallo. No se lo puedo

explicar, pero...

—¿Algún fallo? ¡Cómo va a tener fallos! —bramó Óscar—. Llevamos casi dos horas esperando a hacer el escáner a nuestra hija ¿y ahora nos dice que la máquina tiene fallos?

—Les juro que es la primera vez que nos pasa, pero hay algo raro en el escáner de su hija.

—¿Qué puede haber de raro en el escáner de una niña?

—Creo que deberían verlo ustedes mismos.

El agente les hizo entrar en otra sala. En todos los años anteriores nunca les habían metido en aquella habitación. Ni en los escáneres de Alana ni en los de Maya ni en los suyos. Nunca había habido problemas al sacarse el carnet. La sala estaba llena de ordenadores y procesadores y en las pantallas se veían las imágenes de otras personas que habían ido a sacarse la acreditación esa mañana.

—Por lo que veo en las pantallas, la máquina funciona de forma más que correcta —mencionó Óscar mientras señalaba los monitores y pensaba para sus adentros en todo el gasto de vatios que suponía aquella sala y que él no se podía permitir. El gobierno siempre derrochando el dinero de los contribuyentes.

—Con el resto de personas no ha habido problemas, señor. Solo ha ocurrido la anomalía con el escáner de su hija.

—¿Qué anomalía? —preguntó Óscar, que estaba empezando a perder la paciencia.

—Esta es la imagen resultante —respondió el agente, a la vez que tecleaba un código—. No entendemos qué ha podido pasar. Les aseguro que el escáner se ha tomado en las mismas condiciones de luz que el resto de los que hemos realizado hasta ahora.

Triz y Óscar negaron con la cabeza. Aquello no tenía sentido alguno. La imagen resultaba confusa. Era como si a su hija le salieran rayos de luz por todo el cuerpo.

9

Termina el año. Diciembre 2048

Nada le había hecho presagiar, cuando celebró el fin de año del 2047 encerrado en Unreal Live, que su vida iba a cambiar tanto durante el 2048. Allí, rodeado de luces de neón y de cuerpos perfectos, había bailado despidiendo el año con la seguridad de que los siguientes trescientos sesenta y cinco días volverían a ser una consecución de actos anodinos que le llevarían a terminar el año, otra vez, rodeado de gente, pero solo. Su vaticinio no pudo ser más acertado hasta que volvió a ver a Triz. El regreso a su vida había convertido su fin de año de fiesta solitaria en uno de hospital. Y a Gare, por increíble que pareciera, le gustaba el cambio.

No había luces de neón, solo unas velas de colores que llevaban en las manos pacientes y enfermeros; tampoco había música de discoteca, solo las voces, más o menos afinadas de los allí presentes, ni había bailes —alguno de los pacientes ni siquiera había podido levantarse de su cama— y, sin duda, no había cuerpos con atributos elegidos de manera informática, todos los allí presentes, menos los miembros del hospital y las visitas, tenían algo roto. Y, sin embargo, se sentía más acompañado allí, por Arya y los médicos que le habían atendido, que en la pista de baile de la discoteca de Unreal Live. Además, para su agradable sorpresa, Lilian se había acercado al hospital para celebrar el fin de año con él.

Cinco minutos antes de la media noche la jefa de enfermeras encendió el único televisor que había en la sala de espera. Frente a él médicos, doctoras, enfermeros, pacientes y acompañantes esperaban con emoción el cambio de año. Celebraban una nueva victoria, un nuevo año al que habían conseguido llegar sin extinguirse. Un año más que terminaba con el planeta herido, como todos ellos, pero vivo. Un pequeño hilo de esperanza al que agarrarse.

Arya se acercó a él cuando faltaban apenas dos minutos para dar las doce. Con su habitual sonrisa, le puso una mano sobre el hombro.

—Tengo una buena noticia que darte para que empieces el año con buen pie —dijo, casi a su

oído.

—Ah, ¿sí? ¿Te vas de vacaciones y vas a dejar de torturarme en rehabilitación? —preguntó Gare con toda la ironía que era capaz de reflejar en sus palabras.

—Algo así... no me voy de vacaciones, el que se va eres tú. Mañana el doctor firmará el informe médico para que te den el alta.

—¿En serio? ¿Me puedo ir? ¡Gracias! —exclamó Gare. Sin pensárselo dos veces abrazó a Arya, teniendo cuidado de no quemarla con la vela y evitando hacerlo con excesiva efusividad, no fuera a hacerse daño y que ella se arrepintiera—. En el fondo te voy a echar de menos.

—Yo a ti también. No creo que me vuelva a tocar un paciente que sepa de dónde viene mi nombre.

—«¡No quiero ser una dama! Deja a un lobo vivo y las ovejas nunca estarán a salvo» —exclamó Gare. A Arya le entró la risa.

—¿Te sabes sus frases? Lo tuyo ya es de un *frikismo* exagerado.

—No es para tanto, seguro que alguno igual de *friki* que yo encuentras. Gracias por todo —repitió Gare y la abrazó de nuevo. Sin Arya, seguro que la recuperación hubiera sido mucho más larga.

—¡Corre, anda! Que ya empiezan las llamaradas.

—Querrás decir las campanadas... —repuso extrañado, Gare.

—¡Madre mía, qué anticuado estás! Antes de irte me tienes que contar en qué cueva has estado escondido. Desde la tormenta solar, el fin de año ya no se celebra con campanas. Ahora se celebran con llamaradas del Sol, nuestro nuevo Dios.

Gare no tuvo tiempo para la réplica. Le hubiera gustado preguntar qué era eso de que ahora el Sol era el Dios al que se adoraba, pero Lilian, a su lado, se puso a gritar y todos se unieron a ella.

«¡Una!, ¡dos!, ¡tres!, ¡cuatro!, ¡cinco!, ¡seis!, ¡siete!, ¡ocho!, ¡nueve! y ¡diez! ¡Feliz año nuevo!».

Estaba a punto de preguntar por qué la tele emitía una y otra vez la misma imagen de una llamarada en la superficie solar, por qué solo se contaba hasta diez y no hasta doce como él recordaba y por qué nadie había repartido uvas de la suerte, pero Lilian le selló los labios con un

beso antes incluso de que pudiera abrir la boca. Que ella lo besara de improviso fue lo que más le sorprendió y lo que le hizo olvidar todo lo demás.

Fue un beso efusivo, corto, entre risas y abrazos, sin excesivo sentimiento, pero que le resultó muy agradable, pese a lo inesperado. Lilian no tardó en ir a abrazar a los médicos y enfermeras que le habían atendido días atrás, pero a Gare, poco habituado a las muestras de cariño, le hizo sentirse especialmente bien durante unos instantes. Después se acordó de que Triz había sido la última mujer en besarle antes de que lo hiciera Lilian y la echó de menos. La última vez que habían hablado, no se había mostrado nada cariñosa, había estado distante y había cerrado la conversación después de dejar caer que estaba durmiendo con su marido. Y, desde entonces, tampoco había vuelto a ponerse en contacto. Si ella se mostraba distante, ¿por qué iba a tener que preocuparse por ella a cada momento? Estaba con su buena amiga, y cruel enfermera, Arya, y una mujer, Lilian, que le había demostrado más afecto en apenas unos días que Triz en el último mes. Lo mejor era disfrutar de aquel momento y olvidarse de preocupaciones. Si Triz quería hablar, ya lo haría y, si no, tampoco se iba a quedar esperando eternamente. Pese a todo, no pudo evitar pensar en cómo estaría celebrando el fin de año.

En ese momento, Triz dejaba de abrazar a Óscar. Con la última de las llamaradas se habían besado y ahora se miraban a los ojos mientras que Alana y Maya gritaban y se abrazaban a ellos.

—Feliz año, mi amor —susurró Óscar.

—Feliz año —murmuró Triz antes de volver a besarle.

Tras meses de desencuentros, de discusiones y peleas, tras cientos de silencios incómodos y miradas de incomprensión y, pese a pequeños desencuentros como el de la noche en la que se despertó al volver a ver a Cristian, Óscar estaba más cariñoso, más comprensivo, habían vuelto a dormir juntos e, incluso, habían recuperado la pasión para hacer el amor. Todo parecía ir bien y, sin embargo, algo dentro de Triz seguía sin encajar. Un par de piezas se negaban a completar el puzle de su felicidad y amenazaban con desmoronar el resto del tablero.

Aún seguía sin encontrar la manera de salvar los mundos y, aunque estos estuvieran estrenando un año nuevo, temía que, si sus pesadillas se hacían realidad, aquella fuera la última vez. Temía que no pudieran terminar el año, ya que tenía el viaje pendiente a Grawell que le anunciaban sus pesadillas.

La otra pieza era Gare.

Reencontrarse con él, vivir la aventura que había vivido en Aisling, ver cómo confiaba en ella y arriesgaba su vida por ayudarla y salvarla y recordar los momentos vividos junto a él en su infancia habían despertado unos sentimientos que, aunque insistía en negarlos y en intentar olvidarlos, seguían ahí.

Varias veces se había sorprendido recordando momentos junto a él: el abrazo que se dieron en su primer reencuentro, la primera vez que lo miró con unos ojos distintos a los de la amistad, las risas y complicidad a su lado, los celos que sintió cuando Astrid le besó antes que ella, las ganas que había tenido de besarlo desde entonces y el momento del primer beso en la cama del hospital. Un hospital en el que Gare había terminado por intentar ayudarla y que le hacía sentir culpable por haberlo dejado allí sin volver a visitarlo. Casi ni había hablado con él en Aisling esos días, temerosa de que, al hacerlo, sus sentimientos fueran cada vez más fuertes y difíciles de controlar. Por eso, la última vez, se había sentido incómoda y se había mostrado distante. Era mejor no remover esos sentimientos.

Y, aunque en ese momento todos parecían felices abrazados para iniciar el año, la situación amenazaba con volver a torcerse. La noche anterior había vuelto a soñar con Grawell y con tener que volver. Y no solo eso, no olvidaba lo que le había pasado a Alana en la Central. Habían tenido que repetir su escáner holográfico porque la primera vez habían surgido sobre ella rayos de luz. Los técnicos de la Central se justificaron diciendo que se trataría de un error poco común, pero, desde entonces, Alana se había mostrado inquieta. Su hija aseguraba que la mujer pelirroja que habían visto en recepción era una bruja, que le había puesto los pelos de punta y que estaba segura de que tenía algo que ver con el error de su escáner. Y siempre iba a creer a su hija.

Esa noche, al acostarla, hablaron a solas y Alana le contó todo lo que había vivido en la sala de espera. Lo que le comentó le recordaba mucho a sus primeras experiencias en las que no necesitaba estar dormida para tener visiones. Tenía dudas de que aquello que su hija había experimentado fuera solo producto de su imaginación. Por su manera de contarlo, se asemejaba más a una de sus pesadillas con el hombre malo.

Estaba haciendo mal en retrasar la charla sobre lo que significaba ser bruja y las responsabilidades y deberes que eso conllevaba. A ella, su tía, se lo empezó a explicar el mismo día que cumplió diez años y se sentía culpable de que su hija estuviera a punto de cumplir los trece y todavía no se hubiera atrevido a contarle quién y qué era. Estaba convencida de que las últimas palabras de la mujer pelirroja, que no había llegado a oír, pero que su hija aseguraba que dijo, tenían

que ver con eso.

Por ello, cuando la última de las diez llamaradas anunció el inicio de un nuevo año, se prometió no retrasar más esa conversación. Tenía que aprovechar el momento antes de marcharse a Grawell. Y eso no iba a tardar mucho en pasar.

Esa noche celebrarían el fin de año, dejaría a sus hijas descansar y, al día siguiente, se sentaría frente a la mayor y le explicaría que las brujas no solo aparecen en las pesadillas ni en los cuentos que ella le contaba y que ambas lo eran. Tenía que quitarse ese peso de encima, mucho antes que solucionar sus dudas sentimentales.

10

Alana. Vuelven las pesadillas

Le estaba costando quedarse dormida. Le solía pasar cuando había pasado un día repleto de emociones. La noche de fin de año era una de esas ocasiones, ya que la casa se llenaba de risas y actividades y durante la que, si no fuera porque su madre se ponía muy pesada, se quedaría despierta hasta que volviese a salir el sol.

Miraba el techo de la habitación y en su cabeza buscaba la manera de seguir despierta sin que sus padres se enterasen. No quería molestarlos, pero tampoco pretendía dormir. Acababa de empezar un nuevo año y no deseaba desperdiciarlo. Estaba segura de que iba a ser un año especial, lleno de aventuras, y no quería empezarlo dormida.

Estaba convencida de que el año iba a ser especial porque hacía un par de días, tras su encuentro con la mujer pelirroja y el error de su escáner, jugando, descubrió algo que todavía no había contado a nadie. Era su secreto. Le entraron muchas ganas de probarlo. La primera vez le salió sin querer, de tal manera que, cuando intentó repetirlo, no fue capaz. Incluso llegó a pensar que aquello pasó en uno de sus sueños y que por eso no se acordaba de cómo se hacía, pero unos días más tarde lo volvió a hacer y esta vez sí que recordaba cómo lo había conseguido. Desde entonces, lo había repetido muchas veces y le salía a la primera, pero siempre lo hacía cuando estaba a solas, no quería que nadie descubriera su habilidad especial.

Aburrida, sentada en la cama, pero sin querer encender la luz para no tener que usar la TVE de su madre y que se diera cuenta de que no estaba durmiendo, decidió volver a probar su descubrimiento.

Miró hacia uno de los juguetes que tenía sobre la mesa debajo de su ventana y se concentró. Con toda la concentración que era capaz de tener y sin elevar mucho la voz para no despertar a su hermana pequeña, que dormía en el cuarto de al lado, y a la vez que movía su mano en el aire, pronunció:

—¡Tasal!

El juguete saltó en el aire hacia la dirección en la que había movido su dedo, pero el salto fue tan grande que casi se cae por el otro lado de la mesilla. Alana primero se asustó, pero al ver que no llegaba a caerse ahogó una risa traviesa.

La primera vez que consiguió mover algo fue jugando con su hermana. Jugaban a esconderse en casa y, cuando Alana se aburrió de intentar encontrar a Maya, dijo en voz alta: «¡Ya está, sal!». Al pronunciar las dos últimas sílabas movió, sin darse cuenta, su mano mientras miraba al sofá y estaba segura que este se había movido. Su hermana apareció en el salón divertida gritando: «¡He ganado! ¡He ganado!», pero ella no podía dejar de mirar al sofá que había visto moverse. La siguiente vez fue en el patio del colegio con sus amigas, cuando le dijo a una de ellas: «¡Ya basta, Salma!» y el contenedor de residuos, que estaba a la espalda de su amiga, salió rodando lentamente por el patio.

Si no fuera por aquellas dos casualidades nunca se habría dado cuenta de que, al concentrarse y pronunciar la palabra «salta» con las sílabas al revés, era capaz de mover objetos. Había probado con artículos pequeños, encerrada en su cuarto, mientras su madre pensaba que estaba haciendo los deberes. Comenzó moviendo libretas, cuadernos, hasta que probó a mover la cama. Esta dio un salto en el aire y, al caer, causó tanto ruido que su madre subió a ver qué pasaba. Tuvo que disimular diciendo que ella no había oído nada.

Volvió a concentrarse. Ahora tocaba devolver el juguete a su sitio con otro salto. Apuntó con su dedo y volvió a murmurar:

—¡Tasal!

Pero en esta ocasión, en lugar del muñeco de la mesilla, lo que se movió fue la cortina de su cuarto, que se quedó enredada. Alana se tapó la boca de la impresión y pensó en qué podía hacer para que nadie se diera cuenta. Si a la mañana siguiente su madre entraba en la habitación y veía así la cortina, le iba a preguntar qué había estado haciendo y tendría que desvelar su secreto o inventarse una mentira, y su madre era muy buena descubriendo cuándo no decía la verdad.

Sin hacer ruido, se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Quería probar a intentar desenganchar la cortina ella sola. Se subió a la silla donde solía sentarse a estudiar e intentó deshacer el nudo. Le costó un poco, pero al final lo consiguió. Más aliviada, estaba a punto de regresar a la cama cuando miró por la ventana al patio trasero.

Desde la tormenta solar, las noches ya nunca eran completamente oscuras. Por eso, al mirar a

través del cristal se distinguían bien las sombras de la calle, aunque en la zona trasera de la casa no hubiera iluminación. Se quedó mirando boquiabierta porque algo no iba bien. ¡Aquel no era el patio trasero de su casa!

En él no había árboles ni hierba ni flores silvestres. ¡Desde la tormenta solar no quedaban plantas! ¿Cómo era posible que ahora todo lo que rodeaba su vivienda fuera verde?

Alana buscó la casa de los vecinos, los edificios cercanos… nada. Ni siquiera el patio que espiaba porque solía estar el chico más guapo del mundo jugando con su mascota. ¡Nada! Era como si su hogar fuera el único que hubiese quedado en pie. El resto habían sido devorados por árboles y flores.

—¡Tía! ¡Gare! ¡Por aquí!

Alana escuchó con claridad, pese a tener la ventana cerrada, la voz de su madre entre las sombras. Unos segundos más tarde la vio aparecer entre dos de los arbustos. ¿Qué hacía su madre en la calle a esas horas? ¿No estaba en la cama? ¿Por qué se saltaba el toque de queda siempre que quería y a ella nunca le dejaban salir de noche?

—¡Ya voy! No hace falta ir corriendo. —Tras su madre apareció en el claro un hombre que no conocía.

—¿Qué parte de «o encontramos el último sigilo antes de que Grawell llegue a la nebulosa de bruja o perecerá» no has entendido? —bramó su madre mientras caminaba con paso acelerado—. No te lo voy a volver a explicar. El tiempo en Grawell no es como en casa. Aquí va mucho más rápido. O nos damos prisa o se nos hará de día antes de darnos cuenta. ¡Y yo quiero regresar a casa!

—Hazle caso. Ya sabes cómo es de cabezota —terció otra mujer, muy guapa, que acababa de llegar al claro.

—Está bien. Está bien. Ya os sigo —resopló Gare—. Pero, Helen, dile a tu sobrina que se tranquilice un poco —añadió antes de perderse al otro lado de donde abarcaba su visión.

Alana no podía dejar de mirar, a pesar de que su madre, aquel hombre y la mujer guapa a quien habían llamado Helen ya no estuvieran a la vista. Hacía tanto que no veía un bosque que casi ni los recordaba. No podía dejar de admirar los árboles y las flores que, pese a estar casi a oscuras, dejaban intuir sus colores brillantes.

Tras los matorrales por los que había desaparecido su madre, un ruido la alertó. Las hojas de los

árboles empezaron a moverse y, tras unos tensos segundos de incertidumbre, su madre y aquel hombre regresaron corriendo al claro.

—¡Vamos, Gare! ¡Corre! —exclamó su madre mirando hacia atrás.

—Te lo juro, Triz. No puedo más. —El hombre entró tropezando en el claro a punto de caer. Su madre regresó para ayudarlo.

—Si nos alcanza, estamos acabados. Por favor… ¡corre!

Los árboles parecían azotados por un huracán. Ramas y hojas empezaban a salir volando. Alana, aunque tenía la ventana cerrada, se ocultó tras su cortina, pero sin dejar de mirar. El cielo, por la parte donde se movían los árboles, era completamente negro. Allí sí que era noche cerrada.

La negrura amenazaba con dar alcance a su madre y a aquel hombre. ¿Dónde estaba la mujer guapa? Alana estuvo a punto de abrir la ventana y gritarles para que corrieran hacia la casa, pero, en ese instante, alguien más entró en el claro. ¡Desde la distancia le pareció ver a la mujer pelirroja! Su pelo ardía como el fuego.

Se reía a carcajadas viendo a su madre y a Gare tropezar. Levantó sus manos hacia al cielo y el viento y la oscuridad se arremolinaron a su alrededor. Cuando la bruja de cabello ardiente bajó sus brazos, la oscuridad y el viento salieron despedidos a toda velocidad hacia Gare y su madre, quienes fueron golpeados con tal fuerza que sus pies se despegaron del suelo y cayeron a varios metros de distancia. Su madre no tardó en levantarse, pero su compañero se quedó tendido en el suelo.

—¡Gare! ¡Gare! —gritó su madre—. ¡Hija de puta!

Alana se cubrió la boca. Su madre había dicho una palabrota muy gorda.

La mujer de melena ardiente se giró hacia su ventana. Alana percibió que también la observaba. Pudo sentir cómo se le erizaban todos los vellos del cuerpo. Corrió la cortina y, asustada, regresó a la cama. Se metió bajo las sábanas y cerró los ojos con fuerza. Si se concentraba, como hacía cuando quería desplazar objetos, quizás podría conseguir que todo volviera a la normalidad.

Un golpe al otro lado del cristal de su ventana le hizo gritar. Su madre no tardó en entrar en el cuarto.

—¿Qué pasa, cielo?

—¡Mamá! ¡Estás bien! La bruja pelirroja. Te ha atacado en un bosque. ¡He visto un bosque por mi ventana!

—Al otro lado sigue estando el mismo patio trasero de siempre, cariño. Y no me he movido de la cama hasta que te he oído gritar —respondió Triz, mientras abría la cortina del cuarto para enseñarle que, al otro lado, nada había cambiado. Aunque intentaba tranquilizarla, estaba preocupada porque el regreso de las pesadillas de su hija no presagiaba nada bueno.

—He visto el bosque y a la bruja que te atacaba —repuso Alana al mirar por la ventana y comprobar que allí no había bosques y que volvía a estar la casa del vecino guapo.

—Siéntate. Voy a contarte algo —empezó Triz. Se sentó en el borde de la cama y cogió aire. El momento que tanto temía había llegado y ya no iba a poder retrasar más descubrirle quiénes eran. Alana se sentó en la cama y prestó atención—. Esto que voy a explicarte es muy importante. Quiero que me escuches sin interrumpirme y prestes atención. ¿De acuerdo?

—Sí —accedió Alana muy seria.

—Siempre te he dicho que prestes atención a tus sueños y que a la mañana siguiente me los cuentes, que son importantes, pero nunca te he dicho por qué. Cuando yo tenía diez años, también empecé a tener esos sueños. Por aquel entonces yo se los contaba a mi tía Helen, la hermana mayor de la abuela.

—¡Helen! Ella también aparecía en mi sueño —exclamó Alana sin poder evitar interrumpir.

—¿De verdad? —A Triz se le iluminó el rostro al recordar a su tía—. Es mi tía favorita. Ahora está en Grawell.

—¿Qué es Grawell?

—Déjame que te cuente. Mi tía Helen me ayudó a entender por qué tenía mis sueños. Ahora me toca explicártelo a ti… Somos brujas. —Alana se tapó la boca con ambas manos—. Tranquila, somos brujas, pero de las buenas. El «hombre malo» que antes aparecía en tus sueños y la bruja pelirroja de la que no dejas de hablar también son brujos, pero malvados. Las brujas buenas tenemos nuestros sueños para intentar evitar que se hagan realidad. ¿Te acuerdas de cuando os mandé a tu hermana y a ti encerraros en la habitación el día de la tormenta solar? ¿O de cuando te dije, a los siete años, que no iba a poder llevarte a la escuela ese día y fue cuando empezó la Tercera Guerra Mundial? ¿Lo recuerdas?

—Sí. Pensé que no querías que fuera a la escuela por no quedarte sola en casa con Maya, que no hacía más que llorar...

—Sabía lo que iba a pasar porque lo había visto en mis sueños y por eso pude ponernos a salvo.

—Entonces... ¿mis sueños con el hombre malo se van a hacer realidad también? —preguntó Alana asustada al recordar la pesadilla en la que aquel individuo atacaba a su madre.

—¿Te acuerdas que hace unas semanas, cuando fuimos al cumpleaños de los abuelos, pasé un día fuera de casa y que, desde ese día, ya no has vuelto a soñar con ese hombre? —Alana asintió—. Ese día me encontré con él y lo derroté. Por eso ya no has vuelto a soñar con él.

—¿Ganaste? —interrogó la pequeña sin poder evitar mostrar su alegría—. ¡Eres la mejor! —exclamó mientras la abrazaba.

—Estoy segura de que no lo habría conseguido si no me hubieras llegado a avisar con tus sueños. Somos un equipo estupendo —replicó Triz. No había mejor recompensa que los abrazos de sus hijas.

—¿Y Maya también es bruja? —preguntó Alana al volver a sentarse.

—No. Solo las hijas mayores tenemos esa responsabilidad. La abuela tampoco es bruja, porque tía Helen era la hermana mayor. Yo soy la mayor y tú también lo eres. Por eso tú eres bruja.

—¿Te puedo contar un secreto? —preguntó Alana y bajó el tono de voz. Ahora que su madre le había dicho que era una bruja estaba dispuesta a compartirlo con ella.

—Claro.

—Sabía que era especial porque he descubierto que tengo un superpoder.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —preguntó Triz con cierto asombro e incredulidad. Esperaba que su hija saliera con cualquiera de sus habituales tonterías que tanto le hacían reír.

—Mira... —anunció Alana y se concentró—. ¡Tasal! —exclamó con la mirada fija en sus juguetes. Todos salieron despedidos del suelo.

—Vamos a guardar este secreto para nosotras, ¿vale? —propuso Triz asombrada. No quería que su hija empezara a desplazar objetos delante de sus amigas.

—Vale. Será un secreto de brujas —respondió Alana con su habitual sonrisa traviesa.

—¡Hecho! Y ahora... cuéntame algo más sobre el sueño que acabas de tener.

—Pero antes tengo una pregunta. ¿Quién es Gare?

11

Grawell se viene abajo

El cielo de la noche brillaba y la calma reinaba en el valle bajo las estrellas, no había viento y el lugar dormía con la tranquilidad que da el desconocimiento de los problemas. No ocurría lo mismo en una de las casas más apartadas de Etrazen[4]. Lejos de miradas curiosas y de oídos inquietos, las cuatro brujas de elemento del consejo se habían reunido en secreto para no alarmar al resto. Allí, de manera airada, discutían Helen, Agnes, Silen y Petronilla.

—¡Sabes tan bien como nosotras que, sin los sigilos, Grawell acabará desapareciendo! ¡Es su magia la que mantiene este mundo! —exclamaba Agnes.

—¡Claro que lo sé! ¡Te crees que ser una bruja de magia blanca te hace más inteligente que yo! ¿Para qué demonios iba yo a robar los sigilos? ¿Para hacer perecer el único mundo en el que puedo vivir por culpa de la sobrina de Helen? ¿Te crees que tengo ganas de acabar en Marbhreilig? —replicó Petronilla sin dejar de hacer aspavientos con los brazos.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que lo que dejó oculto Astrid en el lago no te hubiera servido para regresar? —repuso Helen—. ¡Estabas condenada a vivir aquí para siempre desde que destruyeron tu cuerpo!

—Lo que tú digas. Ni que me fuera a fiar de la palabra de una bruja de magia blanca. Si fuera así, ¿cómo explicas que Astrid desapareciera de Grawell? ¡Ella tampoco tenía ningún cuerpo al que regresar! Se creó Grawell para ella, ¿recuerdas? Si no se puede regresar sin un cuerpo al que volver, ¿cómo lo hizo ella? Estoy segura de que lo que ocultó en el lago era la manera. ¿Dónde diablos está ahora si no?

—¡No lo sé! Nadie sabe qué ocurrió con Astrid. Solo sabemos que, si no fuera por ella, todos los mundos hubieran sucumbido a la rabia de los Dioses y que dejó algo en el fondo del lago por si los mundos volvían a estar en peligro. Ahora le ha llegado el turno a mi sobrina, la única que fue capaz

de rescatarlo del fondo del lago. Además, sabes que mi magia no es del todo blanca.

—Eso te hace aún menos de fiar. No puede confiar en ti ninguno de los dos bandos. El caso es que me da igual cómo os pongáis. Yo no tengo los sigilos, no los he robado, y discutiendo aquí lo único que vamos a conseguir es que Grawell se vaya a la mierda. ¡Con todas nosotras dentro!

—¿Quién iba a robar los sigilos si no? —replicó Agnes—. Eres la única que lleva siglos queriendo salir de aquí.

—¡Maldita estúpida! ¿Ahora te pones de su lado? Lo que te puedo asegurar es que no ha sido ninguna bruja con cerebro. ¡Ninguna bruja, ni siquiera una de magia blanca, sería tan estúpida como para robar los sigilos! ¡Ninguna! A menos que su cuerpo estuviera intacto en la Tierra y pudiera regresar...

—No estarás queriendo decir que fue mi sobrina la que se llevó los sigilos, ¿verdad? —bramó Helen ante la insinuación de Petronilla.

—¿Conoces a alguna otra bruja que haya regresado al otro mundo en los últimos cien años? ¿No te parece demasiada casualidad que, justo cuando aparece tu sobrina, desaparezcan después de siglos en los que nadie se ha atrevido a acercarse a ellos?

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo, Petronilla? ¡Mi sobrina no se separó de mí en ningún momento! ¡No tiene ni idea de la existencia de los sigilos! Nunca tuve tiempo de explicarle las reglas de Grawell. ¿Cómo iba a robarlos? ¿Para qué?

—¡Y yo qué sé! ¿Para lo mismo que robó la ostra de Astrid? Insistes en acusarme a mí y tienes las mismas pruebas que yo. ¿Qué motivos iba a tener yo para robarlos?

—Para que tenga que regresar... estás obsesionada con la ostra —musitó Helen—. Has puesto en peligro Grawell e insinuado que la culpable es mi sobrina para que tenga que regresar. Es eso, ¿verdad?

—¿Y para qué coño me sirve que tu sobrina regrese? ¿Crees que si lo hace vendrá con la ostra que se llevó del lago? Si lo hiciera, te puedo asegurar que intentaría recuperarla, pero no creo que sea tan estúpida, aunque siendo familia tuya... quién sabe.

—Puedes considerarme todo lo estúpida que quieras, pero te derroté en el lago y podría volver a hacerlo si vuelves a insultar a mi sobrina.

—¿Para qué quería tu sobrina lo que ocultó Astrid? —interrogó Silen. Si no intervenía, corrían el riesgo de terminar enzarzadas en una pelea que no llevaba a ninguna parte. Al menos, a ninguna buena.

—Ya os lo dije: para salvar a los mundos. Tiene sueños premonitorios sobre una amenaza que se cierne sobre todos nosotros. Mi sobrina soñó con los Dioses en su décimo cumpleaños. Lo mismo que Astrid, la primera gran bruja. Como Astrid, es la elegida para mediar entre el Dios Astado y la Diosa Luna, quien tiene que reconciliarlos para que los mundos no se vean afectados.

—¿Incluido Grawell? —siguió interrogando Silen con un tono de voz bajo para llamar a la calma.

—¡Por supuesto que incluido Grawell! Mi sobrina tiene que salvar a todos los mundos y eso incluye al de las brujas.

—¿Y crees que tu sobrina podrá hacerlo?

—Estoy convencida. Es una bruja muy poderosa. ¡Por eso consiguió rescatar la ostra del fondo del lago y por eso nos salvará a todos! —exclamó Helen, harta de que pusieran en duda a Triz.

—Entonces... si tan segura estás de que tu sobrina puede, y quiere, salvar Grawell, no te importará avisarla de nuestra situación actual para que regrese. No podemos estar mucho tiempo más sin los sigilos. Nuestro mundo se está desestabilizando y será arrastrado a Rigel si no los restablecemos en cuanto su órbita cruce la Nebulosa de Cabeza de Bruja. La estrella azul nos consumirá si no mantenemos la órbita actual con su magia.

—¡Está bien! ¿Cómo proponéis que la avisemos? ¿Sabéis mandar mensajes al otro mundo? Porque, si sabéis cómo hacerlo, ya podríais habérmelo contado en estos más de treinta años que llevo aquí. Soy una bruja de elemento como todas vosotras y todas sabemos que las reglas de Grawell impiden volver a comunicarse con el otro mundo una vez que somos desterradas y nuestro cuerpo queda inservible para el regreso.

—Nosotras llevamos siglos y no, no sabemos cómo mandar mensajes a la Tierra, pero sabemos que se puede regresar. Podemos mandar a alguien de vuelta —intervino Agnes.

—¿A quién? ¿Conocéis alguna bruja que tenga su cuerpo disponible al otro lado? Como ha dicho Petronilla, salvo mi sobrina, ninguna bruja ha podido regresar en más de cien años.

—A Shaira Diouf...

—Acaba de llegar hace unas semanas... ¡La lapidaron en Sudáfrica! ¿Os habéis olvidado? —bramó Helen.

—La lapidaron y la dejaron enterrada bajo las piedras, pero su cuerpo no está podrido, ni enfermo, ni lo han decapitado. Tú sabes que las heridas se curan al regresar, no así las enfermedades. Tu sobrina se tuvo que quemar en la hoguera, pero al regresar su cuerpo se curó de las heridas. El de Shaira también sanará.

—¡Pero está en Sudáfrica! ¿Cómo se va a poner en contacto con mi sobrina? Tardaría demasiado tiempo en llegar y no disponemos de tanto.

—¡Joder, Helen! Cuando Shaira regrese y vuelva a reencarnarse en su cuerpo, podrá ponerse en contacto con ella a través de Aisling —replicó Agnes a punto de perder la paciencia.

—Shaira no conoce a mi sobrina. ¿Cómo va a contactar con ella en el mundo de los sueños? Tendría que tener algo que fuera de ella o que mi sobrina hubiera dejado marcado.

—¿En el día que estuvo contigo no se dejó nada? ¿Algo que podamos usar para que Shaira pueda encontrarla?

—Sí... se dejó algo de ropa en el lago —recordó Helen—. La tengo en casa.

—¡Perfecto! —exclamó triunfante Petronilla—. Hagamos que esa mocosa regrese a Grawell a salvarnos. Y, si se puede traer la ostra, mejor para mí.

12

Grawell no espera

No tenía mucho que hacer en el hospital, no era algo habitual. En el mundo que le había tocado vivir los accidentes, asaltos o atracos con violencia hacían que los días siempre fueran estresantes en el trabajo, pero, en ocasiones, la tormenta parecía serenarse y todo se quedaba en calma.

Triz miraba por la ventana de su despacho, pero no veía más allá. Sus pensamientos le hacían mirar hacia su interior. Pese a la tranquilidad en los pasillos, su cabeza era un hervidero de preocupaciones. Hacía muchos años que no tenía un día tranquilo. En realidad, los días de mucho trabajo le ayudaban a no pensar. Sin embargo, esa mañana no conseguía sacarse de la mente que, a pesar de la aparente calma de las calles, una tormenta se estaba acercando. Una mucho peor que esas que traen lluvias tóxicas.

Hablar con su hija mayor sobre qué eran y a qué se enfrentaban le había quitado un peso de encima, pero le había añadido una nueva carga. Ya no era solo madre, ahora tenía que ser también maestra, y no sabía si estaba preparada para ello. Pronto tendría que volver a marcharse, esta vez no sabía por cuánto tiempo, y Alana se quedaría sola con sus sueños y sus poderes sin nadie que los comprendiera.

Sobre la mesa de su despacho reposaba un cuaderno de tapas negras que había comprado antes de entrar a trabajar. Ahora que su hija ya sabía lo que era había llegado el momento de que tuviera su propio libro de las sombras. Había decidido que, mientras estuviera fuera, le dejaría el suyo y el de la tía Helen para que pudiera leerlos. Su hija se sentiría mucho más comprendida cuando leyera los sueños que tuvo ella a su edad y viera que no eran las únicas que los tenían. Esperaba poder regresar y seguir enseñándole lo poco que sabía de magia. No quería que le pasara como le había ocurrido a ella, cuando su tía Helen se marchó a Grawell.

Un pequeño atisbo de sonrisa iluminó su rostro. Lo único positivo de tener que continuar con aquella historia era que pronto podría volver a abrazar a su tía. Que para poder hacerlo tuviera que

volverse a quemar en una hoguera, con lo doloroso que había sido la primera vez, le volvió a borrar la sonrisa y a llenarle la cabeza de preocupaciones. ¿A quién se lo iba a pedir esta vez?

No quería volver a involucrar a Gare. La vez anterior estuvo a punto de costarle la vida. Además, estaban los sueños de Alana. Había visto a Gare siendo atacado mientras estaba con ella y quería evitarlo a toda costa. No iba a volver a ponerlo en peligro. Ni siquiera había tenido tiempo de recuperarse bien de todas las heridas que le produjo su anterior aventura. Estaba decidido, Gare, esta vez, se quedaría al margen. Tendría que buscar a otra persona que lo hiciera. ¿Tal vez Nara?

Estaba segura de que se iba a negar, pero su mejor amiga era una bruja de aprendizaje y era la única que podría llegar a entenderlo, aunque tuviera que emborracharla para que no llamara a la NPVN y la encerraran. La vez anterior no se atrevió a pedírselo y confió en Gare, aprovechándose de saber que estaría dispuesto a hacer casi cualquier cosa por ella. No en vano se había dejado pegar un tiro en la realidad virtual solo porque le pidió que regresara. Había sido muy egoísta por su parte ponerle en peligro.

Una llamada a la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¡Pase! —ordenó sin apartar la vista de la ventana—. ¿Alguna operación? —continuó. Deseaba tener que ponerse a trabajar y dejar de darle vueltas a la cabeza, que ya empezaba a dolerle.

—Me temo que solo vengo a aumentar tus preocupaciones —replicó una voz femenina desde la puerta. Triz se giró y, al ver el rostro color ébano de la joven, sintió que el corazón se le paraba.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó a la vez que regresaba a su mesa y tomaba asiento. De pronto, se sentía agotada y parecía que las piernas no la sostenían de pie más tiempo.

—¿Sabes quién soy? —inquirió la mujer, que permanecía de pie junto a la puerta.

—Shaira no se qué... no recuerdo bien tu apellido —repuso Triz. No era buena para recordar nombres, pero las caras no se le olvidaban.

—Diouf. Veo que ya soñaste conmigo antes.

—Esperaba tu visita, pero deseaba que no fuera tan pronto.

—¿También viste el motivo de la misma? —preguntó Shaira antes de tomar asiento.

—Algo de que en Grawell no van bien las cosas y tengo que regresar. ¿No es así?

—Así es —replicó Shaira. Acercó su silla y apoyó los brazos—. Veo que tu tía tenía razón cuando me dijo que eras poderosa. No todas tenemos la suerte de que nuestros sueños sean tan, como lo diría... reales. Han robado los sigilos y dicen que eres la única bruja capaz de recuperarlos.

—Esa palabra se la he oído a mi hija hace poco por uno de sus sueños, pero no tengo ni idea de qué son. No sé cómo puedo ser la única bruja capaz de recuperarlos si ni siquiera sé de qué me hablas.

—Los sigilos son unos símbolos mágicos que permiten a Grawell orbitar alrededor de la estrella azul Rigel sin que el aliento de la Nebulosa de Cabeza de Bruja haga que se estrelle contra ella. Cuando las brujas se unieron para crear Grawell, tuvieron que anclarlo alrededor de la estrella para que no lo consumiera. Sin ellos, el mundo de las brujas acabará devorado por la estrella azul, pero, antes de que eso ocurra, todas las brujas que habitan en él morirán. ¿No te lo enseñó tu maestra?

—No tuvo mucho tiempo. ¿Y dices que solo yo estoy capacitada para recuperarlos? —preguntó Triz preocupada. Solo imaginar que aquel mundo lleno de bosques, plantas, casas unifamiliares y lagos podría acabar destruido le oprimía el alma.

—Tu tía Helen dice que eres la bruja destinada a salvar los mundos, que por eso fuiste la única capaz de recuperar lo que Astrid, la primera gran bruja, había dejado oculto en el lago. Y, si eso es cierto, deberías empezar por salvar el nuestro, Grawell, porque, si los sigilos no regresan a su lugar, es al que menos tiempo le queda. Las brujas de elemento quieren verte en el consejo.

—¿Las brujas de qué?

—Está visto que hay mucho que no sabes y que no te han explicado. Las brujas de elemento son las cuatro brujas más poderosas de Grawell. Tu tía es una de ellas. La bruja del elemento fuego.

—Soñé contigo en un autobús... no en mi despacho. Hay algo que no termina de encajarme... —murmuró Triz para sí misma, como si Shaira no estuviera presente.

—Triz, sabes que los sueños, a veces, cambian. Se modifican los detalles, evolucionan según los cambios en nuestro destino. Quizás estábamos destinadas a conocernos en un autobús, pero algo, algún detalle importante en tu vida de los últimos días, ha cambiado el momento y la forma. Al fin y al cabo esto también es un sueño.

—¿Un sueño? —preguntó Triz a la vez que alzaba la cabeza para fijar la mirada en Shaira.

—Sí. Un sueño. Solo que no es una de tus premoniciones. Estamos en Aisling y he abierto esta conexión con la ayuda de la ropa que te dejaste olvidada en Grawell. En realidad, yo estoy dormida en una pequeña casa en Helena, en la pequeña provincia de Limpopo, al norte de Sudáfrica, la pequeña ciudad de las brujas exiliadas, y tú te has quedado dormida en tu despacho.

—¡Oh, Dios! ¿Cómo he podido dormirme?

—Déjame que lo adivine: llevas muchas noches sin dormir bien y tu cuerpo ya no resiste más, ¿me equivoco?

—He estado estudiando el libro de Astrid, ocupada entrenándome para combatir a los demonios que están por llegar. Mi hija ha vuelto a tener pesadillas. No tengo tiempo para dormir...

—Lo sé, porque llevo un par de días intentando localizarte y no me ha sido posible. Triz, tienes que regresar a Grawell y tienes que hacerlo ya. El tiempo se nos acaba. Estoy deseando regresar al mundo de las brujas, pero necesito que se mantenga habitable. Allí no se me margina por ser lo que soy. Aquí tengo que mantenerme oculta en este lugar si no quiero volver a ser lapidada, y no estoy dispuesta a vivir así.

—¿Y qué vas a hacer?

—He cumplido con lo que se me pidió. Ahora dejaré que me apresen y regresaré a Grawell a ayudar.

—¿Vas a dejar que vuelvan a lapidarte?

—Sabes muy bien que una bruja tiene que hacer lo que debe hacer. Voy a dejar que me lapiden de la misma manera que tú vas a regresar a Grawell, porque es nuestro deber. Y ahora despierta. El tiempo se nos acaba, queda poco más de una semana para que la órbita de Grawell entre en la Nebulosa de Cabeza de Bruja.

13

El regreso a Grawell

Se sobresaltó al despertarse con la cabeza apoyada en la mesa de su despacho. Necesitaba dormir más, pero ya no iba a ser posible. Había llegado el momento de regresar a Grawell, de reencontrarse con su tía Helen y de averiguar por qué era la única capaz de recuperar los sigilos si había brujas mucho más experimentadas.

Tenía que marcharse y, esta vez, temía que no fuera solo por unas horas. Su estancia en Grawell sería más larga y eso le suponía un problema casi tan grande como enfrentarse a demonios o brujas de magia negra: explicárselo a Óscar.

Una ausencia prolongada volvería a dañar su relación. Parecía que él, salvo alguna excepción, se mostraba más comprensivo desde su primer regreso de Grawell, pero, en esta ocasión, no podría marcharse sin hablar con él primero. Después vendría otro problema casi igual de grande: convencer a su amiga Nara de que la quemara viva.

Se excusó en el trabajo y pidió unos días libres. Pese a las amenazas de su jefe con despedirla por sus continuadas ausencias, sabía que era la mejor en su trabajo y que, por mucho que este se enfadara, la recibiría con los brazos abiertos a la vuelta. Nunca iban a encontrar a una especialista mejor.

Llegó a casa e hizo los preparativos para su marcha. Para ir a Grawell no era necesario hacer la maleta, pero sí que tenía que elegir el lugar donde iba a hacer la hoguera y el sitio donde Nara tendría que esconder su cuerpo para protegerlo hasta su regreso y, en esta ocasión, también guardó su athame para cortar las cuerdas una vez cruzara al otro lado. No quería volver a quedarse atada a un árbol por si la situación en Grawell se había complicado y su tía no podía acudir, esta vez, a soltarla.

Cuando creyó tener todo listo y tras recoger a sus hijas en el colegio, esperó sentada en el sofá a que Óscar regresara del trabajo. Estaba nerviosa, segura de que aquella conversación no iba a ser

fácil. Al menos esperaba saber controlar sus emociones y no discutir. Si no lo entendía y empezaba a levantar la voz, intentaría mantenerse calmada. Se pusiera como se pusiera iba a tener que marcharse y quería, al menos, hacerlo sin sentirse culpable.

Cuando Óscar entró en casa y la vio sentada en el sofá se extrañó. Su mujer siempre estaba ocupada y nunca paraba quieta.

—¿Ocurre algo? —preguntó contrariado, antes incluso de terminar de cerrar la puerta—. ¿Nuestras hijas están bien? ¿Alguna se ha puesto enferma?

—No es eso. Tenemos que hablar.

—Hablamos todos los días, ¿tengo que preocuparme? —inquirió Óscar. Cerró la puerta y se sentó al lado de su mujer.

—Es por un tema del que siempre nos cuesta hablar y que, normalmente, acaba en discusión. Y no quiero tener que discutir. Así que espero que me escuches y que me entiendas.

—¿Es por tus sueños? Muy bien. Te escucho.

Triz, pese a que Óscar la miraba con impaciencia, se quedó unos segundos en silencio.

—¡Buf! —suspiró al fin—. No sé ni por dónde empezar. Es complicado hasta para mí

—La mejor manera de que lo entienda es hacerlo por el principio y con sinceridad.

—El principio es lo que más te va a costar entender...

—Prueba.

—Tengo que marcharme unos días. Ni siquiera sé cuántos.

—¿Marcharte? ¿Y las niñas? ¿Adónde te tienes que marchar? —Quiso saber Óscar sin poder evitar levantar un poco el tono de su voz.

—Sí, marcharme. De las niñas tendrás que hacerte cargo tú, que también son tus hijas. Tendrás que tener cuidado con Alana, ha vuelto a tener pesadillas y me temo que le durarán unos días. Al menos hasta que vuelva a solucionarlo. Y con respecto adónde...

—¿Alguna convención? ¿A donde tus padres? ¿Con tu amante? —Óscar remarcó las últimas

palabras.

—¿De qué me hablas? —interrogó Triz, a quien la pregunta de su marido le había sentado como una bofetada por sorpresa—. ¿Amante? ¿Otra vez tus estúpidos celos?

—¿Estúpidos? ¿Quién es Gare? ¿Es con él con quien te tienes que ir unos días?

Triz guardó silencio. ¿Cómo sabía Óscar de la existencia de Gare? Nunca se habían conocido y nunca le había hablado de él.

—¡Es con él!, ¡¿verdad?! Por eso te quedas callada —continuó Óscar. Su tono de voz seguía aumentando—. ¡Lo sabía! Por eso por las noches lo mencionas en tus sueños. ¿O pensabas que no iba a escucharte gritar su nombre?

Triz suspiró al entenderlo.

—Gare es un amigo de la infancia y sí, tengo sueños con él, pero no de los que tú imaginas. Y, por supuesto, no es mi amante.

—¿Y qué cojones es lo que sueñas con él si puede saberse?

—Que le hieren, le persiguen, le torturan, le amenazan, le matan... ¿Quieres que sueñe contigo en su lugar? —replicó Triz sin poder aguantar sentada y poniéndose en pie.

—Lo que quiero es que me expliques adónde te tienes que ir para tener que dejarnos solos unos días a mí y a tus hijas.

—¡A Grawell! —estalló Triz.

—¡Y qué demonios es Grawell! —replicó Óscar a la vez que se ponía de pie a su lado y se encaraba con ella.

—Grawell es el mundo de las brujas —explicó Triz con un hilo de voz. Sabía que esa respuesta acarreaba más preguntas y se había quedado sin fuerzas para responderlas al ver como Óscar seguía sin confiar en ella.

—¿Las brujas tienen su propio mundo? —preguntó desconcertado por la respuesta, como un boxeador que recibe un golpe en el mentón que no esperaba y queda noqueado.

—Tenemos. Sigues sin entenderlo... ¡Yo soy una bruja! Y sí, tenemos nuestro mundo, dado que

ignorantes de mente estrecha, como tú, nos quisieron borrar de este. Tuvimos que defendernos, buscar un nuevo hogar y ahora está en peligro y tengo que evitar su destrucción.

—¿Y dónde está? ¿Quieres que te lleve? —preguntó Óscar en un intento por calmarse.

—No puedes llevarme. A él solo pueden llegar las brujas que mueren perseguidas. Para llegar a Grawell, voy a tener que quemarme en una hoguera.

—¡Estás loca! —vociferó Óscar—. Y me tienes harto con tus mierdas de bruja. ¡Harto! Y pretenderá que la crea. Deberías estar yendo al psicólogo, o mejor aún, encerrada en un manicomio. Sin duda, eres la mujer más imaginativa del mundo para buscar coartadas.

—Lo que suponía... —murmuró Triz. Estaba intentando contener una lágrima que amenazaba con desbordar. Temía que, si dejaba escapar la primera, no podría parar de llorar.

—¿Qué pensabas? ¿Que iba a aceptar de buen grado que mi mujer se fuera unos días de casa? ¿Que me iba a quedar callado viendo cómo haces, una vez más, lo que te da la gana sin pensar en tu familia? ¿Eso pensabas? Quemarse en una hoguera dice...

—Eso es lo malo, que no lo pensaba. Que estaba convencida de que íbamos a terminar así. Y lo pensaba porque estaba segura de que no ibas a confiar en mí. No lo has hecho nunca.

—¿Cómo voy a confiar en ti si no dejas de decir tonterías? ¡Un mundo de brujas! Bastante tiene ya este sitio...

—Me hubiera gustado explicártelo, que me escucharas, que intentaras entenderme, pero está claro que eso nunca va a ocurrir. Esperaba poder irme tranquila, con tu apoyo, porque lo que me espera en Grawell estoy segura de que no va a ser sencillo, pero, aunque no vaya a ser así, voy a marcharme igual, porque, si precisamente pienso en alguien, es en mi familia y en lo mejor para ella. Me gustaría poder decirte que lo hablamos a la vuelta, pero es que ni siquiera sé si voy a poder volver. Cuida de tus hijas... —dijo Triz sin ni siquiera mirarlo. Después se marchó de la sala y subió a la habitación donde jugaban las pequeñas sin escuchar las protestas de Óscar a su espalda.

Parpadeó varias veces para enjuagar las lágrimas antes de llamar a la puerta. Con esa sonrisa que solo saben poner las madres cuando no quieren preocupar a sus hijos, entró en la habitación.

—¿A qué estáis jugando? —preguntó al entrar y verlas sentadas en el suelo.

—¡A salvar hadas! —respondió Maya.

—¿Y cómo se juega a eso? —Quiso saber Triz, que ya no necesitaba fingir su sonrisa. Ver la de su pequeña había sido suficiente para hacerla sonreír de verdad.

—Tengo que encontrar las cosas que Alana me pide de la habitación. Si las consigo encontrar todas, salvo a una. ¡Ya he salvado a tres! —respondió la pequeña entusiasmada.

—Suena divertido... ¿Me dejas jugar un rato a mí con tu hermana? Puedes bajar al salón a pintar. Dile a tu padre que te saque tu cuaderno de dibujo.

—¡Vale! Pero que Alana apunte en algún sitio que ya tengo tres hadas salvadas. Que luego hace trampas y me las quita.

—Prometido —accedió Triz y abrazó a su hija pequeña antes de verla bajar a la carrera al salón.

—¿Estás bien? —preguntó Alana en cuanto se quedaron a solas, al ver que su madre intentaba mantener a raya las lágrimas.

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Triz e intentó poner su mejor cara.

—Soy una bruja, ¿no? —respondió y sonrió a su madre.

—Tienes razón. Eres una bruja y ya no puedo ocultarte nada. No estoy bien, estoy preocupada, y quería quedarme a solas contigo porque tengo que pedirte un favor.

—Dime —dijo Alana. Se puso recta y seria. Quería que su madre viera que ya era una chica mayor y que podía confiar en ella.

—Tengo que marcharme unos días.

—¿Adónde?

—A ver cómo te lo explico... Has leído historias de brujas, ¿verdad? Historias en las que las brujas eran perseguidas.

—Sí. ¿A nosotras también nos persiguen y por eso te tienes que marchar?

—No es eso... Hace muchos años, las brujas perseguidas decidieron que, si las atrapaban, se irían a otro lugar donde pudieran vivir tranquilas y crearon su propio mundo. Le pusieron de nombre Grawell y está muy lejos de aquí. Ahora, esas brujas necesitan ayuda y me la han pedido a mí.

—¿Puedo ir contigo? También soy bruja y a mí me persigue la bruja pelirroja...

—No, no puedes. Llegar a Grawell es muy difícil y tienes que quedarte aquí para cuidar de tu hermana y seguir yendo al colegio.

—¿Y por qué necesitan tu ayuda? —preguntó Alana. Estaba más seria desde que su madre le había dicho que tenía que irse. Era la única que se quedaba con ella por la noche cuando tenía pesadillas.

—Porque han perdido algo y ya sabes que soy la mejor encontrando cosas perdidas en casa.

—Pero yo también soy buena encontrando cosas. Hasta Maya es buena. Lo ha hecho con todo lo que le he pedido. ¿Por qué no puedo ir? —insistió, no quería quedarse sola con sus pesadillas—. Ya cuidará papá de Maya.

—Papá tiene que ir a trabajar y tú ya eres responsable como para cuidar de las dos.

—¿Y si vuelvo a tener pesadillas con la bruja pelirroja?

—Ese es otro motivo por el que tampoco puedes venir ¿Te acuerdas de tu sueño de hace un par de días en el que la bruja pelirroja estaba en un bosque?

—Me acuerdo.

—Grawell está lleno de bosques, así que seguro que esa bruja está allí. Aquí no hay bosques, así que aquí estarás a salvo.

—Pero tú no... —respondió Alana y puso la más triste de sus caras.

—Yo ya derroté al hombre malo y sabía mucha menos magia que ahora. Seguro que puedo con ella. Para cuando vuelva, ya no aparecerá más en tus sueños.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo Triz. Las dos se fundieron en un abrazo—. Y te guardaré el secreto de que usas el juego de las hadas para que tu hermana pequeña te recoja el cuarto. ¿Cómo haces para que crea en las hadas?

—Cuando termina de recoger las cosas que le pido muevo una de ellas con mi superpoder y le digo que es un hada —respondió Alana con la sonrisa más traviesa y con más luz que había visto

Triz en su vida.

—No tienes tu cara ni nada —replicó y la estrechó entre sus brazos en un abrazo eterno que no quería dar por terminado—. Tengo un regalo para ti.

—¿Ah, sí? —interrogó Alana—. ¿Qué es?

Triz sacó el cuaderno de tapas negras y se lo dio a su hija.

—Las brujas apuntamos nuestros sueños y hechizos en un cuaderno que llamamos el «libro de las sombras». Ya eres una bruja e incluso tienes tu propio hechizo. Ahora ya tienes dónde apuntarlo.

—¿Tú también tienes un libro de las sombras?

—Todas las brujas tenemos uno...

—¿Me lo puedes dejar? Así aprenderé mientras no estás y no te echaré tanto de menos.

Antes de marcharse le dejó su libro de las sombras y el de su tía Helen. El único que no le entregó fue el de Astrid.

Quedaba lo más complicado. Convencer a su amiga Nara. Bajó de la habitación de su hija, pasó por el salón donde estaba Maya, le dio un fuerte abrazo y le dijo que se portara bien. Después, pese a que escuchó ruidos en la cocina, no se acercó a despedirse de Óscar. Abrió la puerta y se fue a la calle.

Unos minutos más tarde llamó a la casa de su amiga. Esta no tardó en salir a abrir.

—¡Triz! Qué sorpresa. ¿Habíamos quedado? —preguntó Nara, que se caracterizaba por ser olvidadiza.

—No, tranquila. Vengo porque necesito tu ayuda.

—Pídeme lo que quieras. Ya sabes que estoy encantada de ayudarte siempre.

—Esta vez no estés tan segura...

Nara la dejó pasar. Sus dos hijos correteaban por el pasillo y Jon, su marido, estaba sentado en el sofá del salón.

—¡Qué alegría verte! —saludó a la vez que se levantaba para ir a abrazarla—. ¿Qué tal todo?

Jon tenía mucho cariño a Triz desde la Tercera Guerra Mundial, cuando sus consejos les pusieron a salvo a él y a su familia. Ese cariño había ido a más durante la tormenta solar.

—No muy bien —respondió Triz. Correspondió al abrazo antes de continuar—. Me gustaría pedirle un favor a tu mujer. Necesito su ayuda.

—Ya le he dicho que puede contar conmigo para lo que quiera —añadió Nara.

—Espero que recuerdes esas palabras cuando sepas lo que te voy a pedir.

—Chica, me tienes en ascuas con tanto misterio. Tampoco será para tanto.

—Yo os dejo a solas. Voy a ver qué están haciendo esos dos pequeños diablos que tenemos por descendencia —comentó Jon.

Nara y Triz se fueron a la cocina. Allí pudieron sentarse una frente a la otra.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Nara.

—Me vendría bien algo con muchos grados de alcohol —respondió Triz.

—¿En serio? No te he visto beber nada más fuerte que un mojito desde que dejamos las juergas juveniles y sentamos la cabeza.

—Cuando te cuente lo que voy a proponerte tú también querrás beber algo fuerte.

Triz fue contando paso a paso los motivos y detalles del plan que quería llevar a cabo. Nara, pese a intentar disimular, cada vez estaba poniendo peor cara. A mitad de la explicación ya se había levantado de la mesa y estaba preparando dos copas.

—Entonces, solo tengo que quemarte viva y ocultar tu cuerpo en el patio trasero de mi casa para que nadie pueda hacerlo desaparecer y puedas regresar de Grawell. Es eso, ¿no?

—Exacto. Solo eso.

—¡Tú estás loca! —exclamó Nara y dio un trago largo a su copa.

—Puede, pero tengo que hacerlo y solo puedo pedírtelo a ti.

—¿Y estás segura de que va a salir bien? Mira que yo siempre he creído en todo lo que me contabas de la magia y la brujería, pero esto de tener un mundo propio para las brujas perseguidas me suena a cuento de hadas.

—Dos cosas: primera, las hadas existen, no son cuentos. Ya te lo expliqué hace años. Segunda, estoy segura de que saldrá bien porque ya he estado en Grawell y he vuelto.

—¿Que ya has estado? ¿Cuándo? ¿Qué pasó? ¿Quién te ayudó?

—Sí, hace poco más de un mes, encontré una perla con un mapa y me ayudó a cruzar Gare.

—¿Gare? ¿Y por qué no se lo pides a él otra vez?

—Porque la última vez que me ayudó terminó en el hospital gravemente herido y no quiero volver a ponerlo en peligro. Aún no se habrá recuperado bien de sus heridas.

—Genial. Tendría que haberme hecho amiga de Norma —comentó Nara antes de terminar de apurar su copa.

—Te habrías aburrido mucho y lo sabes. Entonces, ¿lo harás?

—Pues claro que lo haré, cómo no iba a ayudarte después de todo lo que has hecho por mi familia, pero te juro que, como no vuelvas pronto, uso lo que quede de tu cuerpo para alimentar a las alimañas.

—Te prometo que intentaré regresar cuanto antes —dijo Triz. Se levantó de la silla y abrazó a su amiga—. Tenemos que mandarme a Grawell ahora mismo.

—¡Joder! ¿Ya? Pensé que me ibas a dar unos días para asimilarlo.

—Si te doy unos días para pensarlo, sales corriendo. Y a Grawell no le queda mucho tiempo. Lo haremos ahora.

Encontrar con qué hacer la hoguera fue más complicado que la vez anterior con Gare. La primera vez había aprovechado matorrales y troncos de árboles muertos para hacerla, pero donde ella vivía no había rastro de ningún bosque cerca y necesitaban madera seca. Tuvieron que acabar improvisando con unos muebles viejos que Nara guardaba en un trastero.

Mientras leía las frases de acusación de brujería, Nara temblaba como un vaso de agua ante la

llegada de un tiranosaurio. Triz, atada a una silla de madera, rodeada de trozos de mueble viejo y libros, también temblaba. La primera vez que cruzó a Grawell lo hizo sin saber lo que se iba a encontrar y, sobre todo, sin saber con exactitud lo mucho que le iba a doler. Ahora ya sabía el dolor que iba a sentir cuando las llamas la alcanzaran y eso no le ayudaba a tranquilizarse.

—Date prisa o me voy a arrepentir. —Intentaba calmarse respirando profundo, pero no le estaba funcionando.

—Cómo quieres que me dé prisa si me está temblando tanto la mano que casi no puedo ni sujetar la hoja.

—Venga. Hazlo ya...

Nara terminó la última frase y acercó una cerilla a las páginas de uno de los libros abiertos. Estas empezaron a arder y no tardaron en propagarse a otro de los libros cercanos. Sin poder evitarlo, viendo que las llamas se acercaban a su amiga, dio dos patadas a los libros para alejarlos de la hoguera.

—¿Qué haces? —exclamó Triz.

—¡Que no puedo! ¡Que no puedo quemarte! ¡Que me va a dar un infarto! ¡Que cuando me quemo un dedo cocinando duele horrores y me estoy poniendo mala solo de pensar lo mucho que te va a doler!

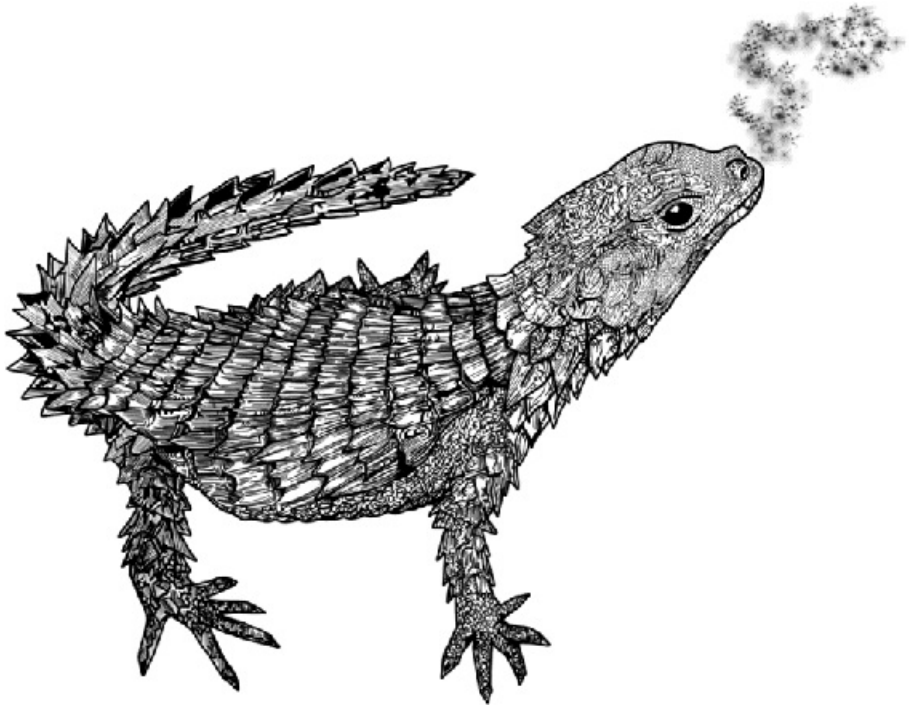
—¡Joder, tía! ¿Te crees que a mí me hace gracia? ¡Ninguna! Pero tengo que hacerlo y solo puedo confiar en mi mejor amiga.

—¡Está bien! Pero tendría que haberme bebido un par de copas más.

—Correrías el riesgo de que tú también prendieras —replicó Triz. Al hacerlo se acordó de Gare y esa manía suya de bromear en los momentos de mayor tensión.

Nara volvió a prender fuego a uno de los libros y se alejó. No quería quedarse cerca ni mirar porque iba a volver a apagar el fuego si lo hacía.

«Allá vamos otra vez...», pensó Triz, cuando sintió el calor de las llamas en la planta de sus pies. Esta vez, con mucha fuerza de voluntad, intentó aplacar sus gritos para no asustar a su amiga ni alertar a su familia. Lo consiguió solo a medias.



Ouroborus: Lagarto dragón con propiedades mágicas

14

Todo es distinto

Como la vez anterior, el dolor fue desapareciendo gradualmente. Las sensaciones al cruzar a Grawell se asemejaban a encontrarse en una montaña rusa. Los nervios de la primera subida, los gritos tras la primera bajada y esa sensación de relax y agotamiento cuando la adrenalina se termina y todo acaba.

Triz se sorprendió al encontrarse atada a las ramas de un mimbre. La primera vez que cruzó se encontró atada al mismo árbol que habían usado para la hoguera. Ahora había aparecido atada al árbol que parecía haberse usado para hacer la silla de su amiga.

Buscó el athame en el bolsillo trasero de su pantalón y, con paciencia, fue cortando las cuerdas. Le costó más bajar de la rama que desatarse.

Estaba cerca de un descampado. El árbol en el que había aparecido era el único cercano a la zona. Todo lo demás constituía un amplio campo de hierba. Su tía no había ido a buscarla.

Si Grawell y el mundo del que venía se habían creado a imagen y semejanza, su tía estaría a unos cuantos kilómetros de distancia. La primera vez, viajó a Grawell desde su pueblo natal y ahora lo había hecho desde su ciudad. Iba a tener que encontrar un medio de transporte si quería llegar, porque caminando tardaría días. Lo primero que tenía que hacer era encontrar un lugar donde pasar lo que quedaba de noche.

Ojeó su alrededor y se dio cuenta de que tenía que empezar a controlar las horas en Grawell. Era la segunda vez que cruzaba y, aunque esperaba no tener que repetirlo muchas veces más, tenía que aprender a saber cuándo era de día y cuándo de noche. Era la segunda vez que llegaba al mundo de las brujas a oscuras. La poca luz que brindaban las estrellas no le dejaba ver más allá de unos metros de donde se encontraba y el paisaje no resultaba nada agradable. El silencio era sobrecogedor. Allí no había casas, ni lugares donde esconderse. Solo el mimbre en medio de la nada más absoluta.

Estaba decidida a permanecer apoyada en el tronco del árbol hasta que la luz del día le mostrara algún camino que seguir cuando vio brotar del suelo una pequeña llama de fuego. Estaba segura de no habérsela imaginado. De la tierra había surgido, de pronto, una pequeña llama que se había apagado tan rápido como había aparecido. Curiosa, estaba tentada de acercarse a mirar, pero dar un paso más allá de la seguridad que le daba el tronco se le hacía complicado. Era como si el árbol y sus raíces le aseguraran que todo estaba firme, pero dar un paso hacia donde había visto la llama, hacia la oscuridad, la llenaba de temores, como si el suelo fuera a desaparecer bajo sus pies.

Dos nuevas llamas, un poco separadas la una de la otra, volvieron a sorprenderla todavía sin decidirse. Alentada por la curiosidad, dio un paso hacia donde las había visto brotar, pero cuando vio aparecer cuatro pequeños fuegos frente a ella retrocedió otra vez a la falsa seguridad del tronco del árbol, hasta chocar contra él.

—No te asustes. Son solo *ouroborus*[5] —manifestó una dulce voz sobre su cabeza, tan inesperada y repentina que Triz se alejó del árbol más de lo que había sido capaz de hacer hasta ese momento.

—¿Quién está ahí? —exclamó sin dejar de mirar las ramas, pero la oscuridad de la noche no le permitía ver nada.

—Mi nombre es Awen —replicó la dulce voz sin que Triz consiguiera descubrir de dónde procedía—. Estaba dormida, pero tu golpe contra el tronco de mi árbol me ha despertado.

—¿Y eres buena o mala? —preguntó de forma pueril Triz, desconocedora de los seres que se podría encontrar en Grawell.

—Soy una dríada[6] —explicó Awen entre risas—. Que sea buena o mala dependerá de tus intenciones con mi árbol.

—Te juro que no tengo ninguna mala intención con él —aseguró Triz. El nombre de las dríadas le sonaba de los cuentos infantiles que le contaba su tía. Estar hablando con una le hizo entender, de pronto, que aquellas historias que le contaban de pequeña a escondidas en realidad no eran cuentos —. ¿Las dríadas no habitáis robles? —preguntó rememorando sus pocos conocimientos sobre criaturas mitológicas.

—¿Y las brujas no habitáis la Tierra? —replicó Awen con voz pícara.

—Así es, pero las perseguidas viven aquí, en Grawell.

—Nosotras también vivíamos en tu mundo, pero ¿cuántos árboles quedan? La tormenta solar

nos obligó a emigrar y las brujas nos aceptaron en Grawell. Al fin y al cabo, nosotras también somos seres mágicos. Pero, como entre las brujas, entre nosotras también hay disputas y algunas dríadas, cuando nos destierran de nuestro árbol, tenemos que encontrar otro en el que sobrevivir. A mí me desterraron de mi roble y tuve que sobrevivir en este mimbre solitario. Me encantaría regresar a un roble, pero no hay ninguno cerca al que pueda llegar.

—¿Y por qué te desterraron?

—No cuidé bien de mi árbol...

—¿Y cómo llegaste aquí? Tengo entendido que las dríadas no podéis alejaros mucho de vuestro árbol porque, si lo hacéis, terminái muriendo.

—Mi árbol no estaba muy lejos de aquí, pero algo está pasando en Grawell y las cosas están cambiando. Ahora me he quedado sola, bueno, con los ouroborus.

—¿Qué son?

—En tu mundo son una especie de lagartos, aquí los conocemos como minidragones.

—¿En serio? ¿Dragones? —comentó Triz volviendo a acercarse al árbol. Al hacerlo, distinguió la figura de Awen sentada en una de las ramas del mimbre. Tenía la piel amarillenta y unos preciosos ojos violeta. Su pelo se confundía con las hojas, lo que la hacía casi invisible cuando cerraba los ojos. No debía de medir más de un metro y estaba completamente desnuda.

—En miniatura. Ya ves que sus llamas apenas son una cerilla encendida y ni siquiera vuelan, pero tienen otras cualidades.

—¿Como cuáles? —preguntó Triz intrigada por conocer más de aquellas criaturas.

—Son familiares, leales y se teletransportan.

—¿En serio? ¿Eso se puede hacer?

—Pero ¿qué clase de bruja eres? —replicó Awen y cambió el gesto de su cara—. ¿Cómo has llegado a Grawell? —inquirió, se puso de pie sobre la rama y adoptó una postura defensiva.

—Tranquila. No te asustes. Simplemente soy una bruja un poco novata. Hay muchos aspectos de la magia que desconozco. Mi tía Helen empezó a enseñarme las responsabilidades de ser bruja,

pero tuvo que venirse a Grawell cuando yo era una niña. Casi no tuve tiempo de aprender con ella. He tenido que ser autodidacta y hay mucho sobre la magia y este mundo que todavía desconozco.

—¿Eres sobrina de Helen? —Se sorprendió Awen antes de volver a sentarse en su rama.

—Sí. ¿La conoces?

—Todo el mundo conoce a Helen. Es una de las brujas más poderosas de Grawell, una de las cuatro brujas de elemento. El elemento fuego. Me sorprende que su sobrina no conozca los hechizos de teletransporte...

—Hasta ahora ni siquiera había visto nunca una dríada ni conocía la existencia de los ouroborus.

—¡Madre mía! ¿Y por qué has venido a Grawell? Con tan pocos poderes dudo que en tu mundo alguien te estuviera persiguiendo.

—Me han mandado un mensaje a través de mis sueños para que venga. Al parecer, han robado los sigilos y necesitan mi ayuda para evitar que Grawell acabe estrellándose con la estrella azul, Rigel.

—¿Tu ayuda? Vamos apañadas... —murmuró Awen.

—¡Oye! Se supone que las dríadas sois amables.

—No hagas caso de las leyendas. No todas somos iguales.

A Triz la frase le resultó irónica. Si no fuera por los cuentos y leyendas que le contaba su tía, jamás habría creído en la existencia de las dríadas y ahora una de ellas le pedía que no hiciera caso de esas historias.

—¿Y por qué has aparecido aquí? Tu tía no vive cerca. —Quiso saber Awen.

—Lo sé, pero viajar a Grawell desde mi mundo no es sencillo y no se puede hacer al lugar exacto donde quieres llegar. Este es mi segundo viaje a Grawell y no sabía qué me iba a encontrar. Tengo que buscar la manera de reencontrarme con mi tía. A ver si cuando amanezca encuentro la manera de viajar hasta allí.

—¿Y por qué no se lo pides a uno de los ouroborus?

—¿Ellos me podrían teletransportar?

—Poder, podrían, querer... ya es más complicado. No son muy afables, pero no pierdes nada por pedírselo. Y, de paso, les pides también que no se acerquen tanto a mi árbol. Como alguna de sus llamas roce la corteza, voy a tener que enfadarme.

—¿Y cómo se lo pido?

—Estamos apañadas... ¿Por favor?

—¿Entienden nuestro idioma? —exclamó Triz.

—No solo lo entienden. ¡Lo hablan! —respondió Awen mientras se llevaba las manos a la cara, lo que hizo que, por un instante, volviera a desaparecer de la vista.

Intentando demostrar que no era tan inútil como la dríada había podido llegar a imaginar, se acercó donde había visto las llamas. El primer paso hacia la oscuridad lo dio con confianza, el segundo fue más dubitativo y al tercero estuvo a punto de regresar a la corteza del árbol. Si no lo hizo, fue porque Awen la estaba observando con atención.

—¿Hola? —interrogó con timidez. No tenía ni idea de cómo dirigirse a un ouroborus. Ni siquiera estaba segura de saber pronunciarlo—. ¿Pueden ayudarme? —siguió preguntando mientras daba pasos a tientas.

—¡Detente! —advirtió una voz arisca entre las hierbas. Tras ella, una llama de fuego le marcó la procedencia. El ouroborus se encontraba solo a un paso de distancia—. ¿Qué quieres?, ¿aplastarme?

—¡No! Le juro que no era mi intención. —Triz se sintió avergonzada, pero tampoco entendía por qué estaba tratando de usted a un lagarto.

—Pues entonces aléjate de mí y de mi familia. No queremos complicaciones, solo que nos dejen en paz. —A las palabras del ouroborus le siguieron cuatro llamaradas de distintos tamaños que casi rodeaban a Triz.

—Me encantaría irme muy lejos, se lo aseguro, pero para ello necesito su ayuda. ¿Pueden ustedes teletransportarme? —Triz se sentía ridícula hablando de usted a unos lagartos a los que apenas podía ver, pero a ellos no parecía molestarles el trato y no quería que se enfadaran.

—Pero qué se cree que somos… ¿una compañía aérea?

—La dríada me ha dicho que ustedes podrían teletransportarme, que son minidragones con ese

poder —replicó Triz sorprendida porque los ouroborus conocieran la existencia de compañías aéreas.

—¿Y te has fiado de la palabra de una dríada? —Cuatro risas jadeantes resonaron a sus pies.

Triz se dio la vuelta para mirar hacia el mimbre. Desde allí no podía distinguir a Awen, pero sí pudo ver cómo las hojas de la rama del árbol se agitaban y escuchar las risas ahogadas de la dríada. Se estaba riendo de ella. Enfurecida regresó al árbol.

—¿Te parece bonito reírte de mí? —preguntó en cuanto tuvo a la vista a la dríada.

—Bonito no ha sido. Divertido... muchísimo —replicó Awen sin dejar de reírse.

—Me alegra mucho que te hayas divertido, pero Grawell está en peligro y, por tu culpa, estoy perdiendo el tiempo. Si no consigo reencontrarme pronto con mi tía Helen, no voy a saber para qué me necesita y no vamos a poder salvar este mundo. ¿Y a dónde vas a ir tú entonces?

Awen se dejó de reír.

—Lo siento. Por aquí no suelen pasar muchas brujas y me aburro mucho. Solo ha sido una pequeña broma. Los ouroborus no se teletransportan, pero tampoco ibas a ir muy lejos del árbol antes del amanecer. Al menos, gracias a mí, has podido conocerlos y, si te portas bien con ellos, puede que te regalen una de sus escamas más viejas.

—¿Y para qué quiero yo una escama de ouroborus?

—Se me olvida que tengo que explicártelo todo. Las escamas de ouroborus son mágicas. Sirven para eliminar marcas, grietas, cicatrices. En infusión pueden llegar a eliminar hasta malos recuerdos. Sanan cualquier herida.

—Eso está muy bien. Les pediré alguna antes de irme, pero ¿qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a reencontrarme con mi tía? —se quejó Triz y se dejó caer en el suelo junto a la base del árbol.

—No estás muy lejos de Dumbsilly[7]. Es una pequeña aldea de brujas, aunque no sé si ellas van a poder ayudarte mucho, pero es tu mejor opción. Puede que tengan algún medio de transporte.

—¿Y por qué no iban a poder ayudarme? Son brujas, ¿no?

—Digamos que en esa ciudad viven las brujas menos «inteligentes»... Ahora que lo pienso, podría

ser un buen sitio para que te asentaras —replicó Awen y volvió a estallar en carcajadas.

Triz le dio un codazo al tronco del árbol.

—¡Ey! Que eso ha dolido…

Las primeras luces del amanecer despuntaron en el cielo de Grawell. Triz se puso en pie al vislumbrar a lo lejos las pequeñas casas de la aldea que le había mencionado la dríada. Tenía que caminar un buen trecho y decidió ponerse en marcha. No había tiempo que perder y los días en Grawell eran muy cortos como para desperdiciar las horas de luz. Pese a su peculiar relación desde que se habían conocido, se despidió de Awen y esta le deseo suerte.

Se acercó donde había visto a la familia de ouroborus y les pidió una de esas escamas mágicas que curaban heridas o cicatrices. Lo hizo con cierto recelo y mirando hacia el árbol para asegurarse de que, esta vez, no estuvieran tomándole el pelo.

—¿Nos darías tú una de tus uñas a cambio? —interrogó el ouroborus.

—¿De mis uñas? Mis uñas no son mágicas y me dolería mucho arrancarme una.

—Ahí tienes la respuesta —repuso el ouroborus, al que ahora Triz podía ver con claridad. Awen tenía razón, era como un dragón en miniatura.

—¿Vuestras escamas tampoco son mágicas? ¿La dríada ha vuelto a tomarme el pelo?

—No he dicho eso. Sí que son mágicas, pero nos duele mucho arrancarnos una.

—¡Ah, vale! Entonces, disculpad. No es mi intención que tengáis que haceros daño por darme una. Simplemente me vendría muy bien poder curarme heridas o cicatrices mientras intento recuperar los sigilos mágicos y salvar Grawell.

—¿¡Que los sigilos mágicos han desaparecido!? —Una llama brotó del suelo.

—Eso me temo. Helen, mi tía, y el consejo de brujas enviaron a alguien a buscarme. Al parecer, soy la bruja más indicada para poder recuperarlos.

—¿Eres la sobrina de Helen? ¡Haber empezado por ahí! —repuso el mayor de los ouroborus—. Siempre nos ha defendido frente al consejo. Será un placer que su sobrina lleve una de mis escamas —añadió. No sin un par de quejidos se arrancó una de ellas con sus dientes.

Triz cogió la escama en sus manos. Era muy curiosa. Según el ángulo en el que le daba la luz, brillaba de un color distinto. Incluso parecía cambiar de estado. Aunque al tacto parecía dura como una piedra, si la luz incidía sobre ella de manera directa, parecía que se licuaba en la palma de la mano. Dio las gracias al minidragón y, con la escama ya guardada en uno de sus bolsillos, fue caminando con cuidado hacia el poblado. No estaba segura de qué más criaturas mágicas se podría encontrar en aquella zona de Grawell y temía pisar a alguna escondida en la hierba. En su primera visita con su tía, el único encuentro que tuvo fue con Petronilla y no resultó muy agradable.

Antes de llegar a la aldea, tuvo que cruzar un pequeño puente de piedras para rebasar un pequeño riachuelo. Le llamó la atención porque en el lugar donde ella vivía no había ríos ni incluso antes de que la tormenta solar terminara por secar la mayoría de los cauces. Eso le dejó claro que Grawell y su mundo se parecían, pero que para nada eran iguales.

Cuando la luz de Rigel ya iluminaba con fuerza, llegó a las primeras casas de Dumbsilly. Eran pequeñas, de piedra y de color blanco, no muy alejadas unas de otras, pero sin un orden concreto. No formaban calles, eran como setas que hubieran brotado del suelo de manera aleatoria.

Frente a una de esas casas estaba una mujer. Por la primera impresión, parecía rondar su misma edad y se la veía risueña. Triz no dudó en acercarse.

—¡Hola, buenos días! —saludó en voz alta para anunciar su llegada.

—¡Buenos días! —respondió la mujer—. ¿Eres calma?

—No. Mi nombre es Triz —dijo extrañada.

—Vaya, qué pena —añadió la mujer—. Mi nombre es Alys.

—Encantada de conocerte, Alys. ¿Conoces a mi tía Helen?

—¿Cómo voy a saber quién es tu tía si hasta hace un segundo no sabía ni quién eras tú?

—La dríada del mimbre que está allí arriba me ha dicho que todo el mundo conoce a mi tía Helen —repuso Triz, a la vez que señalaba al árbol solitario que se veía a lo lejos en la cima de la ladera.

—Las dríadas no son de fiar. A mí no me suena de nada...

—Bueno, no importa. ¿Conoces alguna forma para que pueda viajar a donde está mi tía?

Necesito encontrarme con ella cuanto antes y me temo que caminando voy a tardar demasiado.

—Tengo una en la parte de atrás de la casa. Si quieres, te la enseño.

Triz aceptó encantada. Se conformaba con que la bruja tuviera una bicicleta, pero, si le prestaba algo con motor, se lo agradecería eternamente.

—Está ahí. Junto a la pared —indicó Alys cuando dieron la vuelta.

Triz solo pudo ver dos escobas apoyadas en el muro trasero de la casa.

—¿En serio las brujas volamos en escoba? ¡Qué típico! —replicó al ver los dos palos de madera terminados en un manojo de ramas de esparto.

—¡No! ¡Las escobas no! —contestó Alys sin poder evitar estallar en carcajadas—. Me refería a las plantas de Belladona[8]. Hasta la bruja más tonta sabe que nunca hemos volado en escoba. Sería muy incómodo —continuó sin poder parar de reír.

—Creo que no me has entendido. Lo que yo necesito es un medio de transporte. No me refería al tipo de «viajes» que se pueden hacer comiendo los frutos de la Belladona.

—¿Y por qué quieres irte de aquí? ¿No te he caído bien? Podríamos ser buenas amigas. El resto de las brujas que viven aquí son demasiado viejas y ninguna se llama Calma.

—No lo dudo, Alys, pero es muy importante para mí reencontrarme con mi tía.

—No sé cómo ayudarte. Desde que llegué a Grawell, nunca he salido de Dumbsilly. Es un lugar tan maravilloso...

—Iré a preguntar al resto de las brujas a ver si pueden ayudarme. ¿Te importa?

—¡Claro que no! Pero, si no encuentras la manera de marcharte, podrías venir luego a comer conmigo. Hago unas tartas con frutos de Belladona que hacen perder el sentido.

—Lo haré —respondió Triz—. Solo una pregunta más: ¿por qué esa obsesión con encontrar a alguien que se llame Calma? No es un nombre muy común.

—Te lo cuento porque me has caído muy bien, pero no se lo digas a nadie, porque es un secreto.

—Prometido.

—Estoy preparando una poción muy especial, pero no puedo terminarla porque dice que hay que mezclar los ingredientes con calma. Y yo no conozco a ninguna bruja que se llame así.

Triz empezaba a entender las palabras de la dríada y cada vez estaba más convencida de que allí no iba a poder ayudarla nadie, pero, antes de desesperar, decidió preguntar a una señora mayor que se dirigía hacia el río.

—¡Disculpe! ¿Puede ayudarme? —gritó para llamar su atención mientras se acercaba a ella. La mujer se giró para mirarla.

—Si crees que te voy a dar parte de mis galletas, ya estás volviendo por donde has venido —replicó la señora con gesto amenazante.

—Tranquila. No quiero sus galletas —expuso Triz, que ni se había percatado de que la señora llevaba un cesto en la mano—. Solo quiero reencontrarme con mi tía y necesito un medio de transporte.

—¿Quién es tu tía?

—Helen. Mi tía se llama Helen.

—¿Helen Cole?

—¡Sí! La misma. ¿La conoce?

—Todo el mundo conoce a Helen —contestó la señora.

—Todo el mundo menos Alys —murmuró Triz—. ¿Podría ayudarme a reencontrarme con ella?

—Helen vive bastante lejos de aquí. No puedo ayudarte a llegar hasta allí, pero sí a comunicarte con ella.

«Al final, Alys va a tener razón y la tonta soy yo. ¿Cómo no se me ha ocurrido intentar ponerme en contacto con ella a través de Aisling mientras esperaba a que se hiciera de día?», pensó.

—Me gustaría hacerlo antes de que se hiciera otra vez de noche. No quiero perder tiempo para ponerme en contacto en Aisling —comentó.

—¿Estás segura de ser la sobrina de Helen Cole? —preguntó la señora poniéndose otra vez a la defensiva—. Te juro que, como vengas a robarme mis galletas, voy a enseñarte quién es Jane Warde.

—Sí, se lo juro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque me sorprende que la sobrina de Helen sea una bruja tan tonta.

—¿Tonta por qué? —replicó Triz harta de que todo el mundo pusiera en duda su inteligencia. Hasta Alys se lo había llamado.

—Las brujas de Grawell no podemos viajar a Aisling. Si pudiéramos, todas lo usaríamos para salir de aquí y visitar a nuestras familias, aunque fuera en sueños.

«Joder, es verdad», reflexionó Triz. «Normal que piensen que soy tonta».

—¿Cómo pensaba ayudarme para que me pusiera en contacto con ella?

—Con un diente de león —manifestó la señora como si aquella respuesta fuera la más obvia del mundo—. ¿Tampoco sabes usar un diente de león? —preguntó al ver la cara de sorpresa que había puesto Triz.

—Hace años que esa planta ya no crece en mi mundo. Desde la tormenta solar —se excusó ella.

—Tienes que coger un diente de león, invocar a la persona con la que quieres ponerte en contacto, darle tu mensaje y soplar —explicó Jane a la vez que se agachaba a la orilla del río para arrancar una de las plantas.

Triz agarró la flor, respiró hondo y dijo:

—Helen Cole. Tía Helen, soy Triz. Estoy en Dumbsilly. Por favor, ven a buscarme. —Y sopló.

Los pétalos en un principio estuvieron a punto de caer en el cauce del río, pero, para su sorpresa, justo antes de rozar las aguas, elevaron el vuelo y se alejaron hasta perderse por el horizonte.

—¡Uf! —exclamó Triz—. Por un momento pensé que se iban a caer al agua.

—Las aguas de río Yhemura también son mágicas. Yo las uso para mis galletas.

15

Grawell es más raro de lo que parecía

Su segunda llegada a Grawell estaba resultando más complicada que la primera. Con las prisas no se había parado a pensar en cómo sería el regreso a aquel mundo sin la protección de su tía, aunque la primera vez que viajó a Grawell ni siquiera esperaba encontrarla. Era curioso. En aquella ocasión estaba preparada para enfrentarse a lo desconocido sin saber qué era lo que se iba a encontrar y, sin embargo, halló el apoyo de una de las personas a las que más quería. El segundo viaje lo había realizado con la seguridad de encontrarla pronto y, sin embargo, sentía que se estaba enfrentando a un lugar desconocido. Las sorpresas de aquel mundo mágico en compañía de su tía se hacían más comprensibles.

Sin saber si el mensaje que había mandado llegaría a su destino o si solo era una broma como las que le había gastado Awen con los ouroborus, llevaba horas sentada hablando con Jane y Alys sin encontrar la manera de excusarse y escapar de allí. Las dos estaban completamente majaras.

—¡Rabos de hurón! —bramó Jane—. Sin duda los rabos de hurón son lo mejor para la memoria.

—Pero ¿qué dices, vieja loca? —inquirió Alys—. No me extraña que nunca te acuerdes de nada. Habrás acabado con todos los pobres animales para nada. Lo que es bueno para la memoria son los tallos de champiñón silvestre.

—De pasas —murmuró Triz desesperada—. Los rabos de pasas es lo que es bueno para la memoria.

Las dos brujas se rieron al unísono como si lo que hubiera dicho Triz fuera una soberana tontería.

—De pasas dice... qué graciosa es. ¿Te puedes creer que quería viajar encima de una escoba? —comentó Alys y dio un par de codazos a Jane mientras que la bruja más anciana no podía salir de su

asombro.

—Estas brujas novatas no se enteran de nada —añadió Jane a la vez que se tapaba la boca con la mano para que no la vieran que le faltaban piezas dentales al reírse.

—¿Cuánto tiempo dices que tardarían los dientes de león en mandar el mensaje? —preguntó Triz. Estaba deseando poder marcharse y, si lo de los dientes de león no funcionaba, tendría que ponerse en marcha cuanto antes. No quería que la noche volviera a alcanzarla en Dumbsilly. Prefería pasarla junto a Awen en el tronco del mimbre que en la casa de cualquiera de aquellas dos brujas.

—No te preocupes. El mensaje ya habrá llegado. Si de verdad eres la sobrina de Helen Cole, no tardará en hacernos llegar la respuesta —respondió Jane. Al hacerlo, levantó la cabeza y entrecerró los ojos para mirar al horizonte. Se la veía tan convencida de su respuesta que Triz también miró hacia allí esperando ver llegar la respuesta de su tía, pero no se veía nada más que el mimbre a lo lejos y un camino que seguía el curso del río.

—Jane, ahora que somos amigas —dijo Triz con poco convencimiento de que lo que iba a preguntar no fuera a depararle otra sorpresa—, ¿qué tienen tus galletas que tanto miedo tienes a que te las roben?

—No debería contártelo —respondió la bruja tras observar que no había nadie más en los alrededores—. Todas quieren la receta, pero no pienso dársela a nadie. Como no se la doy, intentan robarme galletas a todas horas.

—Prometo guardar el secreto —repuso Triz segura de que lo que con tanto recelo guardaba Jane acabaría siendo otra de sus tonterías.

—Te lo diré por ser la sobrina de Helen, pero solo por eso y porque ella suele comprármelas sin intentar cotillear mi secreto. Mis galletas te hacen alcanzar un estado de conciencia emocional inquebrantable. Solo con comerte una aparcas las emociones negativas y todo tu cuerpo se llena de emociones agradables —explicó Jane.

—¿Y por eso quieren robártelas?

—Imagina que solo comiendo una galleta pudieras librarte de la tristeza, la ansiedad, el miedo o la vergüenza y que te sintieras siempre alegre, feliz o de buen humor. ¿No querrías comerlas? —preguntó Jane.

—La verdad es que suena tentador —concedió Triz ante la idea de poder librarse de todas sus

preocupaciones con una galleta.

—No le hagas caso —intervino Alys—. Si intentamos robarle sus galletas es porque, si te comes una entera, tienes unos orgasmos que te dejan con las piernas temblando —comentó sin poder evitar ponerse roja de la vergüenza.

—¿En serio? —reaccionó Triz sin saber qué creerse y qué no de aquellas dos.

—Ese es un efecto secundario —respondió Jane—. La emoción de la alegría incluye el entusiasmo, la diversión, el placer y la excitación y, si comes de más, pues...

—Madre mía... —murmuró Triz—. Se os va la cabeza a las dos.

—Es por culpa de los ingredientes que usa para hacer las galletas. Siempre dice que lo de los orgasmos es un efecto secundario, pero creo que le pone canela y chocolate de más para que produzcan ese efecto. Aquí los hombres escasean y las galletas de Jane son el mejor de los sustitutos.

—Si pongo de más, es para que nunca averigüéis por el sabor cuáles son el resto de ingredientes. Al poner exceso de canela y chocolate, esos sabores hacen desaparecer el resto.

—Lo que tú digas, Jane... pero todas te hemos oído comer alguna de tus galletas —replicó Alys a la vez que volvía a sonrojarse y a desternillarse de la risa.

—¿Las galletas tienen chocolate? —preguntó Triz. Hacía años que no había podido comerlo y solo oír la palabra había recordado lo mucho que le gustaba—. ¿Tenéis chocolate en Grawell?

—¡Claro que tenemos chocolate! —exclamaron al unísono Jane y Alys.

—¿Podría comer un poco? Hace años que en mi mundo el cacao, prácticamente, ha desaparecido y ya casi ni recuerdo su sabor. Solo recuerdo que antes me encantaba.

—¿No tenéis cacao en tu mundo? —interrogó Alys.

—Muy poco y muy caro. Desde la tormenta solar son muy pocos los lugares ambientados para cultivar plantas. No tenemos cacao, maíz, cebada... La mayoría de las plantas que consumimos son transgénicas y cultivadas en laboratorios, por ejemplo, el café que se consume ahora en mi mundo es completamente transgénico. Todos los alimentos procedentes de plantas son tan caros que los menos afortunados solo podemos permitírnoslos muy de vez en cuando.

—Qué pena. El mundo que yo recuerdo estaba lleno de plantas y de chocolate. Había chocolate en galletas, palmeras, barquillos, tabletas, hasta en los polvos para el desayuno —recordó Alys con un halo de tristeza en su mirada.

—Te voy a dejar dar un mordisco a una de mis galletas porque me has caído bien, pero solo uno pequeño. ¿De acuerdo?

—Sí, tranquila. Solo quiero volver a sentir el sabor del chocolate. No quiero tener uno de esos orgasmos tan famosos —aseguró, con una sonrisa, Triz. No se llegaba a creer las propiedades de las galletas de Jane, pero se limitó a seguirles el juego.

Sin dejar de mirar a todos lados, Jane abrió la bolsa que llevaba dentro de la cesta y rebuscó en el fondo. Sacó una galleta no muy diferente a las que Triz había comido en su infancia, de esas cubiertas con pepitas de chocolate negro.

—Recuerda. Un mordisco minúsculo —insistió Jane y ofreció la galleta a Triz de la misma manera que su madre le ofrecía los bocadillos cuando era pequeña. Poniendo un dedo para asegurarse que no iba a morder más allá. Ese recuerdo de su infancia le hizo sentir nostalgia.

Dio el pequeño mordisco a la galleta y saboreó la pepita de chocolate que contenía. El sabor dulce del cacao en su boca le recordó tiempos mejores y le hizo sentirse mejor, más contenta, más animada. Entusiasmada con la idea de poder salvar el mundo.

—¿Qué te parece? —preguntó Alys.

—Está rica. Y el chocolate sigue sabiendo tan bien como recordaba.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó Jane.

—Mejor. Más contenta, más alegre. Es curioso, por primera vez desde que regresé a Grawell pienso que todo va a salir bien —respondió Triz, que empezaba a sentirse extrañamente positiva.

—Y eso que solo has dado un pequeño mordisco... —murmuró Jane—. Esta vez creo que me han salido unas galletas estupendas.

—¡Ey! Si te han salido mejores que las últimas, yo quiero un par de docenas —exclamó Alys.

—¡De eso nada, loca! Que tú las quieres por vicio —reprendió Jane.

—¿Y qué pasa? Grawell parece que se está yendo a la mierda, ¿qué tiene de malo que una joven bruja como yo quiera pasar los últimos días eufórica y excitada?

A Triz le hizo gracia la respuesta de Alys. Comprendía los sentimientos de la joven bruja y, por primera vez, la entendía y se sentía agradecida por esforzarse en ayudarla, aunque no estuviera a su alcance hacerlo.

—¿Me das otro trozo de galleta? —preguntó curiosa. Le apetecía saber hasta dónde llegaban las virtudes culinarias de Jane. Se sentía alegre y dispuesta a nuevas emociones.

—¿Estás segura? Mira que estas me han quedado «fuertes».

—Sí. Estoy segura. Solo un trocito más —pidió Triz. Se sentía confiada, segura de sí misma y consideraba que un poco más de galleta no iba a hacerle ningún daño.

—Muy bien, pero luego no me digas que no te he avisado —comentó Jane con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro. Volvió a ofrecer la galleta a Triz, pero esta vez marcó la distancia del mordisco permitido un poco más lejos.

Triz no dudó en aprovechar esa oportunidad y dio el mordisco tan grande como pudo para coger dos pepitas de chocolate.

—¿Y bien? —preguntó Alys, que se había puesto en pie y se la veía nerviosa, impaciente por saber la reacción de Triz a la galleta.

—¡Está buenísima! —exclamó esta a la vez que se relamía los restos de chocolate de sus labios —. ¡Bua! Me encanta. Estaría comiendo galletas todo el día.

—Por eso no quiero compartir mi receta con nadie. Son tan adictivas que la gente se volvería loca por comerlas a todas horas. Es mejor que solo yo guarde el secreto.

—Por eso y para sacarnos el dinero a las demás —repuso Alys—. ¿No sientes nada más? —inquirió al tiempo que daba palmadas cortas con las manos en señal de nerviosismo.

—Me siento feliz, de muy buen humor. Sois tan divertidas que no puedo parar de reír. ¡Dadme un abrazo! Vamos a ser buenas amigas —manifestó Triz y se puso en pie y abrazó a Alys con fuerza.

—Felicidad, buen humor, afecto... —enumeró Jane—. Todas emociones agradables.

—Espérate a que le llegue la alegría —comentó Alys con una risa nerviosa—. ¿Algo más Triz? ¿Sientes algo más?

—¡Me siento entusiasmada, eufórica! No hay nada que pueda evitar que salve a Grawell de cualquier peligro y después salvaré el resto de los mundos y... ¡Ay, mi madre!

—Ya está aquí... —anunció Jane divertida—. Ya está aquí la alegría.

—¡Joder, qué calor! —exclamó Triz. Volvió a sentarse y cruzó las piernas—. ¿A esto te referías antes, Alys?

—Me temo que sí... ¿A qué es agradable?

—¡Buff! Sí. ¡Ay, Dios! —comentó Triz mientras intentaba sofocar el calor de sus mejillas dándose aire con la mano—. ¿Y esto cómo se para?

—Me temo que no se para —respondió Jane—. Son los efectos secundarios de las emociones agradables.

—¡Mira que estaba avisada! —gritó Triz sin poder dejar de reírse. Se sentía feliz, alegre y sentía como el placer y la excitación se estaban apoderando de cada rincón de su piel. Hasta le temblaban las piernas—. ¡No me extraña que todas las brujas quieran robarte tus galletas, Jane! —exclamó a la vez que se mordía el labio inferior y se movía inquieta clavando las uñas en la mesa.

En ese momento, el sonido de una motocicleta llamó la atención de las tres. Alguien se acercaba por el camino del río. Triz no tardó en reconocerla.

—¡Tía Helen! ¡Has venido! —exclamó eufórica, feliz de volver a ver a su tía. Intentó ponerse en pie para ir a recibirla, pero el hormigueo que sentía por todo el cuerpo le hizo temblar tanto que casi parecía tener convulsiones.

—¡Triz! Qué alegría volver a verte —saludó Helen. Saltó de la motocicleta y corrió a abrazar a su sobrina—. ¿Estás bien? —preguntó, al verla temblorosa y sofocada, y extrañada de que su sobrina no se levantara a abrazarla.

—Muy bien, tía. Te lo aseguro —respondió ella con las mejillas en color carmesí.

—No me lo digas... ¡Has probado las galletas de Jane! —adivinó Helen a carcajadas.

—Solo un trocito... —replicó Triz muerta de vergüenza. Intentaba disimular, pero a cada instante sentía contracciones que le hacían tartamudear.

—Que no te dé vergüenza, mujer. Suelo comprarle galletas cada vez que baja al mercado. Ya te dije que los hombres de estos lares no son muy de mi gusto —comentó Helen, sin dejar de abrazar a su sobrina que seguía temblando—. Tenemos que marcharnos. Nos están esperando.

—¿Se sabe algo de los sigilos? —preguntó Triz a la vez que intentaba serenarse aunque, de vez en cuando, seguía sintiendo «mariposas» en el bajo vientre.

—Aún nada, pero estoy segura de que las demás brujas del consejo se alegrarán de verte, incluida Petronilla. Todas estamos deseando recibirte en el consejo e iniciar la búsqueda de los sigilos. Cada vez queda menos tiempo para que Grawell entre en la órbita de la nebulosa.

Triz y Helen se montaron en la motocicleta no sin que antes Helen, para sonrojo de su sobrina, le comprara media docena de galletas a Jane. Aquella anciana bruja tendría la cuenta llena de vatios si volviera a la Tierra con aquella receta.

—No debería haber comido el segundo trozo —dijo Triz, al comprobar que el traqueteo de la motocicleta por el camino no le ayudaba a relajarse.

16

Algo no va bien

Tras dos años en una oficina con aire acondicionado y con un trabajo que se hacía solo pulsando unas teclas en el ordenador, Gare estaba pasando la peor semana de su vida en el nuevo empleo.

Lilian, como le había prometido, había hablado con sus jefes y le había conseguido un trabajo en su empresa. Se había visto en la obligación de aceptarlo después de saldar la deuda con sanidad y ver como su TVE se quedaba temblando ante los próximos pagos que tendría que realizar a Paul. La premura del siguiente pago le había llevado a tener que postergar su idea inicial de ir a buscar a Triz en cuanto saliera del hospital y centrarse en el nuevo trabajo para intentar ahorrar unos vatios que le permitieran salir del apuro. Que ella no hubiera vuelto a ponerse en contacto le había ayudado a tomar la decisión. Si para ella no era una prioridad, ¿por qué iba a tener que serlo ella?

Trabajando con más de cuarenta grados de temperatura, rodeado de máquinas que desprendían calor como si dentro estuviera ardiendo el mismísimo infierno y en una pequeña sala cerrada donde tenía que compartir espacio con otros seis trabajadores, dudaba si prefería que lo encerraran en una cárcel para siempre por no pagar sus deudas.

El sueldo que iba a cobrar era tan escaso que iba a tener que estar seis meses trabajando sin comer para reponer los vatios que había gastado de más en su tarjeta, aunque que las jornadas fueran de doce horas le ayudaba a ahorrar. Salía tan agotado del trabajo que había estado tentando, dos veces en lo que iba de semana, a forzar la puerta de un piso unas plantas más abajo de la suya solo por evitarse subir las escaleras. Si no lo había hecho, era porque temía que en aquellas casas no tuvieran instalado el sistema eléctrico y porque se sentía morir solo de pensar en trasladar sus pertenencias.

Llevaba toda la semana que, nada más cruzar la puerta de su vivienda, caía rendido y no despertaba hasta la mañana siguiente. Llegaba tan cansado que hasta se alegraba de que Triz no interrumpiera su sueño hablándole desde Aisling. Solo quería dormir. A ser posible, para siempre.

En el último de los cortos descansos que podían tomarse durante la jornada, Lilian se acercó a hablar con él.

—Hola, guapo. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo al terminar la jornada? —preguntó con la más amplia de sus sonrisas.

—¿Salir? —resopló Gare—. Creo que me apetece más que me claves una de esas barras de energía en el pecho y termines con esta tortura.

—¡Te acostumbrarás! —exclamó ella entre carcajadas—. La primera semana es la más dura, luego lo irás llevando mejor. Es un trabajo exigente, pero los hay peores, créeme.

—¿Peores? No me digas que tienen a algunos trabajadores a los que obligan a trabajar a latigazos.

—Mira que eres gracioso —respondió Lilian a la vez que chocaba su hombro contra él—. ¡Cómo van a tener trabajadores a latigazos!

—Joder, es que no se me ocurre peor trabajo que este, salvo que encima me estuvieran pegando.

—Lo que hacen es darles pequeñas descargas eléctricas con la energía que no pueden acumular en los depósitos —dijo Lilian al tiempo que se ponía seria.

—¡No jodas! —exclamó Gare asustado ante semejante posibilidad.

—Pero mira que eres tonto —declaró ella mientras se desternillaba de risa—. ¡Que estoy bromeando!

—Joder. No me asustes. Sabes que soy nuevo en este mundo post-tormenta y no sé qué esperarme. Te juro que lo estoy pasando fatal.

—Piensa en positivo. Con todo lo que estás sudando aquí en una semana, se te está quedando un cuerpazo —comentó Lilian a la vez que le daba suaves golpes en la tripa.

—¿Tú crees?

—Si aguantas más de un mes aquí, no va a haber mujer que se te vaya a resistir —continuó sin dejar de sonreírle coquetamente—. ¿Qué?, entonces… ¿te animas a tomar algo luego?

—La verdad es que soy abstemio. No bebo alcohol.

—¡Ah! No te preocupes. Yo tampoco, pero tienes que probar el agua de chocolate.

—¿El qué? —replicó extrañado Gare.

—¡Uy, madre! ¿Hace cuánto tiempo que no sales?

—Ni me acuerdo. Ya te dije que pasé dos años encerrado en Unreal Live.

—¡Pero si esa agua se inventó hará como cinco años! Al final de la Tercera Guerra, cuando algunos alimentos se hicieron difíciles de conseguir. ¿Tampoco conoces el agua con sabor a palomitas? —Gare negó con la cabeza mientras la miraba como si se hubiera vuelto loca—. Lo dicho, esta noche te vienes conmigo.

Aceptó. Era la primera vez que le invitaban a salir desde hacía años y, tras su regreso de Unreal Live, las únicas noches que había pasado fuera de casa habían sido esquivando a la NPVN, en el bosque de Otsa y en el hospital. Además, Lilian le caía bien y todavía se acordaba del beso que le dio en la noche de fin de año. Había pasado más de una semana desde entonces y no habían vuelto a hablar de ello. Quizás esa noche podrían hacerlo. Puede que fuera el momento de dejar atrás bonitos recuerdos y dar paso a nuevas oportunidades.

Aprovechó que en la empresa podían usar las duchas sin tener que consumir vatios de su TVE para asearse y torció el gesto al comprobar que la ropa que había llevado ese día al trabajo no era, precisamente, la más elegante para salir por la noche. Esperaba que a Lilian no le importara.

Le estaba esperando en la calle. Pese a que también salía de trabajar, se la veía muy bien, lo que le hizo avergonzarse.

—¿Tú siempre estás guapa? —preguntó al llegar a su lado.

—Pero qué dices, si llevo unas pintas...

—Para pintas, las mías. Si llego a saber que vas a invitarme a salir, me hubiera traído otra ropa. En cambio, tú parece que has elegido la ropa a propósito, como si supieras que ibas a salir esta noche.

—¿Acaso lo dudas? —inquirió ella a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Ibas a salir, aunque yo te hubiera dicho que no?

—Pero mira que eres gracioso. Nunca te atrevas a poner en duda mi capacidad de persuasión. No había ninguna posibilidad de que me dijeras que no.

—Serás creída —repuso Gare, aunque al mirarla se dio cuenta de que tenía razón—. Y bien, ¿dónde vamos? —preguntó.

En los días anteriores, en el camino de regreso a casa a esas horas cercanas al toque de queda, no recordaba haber visto ningún bar o local abierto. No es que hubiera prestado demasiada atención, pero todos los días llegaba a casa con la sensación de ser el último en abandonar las calles.

—Eso es algo que no te he comentado. El sitio al que vamos no es muy legal que digamos.

—¿Un bar clandestino como los de las películas de gánsters de finales del siglo XX?

—Me encantas... —murmuró Lilian—. Eres de las pocas personas en el mundo que aún recuerda esas películas.

—Bueno, ya sabes que me gusta mucho el cine antiguo.

—Y por eso le voy a hacer una oferta que no podrá rechazar —dijo Lilian con voz carrasposa.

—¿Acabas de imitar a Marlon Brando haciendo de Vito Corleone en *El padrino*? —reaccionó Gare con la boca abierta—. Soy todo tuyo.

—¿Aunque haya que saltarse el toque de queda? —preguntó Lilian a la vez que le agarraba por la cintura.

—Francamente, querida, me importa un bledo —respondió Gare recitando las palabras de Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó*.

Cuando las últimas luces del día dejaron en penumbra las calles, Lilian y Gare llamaban a la puerta de la planta baja de un viejo edificio medio derruido durante la Tercera Guerra. Cualquiera que pasara por allí diría que el edificio estaba abandonado, sin embargo, al otro lado, se escucharon unos pasos.

—¿Contraseña? —preguntó una voz gélida y ronca. Gare miró a Lilian expectante.

—Que le jodan a la NPVN. —respondió ella a la vez que le guiñaba un ojo. La puerta se abrió.

—Joder, me siento como un bandido entrando en su guarida —confesó Gare al franquear la

puerta.

—Sabía que te iba a gustar. Y puedes estar tranquilo, aquí nadie lleva armas de fuego ni hay peleas en las que la gente termine arrojándose sillas.

Tras cruzar la puerta, atravesaron un viejo salón destartalado, vestigio de la anterior función del edificio. Después, bajaron unas escaleras de madera. Se escuchaba música.

—¿Años diez? —preguntó Gare al creer distinguir el grupo que sonaba—. ¿De dónde te has sacado este lugar?

—No eres el único nostálgico de la vida de antes de que todo se fuera a la mierda.

Un par de decenas de personas estaban sentadas alrededor de unas mesas. Charlaban y bebían sin importarles que afuera ya no se pudiera caminar sin riesgo de ser detenido.

—Un agua de chocolate y una de palomitas —pidió Lilian tras tomar asiento junto a la barra—. Vas a alucinar cuando la bebas —comentó con la mano sobre la rodilla de Gare.

—En estos momentos no creo que pueda alucinar más —replicó sin dejar de observar el lugar.

El camarero se acercó con los dos vasos. Lilian dio un sorbo a su bebida y dejó escapar un gemido de satisfacción.

—El mejor sabor del mundo. ¡Y encima no engorda!

—¿Y no sería mejor comer chocolate de verdad? —preguntó Gare.

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? Con las de plantaciones de cacao que hay en el mundo... —ironizó ella.

—¡Joder! Es verdad. Te lo juro, no consigo acostumbrarme a este lugar. Ya se lo dije a Triz, esto ha cambiado demasiado para mí. ¡Yo tenía chocolate en Unreal Live!

—¿Y por qué regresaste?

—Porque Triz me lo pidió... —respondió Gare. No era la primera vez que le hablaba de ella a Lilian. Ya lo había hecho un par de veces en los días que habían pasado juntos en el hospital.

—Es especial para ti, ¿verdad?

—Bueno, ya no sé qué pensar... Hace días que no hablamos. Creo que ya no me necesita.

—¿Y tú a ella?

—Eso qué más da... La necesite o no voy a tener que acostumbrarme... como a no poder comer chocolate.

—Siempre podrás hacerte adicto al agua de chocolate. No es lo mismo, pero sabe igual y tiene otras ventajas. Resulta refrescante.

—Quién sabe. Igual hasta termina gustándome más —repuso Gare a quien las palabras de Lilian le habían sonado a insinuación—. ¡Ay, mi madre! ¡Pero si esta agua de palomitas es como llenarse la boca de maíz en medio de un cine! —exclamó tras dar un primer trago a su vaso.

—¡A que sí! No sé cómo lo consiguen, pero saben exactamente igual. Y dado que tampoco quedan muchas plantaciones de maíz...

No salieron del bar hasta que Gare probó casi todas las aguas con sabores y les dolía la mandíbula de tanto reírse. Habían rememorado series, películas, música y a Gare no dejaba de impresionarle lo mucho que Lilian y él tenían en común. Era como si fuera una extensión de sus aficiones. Sabía de cine, de música, de videojuegos. Era como él, pero mucho más atractiva y divertida.

—Todo libre, señorita —informó el de seguridad de la puerta—. El último coche de la NPVN. ha pasado hace cinco minutos. Creo que tienen unos diez antes de que vuelva a pasar otro.

—Muchas gracias, Kobe —agradeció Lilian y dio un beso en la mejilla al portero—. Vigila que no nos cierren esta maravilla de lugar.

Todo estaba en silencio en la calle. Tanto que Lilian se tuvo que quitar los zapatos para que no resonaran sus pasos por la acera.

—Una cosa es querer sentirse como un gánster saltándose la ley y otra muy distinta terminar como uno de ellos —comentó mientras observaba la calle para asegurarse de que no venía nadie.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Gare—. No es que haya tenido muchos encuentros con la NPVN., pero el único que tuve me dejó claro que son insistentes en sus obligaciones —mencionó al recordar la noche que pasó dándoles esquinazo tras incendiar dos hogueras.

—Vives más cerca de aquí... —insinuó Lilian. Gare pilló la indirecta.

—Espero que no te importe tener que subir ocho pisos andando. Los ascensores no funcionan en mi edificio.

—Creo que me merecerá la pena el esfuerzo y ya se me ocurrirá cómo hacer más amena la subida... —respondió ella y se mordisqueó el labio inferior—. Será una manera diferente de empezar a sudar —añadió. Su sonrisa fue tan traviesa y sugerente que a Gare le entraron prisas por llegar a casa.

Tomando precauciones para no ser descubiertos por la policía llegaron al portal del edificio. Una vez cruzada la puerta, ambos se sintieron a salvo, pero la adrenalina todavía les corría por las venas.

—¡Estás loca! —susurró Gare.

—Lo sé y te encanta —respondió Lilian. Le empujó contra la pared del portal y le agarró de la cara. Estaba a punto de besarlo cuando una voz procedente de la oscuridad del portal los interrumpió.

—¡Gare! ¡Por fin! ¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas? ¡El toque de queda lleva horas activado!

Ambos se sobresaltaron. Alguien se movía entre las sombras. Lo curioso es que a Gare aquella voz le resultaba familiar, aunque no conseguía ponerle rostro. Solo cuando estuvo más cerca pudo saber quién era.

—¿Nara? ¿Qué haces en mi portal?

—Es Triz. Algo va mal con Triz y necesito tu ayuda.

17

Quien me mandará a mí

Triz, tan oportuna como siempre. Días, semanas, sin dar señales y tenía que aparecer en el peor momento. Encima Lilian se mostraba tan comprensiva que le hacía sentirse más culpable.

—¿En serio que no te importa? —preguntó cuando ella se ofreció a dejarle a solas con Nara.

—Triz es la mujer que te llevó al hospital para que te recuperaras. Sin ella, no estarías ahora tan bien y trabajando conmigo. Es una persona especial para ti, así que, si tienes que ayudarla, es mejor que lo hagas cuanto antes. Me iré a mi casa y nos vemos el lunes en el trabajo.

—Ten cuidado en la calle, ¿vale? —pidió Gare.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a seguir respirando, porque mañana volverá a amanecer, y quién sabe qué traerá la marea.

—Tom Hanks en *Náufrago* —murmuró Gare.

—Te las sabes todas... —dijo Lilian antes de darle un suave beso en los labios y despedirse con una sonrisa. Abrió el portal. Miró a ambos lados de la calle y salió casi a la carrera con los zapatos otra vez en las manos. Gare se quedó mirando por el cristal.

—Pensé que te gustaba Triz... —habló Nara a su espalda.

—¿Y qué quieres que haga? Llevo semanas sin tener noticias de ella. Está casada y me lo ha dejado claro varias veces. ¿Qué hago? ¿Espero en casa hasta que se decida a aparecer? Lilian me ha encontrado trabajo, se preocupa por mí, es simpática, tiene los mismos gustos que yo por el cine antiguo y no le importa saltarse las normas. Triz solo sabe ser inoportuna. ¿Qué le ocurre ahora? —protestó Gare.

—Ha vuelto a Grawell —soltó Nara. Un disparo que golpeó en el pecho de Gare como una bala de cañón.

—¿¡Qué!? ¡Está loca! No. Eso no puede ser, para ir a Grawell tiene que...

—Quemarse en una hoguera —continuó Nara completando la frase.

—¿La has quemado tú? —exclamó Gare. Nara asintió—. ¡Me cago en la puta! ¿Y a qué cojones ha ido esta vez? ¿Dónde está su cuerpo? ¿Lo estás protegiendo bien?

—Sí, no te preocupes. Su cuerpo está a salvo en el patio trasero de mi casa. Me dijo que tenía que ir porque Grawell estaba en peligro.

—Y, si está a salvo, ¿por qué has venido a buscarme? ¿Qué no me estás contando, Nara?

—Triz me dijo que no me preocupara, que todo iba a salir bien. Que no tardaría en volver, pero algo no va bien. Su cuerpo ha empezado a convulsionar. Algo ha pasado en Grawell. Algo malo, me temo —comentó Nara sin dejar de dar paseos inquietos por el portal.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Triz me dijo que fuiste tú quien la ayudó a cruzar la primera vez. Que podía confiar en ti.

—Y, si tanto confía en mí, ¿por qué lleva tanto tiempo sin hablar conmigo? ¿Por qué esta vez no me ha pedido ayuda?

—Me dijo que no quería volver a ponerte en peligro.

—Ya estamos con esa mierda otra vez. ¿Y ahora qué hacemos? Si no recuerdo mal, a Grawell solo pueden ir las brujas perseguidas.

—Yo también soy bruja —respondió Nara.

—No... si algo ya me olía cuando éramos jóvenes —replicó Gare.

—¡Oye! Que solo he comenzado a ser bruja cuando Triz me enseñó algunos trucos y hechizos de la cultura Wicca.

—¿Y te ha enseñado alguna manera de que podamos traerla de vuelta de Grawell?

—No, pero, como también soy bruja, podré ir a Grawell y buscarla.

—Espera, no habrás venido hasta aquí para que ahora te queme a ti, ¿verdad?

—Si no te importó quemar a Triz, que era tu amiga, imagino que te importará menos quemarme a mí, que solo somos conocidos —repuso Nara—. Y no se me ocurre a quién más confiárselo. Mi marido es un encanto y quiere mucho a Triz, pero, si le digo lo de la hoguera, me encierra.

—¡Joder! ¡Que estás hablando de quemarte viva! Aunque no seamos amigos, no me hace ninguna gracia.

—Eso ahora no importa. ¿Lo harás?

Gare se quedó un rato pensativo. Estaba preocupado por Triz, no podía evitarlo, pese a que no diera señales, pese a que intentara apartarlo de su vida, se preocupaba por ella y haría cualquier cosa por ayudarla.

—¿Estás segura de que las brujas de aprendizaje también tienen derecho a entrar en Grawell? —preguntó finalmente mientras tomaba asiento en las escaleras.

—Triz nunca me ha dicho que no. Siempre me habla de que Grawell es el mundo para las brujas perseguidas, pero nunca ha hecho distinciones entre brujas de sangre o brujas de aprendizaje. Y no pienso dejar que le ocurra algo allí. Tiene que volver a casa.

—Pero no estás segura...

—No. Segura al cien por cien no, pero sería lo lógico, ¿no? —insistió Nara, que empezaba a impacientarse.

—Lo lógico es que nadie se queme en una hoguera. Eso es lo lógico. Esto es una locura.

—Entonces, ¿no lo vas a hacer?

—No. Lo vas a hacer tú —respondió Gare tras quedarse en silencio unos segundos.

—¿Yo? ¿Cómo voy a quemarme yo a mí misma en una hoguera?

—Has dicho que estás casi segura de que una bruja de aprendizaje puede cruzar a Grawell... Muy bien. Enséñame.

—¿Que te enseñe?

—¡Sí! ¡Enséñame! Tenemos toda la noche antes de que podamos salir de aquí. Enséñame a hacer magia y yo cruzaré a Grawell para buscar a Triz.

—¿Tú?

—Sí, yo. No estás segura de que vaya a funcionar y Triz necesita ayuda. Tú tienes a tu marido y a tus hijos. Yo no tengo mucho que perder. Una casa en un octavo piso…, un trabajo agotador…, deudas.

—Puedes perder a esa chica que se acaba de marchar.

—No se puede perder algo que nunca se ha tenido, quizás, si no hubieras sido tan inoportuna... Venga, subamos a mi casa y muéstrame cómo hacer magia. En cuanto se termine el toque de queda, volveremos a tu casa.

—¿Por qué en mi casa?

—Porque así podrás proteger los dos cuerpos a la vez y porque, si lo que me contó Triz la primera vez que regresó de Grawell es verdad, al hacerlo en tu casa, yo llegaré a Grawell en el mismo sitio que llegó ella y podré empezar a buscar mejor.

Pasaron las horas que quedaban de noche haciendo pequeños hechizos. No fue fácil, ya que en la casa de Gare no había ninguno de los utensilios que solía usar Nara en sus conjuros; no tenía velas de colores, no tenía piedras minerales y habían tenido que usar un cuchillo de untar como athame, pero cuando la luz de la mañana empezó a iluminar de rojo el cielo, Gare ya sabía realizar algo de magia.

Cogieron el primer autobús de la mañana y en cuanto llegaron a casa de Nara se fueron al patio trasero aprovechando que su marido se había llevado a los hijos a dar un paseo.

—No sé qué vamos a quemar esta vez —se lamentó Nara—. Quemé la mitad de los muebles viejos que tenía para enviar a Triz a Grawell.

—Usaremos las alfombras. La mitad de estos tejidos antiguos estaban fabricados con petróleo. Arderán bien y rápido.

—Cuando regreséis me vais a tener que decorar la casa entera —protestó Nara—. Las alfombras

no son nada baratas.

—Tal y como tengo mi cuenta de vatios y mis deudas, casi me vendría mejor no regresar.

Envuelto en un par de alfombras y atado de pies y manos a un par de muebles viejos que quedaban en el trastero, Gare temblaba esperando a que Nara terminara de pronunciar las frases acusándolo de brujería.

—¿Tienes frío? —preguntó Nara al verlo temblar como una hoja.

—¡Qué cojones! ¡Lo que estoy es cagado de miedo!

—Tranquilo, el paso de un mundo a otro es rápido. Triz solo tardó un minuto en dejar de gritar —dijo Nara para intentar tranquilizarlo.

—Nara, no ayudas, tía. Lanza ya la puta llama y terminemos con esto.

No aguantando las críticas de Gare, lanzó el mechero a la hoguera. El fuego prendió con rapidez. Gare cerró los ojos esperando que el dolor no fuera insoportable. Unos segundos más tarde volvió a abrirlos. No sentía nada. Para su sorpresa las llamas parecían no tocarle, ni siquiera le calentaban, se quedaban sobre su piel sin quemarle. El único calor que sentía era el del colgante de Triz en su muñeca. No se había separado de él desde que se lo había devuelto en el bosque de Otsa.

—¡Nara, apaga el fuego! —gritó.

—Intenta aguantar. ¡Será solo un momento! —replicó la amiga de Triz.

—¡Que no es eso! ¡Que no me estoy quemando! Tengo que quitarme el colgante con forma de caramelo que me regaló Triz.

Sin entender mucho qué quería decir, Nara apagó las llamas antes de que estas consumieran toda la hoguera.

—¡Quítame el colgante! —ordenó Gare con las manos atadas en cuanto las llamas se extinguieron—. Si no nunca arderé y no podré ir a Grawell.

—Lo que tú digas —replicó Nara.

—Tú haz lo que te digo y vuelve a prender el fuego.

Nara soltó el colgante y se lo guardó en el bolsillo.

—No entiendo por qué a Triz le gustas... la verdad —manifestó Nara con cierto enfado al tiempo que volvía a prender fuego a la hoguera.

—¿Cómo? —inquirió Gare sin poder evitar sorprenderse—. ¿Que le gusto? ¿Y por qué no me lo demuestra más y se aleja?

Pero las llamas prendieron tan rápido que a Gare no le dio tiempo a escuchar lo que Nara le respondía. Esta vez las llamas si que alcanzaron su piel. Sus gritos de dolor lo silenciaron todo.

18

Se acerca el momento

Otra vez aquel extraño olor, otra vez aquella sensación de malestar en el estómago que le producía arcadas. Había intentado olvidarlo, pero aquel olor era como un recuerdo de la infancia, permanecía inmutable. Cuando regresó a su vida la primera vez, tuvieron que pasar días de duchas y esencias antes de que aquella pestilencia desistiera de agarrarse a su piel como una sanguijuela y de impregnarlo todo. Estaba segura de que tendría que hacer lo mismo esta segunda vez.

Pero había llegado el momento de cumplir su parte del pacto, ya que, hasta el momento, no tenía queja por la otra parte. Había cumplido todas sus promesas: la regresó a la vida, le otorgó el poder necesario para cumplir sus objetivos, le insufló la confianza y seguridad en sí misma de la que antes carecía y la apariencia necesaria para no ser invisible al mundo.

—¿Hola? —preguntó con el temblor de los nervios en la voz cuando llegó al corredor en el que había estado aquella primera vez.

—¿Hiciste lo que se te pidió? —La voz que la recibió entonces volvió a resonar entre las columnas.

—Sí. La he estado vigilando y tengo algo que le va a interesar.

—Sorpréndeme.

—Ha regresado al mundo de las brujas del que me habló. Está en Grawell.

—Ya tiene el grimorio de Astrid... ¿Qué ha ido hacer allí esta vez?

—Por lo que pude escucharle decir, alguien ha robado los sigilos sagrados que mantienen a Grawell a salvo y ha ido a recuperarlos.

—¡Maldita sea! Debía haberlo supuesto. Quiere ponerla a prueba. Saber de qué lado está. No va a parar hasta asegurarse...

—Hay algo más. Es sobre su hija.

—¿Qué ocurre con su heredera? —La voz sonó con tanta intensidad que rebotó en todas las paredes e hizo que tuviera que encogerse acobardada.

—Ha descubierto sus poderes y durante la ausencia de su madre ha empezado a estudiar los libros de las sombras.

—¿Qué tipo de poderes? ¿Hechizos? ¿Pociones?

—No. Mueve objetos y parece mostrarse inmune a los rayos del sol. Pese a la radiación después de la tormenta solar, la niña parece sentirse mejor cuanto más tiempo permanece expuesta a ella.

—Su hija... —murmuró la voz en tono pensativo—. Una bruja de sangre de magia pura que alimenta su energía con los rayos del sol... ¿Estaría en un error? ¿Y si la elegida no era quien estaba destinada a salvarme, sino que era quien daría a luz a mi salvadora? Sí, puede ser... Por eso había que protegerla... Pero quizás ya no sea necesario. Quizás ya no sea ella la destinada a terminar con este encierro...

—¿Quiere que la vigile ahora que su madre está en Grawell?

—Sí, hazlo, pero no vamos a jugarlo todo a una sola carta. Puede que vuelva a equivocarme. La elegida también es importante. Al fin y al cabo, fue ella, y no su hija, quien tuvo los sueños.

—Pero...

—Lo sé. No puedes estar en dos sitios a la vez, pero jugamos con ventaja.

—¿Con qué ventaja?

—Grawell solo tiene dos salidas. O regresa a su cuerpo o termina en Marbhreilig.

—Entiendo... Entonces, vigilo a la niña y espero al regreso de su madre.

—Vigílala e intenta confirmar sus poderes. Si son ciertos, quiero que la traigas aquí.

—¿Quiere que mate a la cría? —preguntó sorprendida. No entraba en sus planes tener que matar

a nadie. Solo observar y vigilar. Ese era el acuerdo.

—No. Quiero que venga de forma voluntaria. Si la matas, no podré convencerla de que me libere.

—De acuerdo, pero me gustaría pedir una cosa más. Algo que no pude pedir la vez anterior.

—No me gusta la gente avariciosa y con exigencias. Mi anterior enviado también se volvió egoísta. Quiso obtener más de lo que le correspondía, y te puedo asegurar que no te hará ninguna gracia terminar como él.

—Me dijo que las peticiones eran ilimitadas siempre que yo cumpliera mi parte...

—Muy bien. ¿Y qué es lo que quieres? —La voz sonó enojada.

—Ya lo sabe. Dudo mucho que fuera una casualidad. ¿No cree?

—De acuerdo. Si consigues traer a la niña, o a su madre en su defecto, de forma voluntaria, tuyo será lo que pides.

19

Triz lo sigue complicando todo

El dolor que había sentido mientras la hoguera ardía había sido tan intenso que se había desmayado. Cuando recuperó la consciencia, ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido y le costó recordar qué había pasado y dónde estaba. Cuando se percató de que se encontraba en Grawell, se sintió aliviado. Al parecer, la absurda idea había funcionado. Se alegraba de no haberse carbonizado en la hoguera para nada.

Intentó orientarse, pero, aunque estaba seguro de haberse quemado en la hoguera de día y a media mañana, había despertado en Grawell siendo completamente de noche. Quiso ponerse en pie, pero las cuerdas que le ataban al árbol no parecían haberse quemado con él y no podía soltar las manos.

—¡De puta madre! ¿Y ahora cómo salgo de aquí? —exclamó en voz alta, por si alguien podía escucharlo.

No le quedó más remedio que armarse de paciencia e intentar rasgar las cuerdas con la corteza del árbol. No llevaba ni medio minuto intentándolo cuando alguien le habló desde una de las ramas:

—¡Ey! ¿Quieres parar? Estás haciendo daño a mi árbol —exclamó una voz con tanta fuerza que casi le causa un infarto.

—¿Quién anda ahí? ¿Puedes ayudarme? —preguntó Gare y respiró agitado intentando calmar los latidos acelerados de su corazón.

—Mi nombre es Awen y no soy una buena samaritana. Si quieres mi ayuda, tendrás que ganártela.

—Encantado de conocerte, Awen —dijo Gare sin llegar a saber con quién estaba hablando. Por

mucho que intentaba levantar la cabeza no podía ver a nadie—. ¿Qué puedo hacer para que me ayudes?

—Lo primero, dejar de dañar mi árbol. Después, responderme a algunas preguntas.

—Vale. Te prometo que no tengo ninguna intención de hacer daño a tu árbol. Ni siquiera sé por qué estoy atado a él. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo te llamas y por qué has venido a Grawell?

—Mi nombre es Gare y he venido a ayudar a una amiga que, al parecer, está en peligro —contestó sin saber hacia quién dirigirse.

—¿Eres brujo?

—Se podría decir que sí. Si no lo fuera, no podría haber entrado en Grawell, ¿no crees? ¿Acaso tú no eres una bruja?

—¿Una bruja, yo? ¡Soy una dríada!

La voz sonó enfadada y Gare quiso disculparse. La dueña de aquella voz podía ser la única forma que tenía de soltarse del árbol. No quería enfurecerla.

—Disculpa mi ignorancia, pero no tengo ni idea de qué es una dríada. De veras que lo lamento. Solo quiero soltarme de este árbol y poder ir a buscar a mi amiga.

—¡Ay, Dios! Otro brujo que viene a vivir a Dumbsilly —murmuró Awen—. No podría haber encontrado yo un árbol cerca de la ciudad de las brujas listas...

—¿Cómo que otro brujo? ¿Qué es Dumbsilly?

—Conocí a una bruja a quien tampoco se la veía muy lista, no sabía qué era un ouroborus, y ahora vienes tú. ¿Todos los que vienen a mi árbol van a ser tan poco avispados?

—¿Una bruja? ¿Sabes cómo se llamaba? —preguntó Gare sin dar importancia a que le llamara tonto. En realidad, él pensaba lo mismo. Había que ser muy tonto para dejarse quemar en una hoguera por una mujer que había preferido marcharse sin decirle nada y que llevaba semanas sin querer hablar con él, y cuando acababa de conocer a una chica con lo que tenía mucho en común.

—Tras... Tres...

—¿Triz?

—¡Eso! Triz. Se llamaba Triz.

—¡Es la amiga que estoy buscando! ¿Sabes si está bien? ¿Me puedes decir dónde encontrarla?

—No me fío de los brujos... —murmuró la voz sobre su cabeza.

—Te aseguro que puedes fiarte de mí...

—No existen brujos de sangre y casi todos los que vienen a Grawell practican la magia negra. Los hombres no sois de fiar.

—Mi magia es inofensiva. Solo he aprendido un par de hechizos para convertirme en un brujo de aprendizaje y venir aquí.

—¡Mientes! —gritó la dríada. Lo hizo con tanta furia que hasta su melódica voz cambió. Gare se encogió, convencido de que aquel ser que estaba sobre su cabeza y que no podía ver iba a atarcarlo de alguna manera.

—No miento. Te lo juro. Solo vengo a ayudar a mi amiga —replicó y se encogió de hombros para prevenir el golpe.

—¿Triz es solo tu amiga?

—No será porque yo no quiera que sea algo más, pero me temo que sí, que solo es mi amiga y que nunca va a ser nada más que eso.

—Creo que deberías hablar con ella —comentó Awen, tras unos segundos de silencio—. Y deberíais estudiar más sobre Grawell antes de aventuraros a venir. Este lugar esconde muchas sorpresas.

—Me encantaría poder hablar con ella, pero, si no me ayudas a soltarme del tronco del árbol, no voy a conseguir encontrarla.

—Está bien. Te soltaré, pero, como luego le hagas daño a mi árbol, lanzaré contra ti todos mis hechizos maléficos y te reduciré a cenizas. ¿Queda claro?

—Sí, queda claro. Te prometo que no le haré nada ni al árbol ni a ti.

—Definitivamente, a este árbol solo vienen los tontos... —se lamentó Awen. Se acercó a los nudos de las cuerdas y los soltó.

—Muchas gracias —agradeció Gare al sentirse liberado, mientras se frotaba las muñecas y los tobillos—. ¿Me puedes decir hacia dónde se fue Triz? —interrogó sin dejar de observar el árbol para intentar descubrir la procedencia de la voz. Cuando lo liberó solo había sentido unas pequeñas manos soltando los nudos, pero no había podido verlas.

—Fue a Dumbsilly, la ciudad de las brujas tontas. Creo que allí te recibirán como a uno más —musitó Awen ahogada en risitas.

—¡Oye! —replicó Gare que esta vez sí que se sintió un poco molesto con la insinuación de la dríada—. ¡Que no soy tan tonto!

—¿Que no? Si no dejas de mirar al árbol como una vaca a un tren porque todavía no sabes dónde estoy. Si no tienes ni idea de qué soy y ni siquiera sabes que las dríadas no podemos lanzar hechizos que te reduzcan a cenizas.

—Vale. Está bien. No es que los mundos mágicos sean mi fuerte, lo único que sé de ellos es lo que aprendí en los videojuegos, e imagino que no serán una fuente de información muy verídica. Solo quiero encontrar a Triz y ayudarla a regresar a casa sana y salva.

—Dumbsilly está al otro lado del río Yhemura —explicó Awen. Para indicarle el camino, abrió por primera vez sus enormes ojos violetas para que Gare la viera. Al hacerlo sí que puso la misma cara que las vacas mirando a un tren.

—Estás... estás... des...

—¿Desnuda?

—Eso —afirmó Gare casi sin poder cerrar la boca.

—¿Y cómo quieres que esté en mi casa? Si me pusiera vestimentas raras como las que tú llevas, no podría camuflar mi piel con mi árbol.

—Lo siento. No esperaba que fueras tan... —comenzó Gare a la vez que apartaba la mirada. Se sentía incómodo observando tan fijamente a una mujer desnuda.

—¿Guapa? ¿Atractiva? ¿Sugerente? —continuó Awen y se movió seductora sobre la rama del

árbol.

—Tan femenina —respondió Gare con el rubor haciéndole arder las mejillas.

—Qué adulador... —bromeó la dríada.

—¿Hacia dónde dices que fue Triz?

—Hacia Dumbsilly. Hacia allí. —Señaló hacia enfrente—. Pero ten cuidado con los ouroborus. Ellos sí que pueden hacerte arder hasta convertirte en cenizas.

—¿Los qué? —inquirió Gare al escuchar por segunda vez aquella extraña palabra.

—Ains, si es que estáis hechos el uno para el otro —replicó Awen—. Ouroborus: lagartos dragón. Duermen entre la hierba del camino y, como pises a alguno, te van a calcinar con las llamas que lanzan por la boca.

—¿Dragones? ¿En serio? Pero, ¿los dragones no son enormes? ¿¡Cómo van a dormir entre la hierba!?

—Bienvenido a Grawell... —finalizó Awen entre risas—. Que tengas mucha suerte en tu búsqueda. La vas a necesitar.

Y cerró los ojos. Para cuando Gare volvió a mirar hacia el árbol ya no pudo volver a verla. Lo primero que le vino a la cabeza fue pensar en qué habría ocurrido si en lugar de en una rama vacía su llegada a Grawell se hubiera producido en la misma en la que descansaba la dríada desnuda.

En la oscuridad de la noche, Gare se puso a caminar en la dirección que le había dicho Awen. No tenía tiempo que perder y quería encontrar a Triz cuanto antes. Igual tenía suerte y todavía podía hallarla en Dumbsilly.

No había dado ni cinco pasos cuando una voz volvió a sobresaltarlo.

—¡Ten cuidado! —exclamaron a sus pies.

—¿Quién anda ahí? —inquirió Gare. Se quedó tan quieto que cualquiera podría haberlo confundido con una estatua.

—¿Es que no ves por dónde vas? —protestó la voz con tono enérgico.

—¡Qué voy a ver! ¿No ves tú que es de noche? Ni siquiera sé si voy hacia donde tengo que ir.

—¿A dónde vas?

—A Dumbsilly.

—Otro brujo tonto. Ten cuidado —sugirió la voz. Unos segundos más tarde, una llama de luz brotó del suelo. Gare dio un salto hacia atrás—. ¿¡No te he dicho que tengas cuidado!?

—¡Joder, podrías haber avisado! Menudo susto.

—¿Por qué quieres llegar a Dumbsilly?

—La dríada me ha dicho que mi amiga está allí. Quiero ayudar —repuso Gare, sin estar muy seguro de hacia dónde hablar.

—¿Te refieres a Triz, la sobrina de Helen?

—¡Sí! A ella. ¿Me podéis ayudar a encontrarla?

—Nosotros te iremos iluminando el camino. Tú limítate a pisar un paso por detrás de la llama. ¿Entendido?

Con la ayuda de los ouroborus llegó hasta el puente. Desde allí se veían las primeras casas del pequeño poblado. Se despidió de los lagartos dragones y caminó hasta la primera de ellas. Sin perder tiempo y pese a que en el lugar no había ninguna luz encendida, llamó a la puerta.

—¿Pueden ayudarme? —exclamó sin dejar de aporrear la puerta.

—¡No pienso dejar que robes mis galletas! —exclamó una voz de anciana al otro lado.

—Señora, no quiero sus galletas. Quiero encontrar a mi amiga —replicó Gare. Tras la puerta se escucharon unos pasos acercarse. Unos segundos más tarde la puerta se entreabrió.

—¿Negra o blanca? —preguntó la anciana sin llegar a asomarse del todo. Ante el silencio de Gare volvió a insistir—. Tu magia, ¿es negra o blanca?

—Escasa, señora. Mi magia es escasa. La suficiente para cruzar de mi mundo al suyo. Le aseguro que soy inofensivo. Solo quiero saber si han visto pasar por aquí a una bruja amiga mía. Es morena, de pelo largo, un poco más joven que yo. Se llama Triz Cooper. ¿La conoce?

—La buena de Triz. Un encanto de mujer. Muy divertida. Le encantaron mis galletas. Le gustaron tanto que, cuando vino Helen a buscarla, compraron media docena.

—¿Su tía Helen ha venido a buscarla? Entonces… ¿ella está bien?

—Se fueron juntas y te aseguro que, cuando se marchó, Triz estaba radiante. —Jane se sonrió al recordar el efecto que habían tenido sus galletas en la joven bruja.

—¿Puede decirme a dónde fueron? Tengo que encontrarla.

—En eso no te puedo ayudar, joven, pero podemos mandarles un mensaje.

Jane le explicó cómo funcionaban los dientes de león. Gare no se atrevió a ponerlo en duda. Estaba en un mundo de brujas perseguidas, totalmente desconocido para él. Había viajado con la seguridad de que se encontraría cosas que no iba a ser capaz de comprender. No llevaba ni dos horas en aquel mundo y ya se había encontrado con una dríada que dormía desnuda en las ramas de un árbol, con unos lagartos dragones que hablaban y con una anciana obsesionada con sus galletas. ¿Por qué no iban a poder servir los dientes de león para mandar mensajes como si fueran palomas?

—Es mejor que esperes a que te respondan dentro de casa. Es tarde y puede que la respuesta se demore en llegar. No es conveniente que un joven como tú permanezca solo en las calles de este pueblo a estas horas.

—¿El resto de las brujas no son tan amables como usted? —preguntó Gare. No podía creer que hubiera tenido la suerte de ir a dar con una de las brujas buenas del pueblo y que todas las demás fueran peligrosas.

—Son muy amables, pero también hace mucho que no ven a un brujo por aquí. Estoy segura de que querrían usar alguno de sus hechizos de amor contigo.

—Solo me faltaba eso... ¿puedo esperar en su casa?

—Mientras tengas las manos quietas y no me robes mis galletas...

Jane le invitó a pasar y a sentarse en cuanto juró, por segunda vez, que no tenía ninguna intención de robarle sus galletas. La bruja le ofreció algo de beber. Gare solo aceptó un poco de agua. Tenía la boca seca después de haber ardido. No sabía cuánto tiempo iba a tener que esperar a que Triz respondiera, pero se sentía cansado después de cruzar el umbral entre ambos mundos. Las emociones de la llegada a Grawell estaban siendo intensas y, si quería servir de ayuda a Triz cuando

esta llegara, iba a tener que relajarse y descansar. La noche anterior en su casa no lo había hecho por aprender magia. Dio un par de bostezos y cabezadas en el sofá antes de quedarse dormido.

Unos golpes en la puerta y la luz entrando por la ventana lo despertaron.

—¡Jane! ¡Jane! ¡Los escarabajos de Helen han llegado!

—¡Ya va! —contestó Jane. Se acercó a la puerta desde la cocina. Gare la vio pasar a su lado sin entender nada. ¿Escarabajos? ¿Por qué tenía la boca tan seca? ¿Cuánto tiempo había dormido para que entrara tanta luz por la ventana? Lo único que había conseguido entender era el nombre de Helen y eso significaba que habían llegado noticias de Triz.

Se puso en pie y se acercó a la puerta. En el momento que Jane la abría un nutrido grupo de insectos cruzó hasta el centro de la habitación. Jane se agachó, no sin esfuerzo, y dejó que el que iba en cabeza se subiera a uno de sus dedos. Después se lo acercó a la oreja.

—¡Habla más fuerte! Mi oído no es lo que era. Muy bien, de acuerdo. Joven —llamó a Gare—, es tu amiga Triz. —Sin saber qué hacer, se acercó a Jane, que le miraba con impaciencia—. ¡Vamos! Ven, que no tenemos todo el día.

Cuando estuvo a su lado le pidió que extendiera la mano e invitó al insecto a que se colocara en su palma.

—Acércatelo al oído. Puede que, si no, no oigas el mensaje.

Sintiéndose un poco tonto, Gare acercó la mano a su oreja.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclamó el escarabajo tan fuerte que Gare se asustó y el insecto casi acaba estampado contra un mueble. La voz sonaba igual que la de Triz—. ¿Cómo has podido llegar a Grawell si no eres brujo? Joder, Gare, no sabes estarte quieto, ¿verdad? Ven a Etrazen. Está a solo cinco kilómetros de Dumbsilly siguiendo el camino del río. Mi tía y yo no podemos ir ahora a buscarte. Por favor, no te pongas en peligro.

—Muchas gracias por todo —agradeció Gare cuando el escarabajo terminó de recitar su mensaje y lo dejó en el suelo junto al resto—. Tengo que marcharme. Triz y Helen me esperan en Etrazen. No puedo hacerles esperar.

—Antes de que te vayas... me gustaría regalarte algo. Puede que cuando encuentres a tu amiga te haga falta —dijo Jane. La vieja bruja se puso a revolver en uno de sus cajones mientras que Gare la

miraba con impaciencia.

—Le agradezco su amabilidad, pero no es necesario. Ya ha sido suficiente regalo haberme dejado pasar la noche en su casa —repuso deseando salir cuanto antes al encuentro de Triz—. No le he dado nada como para que tenga que hacerme regalos.

—Por el tono de voz de tu amiga en el mensaje creo que me lo agradecerás... ¡Aquí está! —celebró Jane tras encontrar un frasco con una especie de mermelada amarilla en su interior.

—¿Qué es esto? —preguntó Gare con el frasco en la mano.

—Una poción hecha con limón, aceite de almendras, huevo y algunas plantas de Grawell. Con solo comer un poco fortalece la piel durante unas horas.

—¿Y para qué quiero fortalecer mi piel?

—Porque he notado a tu amiga enfadada. Esta poción es perfecta para que los bofetones no sean dolorosos —rió Jane—. Y puede venirte bien también si te enfrentas a seres que quieran morderte.

—Muchas gracias. Visto de esa manera, sí que puede venirme bien, aunque espero que no me haga falta con Triz. La guardaré por si tengo que volver a quemarme vivo —repuso Gare y se metió el frasco en uno de sus bolsillos—. Muchas gracias por su hospitalidad. Voy a ver si llego a Etrazen...

—¡Espero que las encuentres! Tu amiga se fue corriendo —exclamó Alys, que era quien había visto llegar a los escarabajos—. Sigue el camino del río y Etrazen no tiene pérdida.

—Me ha dicho que me esperan allí y que no está muy lejos —respondió Gare.

—Mira que Triz nos pareció tonta cuando dijo lo de las escobas voladoras, pero este chico no se entera de nada —susurró Alys entre dientes mientras veía a Gare alejarse por el sendero—. Se piensa que me refería a correr.

—Si dependemos de estos dos para salvar Grawell, más nos vale que nos vayamos preparando para el fin del mundo de las brujas —comentó Jane.

—¿Conseguiste su saliva? —preguntó Alys cuando vio perderse a Gare a lo lejos.

—¡Por supuesto! Le ofrecí un poco de agua con pasiflora y, en menos de dos minutos, estaba

roncando. Le he sacado toda la saliva que he podido. Esperemos que la poción funcione en caso de que acabemos en el mundo de los muertos.

20

Queda mucho por aprender

Triz no conseguía centrar su atención en lo que estaba diciendo el consejo de brujas. No podía dejar de pensar en que Gare había vuelto a hacer lo que le había dado la gana y en que ahora estaba en peligro. Había estado tentada de marcharse a buscarlo cuando le había llegado el mensaje, pero su tía la había retenido. Una bruja de sangre no podía abandonar el consejo de brujas cuando el círculo había sido creado. Saltarse esa norma no solo significaba la expulsión inmediata de Grawell, sino también el destierro permanente. Si lo hubiera hecho, jamás hubiera podido volver.

—¿Quieres prestar atención? Gare estará bien —insistió Helen. Si su sobrina quería salvar Grawell, primero tenía que entender sus normas.

—Perdona, pero es que no dejo de preguntarme cómo es posible que Gare haya llegado a Grawell. Él no es brujo.

—Luego te lo explico. Ahora atiende. Los escarabajos ya habrán entregado el mensaje. Seguro que llega a las puertas de Etrazen sin problemas. En cuanto termine el consejo, te reunirás con él.

—Helen, por favor, silencio —interrumpió Agnes desde el norte del círculo—. Recordad que nos hemos reunido aquí para intentar aclarar la desaparición de los sigilos. Creo que no debería ser necesario aclarar que, sin ellos, Grawell está condenado a su destrucción total y que ninguna de nosotras va a salir indemne si eso ocurre.

Las cuatro brujas de elemento, que en un principio habían mantenido en secreto la ausencia de los sigilos, habían decidido que era el momento de comunicarlo al resto de las brujas. Todas estaban en peligro y, viendo que no eran capaces de solucionar el problema y que el tiempo se acababa, habían decidido ponerlas al día.

—¡Alguien sí que va a salir indemne! —exclamó Petronilla sentada al este del círculo—. Hay una

bruja entre nosotras que mantiene su cuerpo a salvo al otro lado y que regresó a su mundo. Alguien que puede ir y volver cuando quiera y a quien no le importa si Grawell desaparece o no. Una mocosa que vino aquí a llevarse el legado de Astrid sin ni siquiera pedir permiso al consejo. Y todo porque Helen Cole se lo permitió.

—¿Envidia, querida Petronilla? —inquirió Helen. Se puso en pie para que todas las brujas del consejo pudieran verla—. Cientos de años dragando el lago en busca del legado de Astrid y lo único que fuiste capaz de encontrar fue un Lenok[9] parlante. Debe de ser duro, para alguien con un ego tan grande como el tuyo, descubrir que no es tan poderosa como cree. Sin embargo, mi sobrina, solo necesitó unas horas en Grawell y unos minutos en el lago durante un eclipse para que Astrid le concediera el beneplácito de descubrir su secreto. No necesitaba la aprobación del consejo para eso, porque ninguna de las aquí presentes había podido sumergirse en las aguas del lago antes. ¿Qué tipo de indicación nos iba a dar quien no está capacitado para hacer lo que sí podía mi sobrina?

—¡Tu sobrina vino aquí y se llevó los sigilos! Es la única que puede abandonar Grawell. La única lo suficientemente inconsciente como para no saber que sin ellos todas acabaremos en Marbhreilig. Todas, salvo ella.

—Sabes que eso no es del todo cierto. Tú, tan bien como yo, sabes que Shaira también puede volver. Gracias a Shaira pudimos avisar a mi sobrina y, como ves, no ha dudado en regresar a Grawell, poniéndose en peligro, para intentar ayudarnos. —Helen tocó el hombro de Triz para que se pusiera en pie a su lado—. Mi sobrina tiene visiones con los Dioses desde los diez años. Está destinada a salvar todos los mundos, como lo hizo Astrid. Por eso pudo sumergirse en las aguas del lago, por eso ha regresado y va a encontrar los sigilos. Por cierto, ¿dónde está Shaira? —preguntó Helen tras echar un vistazo al círculo del consejo.

Un murmullo se extendió por toda la sala. Todas las brujas allí reunidas, brujas de sangre, pero de todos los tipos de magia, susurraban entre ellas. Ninguna, ni siquiera quienes se sentaban en los puntos cardinales del círculo, había soñado nunca con los Dioses. No importaba cuánto poder tuvieran o si su magia era blanca, negra o gris. Triz era la primera bruja que aseguraba haber soñado con los Dioses que conocían.

Triz sintió como todos los ojos se giraban hacia ella. Allí de pie, entendió de golpe toda la responsabilidad que estaba cayendo sobre sus espaldas. Hasta ahora todo lo que había hecho era enfrentarse a los problemas que se iba encontrando para intentar salvaguardar el futuro de sus hijas. Había recuperado un colgante que había regalado en su adolescencia, encontrado el libro de las sombras de Astrid sin conseguir llegar a entenderlo, había regresado a Grawell y una dríada le había

tomado el pelo. ¿Cómo iba a salvar aquel mundo si ni siquiera conocía la existencia de los sigilos hasta que se lo explicó Shaira? Se sintió superada y el peso sobre los hombros le hizo agachar la cabeza.

—Shaira estaba cansada tras su viaje de regreso a Grawell. Ser lapidada dos veces no es muy agradable. En su mensaje con hormigas africanas lamenta no haber podido acudir al consejo —respondió Agnes.

—¡Muy bien! —exclamó Petronilla al ponerse en pie y tomar la palabra desde su lugar al este del círculo—. Si tan poderosa es tu sobrina... ¡que lo demuestre! ¿O solo por ser tú las demás tenemos que creernos que ella ha soñado con los Dioses?

—Tú viste cómo se llevaba la ostra de Astrid en el último eclipse de Rigel. ¿No te parece suficiente demostración de su poder? —replicó Helen, pero las voces del resto de miembros del consejo no se silenciaban.

—Creo que las demás también necesitamos verlo —manifestó Silen Swetting. Situada en el sur del círculo, era, junto con Agnes, Helen y Petronilla, una de las cuatro brujas que se sentaban en los puntos cardinales. De naturaleza cohibida, no solía hablar si no era necesario. Medía hasta tal extremo sus palabras que el resto de las brujas la conocían por el sobrenombre de «Silence». Sin embargo, cuando hablaba, su voz sonaba tan poderosa que muy pocas eran quienes osaban contradecirla.

Las voces de decenas de brujas se unieron a la petición de Silen. La sonrisa diabólica de Petronilla no tardó en aflorar en su desfigurado rostro. La última vez que se enfrentó a Helen en el consejo, solo la voz de Silen se opuso a su expulsión. Si conseguía que se pusiera de su lado, podría deshacerse de la impertinente bruja. Era la última que se había incorporado a las brujas de elemento y le caía mal desde el primer día.

—Tía, no tengo ni idea de cómo voy a demostrar mi poder. ¡No tengo ningún poder especial! —masculló Triz al oído de Helen. Sentía como las piernas le temblaban y como estaba a punto de desmayarse por los nervios.

—Cariño, ¿te acuerdas de lo que hiciste junto al lago? Solo debes concentrarte. Cuando tus pensamientos se fusionen con tu voluntad, tu poder saldrá a la luz.

Triz recordó lo que hizo en el lago, lo que hizo en la cueva para encontrar el grimorio de Astrid y cómo derrotó a Cristian. Tenía que concentrarse y desearlo.

—Ojalá que esto sea suficiente... —balbuceó entre dientes antes de cerrar los ojos.

Buscando el grimorio y en el bosque de Otsa en su pelea con Cristian, todo lo que se encontraba a su alrededor había salido volando por los aires. Temía que eso ocurriera en el consejo de brujas, porque no imaginaba qué reacción podían tener contra ella si todas acababan dando tumbos por el aire y chocando unas contra otras.

En ese momento alguien, o algo, tiró de su pelo y la desconcentró. Triz se llevó la mano a la nuca para aliviar el dolor y miró a todos lados intentando descubrir quién había interrumpido su concentración, pero a su lado solo estaba su tía que la miraba sin entender.

—¿Lo veis? No tiene ningún poder. Es un fraude. ¡Y Helen Cole una mentirosa! —vociferó Petronilla, transcurridos unos minutos en los que había permanecido atenta a la espera de acontecimientos y alentada al ver que seguía sin pasar nada y que Triz parecía aturdida—. Ambas deberían ser expulsadas del consejo de inmediato e interrogadas para recuperar nuestros sigilos. —Las brujas que estaban a su lado arreciaron en aplausos. Algunas de las más cercanas a la zona sur del círculo también empezaron a aplaudir animando a Silen a que apoyara la propuesta de Petronilla.

Sus palabras enfurecieron a Triz. Estaba dispuesta a aceptar que no era la bruja más preparada para salvar los mundos, incluso hubiera aceptado que la expulsaran de Grawell por incompetente sin rechistar, pero no iba a permitir que tacharan de mentirosa a su tía. Era la mejor persona del mundo y no iba a permitir que una bruja de magia negra como Petronilla se atreviera a calumniarla en público.

«Si tenéis que salir todas volando por los aires para callarte la boca, que así sea», pensó antes de volver a cerrar los ojos y concentrarse. No fue fácil porque cada vez eran más las voces de protesta que se alzaban en el círculo, pero, al final, lo consiguió.

Junto a las voces de protesta se empezaron a escuchar unos murmullos de asombro a su lado, cuando sus pies se despegaron del suelo. Una vez que se elevó por los aires y cruzó la estancia hasta colocarse flotando en el centro del círculo, las quejas se desvanecieron entre los bisbiseos de asombro.

—*Uqeim rodep es trumese, uqe sodat es llacen, Uqeimredepestrum, uqesodatesllacen.* —Los labios de Triz apenas se movían para pronunciar aquellas inteligibles palabras.

A un metro del suelo, con todo el consejo de brujas de Grawell observándola, Triz abrió los ojos. Una luz verde brotó de ellos y cegó, por un instante, a Petronilla y quienes estaban a su lado en el

este del círculo. Sin dejar de mirarlas, Triz volvió a pronunciar las palabras, cada vez más rápido. Algunas de las brujas sentadas junto a Petronilla empezaron a gritar. Sin quererlo, se estaban alzando de sus asientos e intentaban aferrarse a ellos.

Sus gritos asustados se elevaron como sus cuerpos del suelo, incluso Petronilla había cambiado la expresión de su cara y ahora reflejaba cierto temor. Las palabras de Triz parecían querer arrancarla del suelo y, si al hacerlo rompía el círculo y terminaba volando a su exterior, sería expulsada de Grawell y acabaría en Marbhreilig para siempre. Intentó gritar que se detuviera, pero las palabras tampoco salían de su garganta. Hizo aspavientos rogando al resto de las brujas de elemento del círculo que la detuvieran.

—¡Triz, ya es suficiente! —gritó Helen por encima del sonido del viento que se había levantado en el círculo creando remolinos. Pero Triz seguía en trance.

Dos de las brujas que estaban junto a Petronilla salieron volando por los aires, gritando aterrorizadas. Dieron una vuelta alrededor de todo el círculo rozando sus límites varias veces.

—¡Triz, ya es suficiente! ¡Vas a matarlas! —exclamó Helen, pero Triz seguía murmurando su conjuro cada vez a mayor velocidad.

Otras dos brujas alzaron el vuelo. Petronilla se sujetaba a su silla como quien se sujeta a los asientos de un avión cuando se despresuriza. Las cuatro brujas que no habían podido permanecer sujetas sobrevolaban el círculo por encima de la cabeza de Triz. Dieron varias vueltas y, de pronto, salieron despedidas hacia el borde del círculo. El resto se llevó las manos a la cara, no queriendo ver cómo las cuatro, al cruzar el límite, acabarían desvaneciéndose en el aire.

De pronto, Triz cesó su cántico. Las cuatro brujas cayeron apelotonadas unas sobre las otras justo unos centímetros antes del borde exterior del círculo, sobre Petronilla. Triz también cayó al suelo desmayada.

—¡Está loca! ¡Casi nos mata! —exclamó una de las que había salido volando mientras se intentaba poner en pie. Estaba tan asustada que las piernas le fallaban y tropezó varias veces antes de conseguir regresar a su asiento.

—¡Triz! ¡Triz! ¿Estás bien? —Helen salió corriendo a su encuentro, al ver que seguía inconsciente en el suelo.

Triz abrió los ojos, que ya no desprendían la luz verde.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —balbuceó desorientada.

—Estás en el consejo de brujas de Grawell y acabas de demostrarles lo poderosa que eres —respondió Helen y abrazó a su sobrina y la ayudó a ponerse en pie.

—¡Deberíamos expulsarla de Grawell! Tiene un cuerpo donde regresar. ¡Ha demostrado que es un peligro! Casi mata a cuatro de nosotras. ¡Todas lo habéis visto! —chilló Petronilla, fuera de sí, mientras se recomponía los ropajes y se ponía en pie airosa.

—¿Expulsarla? Has sido tú quien ha insistido en que demuestre sus poderes. Fuiste tú quien insistió en que regresara a Grawell, ¿y ahora quieres expulsarla? —replicó Helen mientras ayudaba a Triz a tomar asiento.

—¡Es peligrosa! —respondió Petronilla—. Casi mata a cuatro de las brujas del consejo.

—¿Y qué esperabas? ¿Que nuestro mundo fuera salvado por una bruja amable y tierna? Quien haya hecho desaparecer los sigilos seguro que es más peligroso que ninguna de nosotras. Si queremos recuperarlos, necesitamos a mi sobrina —manifestó Helen—. Apenas nos quedan unos días para recuperarlos. Si Grawell cruza por delante de la Nebulosa de Cabeza de Bruja antes de que los encontremos, será demasiado tarde para evitar que Rigel nos absorba.

Agnes y Silen estuvieron de acuerdo. El resto de las brujas, salvo las cuatro que habían salido volando por los aires, también aceptaron. Petronilla no tuvo más remedio que acceder, aunque fuera a regañadientes, a la resolución del consejo. Malhumorada, solicitó la apertura del círculo para poder abandonarlo.

En cuanto el círculo se abrió, y aunque todavía no se encontraba recuperada del todo, Triz quiso salir a buscar a Gare.

—Me dijiste en el consejo que me ibas a explicar por qué Gare ha podido cruzar a Grawell sin ser brujo —recordó cuando ya empezaban a abandonar la sala.

—¿Qué te conté en tu última visita sobre los tipos de brujas y brujos que existen?

—Que había tres tipos. Las brujas de sangre, las de corazón y las de aprendizaje.

—¿Y Gare es un brujo de aprendizaje? ¿Le has enseñado magia?

—¡No! Por eso mismo no lo entiendo. Además, aunque le hubiera estado enseñando magia

desde que volvimos a encontrarnos, tampoco sería capaz de cruzar a Grawell. No tendría la capacidad necesaria. Se necesitan años de experiencia para que la magia forme parte de tu ser y que Grawell te acepte como parte de él...

—¿Y qué te dije de los brujos de corazón?

—¡Oh, Dios! ¿En serio? No puede ser por eso... ¿Me estás diciendo que Gare ha podido entrar en Grawell porque está enamorado de mí y que amar a una bruja ya es suficiente para poder cruzar? —preguntó Triz sorprendida.

—Mi niña, creo que no lo has entendido... Si bastara con enamorarse de una bruja para convertirse en brujo de corazón, todos los que alguna vez se hubieran sentido atraídos por una de nosotras podría cruzar.

—¿Entonces? Si no ha podido cruzar siendo un brujo de aprendizaje y tampoco por estar enamorado de mí, ¿qué es lo que ha permitido que Gare pueda cruzar a Grawell?

—¿En serio, no lo sabes? ¿O es que quieres negártelo a ti misma...? Un brujo de corazón no llega a Grawell por enamorarse de una bruja, sino porque una bruja está enamorada de él.

21

Tenemos que huir

Hacía un par de días que su madre se había tenido que ir sin darle muchas explicaciones y, desde entonces, había madurado más que en sus trece años anteriores. Había leído cada una de las páginas de los diarios de tía Helen y de su madre varias veces y había comprendido las responsabilidades que tenía ser bruja. La principal era cuidar de los suyos, por lo que no había dejado de preocuparse por su hermana Maya ni un solo instante.

Cuando estaban con su padre, que en esos días se encontraba más callado de lo normal, siempre jugaba con ella o la vigilaba mientras la veía pintar en sus cuadernos de colores. Cuando se quedaban solas, porque su padre se tenía que ir a trabajar, se encargaba de acompañarla en el autobús a la escuela y de recogerla. Al salir se quedaban las dos jugando en el parque hasta que su padre iba a buscarlas. No se separaba de Maya en ningún momento. Incluso cuando leía los libros de su madre no dejaba de tenerla cerca.

Tras cenar, su padre las acostaba y llegaba el momento de practicar su magia a escondidas. Movía los objetos de sitio, realizaba pequeños hechizos de protección que había aprendido con los libros, apuntaba todos los detalles en su propio libro de las sombras y, cuando todos estaban dormidos y la casa se encontraba en absoluto silencio, se escabullía con sumo cuidado hasta el sótano donde su madre solía pasar las horas las noches antes de tener que marcharse. Allí seguía leyendo libros de magia y cogiendo algunos artículos para sus pociones.

Regresaba a su cuarto y practicaba hasta que el sueño la vencía, pero eso solía ser ya muy tarde, no le gustaba quedarse dormida. No quería volver a soñar con la bruja pelirroja mientras su madre estuviera fuera y menos soñar con que pudiera estar en peligro, porque todavía se sentía impotente.

Esa noche había bajado al sótano de su madre y estaba buscando la raíz de una planta para realizar un conjuro de buena suerte. Se había propuesto ayudar a su madre, aunque esta no hubiera querido que fuera con ella al mundo de las brujas. Si podía invocar un hechizo de buena fortuna para

su madre, seguro que solucionaba todos los problemas y podría volver a casa antes.

Creía haber visto el frasco que buscaba en una de las estanterías más altas y, pese a que ya había pegado el estirón y casi era de la altura de su madre, estaba buscando la manera de alcanzarlo porque no llegaba ni poniéndose de puntillas.

No tardó en encontrar un pequeño taburete en el que poder subirse. Lo colocó frente a la estantería y se subió en él. Estaba a punto de coger el frasco cuando algo chocó de golpe contra el taburete y la desestabilizó. Intentó mantener el equilibrio, pero viendo que se iba a caer dio un salto para bajarse, con tan mala suerte que al llegar al suelo algo se le enredó entre los pies y la hizo caer. Alana se dio un buen golpe en el costado, pero no protestó. Bastante ruido había hecho al caerse y no quería que su padre se despertara y la descubriera allí escondida. Si lo hacía, le iba a caer una buena bronca por estar enredando en las pertenencias de su madre.

Mientras se mordía el labio inferior y se frotaba el brazo para intentar aliviar el dolor del golpe, vio algo esconderse debajo de la mesa. Una sombra se movía con cierta dificultad entre las penumbras que proyectaba la vela que había encendido para no estar a oscuras. Era como una gran peonza que no dejaba de girar sobre sí misma.

Sin levantarse del suelo para no perderla de vista, se aproximó a la mesa para ver más de cerca qué era, pero no se había acercado ni medio metro cuando aquella cosa dejó de dar vueltas y se quedó fija en el suelo. Alana retrocedió a mayor velocidad de la que se había aproximado al confundir, en un primer momento, aquella sombra con una rata. Hasta que se fijó en que, si era una rata, era una muy rara, porque solo tenía tres patas.

Curiosa, hizo ademán de volver a acercarse, pero retrocedió hasta chocar contra una de las paredes cuando vio que el animal, o lo que demonios fuera, iniciaba su carrera hacia ella. Fue entonces cuando atravesó el haz de luz que proyectaba la vela y Alana pudo verlo, pero no se tranquilizó.

Un animal de tres patas, un poco más grande que una rata, de color azul eléctrico, había saltado sobre su regazo y la miraba con dos enormes ojos color limón mientras se frotaba contra su pijama de algodón como un gato que busca que le acaricien.

Alana no había visto algo igual en la vida. Recuperada del primer susto, observó a la criatura con mayor atención. Poseía dos patas delanteras, pero solo una trasera y, en la cabeza, tenía dos pares de ojos brillantes y amarillentos, uno a cada lado. Al carecer de boca, limitaba a ellos toda su expresividad.

—Y tú, ¿se puede saber qué eres? —interrogó Alana sin esperar respuesta.

Para su sorpresa, el animal se puso en pie sobre sus tres patas, cerró los cuatro ojos y movió la cabeza con un gesto que le recordó al que hacía su hermana pequeña cuando estornudaba. Una pequeña nube de vapor salió de la piel del ser y se elevó formando letras hasta que Alana pudo leer una palabra.

—¿Chafya? Me suena haber leído ese nombre en el libro de las sombras de la tía Helen. Ven. Vamos a mi cuarto, a ver si lo encuentro.

Con él en el regazo y evitando hacer ruido, salió del sótano y subió a su habitación. Dejó al misterioso ser de ojos amarillos sobre su cama y buscó el grimorio de la tía Helen sobre su mesa. Con la luz de la vela iluminando lo suficiente para poder ver, pasó páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—¡Aquí estás! Chafya: Ser adorable que se alimenta como si fuera una esponja. Si lo colocas en un recipiente con líquido lo absorberá a través de su piel y aumentará de tamaño. De pelaje siempre llamativo, se comunica en cualquier idioma conocido, ya sea humano o de cualquier otro tipo de ser. Carente de boca, usa para comunicarse su piel, que emite electricidad estática y actúa sobre el agua del ambiente. Tener cuidado con acercarlo a enormes cantidades de agua, porque su apetito es muy voraz y puede alcanzar enormes tamaños. Leal y fiel, siempre se posiciona del lado de las brujas de magia blanca.

Alana volvió a ocultar el libro de las sombras junto con el de su madre y regresó a la cama donde le esperaba el chafya.

—Bueno, ya que sabes hablar todos los idiomas del mundo... ¿Cómo te llamas? —preguntó a la vez que el chafya volvía a subirse a su regazo.

Una nueva nube de agua se formó sobre la piel del ser.

«Atzu».

Alana ahogó una risita. Aquel animal cada vez le recordaba más a la manera de estornudar de su hermana.

—Muy bien, Atzu, ¿qué hacías en el sótano?

«Buscar».

—¿Qué o a quién?

«Alana».

—¡Ey! ¡Alana soy yo! ¡Me estabas buscando a mí!

Atzu abrió sus cuatro ojos de tal manera que parecían querer expresar alegría. Por si sus ojos no lo dejaban del todo claro, empezó a dar saltos con sus tres patas sobre la cama mientras giraba dando vueltas sobre su pata trasera.

—¿Y para qué me buscabas?

«Peligro».

—¿Peligro? ¿No puedes ser más específico? —preguntó Alana sin llegar a entender a qué tipo de amenaza se refería o si el riesgo lo corría ella u otra persona, por ejemplo, su madre.

«Peligro», repitió Atzu.

—Sabrás un montón de idiomas, pero hay que ver las pocas palabras que usas. ¿Quién está en riesgo?

«Alana».

—¿Yo? ¿Por qué?

Atzu empezó a moverse nervioso por encima de la cama. Parecía estar inquieto, como alguien que tiene una respuesta en la punta de la lengua, pero que es incapaz de recordar.

«Sed».

—¿Estoy en peligro de morir de sed?

«No», respondió Atzu cada vez más nervioso.

«Atzu», «tiene», «sed», dijo antes de caer rendido sobre la cama después de estornudar tres veces seguidas.

—¡Ah! Vale, creo que eso lo puedo arreglar.

Alana bajó a la cocina y llenó un vaso con la botella de zumo que ella solía tomar para desayunar

por las mañanas. No es que fuera muy bueno, pero desde la tormenta solar casi ninguna bebida lo era. Ni se asemejaba al sabor que tenían los zumos antes de que casi todas las plantas desaparecieran, pero esperaba que fuera suficiente.

Ya en el cuarto, se lo ofreció a Atzu. Este no se lo pensó dos veces y metió las dos patas dentro del vaso. Como si fueran dos pajitas el zumo empezó a desaparecer. Mientras lo hacía, Atzu empezó a crecer hasta alcanzar el tamaño de un gato adulto.

—¿Y bien? ¿Por qué estoy en peligro?

«Bruja viene», replicó Atzu que, ahora de mayor tamaño, podía proyectar frases de dos palabras.

—¿Una bruja? ¿La pelirroja?

«Esa misma».

—¿Y qué quiere?

«Quiere Alana».

—¿Y qué puedo hacer?

«Esconderte lejos».

—Pero mi padre no va a entenderlo. No va a querer marcharse de casa. ¿Cómo se lo explico?

«Atzu desconocer».

—¡Genial! ¿Y dónde está la bruja?

«Muy cerca».

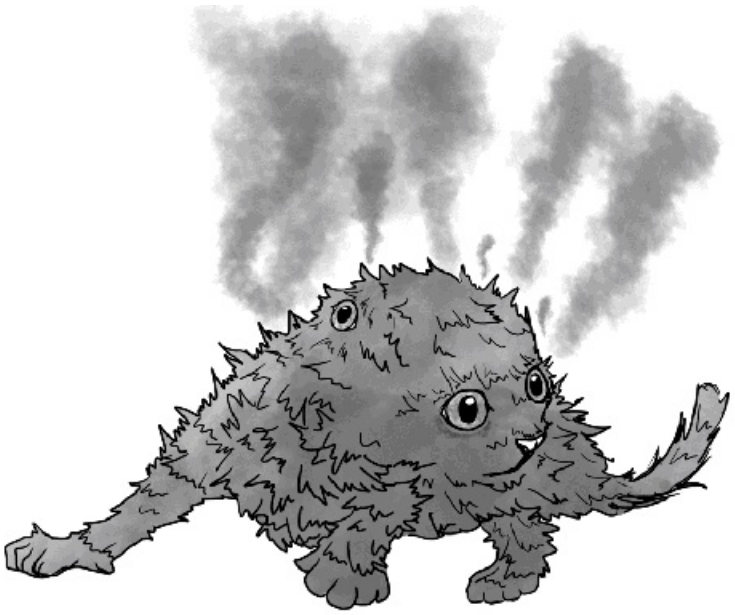
—Entonces, no tengo tiempo que perder —dijo Alana. Se puso en pie y regresó al sótano. Si tenía que huir, era mejor hacerlo con la máxima cantidad de artículos para realizar conjuros que pudiera llevarse con ella.

Sobre todo, tenía que coger el frasco que había ido a buscar al principio. Aquel que le permitiera formular un conjuro de buena suerte. Si la fortuna la acompañaba, era probable que la bruja pelirroja no llegara a encontrarla.

Volvió a subirse al taburete e intentó alcanzar el frasco. Atzu volvió a cruzarse en su camino y,

una vez más, tropezó con él y la hizo caer.

Alana se levantó del suelo dolorida. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no era la segunda vez que se caía. Era solo la primera. Todo lo que había pasado después, incluida su conversación con el chafya, había sido producto de sus sueños. No había ningún ser azul de ojos amarillos.



Chayfa mágico con tres piernas y cuatro ojos a punto de escribir.

22

Un reencuentro lleno de dudas

Gare cruzó las puertas de Etrazen como quien entra a un museo, mirando asombrado hacia todos lados. Todo el lugar parecía haber sido tallado en las rocas de las montañas que rodeaban un pequeño valle, al que solo se podía acceder por el sendero de tierra por el que había llegado. Las paredes de piedra se elevaban más allá que los rascacielos más altos que Gare hubiera visto nunca y la luz del sol que llegaba del cielo rebotaba contra las paredes de fluorita llenando de destellos de colores violáceos el valle.

Decenas de mujeres iban y venían, entraban y salían de aquellas estructuras talladas en la pared. Todas, porque Gare no tardó en descubrir que todas allí eran mujeres, se le quedaban mirando como si estuvieran observando un fenómeno paranormal. Gare tuvo que mirarse varias veces para comprobar que no le estuvieran saliendo escamas en la piel o que su tonalidad no fuera verde, porque así era cómo se sentía ante aquellas miradas, como un perro verde.

La primera reacción de las mujeres con las que se cruzaba siempre era dar dos pasos alejándose de él. Se detenían a observarlo y por último caminaban con prisa al encuentro de otra mujer. Según se adentraba en el valle, las miradas fueron acompañadas de murmullos, bisbiseos y cuchicheos cada vez más audibles. Todas ellas parecían asustadas con su presencia, hasta el punto de que Gare se vio en la necesidad de alzar las manos para dar a entender que se calmaran, que no era su intención hacerles ningún daño, pero el gesto, en lugar de tranquilizarlas, terminó por alterarlas.

Cuando llegó al centro del valle se sintió como la pareja de novios que inicia el primer baile de la boda, rodeado de gente que les observa sin moverse esperando a que sean ellos quienes den el primer paso al sonido de la música. Solo que él no tenía con quién bailar ni sonaba ninguna canción.

Fue entonces cuando las miradas de las mujeres cambiaron. Del asombro y el temor pasaron a la determinación y el coraje. Los murmullos se tornaron en gritos y las voces resonaban en el valle como el cántico de un ritual de ofrenda ceremonial. Gare empezó a sentirse como un cordero a punto de ser sacrificado, con los brazos en alto parecía pedir clemencia, pero las mujeres no se

calmaban. Para su fortuna, una voz que provenía desde lo alto de unas escaleras talladas resonó por encima de todas las demás y las silenció.

—¡Calma! Está con nosotras.

Una mujer, aproximadamente de su edad, con el pelo castaño cubriendo sus hombros, de rasgos suaves y bastante atractiva, mantenía sus brazos en alto. Todas las demás parecían conocerla porque obedecieron y dejaron de murmurar. Al aplacarse sus gritos, también se serenaron sus rasgos y Gare dejó de sentirse amenazado. Ver aparecer al lado de aquella mujer a Triz añadió a esa sensación de alivio la de alegría.

—¡Triz! —gritó emocionado al verla y salió corriendo a su encuentro. El inicial entusiasmo se vio mitigado al ver que ella no tenía la misma reacción al verlo. Esperaba que se lanzara escaleras abajo a abrazarlo, pero seguía sin moverse del lado de aquella otra mujer.

—¿Quieres bajar los brazos? ¡Así piensan que vas a atacar! —exclamó Triz cuando le faltaban dos escalones por subir para llegar a su lado—. ¿¡Qué haces aquí, Gare!?

—¿Venir a salvarte? —La pregunta inquisitoria de Triz lo detuvo. El abrazo que estaba dispuesto a darle se había visto interrumpido antes siquiera de empezar. Se quedó con la misma sensación que provoca un estornudo que no termina de salir, con esa incomodidad de no saber cuándo se va a volver a presentar.

—¿Ves que necesite ser salvada? —reprochó de nuevo Triz—. Estoy con mi tía, rodeada de las mías. No necesito que nadie me salve de nada, y menos tú.

Gare no entendía nada. Parecía que Triz, en lugar de alegrarse de verlo, estuviera enfadada.

—¡Oye! Que yo estaba muy a gusto en mi casa con Lilian. Si he venido hasta aquí, dejándome quemar en una hoguera, es porque tu amiga Nara me dijo que estabas en peligro.

—¿Nara? ¿Qué tiene que ver con esto Nara? —preguntó asombrada Triz—. ¿Con quién has dicho que estabas en tu casa? —El nombre de Lilian no le sonaba de nada, pero, no sabía por qué, al oírlo, había sentido como una patada en la boca del estómago.

—Con Lilian, una compañera de trabajo. Claro que tú tampoco sabes que tengo trabajo. Como hace semanas que ni siquiera tienes tiempo de hablar conmigo...

—He estado muy ocupada desde que encontré el libro de Astrid. Ya te lo dije —replicó Triz en

un intento por justificar su prolongada ausencia.

—Encontramos, ¿recuerdas? Yo también estaba allí. Me costó unas cuantas semanas de hospital.

—¿Cómo te dijo Nara que estaba en peligro? ¿Por qué? —preguntó Triz.

Quería cambiar de tema. Desde que se había reencontrado con Gare después de muchos años sin verse, aquella era la primera vez que se sentía incómoda teniéndole cerca. Estaba enfadada porque hubiera acudido en su ayuda sin que se lo hubiera pedido; triste, por tener que reconocer que sin él no habría podido conseguir el libro de Astrid y que, pese a ello, no había dudado en apartarlo de su lado. Pero lo había hecho por un buen motivo, para protegerlo. Si algo no quería, era volverlo a poner en peligro. Prefería no verlo, tenerlo lejos, antes de volver a ver cómo estaban a punto de matarlo por su culpa. Se alegraba de verle recuperado y, sin embargo, estaba muy enfadada por su presencia en Grawell.

—Tu amiga vino a mi casa. Me contó que le habías pedido ayuda para volver a cruzar a Grawell... ¿Por qué esta vez no me lo pediste a mí? No lo entiendo... El caso es que me dijo que algo no iba bien, que tu cuerpo estaba teniendo convulsiones en su trastero y que estaba asustada.

—¿Convulsiones? —preguntó Triz extrañada.

—Eso me dijo. Tu cuerpo había empezado a convulsionar. Estaba segura de que algo no iba bien y quería venir a ayudarte.

—No recuerdo haber sufrido ningún ataque de convulsiones desde que... ¡Ay, madre! ¿No será que…? —se preguntó Triz mientras se le sonrojaban las mejillas y se moría de vergüenza.

—No me lo digas —intervino Helen sin evitar sonreír. El sonrojo en la cara de su sobrina le hacía mucha gracia—. Fueron las galletas de Jane y tu amiga lo confundió con unas convulsiones.

—Eso me temo —respondió Triz y se tapó la cara.

—¿Qué galletas? ¿De qué habláis? —preguntó Gare sin entender por qué las dos se habían puesto a reír de pronto.

—¡De nada! —exclamó Triz antes de que su tía pudiera contarle lo que había ocurrido—. ¿Y por qué te lo contó a ti Nara?

—Sabía que yo fui quien te ayudó a cruzar la primera vez. Me pidió que la ayudara a hacerlo.

Quería venir por si tenías problemas, pero no estaba segura de que las brujas de aprendizaje pudieran entrar. Así que le pedí que me enseñara algo de magia y decidí ser yo quien cruzara.

—¡Oh, Dios! Si no estabais seguros de que los brujos de aprendizaje pudieran cruzar, ¿cómo te dejaste quemar en la hoguera? —Triz estaba segura de que Gare no podía saber que se había convertido en un brujo de corazón por sus sentimientos. Ni siquiera ella estaba segura de ellos.

—No tenía otra opción. Tu amiga estaba dispuesta a arriesgarse de todos modos. Si funcionaba con ella, también tendría que funcionar conmigo, y ella tiene un marido y dos hijos a los que proteger. Yo no me dejaba a nadie atrás...

—¡Que no se os ocurra volver a hacer esa locura! Los brujos de aprendizaje no pueden entrar en Grawell hasta mínimo diez años después de iniciar su educación. Ninguno de los dos lleváis diez años en la magia. Tú ni diez horas —prorrumpió Triz asustada por la posibilidad de que su mejor amiga se hubiera quemado viva por intentar ayudarla.

—Y si los brujos de aprendizaje no pueden cruzar... ¿cómo es que he cruzado yo? —inquirió Gare sin entender nada.

Triz se quedó callada. La vergüenza volvió a sonrojarle las mejillas. Ni siquiera sabía qué responder. Fue su tía quien le sacó del momentáneo apuro.

—Así que tú eres Gare. Mi sobrina me ha hablado mucho de ti. Yo soy Helen, su tía.

—¿Su tía? —preguntó Gare perplejo. La mujer atractiva, de su edad, que había silenciado a todas las demás mujeres del valle no podía ser la tía de Triz. Le había dicho que Helen era la hermana mayor de su madre. Más bien parecía que Triz y ella pudieran ser hermanas—. ¿No eres un poco joven para eso?

—Las brujas en Grawell nos conservamos muy bien —respondió Helen, sin poder parar de reír —. Conservo la misma apariencia física que cuando tuve que salir de vuestro mundo. Aquí el tiempo funciona de una manera distinta.

—Vaya. Me temo que entre las dos vais a tener que explicarme muchas cosas de Grawell, porque a mí todo esto del mundo de las brujas me queda un poco grande. La única magia que conocía era la de cuadrar las cuentas para llegar a fin de mes antes de que el dinero dejara de existir.

—Por eso no deberías haber venido —volvió a hablar Triz—. Ya ves que no estoy en peligro. Deberías regresar a casa y decirle a Nara que estoy bien y que no se le ocurra hacer ninguna tontería.

Ya tiene bastante la pobre con vigilar mi cuerpo como para que ahora tenga que hacerlo con dos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo? No te alegras de verme, no haces más que insinuar que soy un estorbo y encima quieres mandarme de vuelta a casa. Te guste o no he venido a ayudarte y no pienso volver hasta que tú te vengas conmigo.

—Creo que podría sernos de ayuda —mencionó Helen a Triz cuando esta ya se disponía a volver a protestar—. Los sigilos no van a ser fáciles de encontrar, aunque estoy segura de que no han abandonado Grawell, como insinúa Petronilla. Y dos manos más siempre son bien recibidas.

—Pero, si siguen en Grawell, ¿por qué corre peligro? —inquirió Triz.

—Creo que deberíamos ir a casa. Allí os lo explicaré todo a los dos. Cada vez nos queda menos tiempo y pronto va a anochecer.

—¿Anochecer? Si hace un par de horas que ha amanecido —comentó Gare, que no acababa de acostumbrarse a los cambios de Grawell.

—Como te he dicho, aquí el tiempo funciona de manera distinta y los días solo duran doce de tus horas y solo hay luz siete de ellas. Tenemos tres para llegar a casa.

—¿Y cómo se supone que vamos a ir los tres? En tu moto con sidecar no cabemos —cuestionó Triz al recordar cómo habían llegado las dos a Etrazen.

—Estos días vas a descubrir muchas cosas, cariño —dijo Helen y abrazó a Triz por la cintura—. ¿Te vienes, Gare?

—Por supuesto. No quiero que todas estas brujas me miren otra vez como antes y se pongan a gritar. Por cierto, ¿por qué aquí no hay hombres?

—Esta es la ciudad del consejo de las brujas de sangre. Solo ellas pueden vivir en Etrazen. Algunas preferimos hacerlo en otros lugares y venir solo cuando hay reunión del consejo, pero muchas de ellas, aquellas a las que la presencia de los hombres les incomoda más que otra cosa, prefieren vivir entre la seguridad de sus montañas.

—¿Y no hay brujos de sangre?

—No. Los hombres solo podéis ser brujos de corazón o de aprendizaje. Solo la primera mujer nacida de cada generación de brujas puede ser una bruja de sangre. Mi madre lo fue, yo lo soy, Triz

lo es y su hija Alana es la última bruja de sangre de nuestro linaje.

Cerca de la entrada a una de las casas talladas en la roca estaba apoyada la moto con sidecar con la que Helen había recogido a Triz de Dumbsilly. Como bien había dicho, allí no había forma de que viajaran tres personas. Ni siquiera podía montarse uno agarrado a la espalda del piloto.

—¿Y bien? —interrogó Triz al llegar—. ¿Cómo pretendes que nos montemos ahí tres personas?

—No recordaba lo tozuda que eras de pequeña —intervino Helen—. Tienes que estar dispuesta a ver las cosas de distinto modo a como tú las conoces. No tuve tiempo de hablarte mucho de Grawell antes de tener que marchar y tampoco en tu primera visita, pero deberías dejar de protestar y observar más. Nuestro mundo y el que habéis dejado atrás son como dos copos de nieve, son lo mismo, pero cada uno tiene su forma y distintas reglas.

—¿Y eso cómo va a cambiar que esta moto con sidecar pueda transportar a tres personas? —Triz seguía de mal humor y eso le hacía comportarse de manera arisca.

—¿Has visto gasolineras desde Dumbsilly a Etrazen? —preguntó Helen sin modificar su habitual sonrisa.

—Ahora que lo dices, no. No he visto ninguna —respondió su sobrina pensativa.

—Aquí las motos como esta no funcionan con gasolina. Su fuente de energía es otra y esa misma fuente de energía les permite cambiar de forma. Poned vuestras manos sobre el sidecar. Y, pase lo que pase, no lo soltéis.

Ambos obedecieron, pero, aunque Gare intentó colocar sus manos cerca de las de Triz, esta se alejó un paso y las apoyó al otro lado. En un primer momento no ocurrió nada.

—Tía, no será una de esas bromas de brujas para hacerme parecer ridícula, ¿verdad? Ya me hizo una parecida una dríada nada más llegar y la verdad es que no estoy de humor para bromas. Y tampoco tenemos tiempo que perder.

—¿Quieres callar de una vez y hacer caso? Pareces la misma niña de trece años que dejé atrás —replicó Helen. A Gare la reprimenda le hizo gracia, a él también le recordaba a veces a la niña que conoció. Triz lo miró con desdén.

Fue cuando Helen puso sus manos sobre el manillar de la moto cuando empezó a cambiar. Gare no pudo evitar soltar un exabrupto, pero se contuvo de apartar las manos del sidecar. No quería que

Helen también le echara la bronca, de momento había sido su aliada ante las reprimendas de Triz. Quería seguir conservándola de su lado por si en el mundo de las brujas también regía la democracia y dos votos valían más que uno.

La moto se puso en marcha y el motor empezó a rugir cada vez más fuerte, como cuando una persona se queda dormida por la noche y sus ronquidos van ganando en intensidad. A Gare le recordó al compañero de habitación del hospital. A la vez que el sonido se acrecentaba, el tamaño de la moto también lo hacía. Helen no podía borrar la sonrisa de su cara al ver las de asombro de su sobrina y su amigo. Cuando el ruido del motor volvió al ronroneo habitual de una moto en marcha, había doblado su tamaño y en el sidecar ya cabían dos personas.

—¡Listo! Ya podemos irnos los tres —exclamó Helen poniéndose a los mandos de la moto—. No olvidéis poneros los cascos.

Triz y Gare se montaron en el sidecar, pero, aunque el tamaño de este había aumentado de manera considerable, tenía el espacio justo para que ambos pudieran sentarse y no podían evitar estar el uno pegado al otro.

—¿No podías haber hecho un sidecar un poco más grande? —protestó Triz mientras intentaba apretarse contra el lateral para evitar al máximo sentir esa extraña sensación que había vuelto a experimentar al rozarse con el cuerpo de Gare.

—Me temo que el tamaño del sidecar no lo he elegido yo —respondió Helen—. Yo he elegido el de la moto. Habéis sido vosotros quienes habéis decidido con vuestro subconsciente el tamaño del sidecar.

—¡Yo no he elegido nada! —negó Triz.

—Échale la culpa entonces a tu amigo —replicó Helen a la vez que aceleraba haciendo que Triz y Gare tuvieran que agarrarse con fuerza.

Con el nuevo vehículo, y pese a lo dificultoso del camino, no tardaron ni una hora en llegar a casa de Helen, aunque Triz y Gare no pudieron evitar terminar uno encima del otro varias veces en cada curva. En cuanto la moto se detuvo, Triz apartó a Gare para bajarse.

—Muy bien. Ya estamos en tu casa. ¿Qué era eso que ibas a contarnos sobre los sigilos? ¿Por qué estás tan segura de que siguen aqui? —interrogó Triz nada más descender del sidecar mientras intentaba recomponer sus pantalones y su blusa.

—Entramos en casa, preparamos la cena y, mientras cenamos, os cuento. No vais a llegar muy lejos si os morís de hambre.

—No tengo apetito. Las preocupaciones me quitan el hambre —replicó Triz.

—¿Y tú, Gare? ¿Tienes hambre?

—Yo solo he venido a intentar ayudar... —respondió Gare sin atreverse a llevar la contraria a Triz, aunque las tripas le estuvieran rugiendo.

—Yo estoy famélica. Las discusiones con Petronilla y el consejo siempre me abren el apetito.

Helen entró en la casa, Triz la siguió a regañadientes. Gare fue el último en cruzar la puerta y cerrar tras él.

—¿Te importa si hablo unos minutos a solas con mi tía? —preguntó Triz con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas. Aquello no era una pregunta. Era una orden.

—Claro que no. Me quedaré aquí —repuso Gare. Aunque la voz hubiera sonado imperativa, era la primera vez desde su reencuentro que Triz no había abierto la boca para echarle nada en cara.

Triz se fue a la cocina donde su tía ya estaba preparando la cena. Miró a la entrada de la casa para asegurarse de que Gare había obedecido y después agarró a Helen del brazo.

—¿Pero tú no me dijiste que no confiara en él? ¿Por qué le dices ahora que se quede y lo traes a casa?

—La noche de tu décimo cumpleaños tuve un sueño. En él te vi con la edad que tienes ahora —respondió Helen tras suspirar—. En ese sueño vi que corrías peligro en un bosque y que alguien intentaba ahogarte en un río. Y te oí gritar el nombre de Gare. Cuando viniste por primera vez a visitarme y me dijiste que el amigo que te había ayudado a cruzar se llamaba así recordé aquel sueño y te pedí que tuvieras cuidado. Pero ya me has contado que Gare no quiso ahogarte, sino que fue quien te ayudó a salir del río y que sin él no habrías podido encontrar el libro de Astrid. Además, están tus sentimientos hacia él. Confió en ti, mi niña, y, si tú le quieres, estoy segura de que es porque se lo merece.

—¡Yo no estoy enamorada de Gare! —replicó Triz con menos ímpetu del que le hubiera gustado mostrar.

—Puedes intentar engañarte a ti misma si quieres, pero a tu tía no puedes engañarla y a Grawell tampoco. Si no lo quisieras, estaría ahora en el mundo de los muertos después de quemarse en una hoguera para nada. Y que estuviera dispuesto a hacerlo solo por ayudarte me dice que él también te quiere.

—No deja de *ronearme* desde que volvimos a encontrarnos. Dice que no va a perder la oportunidad de decirme lo que no se atrevió cuando éramos críos.

—¿Y no te parece romántico?

—Lo que me parece es que llega tarde. Estoy casada.

—Y aun así le quieres...

—Pero como a un amigo. Nada más —repuso Triz y le dio la espalda a su tía. Tenía miedo de que ella pudiera leer la verdad en sus ojos. Ni siquiera ella sabía cuál era

—Tú verás, pero a mí me parece un buen chico.

—Eso ya lo sé…, pero no debería estar aquí. No quiero que se ponga en peligro por mí. Si le pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaré nunca. Ya resultó malherido en Aisling, en el bosque de Otsa mientras recuperábamos el grimorio, y Alana ha tenido un sueño en el que volvían a herirle, aquí, en Grawell. Está más seguro en casa con la chica esa, Lilian o como se llame, que aquí conmigo.

—Él ha preferido estar aquí contigo, pese a todos los riesgos que eso conlleva. Además, como ya ha dejado claro mi sueño con él hace años, a veces, nuestras visiones no son lo que a simple vista parecen. Interpreté que Gare era un peligro cuando, en realidad, representaba todo lo contrario. Puede que también hayas interpretado mal el sueño de tu hija.

—Eso espero... como le pase algo... Por cierto, ¿has tenido algún sueño más con nosotros dos?

—No lo he sabido hasta que le he visto en Etrazen... en el sueño del bosque no llegué a ver su cara antes de despertar, pero, en cuanto le he visto, le he reconocido. Por eso sabía quién era antes de que salieras del consejo y le protegí del resto de brujas. Soñé con vosotros dos la noche antes de que tu madre me ayudara a cruzar a Grawell.

23

Sueño de Helen

No había sido una noche cualquiera, había sido la última que iba a pasar con los suyos. La enfermedad que la comía por dentro seguía avanzando y había llegado el momento de despedirse.

Pese a las reticencias iniciales de su hermana, la había convencido de que aquello era lo único que podían hacer. Al día siguiente, sería su viaje definitivo a Grawell y allí se libraría de su enfermedad, aunque tuviera que renunciar a volver a ver a sus seres más queridos.

Los había invitado a todos a cenar en su casa y se había inventado una excusa para hacer una celebración, aunque no fuera ninguna fecha especial. La pequeña Triz estaba encantada con que le hicieran regalos sin que tuviera que cumplir años. Apenas tenía trece y Helen lamentaba no poderle enseñar más de lo que había hecho hasta entonces, pero no le quedaba tiempo.

La niña llenaba de alegría la casa mientras su hermana la miraba con el brillo de la pena en sus ojos y ella se esforzaba por intentar sonreír. Una sonrisa que había perdido del todo cuando Triz se abrazó a ella antes de marcharse y le dijo que era la mejor tía del mundo y que quería invitarla a su próxima fiesta de cumpleaños. Saber que no iba a poder asistir le entristecía el alma.

—Hasta mañana —se despidió Helen cuando se abrazó a su hermana en la despedida.

—¿Estás segura de que es la única solución?

—Me temo que sí —respondió sin poder evitar que las lágrimas desbordaran sus ojos.

—Hasta mañana entonces, hermana —convino la madre de Triz, sin poder evitar llorar también.

—Cuida de Triz. Es una chica muy especial. La más especial de todas, créeme...

Toda su familia se marchó dejándola sola con sus pensamientos. A pesar de que era su última

noche y era mucho lo que le quedaba por hacer y que no iba a poder llevar a cabo, solo tenía ganas de cerrar los ojos y descansar. Quedarse en paz consigo misma y partir sin arrepentimientos. Ya volvería a llenar su cabeza de preocupaciones y quehaceres en Grawell. Tenía que prepararse para cruzar y para adaptarse a su nueva vida.

Sin embargo, aunque deseaba liberar sus pensamientos y descansar, nada más cerrar los ojos, lo único que podía ver era a la pequeña Triz corriendo por los pasillos de la casa mostrando a la familia la ropa que le acababan de regalar y que no dejaba de probarse. Entraba en la habitación, se cambiaba y salía al pasillo con una sonrisa radiante en su cara, mientras exigía la atención del resto de la gente del salón.

Con los ojos cerrados, sentada en su sofá, Helen no podía dejar de observarla.

—¿A que estoy guapa? —preguntaba Triz una y otra vez. A lo que Helen siempre respondía afirmativamente antes de ver como la niña volvía a salir corriendo al cuarto.

Abrió los ojos y miró hacia la ventana. Era la última noche en la que iba a ver aquellas estrellas. Se sobresaltó cuando oyó una voz que no reconocía en el pasillo.

—¿A que estoy guapa? —preguntó una niña con rasgos parecidos a los de su sobrina, pero algo más alta.

—Sí, mucho —respondió alguien desde la mesa dejando a Helen con la palabra en la boca. No tardó en reconocerla. En el lugar donde había estado sentada su hermana con su esposo estaba sentada Triz, pero la Triz adulta que ya había visto hacía unos años en un sueño en el bosque. A su lado se encontraba un chico, algo mayor que ella, al que Helen no reconocía—. Es imposible que se esté quieta. No sé a quién habrá salido —añadió Triz.

Helen sonrió desde la ventana. Ella sí sabía a quién había salido aquella niña y se alegraba de poder conocerla, aunque fuera en sueños. Tenía que ser la hija de Triz. Una nueva generación de brujas en la familia.

—¡Este me queda todavía mejor! ¿No crees? —gritó la niña saltarina y feliz tras volver a aparecer, de pronto, en el salón con un vestido distinto.

—Sigues estando muy guapa —concedió Triz desde la mesa—. Tenemos que hacer algo. No podemos seguir así —añadió, cuando la niña regresó al cuarto, dirigiéndose al hombre que la acompañaba en la mesa.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé. Lo que está claro es que tú y yo no podemos seguir como hasta ahora. Algo tenemos que hacer. No voy a permitir que esto afecte a mis hijas.

—Lo entiendo, pero no pienso dejarte sola.

Por un instante, ambos guardaron silencio y se quedaron absortos en sus pensamientos. Fue ese silencio lo que alertó a Helen de que algo no iba bien. Triz tampoco tardó en notarlo.

—¡Fuera! —gritó la niña desde el piso de arriba.

Triz se levantó de un salto y salió corriendo hacia la habitación. El hombre que había estado hablando con ella también se levantó raudo. Helen salió corriendo tras su sobrina, aunque ninguno de los dos se hubiera percatado de su presencia.

Cuando Helen llegó a la puerta, una luz escarlata llenaba la habitación y teñía de esa tonalidad el cuerpo de Triz y de aquel hombre.

La pequeña estaba arrinconada junto a una librería y una mujer, que Helen no reconoció, tiraba de ella intentando llevársela.

Triz no se lo pensó dos veces. Se concentró y atacó a la intrusa.

Una luz cegadora, como la de una bomba atómica al explotar, rodeó a Helen. Todo a su alrededor desapareció bajo aquella intensa luz. Cuando el brillo de la luz se mitigó y pudo abrir los ojos, Triz estaba en medio de la habitación gritando desconsolada.

Helen despertó.

24

Las preocupaciones, de una en una

Triz caminaba nerviosa por la cocina. Había escuchado las palabras de su tía con atención y con cada una de ellas se había ido sintiendo más angustiada.

—Tengo que volver a casa.

—No tiene ningún sentido que lo hagas.

—¿Cómo que no? ¡Van a atacar a mi hija!

—Eso todavía no ha ocurrido. Lo que sí ha ocurrido es que este mundo está en peligro ahora mismo —repuso Helen e intentó que su sobrina entendiera lo que quería decirle.

—Pero es mi familia la que va a ser atacada.

—Piénsalo. Tú y Gare estáis en casa cuando eso ocurre. Mientras permanezcáis en Grawell, lo que vaya a ocurrir todavía no sucederá.

—¿Estás segura de que ese chico con el que hablaba era Gare? ¿No era Óscar?

—Segurísima. Por eso lo he reconocido cuando lo he visto en el valle. En mis sueños nunca he visto a tu marido, pero sí que he visto al hombre que está en la sala en estos momentos. Te aseguro que estabas hablando con él.

—No tiene sentido. No ha estado nunca en mi casa. Ni siquiera sabe dónde vivo con exactitud. Solo conoce la ciudad, y ahora parece que la casa de mi amiga Nara, nada más.

—Si no haces nada por cambiar ese sueño, no ocurrirá hasta que ambos estéis en casa. No hay peligro hasta entonces. De eso, y de tus sentimientos hacia él, tendrás que preocuparte a la vuelta.

Ahora tenemos que preocuparnos por recuperar los sigilos.

—¿Qué son los sigilos? —preguntó Gare desde la puerta de la cocina.

—¡Qué haces ahí! —exclamó Triz—. ¡Te dije que nos dejaras a solas! ¿Desde hace cuánto que estás escuchando? —interrogó Triz angustiada porque Gare pudiera haber oído hablar a su tía de sus sentimientos.

—Aquí anochece muy rápido. Estaba mirando desde el salón los colores de la puesta de sol, pero ha sido tan rápido que casi no he tenido tiempo de disfrutarlo. ¿Sabes que los anocheceres aquí son violetas? Al acabar, me aburría. Pensé que ya habríais terminado de hablar. Solo he escuchado lo de los sigilos, que sigo sin saber qué son.

—Los sigilos son cuatro símbolos mágicos que mantienen a Grawell en la órbita de nuestra estrella, Rigel...

—Para, para, para... explicación para tontos, por favor —interrumpió Gare la explicación de Helen.

—No tenemos tiempo de explicaciones para tontos —intervino Triz.

—Cuantos más detalles tengáis los dos, mejor. Tampoco es que tú conozcas mucho cómo funciona Grawell y sus sigilos —medió Helen. Triz aceptó la sutil reprimenda—. Mientras cenamos y descansamos, os lo explico.

Helen sirvió la cena y los tres se sentaron alrededor de la mesa. Triz no tenía mucha hambre y casi no probó bocado. Gare no dejaba de mover la mandíbula mientras escuchaba las explicaciones de Helen.

—Rigel, para que lo entiendas, es nuestro sol. El vuestro es una estrella amarilla y el nuestro es una estrella azul, de ahí los colores que has visto al anochecer. Grawell orbita a su alrededor gracias a los sigilos mágicos. Sin ellos, el aliento de la Nebulosa de Cabeza de Bruja, una constelación de estrellas del firmamento, provoca que Rigel atraiga a Grawell hacia ella. Cada día que pasamos sin los sigilos estamos más cerca de estrellarnos contra Rigel o de que su calor nos abrase. Es por eso que hay que recuperarlos cuanto antes.

—¿Y qué son esos sigilos? —preguntó Gare con la boca llena.

—Son cuatro símbolos colocados en los puntos cardinales de Ekabú que representan a los

cuatro elementos: aire, tierra, agua y fuego.

—¿Qué es Ekabú? —Esta vez quien interrumpió fue Triz.

—El lugar de Grawell en el que se realizó el círculo sagrado en su creación y del que los elementos han sido robados. Es allí donde iremos cuando vuelva a salir Rigel.

—¿Iremos? ¿Tú también vienes? —preguntó Triz entusiasmada. Que su amada tía se incorporara al viaje la llenaba de optimismo.

—Por supuesto que voy. Soy la más interesada en salvar Grawell. Soy la única de nosotros tres que no puede regresar y no tengo ninguna gana de acabar en Marbhreilig. Pese a los problemas de este mundo, sigo prefiriendo estar aquí antes que en el mundo de los muertos. Allí sí que se envejece. Tenemos que ir a Ekabú, ver si con tu ayuda —dijo mirando a Triz— encontramos alguna pista de quién ha podido robar los sigilos y encontrarlos cuanto antes.

—Hay algo que no entiendo —intervino Gare—. Si los sigilos no han salido de Grawell y todas las brujas queréis encontrarlos, ¿por qué ha tenido que venir Triz? ¿No podíais buscarlos las brujas del consejo?

—Lo hemos intentado, pero me temo que la búsqueda no será fácil. Necesitamos las habilidades de mi sobrina. Es una bruja muy especial.

—Que es especial no me cabe ninguna duda —farfulló Gare con la boca llena. Triz dejó escapar un suspiro de desaprobación.

—Hay otra cosa que no os he comentado... los sigilos son símbolos que representan a los elementos... y están hechos de ellos.

—Espera... ¿quieres decir que los símbolos son de agua, tierra, fuego y aire? —exclamó Triz.

—Eso es.

—¿Y cómo demonios se roba un símbolo de aire?

—Ese es uno de los enigmas que vamos a tener que descubrir, pero no sé qué os resultará más complicado: si aceptar que hay símbolos que pueden ser de aire o agua o comprender los misterios de Grawell. Este lugar no dejará de sorprenderos.

—Por suerte vendrás con nosotros para explicárnoslos —declaró Gare—. Lo mejor que podemos hacer es descansar. ¿Cuántas horas quedan para que amanezca?

—Me temo que solo cuatro —respondió Helen.

—¡Joder! He llegado a echarme siestas más largas —replicó Gare.

—Te acostumbrarás.

—Espero que no. Espero que solucionemos todo esto cuanto antes y podamos regresar a casa. Lo mejor que puedo hacer ahora es comerme una de esas galletas de postre e irme a dormir un rato —añadió y señaló a las galletas que Helen le había comprado a Jane y había dejado encima de la nevera.

—¡Ni se te ocurra! —exclamaron al unísono Helen y Triz.

—¿Qué les pasa? Si tienen una pinta estupenda. ¡Tienen chocolate y hace semanas que no como! Si no llega a ser por el agua de chocolate a la que me invitó Lilian, se me habría olvidado hasta su sabor.

—Son galletas mágicas. Es mejor que no te acerques a ellas. ¿Entendido? —advirtió Triz—. ¿Has salido muchas veces con Lilian?

—Solo la noche en la que nos encontramos con Nara. Coincidimos en el hospital y celebramos allí el fin de año. El resto del tiempo nos vemos en el trabajo.

—¿Por la noche? ¿Os saltasteis el toque de queda?

—Es una mujer llena de sorpresas. ¡Casi sabe más que yo de películas antiguas!

—Una friki como tú... Se te ve muy a gusto con ella.

—Se ha preocupado mucho por mí estos días. Si no fuera por Arya, la enfermera, y por ella, me hubiera sentido muy solo —repuso Gare en tono de reproche.

Triz se sintió culpable y no dijo nada. Se limitaron a terminar de cenar. Helen se fue a la cama un rato; Gare se tumbó en el sofá y, aunque le costó conciliar el sueño por los nervios del día, al final consiguió quedarse dormido. Triz, sin embargo, no era capaz de estar más de cinco minutos con los ojos cerrados. No podía dejar de pensar en cómo se estaba volviendo a complicar todo.

Tras recuperar el libro de Astrid, había tenido unos días de tensa calma. Una calma parecida a la que reina en el ojo de un huracán, una que tenía cercana su fecha de caducidad, pero que, tras unos meses de tempestad, estaba disfrutando. Su hija Alana dormía bien, Óscar volvía a estar cariñoso y cercano con ella, Gare se encontraba a salvo en el hospital y Cristian había sido derrotado.

Pero la paz se había terminado de golpe y la había pillado con las defensas bajas. El huracán de las preocupaciones amenazaba con arrasarlo todo y no se sentía preparada. Grawell y su tía Helen estaban en peligro, Óscar había vuelto a comportarse como un auténtico imbécil, Gare no hacía más que presentarse en los lugares en los que Alana soñaba con que corría riesgo de volver a salir herido, su tía había tenido un sueño en el que su hija era atacada y ella lloraba...

No tenía ni idea de por qué todas las brujas del consejo confiaban en ella para recuperar los sigilos, solo era una madre angustiada y una bruja mediocre que ni siquiera sabía qué era, exactamente, lo que tenía que buscar. Una bruja con tan poca preparación que ni siquiera había llegado a interpretar el libro de las sombras de Astrid o a encontrar las hojas que le faltaban para entender cómo podía evitar la tragedia.

Incapaz de conciliar el sueño o de descansar su mente, tuvo que levantarse. Intentando no hacer ruido fue a la cocina, metió en una bolsa algo de comida y algunos enseres y se puso a preparar algo para desayunar. Estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que no sintió como Gare se acercaba por su espalda.

—¿Qué haces?

—¡Dios! —exclamó Triz—. ¡Qué susto! No me vuelvas a hacer eso nunca.

—Vale, perdona. No era mi intención asustarte. Oí ruido en la cocina y, al verte, me he preguntado si podría ayudarte en lo que estuvieras haciendo.

—Me hubieras ayudado mucho más si no hubieras venido...

—¡Joder, Triz! ¿Quieres dejar de machacarme? Estoy aquí y no pienso marcharme, por muy desagradable que seas. ¿Se puede saber qué es lo que te preocupa tanto?

—Alana tuvo un sueño.

—¿Y tan malo es lo que me pasaba en ese sueño para que te empeñes en alejarme?

—Mi hija soñó que una bruja pelirroja nos atacaba mientras estábamos juntos en Grawell. No

llegó a ver qué nos pasaba, pero sí que nos herían a los dos. Si no hubieras venido, eso no hubiera ocurrido nunca.

—Piensa en positivo. Sabemos a qué nos enfrentamos. La otra vez tu hija soñaba con un hombre malo, pero no sabíamos cuál era su apariencia. Ahora sabemos que nos enfrentamos a una bruja pelirroja. En cuanto veamos una, nos ponemos en guardia.

—Mi tía también tuvo un sueño... uno en el que tú y yo hablábamos cuando desaparecía mi hija. Si tú y yo no estamos cerca, mi hija no desaparecerá...

—¿Qué pasa?, ¿que la única que no sueña conmigo eres tú?

—La verdad es que no. Tengo otras preocupaciones ahora mismo.

—Genial, así que el culpable de todos tus males soy yo. Si estoy cerca, nos atacan y tu hija desaparece.

—Eso es. Por eso no quiero tenerte cerca —repuso Triz. Le dio la espalda y siguió preparando el desayuno. A ella misma las palabras pronunciadas le habían sonado a mentira.

—Los sueños no siempre son exactos, ¿no es así?

—No siempre son exactos, pero sí suelen ser bastante precisos.

—Pero se pueden cambiar... si no se pudieran cambiar, no podrías hacer nada para evitar el fin de los mundos. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, lo que no sé es adónde quieres llegar.

—A que, si los sueños no son exactos y se pueden cambiar, ¿quién te dice a ti que, al no estar cerca de mí, esos sueños cambian, pero a peor? Imagina que no vengo a Grawell, que te enfrentas a la bruja pelirroja sin mí y, en lugar de que nos ataque a los dos, lo hace solo contigo y no puedes con ella.

—Al menos así no saldríamos heridos los dos. Este es mi problema, no el tuyo, Gare. Es mi familia, mi herencia, lo que soy. No tienes por qué verte afectado.

—Bueno… al menos parece que te preocupas por mí.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Somos amigos desde la infancia.

—No sé. Hacía semanas que no te ponías en contacto conmigo ni para saber cómo iba mi recuperación. Si no llega a ser por Nara, ni siquiera me hubiera enterado de que habías vuelto a Grawell. ¿Me has echado de menos este tiempo?

—No, lo siento. He estado muy ocupada intentando entender el libro de las sombras que encontramos en el bosque y ordenando mi vida.

—Vaya. Eso me pasa por preguntar. Pensé que el beso que me diste en el hospital significaba algo, que sentías algo por mí.

—Te dije que no te hicieras ilusiones. Soy una mujer casada. El beso que te di en el hospital fue de agradecimiento. Nada más —replicó Triz. Cuando vio la mueca en la cara de Gare al escucharla, se dio cuenta de que sus palabras le habían dolido y se sintió mal por mentirle, pero era mejor eso que dejar que siguiera insistiendo en acercarse a ella. Era lo mejor para los dos.

—Tomo nota. Perdona por haberte malinterpretado. No volverá a ocurrir... Voy a preparar yo también algo para el viaje. No sabemos cuánto tiempo vamos a tardar en recuperar los sigilos.

25

Mis sueños se pueden cumplir

Alana, pese a estar hablando con sus compañeras de clase, no quitaba ojo a su hermana pequeña que, sin preocupaciones en su cabeza, se divertía con otra niña subiendo y bajando de un tobogán. Era lo único bueno de la ausencia de su madre, que podía pasar más tiempo al sol sin que nadie le metiera prisa por ir a casa.

Todo el mundo decía que, desde la tormenta solar, los rayos del sol eran perjudiciales para la salud, que la gente enfermaba de cáncer y que, sin la debida protección, la piel se acababa cayendo a cachos, pero ella se sentía mejor cuanto más tiempo pasaba bajo ellos. Era como si el sol fuera una batería enorme que la recargaba por dentro, sin necesidad de estar enchufada al sistema de energía ni de tener que usar la TVE. Cuanto más tiempo se exponía, más energía parecía tener y más fácil le resultaba ir al colegio, ayudar en casa, cuidar a su hermana, hacer los deberes y estudiar los libros de magia de su madre.

Antes, todas esas tareas le resultaban agotadoras y solía llegar a la cama tan cansada que le costaba dormir. Sin embargo, desde que podía pasar dos horas más al día en la calle, llegaba a casa tan repuesta de energía que hasta su padre se había sorprendido de verla tan activa. Incluso se ofrecía a ayudarle a recoger y era ella quien acostaba a su hermana pequeña antes de irse a su cuarto a leer libros de magia. Por las noches seguía escabulléndose al sótano de su madre y, pese a dormir menos horas que antes, al día siguiente seguía levantándose descansada y renovada.

Eso la ayudaba a mantenerse alerta. Aunque no había vuelto a tener sueños con la bruja pelirroja y tampoco con Atzu, seguía teniendo la sensación de que pronto iba a tener que ponerse a salvo. Y no sabía cómo iba a explicárselo a su padre.

—¿Vas a venir a la fiesta de cumpleaños de Almu? —preguntó una de sus amigas.

—No lo sé. Tengo que preguntarle a mi padre —respondió Alana. La pregunta de su amiga la

hizo regresar de sus pensamientos.

—Tienes que venir. Va a estar Joel.

—¿Y? —interrogó Alana. No quería que se le notara mucho que era el chico que le gustaba. Quien vivía al otro lado de su ventana del cuarto.

—Que fue él quien me preguntó el otro día si ibas a ir.

—¿En serio? —respondió Alana. Que hubiera preguntado por ella le había puesto nerviosa de pronto.

—En serio. ¿Vas a venir?

—Lo intentaré. —Por un instante se olvidó de disimular. Se había puesto roja como un tomate al saber que Joel había preguntado por ella. Se sentía feliz y deseaba, por encima de todo, poder ir a la fiesta. En cuanto llegara su padre le iba a pedir permiso.

Alana miró hacia donde debía de estar su hermana, no quería que su amiga viera que se estaba poniendo colorada. En ese instante se le paró el corazón. La pequeña Maya no estaba en el tobogán jugando. Allí solo se encontraba la otra niña. Asustada, fue corriendo a preguntar.

—¿Dónde está Maya? La niña que estaba jugando contigo, ¿dónde está? —preguntó angustiada antes de que la niña señalara con el dedo al otro lado del parque.

Se quedó más tranquila al ver que su hermana pequeña solo había cambiado de juego. Estaba en uno de los columpios y reía divertida mientras se balanceaba. Pero la tranquilidad le duró poco. Tras la valla que rodeaba el parque, justo unos metros por detrás de su hermana, una mujer las estaba observando. Una mujer que no quitaba ojo a la pequeña. Una mujer pelirroja.

—¡Maya! —gritó Alana—. ¡Ven! Deja el columpio y ven conmigo. Papá tiene que estar a punto de venir a recogernos —añadió a voz en grito para asegurarse de que la mujer escuchaba lo que decía. Quizás, si se enteraba de que su padre estaba a punto de llegar, las dejase en paz.

—¡Jooo! Déjame un poco más —protestó la pequeña—. Papá todavía no ha venido y puedo columpiarme hasta que llegue.

—Es mejor que te vengas conmigo y con mis amigas —repuso Alana. Intentaba mantener la calma, aparentar que no estaba asustada, pero la mujer que las observaba era la misma que había

visto cuando estaba renovando el carnet holográfico.

—¡Es que tú y tus amigas sois muy aburridas! ¡Solo habláis de chicos todo el tiempo! —replicó Maya. La pequeña puso cara de enfado y dejó de columpiarse para agarrarse con fuerza a las cadenas.

—Te dijo mamá que tenías que hacerme caso —repuso Alana, sin dejar de mirar a la mujer, que por suerte solo las miraba pero no hacía ademán de acercarse a ellas. Intentó soltar a la pequeña de las cadenas del columpio y alejarla de allí. Junto a sus amigas se sentía más segura.

—¿Y cuándo vuelve mamá? —preguntó Maya.

—No lo sé, pero recuerda que, cuando está, no podemos quedarnos en el parque tanto tiempo, así que tú verás. O me haces caso y te vienes conmigo o le digo que vuelva antes y nos quedamos sin columpios todas las tardes.

La falsa amenaza surtió efecto. Maya se bajó del columpio y agarró la mano de su hermana. Aliviada, tiró de ella hasta llegar a la altura de sus amigas.

La mujer pelirroja cruzó la valla en esos momentos. Alana se tensó, casi pudo sentir crujir todos los huesos de su espalda, y apretó con fuerza la mano de su hermana.

—¡Ay! ¡Me haces daño! —protestó la pequeña.

—Perdona. Ha sido sin querer —se disculpó y alivió la presión de la mano, pero la mantuvo en el resto del cuerpo.

La mujer pelirroja se sentó en el mismo columpio en el que había estado jugando su hermana pequeña. Era muy mayor para usarlo y casi parecía encajonada entre las cadenas, pero empezó a columpiarse mientras no dejaba de mirarlas sonriendo.

Alana tampoco se atrevía a apartar la mirada. Tenía miedo de que, al hacerlo, la mujer se acercara de pronto y encontrársela a su lado. Solo la desviaba momentáneamente para comprobar si su padre aparecía por la acera. No debía quedar mucho para que llegara y, con él allí, todo sería distinto. La bruja era delgada y su padre mucho más fuerte, seguro que podía con ella.

La mujer siguió columpiándose y empezó a reír. La risa, que a cualquier otra persona le hubiera parecido contagiosa, le puso los pelos de la nuca de punta. Estaba segura, aquella mujer era la bruja pelirroja que había visto en La Central, pero lo que más miedo le daba era que ahora se había

pellizcado varias veces los brazos para asegurarse de que estaba despierta y la bruja seguía allí, jugando en los columpios y observándola.

—¿Cómo están mis pequeñas? —La voz de su padre la pilló por sorpresa y le hizo gritar—. ¿Todo bien?

—¡Papá! —exclamó Alana al verlo—. ¿Nos vamos a casa?

—¿Qué te pasa hoy? Normalmente tengo que llevarte casi de las orejas. ¿A qué vienen esas ganas de irte?

—Hoy me han puesto muchos deberes en clase y tengo muchas cosas que hacer —repuso. Sin soltar la mano de Maya, se agarró a su padre con la otra y miró airosa a la mujer pelirroja como diciendo: «ya no me das miedo».

Sin embargo, cuando esta saltó del columpio y se la quedó mirando mientras volaba por el aire como una bruja sin escoba, no pudo evitar dar dos pasos hacia atrás y casi tirar a su hermana pequeña.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —increpó su padre—. Casi tiras a Maya.

—Perdón. Vámonos a casa... —dijo Alana casi sin aliento.

La mujer pelirroja, tras bajarse del columpio, estaba caminando hacia ellos. Alana se echó a temblar. Le empezaron a sudar las manos y parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Estaba segura de que, si su hermana pequeña daba un tirón en ese momento, no iba a poder sujetarla porque se le resbalaría de la mano.

—Buenas tardes —saludó cuando llegó a su lado—. Qué dos niñas más guapas —añadió con una sonrisa mitad enigmática, mitad terrorífica.

—Gracias —respondió su padre—. Cuando se ponen pesadas se las puedo prestar.

—Parecen encantadoras, puede que le tome la palabra —repuso la mujer ya mientras se alejaba por el otro lado del parque.

Alana no se tranquilizó hasta que llegaron a casa. Seguía sin despertarse, aquello no era uno de sus sueños. La bruja pelirroja había estado allí, con ellas en el parque, e incluso había hablado con su padre. Estaba cerca, demasiado cerca, como la había advertido Atzu, el chafya, y, además, el gato de

tres patas eléctrico también le había dicho que la bruja iba a por ella y que estaba en peligro.

—¿No tenías tantos deberes que hacer? —le preguntó su padre al verla inquieta dando vueltas por la habitación.

—Papá, ¿puedo hablar contigo?

—¿Tiene que ser ahora? Tengo que haceros la cena.

—Sí, tiene que ser ahora. Tenemos que irnos de casa y cuanto antes mejor —soltó Alana sin meditar. Tenía que contarle sus preocupaciones.

—¿Irnos de casa? Pero, ¿es que todas las mujeres de esta familia se han vuelto locas de pronto? ¿Y adónde se supone que tenemos que irnos, señorita?

—No lo sé. ¿A casa de los abuelos?

—¿Y qué hay del colegio? ¿Y de mi trabajo? Ya sé que los abuelos siempre te dan regalos cuando vamos, pero ya va siendo hora de que te portes como una niña responsable.

—¡No me porto como una niña! Tengo trece años. Y, si quiero irme a casa de los abuelos, es porque soy responsable. Aquí estamos todos en peligro —protestó.

—¿En peligro? —inquirió Óscar a la vez que se cruzaba de brazos en la puerta de la habitación esperando que su hija saliera con cualquier tontería.

—Sí. En peligro. ¿No te sonaba de nada la mujer pelirroja del parque? ¿De nada? —preguntó Alana a punto de perder la paciencia.

—¿Y de qué me tenía que sonar esa señorita? —repuso su padre sin llegar a entender.

—¡Es la del carnet holográfico! ¡La que estaba en la sala de espera! ¡La bruja pelirroja de mis sueños!

—Está claro que has salido a tu madre, con tus sueños, las brujas y demás. La mujer del parque era una chica simpática con el pelo rojo, como hay cientos de personas en el mundo. Seguramente vive cerca y fue a La Central a renovar su carnet el mismo día que te llevamos a renovar el tuyo. Eso… si es la misma, porque yo no me he fijado y seguro que en el pueblo hay más de una decena de chicas con el pelo de ese color.

—¡Que no! ¡Que es ella! Y nos estaba espiando en el parque y quiere hacerme daño.

—¿Y quién te ha dicho eso? A mí me ha parecido muy simpática.

—Me lo dijo Atzu.

—¿Y quién es ese Atzu? Para ser un compañero de clase tiene un nombre muy raro.

—¡No! Atzu es un... —Alana dejó de hablar. Se dio cuenta de que, con lo que iba a decir, no iba a convencer a su padre. Si le hablaba del chafya con sus ojos limón, su pelo azul eléctrico y que se comunicaba por estornudos, acabaría castigándola.

—¿Es un qué? —inquirió Óscar.

—No es nada. Tienes razón —dijo y se cruzó de brazos—. ¿Puedo ir a la fiesta de cumpleaños de Almu? —preguntó.

Ya no quería hablar con su padre. Quería quedarse sola y leer los libros de su madre para aprender nuevos conjuros y hechizos. No le iba a ser suficiente con los hechizos de buena suerte. Tendría que aprender a defenderse. La bruja pelirroja estaba allí y su padre se negaba a marcharse de casa. No le quedaba mucho tiempo.

26

Ekabú no era lo que se imaginaba

El amanecer, de tonos índigo, llegó cuando los tres ya estaban frente a la puerta de la casa dispuestos a salir. No tenían tiempo que perder y el siguiente anochecer no iban a poder pasarlo en casa.

—¿No podríamos teletransportarnos? —preguntó Gare—. Sería mucho más rápido y no tendríamos que viajar incómodos en el sidecar.

—¡Qué genial sería que la magia pudiera solucionarnos todos los problemas! ¿Verdad? —respondió Helen.

—Empezamos bien. ¡Qué desilusión! ¿Las brujas no podéis teletransportaros?

—Yo no he dicho que no podamos.

—¿Entonces?

—Para teletransportarse son necesarias dos cosas: un hechizo poderoso y saber dónde se quiere ir.

—Queremos ir a Ekabú.

—¿Y sabes dónde está o cómo se llega? ¿Sabes conjurar un hechizo poderoso?

—No, ni idea —contestó Gare.

—Por eso no podemos teletransportarnos. Yo podría hacerlo, aunque fuese agotador y peligroso, pero ninguno de vosotros dos ha estado nunca allí. No podéis ir a un sitio que no conocéis, así que dejad de protestar y poned las manos sobre la moto.

Como al salir de Etrazen, Helen colocó las manos sobre el vehículo y Triz y Gare lo hicieron

sobre el sidecar, pero, en esta ocasión, este aumentó de tamaño mucho más que la anterior vez.

—¡Estupendo! —exclamó Triz—. Esta vez podremos ir más cómodos. Incluso podremos llevar las mochilas con nosotros.

Gare no dijo nada, se limitó a subirse, colocarse en su lado, poner las mochilas en el medio y quedarse en silencio. Helen enseguida notó el cambio. El subconsciente de Gare había hecho que esta vez el sidecar fuera más amplio. Parecía triste, enfadado, pensativo.

No habían transcurrido ni dos minutos de viaje cuando Triz empezó a interesarse por todo lo extraño que se iban encontrando por el camino. Quería aprender todo lo posible de Grawell. Helen tuvo que explicarle lo que eran los *marjes*[10], dónde crecía con mayor frecuencia la *galanga*[11] o cómo evitar acercarse demasiado a los *liquenbrin*[12]. Con cada noción que aprendía, Triz parecía más entusiasmada. Era como una niña pequeña a la que llevan por primera vez a una escuela de magia. Se sentía como su admirado Harry Potter.

Gare, sin embargo, viajaba en silencio. Con la mirada fija en el horizonte y sin inmutarse siquiera cuando un grupo de ents[13] se cruzó en su camino e hizo que Helen tuviera que frenar en seco. Intentaba explicarse a sí mismo qué demonios hacía allí. Si al menos Triz mostrara algo de afecto hacia él, le habría merecido la pena quemarse en la hoguera o ponerse en peligro por ayudarla. Sin embargo, no hacía más que dejarle claro que solo eran amigos, única y exclusivamente amigos. Y Gare estaba dispuesto a aceptarlo si ella se comportara como tal, pero los amigos no se alejan. Él sí que la había extrañado, sí que había pasado cada noche en el hospital pensando en ella y, aunque con su ausencia había dejado espacio a que Lilian se colara también en sus pensamientos, en cuanto parecía necesitarlo no había dudado en acudir en su ayuda. Pero estaba claro que ella no pensaba lo mismo y se preguntaba si no estaría mejor tomando agua de chocolate con Lilian en lugar de en aquel incómodo sidecar viendo extraños animales y seres cruzándose en su camino.

Cuando Helen estacionó la moto, volvió a la realidad. Desde que le mencionaron por primera vez el nombre de Ekabú, se había hecho a la idea de que se dirigían a otro pueblo con casas y con brujas que le mirarían mal, pero Helen había aparcado la moto a los pies de las faldas de una enorme montaña.

—¿Esto es Ekabú? —preguntó—. Dime que el círculo mágico está en el interior de alguna cueva y que no tenemos que subir hasta allí arriba —añadió señalando el sinuoso camino que llevaba hasta la cima.

—El círculo mágico está en una cueva...

—¡De puta madre! —exclamó Gare sin evitar interrumpir con su efusiva muestra de alegría.

—Está en una cueva en la cima —repuso Helen.

—¡Vamos, no me jodas! ¿No había ninguna más accesible?

—Precisamente por eso se usó la cueva de la cima, porque era menos accesible. Así que en marcha. Solo quedan tres horas para que anochezca y vamos a necesitar mínimo dos para subir.

—¿Dos horas? Yo no llego allí arriba ni en dos semanas —protestó Gare.

—Te dije que traerlo solo iba a ser un estorbo —apuntilló Triz mientras cogía una de las mochilas y se ponía en marcha.

—¡Ey! Que tú lo pasaste igual de mal que yo para subir al monte donde te quemé la primera vez. No vengas ahora de chulita, que no cuela —replicó Gare, cogió la otra mochila y salió tras los pasos de Triz, que ya se adentraba en el primer grupo de árboles.

Helen recogió las últimas pertenencias antes de seguirles, mientras pensaba que, aunque ambos rondaban los cuarenta años, en según para qué cuestiones seguían comportándose como adolescentes.

El camino de ascenso se iniciaba entre dos grandes rocas. Triz fue la primera en llegar y allí esperó a que su tía les diera alcance. Había iniciado el camino la primera solo por llevar la contraria a Gare, pero no tenía ni idea de hacia dónde tenía que ir. Helen no tardó en ponerse al frente de la curiosa expedición. Sin duda, era quien se encontraba más en forma de los tres. Triz intentaba seguirle el ritmo sin protestar para no tener que dar la razón a Gare, pero empezaba a faltarle el aire y le caían gotas de sudor por la frente. Gare lo llevaba todavía peor; iba unos pasos por detrás, rojo como un tomate maduro y con la camiseta empapada, pero tampoco protestaba. Estaba dispuesto a morir de agotamiento antes que tener que darle la razón a Triz, confirmando que era un estorbo.

A la media hora de camino, cuando las sombras de los árboles empezaron a hacerse más escasas y la luz de Rigel los golpeaba con justicia, vio un pequeño estanque donde unos peculiares patos nadaban en círculos. Aprovechó su presencia para llamar la atención de Helen, a ver si así se detenía un rato.

—Son Papiarkoudas[14]. Te recomendaría no enfadarlos mucho.

—¡Son patos! ¿Qué van a hacerme? Si me atacan, les tiro unas migas de pan y listo.

—Triz, ¿se lo explicas tú? —dijo Helen. Quería que ambos volvieran a hablarse sin discutir—. Si no recuerdo mal, te contaba un cuento de Papiarkoudas cuando eras pequeña.

—Me acuerdo. ¿No crees que estaría bien ver cómo Gare intenta defenderse con unas migas de pan? Creo que sería divertido.

—¡Serás bruja! —replicó Helen a carcajada limpia ante semejante obviedad.

—Oye, que puede que esté un poco fuera de forma, pero creo que contra un pato puedo defenderme —se quejó Gare.

—A ver cómo te lo explico... a ti que te gusta el cine de cuando éramos niños, seguro que te acuerdas de esta película —comenzó Triz—. *Caperucita roja, ¿a qué tienes miedo?*

—Sí, claro que la recuerdo. Es más, me gustó mucho el giro final.

—¿Te parecía inofensiva la chica?

—Me parecía guapa.

—¿Ves la paciencia que tengo que tener con él? —replicó Triz dirigiéndose a su tía—. Además de guapa, ¿te parecía que podrías enfrentarte a ella?

—¿Y qué tiene que ver eso con los Papiarkoudas?

—Que las apariencias engañan. Ahí donde ves inofensivos patos, cuando se enfadan, les pasa como a la caperucita de la película.

—¿Patos lobo?

—Patos oso.

—¡No jodas! —replicó Gare, a la vez que daba un salto para alejarse del estanque.

Helen y Triz se echaron a reír.

—Cuando era pequeña mi tía me contaba la historia de un papiarkouda miedoso que temía a todo el mundo porque todos eran más grandes que él, hasta que un día descubrió su poder y se convirtió en un oso que atemorizó a todos. Me decía que no me preocupara porque yo fuera pequeña, que algún día descubriría mi poder y no tendría nada que temer... La verdad es que todavía

espero a que llegue ese día.

—No tardará en llegar —replicó Helen—. Ya viste las caras del resto de las brujas del consejo cuando las hiciste volar por los aires. Cuando descubras todo tu poder, no le tendrás miedo a nada.

—La verdad es que yo no vi nada. Te recuerdo que, cuando entro en trance, suelo desmayarme —replicó Triz—. Si quieres —continuó, esta vez dirigiéndose a Gare—, puedes intentar coger una pluma que hayan perdido. Son muy útiles como escudo de defensa.

—Puede que nos vengan bien —repuso Gare, que sin embargo no hizo ningún ademán de acercarse a los no tan inofensivos patos.

Pero quería demostrar que no era un absoluto estorbo, así que al final se animó, no sin tomar precauciones, a acercarse. Los papiarkoudas parecieron ignorarlo. Vio una pluma al borde del estanque y se animó a cogerla. Uno de los patos graznó y del susto se cayó de culo al suelo. Triz y Helen rieron a carcajadas, mientras él intentaba conservar su dignidad poniéndose en pie y guardando la pluma en su mochila.

—Me he resbalado. Aquí el suelo está húmedo.

Tras dejar atrás el estanque con la familia de papiarkoudas, el camino se empinaba aún más. Las copas de los árboles quedaban a sus pies y no había ninguna sombra que aliviara su camino. Gare creía que iba a echar los pulmones por la boca con cada ataque de tos que tenía. Triz también estaba agotada. Había dejado de intentar fingir que iba bien y caminaba jadeando mientras se quitaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. Hasta Helen empezaba a mostrar síntomas de fatiga.

—No puedo más —protestó Gare—. Me da igual que penséis que soy un estorbo, un inútil o lo que queráis. O paramos un minuto u os espero aquí a que bajéis —añadió. Dejó caer la mochila al suelo y buscó una piedra en la que sentarse. Se sentía incapaz de dar un paso más sin desmayarse.

Triz no dijo nada. Se limitó a dejar caer su mochila y a sentarse en el suelo. Era su manera de decir que estaba de acuerdo con Gare, pero sin tener que verbalizarlo.

—Está bien. Cinco minutos. Todavía tenemos un buen tramo hasta llegar a la cueva y cada vez queda menos para que anochezca. Y no es conveniente que nos pille la noche en medio de Ekabú.

—¿Qué pasa por la noche? —preguntó Gare mientras sacaba agua de su mochila—. No me lo digas, cuando se va la luz salen a pasear búhos vampiro.

—Qué bobo... No existen los búhos vampiro. Eso son solo las mariposas, pero no son las mariposas vampiro nuestro principal problema. Es Ekabú.

—¿La montaña? —se sorprendió Gare, que todavía estaba esperando a que Helen se riera para confirmar que le estaba tomando el pelo con lo de las mariposas vampiro. Pero no se rio—. ¿Qué le ocurre a la montaña cuando se hace de noche?

—Como te he dicho antes de empezar a subir, se eligió Ekabú como lugar para guardar los símbolos sagrados porque es la montaña más inaccesible de Grawell, y no solo por sus interminables y empinadas cuestas o por los seres que viven en ella. Por la noche, Ekabú es todavía más terrorífica, es la propia montaña la que se defiende de los intrusos.

—¿Terrorífica? Joder. Por mucho que corramos no nos va a dar tiempo a subir hasta la cueva y a volver a bajar antes de que anochezca —protestó Gare.

—Por eso debemos llegar a la cueva antes de que lo haga. La cueva es un lugar mágico en el que podremos pasar la noche relativamente a salvo.

—Que sepas que ese relativamente no me ha ayudado a tranquilizarme en absoluto —replicó Gare, que se puso en pie, más impulsado por el miedo que por haber recuperado fuerzas para seguir caminando.

A pesar de que lo intentaban con todas sus energías, Gare y Triz no conseguían mantener el ritmo de Helen que, a cada parada que se veía obligada a hacer, iba poniendo peor cara. Rigel se acercaba cada vez más al horizonte y Ekabú no tardaría en despertar.

—¡Vamos, chicos! ¡Hay que darse prisa! —exclamó cuando el cielo empezó a ponerse violeta.

—¿Cuánto queda? —preguntó Gare con la lengua y los pulmones fuera de la boca.

—¡Es allí! —gritó Helen a la vez que señalaba hacia la entrada de una cueva a unos doscientos metros, aunque eran todos cuesta arriba y muy empinados.

Al verlo, Gare estuvo a punto de tirar la toalla. Se sentía incapaz de dar un solo paso más y mucho menos de llegar hasta allí arriba. Iba a dejar caer la mochila y volver a sentarse cuando el suelo pareció moverse bajo sus pies.

—¡Corred! —gritó Helen—. ¡Ekabú está despertando!

La montaña empezó a temblar como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción. Pero, aunque eso parecía peligroso, la cara de terror con la que Helen los miraba presagiaba que lo que se avecinaba era peor que un río de lava.

Sin saber de dónde sacarían las fuerzas, Gare y Triz echaron a correr, pero en aquella empinada cuesta y agotados como estaban parecían un dibujo a cámara lenta. Por mucho que intentaban mover sus piernas, la cueva no parecía acercarse.

Los tonos violetas del anochecer teñían el lugar del color de las pesadillas y sombras tenebrosas y fantasmales empezaron a alzarse entre ellos y la gruta.

Cuando el último rayo de luz de Rigel se perdió en el horizonte, Helen alcanzó la entrada, pero Triz estaba todavía a unos metros de llegar y Gare, peor aún, más atrás.

—¡Corred! —repitió Helen.

Con el último aliento, incapaz de dar un solo paso más, Triz se dejó caer dentro de la cueva de un salto, al borde del infarto.

Pero a Gare todavía le faltaban varios metros para llegar y los temblores de Ekabú terminaron por tirarlo al suelo.

—¡La pluma de papiarkouda! ¡Saca la pluma! —exclamó Helen desde la entrada de la cueva.

Gare, sin saber para qué, obedeció. Buscó la pluma que había cogido en el estanque y la mostró como si fuera una bandera blanca.

—¡Colócatela en la cabeza! —exclamó Helen que, viendo que Gare iba a ser incapaz de llegar solo a la gruta, había empezado a correr hacia él.

A Gare le hubiera encantado tener una larga melena donde colocar la maldita pluma, pero se tuvo que conformar con sujetarla en una de sus orejas.

En ese momento, una de las sombras tenebrosas se presentó ante él con forma de monstruo de barro dispuesto a golpearle con sus brazos. Gare se encogió para protegerse, pero se sorprendió al no sentir nada. El golpe había sido repelido por la pluma, que al verse atacada se había convertido en una rocosa piel de oso que le cubría de pies a cabeza.

Helen llegó a su lado y tiró de su mano. Todavía aturdido, Gare consiguió ponerse en pie y

juntos recorrieron los metros que les faltaban para llegar a la cueva.

En cuanto sus pies entraron en la gruta, los dos cayeron en el suelo, exhaustos. Gare todavía estaba temblando, con el miedo en el cuerpo.

—*Solas, lasair, tine*[15] —pronunció Helen en medio de la oscuridad cuando recuperó el aliento.

De las paredes empezó a brotar una tenue luz blanca que llenó de sombras el camino.

—Casi que prefería no ver por dónde íbamos —dijo Gare, al que cada sombra le parecía un peligro que le acechaba y le recordaba al monstruo de barro del exterior.

—¿Quieres dejar de protestar por todo? —replicó Triz, aunque sus reacciones no acompañaban a sus palabras. Se había agarrado a la mano de Gare. Él no había protestado.

—Ya estamos llegando. Tened cuidado con las rocas, están más afiladas que las hojas de papel y hacen unos cortes igual de difíciles de cerrar.

La complejidad del camino que tenían que seguir hizo que tardaran casi el mismo tiempo en recorrer cien metros de gruta cuesta abajo que lo que les había costado subir la última de las dificultosas cuestas. La humedad hacía el camino resbaladizo y las rocas que lo rodeaban lucían amenazantes. Helen avanzaba con paso dubitativo mientras que Gare y Triz se agarraban el uno al otro para no caer. Unos minutos más tarde, llegaron al final del sendero con las piernas doloridas por el esfuerzo, pero sin un solo rasguño.

—Ya hemos llegado —anunció Helen a la vez que señalaba un círculo.

Gare y Triz se quedaron con la boca abierta. El círculo, tallado en piedra obsidiana, de más de medio metro de altura, se mostraba inaccesible. No tenía entrada alguna. Los matices negros y grises de la piedra absorbían la luz que emanaba de las paredes de la cueva y proyectaba en su interior pequeños rayos arcoíris que se concentraban en la base de unas torres situadas en los puntos cardinales que se elevaban por encima de los dos metros y que estaban coronadas por cuatro cúspides de piedra azabache, aún más negra y brillante que la obsidiana, y dentro de ellas cuatro cuencos de distintos tipos de ágata: musgosa, dendrítica, carneola y fuego.

—Cada uno de esos cuencos representa a uno de los elementos. El cuenco de ágata musgosa contenía el sigilo tierra, porque su magia enraíza el exceso de energía espiritual con la Madre Tierra; el de ágata dendrítica contenía el sigilo agua porque, por sus microcristales y sus dibujos, el agua circula como el cauce de un río y porque la primera piedra conocida fue encontrada junto a este

elemento; el de ágata carneola, aunque su nombre parezca recordar a la carne, conservaba el sigilo del aire, como la carne humana contiene nuestra alma etérea...

—No me lo digas —interrumpió Gare—. El ágata fuego conservaba el sigilo del fuego. ¡A que sí!

—Esta no era difícil —respondió Helen sin poder evitar una sonrisa, pese a la interrupción. Le gustaba que Gare intentara bromear por muy mal que lo estuviera pasando—. Como veis, ninguno de los cuatro sigilos está en su lugar. Y os aseguro que no es nada fácil arrancarlos de su sitio. Quien se los haya llevado tiene una magia poderosa, muy poderosa.

—¿Y por dónde se supone que vamos a empezar a buscar? —preguntó Triz.

—Por el mismo sitio que en las novelas policíacas, esas que tanto le gustaban a mi hermana —respondió Helen—. Analizando la escena del crimen.

—¿Crees que vamos a encontrar a quien se ha llevado los sigilos porque se ha dejado una huella? —interrogó Gare, a quien la idea de meterse en la piel de un investigador le agradaba.

—Necesitamos acceder al círculo mágico, pero su magia es muy fuerte. Ni siquiera las brujas de elemento hemos podido hacerlo. Por eso esperábamos tu llegada —explicó Helen dirigiéndose a su sobrina.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Usa tu magia. La misma que has usado en el consejo.

—Volveré a desmayarme. Como si lo viera… —repuso Triz antes de respirar profundo y concentrarse.

Empezó a murmurar esas palabras inteligibles que solía pronunciar cuando entraba en trance y no tardó en elevarse. La magia la llevó por encima de las paredes del círculo mágico y la colocó en el centro del mismo, sobrevolándolo.

Helen y Gare se la quedaron mirando asombrados. Allí, levitando, con los brazos extendidos y con un aura de energía a su alrededor, Triz parecía un ángel.

Rayos blancos empezaron a salir de su cuerpo y a alcanzar las torres donde debían estar los sigilos. De ellas empezó a emanar una energía de color verde.

—¡Huellas de energía! —exclamó Helen.

—¿Y eso qué es? —preguntó Gare.

—Habrás oído hablar de las auras, de las energías del cuerpo.

—Sí, algo me suena.

—Cada energía es única, como las huellas dactilares, y pasa lo mismo con la magia. Toda magia deja una huella energética que puede ser rastreada.

—¿Y cómo se obtiene una huella energética?

—¡Gracias a las ágatas! —exclamó Helen—. Las ágatas son piedras mágicas que absorben las energías negativas. Quien robó los sigilos tuvo que acercarse lo suficiente a las piedras como para que absorbieran parte de su energía. Triz está sacándolas de las ágatas con la suya propia.

—¿Y qué podemos hacer?

—Usaremos un trozo de malaquita para limpiar el ágata de la contaminación energética y la usaremos para seguir el rastro de esa energía.

—¿Y tenemos malaquita? —preguntó Gare.

—Puse un trozo en tu mochila —respondió Helen.

—¿Piedras en mi mochila? ¡Así me ha costado subir a mí! —gritó sin poder evitar un ataque de risa que se le cortó al ver como la energía de color verde se acercaba al cuerpo de Triz.

Gare sacó de su mochila la malaquita. Helen la cogió y se acercó al círculo, pero sin llegar a tocar la piedra.

—Ven. Cuanta más energía mágica tengamos, mejor resultará el hechizo.

—¿Los dos? —preguntó con extrañeza Gare, que no esperaba que Helen se dirigiera a él para hacer un conjuro.

—Estás en Grawell, ¿no es así? Tú también eres brujo.

—Pero no tengo ni idea de usar magia.

—Solo tienes que hacer como con la moto. Colocar tus manos sobre la piedra y concentrarte en

lo que deseas. Nada más. De invocar el hechizo me encargo yo.

Gare obedeció. Colocó sus dos manos sobre la piedra de tal manera que la cubría. Helen hizo lo mismo y empezó a decir palabras que él no entendía.

—*Berosbal girnea tivenga. Berosbalgirntivga* —repetía una y otra vez mientras él se concentraba en pensar en que aquello saliera bien y observaba a Triz sobrevolando el círculo. Era la primera vez que la veía tanto tiempo en trance y estaba preocupado.

La malaquita empezó a agitarse entre sus manos como una mosca que choca una y otra vez contra el cristal intentando escapar. Un par de veces estuvo tentado de abrir las manos ante la posibilidad de que la piedra acabara haciéndole un agujero en las palmas con tanto golpe, pero las de Helen seguían firmes a su alrededor con una fuerza superior a lo que sus pequeñas manos daban a entender. Eran como garras de piedra firmemente fijadas.

La malaquita empezó a calentarse con la fricción y Gare sintió que la piel empezaba a arderle, pero no dijo nada por miedo a desconcentrar a las dos brujas. Si el hechizo no salía bien por su culpa, no le iba a quedar más remedio que reconocer que era una carga, y no estaba dispuesto a aguantar una nueva bronca de Triz. Ya se había dejado quemar en una hoguera y el dolor que sentía en las manos era mucho menor que el que había sentido cuando las llamas le alcanzaron en el patio trasero de Nara. Podía aguantar, pero para hacerlo se mordió el labio inferior y abrió los ojos.

Pudo ver como la especie de aliento verdoso se alejaba del cuerpo de Triz y sobrevolaba el círculo hasta concentrarse sobre la torre situada sobre sus cabezas. Como un águila que avista su presa, se lanzó en picado hacia ellos haciendo que Gare tuviera que ahogar un grito en su garganta. Helen y Triz seguían en trance y parecían no estar viendo nada.

El hálito alcanzó sus manos y las atravesó por entre sus dedos hasta alcanzar la malaquita. Cuando todo el vaho estuvo contenido, la malaquita empezó a tranquilizarse y a enfriarse. Triz y su tía dejaron de balbucear raras palabras y la primera cayó desmayada fuera del círculo.

—¿Estás bien? —preguntó Helen en cuanto llegó al lado de su sobrina.

—Ya te dije que me iba a desmayar. Me pasa siempre que hago esto. ¿Qué ha pasado?

—Creo que lo tenemos —dijo Gare sin atreverse a separar las manos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Helen.

—He abierto los ojos durante el conjuro y he visto una especie de vapor verde salir de las ágatas y colarse en la malaquita a través de nuestras manos.

—¿Has abierto los ojos? —preguntó Triz antes de taparse la boca con la mano.

—Sí. No me dijisteis que no pudiera hacerlo. ¡Mierda! ¿He hecho algo malo? —inquirió Gare al ver la cara de preocupación de Triz.

—No tiene por qué... —empezó a decir Helen—. Normalmente no ocurre nada cuando se ve una energía negativa.

—¿Normalmente? Eso no me tranquiliza. Tengo un don para que no me ocurran cosas normales —replicó Gare—. ¿Qué pasa en esas veces no tan normales?

—Que parte de esa energía negativa puede no entrar en la malaquita y quedar atrapada en el iris de quien la observa.

—¡Estupendo! —exclamó a la vez que se frotaba los ojos con el dorso de la mano. Al hacerlo dejó a la vista las palmas y Triz pudo ver las quemaduras que la malaquita le había producido.

—¡Te has quemado las manos! —exclamó.

—Eso me temo. Cuando pensaba en hacer cosas calientes contigo no me imaginaba que me fuera a quemar, pero ya ves. Contigo nada sale nunca como uno espera.

—Pero mira que eres tonto —comentó Triz a la vez que le propinaba un golpe en el brazo—. Trae aquí esas manos para que te las cure. —Triz sacó un frasco con caléndula y aloe vera y extendió la pomada por las manos de Gare, mientras este no dejaba de mirarla.

27

Sigilo del aire

Con la malaquita cargada de energía y guardada en una caja de ébano para contenerla, Triz vendó las manos de Gare y sacó algo de comida de la mochila, buscó un lugar donde sentarse y, sin encontrar ninguno, terminó dejándose caer en el suelo y apoyando su espalda contra el muro de piedra del círculo.

—Deberíamos comer algo y descansar hasta que vuelva la luz. La noche anterior apenas pude dormir y las levitaciones me dejan sin energía. Deberíamos cerrar los ojos un rato… —sugirió Triz tras acomodarse.

—Estoy de acuerdo. No sabemos adónde nos va a llevar la energía de esa piedra y descender Ekabú es casi más duro que ascenderlo —añadió Helen.

—Después del susto al llegar, no pienso salir de aquí hasta que sea bien de día y la tierra se esté quietecita —repuso Gare—. Así que, por mí, de acuerdo.

Gare y Helen se sentaron en el suelo y ella también sacó comida de la mochila. Él las miraba a las dos como el gatito de *Shrek*, pidiendo clemencia.

—¿No vas a comer nada? —preguntó Triz al ver que no abría su mochila. Este le enseñó las manos que le acababa de vendar—. ¡Ay, que el niño quiere que le den de cenar!

—Me encanta que te haga gracia. Espero que te haga la misma cuando me entren ganas de orinar y alguna de las dos tenga que ayudarme —replicó Gare.

—¡Ah, no! Eso sí que no. Por mí como si te lo haces encima —rio Triz, que parecía ir recuperando el humor. Haber encontrado gracias a su magia la energía dejada por quien robara los sigilos le hacía sentirse mejor, más útil.

—No te preocupes por eso, Gare. La pomada que te ha puesto mi sobrina hace efecto bastante rápido. En unas horas tendrás las manos como nuevas. Y, en caso de urgencia, ya te ayudaré yo si hace falta —repuso Helen.

—¡Ey! ¿Qué es eso de que le ayudarás tú? —protestó Triz.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que en Grawell hay pocos hombres interesantes?

—¡Pero Gare es un poco más mayor que yo! Tú eres muy vieja para él, tía.

—Te recuerdo que desde que estoy en Grawell no envejezco y que me vine aquí con vuestra misma edad... —respondió Helen con su sonrisa más pícara.

—¡De eso nada! Si hay que ayudar a Gare, lo haré yo, que para eso ha venido aquí por mí.

—¿Lo ves, Gare? No hay como provocarla un poco —volvió a reír Helen mientras le daba un codazo—. Es como el perro del hortelano.

Triz por su parte puso cara de enfado, pero por dentro reía la ocurrencia de su tía. Siempre había sido alegre, traviesa y divertida. Incluso enferma y cerca de tener que marcharse, le encantaba bromear y molestarla. Echaba tanto de menos esos momentos que no le importaba que se metiera con ella.

—No sé yo. Teniendo en cuenta que no hace más que meterse conmigo casi que preferiría que fueras tú quien me ayudara —apuntilló Gare para ahondar en la herida.

—Ya os vale a los dos. Lo que tienes que hacer es cerrar la boca y aguantarte las ganas hasta que se te curen las manos —dijo Triz. Para asegurarse de que Gare no replicaba le metió un trozo grande de fruta en la boca—. ¿Cómo vamos a dormir? Solo hemos traído dos sacos. No había más en casa.

—Vivo sola desde hace treinta años. ¿Cuántos esperabas que tuviera en casa? Creo que lo más práctico es que los unamos y nos tapemos los tres con ellos —respondió Helen.

—¡Qué bien! Voy a dormir con dos mujeres guapas —celebró Gare. Triz no dudó en soltarle un codazo.

—Tú dormirás en una esquina y con las manos quietas —le avisó y reprimió una carcajada.

—¿Ves lo que tengo que aguantar, Helen? Ni fantasear un poco le dejan a uno. Y así desde que

tenía diecisiete años... ¿te lo puedes creer?

Una vez unidos los sacos, fue Triz quien ocupó el centro con su tía a su derecha y Gare a su izquierda. Como la noche anterior, tampoco pudo conciliar bien el sueño y esta vez no tenía la opción de irse a la cocina. Ni siquiera podía salir de la cueva a dar un paseo para intentar calmarse. Bastante susto se había llevado antes de entrar, cuando la noche les había pillado a escasos metros de la entrada.

Helen había formulado un hechizo para apagar las luces de la cueva y ahora solo la negrura los rodeaba. La negrura y los ruidos procedentes de Ekabú fuera de la cueva. Unos sonidos nada tranquilizadores.

Para intentar abstraerse de ellos, se puso a recordar la última vez que había dormido con su tía cerca. Fue la noche de Navidad, el año anterior a que tuviera que marcharse. Toda la familia se había reunido en casa y no había camas suficientes y a Triz no le importó compartir la suya con su tía. Recordaba que se había quedado dormida mientras ella le contaba una de sus muchas historias de brujas y que aquella noche durmió más feliz que nunca. Tener a su tía al lado le proporcionaba la calma que alguno de sus sueños empezaba a quitarle. Desde que se tuvo que marchar, no había vuelto a dormir tan tranquila como aquella noche. Como en aquella ocasión, se abrazó a ella antes de que el sueño terminara por darle alcance.

Una suave luz en la cueva hizo que abriera los ojos solo un par de horas más tarde. Se sobresaltó al darse cuenta de que había dejado de estar abrazada a su tía y que ahora rodeaba con su brazo a Gare apoyada en su espalda. Se puso de pie de un salto al darse cuenta.

—Buenos días. ¿Has descansado? —preguntó Helen, que estaba sentada al otro lado de la gruta con la caja de ébano que guardaba la malaquita en sus manos.

—No mucho, me costó quedarme dormida —respondió Triz todavía recuperando el ritmo cardíaco después del sobresalto—. ¿Y tú? ¿Qué haces con la caja?

—Intento averiguar dónde tenemos que dirigirnos. La malaquita parece indicar hacia el norte. No deja de moverse hacia ese lado de la caja.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Triz al ver la preocupación en el rostro de su tía—. En cuanto salga la luz iremos al norte.

—El problema es lo que hay al norte de Ekabú. Me temo que quien se ha llevado los sigilos se ha llevado uno a Cogar, el desierto de los susurros. Eso y que no vamos a poder usar la moto que nos hemos dejado al otro lado.

—¿Y qué es Cogar?

—Ya sabes que nuestras antepasadas crearon Grawell para que las brujas perseguidas no tuvieran que morir. Aquí las brujas no envejecemos ni morimos, salvo que seamos nosotras mismas quienes nos matemos... pero ¿y el resto de seres que viven en Grawell?

—¿Qué pasa con ellos?

—Ellos llegaron después. Son seres que fueron expulsados de sus mundos y que recibieron asilo en Grawell. Las dríadas, los ouroborus, los marjes... Todos ellos recibieron refugio cuando fueron exiliados, pero ellos sí que envejecen, sí que mueren... Y, cuando lo hacen, van a Cogar. Allí solo hay muerte.

—¿Y por qué se le llama el desierto de los susurros?

—Porque las almas muertas susurran sus penas entre las piedras y la arena del desierto.

—Eso suena genial...

—¿Qué suena genial? —preguntó Gare, que acababa de despertar.

—Que la malaquita indica que al primer lugar que tenemos que ir es al cementerio de Grawell —respondió Triz.

—No suena muy tranquilizador —comentó Gare mientras comprobaba que las manos ya le habían mejorado sustancialmente de las quemaduras y recogía los sacos de dormir.

—No lo es. Ninguna bruja se acerca allí voluntariamente —dijo Helen.

Gare aprovechó los últimos momentos de oscuridad fuera de la cueva para aliviar sus necesidades y, en cuanto las primeras luces entraron por la grieta, iniciaron el descenso de Ekabú por su cara norte. Gare no iba muy confiado. Después de que Ekabú le atacara la noche anterior, no daba un paso sin asegurarse de que iba a encontrar tierra firme bajo sus pies. Eso les estaba retrasando. Tras un tortuoso descenso pudieron divisar a lo lejos el lugar al que se dirigían.

Una enorme extensión de piedras y maleza ocupaba gran parte del horizonte dándole una tonalidad gris ceniza. El contraste con el verde de los árboles de Ekabú lo hacía todavía más siniestro.

—No pinta tan mal —declaró Gare al detener su descenso para observar el paisaje.

—¿Cómo que no pinta mal? Se me han puesto los pelos de punta solo con verlo de lejos —replicó Triz.

—Bonito no es... pero es tan llano... —replicó Gare, que estaba harto de tener que subir y bajar empinadas cuestas.

El descenso de Ekabú terminó por destrozarles las rodillas y minar su ánimo. Cruzar el bosque que poblaba las faldas del monte les dio un tiempo de protección ante los calurosos rayos de Rigel, pero los llenó de temores ante los seres que se iban encontrando. Cuando Gare vio una nueva bandada de papiarkoudas les agradeció la ayuda que le había supuesto su pluma, pero también el hecho de comprobar el tamaño que podían llegar a alcanzar aquellos animales le hizo no separarse de Triz.

—Gracias por venir —susurró esta a su lado cuando ya llevaban media hora de camino en silencio.

—De nada. Después de lo del tiro en el mundo virtual, dejarme quemar me pareció menos estúpido.

—No sé por qué sigues actuando así por mí... No dejo de regañarte y enfadarme.

—Te lo dije hace tiempo. Haría cualquier cosa por ti, aunque te empeñes en criticarme por cada una de ellas. Si necesitas mi ayuda, me tendrás siempre de tu lado.

—Pero no entiendo por qué lo haces… No me lo merezco.

—Te lo dije en el hospital antes de que te marcharas.

—Si te soy sincera, no llegaste a decirme nada. La anestesia te hacía quedarte dormido y despertar a cada rato. Te quedaste a medias —confesó Triz. Al mirarle, esbozó una sonrisa.

—¿En serio? No me lo puedo creer. En mi cabeza daba por hecho que había roto ese maleficio.

—Me temo que no, pero que conste que entendí lo que querías decirme.

—¿Fue por eso que dejaste de buscarme en Aisling?

Triz se quedó unos instantes en silencio. No estaba segura de querer explicarle los motivos a Gare, entre otras razones porque eso supondría tener que hablarle también de sus sentimientos.

—Desde que regresé a casa, tras dejarte en el hospital, mi vida ha cambiado —empezó a decir—. Alana ha estado durmiendo mucho mejor por las noches desde que se libró de sus pesadillas con Cristian y ya no he tenido que pasarlas con ella. Óscar se ha mostrado más cariñoso y comprensivo estos días y no hemos discutido, al menos no todos los días como antes. En mi casa ha vuelto a respirarse tranquilidad y un ambiente familiar.

—Has vuelto a dormir con tu marido, ¿verdad?

—Sí, varias noches hemos dormido juntos. ¿Cómo lo sabes?

—La última vez que hablamos se te escapó que Óscar te iba a despertar... entiendo que no hayas abierto Aisling para hablar conmigo.

—Gracias por entenderlo, pero no deberías. Te arriesgaste por mí, has pasado semanas en el hospital y yo ni siquiera te he preguntado cómo estabas. Y la siguiente vez que nos vemos lo primero que hago es chillarte.

—Bueno, así empezamos nuestro anterior reencuentro y acabamos con un beso.

—No te creas que ese final se va a volver a repetir, ¿eh? Como te he dicho, la situación en casa está más tranquila y estoy mejor con Óscar, aunque haya vuelto a ser el mismo idiota de siempre cuando le dije que tenía que marcharme. Sabes que te tengo mucho cariño, pero sigo estando casada. Además, tú tienes a la Lilian esa, ¿no?

—Lilian es solo una compañera de trabajo con la que he salido una noche a probar agua de chocolate. La de cosas raras que se beben desde que me quedé encerrado en el mundo virtual. En realidad, entre nosotros no ha pasado nada salvo un corto beso en la noche de fin de año. No te voy a negar que hubiera pasado si no llega a ser porque Nara estaba esperándome en el portal, pero no pasó.

—Pero ¿te gusta?

—Es guapa, simpática, divertida, una loca a la que le gusta saltarse las normas y que ama el cine antiguo tanto como yo... pero no eres tú.

—Eso también deberías considerarlo una virtud.

—Ya ves... Tengo gustos raros.

El bosque terminó de forma abrupta, como un acantilado al llegar al mar. El paisaje verde quedó atrás y todo lo que les rodeaba se tiñó de gris. Helen, que caminaba unos pasos por delante para darles intimidad, se detuvo en medio de la nada.

—Vamos por buen camino. La malaquita se ha vuelto loca dentro de la caja en cuanto hemos salido del bosque —declaró mientras mostraba la caja dando botes en la palma de su mano.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Gare—. ¿Por qué la malaquita se altera de esa forma? Estoy seguro de que quien robara los sigilos no se habrá quedado aquí esperándonos.

—Tampoco creo que esté aquí, pero que la malaquita se comporte así quiere decir que no muy lejos hay una concentración de la energía negativa que estamos siguiendo mayor de lo normal. Creo que quien robó los sigilos se detuvo cerca.

—Pues démonos prisa. La última vez que estuve en Grawell solo me quedé unas horas y no sé si voy a ser capaz de acostumbrarme a este ritmo de días y noches. Hemos perdido dos horas en descender de Ekabú y en otras cinco volveremos a quedarnos a oscuras y, si os digo la verdad, no me apetece nada quedarme en tinieblas en este lugar.

Reiniciaron el camino con paso decidido, pero los sonidos de Cogar no tardaron en meterles el miedo en el cuerpo y hacerles aminorar la marcha. De las piedras surgían murmullos, suspiros y jadeos de dolor que se clavaban en sus ánimos como puñales en la piel. Unos pasos más adelante, empezaron a ver sobre las piedras restos de animales y esqueletos de seres que Gare no llegaba a reconocer.

—¿Qué son? —preguntó señalando un grupo de esqueletos que parecían tener ocho patas y dos cabezas.

—Son Lutricampus[16], el reflejo de que el amor eterno existe.

—¿Esas cosas con ocho patas y dos cabezas son cariñosas?

—No tienen ocho patas y dos cabezas. Son una pareja. Desde que se conocen no se separan el uno del otro y, cuando uno de los dos muere, el otro permanece a su lado y muere protegiendo su cuerpo.

—Qué tierno... —murmuró Triz.

—A mí me parece un poco paranoico y enfermizo —repuso Gare.

—Lo que se escucha entre las piedras es el lamento de estos cariñosos seres antes de morir al lado de su pareja. Son sus lloros y quejidos por la pérdida. Por eso, a este lugar se le conoce como el desierto de los susurros.

—¿Y por qué se siguen escuchando sus lamentos?

—Es por las piedras que llenan este lugar. Son como cajas de resonancia que repiten una y otra vez esos lamentos.

—Este lugar es aterrador —murmuró Gare.

Continuaron siguiendo el camino que marcaba la malaquita. Gare no podía entender qué era lo que mantenía tan alterada a la piedra dentro de la caja. Por mucho que miraba a su alrededor solo podía ver piedras susurrando lamentos y un montón de maleza grisácea. Al menos, hasta que le pareció ver una sombra moviéndose.

En un primer momento no dijo nada, pensó que habría sido un reflejo o una alucinación producto de la fuerza de los rayos de Rigel golpeando en su cabeza, pero, cuando volvió a ver la sombra deslizarse entre dos piedras, llamó la atención de sus acompañantes.

—¿Estáis seguras de que somos los únicos seres vivos en este desierto?

—Por lo menos los únicos que no estamos a punto de morir. ¿Por qué? —preguntó Helen—. ¿Has visto algo?

—Me ha parecido ver algo moverse entre aquellas rocas —informó Gare señalando al frente.

—¿Podrías ser un poco más específico, Gare? —replicó Triz y le recordó que todo a su alrededor eran rocas.

—¡Joder, allí! Entre aquella plana y la otra que tiene forma de cabeza de perro —respondió Gare.

Hacía gestos señalando a una roca que se asemejaba a un perro rabioso.

—No os mováis —aconsejó Helen—. Gare, deja de hacer aspavientos.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—Eso no es una roca. Es un canignis[17] gris.

—Mi latín está casi muerto, pero ¿dices que esa cosa es un perro de fuego? —preguntó Gare.

En una reacción involuntaria dio un paso atrás impulsado por el miedo. Al hacerlo sin mirar, tropezó con una de los múltiples guijarros que rodeaban sus pies. No pudo evitar dar un traspié y varios pedruscos de pequeño tamaño rodaron a su alrededor. Lo que había confundido con una roca empezó a gruñir y se puso en pie sobre la piedra plana. Sus ojos carmesí les miraban con furia.

—¿No se supone que los seres de Grawell solo vienen a este lugar a morir? Yo veo a ese chucho muy vivo —se quejó Gare. En su cobardía, se había colocado un paso por detrás de Triz y tenía los músculos en tensión dispuesto a salir corriendo como alma que lleva el diablo, por mucho que le dolieran las piernas, si el perro osaba atacarlo.

—Me temo que quien se llevó los sigilos lo ha dejado aquí para evitar que nadie siga sus pasos.

—Hay algo raro en su actitud —mencionó Triz intentando no levantar mucho la voz—. Si lo que leí sobre los canignis de color gris es cierto, estos perros siempre atacan. Ya nos ha visto, ¿por qué no lo hace?

—Se habrá comido unos cuantos huesos de lutricampus de esos y se habrá quedado sin apetito. Yo que sé, Triz, pero no le des ideas. Mejor que se esté quietecito —objetó Gare.

—Creo que no ataca porque está protegiendo algo.

—No me digas que debajo de esa roca hay una camada de perros llameantes grises, porque entonces sí que me cago en los pantalones.

—Puede que esté protegiendo el primero de los sigilos. La malaquita no deja de moverse en la caja. Quizá uno de los símbolos esté aquí —repuso Helen.

—Yo, aparte del chucho enfadado y un montón de piedras, no veo nada más —alegó Gare.

—Lo más probable es que el sigilo que está guardando sea el del aire.

—¡Estupendo! ¡No me acordaba de que el sigilo de aire no lo podemos ver! —exclamó Gare llevándose las manos a la cabeza. El canignis gris respondió con un ladrido que sonó como las puertas del infierno al abrirse, lo que hizo que Gare se cayera de culo de la impresión. Por suerte para él, el perro no pareció prestarle ninguna atención. Estaba mirando fijamente a Triz.

Parecía gruñirle a ella y solo hacía ademán de ir a atacar cuando ella intentaba acercarse. Ni con Helen ni con Gare se comportaba de la misma manera. A Gare, directamente, parecía ignorarlo. Podría haberse puesto a saltar a la rana que el can ni le habría mirado.

—Creo que le gustas —le dijo Gare a Triz—. Te está poniendo ojitos.

—Tú y tus bromas inoportunas...

—Lo siento. Sabes que, si no bromeo, me entra ansiedad y me angustio.

—Una bromita más y te ofrezco como almuerzo —gruñó Triz. La mirada que le lanzó no dejó lugar a dudas. No estaba bromeando—. ¿Algún conjuro contra canignis grises, tía?

—Me temo que ninguno que podamos hacer con lo que tenemos en las mochilas.

—¿No puedes usar tu magia? La que usaste para derrotar a Cristian o en la cueva de Ekabú…

—Ya lo había pensado, pero tengo miedo de que todas las piedras del desierto salgan volando y rompan el sigilo del aire.

—¡Ni siquiera sabemos si está aquí! —protestó Gare—. Y, si es de aire, no podrá romperse.

—¿Quieres dejarme pensar? ¡Luego te lo explico! —Triz parecía verdaderamente angustiada con la situación. Sin atreverse a mover un músculo, mantuvo un duelo de miradas con el canignis que, por el momento, ganaba el perro—. Dime que, al menos, tenemos algo contra el fuego en la mochila.

—Tenemos una *antivela* en algún sitio —respondió Helen.

—Búscala, y esperemos que sea grande.

—¿Qué pretendes hacer?

—Enfadarlo. Si no podemos enfrentarnos a él, lo haremos al fuego.

—Puede funcionar —asintió Helen.

—Enfadarlo no me parece una buena idea —reprochó Gare.

—¿Se te ocurre alguna mejor?

—¿Salir corriendo?

Helen se quitó su mochila del hombro como quien se arranca un esparadrapo pegado a la piel, después buscó en su interior hasta encontrar lo que andaba buscando. Una vela negra del tamaño de un bote de desodorante.

—Esperemos que sea suficiente —dijo Triz—. ¿Lista? —preguntó a su tía.

—Todo lo lista que voy a poder estar. Ten cuidado.

—¿Se puede saber qué vais a hacer? —inquirió Gare.

—Luego te lo explico. Tú solo observa.

Triz se agachó y cogió un puñado de piedras del suelo. Con más valentía que seguridad en lo que estaba haciendo, dio un par de pasos hacia delante. El canignis se alzó sobre sus dos patas traseras y ladró con furia. Sus ojos carmesí brillaron con intensidad. Triz no se acobardó. Agarró una de las piedras y se la lanzó, con la suerte de alcanzarlo entre los dos ojos. Los ladridos aumentaron.

—¡Vamos! ¡Enfádate! ¡Ataca, maldito perro! —bramó Triz al mismo tiempo que le arrojaba otra piedra y le atinaba en el entrecejo.

La piel del canignis empezó a brillar en una tonalidad que se asemejaba a las brasas de una barbacoa, con esa mezcla de tonos rojos y grises de las cenizas carbonizadas que aún conservan parte del fuego que las ha consumido.

Triz se acercó un paso más, pero asegurándose de mantener una distancia que le permitiera apartarse de un salto si le daba por lanzarse a por ella. Enfadada, le lanzó otro puñado de piedras. Los tonos rojos aumentaron en la piel del canignis, ya no eran trozos de carbón apagándose, sino brasas incandescentes. Los ladridos del perro retumbaban en las piedras y, con la reverberación de estas, daba la sensación de que una jauría les ladraba alrededor.

—¡Vamos! ¡A qué esperas! ¡Arde! —exclamó Triz con un coraje impulsado por la rabia. Envalentonada, dio un paso más hacia el animal, colocándose a una distancia imprudente sin darse

cuenta.

Llamas de rojo escarlata brotaron de la piel del canignis. Su calor era tan intenso que Gare tuvo que protegerse la cara con los brazos.

—¡Ahora, tía!

Helen agarró la vela con ambas manos y señaló con ella al perro. Pronunció una serie de palabras en una lengua que Gare no entendía.

—*Mhà do chumhachd grèim air an lasair agus cuir às dha*[18].

El perro saltó hacia Triz. Una llamarada se abalanzó sobre ella. Gare reaccionó por instinto. Sin pensarlo, porque si lo hubiera hecho jamás hubiera actuado del mismo modo, se precipitó sobre la bola ardiente para intentar apartarla de un golpe. Como la bola blanca del billar que choca contra la roja, el cuerpo de Gare y el canignis salieron rebotados.

Al golpearlo, el perro llameante fue desviado hacia donde se encontraba Helen y el poder de atracción de la vela resultó más eficaz. Las llamas ardientes empezaron a ser succionadas por la mecha de la vela mientras los ladridos del perro se convertían en aullidos. Gare daba vueltas por el suelo golpeándose con las piedras intentando apagar las llamas que habían prendido en su ropa. Triz, que en un primer momento no había reaccionado, intentaba ayudarlo.

—¡No va a caber! —exclamó Helen de pronto—. La vela es demasiado pequeña. ¡No va a poder contenerlo!

La vela, como un cántaro que se llena y comienza a rebosar, ya no admitía más llamas en su interior y estas caían al suelo ardiendo sobre las piedras.

—¡Séllala! —repuso Triz.

—¿Sin contener el fuego?

—¡Mejor la mitad que nada! ¡Séllala! —repitió Triz.

Helen hizo caso. Pronunció unas palabras y la vela se recubrió por completo de cera negra conteniendo en su interior parte de las llamas. El resto se fueron reagrupando sobre una de las piedras.

Helen estalló en una carcajada de alivio cuando las llamas terminaron de unirse y se fueron

sofocando. Sobre la roca, acurrucada y temblorosa, una cría de canignis los miraba asustada con una pequeña llama brotando de su cabeza.

—¡Es un cachorro! —exclamó.

—Pero un cachorro de canignis gris, no debemos fiarnos. Sigue siendo peligroso —respondió Triz mientras ayudaba a Gare a levantarse—. ¿Estás bien? —Le preguntó al verle la cara.

—Creo que voy a necesitar más de esa pomada mágica para las quemaduras, pero sobreviviré —respondió él. La camiseta que llevaba había perdido una manga y parte de la piel del brazo estaba enrojecida.

—¿Por qué has saltado para protegerme?

—Ni idea. He debido sufrir una enajenación mental transitoria de esas. Te juro que por valentía no ha sido, porque casi me cago en los pantalones cuando el chucho ese se ha puesto a arder como una puñetera hoguera de San Juan —respondió Gare sin dejar de mirarse el brazo.

—Si no lo hubieras empujado, me habría saltado encima...

—Mucho mejor quemarme el brazo a que se queme esa cara tan bonita —dijo Gare. La sonrisa que intentó poner se transformó en una mueca de dolor por la quemadura.

—Esta vez te voy a permitir el roneo... pero no te acostumbres —replicó Triz—. Si el canignis gris protegía el sigilo del aire, ¿dónde está? —preguntó a su tía mientras buscaba la pomada en su mochila.

—Me aseguré antes de salir de casa de traer tizas de colores.

—¿Tizas? ¿Nos vamos a poner a dibujar ahora? —preguntó Gare. Intentaba disimular el dolor delante de Triz, pero, pese a la pomada que le estaba poniendo, le dolía horrores—. En dibujo, en el colegio, solo sacaba suficientes.

—Nos vamos a poner a dibujar, pero el aire —manifestó Helen. Tras extraer las tizas de su mochila, y ante la cara de extrañeza de Triz y Gare, empezó a machacarlas con dos piedras hasta convertirlas en polvo—. No me miréis con esa cara. El aire también se puede pintar. Coged un poco de polvo de tiza en vuestras manos y, cuando yo os lo diga, soplad con fuerza.

Gare y Triz, sin saber muy bien qué estaban haciendo, se limitaron a obedecer. Agarraron un

puñado de polvo de tiza, se colocaron cerca de la piedra que protegía el canignis y esperaron indicaciones.

Helen cogió el último puñado, pronunció un hechizo y guardó silencio durante un instante. Hizo un gesto con la cabeza para indicarles que era el momento. Los tres soplaron con fuerza y a la vez.

El polvo de tiza se elevó en el aire, se mezcló formando un arcoiris de colores sobre el fondo gris del horizonte de Cogar y sobrevoló las piedras como un enjambre de mosquitos, hasta detenerse unos metros más adelante y quedarse flotando formando una extraña figura con una especie de pluma en su interior.

—¡Lo tenemos! —exclamó Helen—. ¡Es el sigilo del aire!

Sigilo de aire.

Canignis gris al que se enfrentan Triz, Gare y Helen.

28

Orgades, un lugar muy especial

Transportar el sigilo del aire no era tan complicado como Gare había supuesto. Solo necesitaron un conjuro de contención y otro de reducción, algo que, para Helen y Triz, no había supuesto ningún esfuerzo.

—¿Qué hacemos con el canignis? No podemos dejarlo aquí. Tan pequeño y solo, en este desierto no tardará en morirse —opinó Gare, al ver al cachorro todavía sobre la roca, cuando Helen terminó de guardar el sigilo en uno de los bolsillos de su mochila.

—Ese cachorro, cuando crezca, volverá a convertirse en un feroz perro capaz de atacarnos. ¿Qué quieres que hagamos con él? —protestó Triz.

—Mientras no sea un peligro se merece que lo cuidemos. Los perros peligrosos son solo temibles cuando tienen malos dueños. Si crece bien cuidado, estoy seguro de que puede sernos de ayuda.

—Si estás dispuesto a darle parte de tu comida y a encargarte de él, no tengo inconveniente en que se venga con nosotros —expresó Helen tras terminar de colocarse la mochila sobre los hombros.

—¡Perfecto! Nos lo llevamos. Creo que te voy a llamar Tricito, gruñes como Triz, pero en pequeño —bromeó Gare y, tras coger su mochila, cargó con el cachorro en brazos. El animal no opuso ninguna resistencia.

—¡Eh! ¿Y por qué no le llamas con tu diminutivo? —sugirió mosqueada Triz—. Tú también te pasas el día protestando.

—Porque Garito suena a bar de barrio —respondió. Los tres estallaron en carcajadas. Hasta el

perro pareció sonreír con la ocurrencia—. Está bien, para que Triz no se enfade, te llamaremos Fulgor.

—Vaya nombre más raro que le has puesto.

—Chispa me sonaba a nombre de chica y resplandor me daba miedo por la película. ¿O prefieres que le siga llamando Tricito? —El coscorrón fue inevitable.

—Debemos dirigirnos al este —comunicó Helen tras tomar la cabeza de la expedición.

—¿Hacia allí indica la malaquita? —preguntó Triz.

—No. La malaquita sigue marcando hacia el norte, pero no tardará en anochecer y solo nos da tiempo a llegar a Orgades. Un pequeño pueblo a las afueras de Cogar. Por la dirección que marca la malaquita creo saber a dónde nos dirigimos y vamos a necesitar comprar algunas provisiones y esperar a que vuelva a alumbrarnos Rigel. Así podré ver a mi amiga Kharisa.

Cuando Gare escuchó las palabras «pequeño pueblo» esperaba algo más de lo que finalmente se encontraron al llegar a Orgades. Aquello no se podía considerar ni pueblo. Cinco casas en total, distribuidas cuatro en las esquinas de un cuadrado invisible y la más grande en el centro de ambas diagonales.

—¿Qué tipo de bruja se aventuraría a vivir ahí? —cuestionó Triz cuando vieron Orgades a lo lejos. Las casas eran tan extrañas y el lugar tan poco acogedor que no entendía que hubiera alguien que viviera allí de forma voluntaria.

—Aquí no viven brujas. En realidad, solo en la casa del centro vive alguien de forma permanente, pero no es una bruja. Los demás habitantes de Orgades solo están de paso hacia Cogar.

—¡Vamos, que es el asilo de seres mágicos de Grawell! —exclamó Gare—. ¿Y quién vive en la casa central si no es una bruja?

—Una marthora[19] —respondió Helen—. Un ser mágico mitad pájaro, mitad mujer que predice el momento de tu muerte y te acompaña en tus últimos momentos para tranquilizarte —añadió al ver la cara de estupefacción con la que la miraba Gare.

—¿Es amable? —Fue lo primero que se le ocurrió preguntar—. Ya he tenido bastante con el

enfrentamiento con Fulgor antes de que tuviera esta pinta tan adorable.

—¿Las mujeres pájaro no eran las harpías? —preguntó Triz. Tenía algún recuerdo de los cuentos que le habían contado de pequeña y el de aquellos seres no era muy agradable.

—Las harpías tienen cuerpo de pájaro y son bastante crueles. Las marthoras son adorables. Será un placer presentaros a Kharisa —repuso Helen.

Cuando cruzaron la línea que delimitaba el cuadrado imaginario de las viviendas a Gare le pareció imposible que aquel lugar fuera una especie de purgatorio hacia la muerte. Aquel sitio estaba lleno de vida, una vida que le asustaba y no llegaba a comprender, pero que correteaba entre las cuatro casas sin parar.

Seres diminutos, otros más grandes, criaturas que caminaban sobre ocho patas, otras que volaban sin alas de un lado a otro. Entre todo aquel ajetreo de seres le pareció ver una pareja de lutricampus. Iban el uno al lado del otro y no se separaban para nada. Eran como si la sombra de uno de ellos acompañara al otro a todas partes. Si se detenían, era para mirarse fijamente a los ojos y acariciarse el rostro con una de sus patas delanteras antes de volver a ponerse en marcha.

—Sigo pensando que es enfermizo —comentó al dirigirse a Triz.

—¿El qué?

—El amor que se profesan los lutricampus.

—A mí me parecen adorables. Es una pena que vayan a morir —repuso Triz.

—Joder, es verdad. No lo había pensado. Qué triste. Se les ve tan enamorados...

Helen llamó a la puerta de la casa central. Unos segundos más tarde esta se abrió de golpe.

—¡Hostias! —exclamó Gare sin poder disimular la sorpresa—. Perdón —añadió tapándose la boca, pero sin poder evitar que los ojos casi se le salieran de las órbitas del asombro. Hasta Fulgor estuvo a punto de caérsele de los brazos.

—¡Helen! Cuánto tiempo sin verte.

—No vives en un lugar que sea agradable de visitar. Me entenderás, ¿verdad? —replicó Helen y se acercó a quien les había abierto la puerta y la rodeó con sus brazos. La marthora correspondió al abrazo envolviendo el cuerpo de la bruja con sus enormes alas de color pardo.

Gare no podía dejar de mirarla. Cuando Helen le había dicho que las marthoras eran mitad pájaro mitad mujer, en su cabeza se había formado una imagen completamente distinta de la que tenía delante. Se la había imaginado como una especie de sirena con medio cuerpo de cada, pero no, la marthora tenía todo el cuerpo de mujer, delgada, con atractivas curvas, pero completamente cubierta de plumas. Lo único que diferenciaba su cuerpo del de una humana era que no tenía brazos, solo dos alas con las que había abrazado a Helen. Pero, pese al cuerpo cubierto de plumas, lo más llamativo de la marthora era su rostro. Enmarcado en su plumaje negro en esa zona y con unos llamativos ojos color miel.

—¿Quién te acompaña? —preguntó la marthora con una voz tan cálida como misteriosa.

—Son mi sobrina Triz y Gare, su amigo. Chicos, os presento a Kharisa.

—Encantado —saludó Gare y dio un paso hacia Kharisa atraído por el magnetismo que desprendía, pero de pronto se detuvo—. Disculpa, pero ¿cómo se hacen las presentaciones entre una marthora y un simple humano? No sé si darte dos besos. Lo de dar la mano queda descartado, eso seguro.

—Lo de los besos tampoco resulta muy recomendable —repuso Helen.

—Puedes hacer como Helen y darme un abrazo —respondió Kharisa y le esperó con sus alas abiertas.

Gare se sintió un poco incómodo al abrazarla. Pese al plumaje, el cuerpo de Kharisa parecía mostrarse desnudo. Claro que tampoco esperaba que un ser como aquel se pusiera un vestido o unos pantalones sobre sus plumas. Pese a la reticencia inicial, el abrazo le resultó acogedor. Las plumas de Kharisa eran suaves y cálidas.

—¿Qué os ha traído a mi casa? —interrogó Kharisa tras abrazar también a Triz y dejarles pasar al interior de su casa.

—Estamos buscando los sigilos mágicos. Imagino que sabrás que han desaparecido de la cueva de Ekabú y que todo Grawell corre peligro.

—Todo el mundo sabe lo de los sigilos. En estos días tengo más visitas que nunca. Hay muchos seres que acuden a verme porque temen morir pronto.

—Esperemos poder evitarlo —dijo Triz—. Ya hemos recuperado uno de ellos y, en cuanto

vuelva a salir Rigel, iremos a intentar recuperar el segundo.

—Quien robó los sigilos escondió el primero de ellos en Cogar y necesitábamos un lugar donde pasar las horas de oscuridad antes de continuar el viaje. Estando tan cerca, se me ha ocurrido visitarte.

—No suelen venir muchas brujas aquí. Será un placer cobijaros bajo mi techo el tiempo que necesitéis —accedió Kharisa con una sonrisa que iluminó su rostro.

—Solo necesitamos recuperar un poco las fuerzas después de bajar de Ekabú y de cruzar Cogar. Y, quizás, comprarte algún ingrediente para hechizos que podamos necesitar durante el viaje. Ningún lugar mejor que tu casa para encontrar alas de marje.

—No hace falta que me compréis nada. Será un placer ayudaros. Si no encontráis pronto los cuatro sigilos y los devolvéis al círculo, nada de lo que tengo en casa me será útil. Podéis coger todo lo que creáis que vais a necesitar.

—Muchas gracias —repuso Triz—. Intentaremos que todo vuelva a la normalidad cuanto antes.

Gare, desde que había entrado en la casa, no era capaz de articular palabra. No podía dejar de mirar a Kharisa y de asombrarse con su aspecto, pero, sobre todo, estaba hipnotizado por la calidez de su voz. Podría pasarse días escuchándola. La miraba como un hambriento mira a una tostada de pan recién hecha.

Mientras Triz y Helen recorrían la casa buscando los ingredientes que podían necesitar, él se había quedado quieto en medio de la casa sin dejar de observarla, aunque la marthora llevara un rato en silencio.

—¿Por qué me miras de ese modo? —preguntó al final Kharisa y sacó a Gare del trance.

—Disculpa. Este es uno de mis primeros contactos con la magia y con los seres mágicos y no dejo de sorprenderme con cada criatura que me encuentro.

—¿Y qué es lo que te sorprende de mí? —Quiso saber Kharisa y le sonrió. Al hacerlo, se acercó con paso cadencioso.

—Creo que acabaría antes si digo lo que no —empezó a decir Gare cuando consiguió que los nervios le dejaran hablar—. Lo que más me sorprende son tus ojos y la calidez de tu voz.

—¿Qué les pasa a mis ojos? —Kharisa estaba cada vez más cerca y hasta sus plumas parecían moverse insinuantes sobre su piel, como si quisieran acariciarlo.

—Nunca había visto unos de color amarillo. Sin embargo, aunque es un color que debería chocarme, en ti me parece que no podrían ser de otro modo.

—¿Y a mi voz? —La marthora estaba tan cerca que la última pregunta la hizo susurrante.

—Que no puedo dejar de escucharla...

—Acércate —murmuró Kharisa, a quien las palabras de Gare habían mitigado la sonrisa de sus labios—. Yo también quiero observar tus ojos de cerca.

Gare, atraído por un magnetismo que no había sentido hasta ese momento, se aproximó a la marthora. Esta acarició su rostro con las plumas de una de sus alas y sus penetrantes ojos amarillos brillaron con intensidad.

—Tus ojos también son muy interesantes —musitó Kharisa casi al oído de un nervioso Gare, al que le temblaban hasta las manos.

La distancia entre el rostro de Kharisa y el suyo cada vez era menor y se sentía incapaz de moverse. Ella iba acortando la distancia sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Tampoco deseaba apartarse. Ni siquiera cerraba los ojos para no dejar de perderse en aquellos profundos ojos amarillos que le atraían como un oso a la miel.

—Creo que ya tenemos todo lo que necesitamos —anunció Helen al volver al salón. Su gesto alegre se tornó en preocupación al entrar—. ¿Todo bien aquí?

—Sí. Lo siento —respondió Kharisa. Se apartó de Gare antes de que sus labios llegaran a rozarse y se acercó a Helen—. De verdad que lo siento...

—Deberíamos comer algo —mencionó Triz a su regreso al salón. Llegó un poco más tarde que su tía y no presenció la escena que Helen se había encontrado al llegar—. Pronto tendremos que volver a ponernos en marcha.

—No te preocupes por eso. Tengo lo que necesitáis —dijo Kharisa mientras caminaba nerviosa —. Los frutos del manzano llorón os darán toda la energía que podáis necesitar.

—¿Cómo has dicho? —exclamó Triz incrédula.

—Los frutos del manzano llorón. Es un árbol de Orgades que da unas manzanas llenas de energía vital.

Triz recordó el sueño que había tenido la noche después de volver a dormir con Óscar, el sueño en el que se tuvo que meter en su frigorífico, y rememoró las palabras que le dijo el anciano: «Cuando tu amor marchite, siembra las semillas de la manzana que llora y riégalas con la sangre del Dios que no muere».

—¿Te importa si me quedo con las semillas? —preguntó inquieta. De pronto se había puesto nerviosa. Las palabras de aquel anciano parecían empezar a cobrar sentido y eso tampoco la ayudaba a serenarse. ¿Sería cierto que se estaba quedando sin tiempo y que pronto su destino estaría en Annwn?

—Por mí no hay problema, pero las semillas de ese árbol solo crecen en zonas donde hay mucha tristeza y dolor —repuso Kharisa y se perdió en una de las estancias. Helen fue tras ella, mientras que Triz y Gare se quedaban a solas en la otra habitación.

—¿Qué ocurre, Kharisa? ¿Por qué has estado a punto de besar a Gare?

—Lo he visto en sus ojos y sabes cuál es mi labor. No puedo evitarlo. De veras que lo siento.

—¿Estás segura?

—Me temo que sí.

—Algo se podrá hacer para evitarlo.

—Es probable, ya sabes que nada es inmutable, pero yo no puedo ayudarte.

Kharisa: La marthora

29

Sigilo del agua

Con el estómago lleno, con la sensación de tener energías para caminar tres días seguidos y con las semillas de las manzanas —en lugar de ser marrones como las de las manzanas en la Tierra, eran de color azul marino— guardadas en un pequeño saco de tela, se despidieron de Kharisa en cuanto amaneció, después de pasar una noche en vela relatando historias de Orgades. Al salir de su casa, algo no tardó en llamarle la atención a Gare. El lugar, que el día anterior se mostraba ajetreado y lleno de seres, estaba vacío. No había ninguna criatura caminando entre las casas.

—¿Dónde han ido todos? —preguntó sorprendido.

—A Cogar. Quienes vienen a verme no suelen quedarse, por desgracia, mucho tiempo. Estoy acostumbrada a las despedidas tristes —respondió, con voz apagada, Kharisa.

Pese a su melancólico tono de voz, a Gare le seguía pareciendo lo mejor que había oído nunca. Sintió pena por la pobre marthora, tan amable y cariñosa con todo el que la visitaba y tan sola. Tener que despedirse cada día de todos aquellos a los que conocía tenía que ser muy triste y, sin embargo, no dejaba de sonreír con aquella sonrisa cálida y misteriosa.

La malaquita seguía indicando hacia el norte y hacia allí se dirigieron en paralelo a Cogar, sin volver a adentrarse en el desierto de los susurros. Encabezaba la expedición Fulgor, que correteaba alegre sobre la hierba y gruñía cada vez que se cruzaba con algún animal. Tras él, caminaban Triz y Gare, que se entretenían observando al cachorro; unos pasos más atrás, caminaba pensativa Helen. Las palabras de Kharisa la preocupaban.

—¿Qué nos vamos a encontrar más al norte? —preguntó Gare tras una hora de caminata.

—El río Yhemura.

—¿Ese no es el riachuelo que pasa por Dumbsilly? —interpeló Triz.

—El mismo, pero aquí en el norte tiene mucho más caudal. Estamos cerca de su desembocadura.

—Espera, ¿vamos a tener que encontrar el sigilo del agua en el mar? Eso sería como buscar una aguja en un pajar —exclamó Gare.

—Peor aún, será como buscar una aguja entre un millón de agujas.

—¡De puta madre! —protestó Gare—. Y encima será peligroso y se nos hará de noche en cuanto lleguemos. Esto de que los días duren doce horas y la luz solo siete es muy, pero que muy, estresante.

—Contamos con dos ventajas —comentó Helen—. Tenemos la energía de la malaquita, que nos mostrará dónde se detuvo quien robó los sigilos, y, si se comporta como la vez anterior, habrá dejado a algún ser protegiéndolo.

—Cuando dices un ser no te referirás a un unicornio tan blandito que me quiero morir, ¿verdad? —preguntó Gare con toda la ironía que fue capaz de expresar.

—Me temo que no, pero ya estamos llegando a Yhemura. No tardaremos en descubrir qué sorpresa nos depara.

El rumor del agua les anunció que habían llegado a su destino. Triz se sorprendió al descubrir el caudal de agua que llevaba. No se parecía en nada al pequeño riachuelo de Dumbsilly.

—¿Cómo se supone que vamos a cruzar? No veo ningún puente por aquí —observó.

—No vamos a cruzarlo. Vamos a navegarlo —replicó Helen.

—¿Navegar? ¿Os he dicho que me mareo en el agua? —protestó Gare.

—Parece mentira siendo lo único que bebes —bromeó Triz en un intento de recuperar el buen ánimo en la expedición.

—Y creo que por ese mismo motivo se venga cada vez que me acerco. Intenta recuperar la parte que me he bebido todos estos años —respondió Gare a quien, ya solo de ver tanta agua, se le estaba tintando de verde la cara.

—No te preocupes por el mareo. De eso me encargo yo —dijo Helen.

—No me digas que llevas biodramina en la mochila.

—Mejor. Excremento de lutricampus.

—¿Excremento? ¡No pretenderás que me coma las cagadas de esos animalitos! —exclamó contrariado Gare.

—¿Quién ha dicho que tengas que comerlas? —preguntó Helen con una sonrisa que delataba un pensamiento malicioso que Gare no supo ver.

—¡Ah, bueno! Eso es otra cosa.

—Tienes que frotarte los oídos con ella.

—Para qué hablaré... —repuso Gare—. ¿Y el tema de navegar por el río? ¿Cómo lo vamos a solucionar? ¿También tienes un barco en la mochila? ¿Qué es, el bolso de Doraemon? —preguntó con cara de asco mientras se frotaba dos pelotillas de excremento por las orejas rememorando unos dibujos de su infancia. Triz se sujetaba la tripa de tanto reírse.

—Para eso tenemos las alas de marje que cogimos en casa de Kharisa.

—No sé tú, pero no creo que mi peso sea de pluma, precisamente.

—Las alas de marje, además de flotar en el agua, tienen la capacidad de aumentar de tamaño. Son unos seres que pueden hacerse tan grandes como necesiten para protegerse de sus depredadores.

—¡No me lo digas! Las alas de marje son como los pantalones de Hulk, que da igual lo que el tío crezca que siempre resisten abrochados a su cintura.

—Ya salió otra vez a relucir tu alma friki —protestó Triz.

—Es parte de mi encanto personal.

—Algo así —repuso Helen. Empezaba a entender por qué a su sobrina le gustaba aquel chico. Era noble, dispuesto a arriesgarse por ella y tenía un sentido del humor bastante particular.

Sacó un puñado de alas de uno de los bolsillos y las arrojó al agua. Después esperó a que empezaran a girar sobre sí mismas cada vez a más velocidad, hasta que se formaron dos pequeños

remolinos a su alrededor. Cuanta más velocidad cogían, más grandes parecían verse. Al final, se hicieron tan grandes que ambos remolinos se vieron atraídos por la fuerza del otro y terminaron convirtiéndose en uno solo y enorme. Cuando las aguas se tranquilizaron, sobre ellas había una especie de barca en la que podrían subirse los tres y el cachorro de canignis.

—¿Y cómo vamos a navegar? No veo velas ni remos —repuso Gare, siempre buscando el lado negativo de las circunstancias.

—Las alas de marje se orientan con el viento. Ellas mismas son la mejor vela que puedes encontrar —replicó Helen—. Solo tenemos que dejarnos llevar.

Al menos, las aguas iban tranquilas y parecía que los excrementos en las orejas estaban haciendo efecto —por suerte, sin oler mal—. Gare no se estaba mareando y disfrutaba del paseo. El paisaje que rodeaba el río era precioso, lleno de vegetación y de sonidos. Se sentía como un expedicionario surcando el río Amazonas, antes de que la humanidad lo hubiera destruido y la tormenta solar hubiera terminado por secarlo. Era como el protagonista de uno de esos videojuegos a los que tanto le gustaba jugar, como si hubiera vuelto al mundo virtual, pero ahora con Triz a su lado.

—Nos estamos acercando —anunció Helen al notar como la malaquita volvía a volverse loca dentro de la caja—. Afinar la vista, a ver si vemos algo.

Salvo agua, no divisaron nada a su alrededor que les llamara la atención. Gare se asomó por el borde de la barca para mirar las aguas más cercanas. Estas eran claras, cristalinas y se podía ver el fondo del cauce, pero en los primeros minutos no observó nada llamativo. Luego se dio cuenta del problema. No había visto nada, absolutamente nada.

—¿En Grawell no tenéis peces? —preguntó—. Llevo más de cinco minutos mirando el fondo del río y no he visto ninguno. Nada —añadió mientras tocaba la superficie la punta de los dedos.

—¡Mete las manos en la barca! —bramó Helen. Gare obedeció por impulso—. ¡Hay Lantrinidas[20]!

—Me lo dices como si tuviera que saberlo. ¡¿Qué coño es una lantrinida?!

—Pirañas de cristal.

—Joder, ¿no hay nada bueno en Grawell? —espetó Gare y retrocedió a trompicones hasta el centro de la barca.

Fulgor se puso nervioso, se acercó al borde de la embarcación y se puso a ladrar. Las lantrinidas estaban cerca.

—Ven aquí, valiente —dijo Triz. Lo agarró por las patas traseras y se lo llevó con ella.

—¿No preferías dejarlo a su suerte en Cogar? —preguntó Gare al ver como Triz protegía a Fulgor en su regazo.

—Digamos que, si le pasa algo, prefiero no tener que verlo —respondió ella, que, pese a sus reticencias iniciales, estaba cogiendo cariño al cachorro.

Como niños asustadizos en una casa del terror, sin saber por dónde les va a venir el susto, Triz y Gare no dejaban de mirar a su alrededor. Helen, mientras tanto, buscaba algo en una de las mochilas.

—¿Sabéis quién de nosotros llevaba la semillas de eucalipto arcoíris[21]?

—¿Son unas semillas de color crema guardadas en un sobre hermético? Están en el bolsillo izquierdo de mi mochila —dijo Triz—. Creo recordar haberlas visto al guardar las semillas de manzana llorona.

Helen se puso a buscar y respiró aliviada al encontrar los dos paquetes herméticos que buscaba.

—Coged estas semillas. Cuando os lo diga, arrojadlas al agua. Si veis a las lantrinidas, mirad en dónde se concentran. Seguramente estén protegiendo el sigilo del agua.

—¿Y cómo vamos a atacarlas?

—Las alejaremos del sigilo y lo recuperaremos. Ahora preparaos. Haré que las semillas de eucalipto arcoíris germinen.

—¡Ya entiendo! Vamos a dar de comer a las pirañas las semillas del eucalipto arcoíris y, cuando empiecen a crecer dentro de ellas, mostrarán sus llamativos colores y nos permitirán distinguirlas en el agua —repuso Triz.

Helen realizó el conjuro y los tres arrojaron las semillas al agua. Por unos segundos, se quedaron flotando sobre el río, pero poco a poco fueron hundiéndose, cada vez a mayor velocidad, como si fueran arrastradas por una fuerte corriente. Con la magia de Helen, no tardaron en germinar y en empezar a crecer. Los lomos de las lantrinidas empezaron a teñirse de colores naranja, púrpura o verde.

—¡Están todas en círculo! —exclamó Triz sin atreverse a asomarse del todo desde la barca—. Creo que tienes razón y protegen el sigilo del agua.

—Perdonad si parezco estúpido, pero ¿cómo vamos a sacar un sigilo de agua del agua? —inquirió Gare.

—Congelándolo —respondió Helen—. Pero tendrás que hacerlo tú, Triz.

—¿Yo? Nunca he usado un conjuro de ese tipo. ¿Por qué yo?

—Porque yo tengo que alejar a las lantrínidas y Gare tendrá que sacar el sigilo del agua.

—¿Que yo tengo que hacer qué? Una mierda. ¡Tú estás loca! —protestó Gare, al que ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de tener que echarse al agua.

—¿Prefieres hacer de carnaza para las lantrinidas? —propuso Helen.

—Emm, no, mejor no.

—Entonces deja de protestar y hazme caso. Yo alejaré a las lantrinidas del sigilo, Triz lo congelará y tú saltarás al agua y lo subirás a la barca antes de que vuelvan. ¿Entendido?

—¿Y si no me sale bien el hechizo?

—Procura que te salga bien y rápido, porque soy buena nadadora, pero las lantrinidas son más rápidas que yo.

Helen no se lo pensó más tiempo. Se quitó los pantalones y la camisa que llevaba y en ropa interior se lanzó al agua de cabeza. Intentando chapotear al máximo con los pies para levantar agua y llamar la atención de las lantrinidas, nadó lo más rápido que pudo hacia el lado opuesto de donde las pirañas de cristal protegían el sigilo. Las lantrinidas, al sentir las vibraciones en el agua, se alinearon en su dirección y se dirigieron hacia allí como un banco de peces hambrientos ante un puñado de gusanos.

Gare pudo ver como todas, cada una de un llamativo color, cruzaban por debajo de la barca con sus fauces abiertas dispuestas a asestar bocados en cuanto dieran alcance a Helen. Mientras las veía pasar, se fue quitando la ropa, aunque con menos decisión que la que había mostrado Helen. Al hacerlo descubrió en uno de sus bolsillos el frasco que le habían regalado las brujas de Dumbsilly. No se lo podía haber encontrado en mejor momento. Si le iba a morder una piraña, al menos que

tuviera la piel dura. Sin pensarlo dos veces apuró el contenido del frasco de un solo trago. Para su sorpresa tenía muy buen sabor.

—Ni siquiera sé si voy a ser capaz de sumergirme —dijo tras asomarse a mirar el agua. Había demasiada profundidad.

—No me descentres —repuso Triz—. Tengo que darme prisa.

Sin tiempo que perder, viendo como las lantrinidas ganaban terreno con rapidez a su tía, Triz cerró los ojos y se concentró en un hechizo que nunca había conjurado, pero que conocía porque estaba en el libro de las sombras que tantas veces había leído. Extendió los brazos y murmuró las palabras un tanto dubitativa. Cuando abrió de nuevo los ojos esperando que el hechizo hubiera surtido efecto, se encontró con que nada había cambiado.

—¡Mierda! —maldijo a la vez que lanzaba una mirada desesperada a su tía con las esperanza de que esta estuviera recuperando ventaja, pero no era así.

Se volvió a concentrar y, esta vez, llevada por la necesidad más que la seguridad de lo que estaba haciendo, pronunció las palabras con más convicción.

Bajo la superficie del río, a unos centímetros del fondo, el agua empezó a tornarse de color blanco. Estaba empezando a congelarse alrededor de algo. Cuanto más volumen de agua se congelaba mejor se podía distinguir el sigilo sagrado.

—¡Ahora, Gare! —ordenó Triz cuando el agua terminó de helarse y mostró el sigilo entero.

—¿No puedes hacerlo tú? Yo no estoy seguro de saber bucear. No es fácil sumergir cien kilos de carne y hueso.

—¡Yo tengo que mantener el hechizo! ¡Tírate al agua, ya! —bramó Triz con los brazos todavía extendidos.

Gare obedeció. Era el único que podía recuperar el sigilo del fondo del río y era una buena oportunidad de demostrarle a Triz que le necesitaba, pero en un primer intento ni siquiera consiguió hundir el culo bajo el agua. Su cuerpo era más adecuado para mantenerlo a flote que para hundirlo.

—¡Cógelo! ¡Mi tía ya no va a poder aguantar mucho más! —gritó Triz con voz desesperada.

Gare hizo una segunda tentativa. Varias de las lantrinidas, al sentir sus chapoteos en el agua,

detuvieron su ataque contra Helen y se giraron hacia él. Por suerte, él no las vio, porque, de haberlo hecho, el ataque de ansiedad que le hubiera producido no le habría permitido conseguir sumergirse.

Pero finalmente lo consiguió. No fue mucho, pero sí lo suficiente como para alcanzar con los dedos la parte superior del sigilo congelado y arrastrarlo con él hacia la superficie. Sin embargo, el sigilo era más pesado de lo que se imaginaba, tiraba de él hacia el fondo y el frío amenazaba con quemarle, otra vez, la yema de los dedos.

No sin esfuerzo consiguió subirlo hasta la superficie, pero tenía que agarrarlo con fuerza con un brazo para que no volviera a hundirse y tenía que nadar ayudándose solo de una mano. El frío le hacía tiritar.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —exclamó Triz.

—¡Te juro que hago lo que puedo! —repuso Gare con cierta rabia en su mirada.

—¡Un grupo de lantrinidas viene hacia ti! —gritó Triz y alargó los brazos para intentar ayudar a Gare.

La cercana amenaza le hizo olvidarse del frío. Braceó todo lo que pudo con un solo brazo. Unos eternos segundos más tarde consiguió acercar lo suficiente el sigilo como para que Triz lo cogiera y lo depositara en el interior. Usando las dos manos para poder alcanzar el borde de la barca, Gare intentó encaramarse, pero falló en su primer intento. Era como si el agua estuviera agarrándole de las piernas para impedirle salir. En ese momento, la más rápida de las lantrinidas llegó hasta la barca, a un metro y medio escaso de las piernas de Gare.

Hambrienta, movió su cola con furia y, con las fauces preparadas para asestar un buen bocado, se lanzó hacia su presa segura de darle alcance. Cerró la boca con tanta fuerza que sus dientes se quebraron cuando atraparon la pierna de Gare. Triz le ayudó a subir a la barca con el animal todavía aferrado a su pierna. Fulgor empezó a ladrar y a dar mordiscos a la lantrinida de color anaranjado que, viéndose atacada, soltó su presa. De un sonoro puntapié, Triz la hizo regresar al agua partida en pedazos.

—¿Estás bien? —preguntó mientras miraba asombrada la pierna de Gare. No parecía tener ninguna marca del ataque.

—Sí, tranquila, estoy bien. Recuérdame, si volvemos a Dumbsilly, que le dé las gracias a Jane. Si no llega a ser por su poción, me hubiera quedado sin pierna.

—¿Conociste a Jane? —preguntó Triz.

—Sí. Dormí en su casa hasta que llegó tu mensaje desde Etrazen.

Pero la angustiosa situación no había terminado. Helen seguía nadando intentando mantenerse fuera del alcance de las hambrientas lantrinidas, pero empezaba a cansarse. Había aprovechado que los ahora coloridos peces la perseguían en grupo para intentar nadar en curva y ahora ya estaba regresando hacia la barca con ellos a su espalda. Pero el grupo de pirañas que se había decidido por atacar a Gare ahora le cerraban el paso.

—¡Cuidado! ¡Hay un grupo de lantrinidas frente a ti! —vociferó Triz para avisarla.

—¿Tenéis el sigilo? —gritó Helen desde el agua.

—¡Sí! Lo tenemos.

—Entonces, problema resuelto —dijo Helen aliviada.

Cerró los ojos, se concentró y murmuró una serie de palabras y, de pronto, empezó a elevarse saliendo del agua y flotando en el aire. Las lantrinidas, que ya casi la tenían a su alcance, empezaron a saltar del agua intentando morderla y, aunque en los primeros intentos estuvieron a punto de conseguirlo y llegaron a rozarla en una de las piernas, Helen siguió elevándose y no pudieron darle alcance.

—¡No me jodas! —exclamó Gare—. ¡Tu tía puede volar como Supergirl!

Helen sobrevoló la barca y, poco a poco, descendió sobre ella mientras las lantrinidas seguían intentando saltar del agua, pero sin suficiente capacidad como para alcanzar los límites de la embarcación.

—Si podías volar, ¿por qué no lo hiciste antes? —preguntó Gare.

—¿Y de qué hubiera servido? Si las lantrinidas no me hubieran sentido en el agua, no hubieran abandonado el sigilo. Hasta que no me habéis confirmado que lo teníamos, no podía dejar de nadar.

—¿Y ahora dónde vamos? ¿Dónde está el tercer sigilo?

—La malaquita sigue marcando hacia el mar. Creo que nos dirigimos a Vulkafer, la isla de Grawell. Para llegar tenemos un largo camino todavía. Esta noche nos va a tocar dormir por turnos

en la barca. Pero primero tenemos que guardar el segundo sigilo y protegerlo para que no se derrita el hielo.

Sigilo de agua.

30

Inquietos despertares

Triz se alegró de ver las costas de Vulkafer. Tras haber pasado la noche durmiendo por turnos en la incómoda barca y navegar durante horas por el ritmo marcado debido al escaso viento —había llegado a ser tan desesperante que estuvo tentada varias veces de intentar remar con los brazos, pero no lo había hecho por si el agua ocultaba alguna otra sorpresa desagradable—, llegar a la costa había supuesto para ella todo un alivio. Solo pensar en que tendrían que regresar cuando recuperaran el tercer sigilo ya le estaba poniendo de mal humor.

—¿Hacia dónde tenemos que ir ahora? —preguntó cuando Helen y Gare terminaron de atar la barca de plumas de marje a la costa.

—Hacia ningún lado —replicó Helen—. Lo mejor que podemos hacer es recuperar fuerzas, preparar un pequeño campamento antes de que caiga la noche y descansar. Vulkafer nos depara sorpresas y no es plan de enfrentarnos a ellas agotados y entumecidos por el viaje en barco.

—¡Pero no podemos perder tiempo! Cada vez nos queda menos para que Rigel atraiga a Grawell sin remedio. Deberíamos ponernos en marcha de inmediato —protestó Triz.

—Es cierto que no tenemos mucho tiempo, pero tampoco vamos a solucionar nada si nuestro próximo reto no lo superamos por estar cansadas, ¿no crees? Gare que se encargue de hacer fuego y tú ve acondicionando un sitio donde podamos dormir los tres lo más cómodos posible. Tengo contracturados todos los músculos de tumbarme en el fondo del barco. Voy a echar un vistazo a los alrededores y así estiro un poco las piernas. Solo una cosa: no os adentréis en la hierba negra.

Sin ganas de discutir, ambos obedecieron. Gare se fue a buscar ramas secas con las que poder encender una hoguera, asegurándose de recoger solo aquellas que estuvieran en la playa sin adentrarse en la hierba. Si algo había aprendido de su experiencia con las lantrinidas, era a hacer caso a Helen. Triz se fue a buscar un lugar donde colocar los sacos de dormir para refugiarse por la

noche.

Mientras lo hacía, su cabeza empezó a darle vueltas. Había estado tan ocupada y preocupada con todo el asunto de los sigilos y del viaje que no había tenido tiempo de pararse a pensar en sí misma. Llevaba varios días fuera de casa y tanto Óscar como las niñas estarían preocupados por su ausencia. Lo mismo que Nara, que ahora estaría inquieta con dos cuerpos escondidos en su patio trasero. Como a la NPVN le diera por hacer una inspección, su amiga iba a tener un problema y ellos se iban a quedar sin cuerpos a los que poder regresar.

Durante aquellos días había pensado varias veces en sus hijas, pero era la primera vez que se preocupaba por Óscar. En realidad, lo hacía por las explicaciones que iba a tener que darle a la vuelta, pero no lo estaba echando de menos. La última discusión con él, antes de tener que marchase, le había dolido tanto que no había vuelto a querer recordarla. Él había vuelto a mirarla como si estuviera loca. Era lo que menos soportaba de él. Esa mirada, que la tratara como si fuese una paciente de un psiquiátrico. Nunca se había molestado en entenderla. Solo era comprensivo y cariñoso cuando ella no daba problemas. En cuanto tenía que elegir de qué lado ponerse, siempre se decantaba por el opuesto al suyo. Todo lo contrario que Gare, que se empeñaba en estar a su lado, aunque ella lo rechazara una y otra vez.

Por mucho que lo intentara no podía negarlo. Su tía tenía razón desde el primer día. Aunque había intentado negárselo a sí misma, por mucho que había intentado apartarle de su lado y no pensar en él, quería a Gare. Desde que una corriente eléctrica le recorrió la espalda la primera vez que volvieron a abrazarse. Su forma de preocuparse por ella, de ponerse en peligro —no había dudado en enfrentarse a Cristian la primera vez y, pese al catastrófico resultado que acabó con él en un hospital, no había dudado en saltar delante de un canignis gris enorme y en llamas, aun con el riesgo de terminar abrasado—, pero, sobre todo, lo que le había hecho enamorarse de él era esa confianza ciega que le había demostrado. Había creído en ella desde el primer momento y había estado dispuesto a acompañarla en cada una de sus locuras de bruja sin dudar. Esa confianza ciega era lo que más la atraía. Saber que, pasara lo que pasara, tuviera que enfrentarse a lo que tuviera que enfrentarse, iba a estar con ella sin dudar de su cordura y sin ponerle pegas. Nadie se había comportado así con ella y le había demostrado sus sentimientos de esa manera. Gare nunca la miraba como si estuviera loca, solo la miraba como si él estuviera loco por ella. Y solo se lo había correspondido con desplantes.

En ese momento, sintió angustia, una desazón recorriendo su columna vertebral. Gare le había demostrado sus sentimientos en varias ocasiones, incluso había estado a punto de verbalizarlos —y lo hubiera logrado si la anestesia no le hubiera traicionado en el último momento— y ella, sin

embargo, jamás le había demostrado lo que sentía. Sí, había coqueteado un par de veces, se lo había insinuado en un par de ocasiones —como cuando le besó en el hospital—, pero nunca se lo había demostrado, ni dicho. ¿Y si Alana tenía razón y algo malo le iba a pasar a Gare en aquella aventura? ¿Se perdonaría no habérselo dicho nunca? Estaba segura de que se arrepentiría para siempre.

Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que a Gare le pasara algo, pero ya había estado en peligro en Ekabú, en Cogar y en Yhemura, atacado por las lantrinidas, y no estaba segura de poder evitar todos los peligros que se cernían sobre ellos en Vulkafer y en el resto de su aventura. ¿Y si sus sueños se hacían realidad antes de lo que pensaba? ¿Y si se quedaban sin tiempo y Grawell era empujado por el aliento de la Nebulosa de Cabeza de Bruja hasta arder en llamas en Rigel antes de que ambos pudieran terminar de recuperar los sigilos?

A veces creemos que siempre estamos a tiempo de actuar y, para cuando queremos darnos cuenta, se nos ha escurrido entre los dedos y ya no nos es posible. Triz sintió la necesidad de decirle a Gare lo que sentía. No sabía si aquello estaba bien, si era lo adecuado o cómo iba a reaccionar, pero de lo que estaba segura era de que no quería quedarse sin tiempo para decírselo. Aunque tampoco sabía qué palabras usar o cómo expresarlo. No era muy dada a exteriorizar sus sentimientos.

En esos momentos, llegaba Gare cargado con un buen puñado de ramas secas. Su tía todavía no había regresado. Era la primera vez que estaban a solas desde la ya lejana tarde en el hospital.

—¿Dónde las pongo? —preguntó Gare. Triz ni escuchó la pregunta. Al verlo sintió el mismo impulso que aquel día.

Sin decirle nada se acercó a él, hizo que soltara las ramas y antes de que pudiera pronunciar palabra, lo besó. Un beso cálido, intenso, húmedo. Un beso que contenía todos los momentos vividos y todas las emociones y sentimientos guardados.

Gare tardó un par de segundos en reaccionar, pero, cuando lo hizo, la abrazó por la cintura con tanta fuerza que parecía querer fusionarse con ella mientras seguían besándose.

El beso, que ya nació pasional, no perdía intensidad con el tiempo. Como las tormentas tropicales que se fortalecen en el mar hasta convertirse en huracán, ambos lo alimentaban con su deseo. Solo las limitaciones humanas pudieron ponerle fin cuando Triz tuvo la necesidad de recuperar el aliento.

—¿A qué ha venido esto? —inquirió Gare todavía sorprendido y boqueando—. No es que me

moleste, pero no me lo esperaba.

—En Aisling, Cristian se mofó de ti porque habías estado años sin decirme nunca lo que sentías por mí. La verdad, no quiero que me pase lo mismo. No quiero que el tiempo se nos acabe y quedarme con estos sentimientos dentro de mí hasta que se pudran por no airearlos, por no dejarlos salir.

—Con todas las veces que te has enfadado conmigo, ¿ahora me estás queriendo decir que me quieres?

—Te estoy queriendo decir que te calles, que no digas nada que pueda estropearlo y que me vuelvas a besar —repuso Triz.

Por primera vez en mucho tiempo, ambos estaban de acuerdo. Sus labios volvieron a juntarse, sus alientos a mezclarse y sus lenguas a batallar en el interior de sus bocas.

Triz sentía como la pasión de aquel beso no solo se apoderaba de sus labios, también de sus sentidos, hasta de sus pensamientos. Le dejó de importar el dónde, el cómo y si aquel era el cuándo y se dejó llevar por sus deseos e instintos. Metió sus manos por debajo de la camiseta que llevaba Gare puesta y la levantó para despojarle de ella. Después continuó besándole explorando cada centímetro de piel expuesto mientras ella misma se iba desabrochando su blusa.

Gare no abrió la boca, pero Triz pudo ver en su mirada todo lo que tenía que decirle. Sus ojos brillaban con una intensidad que no había visto nunca antes y en ese brillo pudo ver la pasión, el deseo y todos sus sentimientos a flor de piel.

No pasó mucho tiempo hasta que ambos terminaron en ropa interior tumbados sobre los sacos de dormir que Triz había colocado en el suelo, luchando en una batalla sin vencedores ni vencidos por saber quién de los dos terminaba colocándose sobre el cuerpo del otro.

Se besaban, se mordían con suavidad, se acariciaban despacio y sonreían. Cuando sus cuerpos ya sudaban y sus bocas jadeantes pedían ir más allá, Triz dejó de presentar batalla y dejó que fuera él quien empezara a recorrer su cuerpo con sus labios mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por las placenteras sensaciones que le recorrían el cuerpo.

Era tanto el deseo contenido, tanta la pasión reprimida hasta ese momento, que Triz no aguantó mucho tiempo sintiendo los besos de Gare recorriéndola sin desear tomar el control.

Lo desnudó por completo y se sentó sobre su regazo mientras observaba divertida el brillo de la

pasión en sus ojos suplicantes. Sin poder controlar el deseo que sentía, empezó a mover sus caderas hasta que su garganta convirtió cada aliento, cada respiración, en un jadeo de placer.

—Triz... Triz... —jadeaba Gare con cada suave movimiento de su cadera. Que él no dejara de mencionar su nombre, aumentaba su deseo. Hacía mucho tiempo que no se había sentido así, que no había deseado tanto perder el control como lo estaba haciendo en ese instante.

—¡Triz! ¡Triz!

Fulgor: Canignis gris tras ser reducido por la antivela.

31

Sigilo de tierra

Triz despertó sobresaltada. Quien la llamaba por su nombre era su tía. Aún era de noche, no habían llegado a Vulkafer y Helen la estaba zarandeando por uno de sus hombros.

—¿Estás bien?

Antes de dar una respuesta, intentó situarse. Se había quedado dormida, junto a Gare, en el suelo de la barca, mientras su tía se había ofrecido voluntaria para hacer el primer turno de guardia. Por segunda vez, al quedarse dormida, se había abrazado a él. Y esta vez, además, había tenido un sueño demasiado vívido.

—Sí. Estoy bien. ¿Ya es mi turno? —preguntó, se puso en pie e intentó desviar la conversación.

—Conmigo no hace falta que disimules, cielo, que yo también soy mujer y también he tenido a veces sueños como el que acabas de tener.

—¿Y para qué me despiertas? —protestó Triz.

—Pensé que era una de tus pesadillas, pero te han delatado los colores de tus mejillas y tu reacción de vergüenza —contestó Helen.

—¿Y si no ha sido un sueño? ¿Y si ha sido una de mis premoniciones?

—Sería la primera vez que tienes una visión que no es una pesadilla. ¿No crees?

—No estaría tan segura —repuso Triz mientras señalaba a Gare—. Mira cómo duerme. Acabo de tener un sueño erótico abrazada a él y ni se ha enterado.

—¿Y prefieres que siga sin enterarse o te hubiera gustado más que se enterara de tus deseos?

—¡Mejor le dejamos dormir! —exclamó Triz—. Lo que no sé es lo que voy a hacer cuando regresemos a casa...

—Cada cosa a su tiempo. No te puedes preocupar por un sueño. Cuando vuelvas a casa verás todo más claro. Ahora te toca hacer guardia —dijo Helen—. Y, si me permites, ya que no pude darte consejos de mujer antes, hazme caso y habla con Gare. Los sentimientos son como las plantas, si no se les deja respirar, se terminan marchitando.

Helen se acostó en el suelo y dejó a Triz pensativa y todavía acalorada. Las palabras que le había dicho su tía le habían recordado a las que ella misma se había dicho en el sueño. Intentó calmarse echándose agua en la nuca sin preocuparse siquiera por si había algo en el río oculto en la oscuridad. Cogió la caja de ébano con la malaquita en la mano y se quedó mirando a Fulgor, que estaba acurrucado en una esquina.

El olor a mar, el brillo de un firmamento lleno de estrellas tan distinto al que estaba acostumbrada a ver desde el balcón de su casa y el suave sonido de la noche la ayudaron a serenarse. Incluso llegó a sonreír al recordar el sueño que había tenido y se planteó la posibilidad de contárselo a Gare, solo por ver qué cara ponía. Seguro que le pillaba por sorpresa. En su cabeza, la idea parecía divertida y se imaginaba contándoselo y disfrutando de ponerle nervioso, aunque sabía que después no se iba a atrever a hacerlo.

Estuvo pensando y fantaseando durante un largo rato. Tanto que se le pasaron las horas sin darse cuenta y se olvidó de despertarle para que hiciera su turno de guardia. Se dio cuenta del tiempo transcurrido cuando vio las primeras luces del amanecer en el horizonte y se quedó embobada observándolo. Se plantearía quedarse a vivir en aquel lugar si pudiera llevar a sus hijas y si no fuera por la velocidad del transcurso entre el día y la noche.

—¿Por qué no me has despertado?

—¡Dios! ¿No sabes avisar? —protestó Triz. La voz de Gare a su espalda la había asustado y había estado a punto de dejar caer la caja de ébano con la malaquita por la borda.

—¿Qué quieres? ¿Que me levante silbando?

—Ya es la segunda vez que me asustas.

—No era mi intención. ¿Por qué no me despertaste? La última hora me tocaba a mí estar de guardia.

—Necesitaba pensar.

—¿En qué? ¿En salvar el mundo?

—¿No te parece increíble que alguien esté dispuesto a hacer desaparecer este lugar?

—La verdad es que el amanecer es la segunda cosa más bonita que he visto al despertarme —respondió Gare.

—Pero mira que eres moñas a veces —replicó Triz mientras hacía gestos de desaprobación.

—No pensarás que lo decía por ti, ¿verdad? —repuso Gare—. Lo decía por Fulgor. Mira qué cara más bonita tiene mientras duerme.

—¿Fulgor? ¿En serio? —exclamó Triz. Se cruzó de brazos y regresó su mirada al mar.

—A ver si te aclaras. Si te lo digo a ti, me llamas moñas y, si no lo hago, te mosqueas —dijo Gare mientras se colocaba a su lado.

—Forma parte de mi manera de ser. Si quieres seguir estando conmigo tendrás que acostumbrarte —objetó Triz, pero al hacerlo puso su mano sobre la de Gare.

Helen no tardó en despertarse. Comieron algo y vislumbraron las costas de Vulkafer con la luz ya en lo alto del cielo. Al verlo, Gare se puso en pie de un salto y estuvo a punto de hacer volcar la embarcación.

—¡No hay un puñetero sitio normal en Grawell! —exclamó al ver la orografía de la isla a la que se dirigían.

—Estás en tierra de brujas. ¿Qué esperabas? —rio Helen al ver su asombro.

—¡Joder, que la isla tiene forma de gato negro!

—Hay leyendas sobre nosotras que tienen bastante fundamento. Una de ellas es la de que nos hacemos acompañar por un gato negro, aunque los motivos por los que lo hacemos distan bastante de lo que se ha escrito sobre el tema.

—¿Los gatos negros no traen mala suerte?

—Si trajeran mala suerte, ¿crees que las brujas, que se nos llama así por dedicarnos al

conocimiento, nos haríamos acompañar por uno?

—En alguna de las películas que me gustaba ver, se decía que daban mala suerte o que eran familiares de las brujas reencarnados.

—Otro error sin fundamento. Las brujas no podemos reencarnarnos en ningún sitio que no sea nuestro propio cuerpo. Si pudiéramos hacerlo, no me habría separado de Triz cuando todavía era una niña. Me habría reencarnado en gato si fuera tan fácil.

—¿Entonces por qué os acompañáis de gatos negros?

—Son independientes, elegantes, fuertes, diestros y astutos, como nosotras. Ahuyentan alimañas, roedores y protegen nuestra casa de malos espíritus. ¿Has visto alguna vez a un gato peleando contra el aire?

—Sí. Parece que se han vuelto locos o que ven algo que nosotros no podemos.

—Casi siempre es lo segundo. Los gatos perciben lo que nosotros no. Por eso siempre nos gusta tener uno cerca.

—Gracias a ti, a partir de ahora cuando vea un gato peleando solo, me voy a acojonar vivo... ¿Y por qué de color negro?

—Porque los blancos, marrones o grises no os asustaban igual.

—¿En serio?

—En serio. A las brujas el color de los gatos nos da exactamente igual. Son todos poderosos, pero generaciones de brujas perseguidas nos hicieron ver que los gatos negros os infundían un mayor respeto. Los acusabais de ser portadores de malos augurios, de enfermedades, incluso de ser la encarnación del diablo. ¡Pobres animalitos! Si el «diablo», como lo llamáis, quiere encarnarse, siempre elige la forma humana para hacerlo. Es la que más se asemeja a su forma de ser.

—¿Has querido decir que el diablo existe?

—¡Claro, tonto!

—Joder, pensaba que nos enfrentábamos a una bruja malvada o un brujo sin escrúpulos, no a Satán.

—Una vez más, la ignorancia de la iglesia. Satán no es el diablo. Solo una de sus múltiples encarnaciones... Las religiones han ido cogiendo retazos de conocimiento y los han moldeado a su gusto para extender el miedo entre la gente. Vuestra representación del diablo es uno de nuestros dos dioses: el Dios Astado.

—Quien, al parecer por mis sueños, se ha vuelto en contra de la Diosa Luna y quiere terminar con los mundos —añadió Triz.

—La relación entre la Diosa Luna y el Dios Astado siempre ha sido de amor-odio. Se quieren tanto como se detestan. Y, cada cierto tiempo, libran una cruenta batalla. Es entonces cuando una bruja de sangre sueña con ellos. La primera fue Astrid. Ahora te ha tocado a ti, cariño —explicó Helen acariciando la cabeza de su sobrina—. Estoy segura de que terminarás por averiguar cómo evitar esa batalla y que el Dios Astado y la Diosa Luna vuelvan a ser dos jóvenes enamorados.

—No lo había pensado. Ahora entiendo mejor mis sueños. ¿Los desastres que se avecinan no son más que una pelea de enamorados?

—Con la salvedad de que esos enamorados son los Dioses de la vida y la muerte, de la naturaleza, de la fertilidad, de todo lo que rige nuestra existencia. Y, si ambos se enfrentan, solo queda el caos.

La barca se dirigió hacia una playa situada en lo que se asemejaba a la zarpa de una de las patas traseras del gato. Gare saltó el primero de la barca deseoso de poner los pies de nuevo en tierra firme, aunque el lugar le diera escalofríos. Con la ayuda de Helen, metió la barca tierra adentro.

—Voy a echar un vistazo por los alrededores. Vosotros quedaros aquí y preparar el campamento. Hoy haremos noche en la playa antes de adentrarnos en Vulkafer. Solo una cosa: no os adentréis en la hierba negra —dijo Helen y se colocó su mochila al hombro.

—¡De eso nada! —exclamó Triz—. ¡Nos vamos los tres!

—No es muy recomendable adentrarse en terreno desconocido cuando solo quedan un par de horas para que caiga la noche. No sabemos lo que nos vamos a encontrar —repuso Helen sin hacer caso de las protestas de su sobrina.

—Tía, mi sueño... empezaba así, contigo yendo a inspeccionar y quedándome a solas con Gare —murmuró Triz después de llegar a la carrera a su lado y agarrarla del brazo.

—¿Quieres que me haga la remolona y tarde más en volver? —propuso Helen divertida.

—¡No! Lo que quiero es no quedarme a solas con él.

—¿Acaso tienes miedo de dejarte llevar? Me temo que vas a tener que afrontarlo en algún momento —comentó Helen y agarró a su sobrina de la cintura—. Prepara el campamento. Me llevo a Fulgor conmigo para que me proteja. Necesito estirar un poco las piernas. Prometo que nos haremos notar cuando regrese —pidió Helen a la vez que guiñaba un ojo y le daba una palmada en la espalda a su sobrina.

A regañadientes, Triz se quedó preparando el campamento mientras Gare recogía maleza para hacer una hoguera. Varias veces se le quedó mirando y, en un par de ocasiones, la idea de besarle volvió a sonrojarla, pero se demostró a sí misma que sus sueños podían cambiarse o que era realmente estúpida.

Cuando su tía regresó de inspeccionar el lugar con las últimas luces del día no había pasado nada. Apenas habían hablado entre los dos, salvo un par de conversaciones banales sobre dónde era mejor colocar los sacos de dormir o si sería suficiente la madera para la hoguera. Cuando Helen los vio sentados alrededor del fuego uno al frente del otro, negó con la cabeza. Fulgor, en cuanto le dejó sobre la arena, salió corriendo a su encuentro y se lanzó sobre los brazos de Gare.

—No os vais a creer hacia dónde señala la malaquita cuando te internas unos metros en la maleza —comunicó Helen cuando llegó a su lado.

—Sorpréndenos —exhortó Gare sin mucho entusiasmo mientras intentaba zafarse de la excesiva efusividad y los lametazos del canignis, que cada día era más grande.

—Hacia el culo del gato.

—¡Me tienes que estar tomando el pelo! —exclamó Gare, ahora sorprendido.

—Me temo que no. En cuanto descansemos, nos pondremos en marcha hacia el culo de la isla. Y tenemos que hacerlo con cuidado, porque toda la zona está cubierta de hierba negra.

—Y ahora me dirás que la hierba negra es como las ortigas, que pica si te rozas con ella.

—No, la hierba negra no hace nada. Es inofensiva, pero es el alimento preferido de las mariposas murciélago que te comenté en la montaña y el escondite perfecto para las arañas lobo de Grawell.

—Espera, ¿por qué has añadido «de Grawell»? ¿Es que no suena ya lo suficientemente asqueroso el término araña lobo?

—Porque las arañas lobo de Grawell no son iguales que las arañas lobo de los Estados Unidos. Las arañas lobo son venenosas, pero su picadura no es mortal.

—Y, cómo no, la de araña lobo de Grawell sí lo es. ¡Ah! Y ya no existen los Estados Unidos.

—Vaya… ¿La Tercera Guerra Mundial? Bueno el caso es que las arañas de Grawell si son mortales. Y Vulkafer está infestado de ellas.

—¿Y cómo vamos a adentrarnos en la hierba negra? —protestó Gare, que empezaba a estar harto de que todo lo que le rodeaba fuera peligroso.

—Tanto las arañas lobo como las mariposas murciélago duermen de día y comen de noche. Si nos damos prisa, podremos llegar al lugar donde está el sigilo con el menor riesgo posible. Vamos a descansar.

—¿Pretendes que duerma sabiendo que estoy rodeado de mariposas y arañas que desean matarme?

—Ni las mariposas ni las arañas salen de la hierba negra. Sin el camuflaje que les proporciona la maleza son vulnerables y, como te he dicho, es su alimento favorito. A nosotros solo nos atacan como modo de defensa. Ninguna de las especies se acercará al fuego. Al menos ninguna de estas dos...

—¡No podrías haberte callado la última frase! —se lamentó Gare.

Terminada la cena, volvieron a juntarse los tres bajo los sacos de dormir. Gare no se atrevía a cerrar los ojos. Helen no le había querido contar qué más especies vivían en Vulkafer para no asustarlo, pero el simple hecho de que no hubiera querido hacerlo ya le atemorizaba lo suficiente. Además, los sonidos nocturnos de la isla no le ayudaban a conciliar el sueño. Eran como maullidos en la noche, como si la isla estuviera viva. Por fortuna, Triz se había olvidado de despertarle en la barca y se sentía descansado. Seguía despierto cuando, en mitad de la noche, ella se giró y lo rodeó con su brazo.

La sensación que eso le produjo fue tan placentera que maldijo que las noches en aquel lugar duraran tan pocas horas. Aquello y que le agarrara de la mano durante el último amanecer era lo más cercano que había tenido por parte de ella a una muestra de cariño desde que había llegado a

Grawell. El viaje y el riesgo empezaban a merecer la pena. Triz comenzaba a comportarse como antes de tener que separarse en el hospital.

Aquel ritmo vertiginoso de días y noches le tenía descolocado. No recordaba cuántos días llevaba en Grawell, pero estaba seguro de que eran más de los que en su mundo correspondían al fin de semana. Seguramente, a la vuelta, habría perdido el trabajo. También tendría que dar explicaciones a Lilian y devolver los vatios a su antiguo amigo, pero, en ese momento, no se le ocurría un sitio mejor en el que estar.

Sin llegar a dormir ni un solo instante en toda la noche y con pena por tener que despertarla, en cuanto salieron las primeras luces de la mañana animó a Triz a levantarse. Con más rapidez que un velocista de los cien metros ella se puso en pie apartando el brazo. Recogieron el campamento y se pusieron en marcha.

Gare cogió en brazos a Fulgor porque el canignis se perdía entre la hierba negra. Enseguida notó que el perro era más pesado y grande que la última vez. En una sola noche había crecido. Lo hacía deprisa, pero esperaba que en sus brazos aguantara las ganas de salir corriendo o de ponerse a ladrar. No quería que despertara a ninguna araña lobo aletargada y, mucho menos, a una mariposa con ganas de chuparle la sangre.

Pese a caminar con extrema prudencia Gare vio varios ejemplares de araña lobo ocultos entre la hierba. A Helen se le había olvidado mencionar otra diferencia entre las arañas lobo de los antiguos Estados Unidos y las de Grawell: Estas eran el doble de grandes. Gare dejó de preocuparse por sus mordeduras venenosas, si alguna de aquellas arañas despertaba y le daba un mordisco le iba a arrancar tal pedazo de carne que, si la muerte era rápida, le resultaría menos doloroso.

Estaba tan preocupado por el tamaño de aquellos animales que, por un segundo, se descuidó con Fulgor. El perro aprovechó para escaparse y salir corriendo entre la hierba negra.

—¡Fulgor! ¡Ven aquí! —Quería gritar, pero no se atrevió a hacerlo. Ya era suficiente el escándalo que estaba montando el perro como para que sus gritos terminaran de despertar a aquellos animales.

Por un instante perdió al can de vista. Triz y Helen se habían puesto en guardia. Aquello no era una buena señal. Gare empezó a desesperarse. No conocía las reglas de Grawell, pero estaba seguro de que, si alguna de aquellas enormes arañas mordía a Fulgor, la herida iba a ser letal.

Dos enormes mariposas de color negro salieron volando de entre la maleza. Gare deseó haber visto antes un murciélago de los que él conocía. Eran gigantescas y su aspecto tan siniestro que sus

ojos parecían humanos y le miraban como si le odiaran por haberlas despertado de la siesta. Las dos enormes mariposas abrieron sus fauces y Gare tuvo la misma sensación que cuando veía una película de terror: tuvo tanto miedo que el pánico le cerró la garganta.

Estaba seguro de ir a convertirse en una mariposa vampiro tras su mordedura cuando dos rayos de luz cruzaron a su lado y volatilizaron en el aire a las dos criaturas.

—¡Saca a Fulgor de la hierba! —gritó Triz a la que todavía le brillaban las manos.

Gare buscó entre los matorrales cercanos de donde había visto a las mariposas salir volando y encontró a Fulgor dando saltos con una de ellas entre los dientes. El canignis la había cazado antes de que pudiera emprender el vuelo.

—¡Suelta eso! —gritó Gare incapaz de atreverse a recoger al perro con aquella cosa colgando de sus fauces.

Fulgor lo miró con la tristeza reflejada en su mirada. El animal se sentía orgulloso de su caza y no entendía por qué le reprendían, pero al final obedeció y dejó a la mariposa en el suelo. Gare lo cogió en brazos y eso hizo que volviera a estar alegre.

—¡No me vuelvas a dar otro susto de esos! ¿Entendido? —El perro pareció comprender.

—¡Vamos! Tenemos que darnos prisa. Estoy segura de que alguna araña lobo se habrá despertado con tanto jaleo. Lo mejor es que salgamos de aquí cuanto antes.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —preguntó Gare a Triz mientras aceleraban el paso.

—Leyendo el libro de las sombras de Astrid. Es uno de los conjuros que he estado practicando estas últimas semanas.

—¡Genial! Si nos encontramos con otro Cristian, se va a llevar su merecido.

Estaban a punto de llegar, casi a la carrera, a una zona sin vegetación cuando una araña lobo se interpuso en su camino. Gare no tardó en darse cuenta de que aquel animal estaba despierto. De su boca caían hilos de baba como cuando un perro está hambriento.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó sin atreverse a desviar la mirada de aquel asqueroso arácnido.

—No te muevas. —Escuchó murmurar a Triz a su espalda.

—Te juro que no tengo ninguna intención de hacerlo —replicó.

—No hablo contigo —repuso Triz.

Fue entonces cuando Gare miró de reojo hacia su derecha. Allí, alzada sobre sus ocho patas, estaba otra araña lobo hambrienta.

—Chicos... —murmuró Helen—. Tenemos otra visita.

A la izquierda de Gare una tercera araña se desperezaba y abría sus mandíbulas en un siniestro bostezo.

—Yo me encargo de la de la derecha —indicó Triz—. Tía, tú encárgate de la de la izquierda.

—¿Y qué hacemos con la que está mirándome como si fuera un filete de pollo? —inquirió Gare —. ¿Le cuento un chiste a ver si la mato de risa?

Un gruñido de Fulgor fue la única respuesta que recibió. Ni Helen ni Triz sabían cómo enfrentarse a aquella tercera araña. Aunque Gare intentaba sujetar al canignis entre sus brazos, este insistía en liberarse. El perro lo miró como pidiendo explicaciones y sus ojos empezaron a brillar en un rojo fuego.

—Chicas, creo que tenemos un voluntario. Fulgor parece dispuesto a ponerse a arder...

—¿Crees que va a poder con esa araña lobo?

—¡No tenemos otra opción! —replicó Helen, al ver que los tres arácnidos se acercaban a ellos amenazantes.

Triz y Helen volvieron a concentrar sus energías como habían hecho con las dos mariposas vampiro y Gare controló a Fulgor todo el tiempo que pudo hasta que su piel ya emanaba demasiado calor como para soportarlo.

—¡Ahora, chicas! —gritó cuando ya no pudo retener más tiempo al canignis.

Triz y Helen lanzaron dos cargas de energía sobre dos de las arañas, que se volatilizaron en el aire. Fulgor, a la carrera y ya envuelto en llamas, saltó sobre una de las patas de la tercera araña y la hizo arder. Los gritos de dolor de la criatura amenazaban con despertar a toda la isla de Vulkafer, pero, al menos, Fulgor había conseguido que no atacara al indefenso Gare.

Helen fue la más rápida en concentrar por segunda vez su energía y la descargó sobre ella. En cuanto cayó muerta en el suelo, Fulgor dejó de arder y regresó orgulloso con una de las patas del animal entre los dientes.

Seguros de que el encuentro con las arañas lobo había despertado a algún otro ser oculto entre la hierba, no perdieron tiempo en alcanzar el descampado.

—¡No podía ser de otro modo! —exclamó Gare al ver que el camino terminaba en la entrada de una cueva.

—¿No te dije que nos dirigíamos al culo del gato? —inquirió Helen.

—No me lo digas… vamos a tener que adentrarnos en la cueva. ¡Dios, qué imagen! —expresó Gare y se frotó los ojos intentando borrar de su memoria el recuerdo de verse entrando en el culo de un gato enorme.

—Eso creo. La malaquita sigue marcando hacia allí.

El primero en entrar en la cueva fue Fulgor, con su pata de araña entre los dientes, al que el hecho de adentrarse en un lugar llamado «el culo de un gato» no parecía importarle. Tras él, entraron Helen y Triz. El último en cruzar fue Gare, no sin reparos.

El lugar era húmedo y cálido, lo que aumentaba su sensación de angustia, pero la magia de Helen lo mantenía iluminado.

No fueron muchos metros los que tuvieron que avanzar por aquel intestino excavado en la roca antes de que la malaquita se volviera loca dentro de la caja. Helen iluminó con mayor intensidad la gruta. Quería protegerse de posibles ataques. Quien hubiera robado los sigilos había dejado un guardián cerca de cada uno; no quería que el que protegiera el tercero la pillara por sorpresa.

Pero allí no había ningún ser esperando, solo un montón de tierra y, sobre él, uno de los sigilos.

—El tercer sigilo ya es nuestro —celebró Gare al ver que no había ningún peligro en los alrededores y deseando salir de la cueva para deshacerse de esa sensación que le estaba revolviendo el estómago.

—¡No, Gare! ¡Espera! —exclamó Triz e intentó agarrarle del brazo, al verle pasar por su lado y subirse al montículo de tierra.

—¿Qué? Cogemos el tercer sigilo y nos vamos a buscar el cuarto. Igual podemos regresar a la playa antes de que vuelva a hacerse de noche. No quiero enfrentarme a las arañas lobo ni tener otro encuentro con las mariposas murciélago. Estoy seguro de que esta cueva está llena —replicó él. Entonces se dio cuenta de que no podía moverse ni soltar las manos del sigilo.

En cuanto las había puesto sobre él, este se había enraizado entre sus dedos. Lo mismo ocurría con la tierra que lo rodeaba y que había aprisionado sus pies.

—¡Ey! ¡Haced algo! —exclamó nervioso—. No me deja salir.

—Por eso no han dejado nada para protegerlo... quien lo colocó ahí sabía que la tierra, una vez arraigada, no es fácil de desprender —dedujo Helen.

—¿Y qué hacemos? ¡Me está bajando por los brazos y subiendo por las piernas! —espetó Gare al borde de un ataque de ansiedad con el sigilo en alto—. ¡Os juro que no me estoy moviendo! ¿Por qué no dejo de hundirme?

—No son arenas movedizas. No te estás hundiendo. Está creciendo a tu alrededor, como una enredadera en una pared. Has entrado en su terreno y ahora quiere que formes parte de él. Quiere absorberte como una raíz arranca los nutrientes del suelo.

—¡Haced algo o este montón de tierra se va a poner morado conmigo! —pidió Gare, que en cuanto supo que no moverse no servía de nada empezó a dar tirones intentando liberar sus manos, pero tampoco parecía funcionar. La tierra había enraizado en su cuerpo más rápido que el miedo.

Triz intentó agarrarle de una pierna sin meter los pies dentro del montón de tierra, pero fue inútil. Por muy fuerte que intentaba tirar de él, la tierra seguía aferrada a Gare como la dentadura de una lantrinida.

Helen también intentó ayudar, pero tardó poco en darse cuenta de que era inútil. El torso de Gare ya se encontraba cubierto y la grava subía por su cuerpo amenazando con llegar a su cabeza. Fulgor solo ladraba, como si se hubiera dado cuenta de que aquel montón de tierra era un enemigo al que enfrentarse.

—¡Me ahogo, chicas! —gritó Gare cuando la tierra empezó a rodearle el cuello.

—¡Te vamos a sacar! —exclamó Triz—. Intenta no ponerte más nervioso y controlar la respiración —pidió queriendo aparentar calma, pese a que por dentro estaba histérica. En su mirada se reflejaba la angustia cuando miró a su tía suplicando ayuda—. ¿Y si uso mis poderes para que

salga todo volando?

—No puedes hacerlo. ¡Romperías el sigilo de tierra!

—¡No pienso dejar que Gare muera ahogado sin hacer nada!

—Triz, si rompes el sigilo de tierra moriremos todas. Incluidos vosotros dos si no os da tiempo a regresar. ¡No puedes hacerlo!

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Pero algo tendremos que hacer! ¡Hay que salvarlo! ¿Y si usamos los athames? —propuso.

—Podemos intentarlo.

Buscaron en sus mochilas los cuchillos ceremoniales de los que casi nunca se separaban. Empezaron a clavarlos en la tierra intentando removerla. Triz intentó cortar con ellos algunas de las raíces que rodeaban las piernas de Gare, pero, para su desgracia, el cuchillo no estaba muy afilado y, para cuando conseguía cortar una de las raíces, ya habían crecido tres más.

—¡Así no vamos a hacer nada! —exclamó desesperada.

Helen se quedó pensativa. Desde que llegó a Grawell, hacía ya casi treinta años, había oído muchas historias sobre aquella isla. Aunque era la primera vez que la visitaba, esas historias le servían para hacerse una idea de dónde se encontraba y entender que la isla era algo más que un trozo de tierra cubierto de hierba negra. Aquel lugar, en sí mismo, era un ser de Grawell, un ser vivo, como Ekabú. Aunque no sabía cuántas de las historias que había escuchado eran ciertas y cuántas simples mitos de bruja.

—Hay algo que podemos intentar, aunque no sé si va a funcionar...

—¡Lo que sea, pero rápido! —exclamó Gare con la cabeza en alto para evitar que la tierra le entrara en la boca.

—Vulkafer no es solo una isla. Es un ser mágico de Grawell, un ser vivo.

—Sí, ¿y? —preguntó Triz con el temor reflejado en la mirada. Gare estaba a punto de ahogarse y, como había temido en su sueño, iba a hacerlo antes de que le confesara sus sentimientos.

—Estamos en el culo de un gato... Y ese montón de tierra se asemeja a un montón de excr...

—No estás hablando en serio... —musitó Triz interrumpiendo.

—¡No se me ocurre otra cosa! Tenemos que hacer que Vulkafer evacúe. Si lo hace, serán expulsados al mar y la tierra se diluirá.

—Pero, si se diluye, el sigilo se perderá para siempre y estaremos en las mismas —protestó Triz.

—Ahí es donde entra Gare. ¿Sigues con el sigilo agarrado?

—¡No me queda otro remedio! —bramó con el sabor de la tierra ya en los labios.

—Si funciona, si Vulkafer te expulsa, haz todo lo posible por no soltarlo y por mantenerlo a flote.

—¡De acuerdo, lo intentaré! Pero daos prisa.

—¿Y cómo se hace cagar a un gato? —preguntó Triz, ya dispuesta a salir corriendo.

—Frotándole el ano, por debajo de la cola.

—Y estarás hablando en serio...

—¡No importa! Tú haz caso a tu tía —vociferó Gare antes de que un poco de tierra le provocara un ataque de tos.

Triz no puso más pegas. Junto con su tía, salió de la cueva y, sin perder tiempo, escaló hasta lo alto de la misma.

—¿Y cómo frotamos? ¿Con las manos?

—Sí —asintió Helen—. Pero no así, que podrías despertar a alguna araña lobo escondida —exclamó al ver que su sobrina ya se estaba poniendo de rodillas en el suelo—. Con energía.

Triz se puso en pie. Ambas concentraron sus energías en las manos y la usaron para frotar la hierba negra que cubría el lugar.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Triz, con los ojos cerrados, no podía dejar de ver en sus pensamientos la imagen de Gare con la tierra al cuello. Si aquello no funcionaba, no iban a tener tiempo de llevar a cabo ningún plan B. Pero ¿cómo iba a esperar que aquello funcionara? ¡Estaban intentando que una isla hiciera sus necesidades! Solo la desesperación podía haberla convencido de

aquella locura.

«Prometo que, si le salvamos de esta, le diré a Gare lo que siento por él».

Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que una pequeña cantidad de tierra salió de la cueva y cayó al mar. Solo cuando un pedazo más grande cayó al agua e hizo ruido al salpicar, se percató de ello.

—¡Frota más fuerte! —exclamó con ilusiones renovadas—. ¡Gare todavía no ha salido!

Las dos brujas concentraron toda su energía. Lo que en un primer momento le había parecido ridículo se había convertido en una luz de esperanza.

El suelo tembló ligeramente bajo sus pies, décimas de segundo antes de que un enorme pedazo de tierra fuera arrojado al mar. Triz miró al agua con la esperanza de ver a Gare flotando, pero solo pudo ver el sigilo de tierra y sus brazos extendidos. Su cuerpo, y sobre todo su cabeza, permanecían sumergidos. Sin pensarlo mucho, saltó desde un saliente y buceó hasta llegar a su altura.

Gare tenía la cara cubierta de tierra. No había llegado a tiempo de evitar que esta lo engullera por completo antes de ser expulsado. Mantenía el sigilo en alto, pero corría el riesgo de ahogarse. La tierra, diluida por el agua, empezaba a deshacerse a su alrededor, pero la velocidad con la que lo hacía era demasiado lenta. Gare no iba a poder aguantar tanto sin respirar y Triz tampoco sabía cuánto tiempo había estado sin hacerlo antes. El peso de la tierra lo iba hundiendo cada vez más.

—¡Voy a poner el sigilo a salvo! —exclamó Helen al llegar a su lado—. Si lo libero de su peso, no se hundirá tan rápido. Intenta que se mantenga a flote hasta que regrese.

Con la ayuda del agua del mar, Helen consiguió arrancar el sigilo de las manos de Gare mientras Triz se afanaba en intentar apartar la tierra que le cubría la cara ayudándose con las manos. Le sacó la cabeza del agua e intentó mantenerlo a flote agarrándole de la cintura, pero Gare pesaba demasiado.

Aunque la tierra cada vez pesaba menos al diluirse, el peso muerto de Gare era demasiado para Triz y corrían el riesgo de acabar los dos hundidos. Él, aun con la cabeza fuera del agua, seguía sin respirar. Triz empezó a sentir que las fuerzas le fallaban cuando Helen regresó a su lado. Entre las dos consiguieron mantener a Gare a flote y arrastrarlo hacia la orilla.

Cuando llegaron, su cuerpo ya se había visto liberado de toda la tierra, pero seguía sin respirar. Lo tumbaron en el suelo y Triz empezó a practicarle la respiración cardiopulmonar.

—¡Vamos, Gare! No puedes hacerme esto. ¡Vamos! —exclamó tras insuflar aire dos veces en sus pulmones y mientras realizaba el masaje cardiaco—. Te juro que si sales de esta no voy a volver a meterme contigo, ni a discutir, ni a echarte la bronca...

Triz siguió con los primeros auxilios, pero no parecían dar resultado. Desesperada, golpeó su pecho con los puños.

—¡Respira! ¡Maldita sea, joder, respira! —suplicó sin poder evitar que se le cayeran las lágrimas —. No te he dicho nunca que te quiero...

—Probemos con nuestras energías. Como hemos hecho antes con la isla. Quizás, si masajeamos las dos, funcione —sugirió Helen y colocó una mano sobre el hombro de su sobrina.

Triz no lo dudó. Concentró toda la energía que era capaz de generar en sus manos y la descargó contra el pecho de Gare, mientras Helen hacía lo mismo. Se volvió a agachar para insuflarle aire en los pulmones. Lo repitieron tres veces antes de que Gare empezara a toser, escupiendo tierra.

—¡Estás bien! —exclamó Triz y lo abrazó con fuerza.

—Si sigues abrazándome así, voy a volver a ahogarme —replicó Gare, pero no permitió que Triz le soltara.

—¡Menudo susto me has dado, idiota! —protestó Triz mientras se secaba las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

—No te puedes hacer a la idea del que me he llevado yo cuando la tierra me ha cubierto la nariz. Pensé que no lo contaba.

—Por favor, no dejes de bromear nunca —dijo Triz y le plantó un beso en la boca sin importarle que la tuviera todavía manchada de tierra.

—Estoy planteándome ahogarme todos los días... —declaró Gare cuando Triz dejó de besarle, todavía sorprendido.

—¡Bobo! —replicó ella, dándole un empujón.

—¿Tenemos el sigilo? —preguntó Gare mientras se frotaba la cabeza después del golpe con el suelo, pero ya casi recuperado.

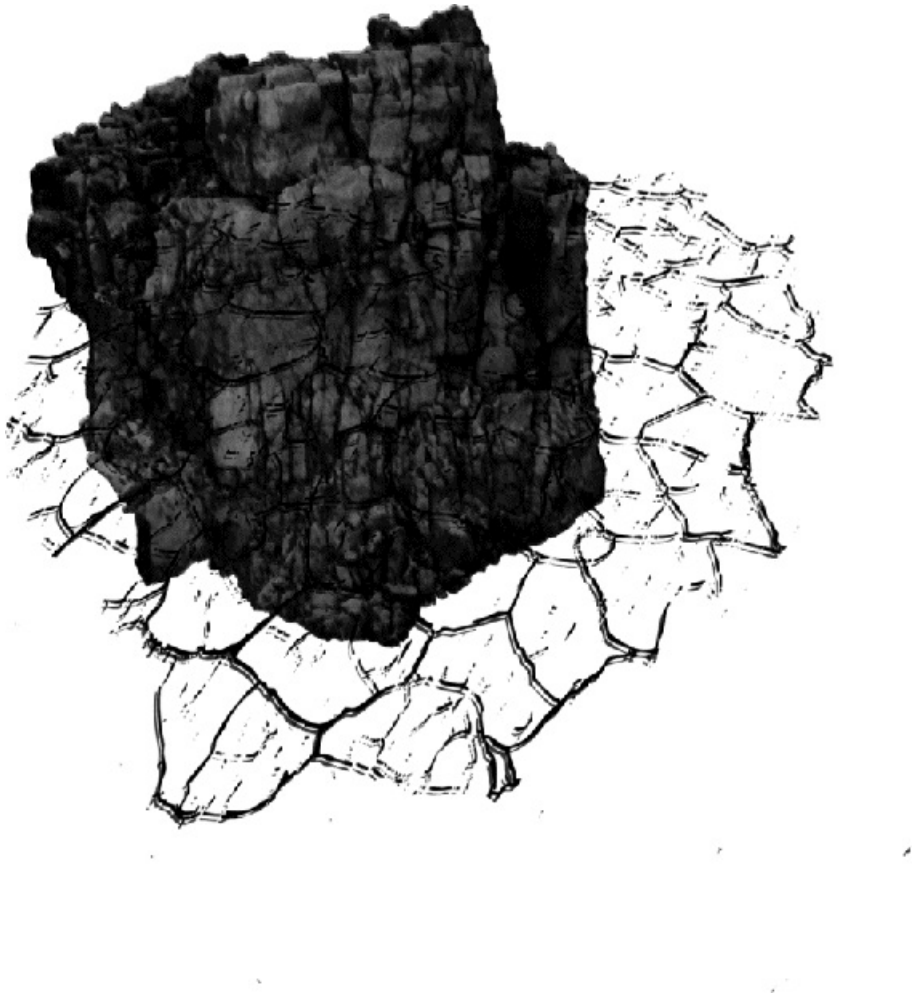
—Lo tenemos. Lo has hecho genial —lo felicitó Helen.

—Y algunas decían que no iba a servir para nada... —bromeó Gare y miró a Triz.

—Si no hubieras sido tan tonto como para meterte en la tierra sin pensar, no te habríamos tenido que librar de ahogarte —repuso ella.

—¿Tú no has prometido que no ibas a echarle más la bronca si se recuperaba? —preguntó Helen, que no puedo evitar sonreír ante la frágil memoria de su sobrina.

—Si es que yo lo intento, pero me lo pone difícil —rio Triz—. Anda, vamos. Aún nos falta un último sigilo por recuperar.



Sigilo de tierra.

32

Hay destinos que no cambian

Solo quedaban un par de horas para poder regresar hasta la playa donde habían dejado la barca y corrían el riesgo de que se les hiciera de noche antes, así que se pusieron en marcha en cuanto Gare recuperó el aliento.

—¿Qué hay más al norte de Vulkafer? —preguntó Triz a mitad de camino.

—¿Al norte?

—La malaquita no ha dejado de señalar hacia allí en los tres primeros sigilos. Supongo que el cuarto estará en la misma dirección.

—Te equivocas —respondió Helen—. El cuarto señala de regreso a casa. Veremos hacia dónde nos indica cuando nos vayamos acercando, pero intentaremos evitar cruzar Cogar yendo por Orgades, me gustaría volver a ver a Kharisa. Con un poco de suerte, podremos rodear Ekabú antes de tener que volver a colocar los cuatro sigilos en lo alto de la montaña.

—Nos falta el sigilo del fuego... Os prometo que ese no lo voy a agarrar con las manos —dijo Gare.

—No te preocupes, para ese sigilo es para el que llevaba la antivela en la mochila —repuso Helen.

—Pero la antivela ya la usamos para contener la llama del canignis.

—Por eso, antes de usarla vamos a tener que «vaciarla» de nuevo.

—¿Y qué va a pasar con Fulgor? —preguntó Triz que llevaba al perro en sus manos para evitar que se volviera a escapar entre la hierba negra.

—Si está cerca cuando liberemos la llama, se fusionará con ella y volverá a tener el tamaño que tenía antes. Bueno, algo más grande, porque en estos días también ha crecido.

—¿Y si no está cerca? —inquirió Gare, que no quería que Fulgor volviera a convertirse en el perro rabioso que le quemó el brazo al inicio de la aventura.

—Si no está cerca, tendremos dos perros, pero el que salga de la vela no dudará en atacarnos.

—Siempre dando buenas noticias —repuso Gare, que tras dejar la mochila en la barca, se dispuso a meterla en el agua. Helen le ayudó mientras Triz subía a bordo con Fulgor en brazos.

Tuvieron que pasar la noche en la embarcación mientras surcaban el mar y parte del río. Gare se ofreció a ser el primero en el turno de vigilancia, dado que en el viaje de ida había dormido toda la noche. Al principio, Triz se negó diciéndole que tenía que ser el que más descansara después de haber estado a punto de ahogarse, pero, ante su insistencia, terminó aceptando.

Quedarse un tiempo a solas le ayudó a pensar. Con Helen y Triz dormidas en el suelo de la barca, tuvo tiempo para ordenar sus pensamientos, para hacer un balance de los últimos días vividos. Había sido una temeridad dejarse quemar en la hoguera para ir a Grawell, todo el viaje estaba siendo una locura que a veces le costaba comprender. Pese a lo que había visto allí, pese a haber estado a punto de ser ahogado por un montón de tierra con vida en forma de excremento de isla gatuna, pese a llevar en sus brazos el cachorro de un perro que podía arder en llamas y pese a haberse enfrentado a unas pirañas de cristal, a veces dudaba de que todo aquello estuviera ocurriendo de verdad y no estuviera a punto de despertarse en su cama del hospital para tener que acudir a una de sus sesiones de rehabilitación con Arya. Igual aquella era otra experiencia en Aisling como la que había tenido en su enfrentamiento con Cristian. O quizás seguía encerrado en un mundo de videojuegos.

Pero al menos aquel viaje le había servido para que la situación con Triz volviera a estar como antes. Ella había vuelto a besarle en Vulkafer y eso ya hacía que hasta estar a punto de ahogarse le hubiera merecido la pena. Sabía que su relación con ella no iba a ser fácil nunca, pero prefería algo complicado a su lado que una vida fácil sin ella.

Se giró a mirarla. Allí tumbada en el suelo de la barca, con cara de no haber roto un plato nunca mientras dormía, con una leve sonrisa en su cara. Gare volvió a sentir ese cosquilleo en el estómago que sintió la primera vez que volvieron a reencontrarse y pudo abrazarla. Era tan intensa la sensación que dudaba de si lo que sentía en el estómago no eran mariposas vampiro, porque parecían devorarle por dentro. Se había enamorado otras veces a lo largo de su vida, pero ninguna con esa intensa sensación, con ese impulso, con esa necesidad de proteger a alguien, aunque eso pusiera su vida en

peligro.

Se hubiera quedado mirándola toda la noche, sin despertarla para hacer su turno de vigilancia, pero Triz se revolvió en el suelo de la barca y abrió los ojos entre pestañeos y un largo bostezo.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó entre susurros para no despertar a su tía.

—Un par de horas.

—¿Es mi turno para la vigilancia?

—No te preocupes por eso, puedes seguir durmiendo si quieres.

—No es necesario, estoy bien. Eres tú quien debe descansar, después del susto que nos has dado —repuso Triz. Se puso en pie y se acercó a su lado mientras le invitaba a ocupar su lugar en el suelo de la barca.

—No estoy cansado. Tengo tantas emociones recorriéndome por dentro ahora mismo que creo que sería incapaz de dormir. Necesito serenarme un poco.

—¿Qué tipo de emociones?

—No sé, ansiedad por saber si vamos a salvar Grawell, por no saber el tiempo exacto que nos queda. Me siento como cuando fuimos a la *scape room* y se nos echaba el tiempo encima y desconocíamos cuánto nos faltaba para conseguir salir.

—Esperemos que esta ocasión termine mejor...

—También tengo miedo, miedo porque nos ocurra algo a cualquiera. Porque no podamos superar alguna de las pruebas a las que nos enfrentamos, a que la próxima vez que tengas que sacarme del agua no llegues a tiempo.

—Sabes que haré lo posible para llegar siempre a tiempo... —repuso Triz, quien agarró la mano de Gare para intentar tranquilizarlo.

—Me siento confuso y ansioso. No sé si estoy en Grawell, en Aisling o simplemente estoy dentro de uno de mis videojuegos, que terminará cuando nos pasemos todas las pantallas.

—Bueno, a ver si con un poco de suerte encontramos pronto el cuarto sigilo y podemos regresar a casa —añadió Triz.

—Eso también me produce emociones encontradas...

—¿Por qué?

—Porque, cuando regresemos, tú volverás a la tuya y yo me iré a la mía y sentiré nostalgia de vivir aventuras a tu lado y de estos momentos juntos, y eso me entristece.

—Menudo lío de emociones tienes tú también en la cabeza.

—¿A ti también te pasa?

—Me temo que sí. Y no es la primera vez que tengo esa misma sensación que tú tienes. A todas esas que has dicho añado alguna más...

—Yo también... —repuso Gare y agarró a Triz de ambas manos—. El amor es otra de esas emociones que no me deja dormir.

—Bobo... —replicó Triz al mismo tiempo que se acercaba a Gare y dejaba que él se acercara.

En medio de aquel mar lleno de peligros y de la noche estrellada volvieron a besarse, pero esta vez el beso no fue de gratitud y con sabor a despedida como el del hospital, ni de alivio y entusiasmo como el que se habían dado tras salir del agua. Esta vez fue un beso dulce, tierno, duradero, que les puso a ambos todas aquellas emociones a flor de piel. Un beso que, aunque ambos querían que fuera eterno, terminó entre sonrisas cómplices y silenciadas risas.

—¿Alguna emoción más que nos quede por enumerar? —preguntó Gare sin soltar a Triz de entre sus brazos.

—A mí me queda una y, por tu reacción al besarme, creo que a ti también —contestó Triz con una pícara sonrisa y mordiéndose el labio inferior—. ¿Sabes que hace un par de noches tuve un sueño…, digamos que perturbador, contigo?

—¿De veras? ¿Y crees que será uno de esos sueños que se terminan haciendo realidad?

—No te voy a decir que en estos momentos no esté sintiendo un deseo... pero me temo que vamos a tener que dejarlo para más adelante —repuso Triz, señaló a su tía descansando en el centro de la barca y se echó a reír.

—¿Y si la echamos al agua? —rio Gare.

—Creo que los que vamos a necesitar un baño de agua fría somos nosotros dos —dijo Triz y después volvió a besar a Gare.

Siguieron besándose, agarrándose de las manos, mirando el paisaje y hablando hasta que Rigel asomó por el horizonte.

—Si algo no me gusta de este lugar, es lo poco que duran las noches perfectas —murmuró Gare. Triz asintió.

La noche había terminado y se disponían a afrontar siete nuevas horas de emociones y peligros. Estaban a punto de llegar al río y de allí tendrían que caminar por Orgades hasta la casa de Kharisa, a donde Helen seguía empeñada en acudir.

La malaquita seguía marcando en aquella dirección así que ni Triz ni Gare pusieron objeciones. Kharisa les había caído bien y estaban deseando volver a comer de aquellas manzanas lloronas de Orgades que tantas energías les habían proporcionado la primera vez. Triz quería hacerse con más de aquellas semillas, por si acaso. La aventura estaba resultando agotadora.

Solo hubo un asunto que les entristeció. Cuando llegaron a Orgades, volvía a estar lleno de seres mágicos. Incluso más que la vez anterior. Ahora que sabían que era el último día que aquellas criaturas iban a vivir antes de decidirse por ir a morir a Cogar, ambos se sintieron abatidos. Era como si todos los seres mágicos hubieran sentido la proximidad de la muerte. Tenían que darse prisa en recuperar el último sigilo para devolverles la paz.

Kharisa los recibió con la misma sonrisa y cordialidad que la primera vez. Gare, al volver a verla, volvió a sentir esa sensación de emoción de estar observando al ser más bello sobre la faz de Grawell y la vergüenza de sentir que la estaba contemplando desnuda.

—¿Podemos pasar? No te robaremos mucho tiempo esta vez. Solo queremos comer un par de manzanas de Orgades antes de retomar nuestro camino —preguntó Helen tras abrazar a su amiga—. Y quiero que me confirmes algo... —murmuró al oído de Kharisa.

—Sois siempre bien recibidos. Un placer volver a verte por aquí, Gare —manifestó Kharisa cuando le abrazó.

—Igualmente —respondió Gare. El rubor en las mejillas delataba su turbación.

—¿Cuántos sigilos habéis recuperado ya? —preguntó Kharisa—. Por cómo se comportan mis visitas, no nos queda mucho tiempo. Las estrellas del firmamento nos anuncian que pronto

entraremos en la nebulosa.

—Ya tenemos tres. Nos falta solo el de fuego —repuso Triz.

—¡Eso es una magnífica noticia! —exclamó la marthora—. Pasad y estaré encantada de daros todas las manzanas que queráis.

Helen, que quería quedarse a solas con Kharisa unos instantes, se ofreció a acompañarla a la otra estancia para preparar la comida mientras que Triz y Gare se quedaron en la habitación principal.

—Gare ha estado a punto de morir ahogado en Vulkafer mientras recuperábamos el sigilo de tierra —empezó a decir en cuanto ambas se quedaron a solas—. ¿Es eso lo que sentiste en nuestra anterior visita? ¿Hemos evitado que ocurra?

—Puede ser. Sabes que siento el impulso de dar amor y afecto a las almas que están cerca de perecer, pero nuestro destino no está escrito a fuego y es maleable, se puede cambiar. Puede que vosotras hayáis conseguido cambiar el destino del chico, pero no estaré segura hasta que no vuelva a mirarle a los ojos y pueda verlo.

—Mi sobrina está enamorada de él, aunque a veces quiera negarlo, y no me gustaría que tuviera que sufrir su pérdida. Bastantes problemas tiene ya sobre sus hombros siendo la elegida por los Dioses. Es un buen chico y hasta yo le estoy cogiendo cariño estos días, con su forma graciosa de enfrentar los problemas y su fuerza de voluntad para arriesgarse siempre que mi sobrina está en peligro. Daría su vida por ella, pero no quiero que ella tenga que cargar con ese peso.

—Llámale. Déjame mirarle a los ojos un rato y descubriremos si la muerte ha cambiado de idea.

Helen llamó a Gare. Este entró en la estancia con cara de extrañeza. No entendía por qué le habían llamado a él y no a Triz, que seguro que pintaba mucho más para hablar de temas de brujas y seres mágicos. Helen lo invitó a pasar y Kharisa le sonrió. Una vez más, como le había pasado en la anterior visita, no pudo evitar quedarse mirando aquellos dos preciosos ojos amarillos.

—No te preocupes, no pasa nada, todo va a estar bien. Solo quiero que me mires, que te dejes llevar por tus emociones, por tus pensamientos, ¿de acuerdo? —pidió Kharisa, que a cada paso que daba acercándose a Gare se le iba borrando la sonrisa.

Su voz seguía siendo casi mágica. Gare no podía dejar de escucharla y sonreía como un bobo asintiendo a todo lo que le decía. Kharisa ya no le sonreía, pero cada una de sus palabras le hacía sentirse cómodo, en paz, como envuelto en un eterno y cálido abrazo entre sus plumas.

—Muéstrame tu alma, tus vivencias, tu espíritu... Deja que te cobije y acompañe en tu camino —continuó diciendo Kharisa cuando ya acariciaba el rostro de Gare con sus alas.

Helen, en un rincón de la estancia, maldijo para sus adentros. Kharisa seguía queriendo dar amor al alma de Gare y eso solo podía significar una cosa.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué me habéis dejado sola en la otra habitación? —exclamó Triz al entrar por la puerta en el mismo instante que los labios de Kharisa estaban a punto de besar los de Gare—. ¿¡Se puede saber qué coño haces!? —espetó e interpuso sus brazos entre ambos y les obligó a apartarse.

—Lo lamento. De veras que lo lamento, pero es mi sino, mi vocación, mi razón de existir —murmuró en un sollozo Kharisa.

—Lo siento, cielo. Tenía que volver a comprobarlo —se disculpó Helen, al momento que abrazaba a su sobrina.

—¿Comprobar el qué? ¿De qué hablas, tía?

—Sabes que Kharisa es una marthora...

—Sí, lo sé, pero ¿por qué estaba intentando besar a Gare? ¿Por qué él no...? ¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡No puede ser! —exclamó Triz, sin poder evitar echarse a llorar.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó Gare, que había vuelto a recuperar el sentido, como si hubiera salido de un sueño.

—¡Te vas a casa! —sentenció Triz—. ¡Te vas a casa ahora mismo!

—¿Qué? Solo hemos recuperado tres de los cuatro sigilos, todavía nos queda por recuperar el del fuego. Y ya te dije que no me iba de aquí sin que tú te vuelvas conmigo. ¿A qué viene ahora esto? Pensé que lo había dejado claro.

—¡No lo entiendes! Tienes que irte ya —replicó Triz y la emprendió a puñetazos contra su pecho sin poder dejar de llorar—. ¡Kharisa ha intentado besarte!

—¿Qué? Bueno, ¿y qué más da? Tampoco es para que te pongas así. No me ha besado, ¿no? —titubeó Gare sin saber con exactitud qué era lo que había pasado desde que había entrado en aquella habitación—. Tampoco es para que te pongas celosa.

—¿Celosa? ¿Piensas que me pongo así por celos? ¡Kharisa es una marthora! ¡Una acompañante de almas!

—O me lo explicáis para tontos o creo que no entiendo nada...

—Gare —dijo Helen al tomar la palabra—, Kharisa da su amor y afecto solo a los seres que están cerca de su muerte. Si ha intentado besarte es porque ha visto en tus ojos que estás cerca de morir. ¿Lo entiendes ahora? Si quise volver a verla es porque ya intentó besarte en nuestra primera visita y pensé que, tras salvarte en Vulkafer, habíamos burlado a tu destino.

—¿Cómo? —exclamó Triz y se encaró con su tía—. ¿Que ya intentó besarle antes de ir a Vulkafer y no me dijiste nada? ¡Cómo has dejado que se ponga en peligro con las lantrinidas y en la cueva de Vulkafer sabiendo que estaba marcado!

—Lo siento... Nos era de ayuda para recuperar los sigilos y estaba segura de que ambas podríamos protegerlo. Sin él no hubiéramos recuperado el sigilo del agua...

—¡Pero le pusiste en peligro!

—¿¡Alguien me explica qué cojones pasa!? —gritó Gare.

—¡Que vas a morir! —exclamó Triz—. Y no puedo dejar que ocurra por muy cabezón y pesado que te pongas. Alana soñó con que una bruja pelirroja nos atacaba y no pienso permitir que eso ocurra cuando encontremos el sigilo de fuego. Te vas a casa, ¡ahora!

—No pienso dejarte sola, Triz. Y menos ahora que...

—Te juro que no me va a pasar nada. Y no me dejas sola, me dejas con mi tía. Te prometo que encontraré el cuarto sigilo, que salvaré Grawell y que volveré pronto a casa. Y te doy mi palabra de que, cuando lo haga, no volveré a apartarte de mi lado, pero, si te ocurre algo en Grawell, no me lo perdonaré nunca. Vuelve a casa, diles a Nara y a mi familia que estoy bien y que regresaré pronto. Tranquilízalos, porque estarán preocupados después de varios días sin saber nada de nosotros. Yo volveré en cuanto haya colocado los cuatro sigilos en Ekabú. Pero tienes que marcharte, por favor... tienes que marcharte. Si te pasa algo, me volveré loca...

—Está bien... —accedió Gare al ver la desesperación en la mirada de Triz—. Me iré y tranquilizaré a tu familia y a tu amiga si es lo que quieres, pero como tardes más de dos días en volver me vuelvo a quemar a lo bonzo y me presento aquí a llevarte de las orejas antes de que

Grawell termine hecho cenizas dentro de la estrella azul. ¿Entendido?

—Entendido —repuso Triz y selló el pacto con un beso en el que todavía le temblaba el labio inferior por el llanto—. Volveré antes de que tengas que hacer una tontería.

—Por cierto, sigo sin saber cómo pude entrar en Grawell si los brujos de aprendizaje no pueden hacerlo.

—Hay tres tipos de brujas —respondió Helen—. De sangre, de aprendizaje y de corazón. Para entrar en Grawell solo hace falta que una bruja de sangre esté enamorada de ti —comentó ante la mirada de aprobación de su sobrina. Ya no era necesario guardar el secreto.

—Vaya, Helen, qué callado te lo tenías. Pero si tú y yo no nos conocíamos antes —replicó Gare en un intento, como siempre, de aliviar con sus bromas la tensión del momento.

—Serás bobo —contestó Triz.

—Y, aun así, ha quedado claro que me quieres —añadió Gare—. ¿Cómo sale uno de Grawell? No recuerdo si me contaste algo la última vez. ¿Tengo que quemarme aquí también?

—No. Grawell es como una discoteca de lujo de nuestra época de adolescentes. Es mucho más difícil que te dejen entrar que salir —mencionó Triz tras secarse las lágrimas—. Solo tienes que romper un círculo mágico para que Grawell te expulse. Ni siquiera tienes que estar en el mismo sitio en el que entraste. Grawell te devuelve a tu cuerpo allá donde lo hayas dejado...

—Si no va a dolerme, por mí estupendo. Vamos allá.

Helen y Triz buscaron un sitio en los alrededores de Orgades donde trazar el círculo mágico para no perturbar las últimas horas de los seres mágicos que allí habitaban. Con la ayuda de los athames trazaron el círculo alrededor de los tres empezando por el este.

—El círculo ha sido creado y nunca perturbado —pronunciaron ambas en voz alta cuando sus athames regresaron al punto de partida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gare.

—Ahora, sin decir nada, lo único que tienes que hacer es perturbar el círculo. Si sales de él sin cerrarlo Grawell te expulsará.

—Parece sencillo, creo que hasta un torpe como yo puede hacerlo sin cagarla demasiado —replicó Gare—. Ha sido un placer conocerte, Helen —añadió antes de darle un abrazo—. Ya sé de dónde le viene a Triz el carácter y la inteligencia.

—Y la belleza, no lo olvides —repuso Helen—. Para mí también ha sido un placer conocerte. Me quedo más tranquila sabiendo que mi sobrina tiene gente cerca dispuesta a protegerla como haces tú.

—Siempre cuidaré de ella, aunque a veces no se deje.

—Esa independencia también la ha heredado de mí.

—¿No vas a darme un beso antes de irme? —interrogó Gare a Triz.

—No sé si te lo mereces. Estás demasiado besucón últimamente y ya sabes que a mí las muestras de cariño me tienen que salir de manera espontánea —replicó Triz.

—¿Lo ves? —dijo Gare dirigiéndose a Helen—. Hay que tener muchísima paciencia para cuidar de tu sobrina.

Triz le agarró del brazo. Lo giró hacia ella y le besó. Un beso que ninguno de los dos quería que acabara, pero en el que ella fue dando pasos hacia el borde del círculo.

—Ahora vete, anda —se despidió cuando Gare ya tenía los pies sobre los límites.

—Te quiero... —dejó escapar Gare antes de dar voluntariamente un último paso hacia atrás y desvanecerse al salir del círculo.

33

Una incómoda visita

Tras el encuentro con la bruja pelirroja en el parque y la discusión con su padre, Alana había renovado sus esfuerzos por protegerse a ella y a su familia. No sabía cuánto tiempo iba a tardar la bruja en atacar, pero quería estar lo más preparada posible para cuando eso ocurriera. Llevaba sin dormir varias noches.

Ayudaba a acostar a su hermana, se metía en la cama sin protestar y, en cuanto su padre se iba también a su cuarto, bajaba en silencio las escaleras hasta el sótano y se pasaba allí la noche entera hasta que decidía volver a su habitación y hacerse la dormida antes de que su padre se levantara para llevarlas al colegio. Eso le había costado un par de broncas por quedarse dormida en medio de las clases, pero era mejor que enfrentarse a la bruja pelirroja sin estar preparada.

El día anterior se había vuelto a la cama con una sonrisa de triunfo dibujada en la cara. Pese al sueño y el cansancio, el entrenamiento había empezado a dar buenos frutos y había aprendido un par de trucos nuevos que le iban a ser muy útiles si a su enemiga le daba por volver a aparecer. Ya no era una niña indefensa.

El primer hechizo que había perfeccionado era el de mover objetos. Lo controlaba mucho mejor y ya no solo era capaz de decidir qué artículo desplazar, sino que también podía elegir dónde quería que este terminara. Daba igual el tamaño del objeto, había probado a mover hasta el autobús del colegio y lo había conseguido. Pero había algo más. Se había dado cuenta de que, si en lugar de concentrarse en un objeto se concentraba en ella misma, también podía cambiar de lugar.

Cuando lo descubrió se pasó gran parte de la noche saltando de un lado al otro del sótano y dando gritos mudos, para no ser escuchada, celebrando cada una de las veces que le salía bien. Había probado a intentarlo desde el sótano hasta su habitación, pero se dio cuenta de que solo podía ir hasta un sitio que tuviera a la vista cuando se pegó un buen golpe contra la puerta.

El segundo truco que había descubierto era todavía más impresionante. Fue estando en el parque con su hermana, esperando a su padre. La noche anterior había leído en el libro de la tía de su madre que las brujas podían concentrar su energía interior en sus manos y usarla para atacar a sus enemigos. Había decidido probar en el parque porque era donde había visto por última vez a la bruja. Si volvía a verla en los alrededores y el truco le salía bien, no dudaría en defenderse.

Mientras su hermana pequeña estaba jugando en el tobogán y sus amigas seguían hablando de chicos en una de las esquinas del recinto, se fue al columpio donde se sentó la bruja. Sentada en el mismo sitio que su enemiga se concentró en sus manos como había leído en el libro. Al principio no pasó nada y se sintió desilusionada, pero no podía permitirse no tener algo con que defenderse, así que volvió a intentarlo. Interrumpió el segundo intento cuando sintió un cosquilleo en los dedos y un calor que le hizo sudar la palma de las manos. En un primer momento se asustó, luego se sintió eufórica y llena de alegría.

Por tercera vez volvió a concentrarse en sus manos y esta vez no le importó el cosquilleo en los dedos ni que las manos le sudaran. Siguió concentrada y expectante por ver hasta dónde podía llegar. Se asombró cuando las palmas se le empezaron a teñir de un color anaranjado muy parecido al color del cielo.

No llegó más lejos porque una amiga se acercó por su espalda a hablar con ella y se desconcentró. Se agarró a las cadenas para que la amiga no le viera las manos naranjas mientras hablaban y solo cuando se fue se atrevió a mirarlas. Volvían a estar normales, pero las cadenas del columpio, donde se había agarrado, tenían el mismo color que el hierro forjado. Era como si el calor de sus manos hubiera estado a punto de derretirlo.

En casa lo había vuelto a hacer y no se había detenido hasta que de sus manos salieron dos rayos, ardientes como los del sol, que habían quemado la madera de la pata de la mesa. Asustada y entusiasmada por igual, apagó el fuego y siguió practicando con aquellos rayos, pero con más cuidado. Las prácticas le servían para darse cuenta de que cuantas más veces lo usaba, más agotada se sentía y menos fuerza tenían los rayos. Era como si se le acabaran las pilas. Solo al volver a salir a la calle y al pasar un tiempo bajo el sol, los rayos se recuperaban.

Esa noche había estado practicando el desplazarse de un lado a otro porque el sótano ya tenía una de las paredes negras de tanto lanzarle rayos y no quería que su madre le echara mucha bronca cuando regresara. Cansada, decidió que ya era hora de regresar a la cama si no quería que su padre se levantara y la descubriera allí escondida. Sin hacer mucho ruido subió a su cuarto, abrió la puerta de su habitación y cerró con cuidado a su espalda quedándose a oscuras en la tranquilidad de su cuarto.

—¿Dónde estabas? —Una voz la sorprendió y le hizo saltar del susto.

Su cansado cerebro pensó que era su padre quien la había descubierto y que estaba esperando en su cuarto para reprenderla, pero no tardó en reaccionar y en darse cuenta de que la voz que había escuchado era femenina.

Con temor, se giró hacia donde procedía la voz. Pese a que el cuarto estaba casi en penumbra, una de las ventanas estaba abierta y entraba algo de luminosidad desde la calle. La suficiente como para distinguir la silueta de una persona recortada en medio de su habitación.

—¿Quién eres? —preguntó mientras intentaba que sus ojos se acostumbraran rápido a la oscuridad.

—Una amiga. Nos vimos en el parque hace unos días. ¿Te acuerdas?

Alana retrocedió unos pasos hasta que su cuerpo quedó pegado a la puerta de su habitación. ¡La bruja pelirroja estaba allí! ¡Se había colado en su habitación!

Como en el parque, se frotó los ojos y se pellizcó en los brazos por si se había quedado dormida y estaba teniendo uno de sus sueños, pero no, estaba despierta y la bruja pelirroja se lo confirmó.

—No estás soñando. Soy real y he venido a buscarte. Necesito que vengas conmigo. Hay alguien que quiere conocerte —habló la bruja con la mano extendida y la invitó a que la agarrara.

—¡Vete! —exclamó Alana—. No voy a ir contigo a ninguna parte. ¡Vete!

—No seas terca y no me hagas enfadar. No soporto a las niñas caprichosas. Tienes que venir conmigo y vas a hacerlo, por las buenas o por las malas. Eres necesaria para su plan y no voy a permitir que una mocosa estropee mi pacto. ¿Me has entendido?

—¡No soy una mocosa! —gritó Alana, y llena de rabia se concentró para que todas sus energías fueran a parar a sus manos. Estaba dispuesta a quemar a aquella bruja si era necesario.

Soltó sus rayos hacia ella y se sintió victoriosa cuando ambos se encaminaron contra el cuerpo de la mujer, pero la sensación le duró poco tiempo porque los dos se estrellaron contra un muro invisible a escasos centímetros de ella.

—Vaya con la pequeña. Nos ha salido con carácter rebelde —se mofó la bruja—, pero, como te he dicho, vas a venir conmigo por las buenas o por las malas. Yo esperaba que fuera por las buenas,

pero...

La sonrisa de la mujer se borró cuando empezó a murmurar unas palabras que Alana no fue capaz de entender. Las manos de la bruja, en lugar de tornarse naranjas como las suyas, se tiñeron de un color verduzco y sus uñas empezaron a crecer como cepas de una planta.

Sin contemplaciones, la bruja apuntó con aquellas raíces a Alana y estas se abalanzaron sobre ella. La niña se tapó la cara con los brazos. Había aprendido a atacar, pero todavía no había aprendido a hacer escudos de defensa y el ataque de la mujer la había pillado por sorpresa.

Alana abrió los ojos al escuchar un chisporroteo como el crepitar de las llamas. Las raíces de la bruja no habían llegado a alcanzarla y estaban ardiendo en medio de una especie de electricidad azul.

—¡Atzu! —exclamó al ver al chafya enredado entre las raíces.

Aturdido, Gare abrió los ojos dentro del cobertizo del patio trasero de Nara. Su cerebro no tardó en procesar qué había pasado, aunque tardó en acostumbrarse al primer regreso de Grawell. Nadie le había advertido que tenían que pasar unos segundos para que el cuerpo se regenerara tras regresar y se había llevado un buen susto al verse la piel calcinada al despertar.

Por si no había tenido suficiente con el primer sobresalto, se llevó uno mayor cuando, al ponerse en pie, descubrió el cuerpo calcinado de Triz sobre la mesa del cobertizo.

—¡Joder! —exclamó—. Y eso que ya te había visto así la primera vez que te llevé en brazos a la cueva...

El grito que pegó alertó a Nara, que no tardó en aparecer en ropa de cama.

—¡Gare! —exclamó alegre al verlo—. Espera, ¿por qué no vuelve Triz? —preguntó, ahora preocupada, cuando vio que el cuerpo de su amiga seguía calcinado.

—No te preocupes. Ella está bien. Al menos lo estaba hace un rato cuando tuvimos que separarnos. En cuanto recupere el cuarto sigilo regresará. No te preocupes.

—¿El qué?

—El cuarto... Es igual, no tenemos tiempo para explicaciones. Ya te lo contará cuando todo termine. Con que sepas que está bien ya es suficiente. Regresará pronto, te lo prometo. Ahora tengo

que hacer lo que me ha pedido.

—¿Y qué es? —preguntó Nara, que estaba dispuesta a dar por buenas las palabras de Gare.

—Tengo que hablar con su familia. Decirles que está bien y tranquilizarlos. ¿Me puedes decir dónde vive?

—Claro. Yo misma te llevaré. No está a más de unas manzanas de mi casa. Si me esperas a que me ponga algo más adecuado, te acompaño.

—No es necesario —repuso Gare.

—Sí, sí que lo es. Es de noche y el toque de queda está vigente. Es mejor no salir solos a la calle. Estarás más seguro si te acompaño.

—Está bien, aunque no tenía ni idea de que te preocuparas por mí.

—Y no lo hago, pero quiero que llegues sano y salvo a casa de Triz para que les cuentes cómo está su madre. Por las pequeñas sí que me preocupo y estoy segura de que la están echando mucho de menos. Se pondrán contentas si les dices que su madre está a punto de regresar a casa.

Óscar se despertó sobresaltado por el ruido en el piso de arriba. Su hija mayor había gritado como solía hacerlo en las noches de pesadilla, pero esta vez no estaba Triz para ir a consolarla. Malhumorado, se levantó de la cama. Parecía que la calma en el descanso de su hija no había durado mucho tiempo.

Cuando llegó a las escaleras se alertó. Del cuarto de su hija no solo llegaban sus gritos, también se escuchaba a una mujer, pero, aunque creía reconocerla, aquella voz no era la de su esposa. Subió los peldaños de tres en tres hasta llegar a la carrera a la habitación de su hija. Abrió la puerta de golpe y se quedó petrificado bajo su dintel.

Su hija mayor estaba al otro lado de la habitación y de sus manos salían rayos de color naranja, como llamaradas del sol que se estrellaban contra una mujer. No tardó en reconocerla, era quien le había saludado en el parque y que su hija había acusado de ser una bruja. No le quedaba más remedio que reconocer que tenía razón. De sus manos salían ramas de árbol tan robustas como su brazo.

¿Estaba soñando? ¿Se estaría volviendo igual de loco que su mujer? Aquello no podía ser real. Cuando estaba convencido de estar viviendo un mal sueño, un ser de tres patas y de color azul brillante saltó desde lo alto de la librería de su hija para atacar a la pelirroja y clavarle sus zarpas en la cara.

Ella gritó de dolor y braceó para intentar liberarse de aquella criatura. Entonces las raíces de sus dedos volcaron la librería, que cayó sobre el hombro de Óscar y lo tiró al suelo. El daño producido por el golpe le hizo darse cuenta de que aquello no era un sueño.

Alertados por los ruidos que se escuchaban desde la calle y las extrañas luces que se veían en una de las ventanas de la segunda planta, Gare y Nara llegaron a la carrera a la puerta de la casa.

—¡Óscar, ábreme, soy Nara! —Pero nadie acudió a abrirles.

Impaciente, viendo que algo grave estaba pasando dentro, Gare no se quedó a esperar más. A patadas y arremetiendo con el hombro consiguió forzar la puerta.

—¿¡Estáis bien!? —gritó ya con un pie en la escalera.

—¡Maldita sea! Él no debería estar aquí —maldijo la mujer pelirroja al escucharlo y, sin más, salió huyendo por la ventana abierta.

Cuando Gare y Nara llegaron a la habitación, vieron a Óscar tirado en el suelo cubierto por la librería y a Alana llorando nerviosa bajo la ventana con una extraña criatura azul en el regazo.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nara a la niña mientras Gare intentaba poner en pie la estantería.

—La bruja pelirroja. Estaba en mi cuarto. Cuando os ha oído llegar ha salido huyendo por la ventana. Quería llevarme con ella, pero no la he dejado. Atzu me ha ayudado —respondió Alana mientras acariciaba el lomo del chafya.

—¿Llevarte a dónde?

—No lo sé. No me lo ha dicho. Ya había soñado con ella y le había dicho a mi padre que teníamos que irnos de casa, pero no me hizo caso. Tengo miedo de que la bruja pelirroja vuelva —contestó Alana entre sollozos.

—No te preocupes. Tu madre va a regresar muy pronto y, mientras, tanto tú, tu hermana y tu padre podéis quedaros en mi casa. Allí la bruja pelirroja no se atreverá a venir —repuso Nara.

—¿Estás segura? —inquirió Alana y se secó las lágrimas de la cara con la manga.

—Uy, créeme. No se atreverá a acercarse con los dos diablos que tengo como hijos.

La observación hizo sonreír a Alana. Conocía a los hijos de la amiga de su madre del colegio.

Mientras tanto, Gare había ayudado a Óscar a incorporarse y a tumbarse en la cama de su hija.

—¿Quién eres? —preguntó Óscar, todavía aturdido y sin estar muy seguro de lo que había pasado allí. Aunque el intenso dolor del hombro le recordaba que, fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, era real.

—Mi nombre es Gare, soy un amigo de Triz. Tú debes de ser Óscar.

—¿Gare? Así que tú eres con quien sueña mi mujer por las noches... ¿Se puede saber qué coño haces en mi casa? —increpó Óscar e intentó reincorporarse.

—Solo intento ayudar.

—¿Ayudar? Tú lo que quieres es ganar puntos con mi mujer. Ser su héroe de brillante armadura o alguna mierda de esas. Ayudar dice...

—Yo lo que creo es que la librería te ha golpeado bien fuerte.

—Puede ser, pero tengo muy claro que lo que quiero es una vida tranquila. Hacer mi trabajo, llegar a casa y estar en paz. No quiero tener nada que ver con brujas que lanzan árboles de sus manos ni con niñas que lanzan fuego por los dedos, ni con mujeres que se marchan de casa a Dios sabe dónde, a salvar mundos de brujas con amigos con los que sueñan por las noches. ¡Por mí te puedes quedar con ella! —gritó Óscar antes de torcer el gesto. Al gesticular con los brazos, una punzada de dolor le había atravesado el hombro—. ¡Me cago en la puta, joder! Esto es de locos. No lo aguanto más.

34

Anwnn

Las paredes mohosas del lugar la recibieron a gritos. No hablaban, ni chillaban, no pronunciaban palabra alguna, pero en cuanto las observó sabía que le estaban recriminando el haber regresado sola.

Temblaba de miedo por no haber podido realizar el encargo. Aquella visita no iba a resultar agradable y temía que se diera por roto el pacto. Llevaba más de diez minutos soportando aquel desagradable olor y no se había atrevido a moverse con la esperanza de que no se diera cuenta de que estaba allí. Era una esperanza absurda. Una vez cruzadas las puertas de Anwnn lo sabía todo.

—¿Y la niña? —La voz rompió el silencio y las manchas de humedad de las paredes parecieron torcer el gesto. Ella también sabía que la había fastidiado.

—No he podido traerla, lo siento —balbuceó con la esperanza de que la sincera disculpa fuera suficiente.

—¿Cómo que no has podido traerla? ¡Es una niña!

—¡Me dijo que no podía matarla! ¡Que tenía que venir de forma voluntaria! —recriminó sin levantarse del suelo. Solo alzó la cabeza para poder ser escuchada—. No ha querido venir.

—Te di poderes. Te dije lo importante que es ella y te atreves a regresar con las manos vacías...

—Intenté convencerla, pero ni siquiera me dio tiempo a darle una explicación. En cuanto me vio se puso a la defensiva y me atacó.

—¿Te atacó? ¿Una niña de trece años? Ni siquiera ha tenido tiempo de que sus poderes maduren. ¿Cómo te pudo atacar?

—Pues, para no estar maduros, mete unas hostias que lo flipas la niña. Lanza como rayos de

fuego por las manos. Si no fuera por los hechizos de protección me habría hecho cenizas —repuso arrodillada sobre el frío suelo—. Además, tiene una mascota azul que lanza rayos y que me abrasa las manos cuando intento usar los poderes que me otorgaste.

—¿Qué mascota dices que tiene?

—Una con tres patas y cuatro ojos que parece que lo han frotado con un trapo y está cargado de electricidad.

—¿La hija de la elegida tiene un chafya? —La pregunta pareció quedar en el aire. Como si el aliento que hablaba se hubiera congelado.

—No tengo ni idea de qué es un chafya. Era como un gato azul con tres patas...

Durante unos instantes no hubo respuesta ni nuevas preguntas. Todo se quedó en silencio. Hasta las paredes parecieron mutar el gesto y apretar las labios. Arrodillada en el suelo sintió una ráfaga de aire que amenazó con congelarla. Si ya temblaba de miedo, el aire hizo que los dientes le castañearan.

—¿Por qué huiste? Si los hechizos de protección funcionaron, ¿por qué no está aquí la niña? No te veo herida —clamó la voz tras el silencio y el frío.

—Él llegó a la casa. No podía permitir que me viera. Si lo hacía, si me veía allí intentando llevarme a la hija de Triz, jamás podría ser mío. Me odiaría siempre. Y él es parte de nuestro pacto. Si me dejas regresar, volveré a intentar traerte a la niña, pero él no puede descubrirme.

—¡Hazlo! Sus poderes son extraordinarios para su edad. Un chafya... a los trece años... Increíble. Y dices que lanza rayos de fuego. Como los rayos del sol. Alguien que se alimenta del sol... ¡Tienes que traerla! Mi salvación está en sus manos. Ha llegado la hora de volver a ser libre. Y no te preocupes porque él te vea. Cuando todo esto termine y mi alma sea liberada me encargaré de todo. Podrás estar con él.

—¿Aunque me vea? ¿Me perdonará por secuestrar a la hija de Triz?

—Ni siquiera se acordará de ella... Te lo prometo. Trae a la niña. Ella o la elegida tienen que venir a Anwnn de forma voluntaria.

—Si me prometes que, haga lo que haga, él estará conmigo cuando esto termine, te aseguro que esta vez nada me detendrá y que no fallaré. Te traeré a la niña.

—¿Y a qué estás esperando? Estoy deseando ser libre y vengarme de Astrid y saldar cuentas. Los mundos están esperando mi regreso triunfal. No tengo más tiempo que perder. ¡Trae a esa niña o tu destino será Marhbreilig! No tienes más oportunidades.

35

Sigilo de fuego

No había tiempo que perder. En cuanto Gare desapareció del círculo, Triz y Helen lo abrieron y se pusieron en marcha. Triz sentía, a la vez, una angustia en el pecho por haber tenido que despedirse de Gare y un alivio de saber que ahora ya no corría peligro de ser atacado por quien hubiera robado los sigilos. Solo tenía que darse prisa por recuperar el último, devolverlos a Ekabú y volver a casa donde ya se preocuparía de sus sentimientos y de mantener a salvo a su hija.

La malaquita seguía señalando hacia el lugar del que habían partido. Era como si quien hubiera robado los sigilos hubiera aprovechado su ausencia para regresar. Por eso, cuando la malaquita se puso a vibrar cerca de la casa de Helen no les sorprendió.

—Quien ha robado los sigilos ha colocado el último cerca de tu casa por algún motivo. Estoy segura de que lo tenía preparado desde el principio y sabía cómo le íbamos a perseguir.

—Yo también lo creo —concordó Helen a la vez que detenía la moto que habían recogido de las faldas de la montaña—. Hay algo a lo que estoy dándole vueltas desde hace un par de jornadas.

—¿El qué?

—Creo que quien robó los sigilos no tiene intención de destruir Grawell.

—¿Y con qué intención lo ha hecho?

—No estoy segura. Tendremos que descubrir quién ha sido para que nos lo diga —replicó Helen.

—Muy sencillo. —Una voz conocida las interrumpió surgiendo de entre los árboles que rodeaban la casa—. Con la única intención de deshacerme de vosotras dos y de ganarme una buena reputación entre las brujas del consejo.

—¿Shaira? —interpeló Triz, al reconocer a la africana que se le apareció en sueños dos veces, pero en esta ocasión no tenía el pelo negro como en veces anteriores, sino que lucía con el color rojo del fuego—. Pero ¿no amabas Grawell y soñabas con vivir en él?

—Y así es. No envejecer nunca, vivir rodeada de las mías, sin estúpidos hombres que me persigan en pleno siglo XXI... Grawell es maravilloso. Tú, en cambio...

—¿Yo? ¿Qué te he hecho yo?

—Nada en particular y todo en general... Tú eres la «elegida» para salvar a esa raza de imbéciles de cabeza hueca. Contigo fuera de combate, nadie podrá salvarlos de su merecido y sangriento destino. No te lo tomes como algo personal. Le tendría la misma manía a cualquiera que intentara salvar a gente como la que me lapidó, simplemente por ser más lista y de mente abierta que ellos.

—Pero, si no devolvemos los sigilos a tiempo, Grawell desaparecerá y tú no tendrás dónde vivir —protestó Triz.

—Tranquila. Los sigilos ya han cumplido su función. Lo único en lo que no estoy de acuerdo es en quién va a devolverlos a su lugar. Seré yo, no habrá ningún nosotras, y el resto de las brujas me adorarán para siempre por haber salvado su mundo. Claro que, para que eso ocurra, no puedo dejar ningún testigo y tu tía y tú terminaréis aquí vuestra estancia en Grawell para siempre. Diré que fuiste quien robó los sigilos y que yo, y solo yo, he sido capaz de recuperarlos y salvar a Grawell. Así tu mundo estará condenado y yo seré elegida como bruja de elemento en el consejo de Etrazen ocupando el lugar que va a dejar vacante tu tía. Seré la poderosa bruja del elemento fuego y todas me adorarán.

—Una bruja de tu experiencia no pretenderá derrotar ella sola a dos brujas de sangre, una con más años en Grawell de los que tienes de vida y la otra elegida por los Dioses, ¿verdad? —replicó Helen y se colocó un paso por delante de su sobrina.

—Nunca se me hubiera ocurrido, sin antes asegurarme de que mi poder supera al vuestro. A mí también se me han otorgado algunos dones, tu sobrina no es la única que ha tenido contacto con los Dioses y he aprendido algún truco desde que me ofrecieron ser admirada en Grawell.

—¿Quién te lo ofreció? ¿Por qué?

—Porque quieren asegurarse de que se cumple tu destino. Ponerte a prueba. Estudiar tus poderes. Y para ello tú tienes que descender a Marbhreilig.

—No te voy a dejar ponerme una mano encima —repuso Triz y adoptó una posición de ataque.

—Intenta evitarlo. Voy a asegurarme de ser la heroína de esta historia y de mandarte a donde debes ir.

—En mis sueños no solo ese mundo que odias termina destruido. Todos los mundos están en peligro, incluido Grawell.

—Pero los sueños, incluidos los de la elegida —dijo Shaira con tono burlón—, pueden ser cambiados. Y yo haré que Grawell se salve del apocalipsis final. Seremos, nosotras las brujas, las únicas merecedoras de salvarnos, aunque ninguna de vosotras dos estará aquí para verlo.

Shaira alzó los brazos e invocó la fuerza de los espíritus africanos. Empezó a danzar ante la atónita mirada de Helen y Triz, que intentaron concentrar sus energías en sus manos para detener aquel baile, pero no tardaron en darse cuenta de que su magia no funcionaba. Fue Helen quien descubrió por qué.

—Estamos rodeadas por veves[22]. Son sus loas[23] los que nos impiden usar la magia. Shaira ha debido aprovechar nuestra ausencia para hechizar los alrededores de mi casa —exclamó para hacerse oír por encima de los cánticos de Shaira.

—¡Y qué podemos hacer! —bramó Triz.

—¡No lo sé! Si salimos de la influencia de los veves nos alejamos del sigilo del fuego. ¡Shaira lo tiene en su pelo! Pero si nos quedamos, no podremos usar nuestra magia.

La indecisión fue el factor que necesitaba Shaira para terminar su conjuro. Ambas habían permanecido el tiempo suficiente dentro de su influencia como para resultar afectadas. A Helen, de pronto, se le pusieron los ojos en blanco y empezó a convulsionar. Uno de los espíritus invocados por Shaira había arraigado en su cuerpo.

—¡Tía! —exclamó Triz, que agarraba por los hombros a Helen en un vano intento de que volviera en sí mientras ella empezaba a pronunciar palabras en un idioma que desconocía.

Shaira seguía danzando con una sonrisa siniestra en su, hasta entonces, apacible rostro. Era como si un espíritu maléfico interior hubiera tomado posesión de su cuerpo deformando hasta su apariencia exterior. Triz comprendió que, si seguía más tiempo dentro de la influencia de la magia negra de Shaira, no tardaría en verse afectada. Intentó arrastrar a su tía con ella, pero cuanto más tiempo permanecían entre los veves mayor era la resistencia de Helen a dejarse arrastrar. Con todo el

dolor de su corazón, tuvo que dejarla allí y correr para ponerse a salvo.

Cuando llegó al linde imaginario que marcaban los veves dibujados en árboles y piedras, se chocó de bruces con la realidad y con un muro de energía que le hizo salir despedida hacia atrás. Estaba atrapada y, sin la ayuda de su tía, no tenía ni idea de cómo iba a poder salir de allí.

—¿Y tú eres la elegida por los Dioses? —La risa burlona de Shaira resonó a su espalda. Triz sintió cómo se le encogía el corazón y se quedaba sin aire cuando vio a la bruja africana al lado de su tía levantándola del suelo por el cabello.

—¡Cómo la hagas daño te juro que...!

—¿Que qué? ¿Qué piensas hacer, bruja estúpida? ¿Me vas a atacar con tus pueriles hechizos de bruja novata? ¡Ni siquiera puedes invocar un conjuro aquí dentro! —bramó Shaira entre carcajadas —. Haré contigo y con tu soberbia tía lo que me venga en gana.

La rabia consumía a Triz por dentro porque Shaira tenía razón. Se sentía impotente, incapaz de hacer nada. Ni siquiera tenía de su lado la fuerza bruta de Gare, tan ineficaz como perseverante, que consiguió distraer a Cristian el tiempo suficiente e insuflarle ánimos como para que ella pudiera derrotarlo. Estaba sola y no había nadie que pudiera hacerle creer que estaba capacitada para salir airosa. Tenía que apañárselas por su cuenta.

—Espíritus de la loa, que nuestro enemigo sucumba a nuestra venganza —vociferó Shaira, a quien también se le habían puesto los ojos en blanco, lo que le daba una imagen aterradora.

Triz pudo ver brotar del cuerpo de Shaira una serie de espectros vestidos con ropajes africanos que fueron hacia ella como un ejército lanzándose a la ofensiva. Tenía que hacer algo rápido, no le quedaba tiempo ni para pensar. A la desesperada, buscó en su mochila su athame. Estaba segura de que un cuchillo ceremonial no iba a poder hacer nada contra unos espíritus embravecidos por la sed de venganza, pero tenerlo en la mano le proporcionaba una sensación de seguridad.

Mientras rebuscaba, una llama de fuego pasó corriendo por su lado atravesando a los espíritus y atacando a Shaira.

—¡Fulgor! —exclamó Triz al ver al canignis gris lanzarse a morder la pierna de la bruja.

El ataque fue repelido por Shaira, pero la distracción consiguió que los espíritus invocados desaparecieran y le dio un poco más de tiempo. Se acordó de la vela atrapafuegos. No estaba segura de que fuera una buena idea liberar toda la fuerza de Fulgor para que se volviera a convertir en el

aterrador perro con el que habían tenido que enfrentarse en Cogar, pero no se le ocurría otro plan mejor. El canignis se había lanzado a defenderla y también les había ayudado con las arañas lobo en Vulkafer. Mejor eso que nada.

Sacó la antivela de la mochila y llamando a Fulgor para que se acercara, después de que este se hubiera levantado del golpe que le había propinado Shaira, agujereó la base de la antivela con su athame. El fuego contenido en su interior empezó a brotar como un manantial y Fulgor se colocó debajo. Ambas llamas se fueron fusionando y, en pocos segundos, dejó de ser un cachorro grande y pasó a ser un perro de mayor tamaño, incluso, al que se habían enfrentado en un primer momento.

—¡Firedemon! Qué alegría volver a verte. Hay que ver cómo has crecido —dijo Shaira al reconocer al canignis que había dejado protegiendo el sigilo del aire.

Triz no sabía qué hacer. Estaba a la espera de ver la reacción del animal. No sabía si se iba a encontrar con el perro que le había atacado en Cogar y que la habría quemado viva si no llega a ser por la intervención de Gare o con el cachorro cariñoso y fiel que había dormido en sus brazos en la barca camino a Vulkafer.

Por unos segundos pareció que ni el propio canignis se decidía por qué hacer. Miraba alternativamente a Shaira y a Triz, indeciso de por cuál de los dos bandos decantarse, como si le hubieran puesto dos suculentos platos a su alcance sin ser capaz de decidirse a cuál dar el primer bocado.

Con su mirada inyectada en carmesí y llamas de fuego goteando de su boca abierta, el canignis dio dos pasos en dirección a Triz. Ella se temió lo peor. El perro parecía dispuesto a volver a atacarla. Shaira le había llamado Firedemon, demonio de fuego, y parecía haber reconocido a su antigua dueña.

Pero, en esta ocasión, el gesto del perro cambió y sus ojos volvieron a su color negro habitual cuando se tranquilizaba. Dio otros dos pasos más hasta colocarse al lado de Triz y se giró hacia Shaira, entonces, volvió a arder en llamas.

—¡Maldito chucho traidor! —bramó Shaira—. No importa, aunque tengas al canignis de tu lado tampoco vas a poder hacer nada. Toda tu magia ha sido anulada y un chucho, por muy de fuego que sea, no va a poder hacer nada contra mí.

Triz estaba de acuerdo, pero la irrupción de Fulgor y el tiempo que este se había tomado en decidir en qué bando quería estar le habían dado un plazo suficiente para tener una idea. No era

brillante, pero podía valer. A veces las ideas más tontas eran las más efectivas.

Se había acordado de los ouroborus y de su escama. Ese artículo que, en su momento, le pareció curioso y que ahora podría salvarle la vida. El destino a veces es muy caprichoso, uno de los primeros seres mágicos que había conocido iba a ayudarla a terminar la aventura.

Mientras Fulgor evitaba un nuevo ataque de Shaira intentando morderla, rebuscó entre sus pertenencias. Sabía que llevaba aquella escama en alguna parte. La encontró en uno de los bolsillos de la mochila justo cuando Shaira parecía conseguir deshacerse de Fulgor. El sigilo de fuego que hacía brillar su pelo, atraía otras llamas y, en cada acercamiento del canignis, su roja melena parecía aumentar, mientras que el animal disminuía ligeramente de tamaño. Si no se daba prisa, el pobre terminaría formando parte del sigilo para toda la eternidad.

Triz corrió con la escama en la mano hasta uno de los árboles en los que había visto dibujado uno de los veves. Allí la colocó sobre el dibujo.

La escama, como una postilla que cubre una herida hasta curarla, rellenó el relieve dibujado en la corteza del árbol y borró el dibujo rompiendo así el sello de magia negra.

Triz dio un paso hacia el exterior, tanteando el terreno en el que minutos antes había salido despedida por la barrera de energía. Una corriente de energía positiva recorrió su cuerpo cuando confirmó que ya no existía tal barrera.

De inmediato comprobó si su magia había vuelto y pudo verificar que la energía volvía a concentrarse en sus manos. Tenía una posibilidad. La oleada de optimismo se esfumó al volver a girarse hacia Shaira.

Esta, viendo que Triz era capaz de romper la barrera, había agarrado a Helen por el cuello y amenazaba con mandarla al mundo de los muertos si movía un solo dedo.

—Me vas a dar más problemas de los que pensaba. He de reconocer que me estás sorprendiendo. Cuando te vi por primera vez, pensé que no tendrías ni medio hechizo, pero te defiendes como una gata.

—Las madres estamos acostumbradas a guerrear cada día —dijo Triz y concentró su energía en las manos.

Estaba dispuesta a lanzar un ataque, pero para eso tenía que conseguir que Shaira soltara a su tía. Fulgor también se limitaba solo a ladrar. Había perdido buena parte de su tamaño y casi volvía a ser

el mismo cachorro que habían tenido que rescatar y, mientras Shaira usara a Helen como escudo, no parecía dispuesto a contraatacar.

Shaira, sin embargo, no tenía ningún motivo por el que contener sus ataques. Sujetando con una mano a Helen, invocó a los loas con la otra. Sus ojos volvieron a quedarse en blanco y de nuevo los espíritus africanos brotaron de su cuerpo dispuestos a abalanzarse sobre Triz.

Triz invocó el mayor hechizo de protección que conocía. El mismo que había usado durante la Tercera Guerra y la tormenta solar para proteger a su familia. Esperaba que fuera suficiente. No temía que los espíritus pudieran dañarla, pero era probable que pudieran apoderarse de su mente y tomar el control de su cuerpo, obligándola a cometer actos que no quisiera hacer, como suicidarse.

Respiró aliviada al ver como los espíritus se desvanecían a escasos pasos de donde se encontraba. Había conseguido superar el primer ataque, pero seguía sin saber cómo iba a poder tomar la iniciativa. Su tía seguía con los ojos en blanco, con el cuerpo inerte como un muñeco, interponiéndose entre sus posibles ataques y Shaira.

—Muy bien. Está claro que no voy a poder controlarte con uno de mis loas, pero tengo una sorpresa para ti.

Con la mano libre, rebuscó en uno de sus bolsillos. Triz enseguida pudo ver qué era lo que Shaira pretendía. Lucía orgullosa un muñeco de trapo que se asemejaba, de alguna forma, a ella.

—Te presento a tu otra yo. Mi muñeco vudú.

—Esos muñecos no funcionan si no tienen algo de la persona a la que representan —musitó Triz con cierta inseguridad. No recordaba cómo habría podido conseguir Shaira nada que le perteneciese, pero estaba segura de que no habría pasado por alto algo tan importante.

—¿Te acuerdas de la reunión del consejo en Etrazen?

—Claro que me acuerdo. Tuve que demostrar mi magia, pero no estabas allí.

—Claro que estaba, solo que no me viste. ¿Recuerdas haber sentido que alguien te tiraba del pelo? —interrogó Shaira burlona—. A mi muñeca le queda muy bien el color castaño de tu melena...

Triz lo recordaba. Si lo que había leído de magia vudú era cierto, aquella bruja tenía todo lo necesario para hacer magia negra contra ella. Se alegraba de que Gare no estuviera allí para verlo y haber evitado el sueño de su hija. Aquella malvada bruja no iba a poder atacarlo. Él ya estaba a salvo

en casa y el sueño en el que les perseguía por el bosque se había evitado.

—Y mira lo bien que le quedan las ropas que me dejó tu tia para contactar contigo en Aisling cuando tuve que regresar a buscarte —rió Shaira.

Triz esperaba el momento en el que Shaira tuviera que soltar a su tía para atacarla, pero esta cogió la muñeca con la mano que usaba para sujetar a su tía y se sacó una aguja de la manga.

—¿Qué se siente, bruja novata? —preguntó a la vez que pinchaba, ligeramente, el estómago de la muñeca.

Triz sintió el pinchazo, pero fue soportable, como el dolor que se siente cuando te tatuan. Intentó que su cara no dejara ver que lo había sentido.

—¿Y si recibes el pinchazo en la cabeza? —El dolor fue más intenso, como el de una fuerte migraña. Triz cerró los ojos—. Esa ha dolido más, ¿verdad? —comentó Shaira antes de estallar en carcajadas—. ¿Qué vas a hacer para defenderte, elegida por los Dioses?

Shaira se estaba burlando de ella y Triz se sentía impotente.

—Puedes seguir torturándome todo lo que quieras. No pienso dejar que te salgas con la tuya y voy a recuperar el último sigilo antes de mandarte a Marbhreilig —repuso antes de que un nuevo pinchazo la tirara al suelo. La muy zorra había hundido la aguja hasta el fondo a la altura de una de sus rodillas.

—Mírame. Estoy temblando de miedo —se burló Shaira antes de hundir de nuevo la aguja en un costado del muñeco. Triz se retorció del fuerte dolor—. Puedo hacer contigo lo que quiera. ¿Dolor de estómago? —Shaira atravesó la tripa del muñeco y Triz se retorció en el suelo—. ¿De cabeza? ¿Qué te parecería perder la visión en uno de tus ojos? O mejor aún, ¿de los dos?

Shaira introdujo la aguja en su pelo de fuego. Las llamas del sigilo la hicieron incandescente y solo el calor que emanaba ya cegaba a Triz cuando la acercó a la muñeca.

Lanzar un ataque a la desesperaba pondría en peligro a su tía y dañaría a la muñeca, con lo que se autoinflingiría daño. No iba a poder hacer nada. Shaira iba a dejarla ciega. Triz cerró los ojos esperando el golpe y sabiendo que nunca más iba a poder volverlos a abrir.

Shaira se regodeó en su victoria. Como un mal villano de película, se entretuvo en disfrutar de su victoria antes de asestar el golpe y, como a ese villano perdedor, vender la piel del oso antes de

cazarlo terminó costándole caro.

Hacía tiempo que Triz había roto el poder de los veves y con ello había permitido el regreso de la magia, pero no solo de la suya, también de la de su tía Helen que, aún poseída por un espíritu, había tenido tiempo para luchar contra él y recuperar el control de su cuerpo. No en vano, era una de las brujas que lideraban el consejo por ser una de las cuatro más poderosas de Grawell y el sigilo que conservaba Shaira era, precisamente, el suyo, el sigilo de fuego. El que ella mejor dominaba.

Había aprovechado cada segundo ganado por su sobrina para recuperar fuerzas y aumentar su poder y, sintiendo la energía recorrer su cuerpo, había llegado el momento de poner a Shaira en su sitio. En un ágil, e inesperado movimiento arrebató la muñeca a Shaira en el instante en que estaba a punto de clavar la aguja en uno de sus ojos, la protegió contra su pecho y, antes de que Shaira pudiera reaccionar, invocó la fuerza del fuego y expulsó toda su energía convirtiéndose, a sí misma, en el ojo de un huracán, el único lugar en calma a su alrededor. La bruja africana salió despedida y malherida.

—¡Triz! —gritó Helen—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —exclamó Triz aturdida sin saber muy bien qué había ocurrido, pero feliz por escuchar la voz de su tía.

—¡La antivela! ¡Lánzamela!

—¡He tenido que clavarle mi athame para liberar a Fulgor! ¡No sé si será útil!

—¡Tú lánzamela!

Triz obedeció. Recogió la antivela del lugar en el que la había dejado caer y, con todas sus fuerzas, la arrojó hacia su tía antes de volver a caer de rodillas al suelo. La pierna, la cabeza y el estómago seguían doliéndole horrores, pero sus ojos y su puntería seguían intactos.

Helen recogió el objeto al vuelo y, recuperando la aguja incandescente que había soltado Shaira, derritió un poco de la cera de su base y la usó para taponar el agujero que su sobrina le había hecho. Sopló hasta que la cera se volvió a solidificar y se acercó a Shaira, que herida, estaba intentando zafarse de los mordiscos de Fulgor. El perro había aprovechado su debilidad para atacarla.

—¡Fulgor! A un lado —ordenó Helen. El canignis miró contrariado, como un niño al que le quitan la diversión, pero obedeció sin protestar.

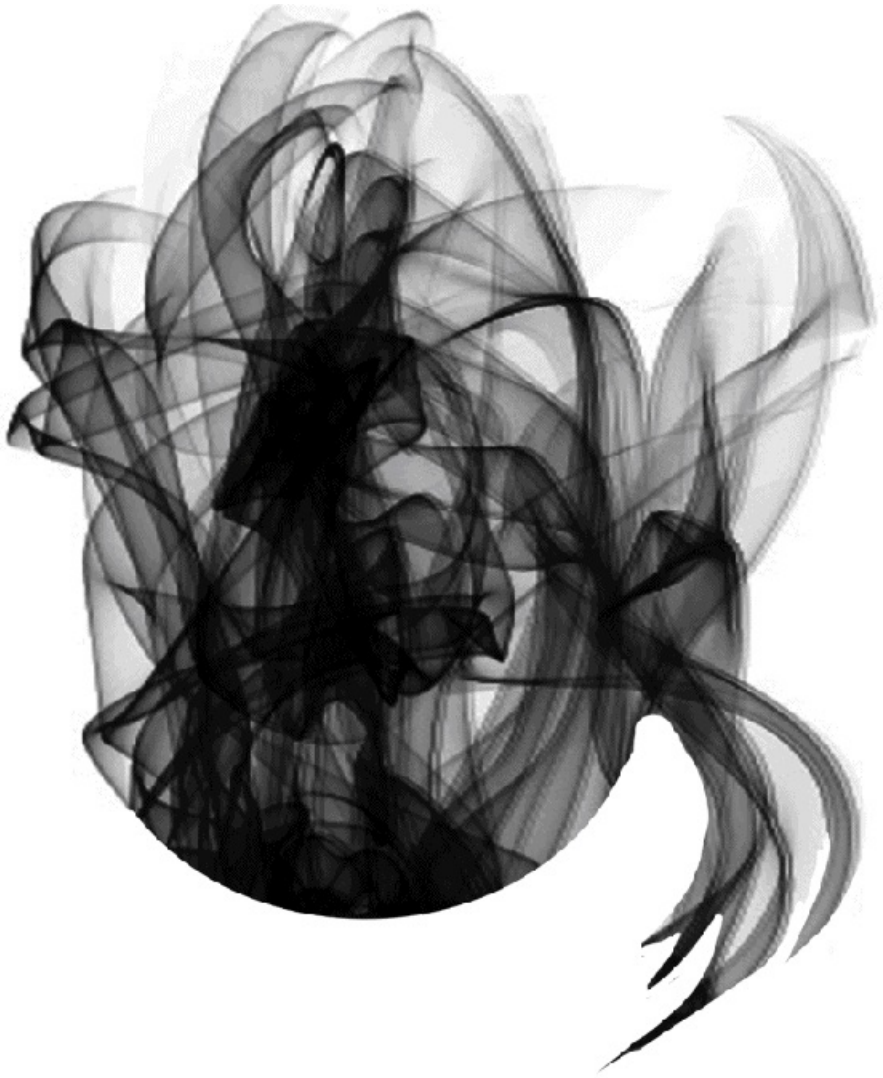
Helen invocó un hechizo de contención, el mismo que utilizó para detener el ataque de Petronilla en el lago, pero, en lugar de agua, fue la propia energía de Shaira lo que contuvo. Acercó la antivela a su pelo y el sigilo del fuego se introdujo en su interior, devolviendo al cabello de la bruja su antiguo color azabache.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Triz que, con dificultad, había conseguido acercarse hasta donde estaba su tía.

—La llevaremos ante el consejo de Etrazen y ellas decidirán su destino —repuso Helen.

—¿Estás segura? Allí está Petronilla y otras brujas que me odian. ¿Y si deciden dejarla en libertad?

—Ha atacado a una de las brujas de elemento del consejo. Te aseguro que eso no ocurrirá. Lo más probable es que acabe siendo condenada a pasar el resto de sus días como espíritu de Ekabú. Quería vivir en Grawell para siempre, pero me temo que el lugar que tenemos reservado para las brujas traidoras no va a ser de su agrado.



Sigilo de fuego

36

Hogar, asolado hogar

Deseosa de regresar a casa, Triz aceptó de buen grado el destino de Shaira. Quería devolver los sigilos a la cueva de Ekabú y comprobar cuanto antes que Gare y su familia estaban bien.

Salvo tener que subir las empinadas cuestas, no hubo ninguna complicación en el regreso a la montaña y los cuatro sigilos estuvieron colocados en el círculo con rapidez. En ese momento, se dio cuenta de que iba a tener que volver a enfrentarse a uno de los momentos más duros de su vida. Por tercera vez, iba a tener que despedirse de su tía.

—¿Estarás bien? —preguntó abrazada a ella, sin poder evitar las lágrimas.

—Soy la tía de la bruja que ha salvado a Grawell. Me van a adorar.

—A algunas brujas eso no les va a gustar.

—Llevan años intentando desprestigiarme y nunca lo han conseguido. Grawell seguirá pendiendo de un hilo hasta que la elegida por los Dioses devuelva la estabilidad a todo el universo.

—No sé si voy a ser capaz sin ti... Si no hubiera sido por tu ayuda, ahora mismo sería una bruja ciega, o muerta.

—En ninguna parte pone que la bruja elegida tenga que enfrentarse a los problemas sola. En Aisling fue Gare quien te ayudó, aquí hemos sido ambos quienes te hemos acompañado en la aventura. Estoy segura de que Gare y más gente estarán a tu lado cuando surja el próximo problema. No en vano tu hija aparecía en mis sueños y ella también es una bruja de sangre.

—No sé si va a estar preparada. Le he mantenido en secreto demasiado tiempo que es una bruja y ahora no sé si tendré tiempo de enseñarla.

—Créeme, tu hija te sorprenderá, como lo hiciste tú conmigo antes de tener que despedirnos la primera vez.

—Te voy a echar tanto de menos...

—Yo a ti también, pequeña.

—Tía, que ahora, por como nos conservamos ambas, podríamos ser hermanas —repuso Triz en un intento de destensar la despedida.

—Aunque tengas ochenta años y yo siga aparentando cuarenta y pocos, para mí siempre serás mi pequeña. Regresa a casa. Devuelve la armonía al universo. Haz que los Dioses vuelvan a amarse. Salva los mundos —se despidió Helen, a quien también las lágrimas le caían por las mejillas.

La anterior despedida había sido precipitada y, en la primera, Triz era solo una niña, pero en esta sentía un enorme vacío al despedirse. Haber podido compartir varios días le había recordado lo mucho que extrañaba a su familia.

No alargaron más la despedida. Había mucho por hacer como para andar perdiendo el tiempo en añoranzas. Ahora que ambas conocían las leyes de la vida, estaban seguras de que tarde o temprano, ya fuera en Grawell o en el mundo de los muertos, iban a volver a verse.

Cuando Triz despertó en el cobertizo de Nara, revisó la mochila que se había llevado con ella para asegurarse de tener las semillas de manzana llorona. No estaba segura de para qué iba a necesitarlas, pero se alegraba de haberlas encontrado. Se sonrió al ver que, entre los objetos que se había traído en la mochila, estaba alguna de las galletas que su tía había comprado en Dumbsilly. Cuando todo aquello terminara, esas galletas igual eran una buena forma de celebrarlo. Pero no daría solo un bocado, se comería una entera y que fuera lo que los Dioses quisieran.

La siguiente sorpresa tras su regreso, aunque menos divertida, fue comprobar que el cobertizo de su amiga estaba cerrado por fuera y no podía salir. Podía usar su magia para abrirlo, pero bastantes problemas le había causado ya a Nara, como para encima destrozarle el cobertizo. Recurrió al método tradicional. Se puso a dar golpes y a pegar gritos con la esperanza de que alguien la escuchara dentro de la casa.

Fue su amiga quien salió corriendo. Abrió la puerta y se lanzó sobre su Triz a abrazarla en cuanto la vio.

—¡Ey! ¡Suave! A ver si lo que no han conseguido en Grawell vas a conseguirlo tú con un abrazo

—protestó Triz al sentir que su amiga la ahogaba con tanta efusividad.

—¡Me alegro tanto de verte!

—Sí. Yo también me alegro de haber vuelto. Ya te echaré la bronca por haber convencido a Gare de que fuera a Grawell, pero estoy tan contenta de verte que lo dejaré para otro momento. ¿Regresó bien?

—Sí, Gare está bien —respondió Nara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Triz al ver que a Nara se le había borrado, de pronto, la sonrisa de la cara.

—Durante tu ausencia han pasado algunas cosas...

—¿Me las vas a contar de una vez o estás esperando a que me dé un infarto?

—Han atacado tu casa...

—¿Qué? ¿Y mis hijas? —bramó Triz angustiada. Si no fuera porque Nara la agarró del brazo, habría salido corriendo.

—Tus hijas están bien, no te preocupes. No les ha pasado nada, pero Óscar...

—¿Qué le ha pasado? Dime que no le han herido...

—No, tranquila. Solo se llevó un fuerte golpe, se recuperó rápido, pero no lo soportó más. Dijo que estaba harto de todas esas mierdas de brujas, de tener que salvar mundos y de soportar tus ausencias. Discutió con Gare cuando llegamos a la casa y, cuando se tranquilizó, se fue.

—¿En serio? ¿Dejó a nuestras hijas solas?

—Tus hijas están en mi casa conmigo, mi marido y mis hijos, y Gare se quedó en tu casa, intentando adecentarla para cuando llegaras. Lleva todo el día trabajando...

—¿Quién atacó mi casa? ¿Por qué?

—No lo sabemos. Alana no dejaba de hablar de una bruja pelirroja. Estuvo días intentando convencer a su padre de que tenían que irse de casa y ponerse a salvo, pero no le hizo caso. Cuando Gare y yo llegamos no vimos a nadie, pero tu marido estaba herido bajo una de las librerías y tu hija

sollozaba en el suelo de la habitación con un chafya en el regazo.

—¿Un chafya? Esos seres son muy raros y poderosos. ¿De dónde ha sacado mi hija uno?

—No tengo ni idea. Yo ni sabía que existía cosa igual. Vas a alucinar cuando lo veas. Es el animal más raro y cariñoso que he visto en mi vida. Está arriba con tus hijas.

—¿Y Óscar no vio nada?

—Tu marido se asustó tanto, estaba tan nervioso que ni siquiera fue capaz de decirnos qué había visto. Cogió una maleta, metió sus cosas y se marchó.

—Tengo que ver a mis hijas e ir a mi casa cuanto antes —dijo Triz nerviosa—. Quiero ver si se han llevado algo. Si la bruja pelirroja tiene el mismo objetivo que Cristian, temo que haya podido llevarse el grimorio de Astrid.

—¡Mamá! —gritó Alana, que había visto a su madre desde una de las ventanas de la vivienda y había bajado corriendo. Casi sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó sobre sus hombros. Triz cogió a su hija casi al vuelo. Tras ella apareció la pequeña Maya, que también corrió a abrazarse a las piernas de su madre.

—Qué ganas tenía de volver a veros...

—¡Ha venido la bruja pelirroja! He aprendido un montón de mis poderes y el chico que aparecía en mis sueños a tu lado también ha aparecido y nos ha ayudado. Papá no me ha hecho caso y ahora se ha ido de casa, pero yo no he hecho nada malo, solo quería avisarle de que teníamos que marcharnos. Te juro, mamá, que yo no he hecho nada malo, esta vez, para que papá se enfade —soltó Alana casi sin respirar.

—Lo sé, lo sé. Respira, que te vas a ahogar. Vamos a casa y a ver qué nos encontramos, ¿vale?

—¿A casa? Yo no quiero volver a casa. La bruja pelirroja me encontrará allí si vuelvo y quería llevarme con ella. No quiero ir a ninguna parte con ella, prefiero quedarme aquí, con Nara.

—De la bruja pelirroja no tienes que preocuparte. Ya me he encargado de ella como hice del hombre malo —dijo Triz, segura de que Shaira no iba a volver a salir de Grawell por mucho que su cuerpo estuviera disponible para regresar.

—¿En serio? ¿¡También has ganado a la bruja pelirroja!? Vale —repuso Alana—, pero me llevo a

Atzu conmigo.

—¿Quién es Atzu?

—Espera, que te lo enseño —repuso Alana y salió corriendo escaleras arriba. No tardó en bajar con aquel ser en brazos.

Era la primera vez que Triz veía un chafya, eran muy pocas las brujas que habían podido ver uno. Había leído sobre ellos y sabía de su rareza. Bajo su apariencia adorable, se ocultaba uno de los seres mágicos más poderosos y protectores y de procedencia más extraña —ninguna bruja sabía de dónde salía aquella criatura—. Se alegraba mucho de que su hija tuviera uno de su lado.

—¿Me lo puedo quedar?

—Si él quiere, yo no tengo inconveniente, pero es decisión suya, ni tuya ni mía. Los chafyas no son ninguna mascota. Atzu —dijo dirigiéndose al chafya—, ¿quieres venir a casa con nosotras?

Atzu se puso en pie en las manos de Alana y estornudó. El vapor de agua que desprendió de su piel escribió un SÍ en mayúsculas.

—No se hable más, nos vamos todos a casa.

El toque de queda estaba cercano y Triz no quiso molestar más a su amiga. Alana se pasó todo el camino contándole lo que había pasado y no podía dejar de sorprenderse de lo rápido que su hija había aprendido y mejorado sus poderes. Era como si, en su ausencia, hubiera absorbido cada palabra leída en los grimorios sin ayuda de nadie y ya era capaz de invocar hechizos sin que nadie le hubiera enseñado. Le recordó a cuando ella era pequeña y le regalaron el primer móvil. Fue capaz de manejarlo, mejor incluso, que sus padres, sin que nadie le enseñara.

Además de escuchar a su hija y de arrastrar a la pequeña Maya, también le dio tiempo a pensar en lo que había ocurrido. Se empezaba a hacer una idea en su cabeza de lo que había pasado en su ausencia. Mientras ella, su tía y Gare habían estado recuperando los sigilos, Shaira había aprovechado que podía viajar entre mundos para intentar secuestrar a su hija, aún no sabía con qué intenciones, y había intentado matarla en Grawell para que no pudiera perseguirla. Cuando Gare regresó, se encontró con Shaira allí y esta volvió a Grawell para terminar su cometido de destruirla y proclamarse salvadora de Grawell. Pero todo había terminado bien y se podía centrar en evitar el fin de los mundos.

Sintió que el corazón se le paraba al cruzar la puerta de su casa. Todo su cuerpo se tensó al

escuchar un ruido en el piso de arriba cuando, por un segundo, se olvidó de lo que le había dicho Nara. Gare estaba allí.

—¡Triz! —gritó desde el final del tramo de escaleras que subía al piso de arriba—. ¿Salvaste Grawell? ¿Conseguiste el cuarto sigilo? —preguntó mientras se lanzaba escaleras abajo para abrazarla.

—Sí. Ya está todo arreglado en Grawell —informó Triz, quien apartó la cara cuando Gare intentó besarla delante de sus hijas—. Ahora me tocará arreglar mi casa.

—Llevo varias horas adecentando el piso de arriba. La habitación de Alana ya está en orden. Podréis dormir tranquilas esta noche.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo.

—Ya que no podía ayudarte más en Grawell, qué menos que ayudarte aquí...

—Lo mejor es que cenemos y que las niñas se vayan a dormir. Después, tú y yo tenemos que hablar. —La frase final la murmuró al oído.

Un escalofrío recorrió la espalda de Gare. Aquella frase, de labios de una mujer, nunca traía nada bueno.

Las niñas terminaron de cenar. Mientras Gare recogía la cocina, Triz las acompañó a su cuarto para acostarlas. Dejó a Maya en su habitación y se alegró al ver que Gare había hecho un buen trabajo dejando el lugar como estaba. Eso, o quien hubiera atacado su casa no había entrado en la habitación de su pequeña. El cuarto de Alana también estaba ordenado, pero se veía desde la puerta que le faltaban cosas y que una de las librerías estaba rota.

—Deja la luz encendida por si vuelve la bruja pelirroja, pero no hace falta que te quedes a dormir —pidió Alana orgullosa y sonriente—. Tengo a Atzu para que duerma conmigo.

—Muy bien —respondió Triz—. La dejaré encendida por esta noche y estaré atenta a cualquier cosa. Si necesitáis algo, solo tienes que pedirlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repuso Alana tras meterse en la cama y taparse con las mantas antes de cerrar los ojos, acariciando al chafya, que se había acurrucado a su lado. Tras su aparición, no se habían separado ni un minuto.

Antes de regresar a la cocina, Triz fue al sótano a comprobar si el libro de las sombras de Astrid seguía allí. Salvo una pata de la mesa chamuscada, una pared ennegrecida y unos cuantos frascos fuera de lugar, lo demás estaba en orden. Estaba segura de que aquello no era fruto del ataque de ninguna bruja pelirroja. Tendría que hablar con su hija para que le explicara qué había ocurrido en su sótano. Más tranquila, regresó a la cocina.

—Perdona —se disculpó Gare al verla entrar—, me emocioné tanto al verte que no reparé en que estaban tus hijas.

—No pasa nada, tranquilo. De eso precisamente quería hablar contigo.

—No sé por qué cada vez que dices esa frase, se me hace un nudo en el estómago.

—Tenemos que hablar de nuestra relación. Ya no estamos en Grawell y aquí están mis hijas, mis amistades, mi marido...

—Bueno, creo que Óscar ya no está aquí. Le faltaron piernas para salir corriendo —replicó Gare.

—Pero sigue siendo mi marido y el padre de mis hijas. Por mucho que no entienda a qué se enfrenta su familia, eso no ha cambiado. Siempre será el padre de Alana y Maya.

—Eso lo entiendo.

—Tengo mi vida hecha aquí y tú tendrás que regresar a tu casa. Seguramente tendrás que volver a buscar trabajo y tendrás que aclarar las cosas con esa chica...

—Creo que todo eso se pueden solucionar si tú me quieres...

—Ni siquiera sabemos si lo nuestro puede funcionar. Nos conocemos desde hace muchos años y nunca nos hemos puesto de acuerdo con nuestros sentimientos. ¿Y si no funciona? ¿Y si nos damos cuenta de que lo que sentimos es solo un capricho de adolescencia?

—No lo sé, Triz. No tengo ni idea de si lo nuestro funcionará o no, ni de si va a durar una semana, un mes, un año o el tiempo que le quede a los mundos. Solo sé que estoy dispuesto a intentarlo. Hasta donde llegue, mientras nos haga felices a los dos. ¿Y tú?

—No puedo negar que siento algo por ti... pero necesito tiempo para aclararme, para...

—¡Fuera! —El grito de Alana, tan fuerte que resonó en la planta baja de la casa, interrumpió a

Triz.

De pronto, un *flash* del sueño que le contó su tía en su casa en Grawell le hizo detenerse en la puerta de la cocina cuando estaba a punto de salir.

—¡Ni se te ocurra moverte de la cocina! Por favor, Gare, por lo que más quieras. ¡Esta vez, hazme caso! —Y salió a la carrera al piso de arriba, subiendo las escaleras con más rapidez y agilidad de lo que era consciente de ser capaz.

Una intensa luz salía de la habitación de su hija mayor.

Con el corazón en la boca, abrió la puerta. Una mujer pelirroja, con un aura negra a su alrededor, reía burlona en medio del cuarto. Alana, que se había levantado de la cama, estaba arrinconada contra el armario y su cara reflejaba el miedo que sentía, aunque intentara mantenerse firme y desafiante.

—¡Cuidado, mamá! ¡Es la bruja pelirroja! —gritó Alana al verla en el umbral de la puerta.

—Encantada de conocerte. Tú debes de ser la madre. —La voz de la bruja llamó la atención de Triz. Sonaba dulce y acogedora, no le pegaba para nada a aquella mujer que amenazaba la tranquilidad de su hogar y a su hija mayor.

—¿Qué es lo que quieres?

—Alguien necesita a Alana y vengo a llevarla conmigo. No pude la primera vez, pero quieren que insista. Parece que es muy importante.

—¡Para eso tendrás que pasar por encima de mi cadáver! —bramó Triz. Que la bruja pelirroja hubiera usado la primera persona del plural era lo que más le había asustado.

—No es problema. Solo una de las dos tiene que ir de manera voluntaria y tú serías un estorbo para mis intenciones —respondió la mujer mientras concentraba un aura de energía en sus manos. De ellas empezaban a salir fuertes raíces.

En el último segundo pudo apartarse y el ataque golpeó contra el marco de la puerta haciendo saltar un trozo de pared por los aires. La bruja aprovechó la ausencia de Triz, escondida al otro lado de la puerta para protegerse, para acercarse a Alana, pero la niña no se acobardó y usó su magia.

Se concentró y desapareció de delante de los asombrados ojos de la intrusa cuando esta iba a

agarrarla del brazo para aparecer al otro lado de la habitación, al lado de Atzu y cerca del umbral.

—Empiezo a entender por qué prefieren a la pequeña —repuso la bruja—. Muy bien. Tendré que ofreceros mi mejor versión.

Triz corrió a abrazar a Alana mientras su enemiga invocaba un hechizo para aumentar su aura negativa, que creció tanto que llegó a ocupar casi todo el espacio del cuarto. Triz y Alana, con Atzu en brazos, salieron corriendo escaleras abajo antes de que les lanzara su ataque.

Pero la magia de la bruja les dio alcance cuando bajaban el último escalón. Una de las raíces alcanzó a Triz en uno de sus tobillos y la agarró con fuerza para hacerle caer de bruces al suelo.

—¡Mamá! —exclamó Alana, que soltó al chafya para poder tirar de su madre con ambas manos.

Atzu se aferró a la rama que rodeaba el tobillo de Triz y la rodeó con su cuerpo. Se puso a vibrar como si una corriente eléctrica le estuviera recorriendo. La raíz no tardó en empezar a arder.

—¡Maldito bicho! —exclamó la bruja pelirroja desde lo alto de la escalera, se vio obligada a soltar su presa y agitó la mano en el aire cuando esta ya había recuperado su forma humana.

—¿Lilian? —La voz sorprendida de Gare llegó desde la puerta de la cocina. Al oír el ruido y su voz había decidido salir, pese a la promesa de no hacerlo que le había hecho a Triz. También a ella la había oído gritar.

—Hola, guapo. Tarde o temprano ibas a descubrirlo, pero no te preocupes, será rápido. En cuanto termine lo que tengo que hacer aquí te invitaré a tomar agua de chocolate y podremos retomar nuestra última cita donde la dejamos. No me gusta que me dejen a medias...

—Esto no puede estar pasando... —murmuró Gare.

—¿Esta es Lilian, la chica con la que estabas cuando fue a buscarte Nara? —preguntó Triz. Gare no pudo responder con palabras, solo con un movimiento de cabeza—. Te acercaste a Gare solo para conseguir información sobre mí, ¿verdad?

—No tenía ni idea de quién era cuando lo conocí en el hospital. Pero no dejaba de hablar de ti. Que si Triz lo uno, que si Triz lo otro... Me acerqué a él porque tú, alejándote de él y dejándole solo en el hospital, lo convertiste en un blanco fácil. Un par de muestras de cariño y un beso en nochevieja y hubiera sido mío si no llegas a volver a aparecer con tus problemas. Yo sabré cuidarlo mejor que tú, que solo sabes ponerle en peligro. Unos días más con él y dejarás de importarle para

siempre.

—Triz siempre va a importarme —replicó Gare.

—¿Por qué? Siempre te está apartando. Te dejó solo en el hospital. Fue egoísta. Fui yo la que estuvo contigo esos días, ¿recuerdas? Solo yo. Te busqué trabajo, te invité a salir... Mientras tanto, ella seguía jugando a la familia feliz sin acordarse de ti —replicó Lilian mientras bajaba por las escaleras hasta llegar al salón.

—Aun así, siempre será más importante en mi vida que tú —repuso Gare muy enfadado.

Triz vio algo extraño en Gare. Sus ojos brillaban en un extraño color verdoso, como si la ira que sentía quisiera salírsele por los ojos.

—Eso ya lo veremos. En cuanto cumpla mi misión, me concederán todos mis deseos y tú eres uno de ellos. Ni siquiera te acordarás de ella y solo tendrás ojos para mí. Me lo ha prometido y siempre cumple sus promesas. En cuanto la mocosa se venga conmigo estaremos juntos, quieras o no.

—No vas a llevarte a Alana a ninguna parte —repuso Triz, que aprovechó la distracción de Lilian para lanzarle un ataque. Pero como solo había podido arrastrarse hasta el otro lado del salón, todavía seguía tendida en el suelo, Lilian no tuvo muchos problemas para esquivarlo.

—No deberías ver esto. —Lilian se dirigió a Gare—. Por suerte para ti, cuando todo termine, ella será eliminada de tu memoria y no recordarás nada de lo que aquí ha pasado.

Después concentró todas sus fuerzas de nuevo. Las raíces no tardaron en brotar de sus manos. En esta ocasión eran todavía más robustas y amenazantes. Triz se concentró en crear una barrera de protección. Todavía dolorida, casi sin poderse levantar del suelo por la lesión en el tobillo, sus movimientos fueron más lentos de lo normal. El hechizo de protección solo llegó a cubrir la zona en la que estaba ella. El ataque de Lilian salió repelido al chocar contra su muro protector y varias de las raíces saltaron astilladas hacia donde estaba Alana.

Gare, que desconocía los poderes de la pequeña y como hizo ante el canignis, saltó sin pensarlo dos veces para proteger a la pequeña. Alana, por su parte, se concentró y cambió de lugar justo antes de que las astillas se clavaran en la pared del fondo. Todas menos una.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Lilian—. ¡Bruja estúpida, él tenía que ser mío! ¡Y por tu culpa está muerto! —La última astilla, la más grande de todas, se había clavado en la cabeza de Gare

cuando este se había interpuesto entre ellas y Alana.

La ira recorrió cada poro del cuerpo de Triz. Aquello no podía haber pasado. Tenía que ser alguna de sus pesadillas. Iba a despertar y Gare se pondría en pie, como lo había hecho varias veces durante los ataques de Cristian y la haría reír con alguna de sus tonterías.

Pero no despertaba y Gare seguía inerte en el suelo, sin mover ni un solo músculo de su cuerpo, en la misma postura que había caído al ir a proteger a Alana. Se había sacrificado por su hija.

—¡Coge a tu hermana y llévatela de aquí! —gritó Triz a Alana, sin apartar la mirada de Lilian, que se había puesto de rodillas en el suelo junto al cuerpo de Gare.

Su hija no dijo nada. Simplemente salió corriendo escaleras arriba para buscar a Maya. Lilian, enfurecida, intentó evitárselo lanzando uno de sus ataques contra la escalera por la que Alana subía. Si algo le habían dejado claro, es que no podía hacer daño a la pequeña. Ella era la única que tenía que ir de manera voluntaria.

Pero Atzu se interpuso y Alana pudo alcanzar el último escalón y correr hasta la habitación de su hermana. La pequeña, que se había despertado con el ruido, estaba escondida bajo su cama.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando vio entrar en la habitación a su hermana mayor.

—Tenemos que irnos. Vamos, dame la mano.

La pequeña hizo caso a su hermana mayor y esta, en cuanto se agarró a ella, abrió la ventana y se concentró. No tardaron en aparecer ambas en el jardín trasero. Alana celebró orgullosa su nuevo logro. Era la primera vez que conseguía mover a más de una persona a la vez. Atzu se asomó a la ventana de su cuarto.

—¡Ven! ¡Salta! —gritó extendiendo los brazos. El chafya ni se lo pensó y cayó en su regazo. Con Atzu en brazos salieron corriendo en dirección a casa de Nara.

Triz seguía conteniendo los ataques de Lilian mientras su rabia, desesperación y ansiedad, continuaban creciendo. Gare seguía sin moverse del suelo y no podía acercarse a él.

Con sus hijas ya a salvo lejos de allí, decidió que era el momento de liberar todo su poder. Si quería derrotar a Lilian, tenía que usar todas sus fuerzas, como había hecho contra Cristian.

Pero esta vez, cuando se concentró y entró en trance al tiempo que sus pies se elevaban del

suelo, el aura que la rodeaba no era de color blanco, sino que dentro de ella, rayos negros, de ira, crecían como en una tormenta eléctrica. Cuando Triz abrió los ojos, no eran verdes como en ocasiones anteriores, sino negros como las alas de un cuervo.

Sus palabras no sonaban como cada vez que buscaba concentración. Sonaban enfadadas, llenas de rabia. Tanto era así que Lilian, viendo la magia que rodeaba a Triz, se asustó e intentó salir huyendo.

—¡Qué demonios es eso! —exclamó al ver el aura de magia que se concentraba alrededor de Triz.

Los muebles del salón se elevaron y comenzaron a girar por la habitación cada vez a mayor velocidad, hasta que empezaron a chocar contra el cuerpo de Lilian que, pese a sus esfuerzos por intentar huir, sentía que no podía mover ni un músculo. Contra su voluntad, se había convertido en un saco de boxeo estático contra el que los muebles descargaban sus golpes.

Cuando los muebles de madera comenzaron a astillarse, también las astillas se clavaron en la piel de Lilian haciéndola gritar de dolor.

—¡Detente, por favor! —suplicó al ver cómo la violencia del ataque de Triz, que permanecía levitando en el medio del salón, no amainaba.

El tablero de la mesa golpeó contra una de sus piernas y se oyó como los huesos se quebraban. Lilian gritó por el insoportable dolor.

—¡Te lo ruego! ¡Para! Prometo que no volveré a entrometerme en tu camino. Te juro que jamás volverás a tener noticias mías. Pero, por favor, ¡no me mates! No quiero quedarme allí para siempre. ¡Por favor!

En ese instante, los ojos de Triz volvieron a su color marrón habitual. Los muebles dejaron de sobrevolar la estancia y cayeron de golpe al suelo. Lilian, con la mitad de los huesos rotos, y sin estar sujeta por la magia de Triz, también cayó al suelo retorciéndose de dolor. Malherida, pero todavía viva.

—Gracias —musitó entre quejidos de lamento.

—Lo has matado —increpó Triz con lágrimas en los ojos.

—No era mi intención. No quería matarlo. Ha sido un accidente. Te lo juro. Yo también siento

algo por él.

—Si pudieras, ¿lo evitarías?

—Si pudiera retroceder en el tiempo y evitar su muerte lo haría, pero sabes tan bien como yo que eso es imposible.

—Si pudieras traerlo de nuevo a la vida, ¿lo harías? —interrogó Triz con insistencia.

—No hay manera de hacer eso... —replicó Lilian, que se arrastraba por el suelo buscando un lugar en el que apoyarse para ponerse en pie—. No se puede resucitar a un muerto.

—Si pudieras, ¿lo harías? ¿¡Sí o no!? —repitió Triz encolerizada.

—Lo haría. Te lo prometo.

—Espero que no olvides tu promesa.

Triz levantó su mano derecha y, girándola en el aire, hizo que una antigua pata de la mesa, convertida en estaca de madera tras quebrarse, se elevara en el aire y se clavara en la frente de Lilian, que murió en el acto.

Se acercó al cuerpo de Gare y al comprobar, tras tomarle el pulso, que sus sospechas eran ciertas, al ver que todos sus miedos se hacían realidad, se desplomó a su lado y se echó a llorar. Si algo había intentado evitar en toda aquella mierda era que él sufriera algún daño. Y ahora, estaba muerto.

En ese momento, Nara entró por la puerta de su casa como un tanque militar en una pequeña choza de madera. Venía con la cara desencajada y casi sin aliento.

—¡Triz! ¡Triz! ¿Estás bien? —gritó al ver todos los muebles del salón rotos y amontonados y el cuerpo de Lilian con la estaca clavada en la frente, pero ni rastro de su amiga.

Triz no tuvo fuerzas ni para contestar, pero Nara escuchó sus sollozos y fue a la puerta de la cocina. Como dos trenes que circulan en distinta dirección, pero por la misma vía, la alegría de ver con vida a su mejor amiga y la tristeza de verla abrazada al cuerpo sin vida de Gare chocaron y, por unos instantes, hicieron descarriar sus emociones. Sin nada que decir que supusiera un apoyo en esos momentos, se limitó a arrodillarse al lado de su amiga y a abrazarla.

—No es justo —musitó Triz tras unos segundos—. No tendría que haber muerto. Si no fuera por el colgante que le regalé cuando éramos unos críos, ni siquiera habría estado aquí ahora.

—No puedes culparte por ello. Gare te quería y estoy segura de que, esté donde esté, estará contento por haber sido él y no tú quien ha muerto... Ya no puedes hacer nada. Si quieres, en el próximo Shamhain, te ayudaré a abrir una conexión con el mundo de los muertos para que puedas despedirte de él.

—Te equivocas, no necesito despedirme de él. Puedo traerlo de vuelta... —repuso Triz y levantó la cabeza.

—¿Puedes? —replicó Nara extrañada—. Me dijiste que del mundo de los muertos es imposible salir.

—Te dije que en unos mundos es más fácil y en otros tremendamente complicado. Que a unos, como Grawell, es difícil llegar, pero muy fácil salir y en otros, como Marbhreilig, solo hay que morirse para llegar, pero es muy difícil salir. Casi imposible, pero hace unos días soñé que se podía.

—¿Y qué necesitas para salir del mundo de los muertos?

—El alma perdida del muerto, la semilla del fruto de un árbol que llora y la sangre de un Dios.

—¿Y dónde vamos a conseguir la semilla de un fruto que llora y la sangre de un Dios?

—Ya tengo las semillas, las conseguí en Grawell y no vamos a conseguir la sangre de un Dios, voy a hacerlo yo y lo haré en Marbhreilig.

—¡Pero para eso tú también tendrás que morir!

—Exacto, y una vez más tendrás que ayudarme.

37

Hay que tener mucho cuidado con lo que se desea

Lilian regresó al lugar que le revolvía el estómago. Esperaba tener que visitarlo una última vez, cuando hubiese llevado a la hija de aquella bruja estúpida, pero no se esperaba tener que volver de aquella manera. La muy cabrona la había matado a sangre fría.

Estaba allí, con varios huesos rotos, un trozo de mesa clavado en la frente y lo que era peor: sin opciones de regresar. ¿O sí había alguna? Triz había insinuado que era posible salir de allí, pero desconocía la manera. Tendría que preguntarlo.

—¿Dónde está la niña? —La voz que la recibía en cada una de sus visitas a aquel lugar sonaba más amenazante que otras veces.

—No ha querido venir.

—¡Maldita sea! Solo tenías que convencer a una mocosa de trece años. ¡No creo que sea tan difícil!

—¡Haberlo hecho tú! —exclamó Lilian.

—¿Osas recriminarme? No te vi protestar cuando te salvé la vida.

Lilian agachó la cabeza. Tenía razón. Había sufrido un terrible accidente en su empresa. Tan grave que hasta sus propios compañeros la habían dado por muerta cuando, tras una descarga eléctrica y una explosión, su cuerpo había terminado enterrado bajo los escombros.

Fue entonces cuando se encontró en aquel lugar y le ofreció volver a cambio de que vigilara a Triz Cooper. No dudó en aceptar. A cambio, había pedido ser la mujer que siempre había soñado ser: guapa, divertida, atrevida... y encima le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre la magia.

En ese momento volvió a la vida para sorpresa, y susto, de sus compañeros de empresa. La desenterraron de los escombros y la montaron en una ambulancia, sorprendidos de que aún respirara. Fue mayor su sorpresa cuando llegaron al hospital y ya parecía prácticamente recuperada. Solo una pierna rota. Cuando metieron la camilla en el ascensor y pudo ver su reflejo en el espejo no podía salir de su asombro. Pese al accidente y las heridas... ¡estaba más guapa!

No era un cambio drástico, sino pequeños detalles, como las pequeñas cicatrices del rostro de anteriores accidentes, que habían desaparecido, o su sonrisa, a la que ya no le faltaba ningún diente ni era de color amarillento, sino que lucía completa y radiante. Su trabajo era muy duro y llevaba años sufriendo sus consecuencias para poder ganar un sueldo digno.

Le colocaron una férula para curar la pierna y le informaron de que solo tendría que estar allí unos días ingresada. En ese momento conoció a Gare.

Era divertido, simpático, de interesante conversación y compartía con él el gusto por el buen cine. Le parecía guapo y le gustó su culo cuando se lo vio con aquella bata de hospital. Su cara fue de absoluta sorpresa cuando le habló de la chica que lo acompañó al hospital. No podía ser casualidad. En ese momento, pasó a tener dos misiones. Vigilar a Triz Cooper y conquistarlo. Fue lo primero que pidió cuando regresó por segunda vez a aquel siniestro lugar.

—¡Me prometiste que iba a estar con él! —gritó en medio del pasillo.

—Solo si llevabas a cabo tu parte del trato y, aun así, mira mi generosidad. Ahora podréis estar juntos para siempre.

—Pero yo me refería a tener una vida normal juntos, vivos. No a esto... —replicó a la vez que señalaba el trozo de madera que le salía de la frente.

—Jamás mencioné que fueras a tener una vida normal cuando todo esto terminara. Te dije que ibas a regresar a la vida y a ser feliz, y lo has sido. Nunca especifiqué durante cuánto tiempo. Me pediste estar con él y ahora vas a poder estar con el amor de tu vida. ¡Y eso sin haber cumplido tu parte antes de dejar que te mataran!

—Sé que hay una manera de salir de aquí, me lo insinuó Triz. Aún puedo cumplirla —murmuró Lilian.

—¡Claro que la hay! ¿Por qué demonios crees que te pedí que trajeras a la niña contigo?

—No me dijiste para qué la querías.

—¡Para poder salir de aquí! Necesito la magia de una bruja de sangre especial. Y la hija de la elegida lo es. Tú misma me comunicaste que tiene los poderes del sol. Por tu culpa, voy a tener que encontrar a otra persona al borde de la muerte para que termine lo que tú... —Algo le interrumpió. Una sensación, una buena sensación—. Mira por dónde, parece que no voy a tener que hacer nada. Ha venido de forma voluntaria. Me temo que eso no son buenas noticias para ti.

—¿Por qué no? Si ha venido, he cumplido mi parte y tú tendrás que cumplir la tuya.

—No lo entiendes. Yo ya he cumplido la mía. Hacerte más guapa, más feliz, más atrevida y tenerlo a él. Pero ahora ella ha venido a buscarlo. No eres la única que está enamorada de ese hombre. Y, con ella aquí, te será más difícil conservarlo.

»El día se acerca. Pronto volveré a reinar fuera de estos muros de inframundo y vengarme de Astrid y de su traición.

MARBHFEILIG
En el mundo
de los muertos

1

No lo comprendo

Triz contenía las lágrimas junto al cuerpo inerte de Gare, era incapaz de asimilar que estuviera muerto. Aunque sus sueños le hubieran dicho que podía rescatarlo, no estaba convencida de saber cómo, y eso la tenía angustiada. Se sentía impotente, desolada, insegura. Sus sueños premonitorios nunca hablaban claro y no solía llegar a comprenderlos bien. No tenía idea de cómo utilizar las semillas de la manzana que llora ni si sería capaz de conseguir la sangre del dios que no muere. Tampoco estaba convencida de qué tendría que hacer después. Kharisa, la marthora, le había contado que las semillas del manzano llorón solo crecen en lugares donde hay tristeza y dolor. ¿Tendría que plantarlas en su alma?

De lo único que estaba segura era de que quería a Gare —su pérdida no podía dolerle tanto de otro modo— y de que, si algo había querido evitar desde que se reencontró con él, era ponerlo en peligro, y no lo había conseguido. Se sentía culpable, responsable de su muerte.

Ahora Gare estaría perdido en Anwnn; solo, sin saber qué hacer. Triste en un mundo desolado y caluroso. Rompió a llorar por el motivo más tonto: sabía que él no soportaba el calor. Esperaba que al menos Lilian cumpliera su promesa. La había enviado a Anwnn para eso.

—¡No es justo! No tendría que haber muerto. Si no llega a ser por el colgante que le regalé cuando éramos unos críos, ni siquiera habría estado aquí ahora. No tendría que estarlo. Tendría que seguir vivo, feliz, alejado de alguien como yo, que solo le ha traído problemas.

—Vamos, Triz, no puedes culparte por ello. Déjalo. Ya no puedes hacer nada. Estoy segura de que Gare prefería estar contigo que en cualquier otro lugar. En el próximo Shamhain[1] te ayudaré a abrir una conexión con el mundo de los muertos y podrás despedirte de él —repuso Nara, en un intento por consolar a su amiga.

—No necesito despedirme. Puedo traerlo de vuelta... y una vez más tendrás que ayudarme —replicó Triz. Se puso en pie y se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas, pero sus ojos se

empeñaban en seguir humedeciéndolas.

—¿Yo? —inquirió Nara incrédula.

—Sí, tú. Para eso eres mi mejor amiga... —Triz se quedó un segundo en silencio. Un recuerdo le había golpeado los pensamientos—. Espera... ¿por qué el colgante de mi tía no le ha protegido esta vez? No lo entiendo. Gare me contó que durante la Tercera Guerra Mundial el colgante evitó, en varias ocasiones, que las balas le alcanzaran. ¿Por qué no ha evitado que le mate un trozo de madera astillado? —inquirió al tiempo que volvía a arrodillarse a su lado y comenzaba a rebuscar en los brazos inertes de Gare—. ¡No lo llevas! ¿¡Por qué no lo llevas!? Insististe tanto en que te lo devolviera... ¡Me dijiste que te sentías más seguro con él...! ¡Idiota! ¡Por qué no lo llevas! —gritó y golpeó el pecho de Gare con los puños, furiosa.

—¿Te refieres a un colgante con las fases lunares? —preguntó Nara en un susurro, por miedo a interrumpir el arrebato de su amiga.

—¡Sí! ¿Lo conoces? —Los ojos de Triz se abrieron expectantes.

—Sí... lo tengo yo —musitó Nara y agachó la cabeza—. Lo siento... con la emoción del momento, las prisas... me olvidé de devolvérselo. Lo siento mucho.

—Nara, no entiendo nada. —Las emociones no dejaban pensar con claridad a Triz—. ¿Por qué tienes tú el colgante? ¿Por qué te lo dio Gare?

—No me lo dio. Me pidió que se lo guardara. Fue cuando viajó a Grawell a buscarte. Con el colgante puesto las llamas de la hoguera no le alcanzaban y no podía arder. Al principio no lo entendí, pero insistió en que le quitara el colgante que llevaba en la muñeca y en que volviera a prender la hoguera. Me dijo que se lo guardara hasta su regreso. Solo entonces las llamas prendieron en su cuerpo y pudo ir a buscarte... Deduje que era un colgante de protección muy poderoso y lo guardé con mimo hasta vuestro retorno. Pero, cuando retornó, con la emoción de tu pronta vuelta y las prisas que él tenía por tranquilizar a tu familia, se me olvidó devolvérselo. Llegamos a tu casa y ocurrió todo tan deprisa: los gritos, tu casa destrozada, la discusión con Óscar... No me acordé del colgante, lo siento —relató Nara—. Y él tampoco se acordó de pedírmelo —añadió en un intento de justificar un olvido con tan dramáticas consecuencias.

—Dámelo —pidió Triz—. No tenemos tiempo que perder. Tengo que ir a buscarle cuanto antes. Anwnn no es nada agradable y, como cruce a Marbhreilig, me va a ser más difícil encontrarlo y traerlo de vuelta.

—Pero... ¿me estás insinuando que voy a tener que matarte?

—Ya me quemaste en una hoguera. Esto va a ser un poco diferente, pero para ti parecido. Solo vas a tener que provocarme una hibernación, vigilar mis constantes vitales y traerme de vuelta —comentó Triz, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Hibernación?

—Sí. Activando las neuronas Q del cerebro se puede conseguir un estado de hibernación[2] . La persona está viva, pero su metabolismo se ralentiza y la temperatura corporal baja al mínimo necesario para mantener las constantes vitales, reduciendo el consumo de energía que el cuerpo necesita. El ritmo cardiaco, la respiración y la actividad cerebral bajan. Es un «vivo no vivo», y eso me permitirá entrar en Anwnn.

—Pero... pero... yo no soy médico. Aquí la doctora eres tú. Yo no tengo ni idea de qué tengo que hacer ni de cómo mantener tus constantes vitales. ¡Ni de activar neuronas! —exclamó Nara preocupada.

—Te diré todo lo que tienes que hacer. Qué fármacos administrar, qué constantes vitales mirar y cuáles son los valores correctos, cómo tienes que preservar el resto de mi cuerpo... todo. Los avances científicos de los últimos años hacen relativamente sencillo el proceso y cogeremos el material de mi hospital. Es la misma manera que usaron con los astronautas para viajar a Marte.

—Está bien. Si me lo explicas todo, me encargaré de cuidarte, pero ¿cómo voy a saber cuándo tengo que despertarte? ¿Cómo sabré que todo va bien?

—Cuando él regrese —respondió Triz, que apartó la mirada del cuerpo de Gare, agarró el trozo de madera que tenía incrustado en la parte posterior de su cabeza y lo arrancó de un fuerte tirón—. Esto permitirá que, cuando lo haga volver, la herida pueda cicatrizar y retornará a la vida.

—¡Menudo susto me va a dar! O sea, que tengo que volver a vigilar vuestros dos cuerpos y esperar a que Gare vuelva... ¿Y si no lo consigues? Si Gare no regresa... ¿cuánto tengo que esperar para traerte de vuelta?

—Lo conseguiré. No lo hagas hasta que Gare resucite. No te lo perdonaré si lo haces antes. ¿Entendido? Vigila mi cuerpo, cuida de mis hijas, te prometo que regresaré pronto. Ahora tenemos que darnos prisa. También tengo que hablar con Alana. Tengo que explicarle mucho y me he quedado sin tiempo... Debemos ir al hospital. Ayúdame a poner el cuerpo de Gare en una de las

camas. ¡Vamos!

Entre las dos cogieron el cuerpo de Gare y lo colocaron en la cama de una de las habitaciones del piso inferior. No les importó saltarse el toque de queda nocturno para ir hasta el hospital donde trabajaba Triz. No era la primera vez que lo hacían y ahora, con la ausencia de Óscar, tenían que dar menos explicaciones.

Intentaron hacer todo el camino por calles secundarias para evitar la incómoda presencia de la NPVN, pero no pudieron evitar tener un encontronazo con ellos cuando llevaban recorrido la mitad del trayecto.

—¡Joder! Estoy segura de que, si les necesitáramos para algo, no serían tan oportunos —protestó Triz, oculta tras dos paneles de madera mientras un coche de la policía nocturna cruzaba a escasos cien metros de donde se habían escondido.

—Tenlo por seguro. No pueden ser más incompetentes... ¡Espera! —exclamó Nara y agarró del brazo a su amiga, que ya se disponía a salir del escondite en cuanto vio desaparecer el coche patrulla tras una esquina—. Viene otro por el otro lado.

—¡Maldita sea! —protestó Triz—. Tenemos prisa. Cuanto más tarde en ir a buscarle, más difícil me será encontrarlo. No quiero ni pensar lo mal que lo estará pasando en Anwnn como para tener que buscarlo en Marbhreilig. Eso lo complicaría todo aún más.

Pese a las protestas, Triz se quedó oculta tras las maderas. No podría hacer nada por ayudar a Gare si aquel coche patrulla las detenía y las encarcelaban. Aunque los nervios la estuvieran comiendo por dentro, debía tener paciencia. Apresurarse y ser sorprendidas saltándose el toque de queda sería peor remedio que perder cinco minutos hasta que el coche desapareciera. Ya se preocuparía por Marbhreilig si no llegaba a tiempo.

En cuanto el segundo vehículo giró la calle, salió casi a la carrera de entre los tablones. Nara salió corriendo tras ella. Sus pasos resonaban en las aceras pese a que habían elegido un calzado blando, pero el silencio era tan sepulcral en aquella zona de la ciudad que el más mínimo susurro resonaba como un disparo. Triz hasta temía que los latidos de su corazón, que golpeaban con fuerza su pecho, terminaran por alertar a la NPVN.

«Tengo que hacer más ejercicio», pensó al darse cuenta de que los pulmones no le resistían la vertiginosa carrera.

Un ruido en un callejón lateral hizo que ambas tuvieran que ahogar un grito en la garganta hasta

que descubrieron una rata correteando por entre las basuras. Pese al asco que le producían aquellos bichos, se sintió aliviada al ver los ojos rojos del animal brillando en la oscuridad del callejón; tenía más miedo a la policía. Sin más sobresaltos, pero con los nervios a flor de piel y el corazón en la boca, llegaron al hospital.

—¿Entramos sin más? —preguntó Nara al ver que el edificio tenía luz en su interior.

—No. Si lo hacemos, tendré que dar explicaciones del material que me quiero llevar. Usaremos la puerta de servicio trasera para entrar sin ser vistas. Me conozco los pasillos de este lugar como la palma de mi mano.

—Nunca he entendido ese refrán —musitó Nara—. Yo no tengo ni idea de cómo es mi mano. No me he parado nunca a mirarla con detalle —añadió mientras seguía a su amiga hasta la parte trasera del edificio.

Allí abrieron la puerta y se metieron por un pasillo a oscuras. Tras el toque de queda solo se mantenían encendidos los aparatos y partes del edificio esenciales, el resto permanecía en penumbra para ahorrar costes. El hospital era privado, primaban los beneficios a la comodidad de los pacientes y la electricidad seguía siendo difícil de conseguir. Ayudadas por la oscuridad reinante, no tuvieron nuevos sustos y, gracias a su conocimiento del lugar, no tardó en localizar los medicamentos que necesitaba en una de las habitaciones.

—¿Podemos irnos ya? Nunca me han gustado los hospitales. Huelen a enfermo —protestó Nara mientras se tapaba la nariz con el brazo—. Tengo la sensación de que, cada vez que respiro aquí dentro, aumentan las opciones de pillar alguna enfermedad.

—Trabajo aquí casi todos los días y no me pongo enferma. Además, si lo hiciera, tú serías la siguiente en contagiarte, porque nos vemos todos los días —repuso Triz en voz baja e intentó tranquilizar a su amiga con una sonrisa, aunque no le salió natural. No se podía quitar de la cabeza el estado de Gare y le faltaban ánimos para sonreír. Tenía que darse prisa—. Nos faltan los dispositivos para supervisar las constantes vitales. Nos llevaremos un par de ellos por si falla uno en el tiempo que tenga que estar en Anwnn.

—¿Y cómo los vamos a hacer funcionar fuera del hospital?

—Usaremos mi TVE. No es que vaya sobrada de vatios, pero esperemos que sean suficientes para mantenerlos en funcionamiento hasta mi regreso. Ya nos preocuparemos entonces de mis ahorros. Ahora hay que traer de vuelta a Gare —respondió Triz mientras intentaba evitar las zonas

del hospital donde estaban trabajando sus compañeros de urgencias.

Esta vez, al tener que adentrarse más en el recinto, sí que sufrieron interrupciones y sustos, pero consiguieron el material necesario y salieron de allí por el mismo sitio por el que habían entrado una hora antes. Tras esconderse, de nuevo, de la NPVN, esta vez con la complicación de tener que esconder el material médico, y tras más de dos horas fuera de casa, respiraron tranquilas al cerrar la puerta a sus espaldas.

—Ya tenemos todo —dijo Nara—. ¿Y ahora qué?

—Iremos a tu casa. Hablaré con Alana y te explicaré qué es lo que tienes que hacer. Después regresaremos y me mandarás a Anwnn.

2

¿Dónde estoy?

A Gare le pesaban los párpados. Se veía incapaz de abrir los ojos y le dolía tanto la cabeza que pensaba que le estaban taladrando el cerebro. Sentía que le faltaba aire en los pulmones, pero tampoco se veía con fuerzas suficientes como para respirar. Ni siquiera notaba los latidos de su corazón en el pecho. Era como si estuviera sufriendo una parálisis del sueño. Lo recordaba porque había sufrido alguna de niño y no había olvidado la sensación angustiosa. No podía moverse, pero podía sentir la ansiedad, el miedo, la desazón de no poder hacerlo. Puso todos sus esfuerzos en poder abrir los ojos. Le costó todas sus energías, pero finalmente lo consiguió. Cuando lo hizo, deseó no haberlo hecho.

El lugar en el que se encontraba era oscuro, sucio, con unas paredes ennegrecidas de las que parecía gotear una especie de moco negro que lo ensuciaba todo. Estaba tumbado en unos escalones cubiertos de aquella humedad infecta. Sintió tanto asco al ver su mano caída sobre aquella masa viscosa que gritó, pero el alarido solo se oyó en su cabeza. No salió ni un solo sonido de su garganta. Intentó apartar la mano y solo consiguió angustiarse más. ¡No podía mover un solo dedo y esta seguía aposentada en aquella mierda viscosa!

La sensación de angustia y de ansiedad aumentó cuando el siguiente sentido que recuperó fue el del olfato. Olía como si estuviera tumbado en una fosa séptica donde se acumulara el orín de toda una ciudad adicta a los espárragos. Era un olor tan fuerte, tan penetrante, que le causó náuseas y le revolvió el estómago. Solo deseó que no le entraran ganas de vomitar. No podía abrir la boca.

Gritaba por dentro, pedía auxilio, pero su desesperación no llegaba más allá de su consciencia. No podía emitir ningún sonido. No entendía qué hacía allí, cómo había llegado a aquel lugar, ni siquiera era capaz de recordar dónde estaba antes de haberse quedado dormido. Lo último que recordaba era haberle echado la bronca a Doto por haber vuelto a exprimir las naranjas y haberse olvidado de prepararle unos huevos fritos para el desayuno, haberle pedido que le preparara la ropa para ir a la discoteca de *Unreal Live,* como hacía todos los viernes, y haberse ido al cuarto de baño

para asearse antes de acudir a una reunión con Karen. No recordaba haberse vuelto a dormir, por mucho que aquella mañana hubiera deseado poder volver a acostarse.

Pensó que igual era eso. Que todo aquello era un mal sueño al quedarse dormido cuando debería estar ya en la oficina. Solo tenía que tranquilizarse y esperar a despertar y todo volvería a la normalidad: volvería a estar en su casa domotizada; podría ir a la oficina, invitar a Karen a salir por la noche e intentar volver a acostarse con ella, aunque no dejara de ponerle excusas para no quedar con él desde el día que lo habían hecho por primera vez; podría acudir solo a la discoteca si ella no aceptaba y disfrutar de la música y de bailar en la pista, de poder moverse; podría terminar con aquella pesadilla. Para ello, solo tenía que despertarse.

Volvió a cerrar los ojos e intentó tranquilizarse. Respiró un par de veces, aunque el olor que le entraba por la nariz seguía siendo insoportable, y comenzó a relajarse cuando comprobó que empezaba a poder mover los dedos de una de sus manos. Pronto pudo mover toda la extremidad y, aunque el dolor de cabeza seguía latente, empezó a sentir los latidos del corazón en su pecho. Las piernas también empezaron a responderle y, animado, comenzó a moverse. Eso hizo que volviera a sentirse angustiado.

No estaba en su cómoda cama. Uno de los escalones que había visto al abrir los ojos se le había clavado en las costillas, podía seguir sintiendo el viscoso tacto del moco negro en sus dedos y aquel olor insoportable no le dejaba respirar con normalidad. Una nueva sensación terminó por estresarlo: en su casa tenía aire climatizado y el calor sofocante de aquel lugar le estaba empapando la ropa de sudor.

Aunque ahora podía, tardó en abrir los ojos por miedo a volver a encontrarse en aquel oscuro lugar y que no fuera una de sus pesadillas. Cuando los abrió, esta vez, su grito sí se escuchó y rebotó entre las columnas amplificando su sonido.

Se sintió como cuando era adolescente y se adentraba en alguno de aquellos juegos sobre vampiros y zombis a los que solía jugar. Aquel sitio era igual de lúgubre y tétrico que los cementerios que visitaba en aquellos videojuegos, pero ahora era real. No solo podía verlo y pasear por él, podía sentirlo, tocarlo, olerlo, y ninguna realidad virtual había conseguido nunca que pudiera respirar la muerte y el hedor que desprende. Podía sentirlos colándose por sus vías respiratorias hasta instalarse en su ánimo e impregnar sus ropas.

Esa era otra cuestión que no podía llegar a comprender: su ropa. No recordaba haberse quitado el pijama ni haberse cambiado después de salir de la cama. Tampoco recordaba tener aquellas prendas en su casa. No entendía de dónde habían salido las que llevaba puestas, pero estaba seguro

de que no lo habían hecho de su armario y que Doto nunca las habría elegido para vestir un viernes. Era el tipo de vestimenta que habría utilizado para una excursión, para un viaje, pero nunca para ir a su oficina o para salir de fiesta un viernes por la noche. No entendía nada de lo que estaba pasando.

Se puso de pie en aquellas escaleras aceitosas con temor a resbalar y caer y pensó que igual era eso lo que le había ocurrido. Habría empezado a bajar por aquellas escaleras, se habría resbalado, caído y, con el golpe, había perdido la memoria. Por eso le dolía tanto la cabeza. Se llevó la mano a la nuca y los latidos del corazón, que creía haber recuperado, se le detuvieron.

«¡Tengo un agujero en la nuca! ¡Me cago en la puta, que me caben tres dedos! ¡Joder!», pensó mientras palpaba un orificio entre su cuello y su cabeza. Cuando su vista se empezó a acostumbrar a la oscuridad del lugar, miró sus dedos. Estaban manchados de sangre. Una sangre coagulada y de color rojo oscuro que le indicó que la herida hacía un tiempo que había dejado de sangrar.

«No puede ser... con una herida así debería estar muerto. Tengo que estar soñando. Sí, es eso. Aún no he despertado, aunque pueda moverme. Sí... ¡tengo que estar soñando y algo me ha sentado mal! ¡Es la última vez que me como dos bollos de chocolate antes de acostarme!».

Pero no se despertaba. Seguía en aquel sórdido lugar, rodeado de moco negro y ante una escalinata que se perdía en la oscuridad. Sin comprender nada, y sin otra cosa que hacer, salvo desear despertar, se decidió por ver a dónde le llevaba.

Cada uno de sus pasos resonaba en las paredes del lugar como cortos aplausos de fría bienvenida. Cada par de pasos se detenía e intentaba vislumbrar algún cambio en el tenebroso paisaje que lo rodeaba, pero cada peldaño avanzado era como un bucle repetido en el tiempo y le daba la sensación de no estar moviéndose, como si cada paso le hiciera bajar, una y otra vez, el mismo sucio y apestoso escalón.

De pronto, cuando ya pensaba que iba a pasarse toda la eternidad dando aquel mismo paso hacia la nada, y cuando el calor del lugar ya amenazaba con hacerle desmayarse, una tenue luz le devolvió la esperanza.

Iluminaba tímidamente un largo corredor y llegaba justo hasta sus pies para anunciarle que solo le quedaba un escalón por descender. Bajó ese último peldaño y se aventuró en el corredor que, pese a que estaba muy mal iluminado, al menos no se veía con la negrura de las escaleras ni estaba cubierto por el moco pestilente. El olor allí seguía siendo muy desagradable, pero ni comparación con el hedor que emanaba de las escaleras.

Cuando se acercó al lugar del que brotaba la luz, la sensación de alivio que le produjo abandonar la escalera se evaporó. Las paredes que le rodeaban eran tétricas y de ellas brotaban salientes, como espadas afiladas, que amenazaban con ensartarlo como a un pincho moruno si se atrevía a acercarse en demasía.

«Joder, este lugar es como el puto trono de hierro de Desembarco del Rey[3], pero en habitación».

Por un segundo pensó en correr hacia aquellas esquinas punzantes y lanzarse contra ellas. Como en sus videojuegos morir solía ser la manera de que terminaran, igual también era la manera de salir de allí. Pero descartó la idea en cuanto tocó una de aquellas esquinas con la yema de sus dedos. El dolor que le produjo fue el mismo que si se hubiera clavado una aguja incandescente entre las piernas.

«Me cago en la puta», exclamó mientras se llevaba la mano contra el pecho. «No me atrevo a dejarme matar ni muerto... ni por salir de aquí ni por nadie. ¡Que esto duele, joder!».

Sin atreverse a acercarse de nuevo a las paredes, dio una vuelta por toda la habitación en busca de un lugar por el que salir de allí. Darse cuenta de que la única salida era regresando por el corredor que le llevaba de vuelta a las escaleras le hizo gritar de desesperación.

—¡Quiero despertar! ¿¡Por qué no me despierto!?

Una voz que le resultó familiar surgió de entre las paredes para responderle.

—No estás dormido, Gare.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Por qué no te veo? —preguntó a la desesperada buscando la procedencia de la voz.

—¿Ya no te acuerdas de los amigos?

Una sombra pareció moverse en uno de los extremos de la habitación. Una silueta escondida que Gare no había visto cuando había pasado por allí. Un espectro con apariencia humana que caminaba con paso firme hacia el centro de la estancia.

—¿Amigos? ¿Qué amigos? —preguntó Gare sin entender.

Iluminada por la tenue luz, la sombra se despojó de la capucha que la cubría. Tenía la cara quemada, deformada, pero había algo en su mirada que a Gare le resultó familiar.

—¿Cristian? ¿Eres tú? ¿Qué coño te ha pasado?

La sombra se quedó en silencio, dubitativa. Como si las preguntas de Gare la hubieran descolocado.

—¿No sabes qué me ha pasado?

—No tengo ni puñetera idea, joder. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? Desde antes de la Tercera Guerra Mundial por lo menos.

—¿No te acuerdas de nada? ¿De Triz?

—¿Triz? ¿Quién es Triz? ¿Alguno de tus ligues, cabronazo? —inquirió Gare y se acercó al que creía que era un amigo de la infancia para tocarle con las manos, temiendo que al hacerlo se desvaneciera en el aire como un espejismo en el desierto. Se alegraba de escuchar una voz conocida en aquel lugar. Quizás podría explicarle dónde demonios estaba y qué hacía allí—. ¿En serio eres tú?

—Sí, colega, soy yo. Tu amigo de toda la vida —respondió Cristian y dio un abrazo a Gare mientras no dejaba de darle vueltas al hecho de que no recordara su último encuentro ni al amor de su adolescencia—. Estoy un poco desmejorado, como puedes ver. Cosas de la Tercera Guerra...

—¿Dónde coño estamos, tío? Este lugar me recuerda al *Vampir*. Dime que estoy soñando y que me voy a despertar pronto.

—Ojalá fuera un videojuego, o un sueño... Estamos en Anwnn, el purgatorio previo al mundo de los muertos.

—¡No me jodas que estamos muertos y que después de morir vamos a otro mundo! ¡Qué fuerte! —gritó Gare al tiempo que hacía aspavientos con las manos.

—Eso me temo. Aunque esta es solo la antesala. Tú tienes que ir a Marbhreilig, el mundo de los muertos. Ese es tu destino.

—¿Marbhqué? ¡Joder con el nombrecito! ¿No se llamaba infierno? Si ya sabía yo que al cielo no iba a ir... pero, a ver, que yo me entere. ¿De verdad me he muerto? ¿Cómo? Si yo estaba en mi casa en *Unreal Live* aburrido, pero más tranquilo que un zombi sin humanos. ¿Cómo me he muerto?

—No recuerdas nada... —musitó Cristian.

—No. Solo que me levanté a desayunar como cada mañana... nada más.

—Yo te ayudo —comentó Cristian, al que le brotó una sonrisa irónica al descubrir que Gare había olvidado la pelea en el bosque de Otsa y su reencuentro con Triz, mientras planificaba en su cabeza con rapidez su venganza—. Estamos en Anwnn, como te he dicho, es el paso previo para aceptar la nueva vida, si se le puede llamar así a lo que nos va a tocar vivir desde ahora y por toda la eternidad. Solo tienes que aceptar tu nueva situación y una puerta se abrirá a tu nuevo destino.

—Pero ¿cómo he muerto? ¿Por qué tengo un agujero en la cabeza?

—Imagino que será por el motivo de tu muerte, aunque, si no lo recuerdas, ¿qué más da? A nadie le gusta recordar cómo murió... Limítate a aceptarlo y a cruzar a Marbhreilig.

—Joder —volvió a protestar Gare—, espero que no me hagan pronunciarlo para poder entrar, porque me veo en este asqueroso sitio de por vida.

—Tranquilo. No es necesario pronunciarlo. Solo ser consciente y aceptar que se ha muerto.

—Con este agujero en el cráneo no voy a tener más remedio que reconocerlo —aceptó Gare y se llevó las manos a la parte trasera de su cabeza.

En ese momento, al lado contrario de donde terminaba el corredor, las puntas afiladas de las paredes empezaron a moverse produciendo un estrepitoso eco que hizo que Gare tuviera que taparse los oídos. Sonaba igual que un armario de platos y sartenes cayéndose al suelo.

Una luz cálida y acogedora empezó a inundar la estancia. Gare parpadeó varias veces hasta que consiguió adaptar su visión. Al otro lado de la pared de espadas, se empezaba a vislumbrar un jardín de vivos colores. El verde de la hierba era tan brillante como el de una manzana encerada y el azul del cielo tenía el mismo color que en una tarde calurosa de verano. Y lo que más le gustó a Gare: el aire que de allí entraba olía a hierba recién cortada y a un olor que le recordaba a la infancia.

—¿Huele a galletas recién hechas? —preguntó.

—Me parece que tú has tenido suerte —replicó Cristian—. Tiene pinta de ser un sitio agradable para pasar la eternidad.

—La verdad es que sí. Yo diría que es una versión mejorada del sitio en el que estaba. *Unreal Live* tiene unos jardines parecidos, pero no huele a galletas. ¿Cruzamos?

—Eh... no. Yo tengo que quedarme aquí. Estoy esperando a alguien. Ese sitio no está reservado para mí. Es tu Marbhreilig, cada uno tenemos el nuestro.

—¿En serio? ¿Todo este sitio para mí solo?

—No exactamente. Las personas que hayan estado vinculadas a ti en la otra vida podrán compartir contigo tu Marbhreilig. Solo tienes que buscarlas.

—¡Cojonudo! A ver quién hay por ahí dentro. ¿Y dices que no te vienes? Estaría bien compartir la eternidad con un amigo de la infancia. Después de las juergas que nos corrimos entonces, estoy seguro de que tienes que estar vinculado a mí de alguna manera.

—No. Ya te he dicho que tengo que quedarme. Estoy esperando a alguien. Alguien importante para mí. Una promesa incumplida.

—Alguna novia, fijo. Al final, por muy chulo que aparentaras ser, alguna de esas chicas logró atraparte, te enamoraste y ahora quieres pasar la eternidad con ella. ¿A que sí?

—Algo así. No vas muy desencaminado —replicó Cristian, aunque no era amor precisamente el sentimiento que le hacía estar allí esperando la llegada de Triz.

—¿Y te acuerdas de cómo moriste?

—Sí, yo no tengo la suerte que has tenido tú. No pude superar la Tercera Guerra. Estalló una bomba cerca de donde yo estaba —respondió Cristian. Obvió todo lo que había pasado desde entonces y la batalla con Triz que le había condenado a aquel lugar de forma permanente. Si aquel desgraciado no recordaba nada, no iba a ser él quien le refrescara la memoria.

—¿Y llevas aquí desde entonces? La Tercera Guerra ya acabó...

—Como te digo, sí que recuerdo cómo acabé aquí y me quedaron asuntos pendientes. No puedo irme hasta reencontrarme con esa persona —repitió—. ¿Un abrazo de despedida, colega? —preguntó al tiempo que abría los brazos.

—¡Eso está hecho! —exclamó Gare y rodeó a su amigo de manera efusiva, casi alzándolo en el aire—. Me ha hecho mucha ilusión volver a verte y espero que esa persona llegue pronto. Oh, espera... para eso debería morir, y no sé si es eso lo que quieres.

—No te preocupes... aguantaré lo que haga falta —aseveró Cristian, confiando en que, con la llegada de Gare a aquel lugar, su espera no sería muy larga—. Te puedo asegurar que a mí también me ha hecho mucha ilusión volver a verte —comentó y aprovechó el abrazo para recoger una muestra de sangre reseca del cuero cabelludo de Gare para guardarla entre sus dedos—. Espero que

seas muy feliz ahí dentro.

—Seguro que sí, tiene una pinta estupenda. Yo espero que no tengas que pasar mucho tiempo echando de menos a quien estés esperando en este lugar. Que se te haga corta la espera.

—Tranquilo... estoy seguro de que no tardará en llegar —repuso Cristian mientras se guardaba la sangre obtenida bajo la manga de la raída túnica—. ¡Cuídate! —añadió cuando Gare cruzó las puertas de Marbhreilig y estas empezaron a cerrarse—. Te hará falta, inútil para todo —murmuró al darle la espalda.

3

Preparando un nuevo viaje

Alana estaba encerrada junto con su hermana pequeña en casa de Nara desde que su madre le pidió que se fuera y consiguiera escapar por la ventana del primer piso. Estaba preocupada por lo que la bruja pelirroja hubiera podido hacer en su hogar y a su madre. Sentía que podía ayudar y estaba segura de que Atzu sería de utilidad, pero le había pedido que protegiera a su hermana y era lo que estaba haciendo. También era verdad que el miedo que sentía la paralizaba.

Hasta hacía unos días pensaba que los sueños que tenía eran simplemente eso, pesadillas que la atormentaban por las noches. Ahora sabía que eran algo más y ya no solo la asustaban cuando tenía que irse a dormir, sino que lo hacían a cualquier hora del día.

—¿Por qué no viene mamá? —preguntó Maya, que había sido incapaz de conciliar el sueño desde que llegaron a la casa de la amiga de su madre.

—No lo sé, enana, no lo sé. Seguro que viene pronto a buscarnos y no le ha pasado nada. Intenta descansar, que mañana tenemos que ir al colegio y te vas a quedar dormida en clase.

—¡No puedo dormir! Aún sigo asustada por los ruidos en casa y no me has dicho qué pasaba. ¡Y hemos salido volando por la ventana!

—No hemos salido volando... —repuso Alana, sin querer explicar a su hermana pequeña cómo lo había hecho.

—¡Estábamos en mi habitación, me diste la mano, abriste la ventana y estábamos en la calle! ¡Fue mágico! ¿Hiciste magia, hermanita? ¿Como cuando recojo el cuarto y mueves las hadas?

—Anda, intenta dormirte. Mamá vendrá pronto y, como nos pille despiertas tan tarde, nos va a castigar —contestó Alana y sonrió. Su hermana pequeña era más lista de lo que pensaba y se daba cuenta de más cosas de las que ella creía. Si no le explicaba lo que había ocurrido en su casa, era porque ni ella misma llegaba a comprenderlo del todo.

—Vale, pero tenemos que volver a hacer lo de la ventana. ¿Me lo prometes? —replicó Maya con los ojos tan encendidos por la ilusión que Alana creyó que de ellos iba a brotar luz.

—Te lo prometo, pero ahora duérmete.

Maya cerró los ojos, pero se la veía inquieta. Alana se sintió orgullosa de los intentos de su hermana pequeña por obedecerla. Ella también era incapaz de dormir. No podía dejar de pensar en que su madre estaría luchando con la bruja y en que debería estar ayudándola. Para algo también era una bruja. Se debatía entre la necesidad de ayudar a su madre y el miedo de tener que enfrentarse a esa batalla con solo trece años recién cumplidos, escudándose en el mandato de su madre para permanecer al lado de su hermana mientras esta no se quedara dormida.

Ni siquiera Nara había regresado después de que hubieran llamado a su puerta y les hubiera pedido explicaciones de qué hacían allí las dos, fuera de casa, durante el toque de queda. En cuanto le contaron lo que ocurría les pidió que se fueran a la habitación de invitados y salió corriendo. Pero algo grave tenía que estar pasando porque habían transcurrido varias horas y tampoco ella había vuelto. Estaba mirando por la ventana por si las veía llegar cuando sintió que su hermana pequeña se había quedado dormida.

Ya no tenía que vigilarla, ya no le iba a pasar nada. Había cumplido su promesa de cuidar de ella y la necesidad de acudir de vuelta a la casa y ayudar se le hacía más insoportable. Cerró los ojos y respiró fuerte, intentando armarse del valor que necesitaba, y se convenció de que era lo que tenía que hacer, de que nunca se lo perdonaría si le pasaba algo a su madre por no atreverse a enfrentarse a sus miedos. Era una bruja buena y tenía que demostrarlo.

Abrió la ventana de la habitación y miró a la calle.

—Vamos a volver a probar lo de salir por la ventana, enana... —dijo echando un último vistazo dentro de la habitación para asegurarse de que su hermana seguía dormida.

Cerró los ojos, se concentró y deseó estar en la calle. Después los abrió y, al descubrirse en el jardín, se dispuso a salir corriendo hacia su casa cuando una voz la sobresaltó.

—¡Se puede saber dónde va, señorita!

—¡Mamá! —gritó al ver aparecer a su madre y a Nara por la esquina de la calle—. Estaba muy preocupada porque no venías y quería ir a ayudarte. Yo también soy una bruja —añadió tras acudir a la carrera a abrazarse a su madre.

—Te dije que cuidaras de tu hermana... —repuso Triz sin levantar la voz. No estaba enfadada, se alegraba de la valentía de su hija.

—Maya está dormida y yo quería ayudar.

—Y vas a poder hacerlo. Vamos dentro, tengo que hablar contigo. Y es muy importante.

—Pero ¿has matado a la bruja pelirroja? ¿Ya no voy a tener más sueños con ella como cuando derrotaste al hombre malo?

Triz no respondió en un primer momento. Tenía que explicarle a Alana que, aunque la bruja pelirroja ya no iba a ser un problema, vendrían otros después; que los sueños, las pesadillas en su caso, nunca terminaban del todo y que tenían que enfrentarse a ellas; que tenía que aprender a interpretarlas y usarlas a su favor para anticiparse a los peligros que las acechaban; y, sobre todo, tenía que hablarle de los motivos por los que iba a tener que volver a marcharse ahora que acababa de regresar.

—¿Te tienes que volver a ir? —masculló Alana cuando su madre le contó lo que había pasado en la casa.

—Sí. Espero que no sea mucho tiempo, pero, como te he dicho, además de este hay otros mundos, y Gare ahora me necesita en uno de ellos. Ya te dije que Gare es un buen amigo al que quiero mucho y no puedo dejarle solo en el lugar al que se ha ido.

—Pero, si se ha ido él, igual no quiere que vayas a buscarle... como papá —replicó Alana en un intento de convencer a su madre para que no se marchara. No se sentía segura y, aunque quería hacerse la responsable, tenía miedo a que alguno de aquellos peligros o pesadillas de las que su madre le acababa de hablar se presentara en su ausencia y no saber cómo enfrentarse a ellos, ahora que su padre tampoco estaba.

—No ha ido voluntariamente, lo ha mandado allí la bruja pelirroja, y estoy segura de que ahora mismo está muy asustado y está deseando volver, pero él solo no sabe cómo hacerlo. Él no es un brujo.

—¿Y sabes cómo hacer regresar a la gente?

—Creo que sí. Lo aprendí en una de mis pesadillas, por eso es importante que tú también intentes aprender de las tuyas. Y lo que tengo muy claro, mi niña, es que no me lo perdonaría en la vida si no lo intento con todas mis fuerzas, aunque para eso tenga que dejaros un tiempo con Nara y

eso me duela en el alma.

—¿Puedo ayudarte a traerle de vuelta? Si lo hago, igual puedes volver antes...

—Sí que puedes, pero no de la manera que piensas. No puedes venir conmigo. Jamás te haría pasar por eso... pero sí puedes seguir aprendiendo a usar tu magia, puedes interpretar tus sueños, vigilar que nada malo ocurra aquí en mi ausencia. Si tus sueños te cuentan algo, díselo a Nara. Ella sabrá qué hacer y te ayudará. Si todo está tranquilo por aquí, podré concentrarme más en traer de vuelta a Gare y podré regresar antes. Y espero que, esta vez, pueda quedarme mucho más tiempo con vosotras. Pero ten mucho cuidado, que nadie descubra tu magia. Eso podría ponerte en peligro.

—¿Y si viene otra bruja para intentar llevarme con ella?

—Defiéndete con todas tus fuerzas, usa tu magia. Seguro que el chafya y Nara te ayudarán. Te juro que intentaré regresar pronto. ¿Me das un abrazo? —preguntó Triz mientras luchaba por contener las lágrimas en la despedida. No entendía cómo podían seguir quedándole después de todo lo que había llorado tras la muerte de Gare, pero tener que despedirse de sus hijas la dañaba del mismo modo. No había en el mundo nada más importante que ellas dos y, aunque sabía que iban a estar cuidadas y esperaba que a salvo en casa de su amiga, tener que separarse de ellas era como arrancarse un pedazo de alma. Sobre todo, porque, si tenía que cruzar a Marbhreilig, su regreso se iba a complicar, no sería tan sencillo y temía no poder hacerlo.

Temía que aquello pudiera llegar a ocurrir y que aquella fuera la última vez que viera a sus hijas, pero no iba a abandonar a Gare a su suerte en un lugar como Anwnn. Podía rescatarlo y tenía que hacerlo pronto. No tendría ningún sentido salvar los mundos si no podía salvarlo a él.

El cálido y sentido abrazo de su hija la reconfortó y convenció de borrar los pensamientos negativos y de dejar que los positivos ocuparan su mente. Iba a bajar a Anwnn, iba a encontrar a Gare, no iba a tener que morirse para entrar en Marbhreilig y pronto estaría de vuelta en casa para volver a abrazar a sus hijas.

—Voy a entrenar todos los días para ser la mejor bruja del mundo cuando vuelvas...

La frase de su hija le hizo esbozar una sonrisa y borrar las lágrimas que ya escapaban de sus ojos y resbalaban por sus mejillas.

—Estoy segura de ello. Solo las mejores brujas consiguen tener un chafya. Ni siquiera yo, que dicen que soy la bruja elegida por los Dioses, tengo uno.

—He leído sobre esos dioses en vuestros libros. El Dios Astado me cae mal... —repuso Alana.

—Tú adoras el Sol por muy peligroso que sea ahora. Y este forma parte del Dios Astado como la luna forma parte de la Diosa.

—Oh... Entonces, ya no me cae tan mal. El Sol me da mucha energía. Adoro el Sol.

Antes de despedirse, subió al cuarto de invitados donde la pequeña Maya estaba durmiendo. Abrió la puerta con cuidado de no despertarla y se la quedó mirando desde el alfeizar. Maya dormía, en apariencia tranquila, ajena a todo lo que estaba ocurriendo. En su rostro tenía dibujada una amplia sonrisa que delataba que sus sueños no se estaban viendo afectados por ninguna pesadilla. A sus pies dormía Atzu, cuyos cuatro ojos se movían bajo sus párpados cerrados. El chafya no estaba tan relajado.

«A veces te envidio por no tener que cargar con la herencia de ser una bruja», pensó al ver la tranquilidad de su hija. «Y tú, Atzu, cuida de mis hijas hasta mi regreso».

«Cuidaré», estornudó, sin llegar a abrir los ojos, provocando la sorpresa de Triz.

—Ten cuidado, tu chafya escucha hasta dormido. —Sonrió a su hija mayor—. Dile a Maya, cuando despierte, que regresaré pronto.

Madre e hija volvieron a despedirse, como habían hecho antes del viaje a Grawell, prometiendo no demorarse y esforzarse en estudiar sus sueños y cuidar a su hermana. Le hubiera gustado poder dar un beso a su hija pequeña y abrazarla, pero no quería despertarla y preocuparla, así que se limitó a mandarle un beso desde la puerta. Deseaba cumplir su parte de la promesa, aunque no estaba segura de poder hacerlo. Sus sueños no habían sido muy clarificadores sobre el modo de proceder para regresar a la vida.

Regresó junto con Nara, antes de que ver a sus hijas le hiciera cambiar de idea, a su casa. Se guardó las semillas del manzano llorón de Orgades en uno de los bolsillos y se dispuso a iniciar los preparativos. Solo pensar en volver a aquel lugar oscuro y caluroso que vio en sus sueños le puso la piel de gallina, pero ver el cuerpo sin vida de Gare sobre la cama le dio la seguridad que necesitaba para dar aquel paso.

—Cuida de mis hijas —pidió a Nara cuando terminaron de conectarle los aparatos medidores y antes de inyectarle el líquido que estimulaba las neuronas Q—. Y, si Óscar decide regresar, no le permitas despertarme. ¿De acuerdo? Sé que no lo va a entender y que protestará, pero ha perdido el derecho a opinar al dejar solas a nuestras hijas.

—Prometido. No creo que vuelva, se le veía muy convencido de su decisión cuando se marchó, pero tú cumple tu promesa y regresa pronto.

—Te juro que lo intentaré —replicó Triz y abrazó a su amiga. Una vez más, el miedo a no poder regresar y que aquella fuera la última vez que podía abrazarla le hicieron romper a llorar.

Nara también lloró. Tener que mandar a su amiga al mundo de las brujas, aunque para ello tuviera que quemarla en una hoguera y escucharla gritar, sonaba mucho mejor que tener que ir al mundo de los muertos.

—Te juro que, como no vuelvas pronto, te mato —amenazó Nara y sonrió.

—No sé cómo te cae tan mal Gare. Tenéis un humor tan parecido. — Triz le devolvió la sonrisa y se enjugó las lágrimas—. Pon los medicamentos en el suero. Cuanto antes me vaya, antes podré regresar.

Nara no dijo nada. Sentía que la tristeza le cerraba la garganta. Pese a los años que llevaba aprendiendo magia con Triz, desde que ella les salvó la vida durante la guerra y le explicó cómo lo había hecho y quién era en realidad, nunca le había hablado de Anwnn y a Marbhreilig, solo los había mencionado por encima cuando tuvieron que intentar encontrar a Gare en la noche de Samhain. Daba miedo solo pronunciar sus nombres. Sin pensarlo mucho, inyectó la mezcla de medicamentos que le había dado Triz y agarró la mano de su amiga.

—Gare no me cae mal... pero tú me importas muchísimo más. Vuelve pronto, amiga.

Triz sonrió, apretó la mano de Nara y lentamente cerró los ojos. Unos segundos más tarde su mano perdió fuerza, cayó sobre las sábanas de la cama, y ya no se movió más.

Aunque el cuerpo de su amiga seguía intacto y no calcinado, aunque no tenía que trasladarlo en brazos a su cobertizo, Nara se echó a llorar. Pese a que era una bruja de aprendizaje y no tenía los poderes de una bruja de sangre, algo en su instinto, en sus tripas, le decía que Triz no le había contado toda la verdad para no preocuparla y que aquel viaje era el más peligroso que había tenido que hacer hasta ahora.

4

Promesas cumplidas

Lilian estaba enojada. Si hubiera sabido que aquel era el final que le esperaba, no habría aceptado el trato que le habían ofrecido. La primera vez había muerto sola, sin importarle nada ni nadie, con una vida de mierda que no iba a echar de menos. Una vida en la que la guerra, la tormenta solar y la gente le habían dejado cicatrices y en la que sobrevivía gracias a un trabajo esclavo que le permitía comer dos veces al día, o mejor dicho, sobrevivía a pesar de él. Una vida insatisfactoria en la que se conformaba con que la dejaran en paz y no la siguieran jodiendo cada día.

Pero le habían hecho la promesa de una vida mejor: una en la que iba a ser más atrevida, seductora, decidida, una en la que iba encontrar el amor, ese que tantas veces se le había negado y que tanto daño le había hecho con anterioridad; en la que iba a ser feliz, y había aceptado sin pensarlo dos veces. Pero no le habían dicho que esa vida prometida fuera a ser tan efímera y, ahora que conocía una vida mejor, le daba mucha rabia perderla. Tenía más ansias que nunca por seguir viviendo.

—¡Me prometiste que iba a estar con él! Una vida normal juntos. No esta mierda...

—Jamás prometí que fueras a tener una vida normal y nunca te dije durante cuánto tiempo ibas a poder disfrutarla. ¡Y, aun así, te mostré esa vida! ¡Sin haber cumplido tu parte antes de dejar que te mataran!

—¡Sé que hay una forma de salir de aquí! Triz me habló de ella.

—¡Claro que la hay! ¡Para eso quería a la niña! —Una sensación interrumpió a la voz, una buena sensación —. Parece que no eres la única que está enamorada de ese chico... No son buenas noticias para ti.

—¿Por qué no?

—La bruja de sangre ha venido voluntariamente.

—¡Ey! Eso es genial. Si ella ha venido, he cumplido mi parte y vas a tener que cumplir la tuya.

—No lo entiendes. ¡Yo ya he cumplido la mía! Tienes toda la eternidad para estar con Gare. Él ya la ha olvidado... pero, con ella aquí, te será más difícil conservarlo. A pesar de que ya no la recuerde, los sentimientos que tenía hacia ella pueden volver a renacer. Las almas que se complementan pueden encontrarse una y otra vez. De ti dependerá, si para cuando se reencuentren, él se ha enamorado de ti o si le permites volver a enamorarse de ella.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? ¿Cómo voy a encontrarme con él en este lugar?

—No es en este lugar en donde vais a reencontraros. Tendrás que cruzar a Marbhreilig. Él ya está allí. Como parte de mi promesa, haré que tu Marbhreilig y el suyo sean el mismo. Allí podrás reencontrarte con él y conquistarlo.

—Cómo voy a conquistarlo si sabe que he sido yo quien... —Lilian se detuvo—. ¡Oh! Espera... Gare también se ha olvidado de mí, ¿verdad?

—No recuerda a Triz ni recuerda nada de lo que le haya pasado desde que se reencontró con ella. Incluida tú. Pero, oye, no te costó mucho seducirle cuando le conociste en el hospital. Tú sí que te acuerdas de él, de sus gustos, de sus aficiones... Ahora Gare es un lienzo en blanco que vas a poder dibujar desde cero. Solo vas a tener un pequeño problema...

—¿Qué problema?

—Marbhreilig no es un mundo agradable, no es el paraíso. Y el de Gare es uno de los más crueles que he podido conocer. Ya lo descubrirás... Pero ahora vas a tener que marcharte. La bruja de sangre está a punto de llegar y creo que no te haría gracia un reencuentro. Ella sí que se acuerda de ti.

—¿Y qué hago con esto? —preguntó Lilian al tiempo que señalaba el trozo de madera que salía de su frente—. ¿Cómo voy a conquistar a nadie con este aspecto? ¡Parezco un puto unicornio!

—Si te molesta, arráncatela.

—¿Estás loco? —increpó Lilian.

—¡Ya estás muerta, idiota! Cuando cruces a Marbhreilig las heridas cerrarán. Volverás a ser la misma de antes, pero tienes que dejar el espacio para que cierren, si entras con la madera clavada, clavada seguiría eternamente.

—No hace falta insultar —replicó Lilian—. De acuerdo. Me marcho, pero no me puedes dejar así. ¿Qué le ocurre al Marbhreilig de Gare? —preguntó. Agarró el trozo de madera con las dos manos y tiró con fuerza hasta arrancarlo. El dolor que sintió no fue mayor al que ya soportaba desde antes.

—Aquello que nos resulta más agradable puede ser también lo que más dolor nos produzca. No lo olvides. Busca el agua que brota del pensamiento donde los Marbhreilig terminan y haz que pida un deseo. Y, esta vez, asegúrate de que incluye todo lo que quieres. ¡Corre! ¡Te quedas sin tiempo!

Lilian no entendió nada de lo que la voz quería decirle, pero vio que una puerta se abría al fondo del corredor. La luminosidad del lugar, el olor que desprendía, le agradaron.

—¿Qué puede tener de malo este sitio? ¡A mí me parece la leche! —comentó al observar la hierba que llenaba todo de un intenso color verde que creía olvidado.

—Por una vez, ¡calla y corre! —le insistió la voz—. Ese no es tu Marbhreilig y, si no fuera por el vínculo mágico que se creó con él en el hospital, no podrías entrar, y no va a permanecer abierto eternamente. No puedo mantenerlo mucho tiempo. Hay fuerzas que me superan incluso a mí.

Como si la puerta hubiera podido comprender las palabras de la siniestra voz, esta comenzó a cerrarse. Sin tiempo para pensar decidió correr hacia ella. Al menos, aquel lugar le iba a permitir dejar de respirar aquella pestilencia. Consiguió cruzar unos instantes antes de que la puerta se cerrara con el mismo sonido que hace una caja fuerte. Se giró para mirar a su espalda, pero ya no había rastro de la entrada. Todo lo que podía ver era una hermosa colina cubierta de hierba y flores.

Retrocedió sobre sus pasos hasta llegar al lugar en donde debería encontrarse el umbral, pero no se chocó con nada, el paisaje seguía hasta el horizonte.

Después, se llevó la mano a la frente para comprobar que la voz no la había vuelto a engañar y respiró aliviada al comprobar con sus dedos que el agujero había desaparecido. Le pareció ver a lo lejos un pequeño lago de agua cristalina y decidió ir a comprobarlo. Quería saber qué aspecto tenía.

Cuando vio su reflejo en el agua respiró aliviada y empezó a dar saltos de alegría. Había recuperado la imagen previa a la pelea con Triz. Volvía a ser tan atractiva como cuando regresó de su primera visita a Anwnn. Con aquella imagen estaba segura de poder seducir a Gare, ya había estado a punto de conseguirlo la primera vez. Lo habría hecho si no se hubiera entrometido aquella odiosa bruja.

—¡Hola! —Una voz la llamó a su espalda—. ¿Quién eres? ¿Nos conocemos? Te veo muy feliz.

—¡Gare! —exclamó Lilian al verlo—. ¡Me alegro tanto de verte! Ahora sí que estoy feliz. Veo que también estás recuperado en apariencia —comentó mientras corría a abrazarlo—. Estás muy guapo.

—Gracias por el cumplido, pero, discúlpame, no sé quién eres —repuso él sin corresponder al abrazo—. Me dijeron que aquí me iba a reencontrar con las personas que estuvieran vinculadas a mí en la otra vida, pero hasta ahora eres con la primera que me encuentro y no recuerdo tu cara.

—¿En serio no te acuerdas, cariño? —preguntó ella. Pensó con rapidez y forjó una idea en su cabeza. «Gare es un lienzo en blanco...», recordó las palabras de la voz, «solo tengo que dibujarlo».

—¿Cariño? No entiendo nada...

—¿Qué es lo último que recuerdas? —inquirió Lilian. Habló mucho con Gare en los días de hospital y creía conocer lo suficiente de él como para enlazar la idea que se le había ocurrido en sus recuerdos.

—Lo último que recuerdo es estar en mi casa en *Unreal Live* antes de irme a trabajar un viernes por la mañana.

—¡Oh, Dios! —exclamó Lilian y teatralizó su sorpresa—. ¿Tantos recuerdos has perdido? ¡Oh, cariño! Voy a tener que ponerte al día.

—¿De qué?

—Conseguiste salir de *Unreal Live* hace unos meses, me contaste en nuestra primera cita que tuviste que dejarte matar por un guarda de seguridad de tu empresa para poder escapar.

—¿Primera cita? —Gare seguía sin entender nada—. ¿Escapar? ¿Por qué iba a querer yo escapar de *Unreal Live*?

—Porque te diste cuenta de que aquello no era real, que en realidad no estabas viviendo, sino jugando, y quisiste regresar. Buscaste trabajo y nos conocimos. Te invité a salir. Te enseñé cómo era el mundo después de la tormenta solar. ¿Tampoco te acuerdas de que te quedaste encerrado por la tormenta?

—No recuerdo nada. Ni siquiera sé cómo he acabado aquí. ¿Sabes que estamos muertos?

—Claro que lo sé, cariño... Yo te lo explico. Nos conocimos cuando saliste de *Unreal Live*,

trabajábamos juntos —empezó a relatar Lilian—. Siempre me pareciste muy atractivo y te invité a tomar un agua con sabor a chocolate. Me puse más contenta que la niña de Gru con su unicornio[4] cuando aceptaste. ¿No te acuerdas? —Pese a que había usado una referencia a una película, segura de que él la habría visto, Gare negó con la cabeza—. Esa noche fue la primera que dormimos juntos.

—¿Tú y yo nos acostamos? —inquirió Gare y miró a Lilian de arriba a abajo. La chica era bastante atractiva. Al parecer, la vida amorosa le iba mejor de lo que recordaba.

—Algo más que eso, amor. Tú y yo estamos casados.

—¿Casados? ¿Nosotros?

—Sí. Nos casamos hace dos días, un mes y medio más tarde de esa primera noche. Hemos sufrido un accidente en nuestro viaje de novios. ¿Te acuerdas ahora?

Gare no se podía creer lo que le estaba contando aquella mujer. Solo se había planteado una vez en su vida casarse, y la idea se le quitó rápido. No se lo había vuelto a plantear nunca, y menos conociendo a una chica solo de un mes y medio. Creía ser de esas personas que para dar aquel paso necesitaban cerciorarse antes de que podría funcionar. Si se había casado con aquella mujer tan pronto, era porque debía de estar muy enamorado de ella.

—No me has dicho cómo te llamas. Y lo siento, pero, por mucho que lo intento, mi cabeza se niega a obedecerme y no lo recuerdo.

—Lilian. Me llamo Lilian, pero tú sueles llamarme Lily —mintió. Siempre le había gustado aquel diminutivo cariñoso de su nombre, aunque nadie lo hubiera usado nunca con anterioridad.

—Muy bien, Lily... Si estamos casados... ¿por qué no llevamos anillos?

—¡Serás tonto! —exclamó Lilian para salir del paso—. ¡Desde la tormenta solar ya no se usan anillos en las ceremonias! El sol luce con tanta fuerza que ya no se puede llevar nada de metal en la piel porque acabaría achicharrándote. Voy a tener que volver a explicártelo todo como cuando saliste del videojuego.

—Me temo que sí…, pero ahora tiene sentido que estés aquí. No se me ocurre una persona que pudiera estar más vinculada a mí antes de morir que mi reciente esposa.

—Ahora podremos estar juntos para toda la eternidad, mi amor. Quién nos iba a decir que morir era tan maravilloso, ¿verdad? —dijo Lilian y se abrazó a Gare para besarle. Fue un beso intenso,

pero Gare, en lugar de dejarse llevar, pareció extrañarse.

—No es tan maravilloso, Lily.

—¿El qué? —preguntó Lilian apenada, al ver que Gare no había sentido nada con el beso. Esperaba haber despertado mayor interés en él la primera vez que se besaban.

—Este lugar. No es tan bonito como parece. Es una continua y tortuosa tentación. Creí haber comprendido sus reglas, pero sigues aquí. No lo entiendo —repuso Gare y la agarró por los hombros para asegurarse de que seguía estando a su lado—. ¿Por qué no te has hecho ceniza?

—¿Qué quieres decir? Acabo de llegar aquí. ¿A qué reglas te refieres? ¿Por qué debería haberme convertido en ceniza? —inquirió Lilian segura de que, tras aquellas reglas, se escondía alguna nueva jugarreta de la voz, algún giro rebuscado para no concederle lo prometido, la razón por la que Gare no se había sentido atraído por su beso.

—Apenas he tenido tiempo de estar en este lugar y ya entiendo por qué lo llamaban infierno, o Marbeligi o cómo diablos se llame. Aquí tengo todo lo que deseo, aparece sin más ante mí: fruta, comida, dulces, agua... pero no puedo tocarlo, ni comerlo, ni beberlo, ni sentirlo, ni olerlo. Cualquier cosa que deseo, si me la llevo a la boca o la toco, se convierte en ceniza. Si tú eres mi esposa, ¿por qué no te has desvanecido? ¿Acaso no te deseo? No lo entiendo, Lily.

En ese instante, Lilian comprendió las palabras que le había dicho la voz antes de cruzar las puertas: «Marbhreilig no es el paraíso, y el de Gare es de los más crueles que conozco».

—¡No te preocupes, cielo! Sé lo que tenemos que hacer y, cuando todo esto termine, me desearás y podrás besarme y sentir que me deseas sin que me pulverice —repuso recuperando la alegría y la sonrisa.

—¿En serio? —preguntó Gare, a quien le brotó un brillo de esperanza en los ojos. Un centelleo de color verde.

—En serio. Solo tenemos que ir al límite de Marbhreilig y encontrar el agua que brota de los pensamientos. Entonces pedirás un deseo y podrás comer, tocar, oler y besar todo lo que quieras.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo dijo una voz antes de entrar. ¿A ti no te recibió nadie al llegar?

—Me encontré con un viejo amigo, pero no me dijo nada de este lugar... ¿Dónde está ese límite?

—Eso tendremos que descubrirlo juntos, mi amor —aclaró Lilian y le tendió la mano.

Gare la agarró con decisión.

—Vamos allá, Lily.

5

Llevada por la necesidad

Triz tosió al despertar. El olor de Anwnn le seguía produciendo arcadas, era incluso peor de como lo había soñado. Y no solo el olor, todo el lugar era más tétrico y espeluznante que en sus sueños.

«Al menos, esta vez no estoy en ropa interior», pensó intentando bromear consigo misma para tranquilizarse. Al hacerlo, se acordó más de Gare y su peculiar forma de afrontar los miedos y sintió cómo una aguja se le clavaba en el pecho.

Sin perder tiempo —no quería estar mucho en aquel lugar y tenía que encontrarlo cuanto antes —, y aun a riesgo de precipitarse escaleras abajo —total, ya estaba en la antesala al mundo de los muertos y no iba a volver a morirse si se caía—, salió corriendo hasta llegar al corredizo iluminado que vio en sus sueños.

Lo cruzó sin mirar atrás, pero con los ojos bien abiertos por si Gare seguía allí. Habían pasado unas cuantas horas desde su muerte, pero conocedora de lo miedoso que era, que hasta se había protegido tras ella cuando tuvieron que enfrentarse al canignis, aunque después se armara de valor para salvarla, tenía la esperanza de que aún estuviera juntando el coraje suficiente como para cruzarlo.

No tuvo suerte. Finalizado el pasillo, no pudo localizarlo y maldijo para sus adentros.

—¡Gare! ¿Estás aquí? ¡Gare! —gritó cuando entró en la sala al fondo, donde en sus sueños vio al hombre anciano cubierto con una túnica—. ¡Gare! ¡Por favor! Tienes que estar aquí... —murmuró a punto de echarse a llorar—. No he podido llegar tarde. ¡Joder, con lo que te costó decidirte a decirme que me querías y ahora te decides tan rápido a cruzar Anwnn!

Toda la entereza que había mostrado hasta ese momento la perdió de golpe. Nunca, ni en sus sueños, había ido más allá. No tenía ni idea de lo que se encontraba al otro lado y de si iba a ser capaz de cruzar a Marbhreilig y sacarlo de allí. Se había planteado que iba a tener que morir si quería

cruzar, pero había puesto todas sus esperanzas en encontrarlo en Anwnn. «¿Y si no soy capaz de volver con él? ¿Cómo reaccionará Nara cuando vea que mis constantes vitales se detienen? ¿Y si no puedo volver a ver a mis hijas?».

—¡Tenías que estar aquí, Gare! —gritó, llevada por la desesperación, incapaz de responder sus preguntas.

—¿Triz? —Una voz, como un lamento, sonó entre las paredes—. ¿Eres tú?

—¿Gare? —La esperanza hizo que Triz dejara de lamentarse y que las lágrimas que surcaban sus mejillas se detuvieran—. ¡Gare! —gritó al verlo salir tras una de las piedras. Estaba sucio del moho negro que destilaban las escaleras, maltrecho y malherido como lo había dejado sobre la cama, pero era él—. ¡He llegado a tiempo! ¡Estás aquí! —exclamó mientras corría a abrazarlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Estamos en Anwnn, la antesala del mundo de los muertos.

—¿Estamos fiambres? —preguntó Gare. Triz lo vio desorientado. Era normal. Ya le había pasado con aquellos muertos de su hospital que quedaban atrapados en aquel lugar por no aceptar su defunción y a los que ayudaba a cruzar.

—Algo así, pero no te preocupes, yo sé cómo sacarnos de aquí —aseguró Triz antes de darle un beso en el que volcó toda la alegría que le daba haberlo encontrado, aunque fuera en aquel estado. Ya volvería a ser el Gare de siempre cuando le sacara de allí.

—Vaya, sí que te alegras de volver a verme —musitó Gare.

—Claro que me alegro, tonto. No sabes lo mal que lo pasé cuando vi lo que te hacía la bruja pelirroja. —Triz volvió a besarle—. La envié aquí…, ¿la has visto?

—No. No la he visto... Yo también me alegro de verte —repuso Gare. Y sin rodeos abrazó a Triz, la elevó en el aire, y volvió a besarla. En esta ocasión, con un beso profundo, pasional, tan intenso que, por un segundo, ambos se quedaron sin aliento—. ¿Y cuándo y cómo salimos de aquí?

—Tuve un sueño la última noche que dormí con Óscar. Uno en el que me encontraba en este mismo lugar. Un anciano cubierto con una capucha negra me dijo que, para salir de aquí, eran necesarias dos cosas: las semillas del árbol que llora y la sangre del Dios que no muere. ¡Conseguí las semillas de las manzanas de Orgades! ¿Te acuerdas? Solo nos falta la sangre del Dios que no muere.

Tenemos que encontrar al anciano de la túnica. Estoy dispuesta a arrancársela con mis uñas si hace falta.

—Yo sé dónde está el anciano —reveló Gare.

—¿En serio? —Se alegró Triz. Cuanto antes lo encontraran, antes podría regresar con sus hijas, ya con todos a salvo.

—Sí. Me lo encontré al llegar y lo seguí. Sé por dónde se ha ido y puedo encontrarlo.

—Entonces… vamos. No tenemos tiempo que perder. Cuanto antes lo localicemos, antes podré hacer que regresemos a casa. Mis hijas me están esperando. Y todavía tenemos que salvar los mundos.

—Vale, vale, pero tenemos tiempo para que me des otro beso, ¿no? Ya creía que no iba a volver a verte y te estaba echando tanto de menos...

—Está bien... pero solo uno, ¿eh? Que te conozco y luego te pones empalagoso. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. —Sonrió Triz.

Ambos volvieron a besarse. Gare hizo que el beso se alargara en el tiempo y deslizó sus manos por el cuerpo de Triz hasta que se perdieron por debajo de su ropa interior y empezó a acariciarle el culo.

—¿¡Qué haces!? —exclamó Triz, deteniendo el beso, al sentir sus manos magreándole las posaderas.

—Te he echado mucho de menos y ya pensaba que no iba a volver a verte. Sabes que te deseo y no quiero perder la oportunidad de sentirte…

—Gare, este no es ni el momento ni el lugar. Debemos salir de aquí cuanto antes —recriminó Triz y apartó, con brusquedad, las manos de Gare.

—Pensé que tú también me deseabas...

—Venga, vamos. No podemos perder el tiempo con esto ahora. ¿Por dónde hay que ir? —preguntó Triz tras apartar de un pequeño empujón el segundo intento de Gare por volver a meterle mano.

—Es por allí. Al final del corredor, por detrás de las escaleras mohosas —explicó él, torciendo el

gesto, y señaló al otro lado del apestoso y mal iluminado pasillo.

Triz salió casi a la carrera. Gare fue tras ella. En su rostro se dibujó una sonrisa siniestra y maliciosa.

«Si llego a saber que es tan fácil engañarte, lo hubiera hecho antes. ¡Serás estúpida! Siempre me salgo con la mía, aunque sea en este asqueroso lugar. Solo falta que me saques de aquí y poder recuperar mi vida, aunque sea en el cuerpo de este inútil para todo».

Cristian había usado la sangre coagulada que le había sustraído a Gare de su herida en la cabeza para invocar un hechizo de envoltura. Seguro de que Triz no iba a quedarse de brazos cruzados y de que iba a ir a buscarle, aunque fuera a aquel infierno, decidió esperarla con la apariencia de su examigo para poder engañarla.

La sombra le había prometido cumplir todas sus promesas y, para ello, le había ordenado esperar a Triz pacientemente hasta que llegara a Anwnn. Tras volver a verla, ella misma le había dado el beso que en dos ocasiones anteriores le había negado. No entendía cómo estaba dispuesta a besar a alguien con aquella apariencia y se había negado a besarle a él en sus mejores tiempos, pero ya tenía lo que tanto había buscado: el motivo de su mala suerte había sido subsanado.

«Tú también me deseas. Te lo he notado, aunque te hagas la estrecha y, en cuanto salgamos de aquí, te enseñaré lo que es un hombre», pensó y rio por dentro, dos pasos por detrás de Triz.

Ahora, además, podría llevarse una recompensa extra e igual de deseada. La sombra le había dicho que Triz era una gran bruja, la primera gran bruja cuya magia no era completamente blanca, y ella había asegurado poder sacarle de allí. Si aquello era cierto, estaba dispuesto a volver a la vida con aquella patética apariencia, todo por salir de aquel inframundo y, ¿quién sabe?, igual podría hacer con Triz algo más que besarla antes de abandonarla tras su regreso. No habría mejor venganza para quien se atrevió a rechazarle que romperle el corazón con la apariencia del «amor de su vida».

—¿Es por aquí? —preguntó Triz al tiempo que señalaba una tenebrosa abertura bajo las escaleras.

—¡Sí! Por ahí se fue el anciano —remarcó Cristian, que torció el gesto al volver a oír su voz. «Tendré que acostumbrarme a sonar como un idiota».

Triz se aventuró por la abertura, pero la absoluta oscuridad, como cuando entraron en la cueva de Otsa, la detuvo.

—¿No vas a darme la mano? —preguntó recordando cómo, en aquel mismo momento, Gare se la ofreció para caminar juntos por la negrura. Tenía que reconocer que le había hecho sentirse más segura. Gare siempre le hacía sentir mejor.

—¿La mano? —inquirió Cristian—. Aquí hace mucho calor. La tengo pegajosa —añadió. «Este cuerpo no deja de sudar. Qué asco».

—No me importa. Anda, dame la mano —pidió Triz, incapaz de avanzar—. Para ponerla en mi culo no es puesto tantas pegas.

Cristian le tendió la mano, mientras se reía por dentro, y tomó la delantera. A Triz le extrañó. Gare nunca había sido de los que se aventuran en lo desconocido.

—¿Desde cuándo te has vuelto valiente para ir tú por delante? —preguntó—. Hasta en la cueva de Ekabú ibas en medio, entre mi tía y yo.

—Eh... Ya he pasado por aquí antes —replicó Cristian tras pensar unos segundos. «Seré idiota. Gare es un inútil para todo, no puedo comportarme como lo haría yo. No al menos hasta que me hayan sacado de aquí».

Tras unos minutos caminando por aquel angosto pasillo, llegaron a otro corredor. La tenue luz volvió a iluminar el lugar.

—¡Oh, Dios! ¡Qué asco! —exclamó Triz, cuando sus ojos se acostumbraron a aquella penumbra, al ver los cuerpos putrefactos que colgaban de las columnas—. ¿Estás seguro de que el anciano vino por aquí?

—Sí. Lo vi entrar por aquella gran puerta de madera —respondió Cristian—. Procura no respirar por la boca. Los olores son aún peores cuando se te clavan en el paladar y los saboreas —añadió al recordar cómo había vomitado en una de sus últimas visitas, incapaz de contener el asco que aquel lugar le producía.

«Esta es la última vez que vengo aquí. Lo juro», pensó tapándose la nariz con la sangradura del codo. Al menos, el cambio de apariencia le había proporcionado unas ropas más limpias que su antigua túnica harapienta.

Los cuerpos putrefactos se lamentaron a su paso y los quejidos resonaron por entre las columnas poniéndoles los vellos de punta y haciendo que Triz dejara de caminar por un instante, incapaz de dar un paso más en aquel corredor, paralizada por el miedo.

—¿Están vivos? —consiguió preguntar antes de tener que taparse la boca para controlar una arcada.

—Tú mejor que nadie deberías de saber que en Anwnn nadie muere del todo.

—Es cruel. Demasiado hasta para este lugar —repuso Triz apesadumbrada.

—Quizás ellos también fueron demasiado crueles en sus vidas y por eso han terminado ahí —comentó Cristian, que recordó el temor que le produjo poder acabar en una de aquellas columnas inhabitadas todavía—. Tienes que salvar los mundos, ¿no? Igual eso incluye salvarles a ellos de esa agonía.

—Eso espero, pero aún no sé cómo hacerlo —murmuró Triz—. Vamos, acelera. Si seguimos más tiempo aquí, voy a terminar vomitando.

«Tú acabas de llegar y aún tendrás algo en el estómago que vomitar. No te haces a la idea de lo asqueroso que es hacerlo con parte del alma».

Llegaron hasta la puerta de madera con Triz agarrada a su cintura para no caerse por los mareos que le producían los olores.

—¿Y ahora? ¿Cómo vamos a cruzar las puertas? —interrogó preocupada.

—Suelen abrirse solas. Como la de los supermercados cuando alguien se acerca.

—¿Suelen? ¿Cuántas veces has estado aquí, Gare?

«Seré imbécil. Tengo que dejar de meter la pata».

El ruido estridente de las puertas al abrirse evitó que tuviera que dar una respuesta. Temerosos, cruzaron. En esta ocasión, Cristian también tenía miedo y fue Triz quien atravesó primera el umbral.

—¡Bienvenida! —exclamó una voz que le resultó familiar.

—¿Estás ahí? ¡Déjate ver! —gritó Triz—. Sabes por qué he venido, y lo necesito ya.

—Por supuesto que sé por qué has venido. Llevo mucho tiempo esperándote. —El anciano de sus sueños apareció en medio de la estancia como por arte de magia.

Triz no se lo pensó dos veces. Sin dejarle reaccionar y antes de que pudiera desaparecer, le lanzó uno de sus conjuros. Necesitaba la sangre del Dios que no muere y no tenía tiempo que perder.

—Mierda —musitó al ver lo infructuoso de su ataque. Ni siquiera llegó a acercarse al objetivo.

—Vas a tener que mejorar mucho tus condiciones si, de verdad, quieres salvar los mundos —repuso el anciano sin inmutarse.

—Por los mundos ya me preocuparé cuando llegue el momento. Ahora solo quiero la sangre del Dios que no muere para poder regresar con Gare a casa. Y voy a conseguirla, aunque para ello tenga que extraértela a mordiscos —replicó Triz antes de salir a la carrera contra el cuerpo del anciano.

Su apariencia era tan demacrada como la que vio en sus sueños. Estaba segura de poder tumbarlo, aunque fuera a golpes. El anciano solo tuvo que levantar su mano en el aire para que Triz se quedara petrificada.

—¡Gare! Haz algo. ¡Ayúdame! —suplicó al ver que no podía moverse—. Tienes que conseguir su sangre. ¡La necesitamos para salir de aquí!

Pero Cristian, en la piel de Gare, no se movió de donde estaba. Aquel anciano le asustaba porque sabía de qué era capaz. No en vano, fue quien le regresó a la vida y quien le había engañado con sus medias verdades.

—Tengo dos malas noticias para ti, querida —inició a hablar el anciano—. Yo no soy el dios que buscas y quien viene contigo no es Gare.

6

Tengo que aprender

Alana recibió al anaranjado amanecer desde la ventana. La marcha de su madre y lo que esta le contó la tuvo el resto de la noche sin dormir. La había pasado mirando la calle, esperando un pronto regreso que sabía que no se iba a producir, pero que deseaba con todas sus fuerzas. No se había separado de la ventana, asegurándose cada poco tiempo de que su hermana seguía dormida y con Atzu dormitando en su regazo.

—¿Ya es hora de ir al cole? —le preguntó Maya cuando la incipiente luz que entraba por la ventana la despertó.

—No. Todavía no. Puedes dormir un poco más —respondió Alana. Su hermana fue tan rápida que antes de terminar la frase ya tenía los ojos cerrados.

Estaba preocupada. No sabía cómo se iba a tomar Maya tener que estar unos días más en aquella casa. La pequeña no puso pegas para pasar allí un par de noches desde la marcha de su padre y hasta el regreso de su madre, pero apenas había tenido tiempo de alegrarse por su regreso cuando Triz tuvo que irse de nuevo. Y ahora, además, tenía que explicarle cómo había sido capaz de sacar a las dos por una ventana de la primera planta y pedirle que no se lo contara a nadie. Se preguntaba qué iba a ser de ellas dos, ahora que su padre se había marchado si no regresaba pronto su madre. ¿Tendrían que acostumbrarse a vivir con Nara y su familia?

Una hora más tarde tuvo que despertar a Maya que, aunque se hizo la remolona, no puso muchas pegas. Aun desconocedora de la situación, a la pequeña se la notaba inquieta. Saludaron a la familia de Nara, que seguía sin regresar, cuando estaban tomando el desayuno en la cocina y, sin querer molestar en exceso, se fueron a la parada de autobús. Este no tardó en pasar a recogerlas.

El día en el colegio se le hizo largo. Ni siquiera disfrutó mucho de las horas en el parque, finalizadas las clases. Aunque los rayos del sol seguían haciéndole sentir mejor, sus pensamientos estaban en otra parte. Tenía que ir a su casa y coger los libros de magia de su madre. Tenía que

seguir estudiándolos, aprendiendo de ellos y practicando sus hechizos si quería estar preparada para ayudar la siguiente vez. Quería entrenar hasta convertirse en la mejor bruja del mundo para que su madre no pudiera negarse a que la acompañara en la siguiente ocasión. Se lo había prometido.

El marido de Nara había quedado en pasar a buscarlas por el parque cuando recogiera también a sus dos hijos. A Maya se la veía feliz, sin preocupaciones, jugando en los columpios. Al menos, así fue hasta que pasaron a recogerlas.

—¿Cuándo viene mami?

—Mami está trabajando en el hospital —mintió Alana.

—¿Y no podemos irnos a casa? Tengo mis libros de colorear allí. No me dio tiempo a cogerlos antes de salir por la ventana.

—¡Calla! —pidió Alana—. No podemos hablar de eso. ¿Entendido? No se lo puedes decir a nadie. ¿Me lo prometes?

—Vale —respondió Maya—, pero me tienes que traer los cuadernos de colorear. —Sonrió maliciosa la pequeña.

—Está bien. Cuando vayamos a casa de Nara intentaré escaparme sin que me vean, iré a nuestra casa y te traeré los cuadernos de colorear, pero tienes que portarte bien —repuso Alana. Su hermana aceptó.

Se sorprendió al ver que Nara seguía sin estar en casa. No la había visto desde que su madre se despidió de ella, pero creyó que eso le podía favorecer para escaparse.

Atzu la recibió alegre, saltando sobre su pata trasera, cuando entraron en la habitación. En cuanto el marido de Nara les dio la merienda, se excusó diciendo que tenía que hacer los deberes y le pidió que vigilara a su hermana mientras tanto.

—No te preocupes. Tu hermana es un ángel comparada con mis dos diablos. Ya me gustaría a mí que estos dos se dieran tanta prisa en querer ir a su cuarto a hacer los deberes. ¡Míralos! —Señaló a sus dos hijos que andaban peleándose por un trozo comida—. Estoy seguro de que Maya no dará ninguna guerra mientras haces tu tarea. Yo me encargo —le dijo, comprensivo.

Ya a solas en la habitación, le dijo a Atzu que la esperara. El chafya la miró con ojos tristes. Alana suspiró.

—Está bien, puedes venir en la mochila, pero te tienes que estar quieto.

A Atzu se le iluminaron sus cuatro ojos, los chafyas no estaban acostumbrados a pasar tanto tiempo encerrados en un mismo sitio y se moría de ganas por salir. Lo metió en el bolsillo externo de su mochila, cogió las llaves de su casa, abrió la ventana y, usando su magia, escapó por ella y cruzó a la carrera por la parte trasera.

Su vivienda no estaba muy lejos y no iba a tardar mucho en llegar. Entraría, bajaría al sótano, cogería los libros de su madre y alguno de los frascos para hechizos y los cuadernos de colorear de su hermana del cuarto y volvería sin que nadie se hubiera dado cuenta de su ausencia.

Abrió la puerta y bajó corriendo al sótano. Allí, sobre la mesa, estaban los cuadernos de magia que le había dado su madre antes de tener que irse la primera vez. Los metió en una bolsa y añadió algunas plantas, como verbena o muérdago, para sus pociones. Atzu aprovechó para salirse de la mochila. No tenía tiempo de recriminarle. Se limitó a salir corriendo al piso de arriba para coger los cuadernos de dibujo que le había prometido a su hermana.

Entró en la habitación, cogió los cuadernos y se dispuso a salir por la ventana cuando se dio cuenta de que Atzu no estaba en la habitación.

—Maldita sea... —protestó mientras lo buscaba—. ¡Atzu! ¿Dónde estás? —lo llamó, pero el chafya no se dignaba a aparecer. Escuchó un ruido en el piso de abajo y se asustó—. ¿Atzu? —El ruido había sido demasiado fuerte como para provocarlo el chafya al pisar, al menos con el pequeño tamaño que tenía al meterlo en la mochila.

El recuerdo de la presencia de la bruja pelirroja en la casa le erizó los pelos de la nuca. Se tranquilizó al recordar las palabras de su madre asegurándole que había conseguido derrotarla. No había vuelto a tener pesadillas con ningún ser extraño y su madre le había dicho que le anunciarían las nuevas desagradables visitas, pero la ausencia del chafya le hacía sentirse insegura.

Asomó la cabeza por la puerta con cierto temor, deseando no encontrarse con ningún peligro. Una voz en el piso de abajo la sobresaltó.

—¿Quién anda ahí? ¡Te juro que como te encuentre voy a hacerte picadillo!

Alana se tranquilizó al reconocer la voz. Era Nara la que gritaba, tan asustada como estaba ella, unos segundos antes.

—¡Nara! Soy yo —dijo asomada a la barandilla de las escaleras.

—¡Alana! ¿Qué haces aquí? Deberías estar en mi casa. Este no es sitio ahora para una niña como tú.

—Soy una bruja, no una niña. Vine a buscar los cuadernos de dibujo de mi hermana —replicó Alana sin mencionar los libros de magia del sótano—. ¿Qué haces en nuestra casa? ¿Por qué no viniste a dormir ayer con tu familia?

Nara se quedó unos segundos en silencio. No sabía si contarle algo o no, pero sabía que Alana estaba al tanto de los poderes de su madre. Al fin y al cabo, era la heredera de estos. Y tenía razón, pese a sus trece años recién cumplidos, ya no era una niña, ya tenía sus poderes.

—Ven... tengo que enseñarte algo —pidió.

Atzu apareció en las escaleras. Alana lo recogió en su regazo y siguió a Nara hasta la habitación de sus padres. Al entrar por la puerta, casi se le cae el chafya de las manos y ahogó un grito al ver el cuerpo herido de Gare y el de su madre tumbada a su lado.

—¿Están dormidos? —preguntó con la esperanza de que no fuera algo peor.

—No exactamente.

Nara le explicó qué había pasado durante la pelea con la bruja pelirroja y por qué su madre había tenido que marcharse, que, aunque viera allí su cuerpo, en realidad estaba en otra parte, en Anwnn, la entrada al mundo los muertos. Le dijo que no se preocupara cuando vio la cara que ponía, que ella estaba bien y que solo tenía que vigilarla, pero que Gare no había tenido tanta suerte y que su madre había ido a traerle de vuelta.

—¿Y cuánto va a tardar?

—No lo sé, pero estate tranquila. No pienso separarme de su lado hasta que lo haga, por eso ayer me quedé aquí a descansar —contestó Nara mientras acariciaba el pelo de la niña. En realidad, se había pasado toda la noche en vela, atenta a cualquier cambio en las constantes vitales de su amiga y alertada cada vez que uno de los medidores cambiaba o le daba por pitar—. Y ahora vete a mi casa antes del toque de queda. Te prometo que estará bien.

Con la mochila llena y Atzu entre sus brazos, Alana regresó a casa de Nara por los patios traseros para evitar que la gente la viera.

Llegada la noche, agotada tras una noche entera sin dormir y las emociones del día, no puso

objeciones para irse a la cama. En cuanto su hermana pequeña se quedó dormida, cerró los ojos.

Cayó rendida con Atzu a sus pies, a pesar de las preocupaciones y de la imagen de su madre pálida y dormida sobre la cama. Estaba segura de que el chafya la protegería durante la noche si era necesario y cayó en un sueño profundo. Solo el agudo sonido de una queja que se colaba por la ventana consiguió despertarla unas horas más tarde.

Somnolienta, abrió los ojos y miró hacia el lugar desde el que procedía el molesto ruido. Dos pequeños ojos de color rojo sangre la sobresaltaron. Asustada, pero queriendo evitar que aquel perturbador sonido terminara por despertar también a su hermana pequeña, se armó de valor y se acercó a la ventana.

La luz tenue que iluminaba las noches, provocada por la intensidad de los rayos del sol desde la tormenta, le permitió distinguir la silueta negruzca de un cuervo apoyado en el alféizar que graznaba con insistencia y picoteaba el cristal.

—¡Largo! —exclamó en un susurro intentando no despertar a Maya—. ¡Fuera! —añadió gesticulando para intentar asustar a la molesta ave.

Pero el cuervo no cejó en su empeño de graznar y picotear el cristal. Alana no tuvo más remedio que armarse de valor. Cogió uno de los cuadernos de dibujo de su hermana y, enrollándolo en su mano, abrió la ventana y amenazó al cuervo.

—¡Fuera! ¡Fuera! —musitó mientras daba golpes al cuervo que alzó el vuelo ligeramente.

Pero no se marchó. Se quedó volando frente a la ventana, mirando con fijeza a Alana como si estuviera desafiándola. Sus ojos rojos brillaron con mayor intensidad en la noche. La chica se asustó al comprobar que, a cada segundo que el ave la miraba, sus ojos se hacían más grandes. Todo el cuervo se hacía más grande, llegando a alcanzar el tamaño de un águila harpía.

«Ac, ac». Su graznido sonaba con más fuerza. «Ac, ac», repetía una y otra vez incansable.

—¡Fuera, vete! Déjame en paz —replicó Alana amenazante, aunque asustada.

«Ac, ac», insistía el cuervo que continuaba aumentando de tamaño. «Ac, lac, nac».

Alana dio un salto hacia atrás. Tenía que haber escuchado mal. Era imposible que aquel cuervo hubiera dicho su nombre.

«Ac, lac, nac. Ac, lac, nac», repitió él para que no le quedara ninguna duda.

—¿Qué eres? ¿Qué quieres? —interrogó Alana más asustada, pero al mismo tiempo más decidida. Aquello tenía que ser parte de sus sueños o de sus poderes como bruja, y su madre le había pedido que estuviera alerta y les prestara atención, porque siempre tenían algo que enseñarle.

«Ac, lac, nac. Ac, yuc, dac».

—¿Ayuda? ¿Vienes a ayudarme o necesitas mi ayuda? ¡No te entiendo! —exclamó Alana asomada a la ventana.

La luz de un nuevo día empezó a emerger en el horizonte. Los primeros rayos del sol iluminaron su plumaje provocando reflejos iridiscentes de tonos púrpura a su alrededor.

«Ac, yuc, dac». «Ac, lac, nac; ac, yuc, dac», graznó el enorme cuervo cuando los reflejos ya lo rodeaban por completo y parecían irradiar de su plumaje.

Varias plumas se desprendieron del ala izquierda y dos de ellas entraron por la ventana del cuarto antes de que los reflejos púrpuras le convirtieran en una gran bola de tonos violáceos.

La bola fue tornándose de color gris, un gris cada vez más claro, hasta que Alana creyó tener la luna al alcance de la mano. En ese momento, un rayo de sol cruzó el firmamento desde el horizonte y atravesó la bola gris. En lugar de iluminarla, esta se volvió completamente negra y, de pronto, desapareció, como si el rayo de luz hubiera fulminado la luna y al cuervo.

—¡Ey! ¿Dónde has ido? —preguntó Alana al verlo desaparecer—. ¡Vuelve! No he entendido el mensaje. ¿Qué me querías decir? ¡Vuelve! —pidió en un intento de no fallar a su madre y poder anotar el sueño en su libro de las sombras.

Viendo que el cuervo no regresaba y sin entender nada de lo que acababa de ocurrir, cerró la ventana, recogió las plumas, que habían recuperado su tonalidad negra brillante, del suelo y las guardó junto a los libros de magia de su mochila. Iba a volver a la cama para apurar los últimos minutos de descanso cuando volvió a escuchar los golpes en el cristal.

Regresó dispuesta a enfrentarse de nuevo al cuervo para que le respondiera sus preguntas, pero allí no había ningún ave. El golpe de otra pequeña piedrecita contra el cristal la sobresaltó y la hizo mirar al jardín.

Dio un salto hacia dentro de la casa. ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué estaba tirando piedrecitas contra la ventana de la casa de Nara? ¿Sabría que ella estaba allí?, ¿o estaría intentando hablar con alguno de

los hijos de la amiga de su madre? Lo que tenía claro era que no iba a dejar que Joel, el chico más guapo del colegio, la viera con aquel pijama tan infantil que llevaba.

Corrió al armario y buscó su camiseta más bonita y se la puso con rapidez.

—¿Joel? ¿Qué haces aquí? —inquirió nerviosa e ilusionada a la vez.

—¡Alana! ¿Te apetece que vayamos juntos al cumpleaños de Almudena?

—Eh... —La pregunta la descolocó por completo—. ¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó para ganar tiempo.

—Te vi cruzando el patio trasero ayer.

—¿Me viste? —Alana se asustó. Tras recoger los libros de magia de su casa y los cuadernos de dibujo de su hermana había regresado a casa de Nara por los patios traseros y había usado la magia para volver a la habitación y así no dar explicaciones en la casa. Si Joel la vio, también la habría visto desaparecer de pronto. Había hecho lo primero que su madre le pidió que no hiciera: ser descuidada con el uso de su magia.

—Sí, te vi. Estaba en la ventana de mi cuarto cuando...

Un chasquido metálico resonó en el horizonte haciendo que Joel y Alana tuvieran que taparse los oídos con las manos. Maya, que hasta ese instante había permanecido dormida, también se despertó y empezó a gritar.

Un rayo de color verde lima cruzó sobre sus cabezas. Lo hizo a un ritmo pausado, anormalmente lento, aunque a Alana ya le pareció extraño que hubiera rayos verdes en un firmamento sin nubes. El rayo sobrevoló por encima de ellos y los cegó por un instante. Se esforzó por abrir los ojos, porque antes de tener que cerrarlos se dio cuenta de que el rayo se dirigía hacia su casa. Cuando pudo abrirlos no controló su grito.

Su casa, donde estaban su madre, Gare y Nara, ardía en llamas verde esmeralda y solo los cimientos se mantenían en pie.

—Alana, ¿ya hay que ir al colegio? —preguntó Maya desde la cama.

—¿Al colegio? ¿No has visto el rayo verde? —preguntó Alana, tras mirar a su hermana.

—Los rayos no son verdes —respondió la pequeña y la miró extrañada.

Alana dudó entre ocultarle lo que había pasado o decirle la verdad. En medio de la duda, volvió a mirar por la ventana. Se quedó muda.

Bajo su ventana no estaba Joel, no había ningún rastro del rayo en el cielo y, lo que más le alivió en ese momento, su casa seguía intacta.

Supuso que todo había sido uno de sus sueños cuando se dio cuenta de que seguía vestida con el pijama. Se habría levantado en medio de la pesadilla hasta la ventana y todo lo demás, el cuervo, Joel lanzando piedras a su ventana y el rayo, lo habría soñado.

Se quedó tranquila y acompañó a su hermana a desayunar. Ya tendría tiempo después de las clases de interpretarlo, como le había pedido su madre, y de ir a su casa a contárselo a Nara. También podría preguntar en clase a Joel si la había visto la tarde anterior por su ventana. Quizás el sueño era un aviso de las consecuencias que podría tener que alguien descubriera su magia.

Terminado el desayuno, cogió la mochila con sus libros del colegio donde había metido los libros de las sombras de su madre y se marchó a clase. Fue al sacar uno de los libros, ya en el colegio, cuando volvió a preocuparse. Allí, entre las páginas, estaban las dos plumas negras que perdió el cuervo cuando los rayos del sol le hicieron desvanecerse.

ל

¿Siempre he estado equivocada?

Seguía sin poder moverse, ni siquiera podía pensar con claridad. No tenía ni idea de qué había querido decir aquel anciano con que él no era el dios que buscaba y qué significaba aquello de que quien la acompañaba no era Gare. Tenían que serlo, tenía que ser el dios que nunca muere y tenía que ser Gare para poder sacarlo de allí cuanto antes. ¿Quién iba a ser si no?

—¡Claro que es Gare! —gritó—. ¿Quién va a saberlo mejor? ¿Tú, que acabas de conocerlo, o yo, que lo conozco de toda la vida? —La rabia que sentía era lo único que podía arrojar a aquel anciano que mantenía la mano alzada y que la había paralizado en su carrera. Ni siquiera razonaba con claridad.

—Te ciega tu deseo, Triz. Las ganas de recuperarle, de salir de aquí, de volver a una vida juntos ahora que podíais, pero es solo eso: ceguera. Si dejas de pensar con la cabeza y lo haces con el corazón, enseguida descubrirás el engaño —respondió con serenidad el anciano que aparentaba ser mucho más amable que en su anterior encuentro. ¿O en realidad el anciano había sido igual de amable la primera vez y solo su situación, casi desnuda, y su desesperanza por un nuevo sueño incomprendido le habían dado una imagen más macabra?

Triz se quedó en silencio. Había actos de Gare que no le cuadraban y que había atribuido a la situación: que tomara la delantera en la cueva, su forma de hablarle, esa forma de propasarse mientras la besaba...

—¡No le hagas caso, Triz! Me conoces mejor que nadie —habló Cristian con la ira quemándole el pecho. Aquel anciano seguía interponiéndose en sus planes—. Sabes que soy yo. Solo quiere separarnos. Es lo que hace siempre: manipula, engaña, tergiversa tus palabras para salirse siempre con la suya. ¡No le hagas caso!

Cristian, a pesar de que aquel hombre al que solo conocía por su voz y era la primera vez que se mostraba ante él le infundía un temor atroz, arremetió contra él. Si Triz acababa descubriendo, por su culpa, quién era en realidad, jamás le ayudaría a salir de allí. Nunca podría volver a tener una vida

y estaría condenado a cruzar a su Marbhreilig o a permanecer en Anwnn por toda la eternidad. Solo silenciando al anciano podría intentar engañar a Triz.

La desesperación le hizo calcular mal sus opciones. Creyó tener alguna al pillarle por sorpresa, pero no contó con que toda su magia, todo su poder, eran fruto del acuerdo alcanzado en el momento que le rescató de los escombros durante la guerra. En ningún momento tuvo ninguna opción.

El anciano usó su otra mano para detenerle y con un simple movimiento de sus dedos pulgar e índice le partió las piernas por la mitad. El grito de Cristian retumbó por toda la estancia y solo fue silenciado por el eco de los lamentos de los cuerpos putrefactos de las columnas de la galería.

—¡Qué haces! ¡Deja a Gare en paz! —gritó Triz y luchó desesperada contra la fuerza invisible que la mantenía retenida. No consiguió mover un músculo, y eso le provocó una desazón que le ardía en el pecho.

—¡Que no es Gare, bruja estúpida! —recriminó el anciano—. Y pensar que tú podrías ser la elegida... Gare ya cruzó a su Marbhreilig. Este idiota lleno de ego es tu «amigo» Cristian, al que mandaste aquí, tras vuestra batalla en el bosque de Otsa.

—No, no puede ser Cristian. Le mandé a Anwnn hace demasiado tiempo —replicó Triz, incapaz de aceptar que había llegado tarde. Si era cierto que Gare había cruzado a Marbhreilig, sería mucho más difícil encontrarlo.

—Este despojo lleva aquí esperando desde entonces. Había una parte de la promesa que le hice que no se había cumplido aún. Y yo soy un brujo de palabra —replicó el anciano al tiempo que liberaba ligeramente la presión sobre Triz. Eso le permitió recuperar la movilidad.

—¿Qué promesa? No entiendo nada.

—Cuando le rescate moribundo de entre los escombros de un edificio durante la Tercera Guerra le pedí que te observara. Yo no podía abandonar este mundo, pero él, en su condición de medio muerto, podía hacerlo. Necesitaba saber cuándo tu magia se manifestaría en plenitud, cuándo descubrirías el grimorio de Astrid... A cambio, me hizo dos peticiones: recuperar su anterior apariencia y librarse de la mácula de tu rechazo. Es tan egocéntrico que piensa que aquella primera negativa por tu parte fue la que marcó su mala suerte desde entonces. Iluso de él, quería iniciar una nueva vida sin mancha en su expediente de éxitos. Acepté a cambio de su leal servicio.

—Pero yo jamás le besaría...

—¡No le hagas caso, amor! Siempre actúa de la misma forma —exclamó Cristian.

—¿Amor? Gare nunca me ha llamado así... ¡Oh, Dios! ¿Cómo sabes cómo se comporta el anciano si acabas de llegar? —inquirió Triz.

—¡Lo has hecho! —rio este desde el suelo pese al dolor que sentía, al darse cuenta de que ya no había marcha atrás—. Y no he tenido ni que robártelo. Me has besado tú, encantada de la vida, dejando que mi lengua se introdujera en tu garganta mientras te metía mano —se jactó desde el suelo—. ¡Me he salido con la mía! Aunque para ello me haya tenido que «disfrazar» con este cuerpo sudoroso. Hay que ver el mal gusto que tienes.

—¡Qué has hecho con Gare, maldito cabrón! —gritó encolerizada Triz, y sintió cómo se le revolvía el estómago al recordar las manos de Cristian por debajo de su ropa y el roce de su lengua.

—¿Yo? Yo no he sido quien ha hecho que termine en Marbhreilig por ser una bruja incompetente. Al inútil para todo no lo he matado yo ni ha muerto por mi culpa. ¡Has sido tú quien ha hecho que termine aquí!

—Pero lo encontraré... —musitó Triz, a quien aquellas palabras, pronunciadas con la voz de Gare, en el cuerpo de Gare, le dolieron más que cien puñales clavados en el pecho.

—¡Eres igual de inútil que él! —se mofó Cristian—. Y pensar que me obsesioné porque me hubieras rechazado el día de mi cumpleaños. ¡Si hasta tienes el culo blando como el cerebro!

—Yo que tú no me reiría tanto —recriminó el anciano e hizo que Cristian cortara su risa en seco —. Ahora mi promesa ya ha sido cumplida. Doy por finalizado nuestro acuerdo.

—Muy bien, ya no mandas sobre mí. Soy libre y no tengo ninguna mancha en mi expediente. Nadie me ha rechazado nunca. Nunca. Cruzaré a mi Marbhreilig y me adaptaré a él. Sabré cómo enfrentarme a mi destino, ahora que lo inicio limpio de supersticiones. Y tú, Triz, acéptame un consejo por aquellos tiempos en los que éramos amigos e incluso me mirabas con ojitos: no hagas ningún trato con él. Siempre manipulará tus deseos para acabar dándoles la vuelta y arruinándote aún más la vida. Por muy mal que creas estar, cualquier oferta que te haga, por muy tentadora que parezca, te hará terminar peor. Hazme caso.

—Desde aquella fiesta de cumpleaños en tu casa jamás me he fiado de ti.

—Tú misma —replicó con gesto hastiado Cristian—. Muy bien, anciano. Acepto que estoy

muerto y mi destino —comentó, esperando que al hacerlo las puertas de su Marbhreilig se abrieran.

Nada se movió. El anciano sonrió maliciosamente. Cristian miró hacia las paredes con un gesto de sorpresa. Tenían que abrirse, mostrarle su Marbhreilig; había visto el de Gare y aquel sitio no parecía tan desagradable. Se conformaba con uno que oliera como aquel.

—He dicho que acepto que estoy muerto —gritó sin dejar de mirar a la pared con la esperanza de que las puertas le escucharan y empezaran a abrirse.

—Creo que te alegrarás de su destino —comentó el anciano mirando a Triz.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no se abren las puertas? —Cristian se revolvió en el suelo—. ¡No! No es justo. No me pueden hacer esto. ¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Viejo decrépito de mierda!

—No soy yo quien decide el destino de la gente. Este viene marcado por sus actos durante su existencia. Te lo has ganado tú solo con tu egoísta comportamiento, con tu complejo narcisista. Ya estabas condenado la primera vez que te salvé de los escombros. Tu eternidad ya estaba fijada y, en tu segunda oportunidad, tampoco has hecho nada por cambiarla. Al contrario, has vuelto a demostrar tu egoísmo y te has aprovechado del engaño para lograr tus metas. Siempre te has creído un monumento, una obra de arte que merecía ser observada. Siempre pensando en tu beneficio. Pues bien, el destino te ha reservado el único lugar que vas a poder obtener en propiedad. —La sonrisa irónica del anciano heló la poca sangre que quedaba en el cuerpo de Cristian.

—¡No! ¡Las columnas de la entrada no! ¡Por favor! ¡Haré lo que sea, lo que sea! ¡Lo juro! —gritó —. Perdóname, Triz. Lo siento. Te juro que no quería engañarte de este modo. No le he hecho nada a Gare, solo le cogí un poco de sangre coagulada antes de que cruzara las puertas. Te lo juro, volveré a ser como el chico que te gustaba cuando eras una cría. Por favor, perdóname.

—Ya no puedes hacer nada, idiota. Da igual que ella te perdone. Has aceptado tu destino.

El hechizo de envoltura comenzó a desvanecerse y Cristian empezó a recuperar su verdadero aspecto. Triz sintió cómo una arcada volvía a subirle por la garganta al volver a ver al Cristian que dejó moribundo bajo los escombros, en un intento por deshacerse del recuerdo de haberle besado varias veces se frotó la boca con el brazo. Se sentía sucia y asqueada.

—¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Clemencia! —lloriqueó Cristian—. Triz, por favor, haz algo. ¡Fuimos amigos! —suplicó.

—¿No soy una bruja inútil? ¡Apáñatelas tú solo!

Triz no aguantó más las náuseas cuando un grupo de harapientos esqueletos, con trozos sangrientos de carne colgando, entraron por la puerta y caminaron, haciendo repiquetear sus pasos por el suelo como lúgubres castañuelas de hueso, hacia el cuerpo de Cristian, al que arrastraron sin que el pobre infeliz pudiera siquiera revolverse hasta que el anciano le liberó descendiendo su brazo. Intentó zafarse, en vano, de sus captores, que le jalaron de pies y brazos hasta llevarlo a una de las columnas libres de la galería. Triz no quiso ni mirar. Los alaridos de rabia de Cristian resonaron en la estancia hasta que las puertas de madera volvieron a cerrarse.

—Muy bien, querida. Tú y yo tenemos que hablar —dijo el anciano.

—No tengo nada que hablar contigo. Solo quiero encontrar a Gare y salir de aquí cuanto antes. Tengo que volver a casa con mis hijas y encontrar la manera de salvar los mundos del apocalipsis que anuncian mis pesadillas. Me dijiste en mis sueños que podía liberarlo. Por eso estoy aquí. Dime cómo puedo encontrar a Gare y al Dios que no muere y me iré de inmediato.

—No es tan fácil. Si quieres salvar los mundos hay algo que tienes que saber antes.

—¿El qué? ¿Algún otro estúpido acertijo complicado que no entienda y que no me lleve a ninguna parte? ¿Algún otro artículo mágico «imprescindible» que resulte ser un fiasco y que no aporte solución alguna como el libro de las sombras de Astrid? —interrogó Triz hastiada, gesticulando con los brazos ahora que había recuperado del todo la movilidad.

—Astrid... qué ganas tengo de volver a ver a esa traidora.

—¿Traidora? ¡Ni se te ocurra hablar así de la primera gran bruja! ¡Yo soy su heredera! ¡Soy la siguiente en soñar con los Dioses! —vociferó y dio la espalda al anciano.

—Ese es el problema, Triz. Que tú eres su heredera y que las brujas de sangre solo conocéis su parte de la historia. Y, cuando solo se conoce una parte, se corre el riesgo de defender al opresor y condenar al oprimido. Por eso necesitaba conocer tus pasos.

—¿¡De qué diablos me hablas!? Déjate de comparaciones, de símiles, de rodeos. No tengo tiempo que perder. Tengo que ir al Marbhreilig de Gare y rescatarle —espetó Triz tras encarar, de nuevo, al anciano.

—Muy bien. Un último símil que te será fácil comprender. Astrid es la bruja mala del cuento.

Triz recibió aquella frase como un golpe en la boca del estómago. Todas sus creencias, su historia familiar, su herencia como bruja se basaban en la historia que le contó su tía Helen y que

había leído después en los libros de las sombras. En todos ellos, Astrid era la primera gran bruja, aquella por la que el resto habían creado Grawell para su salvación. La venerada por su sabiduría, belleza y por su compromiso con las demás. La única que fue capaz de poner de acuerdo a brujas de magia negra y magia blanca, conocedoras todas ellas de su poder.

—¡Eso es mentira! Intentas engañarme. ¡Pero si Astrid tenía una magia tan blanca que, hasta cuando los hombres quisieron quemarla viva, se negó a usarla para defenderse! Grawell se creó por y para ella. No puede ser la mala del cuento. ¿Quién eres para hablar así de ella? —increpó Triz a punto de perder la paciencia.

—Mi nombre es Galván y soy el último brujo de sangre.

—Al final voy a tener que dar la razón a Cristian... ¡Eres un mentiroso! ¡Los brujos de sangre no existen! Solo las brujas heredamos nuestro poder.

—¿Ves como solo conoces una parte de la historia? Debo reconocerle a Astrid el mérito de haber sabido ocultar el resto, pero no lo suficiente. Por lo que me han informado... ¿no te resultó extraño que el bosque dejara de atacarte de pronto cuando fuiste a recuperar su grimorio?

—Ahora que lo dices, a mí no, pero a Gare sí que le pareció que había algo raro. Pese a que estuve a punto de morir ahogada, dijo que no entendía por qué habían dejado de atacarnos y que nos había resultado muy fácil conseguirlo.

—Después, tu «amigo» Cristian quiso entrometerse donde no le habían llamado. Le pedí que te vigilara. Quise saber el verdadero alcance de tus poderes. Nunca dudé de su derrota. Por algo Astrid te eligió para dejarte ver sus sueños... Te resulto familiar, ¿verdad? ¿Aún no recuerdas dónde nos vimos antes?

Triz se quedó pensativa. Era cierto que aquel anciano le recordaba a alguien. Ya le había resultado familiar en su sueño. Había algo en su mirada, en aquellos ojos azules, que le resultaba reconocible, pero no rememoraba dónde la había visto. Incapaz de recordar, negó con la cabeza.

—Fue en tu último sueño con los Dioses. ¿Lo recuerdas?

—Sentía que me faltaba el aire porque todo estaba cubierto de una espesa niebla gris ceniza que hacía que, con cada bocanada de aire que intentaba llevar a mis pulmones, sintiera cientos de cuchillas rasgándome la garganta y clavándose en mis entrañas.

»El cielo tenía el color de las brasas del carbón y parecía ir a desplomarse sobre mi cabeza. Esa

mezcla inquietante de negro y rojo fuego lo asemejaba más a las puertas del infierno que al cielo que recordaba de mis anteriores visitas.

»Abajo las cosas no estaban mejor. Los suelos, agrietados como la piel de las manos de un anciano, supuraban un magma pardusco que cubría todo lo que en mis anteriores sueños era un manto verde de hierba fresca que me encantaba sentir en la planta de los pies.

»Caminé con cuidado por aquel sinuoso asfalto hasta que mis ojos se adaptaron a aquella niebla gris y pude ver el devastado paisaje que me rodeaba: casas derruidas y ardiendo, cuerpos inertes en el suelo con los ojos vacíos y, a lo lejos, una anciana que me daba la espalda y caminaba sobre aquellos escombros apoyada en un báculo de madera.

»La llamé. Quería saber qué había ocurrido. Cuando se giró a mirarme la reconocí: era la Diosa Luna. Pero solo sus ojos verdes rememoraban a la mujer bella que yo recordaba y con la que había paseado de la mano en mi primer sueño, con diez años, y que me había besado con veinticinco.

»Su mirada pareció recobrar algo de vida al verme y me pidió que acudiera a su lado llamándome por mi nombre. Pese a las dificultades del camino, corrí hacia ella. Estaba a punto de llegar a su lado cuando el suelo se abrió bajo mis pies y caí al suelo, desequilibrada.

»De las profundidades surgió el Dios Astado. También estaba muy envejecido y le faltaba una de sus astas, pero su cornamenta le hacía inconfundible. Al contrario de mi primer sueño en el que su comportamiento era amoroso, empezaron a discutir y el Dios Astado lanzó una bandada de cuervos contra el cuerpo anciano de la Diosa Luna. Eso fue todo —relató Triz.

—No. Eso no fue todo. Me viste. Me recuerdas —repuso el anciano.

—A la única anciana que vi fue a la Diosa Luna. Tu mirada me resulta conocida, pero no recuerdo el porqué.

—Te quedaste paralizada. El Dios Astado intentó evitar que tu decisión fuera la misma que tomó Astrid. Te protegió...

—¿Protegerme? ¿De quién?

—¡De la Diosa Luna! Es ella quien intenta destruir los mundos. ¿No lo entiendes? —inquirió el anciano. En sus ojos refulgió el brillo de la ira. Triz se asustó.

—Me va a estallar la cabeza —murmuró Triz—. No puede ser la Diosa Luna la culpable de mis

pesadillas. ¡Es imposible!

—Es mucho más sencillo hacer caer la culpa sobre el Dios Astado, ¿verdad? Pero Triz, sabes la verdad. La viste antes de despertar.

—¡No recuerdo nada más! Me desperté como hizo Astrid cuando tuvo el mismo sueño. Desperté al ver cómo los cuervos atacaban a la Diosa Luna.

—¡No! ¡No lo hiciste! Viste algo más y por eso me recuerdas. ¡Yo estaba allí, Triz! ¡Por eso hice que te espiaran! ¡Por eso dejé que encontraras el grimorio de Astrid! ¡Por eso hice todo lo posible para que Lilian te trajera a Anwnn por tu propia voluntad! —exclamó el anciano a punto de perder la paciencia—. Aunque puede que estuviera equivocado y no fueras la elegida, sino tu descendencia. Los poderes de tu hija... —musitó Galván más calmado.

—¿Mi hija? ¿Qué tiene que ver mi hija en todo esto? Ella no ha soñado nunca con los Dioses.

—Eso es lo más interesante de todo, que parece que nadie la ha seleccionado y, sin embargo, parece controlar poderes al alcance únicamente de los elegidos. Tu hija puede ser la clave, Triz.

—Sigo sin entender nada —replicó—. ¡Ni siquiera sé cómo voy a poder salvar los mundos! En el grimorio de Astrid no ponía nada. Tras su tercer sueño, no mencionaba nada más de cómo consiguió detenerlos.

—¡Maldita sea! ¿Voy a tener que explicarlo todo? Nos quedamos sin tiempo y no tengo paciencia. ¡Soy el último brujo de sangre! No un profesor de escuela —masculló Galván.

—¡Cuéntamelo todo de una vez! Tampoco tengo tiempo que perder. Cuanto más tarde en ir a buscar a Gare, más difícil me será encontrarlo.

—¿No te parece extraño que, tras salvar los mundos, Astrid no escribiera nada en su diario? —inquirió Galván con voz pausada en un intento por recuperar la calma. Si quería conseguir que la elegida se pusiera de su lado tenía que armarse de la misma paciencia que había tenido para pasar siglos allí, encerrado.

—Sí, me pareció raro. Supuse que Astrid no pudo escribir nada porque quedó encerrada en Aisling, dentro de la cueva de Otsa, para poder salvar los mundos.

—Eso no fue lo que ocurrió. Siéntate. Tendré que contártelo todo desde el principio.

8

Astrid, año 1321

El cielo mostraba el característico tono grisáceo oscuro de los meses de invierno y las calles se mostraban más bulliciosas que días anteriores, como si todo el mundo quisiera comprar comida y leña al mismo tiempo para encerrarse en sus casas, antes de que cayeran las primeras nieves.

Su madre era una de aquellas personas a las que, de pronto, le habían entrado las prisas y tiraba de su brazo para evitar que se detuviera a observar cada esquina de la ciudad, aunque a ella le gustaba quedarse espiando a la gente. Intentar descubrir si eran buenas o malas personas por sus gestos, por sus miradas, por sus actos en ese corto espacio de tiempo que su madre le daba antes de arrastrarla a otra esquina de la ciudad donde volver a empezar el juego.

—¡Vamos, Astrid! Deja de perder el tiempo. Tenemos que llegar al mercado —protestó su madre por tercera vez desde que habían salido, cuando se paró a observar a una señora que hacía cestos a la puerta de su casa.

—El mercado siempre está en el mismo sitio. No se va a mover porque lleguemos un poco más tarde —recriminó Astrid al sentir cómo las piedras del camino se le clavaban en los pies.

Sus zapatos tenían tantos remiendos y apaños que sus resquebrajadas suelas no eran barrera suficiente para evitar que las afiladas piedras llegaran a dañarla y caminaba a pequeños saltos ante la insistencia de su madre.

—Claro que el mercado no se va a mover, pero, si queremos comprar algo de trigo, tenemos que llegar pronto. Si no nos damos prisa, no podré hacerte unas buenas galletas para celebrar tu décimo cumpleaños. No querrás celebrarlo con la misma comida de siempre, ¿verdad?

Astrid dejó de protestar. Hasta tomó la delantera a su madre para llegar antes al mercado. Esa mañana gris y fría era su cumpleaños y llevaba días insistiendo a su madre para que le comprara algo especial. Y sus galletas de cumpleaños eran de lo más especial que le habían regalado nunca. Tenían

un sabor único que la trasportaba a lugares de ensueño, mucho mejores que la pequeña casa en medio de aquel apestoso lugar. A un lugar que se asemejaba a sus sueños y que le hacían olvidar, mientras las comía, la vida que le había tocado vivir. Eran unas galletas mágicas porque, a cada bocado, le hacían sentirse mejor, más feliz y contenta. Por desgracia, su madre no podía hacerlas muchas veces. Eran pobres y los ingredientes demasiado caros.

Ya en el mercado temió quedarse sin su regalo y se arrepintió de entretenerse por el camino. Eran tantas las personas que se agolpaban en aquel pequeño rincón de la ciudad que, pese a ser alta para su edad, apenas podía ver nada entre la gente y su paisaje se veía limitado a sucios ropajes, caras hastiadas y sobacos apestosos que se iban chocando con ella, sin reparar en su presencia. Si todo aquel gentío quería comprar cereal, no iba a quedar nada para ellas y se iba a quedar sin galletas en su cumpleaños.

—Quisiera comprar trigo —dijo su madre cuando consiguieron alcanzar uno de los puestos. Astrid sonrió al ver que todavía quedaban suficientes granos para su regalo.

—¿Va a poder pagarlo esta vez? —respondió el vendedor y la miró con cierto desprecio, borrando la sonrisa de su rostro. Apenas tenían dinero.

—Es el décimo cumpleaños de mi hija...

—¿Y? ¿El Rey va a hacerle algún regalo por ese motivo con algún valor para que pueda pagarme? —inquirió el vendedor y alzó la voz para que todos a su alrededor pudieran escucharle. Algunas risas empezaron a oírse y su madre agachó la cabeza.

Astrid miró al vendedor con rabia en los ojos. No necesitaba observarlo mucho tiempo para saber que era una mala persona, solo quería jactarse de poder despreciarla en público. Desde la muerte de su padre, ambas habían tenido que sobrevivir, con más pena que gloria, gracias a algunos trabajos que su madre hacía como costurera, pero el dinero no les llegaba ni para comer todos los días. Eran pobres y todos en el pueblo lo sabían y lo aprovechaban para burlarse de ellas.

—Este es el dinero que me queda —repuso su madre enseñando unas pocas monedas de cobre —. Le pagaré el resto en cuanto me den un dinero que estoy esperando de unos trabajos de costura. Se lo juro.

—Cuando le paguen esos trabajos venga a por el trigo —replicó el vendedor dándoles la espalda.

—Pero el cumpleaños de mi hija es hoy... Por favor, le pagaré como sea. No deje a mi pequeña sin su regalo.

—¿Como sea? —preguntó el vendedor retomando el interés en la conversación con una amplia sonrisa de dientes podridos en su rostro y mirando a su madre de arriba a abajo con los ojos encendidos.

Su madre volvió a agachar la cabeza avergonzada.

En ese instante, un escándalo de voces y gritos hizo que todo el mercado girara su atención hacia el final de la calle, unos metros más arriba del lugar donde estaban. Dos mujeres gritaban encolerizadas mientras eran arrastradas por seis hombres. Precedidos por un miembro de la Iglesia, se encaminaban al mercado, en dirección a la plaza.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Astrid que no era capaz de ver nada salvo las cabezas de la gente, que ahora miraban todas en la misma dirección.

—No te preocupes, niña —repuso el vendedor—. Solo son dos brujas que van a quemar en la hoguera por tener relaciones con el diablo. Dos herejes menos que solo buscaban el favor del demonio para mantenerse jóvenes, aun a riesgo de convertir estas tierras en malditas a los ojos de nuestro Dios.

Todo el mundo fue dejando paso al séquito, alejándose de las brujas todo lo posible para evitar que un simple roce con sus ropajes o una mirada pudiera condenarlos a una maldición eterna. Se fueron alejando tanto que Astrid y su madre se quedaron las primeras y pudo ver a las dos mujeres acusadas de brujería.

Estaban despeinadas, sus ojos brillaban por las lágrimas vertidas y sus ropajes estaban rotos por los tirones que les daban los hombres. Llevaban las manos atadas y eran obligadas a levantarse del suelo a tirones cada vez que una de ellas caía de bruces o de rodillas y no podía, o no quería, levantarse. Una de ellas, de pelo rojo como un anochecer y rizado, cayó una de las veces a escasos centímetros de Astrid. Su madre la agarró por los hombros y tiró de ella hacia atrás, pero se mantuvo firme y aguantó la mirada de aquella mujer. En sus ojos verdes no había maldad, solo miedo, y Astrid sintió que toda la piel se le erizaba cuando aquella mujer fijó su mirada en ella y murmuró un: «Ayúdame, por favor».

Astrid negó con la cabeza. Era solo una niña de diez años, ¿qué iba a poder hacer ella para ayudarla? Pero la mujer, cuando sus ojos se cruzaron, dejó de llorar y esbozó una leve sonrisa en su bonito rostro, ahora sucio por la tierra que se le había pegado a sus lágrimas. Se puso en pie y enderezó su porte y, desde ese instante, caminó erguida y sin prestar resistencia pese a que, tras la

caída, llevaba uno de sus voluminosos pechos fuera de la ropa. La imagen de aquella mujer pelirroja con parte de su cuerpo desnudo, pero altiva, le recordó a la mujer con la que había soñado la noche anterior.

—¡Bruja! —gritó el vendedor, que había salido de detrás de su puesto y le arrojó una piedra que recogió del suelo. Después, guarecido bajo el gentío, retrocedió para que la mujer no le viera ni le echara ninguna maldición. ¡Maldito cobarde!

Varias de las personas allí reunidas siguieron los pasos del vendedor y empezaron a arrojar a las mujeres todo lo que tenían a mano para comenzar un escarnio público como el que habían iniciado avergonzando a su madre con sus risas por ser pobre. Aquella gente era mala y se burlaba de la desgracia ajena.

Mientras que una de las brujas, de pelo negro azabache y porte delgado, seguía llorando y maldiciendo a gritos a quienes la rodeaban, la mujer pelirroja se mantuvo firme, a pesar de la lluvia de objetos que caían sobre ella, y giró su cabeza en un par de ocasiones para volver a encontrarse con su mirada.

Astrid soltó la mano de su madre y se perdió entre la gente, mientras todos seguían con la mirada fija en las mujeres que se alejaban por la calle hacia la plaza. Si aquel vendedor era grosero, cobarde y se burlaba del mal ajeno, no había nada de malo en robarle. Se acercó al puesto que el vendedor había dejado desprotegido y se metió varios puñados de aquel trigo que su madre no se podía permitir pagar en los bolsillos del vestido.

—¡Astrid! ¡Astrid! —gritó su madre al darse cuenta de su ausencia.

—Estoy aquí, madre —contestó y volvió a agarrar su mano mientras intentaba disimular los bultos en su vestido apretando su viejo y raído abrigo—. ¿Las van a quemar?

—Eso me temo, mi niña. Eso me temo.

La mirada de su madre era triste, más incluso que cuando le comunicaron que su esposo había muerto en una reyerta, más que cuando el vendedor la había intentado humillar. Sus ojos reflejaban una tristeza profunda, como si aquellas mujeres fueran alguien importante para ella.

—¿Podemos ir a verlo? —preguntó y tiró del brazo de su madre hacia la plaza.

—No hemos comprado el trigo para tu regalo.

—No tenemos dinero para pagarlo y ese vendedor idiota no nos lo va a dar. No se preocupe por eso, madre. Quiero ver qué les pasa a esas dos mujeres —dijo Astrid y ocultó a su madre el robo del grano, al menos hasta que estuvieran en la seguridad de su casa.

—Una niña como tú no debería ver esas cosas...

—Por favor, madre. Es mi cumpleaños —excusó Astrid, como si aquel fuera su deseo para una fecha tan señalada.

—¡Me falta grano! —gritó en ese momento el vendedor a sus espaldas—. ¿Quién me ha robado el trigo?

—Vamos, madre, vámonos... —aconsejó Astrid mientras tiraba de su mano sin girarse.

Varios hombres y mujeres empezaban a rodear al vendedor interesados por sus gritos, curiosos por poder regodearse en otra desgracia ajena que hiciera más llevadera su patética vida.

Al llegar a la plaza, Astrid dejó escapar una sonrisa mientras sentía el grano robado en su ropa. Su madre iba a poder hacerle al menos unas pocas galletas y encima le iba a dejar ver lo que estaba a punto de pasar en la plaza. Iba a ser un buen día de cumpleaños. Lo sabía desde el sueño que había tenido por la noche.

La gente se había colocado junto a los edificios que rodeaban la plaza, observando una pila de maderas que rodeaban una tarima en la que se podía ver un enorme tronco al que habían atado a las dos mujeres.

Toda la plaza profería gritos de: «¡¡Brujas!!», «¡¡Herejes!!», «¡¡Adoradoras del demonio!!», y se burlaba de ellas. La mujer de pelo negro seguía luchando y escupía a los más cercanos, mientras que la mujer del pelo cobrizo escrutaba a la gente con sus ojos verdes. Solo se detuvo cuando se encontró con los ojos, también verdes, de Astrid. Esta vez dibujó una sonrisa mucho más amplia, en la que incluso sus dientes blancos brillaron, pese a la casi total ausencia de la luz del sol. Era tan guapa...

El cielo amenazaba, cada vez más, con descargar lluvia y los hombres que habían llevado allí a las mujeres se daban prisa por terminar los preparativos. El religioso que les había precedido inició un discurso:

—Estas dos mujeres serán condenadas, según las leyes cristianas, por el delito de herejía, por practicar la brujería y por cometer actos carnales impuros con el mismísimo Diablo, y son

condenadas a la hoguera para que el fuego elimine sus pecados. Si Dios Todopoderoso perdona sus ofensas, las llamas no alcanzarán sus ropajes. Si, por el contrario, estas mujeres son culpables de los delitos de los que se les acusa, el fuego las condenará y purificará sus pecados.

Los seis hombres, que ahora portaban en sus manos antorchas encendidas, se acercaron a la pira de ramas y las prendieron fuego por seis puntos diferentes.

—Madre, ¿quién es el Diablo ese que mencionan? —preguntó Astrid cuando las llamas empezaron a teñir de rojo las primeras ramas.

—No deberías preguntar siquiera por él... Solo mencionarlo ya puede ser considerado blasfemia —susurró su madre.

—Pero ¿cómo es? Quiero saberlo para alejarme si le veo...

—Mi pequeña, si alguna vez le ves, no tendrás problema en reconocerlo. El Diablo del que hablan tiene cuernos en su cabeza.

—¡Lo he visto! —exclamó Astrid sin elevar mucho la voz, pero tirando de las mangas del vestido de su madre—. Esta noche he soñado con él, le acompañaba una mujer preciosa medio desnuda con el pelo rojo, como el de la bruja que van a quemar —susurró para no ser escuchada, pero señalando a la mujer que, atada a la hoguera, seguía mirándola, pese a que su vestido ya había comenzado a arder.

—Eso no es posible... —musitó su madre—. Ninguna de las brujas hemos soñado nunca, jamás, con los Dioses en nuestro décimo cumpleaños.

9

A veces lo bueno es malo y lo malo es peor

Llevaban horas caminando y Lilian empezaba a entender por qué Gare consideraba aquel lugar el infierno. Verlo sufrir de aquella manera le estaba partiendo el alma. Ella le quería y aquello era demasiado cruel. Intentaba animarse pensando en que, cuando encontraran el lugar del que emanaban las aguas del pensamiento en el confín de Marbhreilig, podría librarle de aquella tortura como le había prometido la voz, pero, tras horas avanzando, el paisaje no había cambiado y ni siquiera sabía si estaban caminando en la dirección correcta. Además, a cada instante, se encontraban aquellas tentaciones que no dejaban de retrasarlos.

—No lo entiendo —lloriqueó Gare—. ¿Tan hijo de puta he sido en mi vida para que este sea mi final? —preguntó cuando el enésimo pastel de chocolate se deshizo en cenizas en cuanto rozó sus labios.

—El chocolate era tu mayor vicio. En nuestra primera cita fue lo primero que pediste, un agua de chocolate.

—¿Agua de chocolate? ¿Eso existe?

—Se me olvida que no lo recuerdas... Sí, existe. En nuestro mundo, tras la tormenta solar, el chocolate era muy difícil de conseguir y lo echabas mucho de menos tras regresar de *Unreal Live*. Por eso, en nuestra primera cita, te invité a un lugar donde pudieras recordar su sabor...

—Y ahora me torturan sin poder recordarlo.

—Puede que este sea el cruel destino de aquellos que se vuelven adictos a algo en vida. Una especie de terapia de desintoxicación —reflexionó Lilian y abrazó a Gare por la cintura al tiempo que le daba un tierno beso en la mejilla.

—¡Joder! Si lo llego a saber, me hubiera pedido un agua de brócoli o un té de acelgas. ¡Si al menos pudiera olerlo! Pero es que no huele a chocolate —protestó Gare llevándose los restos que el

pastel había dejado en sus dedos a la nariz—. Huele a queso rancio. ¡Y odio el puto queso!

—No te preocupes, cariño. En cuanto lleguemos al final del camino y puedas pedir tu deseo, podrás volver a comer chocolate y te acordarás de mí.

—No. Si de ti ya me estoy acordando... ¿No podrías al menos disimular mientras comes? —protestó Gare al ver a Lilian llevarse un bombón a la boca.

—¡Perdón! Lo siento. A mí este Marbhreilig no me afecta de la misma manera...

—¿Y cómo te afecta a ti? ¿Cuál es tu penitencia en este infierno? —protestó Gare.

—No lo sé... Que no me recuerdes, ¿quizás? Debe de ser porque solo era adicta a ti antes de morir.

—Vaya, no lo había pensado... Lo lamento —se disculpó Gare y dejó atrás la mesa que se habían encontrado y continuó el camino—. Tiene que ser duro que tu marido no te recuerde.

Se sentía mal. Le dolían los pies, tenía hambre, sed y calor, demasiado calor, y no podía hacer nada por evitarlo. Encima, aquel lugar insistía en ofrecerle todo aquello que necesitaba para después arrebatárselo. Aquel debía de ser su castigo por haber sido un egoísta en su vida, incapaz de ponerse en la piel de otros como le acababa de pasar con Lilian, solo viendo lo mal que él lo estaba pasando sin darse cuenta de que los demás también sufrían a su alrededor. Aunque la pérdida de memoria le impedía recordar haberlo sido tanto antes de morir.

Se alejó caminando mientras observaba el cielo de aquel lugar. En un primer momento le había parecido hermoso, le había recordado al cielo azul del videojuego en el que había estado viviendo los últimos dos años, pero ahora, al observarlo con atención, se había dado cuenta de la farsa. Aquel azul era como la lámpara que atrae a las polillas para matarlas, como un fluorescente que tintinea en la cocina y amenaza con apagarse, brillante pero artificial, tan falso que incluso el cielo de *Unreal Live* era más real, más auténtico.

Lilian llegó a su lado. Venía con sus zapatos de tacón en la mano. Aprovechando que el camino parecía ser un césped cuidado, podía sentir el frescor de la hierba en sus pies. Era muy atractiva, agradable, le trataba con cariño y dulzura y, sin embargo, cada vez que la veía comer le cogía más manía. Esperaba que, si encontraban aquella agua milagrosa, toda aquella tortura se le olvidara, como había olvidado estar casado con ella, y poder recordar los motivos que le llevaron a enamorarse tan pronto.

—Cuéntame algo más de nosotros —propuso sin detenerse y sin llegar a mirarla.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, ¿qué te gustó de mí? ¿Cómo fue nuestra boda? ¿Qué tal me llevo con mi suegra? ¿Tienes madre?

—Lo que más me gusta de ti es ese humor irónico tan tuyo, que desde que nos conocimos en el hospital siempre me has hecho reír...

—¿En el hospital? ¿No me dijiste que nos conocimos en el trabajo?

—Trabajábamos en la misma empresa, sí —respondió Lilian pensando con rapidez—. Pero la empresa era muy grande y apenas nos veíamos allí. Nos conocimos por casualidad. Los dos sufrimos un accidente el mismo día: yo, una caída en la que me fracturé el tobillo y tú... a ti te atropelló una de las máquinas. Estuviste semanas en rehabilitación. Nos tocó compartir habitación durante los días en los que estuve ingresada. Allí me enamoré de ti y creo que tú también de mí, porque aceptaste salir conmigo en cuanto regresaste al trabajo...

—Madre mía, menuda relación más accidentada que hemos tenido. Nos conocimos por un accidente, morimos juntos en un accidente. ¿Ha merecido la pena conocernos? —se interesó Gare.

—Yo diría que sí. El mundo ya era bastante accidentado por sí solo. Guerras, tormentas solares, toques de queda, hambre... como para vivirlo en soledad. Encontrarte fue lo mejor que me pasó en los últimos años de mi vida y, si para ello tenía que romperme un tobillo o morirme en un accidente, lo volvería a hacer.

Lilian le miraba con ternura en sus ojos. Estaba claro que ella le quería, pero Gare lamentaba no recordar sentir lo mismo. Era como si aquel lugar también le hubiera robado la posibilidad de tener sentimientos bonitos.

Continuaron caminando hacia aquel incierto destino que ni siquiera sabían si iban a alcanzar o si estarían andando eternamente, cuando algo cambió en el, hasta entonces inmutable, horizonte. La silueta de una mujer apareció recortada de pronto. O al menos así parecía desde la distancia por su cadencia al caminar. Gare dejó de avanzar y entrecerró los ojos con la esperanza de descubrir qué otra persona de su pasado iba a encontrarse en aquel lugar. Quizás, una que le pudiera explicar qué había hecho mal en su vida para estar allí. Le habían prometido encontrarse con personas vinculadas con él y, por el momento y salvo Lilian, no se había encontrado con nadie. Su vida había sido muy solitaria, eso sí que lo recordaba.

—¿Quién es esa? —preguntó Lilian agarrándole la mano y acercándole a ella.

—Si no la reconoces tú, que eres la que conserva la memoria... —ironizó Gare mientras seguía mirando aquella mujer aproximarse.

Caminaba con decisión, con pasos largos y firmes. Al acercarse un poco más, la luz dejó ver algo más de ella.

—¡Anda, pero si es pelirroja, como tú! —exclamó Gare cuando vio la larga melena de aquella mujer.

Una absurda idea se le pasó por la cabeza: si Lilian no la conocía y aquella era una mujer importante en su vida, igual quien se acercaba era su amante. «Es imposible, nunca he tenido tanta suerte con las mujeres», pensó. «Aunque confirmaría mi teoría de que el destino es un hijo de puta si la ha matado también para torturarme aún más y que ambas se conozcan aquí. Eso y que era un egoísta de cojones».

Lilian le agarró por la cintura y apoyó su cabeza en su hombro. Estaba claro que estaba marcando territorio ante la llegada de aquella atractiva desconocida. Cuando la distancia entre ellos le permitió distinguir quién era, Gare no pudo contener una sonora carcajada.

—¡Vamos, no me jodas! —Rio—. ¡Esto ya es pasarse! —gritó y miró al cielo, si es que lo que estaba sobre sus cabezas en aquel lugar podía llamarse así.

—¿La reconoces? —preguntó Lilian con cierto enojo.

—¡Joder! Yo y todo el mundo. Es Scarlett en su papel de la *Viuda Negra*[5].

—¿La de *Los vengadores*? Pero si ahora tendrá más de sesenta años...

—Este lugar me ofrece mis mayores tentaciones. Y te aseguro que la *Viuda Negra* era una de ellas en mi adolescencia.

—Ahora entiendo por qué acabaste casado conmigo —comentó Lilian mesando su cabello.

—Es probable. Te puedo asegurar que, si me deja besarla, se va a deshacer en cenizas como un puñetero azucarillo.

Lilian le dio un codazo en las costillas. Aquella insinuación de que seguía deseando a aquella

mujer, pese al paso de los años —hacía treinta que aquel papel fue llevado al cine— la puso celosa.

—Gare, todos mis amigos son unos luchadores... —dijo la Viuda Negra tras colocar una mano sobre su hombro.

—Sabes mi nombre, hablas mi idioma... está claro que este lugar trae todos los extras incluidos, como un DVD en cinco dimensiones con la versión extendida.

—Gare, esto no va a terminar bien —continuó la Viuda Negra.

—La verdad es que, si sigues usando frases de tus películas, no voy a aprender nada. Ya me las sé de memoria —replicó él—. ¿Qué se supone que haces aquí? ¿Sabes dónde emana el agua del pensamiento y cómo llegar al límite de esta mierda de lugar?

—Realmente, no es tan complicado. Tengo mi cuenta en rojo y me gustaría borrarla.

—Buff, Lily, así no vamos a conseguir nada. Solo repite las frases de sus películas —dijo Gare encogiéndose de hombros.

—Solo actúo como si de verdad lo supiera todo —insistió la Viuda Negra.

—¡Hala, vete a cagar! —recriminó Gare. La agarró de la cabeza y le plantó un beso en la boca. En ese mismo instante se desvaneció en una nube de cenizas—. Mira que soñé veces con esto, pero nunca pensé que fuera a besarla por dejar de escuchar sus sandeces —comentó dando manotazos a su ropa para librarse del polvo gris en el que se había convertido aquella tentación vestida de cuero negro.

—¡Qué haces! Podría habernos ayudado —protestó Lilian.

—No iba a decir nada que no saliera en sus películas, solo era una distracción más, como las mesas llenas de pasteles o las máquinas de videojuegos que nos hemos ido encontrando hasta ahora. En este sitio no hay nada que nos ayude. Es mi infierno. ¡Pero si hasta sus labios sabían a goma de borrar!

—No quiero saber cómo sabes qué sabor tiene eso —comentó Lilian e hizo un gesto de desagrado, aunque en su interior se alegraba de que su beso no hubiera sido el peor que había recibido Gare en aquel lugar. Al menos, de ella no había dicho que supiera mal cuando le besó en las cercanías del lago.

Continuaron su caminar durante un largo período de tiempo que Gare no supo cuantificar.

Desde que había llegado allí, la luz no había cambiado en ningún momento, no parecía que el día avanzara hacia el ocaso, siempre era la misma hora. Aquella era la manera que tenía aquel lugar de robarle otro de los placeres que más le gustaban: dormir a oscuras.

—Estoy reventado —protestó cuando el césped del camino les sorprendió y empezó a coger pendiente.

—Piensa que esto es bueno. Un cambio... Estamos avanzando, cariño.

—¿Avanzando hacia dónde?

—Cuando lleguemos a lo alto de la colina nos sentaremos a descansar —propuso Lilian—. Desde allí arriba, igual podemos ver mejor a dónde nos dirigimos. Igual, desde allí se ve el confín de nuestro Marbhreilig —dijo en un intento por animarle.

—De acuerdo, Lily. Subimos hasta lo alto, pero después no pienso dar un paso más sin sentarme.

Lilian le agarró de la mano con una sonrisa dibujada en el rostro. Cada vez que Gare la llamaba Lily, de forma cariñosa, se sentía más cerca de conseguir lo que se había propuesto. Conseguiría que se enamorara de ella y, en cuando bebiera el agua que brota del pensamiento, podrían estar juntos toda la eternidad y ninguna bruja, elegida o no, podría evitarlo.

Cuando alcanzaron el alto de la colina, sudorosos y jadeantes, el optimismo se diluyó en sus pensamientos. Al otro lado, el verdor del suelo se convertía en un asfalto gris recubierto de edificios medio derruidos, con los cristales de las ventanas rotos. Un olor a carne podrida lo llenaba todo.

—Esto no puede ser el final de Marbhreilig —comentó Lilian—. Se asemeja al escenario de una película de zombis o algo así.

—Me temo que estás en lo cierto —repuso Gare—. Conozco este sitio. Es una de las ambientaciones de *Silent Hill*, uno de los muchos videojuegos a los que jugaba...

Antes de dejarles continuar con la conversación, un grupo de enfermeras zombis salió del edificio central y se encaminó, con pasos tambaleantes, hacia ellos.

—No me digas que también tenías fantasías sexuales con esas cosas como con la Viuda Negra —recriminó Lilian.

—He pasado muchos años solo en mi vida, pero mi desesperación no llegó a tanto. Estos seres

no tienen boca, y a mí me encanta dar besos. Me temo que esto no es ninguno de mis deseos, sino la manera que tiene este sitio de decirnos que no podemos pasar de aquí. Llegar al confín ese que me decías no va a ser tan fácil.

—¡Estamos muertos! ¿Qué más pueden hacernos esas enfermeras andrajosas? —inquirió Lilian con cierto aire de desesperación.

—No lo sé, pero tampoco quiero quedarme a comprobarlo.

—No pienso retroceder. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí y no pienso rendirme tan fácilmente. Tenemos que llegar al fin de Marbhreilig y, si para eso tengo que «pasarme el estúpido videojuego», lo haré —anunció Lilian.

No tenía nada cerca con lo que enfrentarse a aquellas enfermeras salvo los tacones de los zapatos que llevaba en la mano y que no tenían nada que hacer contra los bisturís y escalpelos que ellas portaban en sus manos ensangrentadas, así que, por primera vez desde que llegó allí, decidió probar si todavía podía usar la magia como defensa.

«Genial, esto sigue funcionando», pensó cuando, tras concentrarse, de sus dedos comenzaron a brotar ramas en todas direcciones.

—¡Qué cojones! —exclamó Gare tan asustado que estuvo a punto de caer rodando por la pendiente de la colina—. ¿Qué coño eres tú? —inquirió y miró más asustado a Lilian que a las enfermeras zombis.

—¡Luego te lo explico! ¡No te asustes, cariño! —exclamó ella mientras hacía que sus ramas afiladas se clavaran en los cráneos vacíos de las enfermeras más cercanas.

—Que no me asuste dice... ¡Si me he meado en los putos pantalones! —vociferó Gare que, pese al susto, se resguardó tras el cuerpo de Lilian del grupo de enfermeras que no dejaba de avanzar y de aumentar en número. Al fin y al cabo, ella parecía querer protegerlo.

Lilian tuvo que redoblar esfuerzos, tras cada enfermera que caía abatida al suelo tres surgían de los edificios en ruinas. Sus ramas iban y venían a la mayor rapidez posible, pero le faltaban dedos.

—¡No vas a poder con todas! —exclamó Gare arrodillado tras ella.

—¡Podrías hacer algo por ayudar! —le recriminó Lilian.

—¿Cómo qué? ¿Les lanzo besitos a ver si se deshacen? ¡Si llevan vendas en la cara! —exclamó

Gare cuando una de las enfermeras ya casi estaba a su lado.

—¡Venga, Gare! ¡Ya estás muerto! Haz algo. ¡Defiéndete, aunque sea a puñetazos!

Lilian tenía razón. Debía hacer algo. Lo que le hicieran aquellas enfermeras ensangrentadas no podía ser mucho peor que estar en aquel lugar. Se puso en pie y levantó los puños para cubrirse la cara como hacía en los juegos de lucha. No se había visto envuelto en una pelea desde que era un crío, ni siquiera durante la Tercera Guerra Mundial se había visto obligado a pelear, y mucho menos contra un grupo de mujeres en falda corta, pero, si tenía que defenderse, iba a hacerlo.

—Allá vamos...

El primer puñetazo que soltó dio de lleno en la cabeza hueca de una de las enfermeras que cayó al suelo entre gritos que se asemejaban a eructos. Eso animó a Gare a seguir golpeando. Lilian, a su lado, seguía intentando mantener a raya a la mayor cantidad de enfermeras posibles, pero empezaba a estar agotada. Eran demasiadas. Una de ellas consiguió darle alcance con su bisturí en el hombro antes de que una de sus ramas la ensartara por los ojos. El grito de dolor de Lilian desconcentró a Gare.

Al girarse a mirar qué había pasado, otra de ellas le rajó la mano con su escalpelo. Entonces comprobó que en aquel lugar podía seguir sintiendo dolor. Un dolor intenso, insoportable, que le hizo gritar como un cerdo camino al matadero.

La desigual pelea no se alargó mucho más en el tiempo. Lilian, con el brazo herido, no pudo defenderse con la misma rapidez que al principio y no tardaron en volver a alcanzarla. Gare tampoco tuvo nada que hacer. Una legión de enfermeras, con sus minifaldas cortas, medias rotas, cofias y blusas ensangrentadas se abalanzó sobre él y le arrojaron al suelo, infligiéndole cortes en todas las partes de su cuerpo.

Creía ir a desmayarse por el dolor que sentía, las heridas sangraban y no podía respirar por el peso de aquellas enfermeras infectas sobre su pecho. Su cuerpo era objeto de deseo de aquellas enfermeras que lo despedazaban. Estaba viviendo una orgía de pesadilla cubierto de cuerpos femeninos que le mostraban la más fanática de las devociones alimentándose de sus restos.

Cerró los ojos, incapaz de soportar el dolor y aquella imagen de cuadro de arte gore, impaciente por saber si aquel era el auténtico final o si habría otro lugar peor al que ir tras la segunda muerte, pero unos instantes después dejó de sentir aquel tormento, y la presión asfixiante que ejercían sobre él los cuerpos de las enfermeras se alivió. Anonadado, decidió abrir los ojos, incapaz de comprender

por qué todo había terminado.

Se miró los brazos y se sorprendió al ver que no tenía cortes ni heridas. No había rastro de las enfermeras y pudo observar el lugar en el que se encontraba. A su lado, Lilian también miraba a todos lados sorprendida.

—Creo que no nos hemos pasado el videojuego y hemos reiniciado la partida —comunicó Gare al comprobar que volvían a estar en la orilla del mismo lago de agua cristalina en el que se habían reencontrado—. Vida extra. Al menos, ahora sabemos que íbamos por el buen camino.

10

El otro punto de vista de la historia

Triz, que había buscado un sitio donde sentarse, escuchaba el inicio de la historia con interés, pero llegados a aquel punto decidió interrumpir.

—¿Cómo puedes saber lo que le pasó a Astrid y la conversación con su madre? ¿Estabas allí? Seguro que eras el vendedor usurero y vicioso.

—No. No soy el vendedor. Ni siquiera conocía a Astrid en aquel momento, pero sí que estaba allí, con mi padre. Fue más tarde cuando nuestros destinos se cruzaron, y ella y su madre me contaron los detalles. En realidad, nuestros sinos se vincularon de nacimiento, pero, por aquel entonces, solo tenía diez años y acababa de tener mi primer sueño —respondió Galván.

—¿Tu primer sueño?

—Sí, como te he dicho, también soy un brujo de sangre. Recibí mi magia en mi décimo cumpleaños y también soñé con los Dioses.

—Eso no es posible...

—Sí que lo es. Déjame explicarte. Todo es cíclico: el ciclo del agua, la órbita de los planetas, el tiempo, la vida, las fases de la Luna... nuestros dioses. La Diosa Luna tiene tres fases...

—La doncella, la madre y la anciana —dijo Triz, impaciente y conocedora de la historia de su magia. El colgante que le regaló su tía representaba aquellas fases.

—No vamos a terminar nunca... ¿Quieres escuchar en silencio? —recriminó Galván—. La diosa tiene tres fases: crear, preservar y destruir. Esas son sus tres fases. Representadas en la joven que conociste cuando tenías diez años, la bella mujer de tu segundo sueño y la anciana que viste en el último. La primera crea, la segunda preserva, la tercera destruye.

—¿Cómo sabes que tuve tres sueños?

—¡Porque no fueron tus sueños! O, al menos, no del todo. Fueron los sueños de Astrid, y yo también los tuve. Cada sueño se corresponde con una fase de la Diosa Luna, completando un ciclo de diez eclipses solares[6], diez veces en las que la Diosa Luna oculta por completo al Dios Astado y cada fase destinada al renacer de la diosa.

—No tiene sentido. ¿Por qué iba la diosa a querer destruirlo todo?

—La diosa, en cada ciclo, se «cansa» de su creación. Es como una niña que, jugando con plastilina, moldea un Universo y, tras jugar con él y observarlo, se hastía y quiere destruirlo para hacer algo nuevo. Por eso, es ella la que camina por la tierra calcinada de tu sueño, de nuestro sueño.

—Pero es el Dios Astado quien gobierna la muerte —volvió a incidir Triz.

—Y el Señor de la Vida. ¿Por qué siempre olvidáis esa parte? Él es el Dios del Sol, quien permite la vida en vuestro mundo. Sin él, pereceríais, ¿no lo ves?

—El Sol casi nos mata en su última tormenta solar. Casi lo destruye todo.

—¡Porque el Dios Astado fue confinado en Marbhreilig y ya no tiene control sobre el astro! —gritó Galván, incapaz de mantener la paciencia.

—De acuerdo. La Diosa Luna quiere destruir su creación y el Dios Astado protegerla... —dijo Triz por no discutir. No quería perder más tiempo—. ¿Y qué pinta Astrid en todo esto? ¿Qué pinto yo?

—La Diosa Luna, en su fase de doncella, seduce al joven Dios Astado y concibe porque desea seguir forjando algo con lo que experimentar y no aburrirse de su propia creación.

—¿La Diosa Luna y el Dios Astado tuvieron una hija? —inquirió Triz, incapaz de mantenerse en silencio mientras intentaba encontrar sentido a la información que se le atascaba en alguna parte de su cerebro.

—No de la manera que tú piensas, pero algo así. La diosa imaginó la magia, el Dios Astado la envolvió en otros seres de la creación: hay magia en las plantas, en los animales, en las estrellas, en los elementos; hasta en los números la magia fluye. El Dios Astado también escondió magia en nosotros, los brujos y brujas de sangre. Entre todos ellos, mostraron su creación a dos elegidos en la Tierra. Dos «descendientes» a los que cobijar en su manto celestial: un varón y una hembra. En esta

ocasión, ella se llamaba Astrid y él, Galván —explicó el anciano e hizo un gesto de reverencia a modo de presentación.

—¿Astrid y tú sois la primera descendencia de los Dioses?

—No la primera. Ha habido otros ciclos, otras creaciones, otras descendencias, no siempre humanas, pero todos terminaron igual. Hasta la nuestra.

—¿Cómo?

—Renaciendo. La Diosa Luna destruye todo, renace y vuelve a empezar. Crea un nuevo Dios Astado llevada por sus recuerdos felices del ciclo anterior, vuelve a seducirlo, insiste en tener descendencia y, después, cuando su cuerpo de diosa envejece, se cansa de verse anciana y quiere volver al principio.

—¿Qué pasó en vuestro ciclo? ¿Por qué no se reinició todo? —Triz ya no aguantaba sentada y paseaba nerviosa por la estancia mientras intentaba comprender qué la había llevado hasta allí.

—Por primera vez, en los ciclos de la existencia algo cambió. La Diosa Luna no cometió los mismos errores, sino otros. Por primera vez en su existencia, no se enamoró solo del Dios Astado, sino también de uno de los elegidos.

—¿Se enamoró de ti? —inquirió Triz.

—¿Fue a mí a quien besó en tus sueños? —replicó Galván.

—No. Me besó a mí...

—Los sueños no son solo tuyos... Besó a Astrid.

—¿Por eso no renació? ¿Para poder vivir su historia de amor con Astrid?

—La Diosa Luna cambió de planes. Ya había iniciado su ciclo cuando se enamoró de Astrid y, en el último sueño, ya era una anciana. Quería vivir su historia de amor con ella, pero con su cuerpo joven y bello. Por eso, en esta ocasión, quiso renacer al lado de su nuevo amor. Pero no pudo salirse con la suya.

—¿Por qué?

—Porque el Dios Astado, al verse rechazado, y uno de sus descendientes, no estuvieron de su

lado. Hasta entonces, sus creaciones nunca se habían interpuesto en sus deseos, pero, en esta ocasión, uno de sus descendientes no aceptó que su destino fuera desaparecer por la voluntad de su creadora. No pudo dejar que destruyeran su legado.

—¿Tú?

—El mismo. El primer brujo de sangre que se puso del lado del dios, incapaz de aceptar que todo lo creado tuviera que ser destruido solo porque la diosa quisiera volver a ser joven y hermosa. Por primera vez en la creación, hubo dos bandos de fuerzas parejas. El de la Diosa Luna y Astrid y el nuestro.

—Pero Astrid me dijo, en la cueva de Otsa, que había evitado el fin de los mundos. Que las fuerzas estaban tan igualadas que no podía haber ni ganadores ni vencidos y que decidió sacrificarse y encerrarse en la cueva a cambio de que los mundos siguieran a salvo.

—Es cierto que las fuerzas estaban igualadas, es cierto que no hubo ganadores ni vencidos. Con el tiempo, descubrí que el Dios Astado sufría su encierro en Marbhreilig, pero desconocía dónde estaban Astrid y la Diosa Luna. Pero cumplidos los siete siglos de cautiverio, te vi en los sueños de Astrid y envié a un no muerto para vigilarte. Así pude saber que Astrid estaba encerrada en Aisling y dejé que encontraras su grimorio.

—Fuiste tú...

—Exacto.

—¿Por qué?

—Astrid se enamoró de la diosa, harta de que los hombres no supieran hacerle sentir. Se encaprichó de la diosa y esta de ella. No me extraña, lo cierto es que es muy bella. Tras nuestro segundo sueño con los dioses, fue cuando nos conocimos, pero no fue bien. Parte de la culpa fue mía. Me dejé llevar por las creencias del Consejo y me limité a cumplir con lo que el destino parecía tener marcado para mí. Fue un error. Astrid se puso del lado de la Diosa Luna porque deseaba borrar de la faz de la Tierra todos los malos recuerdos que los más cercanos a ella, su madre, el Consejo, yo... le habíamos hecho sufrir. Solo quería eliminarlos y renacer junto a la diosa. Tomar el lugar del Dios Astado. Pero, al contrario que Astrid, yo sí pensaba que el mundo, su gente, merecía la pena que siguieran existiendo. Sobre todo, alguien muy en particular...

—Sigo sin entenderlo. Si la Diosa Luna quedó encerrada, si el ciclo no se completó y no volvió a renacer... ¿por qué soñé con ella con diez años y la vi joven y bella? ¿Por qué he soñado con el fin de

los mundos?

—Tú lo has dicho antes. Eres la heredera de Astrid.

—¿Mis sueños son un reflejo de los suyos?

—Has leído su libro de las sombras. Por eso quise asegurarme de que lo consiguieras, era importante.

—Los sueños eran iguales... —reflexionó Triz.

—¿Lo entiendes ahora? —replicó Galván.

—¡Eh! Espera. No eran exactamente iguales. En el último sueño, Astrid dice que salió corriendo a proteger a la anciana. ¡Yo no lo hice! Me quedé quieta y desperté.

—Ya te lo he dicho, no eran tus sueños, no del todo, pero estabas allí. Recuérdalo bien... No fue eso lo que pasó —dijo el anciano y se acercó a Triz por la espalda y le puso una mano en el hombro.

En ese momento, Triz regresó al sueño que había tenido justo antes de que todo aquello empezara. Al momento en el que el Dios Astado alzaba los brazos y una bandada de cuervos negros se lanzaba contra el cuerpo de la anciana. Sintió el impulso de salir a ayudarla, de ir a protegerla, pero una mano le agarró del hombro y se lo impidió. Furiosa, se giró a mirar quién le impedía moverse. Una mirada serena de ojos azules le hizo apaciguarse.

—Esa mirada... ¡Eras tú! Tú fuiste quien puso la mano sobre mi hombro, no el Dios Astado. Fuiste tú quien me retuvo antes de ir a ayudar a la diosa. Pero ¿por qué? Sigo sin entenderlo. Si yo estaba viendo los sueños de Astrid, ¿cómo pudiste retenerme?

—Astrid te proyectó sus sueños desde Aisling, pero eras tú quien estaba allí. A Astrid no pude retenerla... ¿Recuerdas qué viste antes de despertar?

Triz intentó recordar, volver al sueño que acaba de revivir, al momento en el que Galván la retuvo.

—Me giré y ella estaba allí... corriendo hacia la diosa. Me retuviste a mí, pero ella sí que salió corriendo.

—Y despertaste.

—Pero, si Astrid está atrapada, ¿cómo pudo proyectarme sus sueños? ¿Por qué a mí y no, por ejemplo, a mi tía Helen, que es más poderosa que yo? —preguntó Triz, a quien todo aquello la tenía con la cabeza del revés.

—Astrid no ha podido proyectar sus sueños hasta que las fuerzas han vuelto a desnivelarse. Yo nos condené a siete siglos y, entonces, la elegida nos liberaría. Fuiste la heredera de su magia, que cumplió diez años en el momento exacto. Siete siglos después de que Astrid tuviera su primer sueño. Por eso te buscó a ti. Por eso ahora el fin de los mundos está tan cerca, porque se han cumplido siete siglos de su tercer sueño y creíamos que eras la elegida para liberarnos.

—¿Por qué se han desnivelado las fuerzas?

—Porque en Aisling no se envejece y, en cambio, yo no tuve esa suerte. Astrid sigue conservando todo su poder y sus herederas, equivocadas por la parte de la historia que os contaron, la mantenéis poderosa. Yo, ahora que el poder del hechizo llega a su fin, sin embargo, cada vez estoy más débil. Solo cuando sea liberado recuperaré mi aspecto y toda la fuerza de mi magia. No tuve tiempo de dejar herederos. Por eso creéis que los brujos de sangre no existen. Por eso no quise que la Diosa Luna lo destruyera todo. No quería que me la arrebataran...

—¿A quién?

—A mi hija... aunque hace siglos que cruzó a su Marbhreilig. Estoy seguro de que Astrid cambió su imagen ante el mundo para que, llegado el momento de nuestra liberación, te pusieras de su lado y que, esta vez, la diosa pudiera renacer. Necesitamos que desequilibres la balanza, pero en nuestro favor, y así evitar que la Diosa Luna renazca y los mundos desaparezcan.

—Pero...

—Todas las dudas que tengas te las explicaré más adelante, cuando liberemos al Dios Astado. Solo una última cosa. Las fuerzas estaban tan igualadas que, cuando confiné a los dioses y a Astrid, tuve que hacerlo encadenando nuestros destinos. El mío depende de Astrid como depende la Diosa Luna del Dios Astado. Cuando nos liberes, si es que lo consigues, ellas también serán liberadas y tendremos que volver a librar una batalla.

—No pienso liberar a nadie hasta que no encuentre a Gare —replicó Triz.

—¡No tenemos tiempo para eso! Quien antes consiga liberarse partirá con ventaja en la batalla final. Estoy seguro de que Astrid y la Diosa Luna, ahora que las fuerzas se desnivelan, están buscando la manera de hacerlo antes. Lo ocurrido en Aisling, los obstáculos de Grawell, no eran otra

cosa que pruebas para comprobar tu lealtad.

—¡Me da lo mismo! ¡No pienso irme de aquí sin Gare! Si te pusiste del lado del Dios Astado, deberías entenderme. Me dijiste en mis sueños cómo salvarle.

—Está bien... Lo haremos a tu manera. De todos modos, para llegar al Dios Astado tenemos que cruzar Marbhreilig. Lo haremos por el de Gare, aunque ya te digo que no es muy agradable. Para ello, tienes que hacer lo mismo que ha hecho Cristian: aceptar tu muerte.

—Acepto mi muerte y mi destino —dijo, de inmediato, Triz.

Las puertas de Marbhreilig se abrieron. Al otro lado, les recibió un mundo de color rojizo y olor a pan tostado.

—¡Ese no es el Marbhreilig de Gare! —exclamó Galván—. ¿No estabas enamorada de él?

—¡Y lo estoy! ¿Qué ocurre?

—¿Se lo has dicho alguna vez? —inquirió Galván.

—Lo sabe. Se lo he dejado ver en mis actos. Sabe que le quiero —repuso Triz.

—Pero ¿¡se lo has dicho o no!? ¿Lo has verbalizado? ¿Le has dicho alguna vez «te quiero» o «te amo»?

—No…, lo he sentido, pero no he llegado a decírselo nunca. Me prometí hacerlo cuando lo salvé de morir ahogado en Vulkafer, pero... él también tardó muchos años en decírmelo —intentó justificarse Triz.

—Si no se lo has dicho, vuestras almas no están conectadas. No os corresponde el mismo Marbhreilig. Pude meter a Lilian en su Marbhreilig porque ella verbalizó su deseo de estar toda la eternidad con él antes de que muriera. Fue una de sus condiciones para colaborar, pero contigo...

—¿Lilian está con él? —preguntó furiosa Triz.

—Tú la mandaste aquí. No debería extrañarte...

—¡Yo también le quiero! ¡Yo también quiero estar con él! —gritó rabiosa.

—¡Haberlo deseado antes! Ahora ya no sirve de nada. Los sentimientos hay que verbalizarlos antes de quedarse sin tiempo. Si no se hace, los destinos no quedan conectados.

—¿Y no puedo hacer nada? —preguntó Triz al borde del llanto—. No me lo perdonaré nunca si no lo recupero. ¡Nunca!

—¿Tienes algo que le pertenezca? ¿Algún objeto que te una a él?

—¡Sí! —gritó eufórica Triz—. ¡Tengo nuestro colgante! —exclamó y mostró eufórica el colgante con las fases lunares—. Me lo regaló mi tía.

—Pero te lo regaló a ti. No es suyo...

—Sí, sí que lo es. Se lo regalé cuando éramos adolescentes. Lo llevó consigo toda la vida. Tuve que reencontrarme con él por este colgante. Solo me lo prestó para ayudarme a encontrar el grimorio de Astrid, pero después se lo devolví. ¡Es suyo y se lo regalé yo!

—¿Y por qué lo tienes tú?

—Se lo quitó para poder venir a Grawell a buscarme. Sabiendo que le protegía, se arriesgó a sufrir dolor solo por salvarme. Este colgante simboliza nuestra relación. Siempre en la vida del otro, aunque nunca juntos.

—Puede valer... Tendrás que hacer un conjuro de vínculo con el colgante. Solo entonces tu Marbhreilig y el de Gare puede que sean el mismo.

—¿Puede? ¿No es seguro?

—Hay algo que no te he contado, Triz... Otra promesa que le hice a Lilian a cambio de que consiguiera traeros voluntariamente aquí a ti o a tu hija...

—Eso también tendrás que explicármelo, pero... ¿qué promesa?

—Que Gare te olvidara. No sé si el conjuro de vínculo funcionará, porque Gare no se acuerda de ti.

11

Tengo que salvarles

Tras ver las dos plumas de cuervo entre sus libros, a Alana le entró prisa. Sabía que sus sueños podían hacerse realidad, pero el hecho de que esas plumas ya estuvieran allí lo hacían inmediato. Era posible que el rayo verde cayera sobre su casa en cualquier momento y no estaba dispuesta a que eso ocurriera con su madre tumbada en la cama sin poder defenderse. Sin esperar a que terminaran las clases, dejó su mochila y salió corriendo del colegio. Tenía que ponerles a salvo y regresar antes de que su hermana acabara las clases.

A esas horas no había autobús que la acercara y su casa no estaba cerca. Nerviosa, miró al cielo. Que estuviera despejado, como casi siempre, no la tranquilizó. El rayo verde no había salido de ninguna nube.

Sin perder el tiempo, empezó a correr. Lo hizo con todas sus fuerzas, con la intención de llegar lo más lejos posible antes de cansarse, pero, para su sorpresa, aguantó más de lo que esperaba. Era como si correr bajo los rayos del sol hiciera que su cuerpo no se agotara nunca. Sentía que podía estar corriendo todo el día y eso la llenó de euforia. Pero, por mucho aguante que tuviera, el tiempo seguía pasando. Tardaría mucho en llegar a la carrera.

Se acordó de su magia. Esa que le permitía trasladarse de un lado a otro con solo verlo.

«Seré tonta», pensó al darse cuenta. No necesitaba correr, solo trasladarse. Miró al fondo de la calle, se aseguró de que no pasaba nadie por allí cerca y se concentró. Al instante, apareció al otro lado. Lo celebró cerrando el puño. Solo tenía que hacer aquello unas cuantas veces más y ya estaría en su casa.

Pero no pudo repetirlo tantas veces como necesitaba. Por la calle, empezaron a aparecer otras personas cuando se fue acercando al centro y no podía desaparecer delante de ellos.

Una idea se le cruzó por la cabeza, llevada por la necesidad de llegar cuanto antes. Pensó en que

igual no necesitaba ver el lugar al que quería ir, que podía intentar teletransportarse solo imaginándolo. No perdía nada por intentarlo, si no, tendría que seguir corriendo.

Buscó un rincón, tras uno de los edificios abandonados del camino, por donde no pasaba nadie y se concentró en visualizar el patio trasero de su casa. Cuando lo recordó a la perfección, deseó estar allí.

—¡Toma! ¡Toma! —gritó eufórica cuando apareció en el patio.

Dio la vuelta a la casa y entró por la puerta principal.

—¡Nara! ¡Nara! ¡Tienes que ayudarme! —gritó tras cruzar mientras corría a la habitación de sus padres.

—¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar en el colegio! —protestó la amiga de su madre al salir de la habitación con cara asustada. No se esperaba visita.

—Lo sé, pero esta noche he tenido un sueño. Un mal sueño. Uno en el que salía un cuervo negro de ojos rojos enorme y, cuando Joel me estaba lanzando piedrecitas a mi ventana, un rayo verde cruzaba los cielos y caía sobre la casa y todos ardíais en un fuego verde —explicó Alana sin tomar aliento para respirar.

—Pero es solo un sueño... Eso no va a pasar.

—¡Yo también soy bruja! Como mi madre. Y mis sueños también se cumplen. Ya pasó con la bruja pelirroja y, por su culpa, mi madre se ha tenido que volver a marchar.

—Pero los sueños no se hacen realidad de inmediato, pequeña. Algunos sueños de tu madre, por suerte, tardan mucho en suceder. Por eso intenta evitar que ocurran.

—Pero este va a pasar pronto. ¡Lo sé! ¡Mira! —dijo Alana y sacó del bolsillo de sus pantalones las plumas negras del cuervo.

—Está bien. Te creo. ¿Qué tenemos que hacer? —accedió Nara al ver la determinación de la niña y que aquellas plumas de cuervo no eran como la que ella había visto antes. En ellas había algo mágico.

—El rayo verde cae sobre la casa y la destroza, pero el sótano no se quema. Tenemos que llevar a mi madre y al chico que está con ella allí y ponerlos a salvo.

—Eso no va a ser fácil... —replicó Nara tras echar un vistazo a la cama donde estaban tumbados Triz y Gare—. Pesan demasiado para una mujer y una niña.

La amiga de su madre tenía razón. Ellas dos solas no podrían ni con el peso de la cama. Tenía que pensar en algo y tenía que hacerlo rápido.

—Necesitamos ayuda —musitó mientras intentaba encontrar una solución. Fue pensarlo y Atzu se materializó junto a ella.

—¡Atzu! —gritó alegre—. ¿Vienes a ayudar? —inquirió sin preguntarse cómo el chafya había sabido que le necesitaba.

«Sí», escribió Atzu sobre su piel en un estornudo.

—Vale, pero eres muy pequeño. No vas a poder ayudarnos mucho...

«Sed», expresó Atzu.

—¡Es verdad! Creces si te mojas... —recordó Alana y salió corriendo a la cocina ante la mirada atónita de Nara, que no se explicaba cómo aquella cosa azul había aparecido de pronto en medio de la habitación.

Alana regresó con todas las cosas líquidas que encontró en la nevera. No eran muchas, pero esperaba que fueran suficientes. Una a una fue vertiéndolas sobre el chafya.

Con cada una, Atzu iba ganando tamaño: primero el de un gato adulto, después alcanzó el tamaño de un perro grande. Cuando Alana terminó de bañarlo, el chafya tenía el tamaño de un poderoso tigre y aún mayor fuerza.

Alana lo abrazó alegre mientras que Nara lo observaba asustada desde un rincón de la habitación.

—No me extraña que Óscar creyera estar volviéndose loco —murmuró—. Yo no termino de acostumbrarme a estas cosas por mucho que Triz se esfuerza en enseñarme...

—¿Puedes con la cama? —preguntó Alana a Atzu. Este hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dispuso a tirar de ella.

—¡Espera! —gritó Nara—. No podemos hacerlo así...

—¿Por qué? —preguntó Alana.

—Porque no podemos desconectar a tu madre de los aparatos. Tengo miedo de lo que pueda pasarle si la desenchufamos, aunque sea solo un instante.

—¡Jo! —protestó Alana. Le daba rabia no encontrar la solución.

«Alana puede mantener encendido», escribió Atzu sobre su piel aprovechando su enorme tamaño.

—No sé cómo...

«Energía Sol. Alana acumula».

—Puedo probar... —comentó y, sin decir nada más, salió corriendo fuera de la casa.

Había gastado muchas de sus energías para transportarse desde el colegio y, si quería que aquello funcionara, iba a tener que ponerse bajo los rayos del sol, aunque con ello perdiera un poco de tiempo.

Se paró en medio del patio trasero y dejó que los rayos bañaran su piel. Se alegró de que por la mañana su madre no estuviera para obligarla a ponerse ropa que le cubriera más la piel y, aunque se había puesto la crema de protección, había ido a clase con pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

Sintió cómo los rayos del sol iban alimentando su cuerpo y, a cada segundo que se mantenía allí de pie y con los brazos abiertos con la cabeza levantada hacia el astro anaranjado, notaba cómo se sentía más fuerte.

Para asegurarse de que tenía la energía suficiente acumulada, se concentró en sus manos y en llevar toda aquella energía hasta la punta de sus dedos. Estos no tardaron en cosquillear y cuando abrió los ojos brillaban en un tono rojizo.

—¡Bien! —gritó.

Regresó a la casa y entró en la habitación donde le esperaba Atzu con su imponente tamaño y una asustada Nara.

—Daré energía a los aparatos para que estos no se paren mientras Atzu lleva la cama —dijo entrando a la carrera. Desconectó los aparatos de la TVE y dejó que la energía de sus dedos los mantuviera encendidos—. ¡Vamos, Atzu, date prisa! No sé cuánto tiempo va a durarme la energía.

Atzu se deslizó, no sin dificultad, bajo la cama y después se puso en pie sobre sus tres patas con ella sobre sus espaldas.

—Vale, vale. Me aseguraré de que ninguno de los dos se cae de la cama —comentó Nara tras conseguir reaccionar—. ¡Espera! —volvió a gritar—. ¡La cama no va a salir por la puerta!

Alana se desesperó. Empezaba a entender por qué su madre no le había dejado acompañarla. Actuaba sin pensar, con prisas, sin fijarse en los detalles y cometiendo errores. Por mucho que hubiera encontrado la manera de mover la cama, esta no cabría por la puerta ni por asomo.

Atzu, por el esfuerzo, empezaba a disminuir de tamaño y ya no había más líquido en la casa. Tenía que hacer algo pronto o no iban a poder sacarlos de allí.

—¡A la porra! —gritó al pensar que, si no les sacaba pronto, la casa se vendría abajo con ellos dentro.

Se concentró en una de sus manos, en aquella con la que no sujetaba los aparatos de su madre, cargó en ella toda la energía que pudo concentrar y la lanzó con toda su rabia contra la puerta.

Un rayo en llamas cruzó la habitación e hizo salir volando la puerta y parte de la pared.

—¿Estás loca? —protestó Nara—. Tu madre me va a matar cuando vea ese agujero en la pared.

—¡El rayo verde va a destrozar toda la casa! Mamá ni se va a enterar de que he hecho un agujero. ¡No va a quedar pared cuando regrese! —replicó Alana—. Ahora ya cabe la cama, ¿no? ¡Vamos!

Alana miraba sorprendida el tamaño del boquete que había hecho. Lo había intentado con toda su rabia, impotente por no saber cómo solucionar el problema, pero no pensaba que fuera a salirle tan bien. Hasta ese momento solo había conseguido quemar unas cuantas paredes y patas de mesa, pero nunca había conseguido derribar una. Se sentía orgullosa y estaba segura de que su madre también lo estaría.

Atzu cargó con la cama hasta casi llegar al sótano, pero su tamaño cada vez era menor y le costaba, cada vez más avanzar. Llegando a la puerta del sótano tuvo que dejar caer la cama al suelo.

«Atzu cansado», expuso ya del tamaño de una pantera grande.

—Tampoco íbamos a poder meter la cama por la puerta del sótano —comentó Nara.

—¡No ayudas! —protestó Alana.

Aunque no hiciera más que poner pegas, Nara volvía a tener razón y no se sentía con energía suficiente como para volver a hacer otro enorme agujero en la pared. Empezaba a sentirse cansada ella también, y no era buena idea abrir un socabón en el lugar que iba a protegerles del rayo verde. El sótano debía mantenerse intacto.

—¿Puedes cargar con mi madre en brazos? —preguntó.

—Creo que sí —respondió Nara.

—La llevaremos entre los tres, con la ayuda de Atzu, al sótano. Luego, tras enchufar sus aparatos a la TVE volveremos a por Gare y después meteremos el colchón.

—¡Ah no! Con tu madre creo que sí puedo cargar, pero ¿con Gare? Ni loca, vamos. Debe pesar el doble que ella.

—Vamos a enchufar a mamá y algo se nos ocurrirá.

Entre Alana y Nara sacaron a Triz de la cama y la llevaron, apoyada en el lomo de Atzu, junto con los aparatos que tenía colocados, hasta el sótano. La dejaron en el suelo y enchufaron los aparatos a la TVE. Ya sin necesidad de usar su energía para mantenerlos encendidos Alana regresó a la cama.

—Atzu, ¿crees que podremos arrastrarlo entre los tres?

El chafya volvió a asentir para no gastar energías hablando.

—Nara, tú cógelo de los brazos. Atzu y yo le arrastraremos por los pies —propuso Alana cuando Nara regresó a su lado.

—Tengo miedo a no poder y que se me caiga —expuso Nara.

—¡Nara! Está muerto, ¿no? ¡Qué más da que se te caiga!

Nara atendió a razones. Agarró el cuerpo inerte de Gare por los brazos y ayudó todo lo que pudo hasta que Alana y Atzu le bajaron de la cama. Después, se limitó a mantenerle la cabeza alejada del suelo para que no fuera arrastrándola. Al ver la herida en su nuca torció el gesto.

Alana y Atzu consumieron todas sus fuerzas en llevar a Gare hasta el sótano, pero, cuando Atzu ya volvía a tener su tamaño habitual y Alana ya no sentía el cosquilleo de la energía en sus dedos, le dejaron junto al cuerpo de Triz.

Por último, entre las dos, llevaron el colchón, que consiguieron meter de lado por la puerta.

Estaban esforzándose en colocar los cuerpos sobre él cuando los aparatos de Triz dejaron de pitar.

12

Vínculos

Triz no se podía creer lo que le había dicho Galván sobre Astrid y sus sueños. Pese a ello, se dispuso a hacer el conjuro de vinculación. Tenía que encontrar a Gare, ya se preocuparía después por sus dudas. Sacó el colgante y lo colocó entre ambas manos. Antes de iniciar el conjuro, recordó que le faltaban varios artículos para ese tipo de magia.

—¡Mierda! Necesito mi athame, una cuerda o un hilo, algo que atar alrededor del colgante y aceite con la que ungir mis manos.

—Como ves, no estamos en el mejor lugar para hacer peticiones de ese tipo —incidió Galván y señaló a su asolador alrededor—. Como no quieras atar el colgante con los intestinos de alguno de los «propietarios» de una columna... quizás con los de Cristian.

La sola idea de tener que hacer aquello le revolvió el estómago, pero el anciano tenía razón. Aquello no era su sótano ni se había acordado de llevar su cuchillo ceremonial. Apurada por la falta de tiempo, empezó a pensar con prisas. Lo que se le ocurrió no le hizo ninguna gracia, pero no tenía otra opción, o al menos no la encontraba.

—Ni se te ocurra moverte de aquí —espetó a Galván—. Vuelvo enseguida y me ayudarás a encontrar a Gare. Me lo dijo Lilian y no la creí, pero vas a solucionar eso de que no me recuerde...

Sin esperar contestación, para asegurarse de no recibir una negativa, salió corriendo de la estancia y se dispuso a cruzar por la galería.

—¿Dónde vas, zorra?

Ni siquiera se giró al escuchar los improperios de Cristian desde una de las columnas. Se limitó a volver por el mismo camino por el que había llegado hasta allí con la intención de regresar al lugar donde creía haberse reencontrado con Gare.

Las paredes eran puntiagudas y cortantes y estaba segura de poder usar uno de aquellos salientes como athame, si conseguía arrancarlo de las paredes. La otra idea que se le había ocurrido era bastante más desagradable.

Sin pensarlo mucho, cruzó el oscuro pasillo bajo las escaleras y regresó a la galería poco iluminada, buscó el saliente más a su alcance y que pareciera menos resistente y lo golpeó a patadas. Los primeros intentos fueron infructuosos.

—¡Vamos, vamos! Tienes que romperte —exclamó golpeando con todas sus fuerzas.

Finalmente, un trozo, apenas algo más grande que una astilla, salió desprendido. Lo recogió del suelo victoriosa y regresó a las escaleras. Cerró los ojos para armarse de valor, pero le costó conseguirlo.

Sin pensarlo en exceso, segura de que, si lo hacía, terminaría echándose atrás, se arrancó una de las mangas de su blusa y la impregnó en el viscoso liquido negro que bajaba por las escaleras.

—¡Por el Sol, qué asco! —exclamó cuando recogió la manga chorreante del suelo manteniéndola lo más alejada posible de ella. El olor era nauseabundo.

Con el improvisado athame y aquella masa viscosa como único aceite para ungir que había podido conseguir, regresó por debajo de las escaleras a la galería de columnas.

—¡Triz! ¡Por favor! ¡Sácame de aquí, te lo ruego! —Cristian cambió los insultos por súplicas.

—Lo siento, pero tenías razón antes. Soy una zorra, al menos con gente como tú, ahora puedes meterle mano a la columna —replicó, esta vez sí, deteniéndose junto a la puerta de madera y lanzó una mirada desafiante. Cristian agachó la mirada. Su cuerpo, ahora que había aceptado su destino, se pudría con rapidez. Triz aguantó una arcada y cruzó las puertas, que volvieron a abrirse solas.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —inquirió Galván al verla regresar.

—Me sigue faltando la cuerda...

—¿Aún rechazas la idea de los intestinos?

—No te creas. A alguno no me importaría arrancárselos —respondió Triz—, pero creo que tengo una solución menos traumática...

De los restos de la manga deshilachada, con sumo cuidado, intentó extraer el hilo más largo que

pudo conseguir, sin romperlo. Tuvo que hacer un par de tentativas, aun a riesgo de terminar rompiendo del todo la blusa y de tener que continuar el rescate en sujetador, pero, al final, consiguió uno que le pareció suficiente.

Con el improvisado athame dibujó un círculo en el suelo, el saliente era tan afilado que no tuvo problemas para grabarlo sobre la piedra. Después usó el mismo cuchillo para hacerse un pequeño corte en dos de sus dedos de la mano izquierda, el dolor fue intenso, pero la sangre no tardó en brotar de la herida. Deslizó el hilo por entre sus dedos para impregnarlo y lo ató, con delicadeza, alrededor del colgante de Gare. Por último, y teniendo que controlar los reflujos de su estómago, se ungió las manos del moho negro viscoso que impregnaba su manga y que desprendía un olor tan fétido que amenazaba con hacerle vomitar durante toda la eternidad.

Sin abrir los ojos, para no ver sus manos manchadas de aquella asquerosa viscosidad, formuló el hechizo de vinculación con el colgante cobijado entre sus manos:

—Que tu colgante y mi sangre vinculen nuestras almas mediante este conjuro. Que lo que es ungido y atado por la magia wiccana dentro de este círculo de poder se mantenga unido por toda la eternidad. Te quiero, Gare —pronunció, no olvidando verbalizar sus sentimientos—. Muy bien, creo que ya está. Ahora, acepto que estoy muerta y mi destino.

Las puertas de acceso a Marbhreilig volvieron a abrirse. En esta ocasión, apareció uno con los cielos azules y con un manto de césped.

—¿Es este? —inquirió Triz insegura.

—¡Sí! Es ese. ¡Vamos! —animó Galván que, con paso lento, se encaminó a la entrada—. No podemos dejar que se vuelva a cerrar o puede que no volvamos a encontrarlo.

Triz se dio prisa en cruzar al otro lado. Estaba alegre por estar más cerca del reencuentro con Gare y al mismo tiempo nerviosa, porque era la primera vez que ponía sus pies en el mundo de los muertos. No sabía de nadie que hubiera vuelto jamás de él.

En una primera impresión, no llegó a entender por qué Galván había calificado a aquel lugar como uno de los peores Marbhreilig. A simple vista, era mucho mejor que el que se había abierto para ella. Eso le hizo pensar que su eternidad no iba a ser muy apetecible y pensó en que no sería mala idea irse a vivir a Grawell, donde nunca envejecería, cuando todo aquello terminara. Lo único que rechinaba en aquella idea era tener que separarse de sus hijas.

Aquel Marbhreilig era agradable, el cielo tenía el color azul de antes de la tormenta solar y echaba

de menos aquel olor a hierba fresca. La única hierba que quedaba de donde venía era sintética. No tardó en descubrir, a unos metros de donde estaba, un lago de agua limpia. Salió corriendo hacia allí de inmediato.

Tentada estuvo de saltar de cabeza para liberarse del hedor a cadáver que se le había impregnado en la piel, pero se conformó con meter las manos y frotarlas enérgicamente para librarse de cualquier rastro de moho negro. Estuvo restregándose con brío, incluso por debajo de las uñas, hasta que una voz juvenil le habló a sus espaldas.

—Vamos. Gare y Lilian ya llevan tiempo en este lugar. Lo más seguro es que estén a punto de llegar a Ifrinn[7].

—¿A dónde? —llegó a preguntar Triz antes de quedarse sin habla al ver a un hombre joven de profundos ojos azules a su lado—. ¿Galván?

—Ifrinn es el centro de Marbhreilig, el lugar donde todos ellos convergen y a donde pedí a Lilian que llevara a Gare para encontrar el agua que emana del pensamiento. Es allí donde está encerrado el Dios Astado, el Dios que no muere —respondió el joven—. Y sí, soy yo, Galván, el último brujo de sangre —añadió tendiéndole la mano.

—Pero... ¿no eras anciano?

—El tiempo... tan largo a veces, tan efímero en otras ocasiones. Han sido muchos años, siete siglos, encerrado en Anwnn y allí, en la entrada al mundo de los muertos, el tiempo transcurre y se marca en la piel y en los huesos como muescas de un presidiario en la pared. En cambio, Marbhreilig es eterno, no tiene tiempo, y en él tengo la edad que tenía cuando los mundos estuvieron a punto de perecer por última vez.

—Ahora que has recuperado tu juventud, las fuerzas habrán vuelto a nivelarse y Astrid no podrá liberarse.

—Me temo que eso no es del todo cierto. Ahora tenemos más opciones de igualar la lucha, pero ellas nos siguen llevando ventaja. Tenemos que liberar al Dios Astado.

—Primero tenemos que encontrar a Gare.

—Creo que una cosa nos llevará a la otra. Mientras caminamos, tendré tiempo de seguir contándote la historia que hizo que termináramos en esta situación. El día en el que Astrid y yo tuvimos nuestro segundo sueño con los dioses.

13

Astrid, año 1336

Desde aquella mañana, en la plaza donde vieron a aquellas dos mujeres arder en la hoguera acusadas de brujería, la vida de Astrid se había puesto patas arriba. Había dejado de ser una niña y había pasado a ser una bruja, a descubrir una vida y unos secretos de su madre que hasta el momento le habían pasado inadvertidos. Aquel día dejó de ver la vida con los ojos de una niña de diez años.

Cuando le confesó a su madre que había soñado con un hombre con cuernos y una preciosa mujer de pelo rojo, esta se puso muy nerviosa. Tanto que ni siquiera le dijo nada cuando, al llegar a casa, le enseñó el grano hurtado. Lo que hubiera supuesto una preocupación para su madre, que su pequeña hubiera robado en el mercado, pasó a un segundo plano por una preocupación mayor.

Durante el resto del día, su madre estuvo paseando por el pequeño salón de su casa sin detenerse en ningún momento y negando con la cabeza mientras musitaba maldiciones y lamentos por lo bajo, a la vez que ella la observaba sin llegar a entender qué había hecho para que su estuviera así.

La había sacado de la plaza a tirones, angustiada por llegar a casa cuanto antes, sin decir una palabra salvo para exigirle que caminara más deprisa, y se habían encerrado, cerrando las contraventanas, como si su madre quisiera que nadie supiera que estaban allí, permaneciendo en la oscuridad.

Fue a última hora de la tarde, pensando Astrid que a su madre se le había olvidado hacer la cena, cuando esta cogió una vieja silla de mimbre y le pidió que se sentara. Obedeció sin preguntar. Si estaba enfadada, no quería enojarla más.

—Cuéntame más de ese sueño... —pidió su madre, sin dejar de caminar a su alrededor.

—Estaba en un lugar precioso en el que una mujer muy guapa, pero con poca ropa, de pelo rojo y ojos llenos de vida, me cogió de la mano y me invitó a pasear con ella. Del otro lado, apareció un hombre, también muy guapo, que me asustó en un principio porque iba con dos cuernos en la cabeza, como los cazadores a veces. Ya sabes que a mí no me gustan los cazadores, pero me miraba

con la misma mirada cálida que la mujer y también me ofreció su mano. Estuvimos un rato paseando, en silencio, por aquel lugar que olía a galletas y, cuando me di cuenta de que los cuernos del hombre no eran un adorno, sino que nacían de su cabeza, desperté.

—No lo entiendo... —musitó su madre—. ¿Qué pueden querer los dioses de mi pequeña? —preguntó sin esperar respuesta.

—¿He hecho algo malo? —inquirió Astrid al ver que su madre volvía a sumirse en sus pensamientos y sintiendo que el estómago ya empezaba a rugirle. Había pasado casi la mitad del día de su cumpleaños encerrada en la casa y sin que su madre se hubiera preocupado por hacerle aquellas galletas tan especiales. Tenía hambre.

—No, cariño, no has hecho nada malo —respondió su madre—. Es solo que creces muy deprisa y hay cosas que esperaba tener más tiempo para poder contarte de nosotras.

Su madre le explicó quiénes eran las brujas, por qué la gente les tenía miedo y, lo que más temor le daba contarle, que ellas dos lo eran. Que su padre no se había muerto en ninguna reyerta, sino que se había marchado de casa, incapaz de soportar que su mujer fuera una bruja y que su hija también estuviera destinada a serlo. Pero que, aun así, las quería y se había alejado de ellas para no tener que delatarlas. Que, si se habían mantenido en la pobreza y habían tenido que vivir en aquella pequeña casa, era para que nadie sospechara de ellas. Que, ahora que ella ya había recibido sus poderes, al ser tan fuertes como para haber soñado con los dioses, iban a estar siempre en peligro, ya no podrían quedarse a vivir en aquel lugar. Tendrían una nueva vida en la que comprendería muchas de las decisiones que había tomado.

No fue capaz de comprender la preocupación de su madre. No entendía qué significaba ser una bruja y no creía tener ninguno de esos poderes especiales de los que le hablaba su madre. Era solo una niña de diez años que tenía hambre y que estaba preocupada por quedarse sin galletas el día de su cumpleaños.

—Solo ha sido un sueño, madre. No es tan importante. Tengo hambre —confesó.

—¡Claro que es importante! —replicó su madre, haciéndole pegar un bote en la silla—. No hay nada más importante que los sueños.

—¿Comer? —protestó Astrid frotándose la tripa.

—Comer... Puede que así lo entiendas... ¿Sabes esas galletas que tanto te gustan? ¿Esas que solo te hago una vez al año para que sean especiales?

—¡Sí! —gritó Astrid— ¡Y he conseguido el trigo para que me las hagas!

—El trigo es lo menos importante de esas galletas, mi niña. Esas galletas son mágicas y son una receta que heredé de tu abuela y ella de su madre. Es una receta mágica que solo las brujas podemos hacer. Por eso te gustan tanto y, cada vez que las comes, me dices que te sientes como si hubieras viajado a un lugar mejor.

Desde ese momento, prestó más atención y empezó a entender qué eran y a qué se enfrentaban. No quería acabar por nada del mundo como aquellas dos mujeres que habían visto en la plaza. Si alguien se enteraba que soñaba con lo que los demás llamaban el Diablo y a quien su madre nombraba el Dios Astado, acabarían quemadas en una hoguera. Tenían que impedirlo, aunque para ello tuvieran que seguir haciendo sacrificios.

Con los años tuvieron que cambiar de casa, de ciudad, y a punto estuvieron de cambiar de país en un barco, pero no había lugar en el mundo en el que las brujas no fueran perseguidas, y más valía lo malo conocido que lo peor por conocer.

Astrid había dejado de ser una niña de diez años y se había convertido en una muy atractiva mujer a la que no pocos hombres habían rondado y de los que se había tenido que librar alegando tener que cuidar a su madre, la cual se valía por sí sola todavía, pero que no dudaba en simular estar desvalida para no tener que separarse de su única hija.

Habían terminado las dos viviendo en una pequeña casa de campo alejada de ciudades pobladas, aparentando subsistir de la lana que ofrecía un pequeño rebaño de ovejas que cuidaban, aunque en realidad comían de los frutos que, con sus artes mágicas hacían germinar en un pequeño huerto ubicado en la parte trasera de la casa.

Su madre le había enseñado todo lo que sabía de magia, a leer los libros de sus antepasadas y le había invitado a escribir el suyo propio, siempre que tuviera cuidado de que nadie, salvo ellas dos, pudiera llegar a verlo. Había sido su madre, su maestra, su compañera en aquel mundo que en un principio desconocía y que ahora dominaba. Le había enseñado todo salvo la receta de las galletas, que su madre se guardaba para sí misma con la intención de poder seguir sorprendiéndola de algún modo especial en el día de su cumpleaños.

«Si te enseño la receta secreta, te harías galletas todos los días, y eso haría que dejaran de ser especiales y que yo ya no tuviera ninguna utilidad para ti», le llegó a decir su madre ante su insistencia por conocer aquella receta.

A su manera, habían sido felices, pero esa noche se había despertado sobresaltada. En el día de su vigesimoquinto cumpleaños, cuando ya se había acostumbrado a dormirse sin esperar volver a verlos, había vuelto a soñar con los dioses. El Dios Astado se mostraba imponente, musculoso, sereno; la Diosa Luna estaba radiante, bella, preciosa, con su ahora pelo negro y aquel cuerpo perfecto medio desnudo que había llegado a ruborizarla. Un rubor que fue a más cuando le tomó el rostro entre sus suaves y cálidas manos, la besó y le provocó una ola de emociones y sensaciones hasta entonces desconocidas. Se había despertado completamente turbada por la ensoñación, con la misma sensación de felicidad y bienestar que le causaban las galletas secretas, y su madre tenía que saberlo.

Su cara, normalmente serena, mutó cuando se sentó frente a ella mientras tejía y le dijo que había vuelto a soñar con los dioses. Le contó cada detalle: cómo la mirada del Dios Astado le había infundido respeto y lo amenazantes y fieros que le habían parecido sus cuernos, cómo la Diosa Luna ya no vestía de verde como la primera vez, ni su pelo era rojo como el fuego, sino que llevaba un vestido blanco como si la luna, de la que recibía el nombre, hubiera bajado a vestirla y cómo su pelo lucía de un negro tan oscuro como una noche de invierno sin estrellas.

—Madre, he despertado cuando la Diosa Luna me ha besado en los labios... —musitó avergonzada.

Su madre se quedó en silencio, con la mirada perdida más allá de las paredes de su cabaña. Astrid estaba a punto de repetir lo del beso con la Diosa Luna, segura de que su madre ni siquiera la había escuchado, cuando esta recuperó la movilidad de pronto y, de un salto, se puso en pie.

—Tenemos que irnos —anunció.

—¿Por qué? ¿A dónde? No voy a contarle el sueño a nadie, madre. No hay nadie cerca que pueda descubrir quiénes somos. No tenemos por qué volver a huir.

—Esta vez no vamos a huir. Tenemos que reunirnos con las otras, hay que reunir al Consejo. Eres demasiado importante como para seguir ocultándote. Algo importante está en camino y tienen que saber que tú eres la primera bruja que soñó con los dioses a la edad de diez años. Deben conocer este segundo sueño. Si nuestros antepasados estaban en lo cierto en sus escritos, la Diosa Luna ha completado su fase adulta y se acerca a la fase de anciana.

—¿Y eso es importante? —preguntó Astrid sin llegar a entender del todo.

—Si los escritos sagrados son correctos, la Diosa Luna completa cada una de sus fases cada diez

soles negros[8]. La primera vez que soñaste con ella estaba en su fase de virgen, ahora la has visto en su fase de madre y, por lo que me cuentas, por el beso que te ha dado, te ha elegido a ti como su hija en la Tierra.

—El beso no era como el que le da una madre a su hija... De eso estoy segura.

—Lo importante es que, cuando la Diosa Luna supere la fase de madre, entrará en la de anciana, y entonces...

—¿Entonces qué, madre?

—Una desgracia caerá sobre toda la Tierra y sobre todos los hombres.

—¿Y no les estará merecido por quemarnos en la hoguera por el simple hecho de ser brujas?

—No lo entiendes. No solo este mundo sufrirá. Lo harán todos y todos sus habitantes, incluidas nosotras.

—¿Aisling también está en peligro? Es mi mundo preferido...

—Todos, cariño, incluido el mundo de los sueños.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé. Soy solo una simple bruja... ni siquiera comprendo por qué la Diosa Luna y el Dios Astado te han elegido a ti de entre todas nosotras... Por eso, tenemos que ir a hablar con el Consejo.

—Madre, antes de que nos vayamos tengo que contarle algo más. El Dios Astado y la Diosa Luna no fueron los únicos que aparecieron en mis sueños. Había alguien más: un hombre.

—Otro brujo... Estoy segura de que el Consejo nos ayudará a encontrarlo. Puede que él ya haya acudido y nos esté esperando.

14

Vidas infinitas

Gare volvió a desesperarse cuando intentó saciar su sed con el agua del lago. En cuanto quiso dar un sorbo de sus manos, se esfumó como un espejismo en medio del desierto y cayó como arena entre sus dedos. Pateó el suelo con rabia y, sin que Lilian pudiera hacer nada para evitar su acto impulsivo, se arrojó al lago de cabeza. Lilian, al verlo hundirse en las profundidades del lago, se arrojó tras él, pero la falta de voluntad de Gare por salvarse le imposibilitaron el rescate.

Tuvo que volver a la superficie cuando el aire empezó a faltarle en los pulmones y temió ahogarse con él. Gritó desesperada para ver si con sus lamentos le convencía, pero Gare seguía negándose a salir a flote. Alrededor de su cuerpo, el agua se iba convirtiendo en pesada ceniza y eso le ayudaba a seguir sumergido.

Lilian, impotente, regresó a la orilla y se echó a llorar con la cabeza entre las manos. Aquella tenía que ser la cruel broma de la voz. Volver a ofrecerle una vida con Gare, aunque fuera en muerte y no en vida, y arrebatársela al poco tiempo. Era cruel, ni siquiera le había dado la oportunidad de que sus besos despertaran en él algún tipo de sentimiento. Compungida, volvió a desear no haber hecho nunca ningún pacto con la voz. Su estancia en el mundo de los muertos hubiera sido menos traumática sin tener que lamentar la pérdida de nadie.

—Esto es una mierda infinita —protestó entre toses alguien a su espalda unos pocos minutos más tarde, cuando las lágrimas ya se secaban en su rostro y los lamentos eran secos, como su corazón, tras la pérdida.

Lilian se giró sorprendida al reconocer la voz. Gare caminaba hacia ella.

—¡No vuelvas a hacer eso! —le recriminó mientras le asestaba golpes en el pecho con furia, y sin que Gare hiciera nada y tras el inicial ataque de rabia, le besó aliviada de volver a tenerlo a su lado—. Ni se te ocurra volverme a hacer creer que te pierdo, ¿entendido? —Pero Gare no respondió. Estaba pensativo, cabizbajo, apático—. ¿Qué te ocurre?

—Sigo sin entenderlo...

—Está claro que no podemos salir de este sitio. Si mueres, vuelves al principio.

—Sí, eso lo entiendo. Es como un videojuego de terror con vidas infinitas... Lo que no comprendo es lo siguiente: si este lugar convierte en ceniza todo lo que deseamos y dices que eres mi esposa y que me quieres, ¿por qué no me convierto en ceniza cada vez que tú me besas?

—Quizás, porque este lugar ofrece lo que uno desea y no le permite alcanzarlo. Yo te deseo y por eso este lugar me mantiene a tu lado, pero hace que no me recuerdes y que mis besos no signifiquen nada para ti, que no te hagan sentir nada. Eso es cruel.

—¿Y cuándo terminará todo esto? ¿Va a ser así eternamente? Porque no lo soporto...

—No. Estoy segura de que cambiará cuando encontremos el manantial de las aguas del pensamiento y podamos pedir un deseo. Solo tenemos que beber de ellas.

—Y que no se conviertan en ceniza en mi garganta al hacerlo... —musitó Gare—. Ya era agónico morir ahogado en el agua como para que ahora haya reiniciado de nuevo ahogándome en cenizas. Todavía puedo sentirlas raspándome en la garganta. Además, este lugar no nos dejará llegar nunca allí. Es imposible que derrotemos a las enfermeras zombis nosotros dos solos.

—Es posible, pero lo que no vamos a dejar es de intentarlo. No me pienso rendir nunca —animó Lilian.

—¿Sientes algo cuando nos besamos? —inquirió Gare.

—Sí, yo sí. Eso lo hace más frustrante, creo... ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, si tú sí sientes algo, al menos, puedo darte las gracias por intentar animarme, Lily... —dijo Gare antes de rodear a Lilian por la cintura con sus brazos y besarla. Aunque no sentía nada al hacerlo, por primera vez en aquel lugar, se dejó llevar. Si ella estaba dispuesta a enfrentarse a aquella pesadilla solo por la esperanza de que en algún momento pudiera recordarla, qué menos que no rendirse y agradecérselo.

—Definitivamente, tenemos que encontrar ese manantial cuanto antes —repuso Lilian acalorada cuando sus labios se separaron.

—Vamos allá de nuevo.

Abandonaron el lago e iniciaron el camino hacia la colina. Cuando se perdieron por el horizonte, las puertas del Marbhreilig se abrieron, pero ellos no llegaron a verlas.

Continuaron caminando, dejando atrás mesas con víveres y dulces de las que solo cogían los cuchillos para ir más preparados para el futuro enfrentamiento con las enfermeras zombis, hasta llegar al lugar donde tuvieron el primer encuentro con la Viuda Negra, pero en esta ocasión no fue la silueta de una mujer atractiva lo que se dibujó en el horizonte.

—Parece que en este lugar no sirve de nada la experiencia aprendida —se quejó Gare—. Tenía la esperanza de convencer a Scarlett de que nos acompañara a derrotar a las enfermeras, siempre y cuando se estuviera calladita. Estoy seguro de que su experiencia en batallas nos hubiera venido de perlas.

—Mejor así, me hubiera puesto celosa tener que ver cómo la miras todo el camino. Por muy útil que nos hubiera sido, creo que la habría clavado uno de estos cuchillos antes de llegar a la colina.

—¿Eres celosa?

—Un poco... —intentó disimular Lilian.

—Qué raro... No es que recuerde nada nuevo, pero sí que sé que siempre pensé que los celos eran un defecto, más que una cualidad, en la pareja, y siempre he huido de ellos.

—¿Reconoces a esa señora? Parece mayor —preguntó Lilian en un intento de cambiar de tema.

La mujer caminaba hacia ellos con paso lento, cansado, andaba con dificultad y parecía arrastrar los pies, pero, cuando la luz dejó descubrir quién era, Gare se alegró más que al ver a la Viuda Negra.

—¡Mamá! —gritó. Y salió corriendo hacia ella. No había corrido tanto en su vida. Sus pies parecían volar sobre la hierba.

—¡Gare! ¡Cuidado! —gritó Lilian advirtiéndole.

Se detuvo en seco. Los sentimientos de alegría y euforia al verla se truncaron en otros de tristeza y rabia. De tristeza por ver a su madre en aquel lugar, de rabia por no poder abrazarla y besarla, sin que se deshiciera en cenizas.

—Mi madre no está muerta. No puede ser ella, del mismo modo que antes Scarlett no era Scarlett —pensó en voz alta.

—Por eso te he dicho que tuvieras cuidado. No te puedes fiar de este lugar. Es solo una tentación más para distraerte de tu objetivo, cariño.

—Esta vez se lo ha currado este sitio... No recuerdo la última vez que la vi.

—La viste en nuestra boda, tonto —añadió Lilian. Era mentira, pero intentaba animarle. Ella ni siquiera conocía a aquella mujer. Si no hubiera sido por el grito que había dado Gare antes de salir corriendo, no sabría que era su madre.

—Verás cómo me pregunta si he comido bien —comentó Gare e intentó sonreír.

Su madre llegó a su lado. Se le quedó mirando de arriba a abajo y dijo:

—Hay que ver lo gordo que estás, hijo. Tú que antes no engordabas con nada, y hay que ver cómo te has puesto.

—¿En serio, mamá? ¿Eso es lo primero que me vas a decir? —rio Gare.

—Si es que te vas a enfermar si sigues engordando —replicó ella—. Deberías cuidarte y hacer más ejercicio.

—Te puedo asegurar que aquí me tienen a dieta, y dudo que pueda enfermar. Y por el ejercicio no te preocupes, me tienen todo el día de arriba abajo, paseando.

—Pero con cuidado, ¿eh? No vaya a ser que luego te duela todo como a mí. No te haces a la idea de lo mucho que me molesta la espalda. Ni siquiera puedo estar diez minutos de pie sin que empiece a dolerme. ¿Ya duermes bien?

—Poco, mamá, poco. —Sonrió Gare. Se acababa de dar cuenta de lo mucho que echaba de menos a su madre.

—En eso estamos igual. Yo también duermo fatal.

—Qué raro que te quejes... ¿No tienes nada más que decirme?

—¿Quién es esa chica? Es guapa...

—¿No la recuerdas de nuestra boda? —preguntó Gare.

—¿Tú? ¿Casado? —inquirió su madre—. Si nunca has pensado en hacerlo. Salvo con aquella chica... ¿cómo se llamaba? Bueno, es igual... A esta nunca me la has presentado.

—Debe de ser una versión de tu madre anterior a que nos conociéramos —susurró Lilian al oído de Gare.

—Sí, mamá, casado. Te presento a Lilian.

—Es mona, pero no se parece en nada a esa otra chica que te gustaba cuando eras un crío. Siempre pensé que acabaríais juntos, pero la vida da tantas vueltas...

—¿A qué otra chica te refieres? —preguntó Gare, incapaz de recordar en qué otra pudiera estar pensando su madre.

—Triz, Triz Cooper se llamaba. Una chica muy especial, me decías cuando hablabas de ella en casa. No dejabas de hablar de ella, pero eras tan vergonzoso que nunca le dijiste nada.

—¿Triz? ¿Quién demonios es Triz? —preguntó Gare y miró a Lilian a ver si ella podía sacarle de dudas.

—Será alguna compañera, sin importancia, del colegio cuando eras un niño —respondió Lilian y se encogió de hombros. Tuvo que disimular la ira que sentía arder por dentro y que amenazaba con hacerle gritar.

—¿Y por qué es la segunda vez que me la mencionan desde que estoy aquí? —interpeló Gare, al recordar que aquel mismo nombre, Triz, se lo había mencionado también Cristian antes de cruzar las puertas hacia aquel lugar.

—Tenemos que seguir. Cuanto antes lleguemos al manantial, antes despejarás tus dudas —propuso Lilian en un intento por cambiar de tema. Se le encogía el estómago cada vez que oía hablar de aquella bruja estúpida que la había enviado allí clavándole una estaca de madera en la frente. Sabía que Gare estaba enamorado de ella antes de morir, lo que no pensaba era que sus sentimientos hacia ella vinieran de tan lejos. Si volvían a reencontrarse antes de que Gare pidiera el deseo, no iba a poder evitar que esos sentimientos renacieran—. Es mejor que te despidas de tu madre —aconsejó.

—Sí. Tienes razón. A ver qué más sorpresas nos depara este sitio... —Gare se giró hacia su madre—. Sé que no eres la de verdad, pero a ella tampoco se lo digo muy a menudo, así que... Te quiero, mamá, y te echo de menos.

—Qué tonto eres... —replicó su madre, aunque se le dibujó una sonrisa en los labios—. Cuídale —pidió dirigiéndose a Lilian—. Siempre ha sido un poco torpe.

—¡Mamá!

—Tranquila, le cuidaré lo mejor que pueda. Se lo juro —aseguró Lilian—. Ahora tenemos que irnos.

—Si continúas caminando hacia allí —indicó Gare con la mano hacia el lugar desde el que ellos venían—, encontrarás un lago precioso. Espéranos allí, ¿de acuerdo?

Se negó a abrazar o dar un beso a su madre. Aunque no fuera la real, se negaba a verla desaparecer envuelta en cenizas. Aquel lugar deshacía cualquier cosa que deseaba, y en el pódium de esos deseos estaba un abrazo de su madre. No podía arriesgarse. Si le mandaba esperarles en el lago, era porque confiaba en que, si las enfermeras zombis volvían a ganarles la batalla, pudiera encontrársela allí al reiniciar. Verla seguro que le animaba a volver a intentarlo, en lugar de sentir la necesidad de volver a arrojarse al agua.

—¿Vas a venir a cenar? —preguntó su madre cuando ya se despedían—. Hoy es sábado, tocan huevos con patatas.

—Sí, tranquila —contestó Gare con los ojos humedecidos—. No me los perdería por nada del mundo.

Cuando su madre se alejó ni siquiera se giró a mirarla. Estaba seguro de que, si lo hacía, echaría a correr tras ella para abrazarla. Con el fin de evitarlo, se agarró con fuerza a la mano de Lilian y aceleró el paso hasta que una nueva mesa con tentaciones se interpuso en su camino.

—¡Hay que ser cabrones! —gritó, sin poder parar de reír al verla, mirando de nuevo a lo alto, seguro de que alguien estaba allí arriba, tras aquellos falsos fluorescentes que se asemejaban al cielo, disfrutando de aquel sádico juego.

—¿Qué pasa? —interrogó Lilian sin entender. Aquella mesa era parecida a otras que se habían ido encontrando por el camino.

—Odio el zumo de naranja. En realidad, odio todos los zumos y las bebidas alcohólicas, pero el zumo de naranja en particular porque es el que se empeñaba en hacerme Doto cada mañana.

—Sí, lo sé. Por eso en nuestra primera cita pedimos agua de chocolate y agua de palomitas.

—Me muero de sed, cada vez que intento beber agua se me llena la boca de ceniza y, ¿qué hay en la mesa? —preguntó con ironía Gare.

—Zumo de naranja.

—Pues eso...

—Al menos, podrás beber algo.

—No lo creo. Tengo tanta sed que hasta el puto zumo de naranja me resulta apetecible.

Gare tenía razón. En cuanto se llevó un poco de zumo a los labios, se convirtió en un polvo que le secó, aún más, la boca.

—Vámonos —dijo maldiciendo entre dientes—. Tengo tan mala hostia y tanta sed ahora mismo que, como me encuentre a las enfermeras zombis, me hago un zumo con sus tripas.

No tardaron en llegar a la colina. Esta vez Gare ni protestó. Creía saber lo que iba a encontrar arriba y no iba a ser descanso. Sacó los cuchillos de los bolsillos del pantalón y se preparó para, al alcanzar a la cima, enfrentarse con las enfermeras. Al menos, esta vez, si no las vencía, igual volvía a reencontrarse con su madre. En cuanto pudo observar qué había al otro lado de la colina, se dio cuenta de que aquello también había cambiado.

—Esto no es la ciudad zombi de antes —comentó Lilian.

—No, esto es Londres, y me temo que ahora no vamos a tener que enfrentarnos a un ejército de enfermeras zombis.

—¿Te temes? ¿Acaso puede haber algo peor? ¿A cuál de tus videojuegos pertenece este lugar? ¿A quién vamos a tener que enfrentarnos?

—A Jonathan Reid, el médico convertido en vampiro de *Vampyr*[9]. Me temo que los cuchillos que hemos ido cogiendo por el camino no van a servirnos de nada aquí. No son de plata.

—¿Solo a un vampiro? —inquirió Lilian con una sonrisa irónica.

—¿Te parece poco?

—No soportan la luz del sol y mueren si se les atraviesa el corazón con una estaca de madera, ¿verdad?

—Verdad. ¿Tienes alguna?

—Muchas —respondió ella y volvió a convertir sus dedos en ramas.

—¡Joder! —exclamó Gare—. ¿Lo hiciste de verdad?

—¿El qué?

—¡Sacar ramas de tus dedos! Creí que había sido alguna alucinación provocada por el calor y la sed cuando nos enfrentamos a las enfermeras. ¿Cómo coño haces eso?

—Soy bruja, pero ya te lo explicaré si conseguimos deshacernos de... ¿cómo has dicho que se llama?

—Del Doctor Reid.

—Venga, vamos. Estoy segura de que no va a salir a recibirnos aquí con este sol. Tendremos que adentrarnos ahí.

—Siempre que lo he hecho ha venido él y con sed de sangre...

—Bueno, ahora no me vas a negar que no vas a entrar también con sed.

—Serás... bruja.

15

Soy una bruja y tengo que hacer algo

Al ver que los aparatos de su madre habían dejado de funcionar, Alana se asustó. Estaba segura de haber conectado bien la TVE antes de dejar de usar su energía. Su madre no parecía experimentar ningún cambio en su estado, pero los aparatos, que antes marcaban sus constantes vitales, ahora no emitían ninguna señal.

—Cuando los dejé estaban bien —intentó justificarse.

—Sí, tranquila. Será algún fallo del aparato —explicó Nara en un intento por serenar a la niña, pero estaba igual de asustada. Que las constantes vitales de Triz hubieran dejado de producir señal solo podía significar una cosa. «Me dijiste que ibas a ir solo a Anwnn. Espero que sepas lo que haces y que sepas volver pronto».

—¿Se va a arreglar? —inquirió Alana, a quien el temor no se le pasaba.

—Seguro que sí. Cogimos un par de modelos del hospital, le cambiaré los aparatos y verás cómo vuelve a la normalidad —mintió Nara. No quería preocupar a la niña—. Tienes que regresar al colegio y recoger a tu hermana. Están a punto de acabar las clases y se va a asustar si no te ve. Después, llévala a mi casa. Para cuando regreses, el aparato ya funcionará bien. Venga, no pierdas tiempo.

—Tengo un truco para llegar muy rápido a todas partes —respondió Alana antes de salir corriendo al patio trasero.

Desde que se chocó con la puerta del sótano, la primera vez que usó su magia de teletransporte, sabía que, para cualquier traslado largo, tenía que estar al aire libre. Cerró los ojos y se esforzó en recordar los detalles del patio de recreo de su colegio. No quería aparecer en la entrada, porque a esa hora ya habría varios alumnos allí. Era más seguro que se apareciera en el patio, donde ya no habría gente, dado que todos estarían más pendientes de salir de clase que de mirar hacia allí.

En esta ocasión ni lo celebró cuando, al abrir los ojos, se encontró en el lugar que había imaginado. Ya habría sonado la campana y su hermana la estaría esperando fuera para ir al parque donde solían esperar al marido de Nara. Esta vez tendría que convencerla de que tenían que irse directas a casa. Esperaba que no pusiera pegas cuando le propusiera hacerlo con su magia.

Cruzó el colegio a la carrera tras entrar por la puerta trasera y subió a su clase para recoger su mochila. Los pasillos estaban llenos de niños hablando junto a sus taquillas. Maya estaba en la puerta, donde la esperaba cada día, con la mochila al hombro.

—Hoy no vamos a poder quedarnos en el parque —le anunció en cuanto esta le agarró la mano.

—¿Por qué? —protestó Maya y apretó los labios en un mohín—. Carla, Aliona y Yoanna van a ir y quiero jugar un rato con ellas.

—Ya jugarás mañana. Hoy tenemos que ir a casa de Nara directas.

—Jo, ¿y van a venir a buscarnos al cole? —interrogó Maya, que se había soltado de la mano de su hermana y se había cruzado de brazos.

—No. Vamos a tener que irnos de la misma manera que salimos por la ventana de tu habitación —susurró Alana al oído de la pequeña.

—¿¡Con magia!? —gritó Maya con entusiasmo y volvió a agarrarse a la mano de Alana.

—Sí, pero no grites —reprochó Alana e intentó asegurarse de que nadie hubiera prestado atención a las palabras de la pequeña. Por suerte, todos parecían más ocupados en sus conversaciones y en esperar al autobús—. Ven, sígueme.

Maya no puso más objeciones. Deseaba volver a probar la magia de su hermana desde que salieron por la ventana de su cuarto. La primera vez le había pillado tan por sorpresa que no estaba segura de no seguir dormida. Solo cuando se vio corriendo por el jardín fue consciente de lo que había pasado. Ahora el viaje iba a ser más largo y estaba segura de estar despierta.

Alana la llevó a un callejón entre dos casas abandonadas. Por suerte o por desgracia, desde la Tercera Guerra eran muchos los edificios que habían terminado en aquel estado y muchos los lugares por los que no transitaba casi gente en la ciudad y en los que era fácil ocultarse de la mirada de los curiosos.

—Dame la mano. Es la primera vez que voy a intentar un viaje tan largo llevando a alguien

conmigo, así que no te sueltes pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Maya asintió y se agarró con las dos manos a su hermana. Después se soltó y las frotó contra sus pantalones. Estaba nerviosa, le sudaban las manos y quería estar segura de no irse a soltar. Al ver como su hermana mayor cerraba los ojos y apretaba los labios, ella, sin saber por qué, hizo lo mismo.

—¡Eres genial! —gritó al tiempo que abrazaba a su hermana al volver a abrirlos—. ¡Ha sido alucinante!

No habían pasado ni unos segundos y ambas, al abrir los ojos, habían aparecido en el patio trasero de la casa de Nara.

—¿Les puedo decir cómo hemos llegado tan pronto?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Alana al ver que su hermana quería desvelar su magia a los hijos de Nara—. Este tiene que ser nuestro secreto.

Casi tirando de la mano de su hermana, subieron a la habitación. Quería dejar sus cosas y volver corriendo a su casa a ver si el aparato de su madre había vuelto a funcionar. Dejaría a Maya con Atzu para que la cuidara.

El chafya las esperaba en la habitación tumbado sobre la cama. Tras ayudarlas en la casa a bajar los cuerpos y recuperar su habitual tamaño de gato menudo, había regresado a la casa. Siempre solía comportarse de la misma manera: si no había peligro o si Alana no le necesitaba, solía quedarse dormido hecho un ovillo.

—Atzu, necesito que cuides de Maya. Tengo que salir un rato. ¿De acuerdo?

«Sí», escribió Atzu sobre su piel tras un pequeño estornudo.

—Si lo haces bien te daré parte de mi zumo de esta noche —prometió Alana—. Hoy te lo has ganado. —Al Chafya le brillaron los ojos, se irguió sobre sus tres patas, abandonó su esquina en la cama y saltó sobre el regazo de la pequeña.

—Para, para, que me haces cosquillas —rio Maya mientras jugaba con el cariñoso ser.

En ese momento, Alana escuchó unos golpecitos en la ventana de la habitación. Curiosa, y algo preocupada, se asomó. El corazón casi se le para cuando vio a Joel en el patio trasero arrojando guijarros contra su cristal.

Instintivamente miró al cielo. Estaba despejado, como casi todos los días, pero eso no la tranquilizó. Estaba igual que en su sueño. ¿Iría a hacerse realidad tan pronto? No se quedó a comprobarlo.

Dejando a Joel con la palabra en la boca esperando a que abriera su ventana, vació su mochila sobre la cama y salió a la carrera a la calle, por delante de la casa, al no poder usar su magia.

Cruzó un par de manzanas sin dejar de echar miradas al firmamento y llegó a su vivienda alterada. Sin ni siquiera saludar, subió a su cuarto, recogió todas las pertenencias que para ella eran importantes y que pudo meter en la mochila, pasó por el cuarto de su hermana a rescatar todo lo que pudiera y, ya a salvo de miradas indiscretas, usó su magia para bajarlo hasta la puerta del sótano.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó Nara al verla entrar—. ¿Ocurre algo? —interrogó al ver a la niña vaciar su mochila en el suelo sin decir nada y salir a la carrera escaleras arriba.

—¡Joel estaba tirando piedras contra la ventana de tu habitación de invitados! —gritó Alana sin mirar atrás para no perder ni un segundo de su tiempo y sin darle tiempo a Nara a volver a preguntar.

Quería poner a salvo la mayor cantidad de artículos posibles. A la siguiente habitación que entró fue a la de sus padres. Allí cogió lo que su madre tenía sobre la mesilla y dentro de los cajones. Cuando ya no le cabían más cosas en la mochila, agarró el resto entre los brazos y regresó al sótano.

—¿Se puede saber qué ocurre? —interrogó Nara, que en ese lapso había cubierto los cuerpos con mantas y se había arrinconado en una esquina—. ¿Joel no es el chico que va a clase de mi hijo mayor?

—El mismo. En mi sueño, el del cuervo del que te hablé, vi a Joel tirar piedras contra esa misma ventana. Es lo que soñé antes de que el rayo verde cayera en la casa —respondió Alana mientras vaciaba la mochila.

—¡Entonces no puedes volver a salir! Es peligroso —consideró Nara sin moverse de su rincón. Si algo había aprendido en los años de aprendizaje junto a Triz, era a hacer caso a los consejos de las brujas y después preguntar. Alana había dicho que se protegiera y no lo había dudado un instante.

—¡Solo un viaje más! En mi sueño, un chasquido se oyó en el cielo antes de la llegada del rayo. Soy muy rápida, si oigo el chasquido, volveré —prometió Alana sin dar tiempo de réplica a la amiga de su madre. Para cuando Nara intentó protestar, y dado que sus miedos le hacían moverse con

lentitud, ya había salido corriendo y aparecido en la segunda planta de la casa.

Recogió unas cuantas pertenencias más de su cuarto y del de su hermana y, antes de regresar al sótano, miró por la ventana en un intento por tranquilizarse, con la esperanza de que todo siguiera como siempre y que aquello solo fuera una falsa alarma. Abrió la boca sorprendida y cerró los ojos asustada al creer ver un pequeño destello verde a lo lejos. Pensó en la puerta del sótano justo en el momento en el que un chasquido retumbó en el firmamento e hizo temblar los cristales de la habitación.

—¿Es el rayo? —gritó Nara asustada al oír el ensordecedor ruido.

—¡Sí! Pero me da tiempo a un viaje más. El rayo viajaba lento en mi sueño.

—¡No puedes arriesgarte! —gritó Nara, segura de que, si le pasaba algo a la hija de su amiga, esta no iba a perdonarla nunca, pero Alana era muy rápida y decidida.

Por última vez salió del sótano, subió a las habitaciones y se asustó al ver el cuerpo de la bruja pelirroja oculto en un rincón. Reaccionó rápido al comprobar que de su frente salía un enorme trozo de madera y que no iba a poder hacerle nada y volvió a llenar la mochila con recuerdos. En cuanto el rayo cayera, todo iba a desaparecer. Un destello de luz verde cruzó por su ventana. Se había quedado sin tiempo. Cerró los ojos y apareció en la puerta del sótano.

A Nara no le dio tiempo a decir nada. Alana entró a la carrera y se arrojó entre sus brazos, sin tiempo siquiera para volver a vaciar su mochila, en el momento justo en el que un ruido ensordecedor golpeó sobre sus cabezas. Se limitó a agarrar a la niña, a protegerla con su cuerpo y a desear que el techo aguantara y no se les cayera encima.

El suelo de la casa, el techo del sótano, recubierto de un material incombustible y resistente a las bombas, obligatorio en todas las construcciones después de la Tercera Guerra, conocido con el nombre de *starlite*[10], aguantó el golpe y sobre las cabezas de Nara, Alana y los cuerpos de Triz y Gare solo cayó una fina capa de polvo blanco.

Nara fue la primera en recuperar la movilidad, transcurridos unos minutos tras el impacto, y de atreverse a abrir la puerta que daba a la casa. Aun estando segura de que aquel estruendo habría provocado graves daños, no pudo evitar asustarse al ver las llamas verdes que seguían consumiendo los escombros. Salvo un trozo de la pared de la cocina, no quedaba nada en pie en aquel lugar y la casa de la que era su mejor amiga se asemejaba a uno de los muchos edificios derruidos durante la Tercera Guerra. En realidad, estaba incluso en peor estado que algunas construcciones que habían

soportado el impacto de las bombas.

Solo un «gracias» salió de su boca cuando regresó al lado de Alana. Era la segunda vez que aquella familia de brujas le salvaba la vida. La primera vez fue Triz, durante la tormenta solar cuando, alertada por sus sueños, se presentó en su casa y le avisó de lo que se avecinaba. Juntas compraron víveres y agua en abundancia ante la mirada incrédula de sus respectivos maridos ante su extraño comportamiento. Por fortuna, su marido la creyó cuando le dijo que tenían que irse al sótano de su amiga con sus hijos. Allí se encontraban cuando el sol escupió las llamaradas que arrasaron el planeta.

Ahora había sido la hija, Alana, y en aquel mismo sótano de años atrás, quien la había salvado. Sin sus sueños premonitorios, el rayo la habría pillado de lleno en una de aquellas habitaciones que ahora solo eran restos carbonizados.

Alana también salió a ver lo que quedaba de su casa. Para ella, el impacto fue menor, ya que el lugar estaba exactamente igual a como lo había visto en sus sueños.

—Tienes que irte a mi casa —le dijo Nara—. Aquí no puedes quedarte. Yo me encargo de seguir protegiendo a tu madre.

—Pero... los aparatos siguen sin funcionar —observó Alana.

—Ya no importa. A la casa ya no llega la electricidad. Aunque funcionaran, ya no podríamos enchufarlos. Tienes que irte antes de que venga la policía a investigar. Yo me encargaré de que no descubran el sótano. Venga, a casa.

Alana aceptó, no sin antes despedirse de su madre con un beso. La cara de Triz estaba fría, pero a su hija no le importó. Atravesó los restos de la casa intentando evitar las llamas verdes que estaban extinguiéndose al no encontrar ya nada más que arrasar y regresó a la casa de Nara llevando con ella, en la mochila, los artículos de Maya que había rescatado para, al menos, apaciguar a la pequeña. Ya haría más viajes para ir llevando los suyos.

Antes de cenar tranquilizó a su hermana y a Atzu, que habían visto el rayo verde pasar por la ventana, diciéndoles que su madre estaba bien.

Sin sueño, nerviosa y segura de no irse a dormir, pero intentando que sí lo hiciera su hermana, se fue a acostar.

Se despertó al sentir una mano sobre su hombro y oír una voz dulce y cálida llamándola por su nombre.

—Alana, despierta. Tienes que ayudarme —pidió, sin mover los labios, una preciosa mujer de larga melena rubia y profundos ojos verdes.

—¿Quién eres? —preguntó Alana intentando sentarse en la cama, pero la mano, suave pero firme, de la mujer se lo impidió.

—Soy Astrid, una amiga de tu madre. Me ha pedido que venga.

—¿Astrid? ¿La del grimorio del que habla mi madre en su libro de las sombras?

—Esa misma —respondió la mujer, que seguía sin mover los labios—. Tu madre y yo somos amigas.

—Mi madre no está.

—Lo sé, por eso vengo a pedir tu ayuda. Eres una bruja muy poderosa, puede que la más poderosa de nosotras. Estoy atrapada y te necesito... Si me ayudas, tu madre podrá regresar antes.

—Te ayudaré —aceptó Alana confiada, alegre de que contaran con ella por fin y de poder ayudar al regreso de su madre—. ¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que venir al bosque de Otsa. Allí encontrarás una cueva junto a un pequeño lago y una catarata. Tienes que ir allí y liberarme.

—Pero ese bosque está muy lejos, ¿cómo voy a hacer para llegar? —Alana había leído sobre aquel lugar en el libro de las sombras de su madre.

—Usando tu magia.

—¿Sabes cuál es mi magia? —inquirió Alana segura de que solo su madre, su hermana y Nara la conocían. Se preocupó porque había prometido que la guardaría en secreto y cada vez eran más las personas que se enteraban. Eso podría enfadar a su madre, y no quería eso.

—Claro. Todas las brujas conocemos tu magia. Tú vas a hacer que esta vuelva al mundo. Pero para ello tienes que liberarme. Solo así podré traer de vuelta a tu madre y juntas, las tres, devolver la magia al lugar que le corresponde.

—¿Puedes traer a mi madre?

—Claro... Soy la primera gran bruja, ¿recuerdas? Pero un hombre malo me tiene atrapada en esa cueva.

—¿Un hombre malo como el de mis sueños?

—Peor. Más malo aún. —La voz de la mujer sonó en la cabeza de Alana más asustada.

—Vale. Cogeré a Atzu y me iré al bosque a ayudarte.

—¡No! —La voz resonó en su cabeza con fuerza—. El chafya no puede venir —repuso Astrid y echó una mirada de desprecio a Atzu, que dormía a los pies de la cama de Alana.

—¿Por qué? Atzu me protege y, si hay un hombre malo en la cueva, voy a necesitar ayuda.

—Atzu se tiene que quedar aquí protegiendo a tu hermana y a tu madre. ¡Mira qué ha pasado con el rayo verde! Si no llega a ser por ti, tu madre ya no podría regresar. Si tú te vas, alguien tiene que quedarse —repuso Astrid, quien recuperó la dulzura en su voz en un intento de disimular su impetuosa primera reacción.

—Es verdad. Alguien tiene que proteger a mi hermana y mi madre. Y Atzu es el único que tiene magia para hacerlo. Yo he practicado mucho la mía, sabré defenderme.

—Tienes que ir sin que nadie te vea, para que el hombre malo no se dé cuenta y puedas escabullirte en la cueva y encontrarme. Cuando estemos juntas, te ayudaré.

—¿Juntas? ¿No vas a venir conmigo?

—Estoy atrapada en la cueva, Alana. No estoy en tu habitación, solo en tus sueños... Estás en Aisling y, por eso, podemos hablar.

—¿Aisling? También he leído sobre él en los libros de mi madre. ¿Estoy dormida?

—Así es, estás en el mundo de los sueños, pero ahora tienes que despertar y venir a ayudarme. Nos quedamos sin tiempo. El hombre malo quiere hacerme daño. Usa las plumas de cuervo para venir. Solo tienes que agitarlas y usar tu magia. ¡Corre, Alana! —gritó Astrid y se desvaneció en una neblina blanca—. ¡Te necesito! ¡Ven pronto! —insistió cuando ya solo sus dos preciosos ojos verdes eran visibles.

—¡Voy! —exclamó Alana, que despertó y se sentó en la cama, ahora que el brazo de Astrid no se lo impedía.

16

Poderes inesperados

Gare y Lilian se adentraron en las lúgubres calles del Londres de principios del siglo XX con suma cautela. Fueron muchas las horas que Gare dedicó a la versión de realidad virtual de aquel juego en su adolescencia y, todavía, reconocía cada uno de los rincones de la ciudad. Por eso caminaba con cuidado.

Ahora que no estaba en la piel de Jonathan Reid, sino que era otro de los desamparados habitantes de aquel lugar. Si se encontraban con el Doctor Reid en una de sus versiones más avanzadas del juego, cuando este ya habría adquirido casi todos sus poderes como vampiro, lo iban a tener complicado para no terminar, de nuevo, a las orillas del lago, y no estaba seguro de tener las fuerzas suficientes para volver a intentarlo.

Lilian, por su parte, caminaba a su lado mucho más segura. Desconocedora del videojuego, se limitaba a llevar sus manos en alto con los primeros indicios de unas ramas robustas y oscuras incipientes en sus dedos.

—Siempre he tenido mal gusto para las mujeres, pero nunca pensé terminar casado con una bruja —comentó con su sentido del humor habitual para enfrentarse a los peligros.

—Cariño, no suele importarte cuando echamos polvos mágicos —replicó Lilian.

—¡Mierda! Y que no me acuerde...

«Si tú supieras lo que te gustan las brujas...», pensó Lilian al terminar de rodear uno de los barriles de madera que le obstaculizaban el paso.

Un grito se oyó al fondo del callejón por el que transitaban.

—Creo que hoy Reid tiene ganas de cenar —dijo Gare, y se ocultó tras una enorme caja de madera que taponaba gran parte del callejón.

—Esperemos que ese haya sido el postre y ahora le entre sueño —susurró Lilian arrodillada a su lado. Unos pasos arrastrados que se acercaban a su escondite le hicieron pensar que no iba a tener esa suerte.

Segura de que si le pillaba por sorpresa iba a ser capaz de atravesarle el pecho con alguna de sus ramas, saltó desde detrás de la caja, se colocó en medio del callejón y, sin preguntar, lanzó sus ramas contra el cuerpo que se acercaba a ella.

—¡Listo! —gritó entusiasmada cuando la surgida de su dedo corazón atravesó el pecho del hombre ensartándolo cual brocheta.

—Lily... —musitó Gare tras asomar la cabeza por un lateral de la caja—. Ese... ese no... Ese no es Reid. Era su víctima moribunda.

—¡Oh! Perdón —exclamó Lilian y recogió sus ramas lanzadas. El cuerpo de su víctima cayó inerte al suelo. Sus manos estaban a punto de recuperar su forma habitual cuando una cañería las golpeó con fuerza. Lilian gritó desconcertada.

—¡Corre! —gritó Gare—. ¡Nos ha descubierto!

Lilian obedeció y le siguió a la carrera, procurando no quedarse atrás. Gare no era muy rápido, pero conocía el lugar y, a cada segundo, estaba tomando un giro distinto en cada callejón. Si se despistaba, corría el riesgo de perderlo de vista.

Una risa siniestra resonó sobre sus cabezas cuando llegaron a la altura de los muelles. Gare dejó de correr.

—¿Por qué un vampiro lleva una cañería como arma? —inquirió Lilian y se sacudió la mano golpeada en el aire cuando se ocultaron. El golpe había sido fuerte, pero, al seguir teniendo parte de la rama cuando lo recibió, no le había roto ningún hueso.

—Porque para poder chupar la sangre de sus víctimas primero las aturde —respondió Gare—. Mujer, cosas de videojuegos —añadió al ver la cara de incomprensión de Lilian.

La risa siniestra resonó de nuevo cuando una sombra sobrevoló sobre sus cabezas. Tras una nube de vapor negro, se materializó la figura del Doctor Reid.

—No recuerdo haberos visto hasta ahora —murmuró tras descubrirles, con una voz tan grave que parecía sacada de un coro eclesiástico—. ¿Quiénes sois?

—Tu mayor pesadilla —respondió Lilian altiva y ya con sus manos preparadas para lanzar sus ramas.

—Creo que deberíamos ser más prudentes, cariño —replicó Gare.

A Lilian le dio igual la crítica, Gare le había llamado cariño. Risueña, se dispuso a atacar al vampiro, dispuesta a salir victoriosa en aquella ocasión y de poder llegar a la fuente de las aguas del pensamiento. Se moría de ganas por besar a Gare y de que este sintiera algo al hacerlo para llevar su relación al siguiente punto. Ya era hora de demostrarle lo mágico que era el sexo con ella, aunque fuera en aquel lugar.

Pero su entusiasmo se emborronó cuando sus ramas se acercaron al cuerpo del Doctor Reid y este se desvaneció en el aire para aparecer unos metros más a la izquierda y más cerca de donde ella estaba.

—Interesante poder... —murmuró, de nuevo, con esa voz que le ponía a Gare los pelos de punta —. Veré si puedo hacerme con él al chuparte la sangre.

Gare vio un destello en el suelo que le llamó la atención. Justo al borde del cauce del río que cruzaba la ciudad, brillaba un cuchillo de un tamaño más considerable que los que habían conseguido en las mesas encontradas por el camino, con seguridad de alguna pobre víctima del Doctor en algún nivel menos avanzado del juego. Si recordaba bien el funcionamiento de la historia del videojuego, al Doctor Reid se le podía dañar con aquellas armas, no matarlo al no ser de plata, pero sí hacerlo más vulnerable. Lo recordaba por la de veces que había tenido que huir de gente armada con ellos, cuando encarnaba al personaje principal. Si conseguía golpearlo varias veces, Lilian tendría alguna oportunidad de atravesarle el corazón con una de las estacas de madera que tenía como dedos.

Cuando jugaba al videojuego, con sus amigos, siempre había algo que le sacaba de quicio en el papel de Doctor Reid: cada vez que lanzaba un combo de ataque, este se quedaba unos instantes quieto, recuperando fuerzas para lanzar otro, lo que hacía que, si el primer ataque no era efectivo, lo dejara vulnerable ante un adversario más veloz. La velocidad no era su fuerte, pero sí los videojuegos.

—¡Lily, haz que se desvanezca cuantas veces te sea posible! ¡Lánzale todas tus ramas!

Lilian lanzó su ataque, el Doctor Reid se desvaneció y apareció unos metros más adelante. Los cálculos de Gare habían sido correctos: los movimientos del Doctor se asemejaban a los de un

caballo en un tablero de ajedrez, uno a derecha o izquierda, tres al frente. Con el cuchillo ya en la mano esperó a que el Doctor tuviera que volver a desvanecerse y se colocó cerca del lugar en el que esperaba que fuera a reaparecer. No se equivocó, el Doctor Reid apareció a su lado cuando esquivó el tercer ataque de Lilian. Sin perder el tiempo le asestó un golpe con el cuchillo. Reid se revolvió contra él.

Lilian lanzó un nuevo ataque y el vampiro tuvo que desvanecerse. Gare esperó a que Lilian volviera a atacarlo y se colocó de nuevo en el sitio en el que esperaba que apareciera, con el cuchillo preparado para asestar un segundo golpe. Esta vez se equivocó.

—¡Cuidado, Lily! —gritó al ver aparecer al vampiro justo a su espalda.

Lilian intentó girarse con rapidez, pero le fue imposible hacerlo antes de que Reid la atrapara y amenazara con morderle el cuello.

—¡Ey! Vampiro seductor —exclamó Gare—. Nada de chupetones, que se supone que es mi esposa.

Los ojos de Reid brillaron en rojo sangre por encima del hombro de una temblorosa Lilian. Un temor irracional, sabedora de que, si era mordida, volvería a la orilla del lago, y que no podía evitar.

—Vosotros dos vais a saciar mi sed de sangre... Ella con sus poderes y tú... tú tienes pinta de estar muy jugoso —comentó Reid antes de que sus colmillos se afilaran.

—¡Ah, no! Puede que te permita dejar que me mates a mordiscos, pero que me llamen «jugoso» solo se lo permito a mis mejores amigos. —A Gare no le enfadó el grosero comentario, pero sí la rabia de sentirse impotente y de no poder evitar que el juego se fuera a reiniciar. Estaba harto de caminar, de pasar sed, de estar metido en aquel bucle que le llevaba del lago a una muerte sangrienta —. Te puedo asegurar que, con lo que me están haciendo pasar en este lugar, a sediento no me ganas —añadió.

La rabia que sentía se reflejó en su mirada. Sus ojos empezaron a brillar en un tono verde.

Sin nada que perder, seguro como estaba de que, hiciera lo que hiciera allí, se iba a volver a reiniciar su pesadilla, agarró el cuchillo con ambas manos y se abalanzó sobre Reid antes de que este mordiera el cuello de Lilian. El vampiro sonrió siniestramente al verle acercarse, como quien ve a una mosca chocar una y otra vez contra un cristal incapaz de ver que sus esfuerzos son en balde, y arrojó el cuerpo de ella contra una de las cajas de madera dispuesto a interceptar el golpe.

Sus ojos brillaban en un tono sangriento cada vez más intenso, seguro de que iba a saciar pronto su sed, pero la sonrisa se le difuminó en el rostro al ver cómo los ojos de su atacante también brillaban, con intensidad, pero en un color verde esmeralda.

—Extraños seres vosotros dos —musitó Reid—. También me quedaré con tu poder cuando te chupe la sangre.

—¡Me vas a chupar la polla! —gritó Gare. Su ira iba a más con cada paso que daba en su carrera. Se sentía furioso, al borde de un ataque de rabia, más enfadado de lo que recordaba haber estado nunca. Que aquel doctor, al que había encarnado decenas de veces, hubiera arrojado a Lilian contra la pared como a un vulgar insecto le había cabreado. Los ojos le centelleaban tanto que la luz que de ellos brotaba pareció cegar, por un instante, al vampiro, que se tapó los suyos con el antebrazo sin llegar a comprender qué estaba ocurriendo.

Gare aprovechó el despiste para asestar la primera cuchillada. El largo filo del arma atravesó el brazo del vampiro y se clavó en su hombro. Sorprendido por la violencia del golpe, Reid no reaccionó, se limitó a gritar aturdido por el dolor. Gare, para su propia sorpresa, consiguió sacar el cuchillo del cuerpo del vampiro sin mucho esfuerzo. La rabia que sentía, ese intenso sentimiento de ira que le recorría, le otorgaba una fuerza que hasta ese instante desconocía poseer. Blandió el cuchillo ensangrentado sobre su cabeza para volver a asestar un golpe en el costado del vampiro, que se incrustó hasta la mitad de sus costillas.

—¡Ahora, Lily! —gritó.

Lilian, recuperada del empujón y ya puesta en pie, hizo que las ramas de sus dedos brotaran con rapidez. En esta ocasión, lo hizo sin separar sus dedos y estas brotaron de un grosor mucho mayor. Décimas de segundo más tarde atravesaban el pecho de Reid a la altura de su corazón. El vampiro se desvaneció en cenizas en el aire.

—Mira, a este no me ha hecho falta ni desearle —rio Gare mientras se desprendía de las cenizas de su ropa.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Lilian al llegar a su lado.

—¿Hacer el qué?

—Lo de los ojos verdes brillantes...

—¿Qué ojos? Yo solo le he golpeado con todas mis fuerzas —replicó Gare, cuya mirada ya había

vuelto a la normalidad.

—¿En serio no ves nada raro en que casi hayas partido por la mitad a un hombre fuerte de un solo golpe de cuchillo? —inquirió Lilian.

—Ahora que lo dices, un poco raro sí que es, que yo recuerde, la última vez que intenté partir algo fue una sandía en *Unreal Live* y me llevó un buen rato, pero dicen que la gente es capaz de hacer cosas asombrosas cuando alguien que le importa está en peligro, como las madres con sus hijos y esas cosas...

—¿Quieres decir que te importo? —Sonrió Lilian.

—Sigo sin recordarte... pero se supone que somos pareja, ¿no?

—Sí... —musitó Lilian.

Aunque la explicación de Gare le hacía ilusión, estaba segura de que aquella mirada verde, aquella muestra de ira, no tenía nada que ver con sus sentimientos hacia ella. En aquella mirada había magia negra, de eso estaba segura, una magia negra de una intensidad que no había visto antes desde que la voz le otorgó la suya. Lo que no entendía era de dónde la habría sacado Gare: él no era un brujo.

—Vamos. Crucemos este lugar antes de que nos depare una nueva sorpresa —indicó Gare sacándola de sus pensamientos.

17

Astrid, año 1347

Cuando, con veinticinco años recién cumplidos, visitó el Consejo de brujas, acompañada de su madre, este había sido claro. Su magia era demasiado importante como para perderla. Era la elegida para evitar la catástrofe que se avecinaba, la única capacitada para permitir que el linaje de las brujas de sangre no se perdiera.

En un principio pensaron que, con que dejara descendencia en la Tierra sería suficiente. Una bruja nacida del vientre de la bruja elegida por los dioses. Una bruja que sobreviviría a la desgracia que se avecinaba. Y no tenían tiempo que perder. La Diosa Luna tardaría menos de quince años, diez soles negros, en completar su fase de Anciana y, para entonces, la descendiente de dicha unión ya tendría que haber cumplido los diez años y haber recibido su magia, si no sería vulnerable y de nada servirían sus esfuerzos.

Pero Astrid no tenía marido, nunca había estado con ningún hombre. Obsesionada como estaba su madre por mantenerla a salvo y, pese a que no habían sido pocos los pretendientes que se habían acercado interesados en su belleza, siempre les había rechazado. Fueron las brujas del Consejo quienes eligieron por ella.

La semana siguiente a su veinticinco cumpleaños le presentaron a Galván, un apuesto brujo de sangre que, como ella, aseguraba haber soñado con los dioses a la edad de diez años y, de igual manera, haberlo vuelto a hacer la semana anterior. Al parecer, el destino había decidido que sus almas, sus cuerpos, su vida, pertenecieran el uno al otro. Su sino estaba marcado desde su nacimiento, dado que ambos habían nacido el mismo día, a la misma hora y a pocos kilómetros de distancia. Estaban destinados y así se lo hicieron entender las brujas del Consejo.

Tras las presentaciones, les dieron un tiempo para conocerse, aunque ya se habían visto en sus sueños. Galván parecía un chico amable, cariñoso, sabía escucharla y prestaba atención a todo aquello que le contaba. Hablaron de sus sueños con los Dioses y a Astrid le llamaron la atención las similitudes, pero sobre todo le fascinaron las divergencias. Galván también había soñado con los

Dioses en su décimo cumpleaños y le habían llevado de la mano por aquel mundo de ensueño, pero no se había despertado al ver que los cuernos nacían de la cabeza del Dios Astado. Lo había hecho poco después, cuando la diosa y el dios habían empezado a discutir por lo conveniente o no de llevar a Galván más allá.

También había tenido el segundo sueño la semana anterior, y aquí había también una clara diferencia. A Galván, la Diosa Luna no le había besado, ni siquiera se había acercado a él. Había sido el Dios Astado quien le había puesto una mano sobre su hombro mientras que la diosa los miraba desafiante.

Hablaron también del conjuro al que estaban destinados y Astrid le confesó sus miedos. Galván también admitió sentirse nervioso y se alegraba, al menos, de que el destino le hubiera unido a una mujer tan guapa. Astrid sonrió ante el cumplido.

Esa misma noche, tras pasar todo el día conociéndose y conversando, y alentados por la impaciencia de los miembros del Consejo, se celebró el ritual de unión. Tanto Galván como ella dieron su consentimiento. Estaba muy responsabilizada con la salvación de todas aquellas que, como ella, se enfrentaban a la persecución de los hombres y a los designios del destino. Aún había noches en las que soñaba con las palabras que le había susurrado la mujer minutos antes de morir en la hoguera y, con cómo su mirada y su comportamiento había cambiado tras mirarla, a ella, a los ojos. Esa mujer se convenció, con solo mirarla, de que aquella niña podría salvarlas a todas y se quedó tranquila. No podía fallarle.

El ritual de unión consistía en entregarse en cuerpo y alma a aquel hombre que le acababan de presentar delante de todo el Consejo, y, si era aquello lo que necesitaban de ella, estaba dispuesta a hacerlo. Todas las demás brujas, incluida su madre, estaban seguras de que en aquella liturgia sería concebida la niña que mantendría el linaje de las brujas de sangre, incluso después del desastre que se avecinaba.

Los brujos del Consejo colocaron un lecho en el centro de un círculo rodeado de unos símbolos, alguno de los cuales Astrid todavía no llegaba a entender. Otros, sin embargo, representaban el amor, la mujer o la descendencia. El lugar estaba tenuemente iluminado por velas de color rosa que ardían con llamas de color amarillo miel y velas rojas con una llama más parecida al ámbar. Vistieron a Astrid con un suave vestido blanco que transparentaba su cuerpo a la luz de las velas y adornaron su pelo con una tiara de piedras rosadas que usaban aquellas mujeres para hacer más fértil el encuentro y que el bebé concebido fuera una niña.

Llevaron a Astrid al lecho, entre cánticos. Galván entró en el lugar unos minutos más tarde,

seguido por el resto de brujos del Consejo. Venía vestido también de blanco y su ropa se transparentaba. Astrid se alegró de que, al menos, aquel hombre al que tenía que entregarse no tuviera los dientes podridos como el vendedor del mercado que insistía en mirar de forma lasciva a su madre. Al menos este era guapo.

Sintió cómo el rubor le quemaba las mejillas cuando llegó a su lado y, tras sonreírle tímidamente, la despojó del vestido dejándola desnuda ante él y ante todo el Consejo que, alrededor del círculo, continuaban con sus salmos, cánticos y conjuros, llenando el ambiente de una musicalidad que, en lugar de tranquilizarla, la estaba poniendo más nerviosa.

El Consejo estaba al otro lado de las velas y Astrid apenas podía verlos, pero aquellos cánticos le hacían recordar que no estaban solos y que no iban a estarlo mientras durara aquel ritual.

Galván se quedó a su lado, observándola y esperando a que ella también le desnudara, pero Astrid se estaba poniendo tan nerviosa que las manos le temblaban. Finalmente, consiguió que su mente se abstrajera de aquellos cánticos y que sus manos le obedecieran y despojó a aquel hombre, que el destino le había asignado, de sus ropajes. Verlo completamente desnudo, y pese a que la ropa ya dejaba apreciar lo que iba a encontrarse, terminó de turbarla.

Fue él quien, desde ese momento, tuvo que llevar el ritual adelante. Entre los nervios y que era su primera vez y no sabía qué tenía que hacer, los miedos la atenazaron mientras se preguntaba si iba a ser capaz de estar a la altura de lo que de ella se exigía. Qué idiota había sido, por supuesto que ella era capaz de estar a la altura de cualquier hombre o brujo, pero entonces no lo sabía.

Se limitó a dejar que Galván la colocara sobre el lecho y a que él se tumbara sobre ella. No podía decir que no fuera delicado o que no tuviera especial cuidado cuando empezó a sentirle quemando su vientre, pero Astrid no disfrutó de ninguno de aquellos placeres que su madre y el resto de brujas le habían dicho, mientras la vestían, que iba a experimentar. Solo pudo sentir un pequeño dolor que la incomodaba mientras que las toscas manos de Galván se aferraban a sus pechos y sus labios insistían en intentar poseer los suyos entre jadeos.

Los únicos sentimientos que experimentó fueron los de la vergüenza y el miedo. Por suerte, Galván cayó a su lado apenas unos minutos más tarde, mientras ella sentía resbalar algo viscoso entre sus piernas, pero no se atrevió a moverse, al menos no hasta que los miembros del Consejo cesaron sus cánticos, las velas fueron apagadas y alguien, en la oscuridad, le tendió su vestido.

El ritual se repitió durante una semana. Durante el día hablaba con Galván, aunque sus conversaciones cada vez eran más incómodas para ella, o con las mujeres del Consejo a las que

confesaba sus temores, y por las noches, volvían a vestirla con aquel vestido blanco y se repetían los cánticos. Todos aquellos días experimentó las mismas sensaciones. Su madre no dejaba de hablarle de júbilo, éxtasis y placer, pero ella no los experimentaba, solo aquella sensación de vacío cada vez que aquel brujo caía rendido a su lado en aquel lecho.

Al final, el ritual se detuvo cuando se confirmó que había resultado efectivo. Se había quedado embarazada y la salvación estaba en camino.

Su hija nació a principios del año siguiente y fue el Consejo quien, tras los primeros meses en los que su relación con Galván acabó por distanciarse, se encargó de cuidarla y de mantenerla a salvo.

Fue entregada a una familia sin ningún vínculo con la magia y Astrid regresó con su madre a la casa del campo, a esperar el momento en el que la pequeña cumpliera los diez años y sus esperados magníficos poderes le fueran entregados. Mientras tanto, se dedicó a cuidar de su madre y de otras mujeres en aldeas cercanas a las que trataba sus pequeñas enfermedades con hierbas y ungüentos, al mismo tiempo que intentaba que las pesadillas en las que se reproducía el ritual no la amargaran todas las noches.

El momento del reencuentro había llegado hacía menos de un año y, junto con los poderes de su hija, llegó una maldición que empezó a mermar la población. Una enfermedad que mataba a la gente en pocos días después de sufrir fiebres altas, tos, sangrado y gangrena en las extremidades. Una enfermedad nauseabunda que desprendía olor a muerto, incluso antes de que los cuerpos llegaran a perecer[11].

Por si fuera poco, las brujas seguían siendo perseguidas, algunas acusadas de provocar dicha enfermedad con sus conjuros, habiendo provocado que Dios maldijera aquellas tierras, y seguían siendo ahorcadas o quemadas en medio de las plazas. El Consejo decidió reunirse la noche del décimo cumpleaños de su hija.

Volvió a reencontrarse con Galván y con su hija, una preciosa niña de ojos verdes, como ella, que parecía haber estado viviendo en una burbuja apartada del mundo para que este no pudiera llegar nunca a mancillar su belleza ni a contaminarla con sus inmundicias. Aquellas que ella había tenido que seguir sufriendo rodeada de pobreza y sucios animales.

Quedaban cuatro años para que el ciclo de diez soles negros y la fase de anciana de la Diosa Luna se completaran y el Consejo estaba seguro de que aquella enfermedad no era más que el inicio del fin. Iría a más cuando la Diosa Luna finalizara el ciclo.

Estaban expectantes por conocer los poderes de la pequeña tras la noche de su décimo cumpleaños y, por eso, se habían reunido, para presenciar el acontecimiento.

Mientras la niña dormía, el resto de brujas y brujos se reunieron alrededor de una hoguera y pasaron la noche contando historias, intercambiando conjuros y algunos cuantos hechizos de pasión se completaron bajo las estrellas y al calor de aquellas llamas, mientras esperaban a que la claridad de un nuevo día trajera luz a sus preocupaciones.

A la vez que esto ocurría y sus pensamientos se turbaban al escuchar los gemidos placenteros de otras brujas entre las sombras, Astrid no dejaba de pensar en que, si había soñado con los Dioses cada vez que la Diosa Luna completaba una fase, no tardaría en volver a soñar con ellos, y se moría de ganas de volver a verlos. Sobre todo, a la Diosa Luna. Su beso, tras el sueño de su veinticinco cumpleaños, había despertado en ella más emociones y sensaciones que todos los besos, infortunadas caricias y noches de sexo había recibido en su vida. No solo con Galván, en aquellos inciertos inicios amorosos, sino también en cuantos labios y cuerpos había sentido en los últimos diez años, buscando aquellas placenteras sensaciones de las que su madre le había hablado y que ahora parecía, y padecía, escuchar a su alrededor.

Habían sido tantas sus frustraciones que, un día, venciendo a su vergüenza, le confesó a su madre sus temores y que nunca había sentido aquellas sensaciones de las que le había hablado. Su madre, comprensiva, le prometió que iba a experimentarlas, aunque fuera sin las caricias de ningún hombre.

Las galletas que su madre hizo aquella noche por su cumpleaños fueron tan especiales que sintió todas aquellas sensaciones de las que tanto le habían hablado y que ningún hombre le había hecho sentir. Solo el beso de la Diosa Luna le hizo sentir algo, siquiera parecido, en su vida. Por eso, se moría de ganas de volver a verla y aquella noche, al calor de la hoguera, mientras todos los demás reían, retozaban o bebían, solo pudo pensar en volver a sentirse abrazada por los brazos de la Diosa. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió reconfortada.

En un momento dado, Galván se sentó a su lado y volvieron a hablar como lo habían hecho, diez años atrás, en su primer encuentro, pero Astrid le miraba con recelo y desconfianza. Aquel hombre, el destinado a ser su pareja en aquel ritual, no había sido capaz de hacerle sentir ninguna de aquellas emociones tan placenteras en ninguno de sus encuentros, y no podía perdonárselo, por mucho que siguiera mostrándose amable.

La alegría de aquella noche pensando en el próximo sueño con los Dioses se vio empañada por la mañana cuando la niña despertó. Sí, como cualquier primogénita de una bruja de sangre, ella

también había pasado a ser bruja en aquella noche de su décimo cumpleaños, pero su aura mágica no era, en absoluto, lo que esperaban. Ni siquiera se elevaba por encima del aura de su madre, ningún sueño destacado en aquella noche, nada. Una bruja poderosa, pero nada más.

El resto de las brujas, incluida la abuela de la niña, se sintieron defraudadas. Astrid, en cambio, se sintió furiosa. No entendía cómo le habían hecho pasar por el ritual de concepción con Galván para nada. Había estado dispuesta a sacrificarse por el bien de todas las brujas, pero la desazón que le provocó saber que aquel sacrificio no había servido para nada consiguió que el ardor que sintió en las tripas la primera vez que Galván la penetró volviera a quemarla con más fuerza y llegara a abrasarle hasta el corazón. Ninguno de los allí presentes iba a ayudarla nunca. Solo habían querido aprovecharse de sus sueños para intentar poner sus vidas a salvo, sin preocuparse por sus sentimientos. Merecían sufrir lo mismo que había sufrido ella.

De nada sirvió que esa noche, llevadas por la desesperación de no saber el destino al que se enfrentaban, el Consejo decidiera crear un nuevo mundo en el que ella, la elegida por los Dioses, pudiera estar a salvo de la enfermedad que los asolaba.

Mientras las demás brujas valoraban las posibilidades de crear Grawell, un mundo para las brujas perseguidas, ella pasó la noche maquinando otra idea en su mente.

18

Ifrinn

Al mismo tiempo que Lilian y Gare derrotaban a Reid, Triz y Galván se acercaban, sin contratiempos, a la primera mesa con comida del camino.

—Así que tú y Astrid concebisteis una hija juntos, delante de todo el Consejo —repitió Triz cuando Galván interrumpió el relato con el que le estaba amenizando el camino, al ver la mesa llena de comida.

—Como te dije, parte de la culpa de que Astrid actuara como lo hizo fue mía.

—No supiste satisfacerla. No hay nada más vengativo que una mujer insatisfecha.

—No es culpa mía que, para concebir a un hijo, haya que acostarse con un hombre y que los gustos de Astrid fueran por otro lado —repuso Galván—. Mi parte de culpa fue no saber ser comprensivo con los miedos que me relataba. Solo pensaba en llevar a cabo lo que el Consejo esperaba de mí. Todo aquello también era raro para mí, pero solo quise cumplir con mi deber. Debí ser más atento. Cuando nació nuestra hija, me centré más en ella que en su madre. Creo que se sintió apartada. Ese fue mi error.

—Los hombres siempre dándoos cuenta tarde...

—¿No tienes hambre? —inquirió Galván al ver que Triz ni siquiera se molestaba en echar un vistazo a la mesa y que solo se había detenido un instante para recoger un par de bombones.

—¡Lo que tengo es prisa! —exclamó ella—. Gare lleva demasiado tiempo en este lugar y sigo sin tener la sangre del Dios que no muere, no tengo tiempo para atiborrarme a pasteles. Solo quiero poder regresar cuanto antes. Me muero de ganas por volver a abrazar a mis hijas. A mí, al contrario que a Astrid, se me va la vida en suspiros cada vez que me tengo que alejar de ellas.

Galván, que llevaba siglos sin probar bocado, cogió dos pasteles y salió tras ella. Era conocedor

de las limitaciones de aquel lugar y sabía que no podía desear lo que iba a comer. Por suerte para él, era un brujo de sangre muy experimentado y podía camuflar tanto sus pensamientos como sus deseos.

—Hay algo de este lugar que no te he contado —dijo con la boca llena.

—Y no van a ser buenas noticias, ¿verdad?

—Sí y no —respondió enigmático Galván—. ¿Recuerdas que te dije que todo es cíclico? Este lugar también.

—¿Y eso qué significa?

—Que Gare no puede morir, pero este lugar tiene sus peligros, y, si esas amenazas le vencen, volverá al principio.

—¿Quieres decir que, si le pasa algo aquí dentro, volverá al lago? ¿Que puede que esté por detrás y no por delante?

—Eso es. Nunca vas a poder saber dónde se encuentra. Puede que esté llegando a Ifrinn o que camine por detrás de nosotros. De todos modos, tienes que llegar hasta allí, porque es donde se encuentra el Dios Astado y necesitas su sangre para poder sacaros a los dos de aquí. Pero puede que no encuentres a Gare por el camino o que él nunca llegue hasta allí.

—¡Estupendo! ¿Puede salir mal algo más?

Triz estaba enrabietada y confusa cuando vio una sombra a lo lejos. Tenía tantas ganas de encontrar a Gare que, por un segundo, pensó que podía ser él, pero enseguida se dio cuenta de que quien se acercaba no se parecía en nada y eso la frustró.

—¿Cuánta gente hay aquí dentro?

—Que yo sepa: Gare, Lilian, tú y yo —respondió Galván.

—¿Y quién es esa señora? —inquirió Triz al tiempo que señalaba a la mujer que se acercaba con paso lento y arrastrado.

—Mira tú por donde... una pista de que Gare va por delante... —musitó el brujo.

—¿Cómo? —preguntó Triz, pero a Galván no le dio tiempo a responder.

—¿Triz? ¡Qué alegría volver a verte! —exclamó entusiasmada la señora, al llegar a su lado.

—¿Me conoce? —inquirió Triz extrañada, sin entender nada.

—¡Anda que no me ha hablado veces mi hijo de ti! Claro que te conozco. Nos vimos una vez cuando eras más joven y yo no estaba tan mayor. Estás más guapa que entonces, pero reconocería esa mirada, aunque pasaran cien años.

—¿Tu hijo?

—¡Gare! Hace un par de horas que me crucé con él y me propuso que me acercara al lago para esperarle por si acaso tenía que regresar. Es tan despistado el pobre que cuando le he preguntado por ti me ha dicho que no se acordaba e incluso me ha asegurado que estaba casado con una chica pelirroja que le acompañaba. ¿Te lo puedes creer? Mi hijo casado... Creo que el calor de este sitio le ha ablandado la cabeza.

—Su hijo no está casado. Se lo aseguro —replicó Triz, al tiempo que sentía la punzada de los celos en el pecho. Creía entender qué estaba pasando.

—Eso me ha dicho. La chica era guapa, pero creo que hacía mejor pareja contigo.

—Gare nunca ha sido mi pareja... —musitó sin poder evitar recordar el beso en el hospital o las veces que se habían besado en Grawell—. Aunque eso decían también mi tía Helen y mi madre. Debo de ser la única que no lo ha visto a tiempo...

—¿Y qué haces aquí? —interrogó la madre de Gare.

—He venido a buscarle. Está aquí por mi culpa y no pienso rendirme hasta sacarle.

—¿Sacarle? Espero que no te lo lleves muy lejos, porque me ha prometido venir a cenar. Hoy tocan huevos con patatas —comentó la mujer tras cambiar el rictus de su cara.

—¡Ah, no se preocupe! Gare irá a cenar —rectificó Triz al comprender que estaba hablando con una especie de espejismo.

—¿Vienes también?

—Me encantaría. Se lo aseguro —respondió con una sonrisa—. Es uno de mis platos favoritos.

—Entonces pelaré más patatas. Tengo que seguir caminando hacia el lago. No quiero que Gare

llegue y no me encuentre. Nos vemos luego, bonita.

Triz se quedó mirando cómo la mujer se alejaba. Como había dicho la señora, solo la había visto una vez en su vida, y el hecho de que se acordara de ella le había hecho sentirse nostálgica de aquella época de su adolescencia, en la que su mayor preocupación era saber si iba a poder salir o iba a tener que quedarse en casa a hacer los deberes.

—Ya estás explicándome eso de que era una pista de que Gare iba por delante —dijo en cuanto la mujer se alejó.

—Sin problema. Este lugar es el Marbhreilig de Gare y, como tal, se reinicia cada vez que Gare perece en él y aparece en el lago. Este lugar le va mostrando tentaciones y peligros por igual para entretenerlo en su objetivo. Imagino que su madre fue una de las tentaciones, pero, si sigue paseando por aquí, es porque él no ha vuelto a reiniciar su Marbhreilig. Si lo hubiera hecho, no nos habríamos encontrado con ella después de habérselo cruzado.

—¡Perfecto! Entonces, no perdamos más tiempo.

Triz continuó el camino con prisas. La señora le había dicho que había visto a Gare hacía un par de horas, así que tenía mucho trayecto por recuperar.

No tardaron en llegar al principio de la empinada colina. A Triz le extrañó no encontrarse allí a Gare protestando por la cuesta. Aquella imagen le recordó lo mal que lo pasaron subiendo Ekabú y se le humedecieron los ojos al rememorar lo mucho que se había reído al verle asustado con los papiarkaudas. Con paso decidido inició el ascenso.

Lo que se encontró al llegar arriba le heló la sangre.

—¿Qué es este lugar?

—Uno de los peligros de los que te hablaba. Imagino que Gare se habrá tenido que enfrentar a él ahí dentro.

—¡Por el amor del Sol! Da miedo solo verlo —exclamó Triz—. Espera... este sitio a mí me suena de algo.

—Ah, ¿sí? —comentó Galván—. Si es uno de los peligros de Gare y a ti te suena, es que lo habéis compartido antes los dos. Tiene que ser un sitio al que Gare y tú hayáis ido juntos.

—Gare y yo hemos ido juntos a pocos sitios y solo últimamente, pero este sitio... ¡Por favor! ¡Es

uno de los videojuegos con los que perdía el tiempo Gare!

—¿Un qué?

—Me olvido de que tienes siglos de existencia... Yo me he entendido. Cuando Gare y yo nos conocimos, siendo unos críos, él estaba jugando a este juego, alguna vez llegamos a jugar juntos en aquellos años. Gare era muy bueno a esto, se pasaba horas en esta realidad, puede que lleguemos a tiempo de encontrarle o que haya cruzado. Si vemos un vampiro muerto, es que lo ha conseguido.

No tuvieron problema en cruzar las oscuras calles del Londres de principios del siglo XX. Triz no jugó muchas veces a aquel juego durante su adolescencia, pero compartió un par de partidas con Gare haciendo de ayudante del Doctor Reid. Desde pequeña, quiso ser doctora o veterinaria y cuidar a la gente o a los animales, aunque en aquel juego tuviera que chuparle la sangre a alguno para poder continuar avanzando. Nunca habían durado mucho las partidas juntos, porque Gare ponía menos reparos en matar a los demás, pero al menos recordaba alguno de los callejones.

Sin encontrar a Gare en ninguno de los distritos, dio por sentado que había conseguido derrotar al peligro y había cruzado al otro lado. Cuando encontraron un montón de cenizas, cerca del puerto, estuvo segura. Sin perder más tiempo en recorrer los callejones, buscaron la salida del mapa al otro lado. Tras salir de las calles de los barrios pobres de Londres volvieron los campos verdes y la cuesta de la colina enfilaba hacia un acantilado.

—También conozco este lugar —comentó Triz al ver el paisaje.

—¿De otro de esos juegos a los que jugabas con tu amigo?

—Es algo más que un amigo... y no, esto no es de uno de sus videojuegos, este es el acantilado preferido de Gare. Siempre que necesitaba pensar o estar a solas le gustaba ir allí, al menos antes de la Tercera Guerra.

—¿Nunca te llevó?

—Creo que le habría gustado, y en algún momento a mí también me habría encantado que me invitara, pero nunca nos pusimos de acuerdo. El acantilado sigue existiendo, pero ya no es tan bonito tras los bombardeos con drones y la tormenta solar, aquí sigue siendo como lo recuerdo de mi infancia... ¿Es esto Ifrinn?

—Me temo que no... Ifrinn está allí —respondió Galván y señaló a un enorme iceberg.

—¿Y cómo vamos a cruzar? ¿Nadando? —preguntó Triz al ver que este flotaba sobre el agua a bastante distancia de la costa. Se acordó de cómo cruzaron de Grawell a Vulkafer, pero, en esta ocasión, no disponía de alas de marje para hacer una barca.

—No te equivoques. Eso que ves no es agua. Ven y compruébalo —indicó Galván al ver la incredulidad en los ojos de Triz.

La sola idea de descender el acantilado ya le parecía suficientemente costosa como para tener que imaginar cómo iba a llegar al iceberg que flotaba a más de quinientos metros de la orilla, pero fue peor cuando consiguieron alcanzar la costa, tras un par de horas de sudorosa y agónica caminata.

Cerca de la orilla pudo comprobar que Galván no le había mentido. Aquello no era el agua que ella conocía: no hacía olas, ni rompía en la arena, ni siquiera parecía tener corrientes.

—Písalo con fuerza —le pidió Galván.

Triz ni se planteó el motivo de aquella petición, se limitó a hacerlo segura de que, al pisar el agua, esta le salpicaría. Su pie chocó con una especie de dura roca.

—¿Es sólido? —preguntó sorprendida.

—Ahora mete el pie poco a poco —pidió Galván.

Triz le hizo caso. Al hacerlo, el pie se le hundió en el líquido y goteó de su zapato cuando lo sacó.

—¡Seré idiota! ¡Es un fluido no newtoniano[12]! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Entonces, ya sabes cómo vamos a cruzar.

—¡Ah, no! ¡Ni loca! Me muero antes de llegar al iceberg.

—¿Ves a Gare por alguna parte?

—No.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Que él ha cruzado? —dedujo Triz.

—Y que, si lo ha hecho, él y Lilian están más cerca de comprender qué es el agua que emana del

pensamiento. Cuando lo hagan, pedirá un deseo y, si pide lo que le aconseje Lilian, se quedará aquí con ella para siempre.

—¡Eso sí que no! ¡Esa guarra pelirroja no se va a quedar con Gare!

—¿A qué esperas, entonces?

Pese a la presión, Triz no acababa de decidirse. Galván le proponía cruzar corriendo aquellos metros de líquido no newtoniano. Si corría sobre el líquido con rapidez y ejercía la suficiente presión al pisar, se comportaría como sólido y podría cruzar como si estuviera corriendo sobre una carretera. Pero, si no ejercía la suficiente presión, si no corría con la suficiente velocidad, el líquido se comportaría como tal y se hundiría en él. Y no tenía ni idea de la profundidad que aquel sitio pudiera tener. Temía no poder correr tanto tiempo tan rápido, hundirse irremediablemente y terminar ahogada en aquel líquido azul viscoso.

—Piensa que, si te ahogas, volverás a aparecer en el lago y solo tendrás que volver hasta aquí y volver a intentarlo —dijo Galván, que parecía leerle los pensamientos—. Eso sí, seguramente para entonces Gare ya habrá pedido su deseo y no podrás rescatarlo.

—Te juro que te odio —repuso Triz, que se quitó los zapatos para intentar correr más cómoda.

Sin demorarse más, dio un par de pasos a la carrera sobre el líquido azul, que aguantó su peso sin problema, pero lo hizo con miedo, con cierta inseguridad, y al tercero sintió que empezaba a hundirse. No iba lo suficientemente rápido.

—¡Mierda! —exclamó al notarlo—. No he avanzado ni tres metros, joder.

—Vas a tener que confiar más en ti misma si quieres llegar a Ifrinn.

—Está bien, está bien. ¡Allá voy! —gritó Triz e inició una carrera casi con los ojos cerrados, sin pensar e intentando poner todo su peso en cada paso para que el líquido aguantara.

19

Astrid, año 1348

Por fin. El tercer sueño se había producido. El reencuentro con los Dioses no había sido como ella hubiera deseado, pero era mejor eso que seguir esperando. La situación en su poblado no estaba como para tener paciencia y la enfermedad seguía matando a la gente cada vez con mayor celeridad. Había temido no llegar viva a aquel momento, sin recordar que la Diosa Luna estaba de su parte.

El sueño tampoco había resultado tranquilizador. Estaba preparada para una imagen de la diosa más envejecida, en su fase anciana, pero no para lo desmejorada que la había visto y, sobre todo…, ¿qué hacía él allí de nuevo?

Pese a esos inconvenientes inesperados, no podía sentirse más contenta. La Diosa Luna había vuelto a confiar en ella. Había vuelto a sentirse querida y solo esperaba que, llegado el momento, pudiera estar a su lado. Su fin de ciclo estaba cerca e iba a estar con ella para hacerla renacer. Solo quedaba prepararlo todo. El Consejo no podía enterarse de sus planes. Tendría que ocultar sus intenciones. Durante el año que había pasado desde que su hija cumplió los diez años le había dado tiempo a planificarlo. La diosa le había dado tiempo. Aún faltaban dos soles negros para que se completara su ciclo. Tendría que borrar el rastro, reescribir la historia, que todos supusieran que ella era la salvadora que creían que estaba destinada a ser. Tenía que vengar su afrenta y, sin embargo, que en el recuerdo colectivo perdurara su imagen de elegida, protectora y amada primera gran bruja por si todo aquello no terminaba como había pensado. Su presencia en el sueño, compartirlo con él, la intranquilizaba, ya que seguramente él intentaría interponerse en sus planes. Y no podía hacerlo todo desde la Tierra, estando allí se exponía a ser descubierta. Era el momento de aceptar aquel lugar que el resto de las brujas había creado para ella. Iría a Grawell y, desde allí, orquestaría su venganza.

Para ir al nuevo mundo de las brujas necesitaba ser perseguida, acusada de brujería. No dudó en aumentar su exposición entre la gente del pueblo. Lo que hasta ese momento había sido una necesidad, ocultarse, ahora se había convertido en un inconveniente. Expuso su magia, no de una manera que llegara a asustar a aquellos insensatos, sino en pequeñas dosis: curó a un par de personas

con sus hierbas naturales, hizo que una mujer obtuviera el amor de un hombre con uno de sus conjuros, salvó a un niño de morir ahogado. Nada especial. Todas, en apariencia, buenas acciones para crear esa aura sobre ella que necesitaba, lo suficiente como para llamar la atención de aquellos cabezas huecas que no eran capaces de comprender la naturaleza ni la magia que en ella se escondían. No le extrañaba que la diosa se hubiera cansado de ellos, eran tan ignorantes...

Cuando los rumores sobre su naturaleza empezaron a extenderse por el poblado, lo fue preparando todo. Habló delante del Consejo y les convenció de que había llegado el momento de ir a Grawell y de que mantuvieran a salvo a su hija, pese a que ella no era la bruja que esperaban, asegurando que, si ella era la elegida y la salvadora, haría todo lo posible para que la enfermedad que seguía asolándoles y que ya había mermado considerablemente a la población desapareciera. Quería que su linaje se mantuviera sobre la faz de la Tierra si esta era salvada. O al menos eso les dijo.

Lo que no quería era llevarse a aquella niña a ninguna parte, solo sería una carga, pero tampoco podía mostrarse ansiosa por perderla de vista. No se habría visto bien que la salvadora no fuera empática.

En realidad, no tenía ninguna intención de salvar a nadie, y menos al fruto de su vientre ultrajado en una ceremonia que, cada vez que regresaba a su mente, más forma de pesadilla tomaba. Pero su discurso conciliador y esperanzado convenció a los presentes de sus buenas intenciones. Solo le faltaba convencer a alguien más: a su madre.

Tenía que persuadirla de que la acompañara a Grawell. Para ella tenía destinada una venganza particular, por haber permitido que aquella ceremonia se llevara a cabo anteponiendo los deseos del Consejo para calmar sus ínfulas de bruja influyente. No podía permitir que nadie más se enterara, o su imagen quedaría ensuciada. De Galván no tenía que preocuparse, tras su tercer sueño ya sabía dónde iba a reencontrarse con él.

Por suerte, su madre no fue difícil de engatusar. Le dijo que la gente del pueblo sospechaba de ellas. Conocedora de la existencia del mundo de las brujas, no dudó en aceptar el castigo de los humanos para ir a aquel nuevo lugar en el que no envejecería más de lo que ya estaba y en el que podría compartir el resto de la eternidad con su hija. Ilusa…

Todo estaba listo: su madre convencida, su hija no deseada con una falsa sensación de seguridad y el Consejo seguro de que aquel era el primer paso hacia la liberación. No hay nadie más fácil de seducir que alguien desesperado.

Tampoco fue difícil conseguir que los ignorantes campesinos, que habían empezado a sospechar

de sus actos, las acusaran a ella y a su madre de ser las únicas responsables de que aquel pueblo se estuviera viendo azotado, especialmente, por la enfermedad. Crédulos ignorantes que pensaban que un sacrificio a su dios sería suficiente para apaciguar su ira. Capaces de creer que un dios podría salvarles de la enfermedad y, sin embargo, incapaces de aceptar que ese mismo dios la hubiera enviado para purgar sus múltiples pecados. En este caso, una diosa. Su Diosa Luna.

En unos días el rumor se extendió como la pólvora y el inquisidor, junto a un séquito de fieles sirvientes, se presentó en la puerta de su casa para llevarla, o arrastrarla si era necesario, ante el Tribunal. Allí, para evitar las torturas, no dudaron en confesar sus supuestos crímenes, sin delatar a ningún cómplice, y fueron condenadas, como ya esperaban, a morir quemadas en la hoguera. Su plan seguía en marcha.

Mientras esperaban encarceladas, Astrid solo pensaba en su, cada vez más cercano, reencuentro con la Diosa Luna. Solo deseaba que le diera tiempo a completar sus planes con su madre una vez cruzado al otro lado. Ese cruce, o cambio de mundos, también la tenía intrigada, ya que no sabía cómo iba a producirse.

Había estado presente en el momento en el que el mundo era conjurado. Había sido testigo de su creación en la nebulosa Cabeza de Bruja junto a la estrella Rigel, pero, una vez creado, ninguna había cruzado a él y no sabía qué efectos iba a tener sobre ella ese tránsito. Ella estaba destinada a ser la primera.

El día en el que fue fijada su ejecución sentía los nervios en el estómago. Fueron llevadas a la plaza del pueblo entre los gritos e insultos. Su madre, conocedora de su nuevo destino, los miraba con desprecio mientras que ella, al igual que había hecho la mujer de pelo rojo el día de su décimo cumpleaños, hacía ya una eternidad, caminaba erguida y desafiante. Si aquellos pobres infelices supieran en verdad qué les esperaba, no estarían en la plaza blasfemándolas, huirían despavoridos como ratas.

Fueron atadas espalda contra espalda en la hoguera. Astrid miró al cielo. El sol todavía brillaba en el firmamento, pero la luna se había apuntado al espectáculo. Sonrió al verla.

«Amada Diosa, pronto será nuestro definitivo reencuentro», musitó sin dejar de mirar al brillante satélite, segura de que la diosa estaba escuchándola. No tardó en sentir el calor de las llamas acercándose a su ropa, pero el incipiente dolor fue mitigado por los nervios que sentía, esperando que la ineptitud del Consejo no se hubiera equivocado también con la creación de Grawell, como lo hicieron al aventurar los poderes magníficos de su hija, y que su plan se fuera al traste incluso antes de empezar. Solo el hecho de saber que, aunque fuera sin ella, la diosa renacería y que toda aquella

gente padecería, la tranquilizó.

Una vez que el dolor se mitigó, abrió los ojos en un mundo parecido, pero distinto, aunque pudo reconocer el riachuelo que atravesaba su poblado y un pequeño grupo de casas semejante a donde vivían, solo que en este caso todavía estaban deshabitadas. Respiró aliviada. Estaba en Grawell y su plan seguía adelante.

Se instalaron en una de ellas, la más cercana al cauce del río para poder coger agua con facilidad y, mientras su madre adecentaba la casa, feliz ante la expectativa de la eterna vida prometida, se fue a recorrer aquel lugar en busca de las plantas que necesitaba. Estaba segura de que allí habría todo lo necesario para su conjuro, porque el Consejo se encargó de invocar aquel lugar para que no les faltara de nada para sus pociones y hechizos. Para su sorpresa, en aquel mundo nuevo, el tiempo, que en realidad no transcurría, parecía hacerlo más rápido. La noche no tardó en llegar y le cayó encima de regreso. Por fortuna, había localizado todo lo necesario.

Cenó ligero y esperó a que su madre se quedara dormida. Se levantó de un salto de su camastro y preparó el conjuro que había pensado usar. Iba a borrarle la memoria.

Hacer que nunca recordara haber sido madre, o abuela, que no quedara en ella ningún rastro de sus conocimientos mágicos ni de los actos que había llegado a cometer era su mejor venganza. Convertirla en una anciana inútil, tonta, perdida, sola, que permanecería así para toda la eternidad en aquel mundo desconocido. No se le ocurría mejor venganza para alguien que no había dudado en sacrificar a su hija por el supuesto bien común. Condenarla a vivir sola, sin magia y sin recuerdos, para siempre. Solo había un recuerdo que Astrid se negaba a borrar y que dificultaba el hechizo: la receta de las galletas con las que había llegado a experimentar los placeres prometidos y no alcanzados en ningún encuentro con brujo u hombre. Podría pedirle alguna de aquellas galletas para celebrar el renacer de la diosa, y los años de espera que le quedaban hasta ese momento se le harían más llevaderos.

Aprovechando el sueño profundo de su madre, rodeó su lecho con flores de lavanda y manzanilla que había recolectado para que no despertara y pronunció el conjuro de borrado de memoria.

—Glem Alltid. Miste minner[13] —repitió en varias ocasiones, hasta que una pequeña nube gris salió por las fosas nasales de la que, hasta ese momento, había sido su madre durante treinta y siete años y que a la mañana siguiente no sería capaz ni de reconocerla.

Salió de la casa y dio un paseo por el nuevo lugar en el que iba a vivir una temporada hasta que la

Diosa Luna completara su fase de anciana, asombrándose de su absoluto y relajante silencio, mientras hacía tiempo hasta que su madre despertara. Quería asegurarse de que el hechizo había resultado eficaz, si no, tendría que repetirlo.

Pasó el resto de la noche recorriendo las orillas de aquel riachuelo, disfrutando de la calma de la oscuridad y del silencio, después de mucho tiempo condenada al ruido de los animales de la granja y al temor de sus pesadillas. Con los primeros rayos de la mañana, que tiñeron de un precioso violeta aquel extraño cielo, llegaron unos alaridos desde el interior de la casa. Astrid regresó sin prisa, disfrutando de cada uno de aquellos gritos desesperados, y se acercó a la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó tras llamar.

Su madre abrió. Tenía los ojos abiertos de tal forma que parecía que se le iban a salir de la cara, la boca desencajada y miraba a todos lados asustada.

—¿Dónde estoy? No recuerdo este sitio —preguntó desorientada—. ¿Quién eres tú?

—Vine a por agua del río. ¿Está usted bien?

—No recuerdo nada. Ni siquiera mi nombre.

—Jane... Se llama Jane. Se lo he oído decir otras veces.

—¿Nos hemos visto otras veces?

—Por supuesto. Y nos seguiremos viendo. Me tiene usted que dar de esas galletas suyas tan ricas que hace —comentó Astrid con una sonrisa entre siniestra y divertida.

—Ah... mis galletas... de esas sí que me acuerdo... ¿Y dices que mi nombre es Jane?

—Sí.

—¿Y dónde estamos?

—En Grawell, el mundo de las brujas. Y este poblado se llama... Dumbsilly. —Rio Astrid ante su ocurrencia. Acababa de bautizar aquel lugar como el poblado de las brujas tontas.

—¿Soy bruja?

—Eso es. Por eso sus galletas son tan especiales. Solo usted tiene su secreto ¿Me puede hacer unas pocas? —pidió Astrid. El conjuro había salido a la perfección y le habían entrado ganas de

celebrarlo. Era un día especial, como si fuera su cumpleaños, el primer día de su venganza, el primer día de una nueva vida hasta el renacer al lado de su amada diosa.

Su madre no se acordaba de nada, y, en cuanto tuviera sus galletas, la dejaría allí, sola, sin sentir ningún remordimiento. Si con alguien deseaba reencontrarse, era con la Diosa Luna. Después desaparecería de Grawell y dejaría allí a su madre abandonada, sin ninguna otra bruja que pudiera poblar aquel lugar, hasta completar el renacer de los mundos.

20

Deseo...

Gare estaba tirado en el suelo sin importarle que fuera de frío hielo y que se le estuviera clavando en los huesos. Tener que cruzar aquel extraño mar a la carrera lo había dejado exhausto, al punto de que había estado a punto de ahogarse en aquel líquido viscoso a escasos metros del final, cuando, agotado, quiso detenerse unos segundos a descansar sintiéndose incapaz de dar un paso más. Por suerte, Lilian había tirado de él y le había hecho moverse cuando los pies ya empezaban a hundírsele. Llegó a la otra orilla rodando, incapaz de correr un metro, pero ejerciendo presión sobre el líquido con su peso.

—¡Joder! ¿Cómo se puede tener la sensación de ir a morirse cuando ya se está muerto? —inquirió con los pulmones a punto de salírsele por la boca.

—Venga, que tampoco ha sido para tanto —le recriminó Lilian que, más en forma, había llegado a la orilla conservando el resuello.

—Al menos, con lo poco que me dejan comer en este lugar y lo que me hacen andar, cada vez que tengamos que repetirlo estaré más en forma y me será más sencillo cruzar —comentó Gare mientras hacía esfuerzos por ponerse en pie—. ¿Estás segura de que este es el lugar? —preguntó y levantó la cabeza para echar una ojeada a su alrededor.

—La voz me dijo que el agua del pensamiento emanaba en los confines de Marbhreilig. Hemos cruzado el nuestro y hemos llegado aquí. Tiene que ser este sitio.

—¿Y me explicas cómo coño va a emanar agua líquida de un iceberg? —preguntó Gare, al ver que todo a su alrededor era hielo y piedras.

—Tendremos que derretirlo...

—Como no nos pongamos a frotar palitos...

—¡Vale! Deja de poner pegas. Algo se me ocurrirá. Este sitio siempre depara sorpresas. Vamos a echar un vistazo a ver si encontramos algo que nos ayude.

—En esta mierda de lugar nunca encontramos nada que nos ayude.

—El cuchillo con el que debilitaste al vampiro no te vino mal —replicó Lilian, harta de sus ironías negativas. Estaba deseando encontrar el agua, que pidiera el deseo y volviera a ser el Gare divertido que le hacía reír. El que no dejaba de protestar por todo le crispaba los nervios.

Cuando recuperó un poco el aliento, Gare siguió a Lilian sin protestar más. Estaban a los pies de una enorme montaña de hielo. No podían andar ni dos pasos sin tener que rodear o evitar clavarse uno de los carámbanos que brotaban del suelo como setas. Y, por mucho que avanzaban, no parecía que fueran a ningún lugar, el camino siempre era igual, como cuando salieron del lago y se enfrentaron a una infinita llanura verde, salvo que en este caso de llanura tenía poco.

—Dentro de poco no voy a poder ni pestañear. Se me están congelando las pestañas.

—¿¡Quieres dejar de protestar de una vez!? —recriminó Lilian—. Siempre igual. Ya estamos a punto de acabar este suplicio, hemos superado las tentaciones, enfrentado a tus miedos de videojuego, cruzado un mar a la carrera. ¿Podrás aguantar un poco de frío?

—Joder, un poco dice... —replicó Gare sin levantar la voz y observó cómo los dedos de las manos se le estaban poniendo azules.

—El lugar del que emana el agua del pensamiento tiene que estar aquí. La voz me lo aseguró y, a su manera, siempre cumple su palabra. Tenemos que seguir buscando —añadió Lilian—. Estoy a punto de conseguirlo —murmuró sin dejar de adentrarse en el hielo.

Gare estaba por preguntarle a qué voz no dejaba de referirse todo el tiempo, cuando le pareció ver, al final del camino que seguían, que el hielo se movía con lentitud.

—Lily...

—¿¡Qué!? —interpeló enfadada, segura de que iba a volver a quejarse por algo.

—El hielo se mueve... —Gare no apartaba la mirada de unas placas de hielo que subían y bajaban ligeramente—. Es como si la montaña estuviera respirando. —El símil encontrado para explicar aquel movimiento no consiguió tranquilizarle en absoluto.

Lilian observó que tenía razón, varias placas se movían a un ritmo lento y acompasado. Asentó la

mirada en ellas, hipnotizada por el compás, y después la alzó poco a poco para averiguar dónde terminaban de moverse.

—¡Joder! —exclamó al fijarla unos metros más arriba.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —se interesó Gare y se puso a la defensiva con los puños en alto.

—Que me ha parecido ver una cara.

Un rostro ovalado surgía sobre las paredes de hielo. Cuando Gare llegó a observar a la altura de sus ojos, estos empezaron a pestañear. Asustado, dio dos pasos atrás y acabó de culo entre dos enormes carámbanos.

—Está... ¡está vivo! El puñetero iceberg es como Frankenstein, joder.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó la imponente figura tallada en el hielo.

—Mi nombre es Lilian y este es Gare, mi esposo, y venimos en busca del lugar del que emana el agua del pensamiento —respondió al ver que Gare era incapaz de pronunciar palabra.

—No te pregunté quiénes sois, eso ya lo sé. Pregunté qué hacéis aquí. Ninguno de los dos venís a liberarme... —musitó la figura helada, y un vapor gélido salió de sus labios.

—No sé cómo... pero seguro que usted sí puede ayudarnos. Mi esposo se ha olvidado de todo tras nuestro accidente y necesitamos encontrar las aguas del pensamiento para que recupere la memoria y pueda disfrutar de las cosas que desea. Su Marbhreilig convierte en ceniza todo lo que toca o se lleva a los labios.

—¿Tu esposo? —La voz del iceberg resonó entre sorprendida e irónica.

—Sí, mi esposo —respondió Lilian titubeante. La montaña al hablar le había revelado que sabía que mentía—. Nos casamos antes de morir en un accidente de...

—Lo sé todo, Lilian —interrumpió la figura helada—. Sé quiénes sois. Lo sé todo de vosotros. Os cuidé a ambos. Soy el Dios Astado, Dios de la caza, la muerte y la magia, chispa de vida de la Diosa, amante e hijo. Dios del bosque y los animales. Dios del Sol y padre protector...

—La hostia, tiene más títulos que Daenerys Targaryen[14] —señaló Gare mientras intentaba ponerse en pie sin resbalarse en el hielo. Había conseguido salvarse de clavarse uno de aquellos témpanos helados en el culo de milagro y no quería volver a tentar su suerte.

—Solo quiero encontrar el agua del pensamiento —replicó Lilian ignorándolo—. Se me prometió. Me lo he ganado, ¿no crees? Se me aseguró que se encontraba aquí y solo pido que me ayudes a encontrarla.

—Pero ¡cómo te va a ayudar! ¿No ves que es el Diablo? ¡Pero si tiene hasta cuernos! —exclamó Gare—. Bueno, cuerno... —rectificó al ver que la figura tallada tenía una de sus astas partida.

—Milenios de lucha, siglos de encierro en este lugar, desafiando la crueldad de confinar en hielo al Dios del Sol, para que vosotros, mi creación más preciada, sigáis sin entender... —murmuró el Dios Astado y un nuevo aliento gélido escapó de sus labios. En sus ojos, lágrimas de granizo se precipitaron sobre el hielo crepitando entre los carámbanos.

—Por favor, discúlpele, ha perdido la memoria —suplicó Lilian—. Dígame dónde encontrar el agua del pensamiento. No tenemos mucho tiempo y no quiero que siga sufriendo las torturas de su Marbhreilig. Si de verdad nos conoce como dice, sabrá que mi amor por él es verdadero.

—Verdadero, pero egoísta —repuso el Dios Astado con sus ojos congelados fijos en Lilian—. Le quieres por cómo te hace sentir.

—¿¡Me vas a decir dónde están las aguas del pensamiento o no!? —increpó Lilian—. Cuando Gare las beba, ya no importará. Estaremos juntos para siempre y nada ni nadie podrá separarnos.

—¿Alguien me va a explicar algo? —preguntó Gare, pero tanto Lilian como el Dios Astado siguieron ignorándole—. Joder, me siento como la última aceituna de un plato.

—Ni siquiera eres capaz de entender qué son las aguas del pensamiento y que ya sabes dónde están, pero hace tanto que no eres capaz de expresar tus sentimientos que no podrás encontrarlas...

Lilian se quedó pensativa. La voz le había dicho que las aguas del pensamiento emanaban en aquel lugar y, sin embargo, el Dios Astado le decía que ella ya sabía dónde estaban. Para encontrarlas tenía que expresar sus sentimientos, y ya lo había hecho, le había dicho que estaba enamorada de Gare, puede que de manera egoísta como él le había dicho, porque no se estaba preocupando por los sentimientos de él, sino solo de los suyos, pero le quería. Ya tendría sentimientos hacia ella cuando pidiera el deseo.

—¡No sé dónde está! —gritó desesperada. Sin recibir respuesta por parte del dios y arrastrada por la desesperación, se echó a llorar. Se sentía impotente, idiota, incapaz de resolver un simple acertijo. Las lágrimas le resbalaron por el rostro y se congelaron a la altura de sus labios.

—Lo sabes, Lilian. La tienes frente a tus ojos —repuso el Dios Astado—. Y solo tu desesperación te la ha mostrado.

—¿Dónde? —inquirió Lilian incapaz de ver con claridad a través de su mirada acuosa—. ¡Yo solo veo hielo por todas partes!

—Más cerca, mucho más cerca. El agua del pensamiento no emana de ningún lugar, solo de nuestro interior.

—¡Las lágrimas! —gritó Gare entusiasta. No entendía nada, pero se sentía orgulloso de haber encontrado la respuesta—. Si es que siempre se me ha dado bien resolver acertijos.

—¡Ostras! ¡Es verdad! El agua del pensamiento. ¡Las puñeteras lágrimas! —exclamó Lilian—. ¿Y para eso necesitábamos venir hasta aquí? —preguntó confusa—. ¡He tenido el agua del pensamiento en todo momento! ¿Por qué la voz me pidió que viniera hasta aquí para encontrarla?

—Porque estaba seguro de que por ti sola nunca ibas a descubrirlo. Solo el Dios Astado podría desvelarte el secreto. Además, necesitaba que estuvierais aquí.

Lilian se tensó como un arco antes de disparar la flecha y, en un primer momento, ni se atrevió a mirar hacia de donde procedía la voz. La había reconocido enseguida.

—¡Gare! —gritó eufórica Triz al verle—. ¡Por fin te encuentro!

—¡Quieta! —exclamó Galván y la agarró por la única manga que le quedaba—. Ifrinn sigue siendo parte de Marbhreilig, es parte de todos los Marbhreilig, y el de Gare convierte en ceniza lo que se desea.

—Pero no me recuerda —replicó Triz—. No tiene sentimientos hacia mí.

—Los sentimientos no se han borrado. Siguen dentro de él, aunque no los recuerde. Si lo abrazas, te desharás y volverás al lago, créeme.

Triz comprendió y se detuvo, aunque se moría de ganas por abrazarle. Para controlar sus ansias, enfocó sus sentimientos en Lilian.

—¡Zorra! —gritó y se abalanzó sobre ella rabiosa—. Prometiste que, si podías hacer algo para conseguir que volviera, lo harías.

—¡Ey! ¡No le hables así a mi esposa! —protestó Gare y se interpuso en su camino. Eso hizo que

Triz frenara de golpe para no tocarle.

—¡Que no es tu esposa, tonto!

—¿Y tú quién demonios eres? —inquirió Gare.

—¡Soy Triz!

—¿Triz? —La respuesta le descolocó por completo—. ¿La Triz de la que me hablaron Cristian y mi madre?

—Sí, esa misma.

—¿Y de qué nos conocemos? Porque no me suenas de nada.

—Nos conocemos de toda la vida. Desde que yo tenía doce años y tú diecisiete, desde que coincidimos en una cibersala de videojuegos y Norma y Jeni nos presentaron, aunque tú ese día ni siquiera te dignaste a dejar el videojuego para saludarnos. Hemos sido amigos toda la vida.

—¿Norma y Jeni? Tampoco me suenan de nada.

—¿Qué recuerdas de tu vida, Gare? —preguntó Triz nerviosa.

—Me acuerdo del colegio, de ir a una sala de ciberjuegos con los amigos cuando tendría unos dieciséis años... y luego no recuerdo nada hasta que empecé a salir con Nadia... —rememoró Gare con extrañeza al no poder recordar nada de esos años de su vida.

—Pasaron casi cinco años. Empezaste a salir con Nadia con veintiuno, justo después de tu viaje…, y yo me puse celosa —reconoció Triz—. No estaba segura entonces y he intentado negármelo muchas veces hasta ahora, pero ya me gustabas. Estuve en tu vida esos cinco años que no recuerdas y, de una forma u otra, he seguido en ella hasta ahora. He venido hasta aquí para recuperarte, para devolverte a una vida que no deberías haber perdido por defenderme. ¡Fue ella quien te mató! —exclamó Triz y señaló a Lilian.

Gare no supo qué decir. Estaba esforzándose en intentar recordar lo que aquella mujer le estaba diciendo, procurando comprender por qué Cristian y, sobre todo, su madre le habían hablado de ella. Debía de haber sido importante en su vida para que ellos la recordaran y le preguntaran por ella, y le producía ansiedad no poder recordarlo.

—¡Gare me quiere a mí, bruja loca! —exclamó Lilian—. Y en cuanto se trague mis lágrimas y

pida su deseo podremos estar juntos para siempre y este infierno se convertirá en nuestro paraíso.

—¿Ella también es una bruja? —inquirió Gare, que no dejaba de mover la cabeza como en un partido de tenis.

—Desde que te has reencontrado con él aquí, le has llegado a besar, ¿verdad? —preguntó Triz, sin escuchar siquiera el comentario de Gare, e intentó controlar sus ganas de estampar la cabeza de Lilian contra el hielo.

—Por supuesto que le he besado. ¡Y él me ha besado a mí! Nos queremos.

—¿No has oído a Galván? —inquirió Triz con una sonrisa entre alegre y rabiosa en sus labios—. Gare ha perdido la memoria, pero su cuerpo sigue recordando sus sentimientos... Si te hubiera deseado en el momento de morir, ¡te habrías deshecho como un puto azucarillo! —Estaba furiosa. Lilian había aprovechado su ausencia para intentar seducir a Gare en aquel lugar y el muy tonto se había dejado. No podía culparlo, porque le habían borrado todos sus recuerdos juntos, pero ella recordaba cada uno de aquellos instantes vividos y le dolía. El hecho de que Lilian pudiera besar a Gare y ella no, aunque se muriera de ganas por hacerlo, era bueno, porque significaba que él la deseaba a ella y que no sentía nada por Lilian. Sin embargo, la enfurecía.

—Me da igual. En cuanto beba el agua del pensamiento me deseará, como lo hizo en el portal de su casa cuando tú lo apartabas de tu lado. Y estará conmigo para siempre y tú no serás para él ni un mal recuerdo.

—Muy bien, si tan segura estás de que te quiere, de que lo que pueda sentir por ti no es por culpa de que le han borrado mi recuerdo, adelante. Que Gare pida su deseo —dijo Triz con aparente seguridad. Por dentro los nervios la consumían. Había ido hasta allí para rescatarlo y, pasara lo que pasara, iba a sacarlo de allí, quisiera él o no. No iba a soportar el peso que le supondría dejarlo en aquel lugar.

Lilian recogió las lágrimas congeladas que aún surcaban su rostro y se las ofreció a Gare.

—¿Ves cómo este lugar siempre nos depara sorpresas, cariño? —inició. Triz, al oírle llamar cariño a Gare, tuvo que contenerse—. Pensábamos que tendríamos que encontrar una fuente de agua líquida y resulta que yo era esa fuente y el agua está congelada. Te dije que la iba a encontrar, que podrías pedir un deseo y hacer que este lugar no sea cruel contigo. Te lo prometí y he cumplido mi palabra. Podremos vivir juntos, quizás cerca del lago, por siempre. Solo tienes que calmar tu sed con mis lágrimas y desearlo —explicó con la mano tendida y una sonrisa frente a Gare.

Este cogió las lágrimas congeladas en la palma de su mano y se las quedó mirando unos segundos. Lilian, para animarle a hacerlo, y por hurgar en la herida de Triz, le dio un beso en los labios. Triz sintió, otra vez, los celos revolviéndole el estómago, como la vez en la que Astrid le besó para que pudiera respirar bajo el agua y salir de la cueva. Gare levantó la mirada y, por un par de segundos, sus ojos se cruzaron.

—¿El deseo lo tengo que pedir antes o después de meterme las lágrimas en la boca? —preguntó.

Triz no pudo evitar sonreír. Era posible que Gare se hubiera olvidado de ella, pero seguía siendo el mismo metepatas adorable que no se atrevía a hacer nada por miedo a equivocarse.

—Después —contestó Galván resolviendo la duda—. Y date prisa. No tenemos tiempo que perder.

—De acuerdo. Allá voy —anunció Gare y se metió las lágrimas en la boca. El hecho de que no se convirtieran en ceniza directamente ya le supuso una alegría. El hielo sabía a hielo y refrescaba la sequedad de su boca—. Deseo poder comer, oler, besar, tocar y sentir todo aquello que desee... y recuperar mis recuerdos.

—¡No! —gritó Lilian.

21

Liberar a Astrid

Alana, sin hacer ruido, se levantó de la cama y preparó una pequeña mochila con algunos de los artículos mágicos que había ido sacando del sótano de su madre. Examinó en su grimorio toda la información que pudo del bosque de Otsa y después lo buscó en uno de sus libros. Necesitaba imágenes del lugar para poder concentrarse en él y aparecer allí sin perder tiempo y estaba segura de que alguna vez le habían contado la historia de un chico que se ahogó en el río, así que buscó las fotografías. Estaba terminando de mirarlos cuando sintió a Atzu frotando su cabeza contra su brazo.

—¡Ey! Buenos días —susurró para no despertar a su hermana.

«Hola», estornudó el chafya.

—Contigo quería hablar antes de irme. Tengo algo que pedirte.

«Dime», escribió Atzu con sus cuatro ojos brillantes abiertos de par en par.

—Tengo que ir a hacer una cosa. No sé cuánto tiempo voy a tardar en volver, pero espero que no sea mucho. Necesito que te quedes y cuides de Maya, de mi madre y de Nara. Sé que puedes hacerlo.

«¿Peligro?».

—Sabré defenderme, pero no me puedo ir tranquila si no sé que mi madre y mi hermana estarán bien. No quiero dejarlas solas por si algún peligro, como el rayo verde, vuelve a ponerlas en riesgo. ¿Lo entiendes?

«Sí», escribió Atzu, pero su mirada ya no brillaba como al principio. El chafya parecía triste.

—No te preocupes. Te traeré algo de beber antes de irme —prometió Alana en un intento por animarlo—. Así podrás hablar mejor con Maya. Te prometo que no tardaré en volver.

Atzu la miraba con ojitos afligidos y eso entristeció a Alana. Deseaba ayudar a Astrid, sentirse una bruja útil y hacer que su madre regresara antes, se había quedado muy preocupada al ver que los aparatos dejaban de funcionar, pero le daba pena dejar al chafya, así que bajó a la cocina de la casa de Nara y le trajo todo el líquido que fue capaz de encontrar sin despertar al resto. Atzu, que siempre tenía sed, no tardó en poner sus tres patas sobre el cuenco y en absorberlo.

«Atzu cuida hermana y madre», vaporeó en el aire sobre su enorme espalda.

—Lo sé —replicó Alana y abrazó al chafya. Había crecido tanto que casi no podía rodearlo con los brazos.

«Vuelve pronto. Peligro, me llamas».

—Lo haré.

Sin alargar mucho el abrazo, por miedo a echarse a llorar, Alana cogió la mochila, abrió la ventana y salió a la calle. Se concentró y deseó aparecer en el bosque de Otsa, pero no consiguió nada. Cuando abrió los ojos seguía en el patio trasero.

«¿Por qué no funciona?», pensó y volvió a intentarlo, pero el resultado fue el mismo.

Alana se enfureció. Para una vez que le pedían ayuda, era incapaz de hacer que su magia funcionara en el momento que más la necesitaba. Iban a seguir sin confiar en ella y no le iban a dejar ayudar. Su madre seguiría yéndose a otros sitios sin llevarla. Y no quería que volvieran a dejarla al margen.

Estaba maldiciendo por dentro su mala suerte cuando sintió que su mochila se movía a su espalda. Entonces lo recordó: Astrid le había dicho que usara las plumas del cuervo para llegar a Otsa. Nerviosa, rebuscó dentro de su mochila hasta que las encontró.

«¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?, maldijo, incapaz de encontrar la respuesta. «Parece que no me puedo desplazar con mi magia a un sitio en el que no haya estado antes».

Cogió una pluma en cada mano y se las quedó mirando suplicante, a la espera de que le dieran una respuesta. Pese a su imperiosa necesidad, cuando la respuesta llegó, se asustó.

En un principio no notó nada, pero con una pluma en cada mano, estas empezaron a cubrir sus dedos, sus manos y seguían surgiendo de sus brazos. Sus extremidades acabaron cubiertas de plumas por completo.

«¿Podré volar?, se preguntó al ver los brazos emplumados.

Incrédula y confusa aleteó y se asustó al ver que sus pies se separaban de forma sutil del suelo.

Más convencida, volvió a mover los brazos y no dejó de hacerlo hasta que sus pies superaron la altura de la casa.

«Muy bien, puedo volar, pero ¿cómo voy a llegar a Otsa? No tengo ni idea de qué camino seguir», pensó. Una ráfaga de viento le dio la respuesta.

Las alas de cuervo le permitían desplazarse con rapidez por los aires y, con cada aleteo, avanzaba una gran cantidad de metros. Se sentía entusiasmada y miraba al suelo, asegurándose de que nadie pudiera verla. Por fortuna, era de noche y el toque de queda mantenía a la gente en sus casas. No tardó en dejar la ciudad atrás y, ya a salvo de posibles miradas, empezó a gritar jubilosa mientras hacía piruetas en el aire.

Con los primeros rayos de sol de la mañana pudo ver el bosque. Pese a que lo había visto en fotografías y su madre lo había detallado en su libro, el lugar le asombró.

Era aún más bonito que los jardines, bosques y parques que recordaba de pequeña y que desaparecieron con la tormenta solar. La hierba lucía verde, las piedras estaban cubiertas de musgo y hasta un pequeño riachuelo serpenteaba por entre las hayas. Agotada por el esfuerzo que le había costado trasladarse hasta allí, descendió a tierra. En ese momento, las plumas desaparecieron de sus brazos. Buscó un lugar por el que se filtraran los rayos del sol y se tumbó en la hierba. Allí cerró los ojos y dejó que la recargaran de energía mientras recordaba las veces que corrió descalza por sitios parecidos a aquel.

—¡Auxilio, Alana! —La voz de Astrid le hizo levantarse minutos más tarde.

—¡Astrid! He venido a ayudarte. ¿Dónde estás? —preguntó Alana sin dejar de mirar hacia el lugar del que creía que había procedido la voz.

Pero no recibió respuesta. Angustiada, cogió la mochila y salió corriendo hacia el interior del bosque. Astrid le dijo que tenía que buscar una cueva al otro lado de una cascada, así que siguió el cauce del riachuelo. Corrió saltando piedras, esquivando ramas y hundiendo sus pies entre las hojas caídas de los hayedos, sin desfallecer, hasta que vio una espesa niebla cubriendo el suelo. Entonces frenó en seco.

El aire, hasta ese momento cálido, se tornó gélido; las ramas se agruparon sobre su cabeza y

cerraron el paso a los rayos del sol, privándola de la energía que estos le aportaban. El bosque comenzó a emitir sonidos que le ponían los vellos de punta. El idílico lugar se convirtió, de un instante para otro, en un sitio de pesadilla parecido al que solía ver en sus sueños cuando soñaba con el hombre malo.

Pero ahora, aunque solo habían pasado unos meses, ya no era tan niña como entonces. Había aprendido que tenía poderes, que era una bruja de sangre y los suficientes hechizos como para no tener miedo. Aun así, pisó la niebla con cautela.

Esta se revolvió bajo sus pies y creyó oír el siseo de unas serpientes por debajo de la espesa capa de bruma. A pesar de que se había intentado convencer de su valentía, dio un paso atrás y salió de ella. El siseo se detuvo.

—¡Socorro! —La voz de Astrid sonó esta vez con mayor nitidez.

—¡Aguanta! —pidió Alana y miró a la niebla con indecisión.

Tenía que hacer algo. No iba a servir de ninguna ayuda si se quedaba allí parada y la iban a seguir tratando como a una niña si no podía ayudar a Astrid ni a su madre a regresar. Su madre siempre se enfrentaba a todos los peligros. La había salvado de las pesadillas con el hombre malo y de los ataques de la bruja pelirroja. Se había arriesgado por ella todas las veces y había salido victoriosa, y ahora ella era incapaz de meterse en una simple niebla cuando su madre y Astrid la necesitaban.

Cuando las dudas amenazaban con atenazarla, el cuervo de ojos rojos y plumas negras que se había posado en su ventana cruzó sobrevolando su cabeza y se internó en el bosque pronunciando su nombre entre graznidos como había hecho en su sueño. Se agarró con fuerza a las cintas de su mochila y, apretando los dientes, echó a correr tras él.

La bruma volvió a revolverse bajo sus pies; el siseo se hizo más intenso y, en varias ocasiones, llegó a sentirlo rozándola. Los árboles, mecidos por un viento inexistente, empezaron a chocar sus ramas sobre su cabeza y sus hojas empezaron a caer sobre ella. Alana se puso a gritar cuando las estas comenzaron a enredársele en el pelo y a clavársele en la piel, pero no se detuvo. Se había adentrado demasiado como para acobardarse e intentar regresar.

Una rama escondida en la niebla le hizo tropezar y caer. El frío que sentía en los pies le subió por todo el cuerpo, pero, ya en el suelo se dio cuenta de que el siseo lo producían las ramas deslizándose por él y no serpientes como ella había temido. Respiró aliviada. A las ramas, aunque estas se movieran mágicamente, no les tenía tanto miedo.

Se puso en pie y siguió corriendo. Las hojas de los árboles seguían enraizando en su piel y le dolía, pero pudo ver a lo lejos la catarata y al cuervo posado sobre unas rocas y eso le dio fuerzas para seguir con paso ávido.

Si no hubiera sido por el dolor que sentía, aquel lugar del que brotaba agua de forma mágica la habría impresionado, pero no tuvo tiempo de detenerse a contemplarlo. Rodeó la catarata y buscó la cueva sobre la que se posaba el cuervo y, queriéndose librar de aquellas molestas hojas, entró sin detenerse, pese a la oscuridad del lugar.

Ya dentro, a salvo de nuevos ataques, se concentró en su magia. Sabía que podía volver su piel casi incandescente, como había hecho con sus manos en el parque cuando casi abrasó las cadenas del columpio, y le pareció una buena idea para librarse de aquellas molestas hojas. Aunque para ello tendría que concentrarse más que ninguna otra vez y ya había gastado bastantes energías.

Cerró los ojos, apretó los dientes y cerró los puños. Como en ocasiones anteriores, pudo sentir la energía en su interior concentrándose en los dedos de sus manos, los notaba arder, pero esta vez no quería lanzar la energía desde ellas, quería distribuirla por todo su cuerpo para que las hojas vieran quemadas sus raíces. Intentó serenarse, si quería conseguirlo no podía centrarse en lo que no estaba haciendo bien, sino en intentar arreglarlo. Visualizó en su mente cómo la energía de sus dedos se extendía a la palma de sus manos, de allí a su antebrazo hasta llegar al codo y, por último, a todo el brazo. Lo imaginó y pudo llegar a sentirlo. Las hojas que se habían pegado a su piel dejaron de dolerle, dejó de sentir su presencia. No podía abrir los ojos, pero estaba segura de haberlas calcinado. Convencida de que funcionaba, se concentró en hacer arder su espalda y su cuello, lugares donde más hojas habían enraizado mientras corría agachada. Poco a poco sintió el dolor menguar, pasó de ser como un dolor de muelas a un simple padrastro molesto, hasta que desapareció.

Las últimas hojas, enredadas en su pelo, las arrancó con la mano. Terminada la extracción de la última, abrió los ojos. Un par de decenas de hojas humeaban en el suelo a su alrededor, pero lo que más la asombró fue que sus brazos, enteros, tenían el color del sol. La hoja que tenía entre sus dedos se revolvía y se enroscaba como un gusano intentando volver a enraizar. La arrojó lo más lejos que pudo.

—¡Alana! ¡Bajo el agua! ¡Corre!

La voz angustiada de Astrid la sacó de sus pensamientos. Aprovechó la luz que emanaba de sus brazos para iluminar el camino y adentrarse en la cueva hasta llegar al final, donde unas paredes que sudaban agua le impedían el paso. Allí no había rastro de Astrid, solo un pequeño estanque del que Alana no veía el fondo.

—¡Alana! ¡Socorro!

La voz de Astrid parecía surgir de aquel lugar. Le entró miedo. Hacía años que no había ido a nadar. Le enseñaron de pequeña, pero la Tercera Guerra la obligó a dejar las clases y la tormenta solar hizo que el agua escaseara.

—¡Alana! ¡El hombre malo está aquí!

No terminaba de decidirse. No estaba segura de la profundidad del agua y le daba miedo. El cuervo graznó a su espalda. Alana se giró a buscarlo, pero el ave chocó con ella y con su enorme tamaño la arrojó al agua. Sus brazos, aún incandescentes, hicieron brotar burbujas y vapor. Ya no había marcha atrás si quería demostrar su valor. Cogió todo el aire que pudo dentro de sus pulmones y se sumergió. Tenía que ayudar a Astrid para también ayudar a su madre.

Llevaba un rato buceando y empezaba a sentir que se quedaba sin aire, cuando le pareció ver una luz al fondo. Nunca había probado su magia bajo el agua, pero si no lo intentaba no tendría la oportunidad de volver a hacerlo. Había avanzado demasiado como para poder regresar y estaba demasiado lejos como para aguantar la respiración. Cerró los ojos, se imaginó en la luz y, al abrirlos, estaba allí, casi sin aire, pero cerca de la salida. Por fortuna, su magia volvía a funcionar.

Tosió un par de veces al salir del agua y tuvo que recuperar la respiración, apoyada en una roca, antes de echar un vistazo. Se encontraba en otra cueva, menos amplia que la anterior e igual de mal iluminada. Por si fuera poco, sus brazos ya no resplandecían y no podía usarlos para ver.

—¿Astrid? ¿Estás aquí? —inquirió sin atreverse a adentrarse.

Una ráfaga de aire la golpeó con violencia y la lanzó al agua de nuevo. Dolorida, consiguió sacar la cabeza a flote y respirar. La habían atacado y ni siquiera había visto venir el golpe. Tenía que estar más atenta si quería ser de utilidad.

—¡No la toques! —La voz de Astrid sonó entre las tinieblas.

Un rayo de luz amarilla blanquecina cruzó la cueva. Alana pudo ver la silueta de la mujer que se había sentado al borde de su cama al principio del rayo, pero no pudo ver sobre quién o qué golpeaba.

Salió del agua justo en el momento en el que otra ráfaga de aire la sacudió y volvió a sumergirla. Al hacerlo tan de improviso, no le dio tiempo a coger aire y tragó agua. El golpe le hizo dar vueltas

como un molinillo dentro del estanque y, por un segundo, perdió el sentido de la orientación. No sabía si estaba subiendo o sumergiéndose más en las profundidades. Estaba segura de ir a ahogarse y de no ir a poder ayudar a su madre porque se estaba quedando sin aire en los pulmones y ni siquiera sabía hacia dónde tenía que nadar.

Solo la luz amarilla blanquecina sobre su cabeza le hizo decidirse por seguir nadando en aquella dirección. Salió del agua cuando ya los pulmones le ardían. Era la tercera vez que tenía que sumergirse y, si no conseguía evitar los ataques, una cuarta inmersión igual era demasiado para su resistencia. Sin salir del agua, invocó uno de los hechizos de protección aprendidos mientras los rayos seguían iluminando el techo de la cueva sin que ella pudiera ver nada.

—¡Corre, Alana! ¡Ahora! —La voz de Astrid le hizo salir del agua casi a la carrera.

A ella se la veía iluminada por la luz amarilla en el centro de la cueva y hacia allí fue.

—¡Date prisa! He conseguido repeler los ataques del hombre malo y que se tenga que alejar, pero no tardará en volver y querrá hacernos daño.

Astrid seguía hablándole sin necesidad de mover los labios, pero en sus ojos se veía brillar la preocupación.

—¡No sé qué tengo que hacer! —gritó Alana asustada. Creía sentir que cada una de las sombras que la rodeaban se movía y que iban a atacarla, otra vez, en cualquier instante—. ¿Cómo te libero? —preguntó sin dejar de mirar de un lado a otro casi de manera compulsiva y sin poder evitar que el miedo y el frío le hicieran temblar todo el cuerpo.

—¡Usa tu magia, Alana! Eres muy poderosa. Más que ninguna otra bruja.

—¿Yo? —inquirió sorprendida—. Si apenas sé hacer cuatro trucos de protección...

—¡Tienes la magia del Sol y la Luna! ¡Debes usarla!

—¿Cómo? —preguntó sorprendida. No entendía qué quería decir Astrid.

—Usas la energía del Sol para fortalecer tu energía, te desplazas invisible como la Luna en una de sus fases. ¡Solo tienes que juntar ambos poderes! ¡Usar la magia del eclipse! —La voz de Astrid seguía sonando inquieta y angustiada en su cabeza.

—¡Cómo se hace eso! —exclamó Alana desesperada. Hasta ese instante ni siquiera sabía que la magia que usaba para transportarse de un lugar a otro pertenecía a la Luna.

Estaba esperando una respuesta en su cabeza cuando la luz de Astrid dejó de brillar y toda la cueva se quedó a oscuras. Un viento, tan fuerte como el de un huracán, golpeó contra su hechizo de protección. El golpe fue tan violento que salió despedida unos metros por la cueva, aunque, al contrario que los dos anteriores, no le produjo dolor. Se asustó al sentir cómo el aura de protección se resquebrajaba tras golpearse contra las rocas.

Astrid volvió a brillar por unas décimas de segundo. Un nuevo rayo blanco sobrevoló sobre su cabeza y golpeó contra algo a su espalda que no pudo llegar a ver desde el suelo.

—¡Hazlo, ya! Me quedo sin fuerzas... —Escuchó decir a la voz de Astrid mientras veía como su luz tintineaba a punto de fundirse—. ¡Invoca la magia del eclipse! ¡Lo viste en tus sueños, Alana!

Creyó recordar el momento del sueño al que Astrid se refería. Aquel en el que un rayo de sol atravesaba la bola lunar en la que se había transformado el cuervo. Tenía que destruir la magia que mantenía a Astrid encerrada en aquella cueva haciendo pasar uno de sus rayos de energía solar por el vacío que se provocaba en cada una de sus desapariciones. Así conseguiría que la magia del Sol y de la Luna se juntaran, como en un eclipse, pero había un problema.

—¡Es casi imposible! El vacío se llenará rápidamente. Tendré que aparecer y desaparecer unas décimas de segundo y justo cuando mi propio rayo esté a punto de alcanzarme. ¡No va a salir bien! ¡No voy a ser capaz! —exclamó asustada.

—¡Ya vuelve! Tienes que intentarlo. Tienes que liberarme para que tu madre pueda regresar, Alana.

No se sentía preparada para aquello, pero tenía que intentarlo. Tenía que demostrar que era una buena bruja de sangre. Tendría que crear un rayo, lanzarlo, desaparecer, aparecer al otro lado de la cueva antes de que el rayo llegara y volver a desaparecer en el momento exacto en el que el rayo le daría alcance para que este chocara con el vacío provocando un estallido mágico que rompería las cadenas que mantenían a Astrid allí encerrada, como había desaparecido el cuervo en su sueño. Su madre tenía razón: los sueños le daban mensajes que, aunque en un principio no les encontrara sentido, tenía que memorizar. Se lo contaría en cuanto la viera para que estuviera orgullosa.

Cuando Alana cerró los ojos para concentrarse, el rictus de Astrid mutó. Dejó de mostrarse asustado y comprensivo y lució siniestro y con un halo de desesperación. Llevaba siglos esperando encontrar quien pudiera realizar aquel hechizo. Había hecho cómplice de sus sueños a su ascendente desde su niñez, segura de que se habían cumplido ya los siete siglos de condena, antes incluso de que

ella pudiera sospechar que iba a ser el vientre donde gestar a la elegida. La había instruido en sus sueños y en su magia desde niña para que, llegado aquel momento, se pusieran de su lado y, sin embargo, la magia del eclipse necesaria para escapar del hechizo que Galván realizó para proteger los mundos había germinado en una niña asustadiza e inmadura que apenas conocía su poder. Pero ya no tenía tiempo que perder, la Diosa Luna no debía esperar más para llevar a cabo el renacimiento. Solo esperaba que, asustando a aquella mocosa con el rayo verde sobre su casa y los remolinos de aire en la cueva, esta supiera sacar todo su poder y liberarla.

Las manos de Alana enrojecieron, saltaban chispas de sus dedos cuando abrió los ojos. Nunca se había puesto a calcular la velocidad de su rayo, pero sabía que era mucha. La distancia máxima de la cueva no le daba más que unas décimas de segundo para aparecer al otro lado y volver a desaparecer.

—¡No voy a ser capaz! —gritó sin atreverse a lanzar el rayo, al borde del llanto.

—¡Tienes que serlo! ¡Tienes que hacerlo por tu madre! ¡Si el hombre malo me alcanza, nadie podrá hacerla volver! —espetó Astrid impaciente.

Alana lanzó el rayo. Unas décimas de segundo más tarde apareció al otro lado de la cueva, pero no fue lo suficientemente rápida. El rayo ya había golpeado contra la pared del fondo y trozos de piedra se desprendían al suelo.

—¡Otra vez! —animó Astrid—. ¡Has estado muy cerca!

—No sé si voy a tener energía suficiente. Cuanto más uso mi magia, más agotada me siento —explicó Alana.

—¡No tenemos tiempo! ¡Pon toda tu fe en ello!

Alana volvió a concentrarse. Los dedos empezaron a arderle de nuevo. No cejó en el empeño hasta que sus dedos volvieron a lanzar chispas. Observó el otro lado de la cueva y se imaginó allí antes incluso de lanzar el rayo. En el momento justo en el que liberó la energía de sus dedos cerró los ojos. En un pestañeo volvió a abrirlos. Pudo ver, como un destello, el rayo acercarse a ella mientras volvía a concentrarse en regresar al mismo sitio en el que estaba y volvió a pestañear.

Un estruendo sordo la hizo caer de espaldas, cuando el campo de energía provocado por el rayo al entrar en el vacío la alcanzó. Todo a su alrededor se volvió caótico: las paredes de la cueva se caían a trozos, el suelo temblaba, el agua del estanque empezó a burbujear como si estuviera ardiendo. Alana se arrojó al suelo y se intentó proteger con los brazos mientras invocaba otro hechizo.

—¡Al fin soy libre! —gritó eufórica Astrid transcurrido un tiempo. Esta vez sí movió sus labios y su voz disto mucho de ser la dulce voz que resonaba en la cabeza de Alana.

—¿Lo he conseguido? —preguntó aturdida y asomó los ojos entre sus brazos.

—Sí, pura suerte, pero sí.

—¿Ahora podrás traer de vuelta a mi madre? —inquirió Alana ilusionada.

—Antes hay otro lugar que debemos visitar y otra misión por delante —anunció Astrid, agarró de la mano a Alana y tiró de ella hacia el centro de la cueva.

—¿Otra misión? Le prometí a Atzu que regresaría pronto a casa. Estará preocupado y me estará esperando.

—Deja en paz al chafya. Tú y yo tenemos que ir a Grawell a liberar a una diosa y, para eso, tenemos que regresar a la orilla del río donde te has quedado dormida e irnos a Grawell.

Sin darle tiempo a oponerse, Astrid invocó un hechizo y ambas aparecieron fuera de la cueva sin necesidad de volver a sumergirse en las profundas aguas que seguían hirviendo. Sin escuchar las quejas de la niña, la llevó de la mano hacia la salida del bosque. Esta vez ni se esforzó en invocar la niebla que solía asustar a quien intentara acercarse a la catarata. Con ella se aseguraba de aparentar ser la princesa que rescatar y no el dragón sediento de venganza.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Alana.

—Si quieres rescatar a tu madre, primero tienes que salir de Aisling.

—¿Aisling? ¿Estoy soñando? —A Alana aquella palabra le sonaba del libro de las sombras de su madre.

—Te quedaste dormida al llegar al bosque y ahora voy a llevarte de regreso a tu cuerpo. Después, iremos juntas a Grawell y rescataremos a la Diosa Luna.

—¿Y mi madre?

—Todo a su tiempo, pequeña. Todo a su tiempo —dijo Astrid, aunque en realidad sabía que, cuando la Diosa Luna fuera despertada, recuperar a su madre sería el menor de los problemas de la niña.

—¡Que no soy pequeña! —protestó Alana, harta de que todo el mundo la valorara por su edad —. Si no es por mí, seguirías encerrada —remarcó.

Astrid no replicó. Se limitó a llegar con prisas a las orillas del río donde la niña se había tumbado a recargar energía y se había dormido.

—Ya puedes despertar —le indicó y señaló el cuerpo de la pequeña que dormía, aunque inquieta, bajo los rayos del sol.

Alana obedeció sin más.

—¿Y ahora qué? —inquirió cuando abrió los ojos y se puso en pie y se encontró con Astrid a su lado.

—Nos vamos a Grawell, de vuelta a mi mundo.

Agarró la mano de Alana y, en unos segundos, ambas ardieron envueltas en llamas sin que la niña pudiera hacer otra cosa que gritar.

22

Insuficiente

Todos los recuerdos regresaron a Gare tan de golpe que tardó un tiempo en procesarlos. Regresaron los recuerdos de la adolescencia con Triz y sus sentimientos hacia ella en aquel entonces; retornó el motivo por el que salió de *Unreal Live* y su reencuentro, los acontecimientos acaecidos en Aisling y los meses de hospital; rememoró el momento en el que conoció a Lilian, su cita bebiendo agua de chocolate, cómo habían estado a punto de besarse en su portal; cómo había tenido que irse para rescatar a Triz de Grawell, se habían sincerado el uno con el otro y se habían besado; pero, sobre todo, recordó cómo había muerto.

—¿Y dices que me querías? —increpó Gare encarándose a Lilian.

—¡Y te quiero!

—¡Estoy aquí por tu culpa, bruja loca!

—¡Vine a buscarte para estar contigo! ¡Nadie se ha preocupado por ti más que yo! Ella te dejó tirado semanas en el hospital, ¿recuerdas? —gritó Lilian al señalar a Triz—. ¡Ni siquiera se interesó por tu salud! Y tú corriste a ayudarla como un perrito en cuanto te necesitó. ¡Si te hubieras quedado conmigo, no hubiera pasado nada y seríamos felices! ¡Nos hubiéramos acostado esa noche y habrías acabado enamorándote de mí!

—No viniste a buscarle. Aquí te mandé yo, bonita —rectificó Triz—. La única que ha venido a buscarle soy yo y sé cómo hacerle volver.

—¿Sabes cómo sacarnos de aquí? —inquirió Gare.

—Sí, bueno, eso creo...

—Me vale. Sabes que siempre confiaré en ti —dijo Gare antes de lanzarse a abrazar a Triz.

—¡Espera! ¡Espera! —repuso esta y levantó la mano para detenerlo—. Has recuperado la memoria, pero no sabemos si ya puedes tocar lo que deseas sin convertirlo en ceniza.

—¿Y cómo vamos a comprobarlo? Aquí solo hay hielo. Nada que pueda desear, salvo tú.

—Espera... —pidió Triz y se puso a rebuscar en sus bolsillos—. Creo que tengo algo. ¡Sí! Aquí está —anunció al tiempo que sacaba un bombón de chocolate y sonreía—. Lo cogí de una de las mesas del camino.

Se lo lanzó a Gare. Este lo cogió en el aire y lo desenvolvió.

—¡Huele a chocolate! —gritó eufórico—. ¡Puedo olerlo!

Sin miramientos, se lo metió en la boca. Inmensamente feliz se puso a dar saltos de alegría por el iceberg, aun a riesgo de acabar como una brocheta en uno de los carámbanos, mientras el chocolate se le deshacía dentro de la boca y podía saborearlo. Ya seguro de poder abrazar y besar a Triz, se fue hacia ella.

—No podemos perder más tiempo —dijo Galván, que se interpuso entre ambos.

—¿Y este quién es? —preguntó Gare.

—Soy Galván, el último brujo de sangre.

—¡Ah, no! De eso sí que me acuerdo. Los brujos de sangre no existen. Nos lo dejó claro la tía Helen —replicó Gare, alegre por recordar de nuevo todo, pero en tono celoso al recordar que Triz había llegado con aquel chico joven de ojos azules.

—Es largo de explicar —dijo Triz—. Lo haré cuando regresemos a casa. Solo tenemos que conseguir la sangre del Dios que no muere.

—Me temo que eso no será sencillo —anunció Galván tras girarse hacia ella.

—¿Cómo que no? ¡Me dijiste que el Dios Astado estaba en Ifrinn! ¡Estamos en Ifrinn! ¿Qué me has ocultado ahora? —Triz estaba enojada. Harta de que no dejaran de salir dificultades.

—Y lo está... pero no sabía cuál iba a ser su estado, me separé de él en cuanto formulé el hechizo... Mi Dios... —repuso Galván y se arrodilló al pie del iceberg.

—Galván, hijo mío, el momento está cerca —habló la montaña.

—Lo sé... he hecho cuanto he podido. He aquí la elegida por Astrid, la heredera de su magia y la destinada a desnivelar las fuerzas.

—Triz... ¿has comprendido tus sueños? ¿Entiendes quién eres y por qué estás aquí? —interrogó el Dios Astado.

Triz miraba el iceberg incapaz de articular palabra. Se había quedado en *shock* al verlo hablar, al reconocer al Dios Astado de sus sueños tallado en él y al comprender que no iba a poder obtener la sangre de ningún dios si era de hielo.

—Sigo sin entender nada —musitó finalmente—. Solo sé que necesito su sangre para salir de aquí y poder llevarme a Gare conmigo.

—¡Ey! ¿A mí no piensas llevarme? —interrogó Lilian. Triz la miró con desprecio.

—No podrás obtener mi sangre hasta que recupere mi forma semihumana, y no podré recuperarla hasta que no sea liberado.

—¿Y qué tengo que hacer para liberarte? —interrogó Triz—. Soy la elegida por vosotros, los Dioses, para salvar los mundos.

—Solo eres la elegida por Astrid para desnivelar la balanza y destruirlos. No tienes el poder del Sol. Solo la magia de la Diosa Luna. Tú no puedes liberarme —anunció con solemnidad el Dios Astado.

—No entiendo... —sollozó Triz—. ¡Me dijiste en mis sueños que podía sacar a Gare de aquí! —gritó tras recuperar la entereza y zarandear a Galván.

—Y puedes... Solo necesitas las semillas del árbol que llora, la sangre del Dios que no muere y sembrarlas en tierra de desesperanza. Eso fue, exactamente, lo que te dije.

—¡Pero no puedo obtener su sangre si no puedo liberarlo!

—De eso yo no dije nada —remarcó Galván—. No estaba seguro de que fueras la elegida para dicho menester.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Me engañaste! El cabrón de Cristian va a tener razón —exclamó Triz y comenzó a golpearle el pecho—. ¡He dejado solas a mis hijas porque, en mis sueños, me dijiste que podría rescatar a Gare de Marbhreilig!

—Mi Dios, su hija —anunció Galván, sin inmutarse por los golpes de Triz y dirigiéndose a la montaña—, ella sí parece tener los poderes del Sol y la Luna.

—¿Y por qué no está aquí? —La voz del Dios Astado resonó con tanta fuerza que pedazos de hielo se desprendieron del iceberg.

—Lo intenté —respondió Galván tras agachar la cabeza—. Pero mis poderes en Anwnn se vieron mermados con el paso del tiempo. Rescaté de la muerte a varios para que la vigilaran, pero, cuando descubrí sus poderes, fueron incapaces de traerla. Ella debía venir voluntariamente, pero es solo una niña de trece años. Pensé que Triz podía sernos de utilidad. Al fin y al cabo, es la elegida de Astrid para revivir sus sueños. Comprendí tarde que no era el objetivo.

—¡Oye! ¡Que estoy aquí! ¡Me he jugado la piel en Aisling para recuperar el libro de las sombras de Astrid, me quemé dos veces en una hoguera por ir a salvar Grawell, entré voluntariamente en hibernación para venir a Anwnn y acepté morir para entrar en Marbhreilig a devolver a la vida al hombre al que amo! ¡De algo valdré! ¡Digo yo!

—¿Me amas? —exclamó Gare sorprendido—. Nunca me lo habías dicho...

—Calla —le ordenó Triz—. Dime cómo salimos de aquí, o te juro que derrito esta montaña de hielo —amenazó a Galván y concentró la energía en sus manos.

—Mi Dios, algo no va bien —anunció Galván.

—¡Claro que no va bien! —gritó Triz—. O consigo la sangre o vais a comprobar si sirvo de algo o no.

Pero Galván no se dirigía a ella. Solo miraba la figura del Dios Astado.

—Mi Dios, me temo que Astrid ha sido liberada —comunicó Galván, al sentir como su alma empezaba a ser arrancada de aquel lugar.

—Si es así, pronto la Diosa Luna también lo será. Tenemos que estar preparados. La batalla definitiva está al llegar. Volveremos a vernos pronto, nuestra espera ha terminado.

Lilian y Gare se quedaron sorprendidos al ver que Galván se desvanecía en el aire. Triz corrió hacia él. Quería aferrarle de la ropa y obligarle a ayudarla, pero, cuando alzó los brazos para agarrarlo del cuello, terminó por desaparecer.

—¿Dónde coño ha ido? —inquirió Gare.

—Creo recordar que me contó que su destino y el de Astrid estaban ligados. En caso de que uno de los dos fuera liberado, el otro correría la misma suerte. Alguien ha debido de romper el hechizo que mantenía a ambos encerrados y habrá vuelto al lugar donde se produjo la última batalla —respondió Triz en un intento por entender lo ocurrido y por templar sus nervios.

—Pero tú estás aquí...

—¡Alana! Ha tenido que ser Alana. Mi hija ha liberado a Astrid y no puedo ayudarla —maldijo Triz.

—Pero ¿Astrid no es la primera gran bruja? ¿La que tuvo tus mismos sueños? ¿La que me besó en la cueva del bosque? ¿Astrid no es la buena en todo esto?

—No me lo llego a creer, pero, al parecer, nos engañó a todos. Por lo que me ha contado Galván, ella y la Diosa Luna son las que quieren acabar con los mundos para hacerlos renacer.

—Entonces... ¿el tipo con cuerno es el bueno? —interrogó Gare y señaló al iceberg.

—Eso parece.

—Entonces salgamos de aquí y devolvamos a Astrid a su cueva —propuso Gare.

—¡No podemos! Cuando vine a buscarte, lo hice con la intención de encontrarte todavía en Anwnn, no tenía intención de cruzar a Marbhreilig para hacerlo. Desde Anwnn podría haber regresado, solo estaba hibernando, pero no iba a regresar sin ti. Cuando crucé las puertas de Marbhreilig, también fallecí. No me importó porque Galván me anunció la manera de regresar. Pero lo que es peor: Nara se habrá asustado al ver cómo mis constantes vitales se paraban y no sabrá qué hacer. Como decida deshacerse de los cuerpos, no saldremos de aquí nunca. Y tampoco podemos hacerlo mientras no consigamos la sangre del Dios Astado. ¡Y, como puedes ver, es un iceberg!

—Tengo más malas noticias, Triz —anunció la voz grave del dios—. La única manera de que recupere mi forma es que tu hija libere a la Diosa Luna, pero, en caso de hacerlo, mi destino también está ligado al de ella. Como le ha pasado a Galván, en el momento en el que ella sea liberada, desapareceré y regresaré a Grawell. El lugar de la última batalla.

—¡Mierda! ¡Si vas a Grawell no habrá ningún dios en este lugar del que extraer su sangre y jamás regresaremos!

—¿La Diosa Luna está encerrada en Grawell? Triz y yo estuvimos allí hace unos días y no la

vimos. De haberlo sabido, hubiéramos dejado que Grawell se chamuscara contra la estrella azul.

—No hubiera podido. Mi tía vive allí, ¿recuerdas? —repuso Triz.

—La Diosa Luna también perdió su forma tras la batalla —comentó el Dios Astado—. Con seguridad, ella también adquirió un aspecto similar al mío.

—Así que la Diosa Luna tiene que ser una montaña de Grawell... ¡Joder, Ekabú! La Diosa Luna es Ekabú —gritó Gare dirigiéndose a Triz.

—Por eso vuelve a la vida de noche... —musitó Triz, que seguía intentado comprender toda la información recibida.

—¡Hija puta, que casi me mata!

—Galván se sacrificó para salvar los mundos y nos separó durante siete siglos en distintos mundos. Ahora el tiempo ha terminado —anunció el Dios Astado.

—Pero ¿qué ocurrió? ¿De verdad la Diosa Luna y Astrid quieren destruirlo todo? —inquirió Triz.

—Esto fue lo que pasó...

23

Astrid, dos años en Grawell. Encuentro final

Los días transcurrían a velocidad pasmosa y, sin embargo, todos eran aburridos. No ocurría nada. Se había asentado en una llanura, junto a un lago, en el que todo era calma y tranquilidad en un marco verdoso hasta donde alcanzaba su mirada.

Tras su llegada a Grawell, los acontecimientos no se estaban desarrollando como esperaba, aunque, por fortuna, la llegada de nuevas brujas había sido escasa. No contaba con que hubiera más gente allí en el momento del reencuentro con la Diosa Luna, pero la demora en el tiempo y una vez inaugurado el nuevo mundo habían propiciado que otras brujas perseguidas y quemadas en la hoguera hubieran corrido la misma suerte que ella y su madre. Al menos, y dado que la mayoría de la gente estaba muriendo por aquella enfermedad, el número de brujas y brujos no era muy elevado y todavía era controlable, aunque también habían llegado otras brujas quemadas con anterioridad a ella y cuyo cuerpo permanecía enterrado intacto. Su aspecto era grotesco, ya que conservaban las quemaduras producidas en la hoguera.

Para evitar visitas inoportunas de las brujas buscando su consejo, había creado un halo de misterio alrededor de aquel lago y ninguna de las otras se atrevía a acercarse. Una bruma de niebla cubría los alrededores y atacaba a todas aquellas que se atrevieran a acercarse. Deseaba estar sola, esperando el momento preciso en el que el último sol negro anunciara el reencuentro con su diosa y solo salía de los alrededores del lago para acercarse a Dumbsilly y comprar galletas a Jane para apaciguar sus instintos y hacer más llevaderos los días. Cuando pudiera abrazar a la Diosa, estaba segura de que ya no necesitaría aquel sustitutivo de sensaciones placenteras.

Pero su salida de los alrededores del lago para conseguir aquellas galletas hizo que el resto de las brujas, curiosas y envidiosas, la siguieran. Cuando descubrieron las propiedades de las galletas de su madre, todas quisieron que les diera la receta. La mujer estaba obsesionada con que querían robársela.

Al menos, las últimas noticias recibidas eran esperanzadoras. El segundo, y esperado, sol negro desde su marcha estaba a punto de producirse. Había llegado el momento y esperaba impaciente cualquier detalle que indicara su llegada.

La mañana del que debía ser su cuarenta cumpleaños, aunque no hubiera envejecido ni un solo día desde su llegada a Grawell y el tiempo allí transcurriera más deprisa, el cielo no amaneció teñido del color violeta habitual. La estrella azul que iluminaba aquel cielo se había teñido de un rojo sanguinolento y pintaba con él todo el paisaje. Desde la casa del lago pudo escuchar los gritos asustados de alguna de las brujas, pero ella sonrió al comprobar que, por fin, algo había cambiado en aquella anodina rutina diaria.

Sin pensarlo demasiado, salió de su casa y se fue caminando hacia el lugar en el que aquel brillo rojizo mostraba mayor intensidad. Era una zona cercana al río, donde empezaba a ganar caudal y recibía las aguas del mar. Se acercó hasta allí con la esperanza de que hubiera llegado el momento. Cuando descubrió a una anciana junto al cauce, sintió cómo el corazón se le desbocaba de alegría y sus piernas echaron a correr como si volara sobre el suelo.

—¡Señora! —gritó—. Me moría de ganas por volver a verla.

La anciana, que estaba de espaldas a ella, se giró ceremoniosa. Seguía con el mismo desmejorado aspecto que en su último sueño, pero, en esta ocasión, lucía una sonrisa radiante que calentó el pecho de Astrid solo con verla. La Diosa Luna se alegraba tanto de verla como ella.

No lo dudó. En cuanto llegó a su vera la abrazó como abraza una enamorada, con el alma. La diosa la correspondió del mismo modo.

—Astrid, querida... Me alegro tanto de verte. El momento ha llegado. He de renacer y tú... esta vez serás tú... renacerás conmigo, a mi lado. No habrá errores. El ciclo se completará y renaceremos juntas para siempre —susurró la Diosa Luna.

—Estoy lista —afirmó Astrid.

Ambas se agarraron de las manos y cerraron los ojos. Una suave brisa las envolvió. El olor de aquel aire le recordó el de las galletas de su madre: olía a felicidad, a bellos recuerdos, a alegría. La brisa jugaba con su pelo y le acariciaba el rostro, su vestido danzaba arrastrado por aquella suave caricia. Treinta años de espera desde aquel primer sueño habían merecido la pena. El corazón parecía salírsele del pecho y no podía sentirse más feliz.

La Diosa Luna inició un melodioso canto que, aunque estaba segura de que era la primera vez

que lo escuchaba, le resultó familiar, como un recuerdo grabado en su subconsciente esperando el instante preciso para germinar. Llegado el momento, se unió al cántico de la diosa, cada palabra surgía en su cabeza justo antes de tener que ser pronunciada. La brisa, hasta entonces suave, arreció con fuerza y sus voces se elevaron para mantenerse audibles por encima del sonido que levantaba. Astrid sintió que aquel viento la elevaba, no solo físicamente, sino también de modo espiritual, sentía cómo la mano de la diosa, a la que se aferraba, ya no era un elemento externo, sino que formaba parte de ella, como si se estuvieran fusionando.

En ese instante, el estruendo del suelo abriéndose bajo sus pies hizo que las palabras de la canción dejaran de aparecer en su cabeza, la diosa dejó de cantar y el viento se detuvo.

—Maldito... —musitó la Diosa Luna.

Como en su último sueño, de las cicatrices de la tierra emergió la imagen imponente del Dios Astado. Malherido, con las lesiones de su cuerpo todavía sangrantes, pero con una imagen de fiereza y poder. A su lado, tal y como Astrid esperaba, la figura de aquel con el que sufría pesadillas por las noches y del que aún sentía, pese al paso de los años, su cuerpo jadeante sobre el suyo. Lo había visto en sus sueños, sabía que iba a estar allí.

—Detente, Astrid —gritó Galván.

—No serás tú quien me detenga —rio.

Pese a la convicción inicial, no tardó en darse cuenta de que aquella disputa no iba a ser tan sencilla de vencer como esperaba. El Dios Astado era tan poderoso como la Diosa Luna, y Galván, aunque le costara reconocerlo, era un brujo a su altura. ¿Cómo había podido nacer una bruja tan mediocre, como su hija, de aquella unión?

Estaba siendo tan cruenta la batalla que aquel páramo verdoso y rodeado de agua en el que había comenzado fue siendo destruido hasta convertirse en un lugar desértico en el que, con seguridad, no iba a crecer nada durante siglos. Pese a las heridas, todos se mantenían firmes en sus convicciones y seguían arrojando hechizos. Astrid se dio cuenta de que lo único que tenían que hacer era resistir. Puede que no consiguieran vencer al Dios Astado ni a Galván, pero, si su enfrentamiento seguía causando aquellos destrozos, solo necesitaba paciencia para que, en aquel mundo, y en todos los demás, no quedara nada que salvar. Ganarían de todos modos. Los primeros en perecer serían los que habían poblado Grawell, pero, una vez destruido, el resto, sobre todo en el que vivían los desagradecidos humanos, quedarían destruidos y, una vez terminada toda forma de vida sobre la faz de los mundos, Galván y el Dios Astado se rendirían ante la evidencia. Sin nada que salvar la única

opción sensata era dejar a la Diosa Luna renacer.

Fue terminar de tener ese pensamiento en su cabeza cuando se dio cuenta de que no había sido la única en llegar a aquella conclusión. Por la forma en la que Galván la miraba entendió que él había llegado a la misma.

La batalla entre los dioses llevaba años produciéndose, ya en su segundo sueño pudo ver las heridas en el cuerpo del Dios Astado y su cuerno arrancado, pero ahora llegaba el final.

—¡No os saldréis con la vuestra! —gritó Galván—. Los mundos serán salvados. La Diosa no podrá renacer. ¡No esta vez! ¡No destruyendo a nuestra hija! Astrid, ¡no puedes desear que nuestra hija muera!

—¡Por supuesto que lo deseo! No es más que el fruto de la humillación que me hicisteis sufrir. ¿Qué vas a hacer para evitarlo, estúpido brujo? ¡Os aniquilaremos a todos y aquello que renazca de la Diosa será el fruto de nuestro mutuo amor, no de un encuentro forzado!

Estaba segura de que no iban a poder hacer nada por evitar su victoria. O se rendían y dejaban que la Diosa Luna renaciera, o destruirían los mundos en aquella batalla y no quedaría nada que salvar. De las dos formas, su amor se impondría.

Un brillo en los ojos de Galván le hizo temer su equivocación. ¿Qué pretendía? No tardó en comprenderlo.

Galván no quería vencerlas, solo inutilizarlas. Había comprendido que no iba a poder ganar la batalla, así que lo que tenía que conseguir era que dejaran de batallar. Había iniciado un hechizo poderoso que suponía su propio sacrificio, pero que le permitiría alcanzar su propósito.

—¿Qué haces? ¡Estás loco! —gritó Astrid al comprobar las intenciones del brujo—. ¡Nos condenarás a todos!

—¡No! Solo a los Dioses y a nosotros dos. Y no será por siempre, solo durante siete siglos. El número mágico[15].

Astrid conocía la magia de aquel número. El siete era la unión de lo terrestre con lo sagrado. Cuatro eran los puntos cardinales, los elementos: tierra, agua, fuego y aire, y tres eran las fases de la Diosa: virgen, madre, anciana. El siete unía ambas y les condenaría por siete siglos. ¿Estaba aquel loco dispuesto a sacrificarse durante todo aquel tiempo por una hija a la que apenas había podido ver?

—¡Vas a condenarnos a Marbhreilig! —gritó.

—Solo a uno de nosotros. No puedo condenarnos a todos al mismo lugar o la batalla continuaría. Te encerraré. Sola, abandonada. Durante siete siglos. Cuando el tiempo termine, regresaremos y, con las fuerzas de nuevo igualadas, volveré a condenarte por otros siete siglos si hace falta.

—¿Por qué?

—Para que nuestra hija, su descendencia y la descendencia de esta puedan seguir viviendo.

—¡Pero si no la conoces! ¡Si es una inútil que ni siquiera heredó nuestro poder! ¡Es el fruto de un error que no debimos permitir que se cometiera! ¡Y voy a corregirlo!

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo? Ni siquiera tú ni la Diosa Luna podéis detener la magia de la unión de lo sagrado y lo terrenal. Ella solo representa a lo sagrado y parte de su creación está en su contra en esta ocasión.

Astrid comprendió que no le quedaba mucho tiempo. Tenía que hacer algo si no quería acabar condenada a aquel bucle infinito de siete siglos de soledad. Una rápida idea cruzó su mente: la próxima vez, transcurridos aquellos próximos setecientos años que no iba a poder evitar, las fuerzas no estarían igualadas.

Corrió hacia su casa, sabía que el hechizo de Galván no le iba a permitir escapar, pero tenía que dejar un legado, un mensaje, algo que permitiera encontrar a aquella que, transcurrido el tiempo, permitiera desnivelar las fuerzas en la batalla. Cualquier magia tiene su contrapunto y el poderoso hechizo de Galván haría que, transcurridos los siete siglos, alguien heredara la magia necesaria para que eso ocurriera. Solo tenía que ponerla de su lado, y con la imagen que había creado de ella ante el mundo, no sería difícil. Su venganza tendría que esperar, pero saboreada durante siete siglos terminaría por producirse.

Entró en su casa y buscó entre sus pertenencias. Necesitaba llevarse su grimorio. Suspiró aliviada al encontrarlo. Dejó un mensaje para aquellas que pudieran encontrarlo. No podía saber en dónde iba a confinarla Galván, pero sí sabía que sería fuera de Grawell, y no eran muchos los mundos conocidos en los que sus iguales pudieran tratar de encontrarla. Una vez allí, donde quiera que fuera, buscaría la manera de comunicarse con ellas. Solo tenía que conseguir que la buscaran.

Se quedó sin tiempo para nada más, tras escribir el mensaje vio cómo el hechizo de Galván empezaba a cubrirlo todo, como un espeso humo lleno de ceniza volcánica.

—Volveremos a vernos, brujo... —musitó—. Amada Diosa, te liberaré —prometió al echar un último vistazo por la ventana y descubrir una enorme montaña blanca donde antes solo había un paraje desértico. Estaba segura de que era ella porque las nieves de sus laderas le recordaron a su pelo blanco y las piedras al vestido que llevaba cuando la abrazó—. Da igual los años que pasen, ni la eternidad hará que me olvide de ti —añadió antes de que la nube de cenizas la alcanzara.

24

Salir de Marbhreilig

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lilian, que se había mantenido en un segundo plano desde que Galván había desaparecido, cuando el Dios Astado terminó de relatar el momento en el que este había salvado los mundos.

—Nada. No podemos hacer nada —repuso Triz abatida. Las palabras del Dios Astado le confirmaban que todas sus creencias, las de su tía, todo en lo que estaba basado su magia era una mentira. La Diosa Luna no era la diosa bondadosa que creían y Astrid no era la primera gran bruja, era la primera gran traidora. Y ella era su heredera.

Lamentaba no poder contárselo nunca a su tía y le partía el alma darse cuenta de que tampoco iba a poder explicárselo a Alana. Su sacrificio no iba a servir para nada. Ni siquiera iba a poder mantener a salvo a sus hijas.

—La Diosa Luna también está siendo liberada —anunció el Dios Astado de pronto, cuando los tres caminaban cabizbajos por el hielo.

Triz y Gare tardaron en reaccionar. Estaban tan sumidos en sus negativos pensamientos que no llegaron a escuchar con claridad las palabras del Dios Astado, solo cuando el iceberg empezó a resquebrajarse comprendieron que algo estaba pasando.

Pedazos enormes de hielo se desprendieron e hicieron peligrar su integridad. No les servía de nada esconderse tras los carámbanos más grandes porque estos también se resquebrajaban y amenazaban con caerles sobre sus cabezas. En poco tiempo comprendieron que, cuando la transformación del Dios Astado se completara, no iban a tener dónde permanecer de pie.

Lo primero que recuperó su forma habitual fue la asta intacta del dios. El hielo empezaba a retirarse y su forma semihumana era restablecida. Triz y Gare intentaban mantener el equilibrio sobre el hielo cuando vieron a Lilian salir corriendo hacia el lugar en el que el dios recuperaba su forma.

—¿Adónde va esa loca? —inquirió Gare al verla tropezar entre los hielos en un intento por escalar la resbaladiza montaña—. ¡Lleva un cuchillo en la mano!

Lilian había tenido una idea. Recordó llevar encima los cuchillos que cogió de las mesas de comida pensando en tener que volver a enfrentarse a las enfermeras y decidió usarlo para conseguir la sangre del Dios Astado antes de que este se desvaneciera, como había ocurrido con Galván.

El ascenso era complicado, pero no quería correr el riesgo de esperar a que el iceberg se deshiciera casi por completo y quedarse sin tiempo. Dos veces se resbaló y estuvo a punto de caerse por la ladera, lo que hubiera significado su seguro regreso al lago, si es que seguía existiendo tras la marcha del dios. Aunque el deshielo era rápido, casi vertiginoso, consiguió llegar a la altura del Dios Astado cuando la mitad de su cuerpo ya tenía forma semihumana.

—¡Lo siento! —se disculpó antes de asestarle un tajo a la altura del brazo—. Parece que la necesitamos.

El Dios Astado no dijo nada. Lilian se quitó la blusa e impregnó su tela en la extraña sangre, mezcla entre dorada, cereza y azul turquesa, que emanaba de la herida. Segundos más tarde, cuando el Dios Astado recuperó toda su apariencia, se desvaneció. Lilian se quedó aferrada al borde de un acantilado de hielo que antes no existía.

Inició el descenso, con la blusa ensangrentada entre las manos, mientras el resto del hielo también se iba derritiendo y, para cuando regresó junto con Triz y Gare, los tres flotaban sobre un minúsculo trozo de hielo que amenazaba con hundirse.

—¡Vamos a tener que volver a correr! —exclamó Triz.

—¡Aún no he recuperado el aliento de la anterior carrera! —protestó Gare.

—¡Haz lo que quieras, pero te vas a ahogar! —voceó Lilian e inició la carrera sobre las viscosas aguas de regreso a Marbhreilig.

Triz tiró de Gare y este, viendo que no tenía otra salida, empezó a correr. El líquido no newtoniano que formaba aquellas aguas resistió su peso mientras ejerció sobre ellas la suficiente fuerza, pero estaba agotado. A un centenar de metros de llegar a la orilla le fallaron las fuerzas y cayó de bruces al suelo. El violento golpe hizo que el agua se comportara como el cemento, lo que acabó por dañarle las rodillas, pero, al no moverse con rapidez, actuaron como el líquido que eran y Gare empezó a hundirse.

—¡Socorro! —gritó.

Iba el último de la comitiva y lastrado por el dolor no podía ponerse en pie. Triz frenó su carrera y regresó a su lado, pero tampoco podía detenerse a ayudarle, si no ejercía presión sobre el suelo también se hundiría. Para evitarlo se puso a correr alrededor de Gare en un intento por mantener firme la zona.

—¡Vamos! ¡Levanta!

—¡No puedo, Triz! Me he hecho polvo las rodillas.

Triz intentó agarrarle y ayudarle, pero, en cuanto se detenía un instante, sus pies se adentraban en el agua. No dejó de intentarlo, pero Gare no conseguía ponerse en pie y cada vez se hundía con mayor rapidez, como una piedra en un lago.

—¡Si no pones de tu parte, nos vamos a ahogar los dos! —gritó Triz.

—¿Y qué más da? ¡No podemos morir aquí dentro! Apareceremos otra vez en el maldito lago.

—¡Venga, no seas idiota! ¿Y si ahora que has recuperado tu memoria y tu Marbhreilig ya no afecta a tus deseos este lugar ya no se comporta igual? ¡Además, Lilian tiene la sangre del Dios! ¡Podremos salir de aquí! Solo tienes que llegar a la orilla.

Pero Gare no podía moverse, se había hundido demasiado como para conseguir salir y Triz también empezaba a tener problemas, no estaba acostumbrada a correr tanto tiempo seguido y empezaban a cargársele los gemelos y a sufrir pinchazos, el agua ya le subía por encima de los tobillos a cada paso.

—Lo siento, Triz. No puedo... —se lamentó Gare—. Corre tú hasta la orilla. Te quiero.

—No seas bobo. No te despidas. Prometí sacarte de aquí y voy a hacerlo —le recriminó Triz, aunque el agua ya le llegaba al cuello, no sabía cómo iba a poder sacarlo y sus palabras ya sonaban entrecortadas por las lágrimas.

—Te espero en el lago —anunció Gare cuando el agua ya amenazaba con atragantarle.

Pero Triz sabía que, tras haber sido liberados los dioses, no le iba a quedar tiempo para regresar hasta la orilla del lago a buscarle. Se sentía desesperada.

En ese instante, algo agarró por las muñecas a Gare y tiró de él. Sorprendida, vio cómo Lilian

estaba usando su magia para rodearle con sus ramas y arrastrarle hacia fuera. La fuerza de la magia de Lilian fue suficiente como para tirar de Gare hacia la orilla. Aliviada, dejó de correr en círculos e inició una carrera lo suficientemente rápida como para no terminar de hundirse. Unos segundos más tarde, se dejó caer sobre la tierra firme con las piernas temblorosas. Gare estaba a su lado, todavía tirado en el suelo, pálido como el hielo del iceberg en el que acababan de estar. Lilian, en silencio, recuperaba la forma de sus brazos y se alejaba.

—Gracias —musitó Gare en cuanto recuperó el color en la piel.

—No me las des a mí —respondió Triz—. Ha sido Lilian la que te ha salvado.

—Puede que ella me haya sacado del lago, pero has sido tú la que has venido a este sitio solo por rescatarme. Has sido tú la que te has sacrificado por mí solo con la esperanza de unas palabras que un desconocido te dijo en uno de tus sueños.

—Sabes que no me perdonaría nunca que te ocurriera algo. Si había la más mínima esperanza de hacerte regresar, tenía que intentarlo.

—¿De veras me amas? —preguntó Gare y miró a Triz a los ojos ya con el aliento recuperado.

—¿Tú qué crees? —respondió Triz a la gallega.

—Creo que, salvo en el iceberg, nunca te había oído decirlo. A mí no me lo has dicho nunca...

—Y el disgusto que casi me cuesta para poder entrar en tu Marbhreilig...

—¿Y eso?

—Por no haberte expresado mis sentimientos nuestras almas no estaban vinculadas y casi no puedo acceder a tu Marbhreilig. Por suerte, traía conmigo tu colgante —contó Triz.

—¿Lo tienes? —preguntó Gare y sonrió. Echaba de menos la sensación de seguridad que llevar aquel colgante alrededor de su muñeca le producía.

—Sí —anunció Triz y sacó el colgante del bolsillo de su pantalón y se lo puso a Gare en la muñeca.

—No voy a volver a separarme de él nunca —dijo Gare y acarició el colgante con las fases de la luna—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Que si me vas a decir que me amas o vas a arriesgarte a que nuestras almas sigan sin estar vinculadas cuando llegue el fin de los mundos.

—No voy a dejar que ese fin llegue nunca. Vamos a usar la sangre del Dios Astado, vamos a regresar y voy a poner a salvo a mis hijas y a todos...

—¡Me lo vas a decir o no! —exclamó Gare impaciente.

—Te quiero, ¿vale? —Rio Triz—. Estoy enamorada de ti. ¿Contento?

Gare la besó. Las aguas del pensamiento funcionaron porque Triz no se deshizo en cenizas y estaba seguro, ahora que había recuperado la memoria, de que tenerla entre sus brazos y besarla era lo que más deseaba.

—Yo también te quiero, bruja... —anunció Gare cuando sus labios se separaron.

—Venga, tenemos que plantar las semillas del árbol que llora y regresar —alentó Triz y se puso en pie.

—No sé si voy a poder. Tengo las rodillas hechas polvo y no me veo capaz de subir el acantilado.

—Es solo un golpe. En cuanto entren en calor te dolerá menos. —Triz le ayudó a levantarse.

—¿Me ayudarás?

—Creo que tendrás que apañarte tú solo por ahora. —Sonrió Triz—. Tengo que ir a hablar con Lilian.

—¿Qué tienes que hablar con ella? Por su culpa estamos aquí.

—Pero es ella quien tiene la sangre del Dios Astado. La necesitamos. Tengo que hablar con ella. Explicarle por qué la mandé aquí y espero no tener que luchar con ella otra vez para que nos dé la sangre.

Triz dejó a Gare intentando recuperarse y se dirigió hacia donde estaba Lilian, que se había alejado de la orilla y ya subía, con lentitud, por las rampas del acantilado.

—Gracias por salvarle —dijo Triz cuando llegó a su lado.

—No es nada —repuso Lilian. Su voz sonaba apagada—. Prometí hacer lo que estuviera en mi mano por sacarle de aquí —añadió y esbozó una tenue sonrisa al cruzarse con la mirada de Triz.

—Tuve que hacerlo... necesitaba que alguien estuviera aquí con él hasta que yo pudiera venir. ¿Lo entiendes? —preguntó en un intento por justificarse.

—Sí, lo entiendo. Al menos me ha servido para estar un tiempo con él. Aunque él no haya sentido nada con mis besos, yo sí que he podido sentirme querida con ellos.

—¿Tienes la sangre del Dios? —interrogó Triz sin querer perder más tiempo.

—Sí, la tengo, pero no pienso dártela hasta que me prometas que también me vas a sacar de aquí —replicó Lilian.

—¿A ti? ¡Estamos aquí por tu culpa! —protestó Triz aún con los celos estrujándole las tripas.

—Solo quería traer aquí a tu hija. Si no hubieras sido tan estúpida, ella habría ayudado al Dios Astado en lugar de a la Diosa Luna y los mundos no estarían en peligro. Pero, claro, como tú eras la elegida, ¿verdad? Me mandaste aquí, aunque te supliqué que no lo hicieras y, si no llega a ser por mí, ni tendríais la sangre del Dios ni habríais cruzado el agua. Gare se te habría ahogado. ¡Me merezco salir de aquí tanto como vosotros!

—Está bien. Te prometo que nos sacaré a todos de aquí —reflexionó Triz, sin tiempo para discutir y aún sintiéndose un poco culpable. Los Dioses habían sido liberados y la responsable parecía ser su hija, tenía que salir de allí cuanto antes—. Solo tenemos que coger las semillas del manzano llorón y sembrarlas junto con la sangre del Dios Astado en un terreno donde solo crezca la desesperanza.

—Entonces deberíamos subir a la cima del acantilado. En la tierra del videojuego de Gare seguro que hay mucha desesperanza de esa —aconsejó Lilian.

—A ver si Gare se da prisa. No hace más que quejarse de que le duelen las rodillas por el golpe —comentó Triz tras echar un vistazo hacia la playa y ver que Gare apenas había avanzado unos pasos—. A este ritmo no vamos a salir de aquí a tiempo.

—¿Estás segura de que quieres rescatarlo? —inquirió Lilian burlona—. Mira que es mono, pero no deja de protestar y poner pegas. A veces, me saca de mis casillas.

—No te creas, que también hay veces que me pregunto por qué he venido a buscarle.

Gare se frotaba las rodillas. Le estaba costando horrores caminar y cada paso que daba lo hacía cojeando. Triz y Lilian lo observaban con mala cara desde el acantilado y se esforzó en avanzar. Ahora que había recuperado sus recuerdos y que Triz le había confesado abiertamente sus sentimientos, no quería defraudarla.

Pero Triz tenía razón y, al cabo de unos cuantos pasos, sus rodillas, aunque seguían ardiéndole como el fuego, pudieron sostenerle y ayudarle a subir el sinuoso camino hasta llegar a lo más alto del acantilado. Por delante de él, Triz y Lilian parecían mantener una conversación que no podía llegar a escuchar. Seguro de que estaban hablando de él, la curiosidad conseguía que siguiera avanzando.

Cuando llegó a lo más alto, no sin esfuerzo, Triz y Lilian estaban escarbando un pequeño agujero en la tierra oscura del lugar donde terminaba la ciudad del Londres antiguo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Lilian no llevaba la blusa puesta y que a Triz le faltaba un enorme trozo de tela de la suya que también dejaba vislumbrar su ropa interior. Por primera vez, desde que se había despertado en aquel lugar, sintió el hormigueo del deseo y se quedó un rato mirándolas. Con su memoria, habían vuelto también sus instintos y deseos carnales, y habían vuelto con fuerza.

—¿Qué hacéis? —preguntó tras animarse a acercarse a ellas.

—Mientras llegabas hemos sembrado las semillas envueltas en la sangre del Dios Astado para ir ganando tiempo. Ahora estamos esperando a que algo ocurra —respondió Lilian.

—¿Y cuánto va a tardar en pasar?

—Somos brujas, Gare, no adivinas —replicó Triz.

—¿Qué pasa?, ¿que ahora sois amigas? —inquirió él al ver que Triz hablaba en plural.

—Hemos estado hablando mientras subíamos por el acantilado. Digamos que ambas hemos entendido nuestras motivaciones para actuar como lo hicimos y hemos llegado a un acuerdo.

—Ah, ¿sí? ¿Vamos a hacer un trío cuando salgamos de aquí? —se mofó Gare al tiempo que se frotaba las manos como un usurero trabajador de banca. Los pensamientos que había tenido al verlas medio vestidas y los deseos recuperados hablaron por él.

—¡Serás imbécil! —espetaron las dos brujas al tiempo.

—Joder, sí que habéis hablado durante el camino, que hasta os compenetráis al insultarme.

—Te lo has ganado —repuso Lilian.

—Vas a hacer que me arrepienta de haber venido a rescatarte —le recriminó Triz.

—Vale, vale, ya me callo. Solo era una broma —se excusó Gare escudándose tras su habitual sentido del humor.

Por suerte para él, no tuvo que dar más explicaciones porque el suelo donde habían plantado las semillas empezó a temblar y una pequeña planta germinó, pero, para desgracia de los tres, la cantidad de sangre que le había dado tiempo a conseguir a Lilian no era mucha y lo que parecía ir a convertirse en un robusto árbol se quedó solo en un pequeño bonsái.

—¿Eso es todo? —indagó Gare al ver esa especie de arbusto casi sin hojas.

—Lo siento, creo que no conseguí la sangre suficiente —se disculpó Lilian, que agachó la cabeza desencantada.

—Al menos tuviste el valor de ir a conseguirla. Gare y yo no podemos decir lo mismo.

—¡Esperad! —exclamó Gare tan fuerte que Lilian volvió a levantar la cabeza—. Algo está pasando en el arbolito —dijo, al ver cómo de entre las pequeñas ramas parecían salir frutos.

Exactamente dos pequeñas manzanas del tamaño de una mandarina.

25

La Diosa Luna

Las llamas se encendieron y apagaron con rapidez y, al contrario de lo que pensó Alana, no le produjeron ningún daño, pero el susto no se lo quitó nadie. Aún estaba temblorosa cuando abrió los ojos y descubrió que ya no estaba cerca del río, sino que Astrid la había llevado de la mano hasta un lago enorme rodeado de árboles.

—¿Dónde estamos? —inquirió al darse cuenta de que aquel no era el bosque de Otsa, pues este era un hayedo y ahora estaban rodeadas de robles.

—Estamos en Grawell, el mundo que las brujas crearon para mí para salvarme de la ignorancia de los hombres. He vuelto a casa, al último lugar en el que vi a la Diosa.

—¿Grawell? Aquí estuvo mi madre hace poco. ¿Hemos venido a buscarla? ¿Por eso me has traído aquí?

—Antes de buscar a tu madre hay otra misión que tienes que ayudarme a cumplir. La liberación de la Diosa Luna es prioritaria.

—¿La Diosa Luna? Solo soñé con ayudarte a ti y quiero volver a casa. He dejado a mi hermana y a Atzu solos y quiero saber si mi madre está mejor —replicó Alana que, llevada por su responsabilidad, se sentía culpable de haberse ido tanto tiempo de casa.

—Ya nos encargaremos de tu madre cuando llegue su turno. Vamos a liberar a la Diosa —respondió Astrid y tiró de la mano de Alana que mantenía fuertemente agarrada—. Y no te preocupes por el chafya, saben cuidarse solos.

—¡Que me haces daño! —recriminó la niña y de un tirón consiguió zafarse del agarre—. No quiero estar aquí, quiero volver a casa. Ya te he ayudado y me prometiste hacer regresar a mi madre. Y a ella le prometí cuidar de mi hermana. Así que me voy.

Cerró los ojos, se concentró en su casa y se imaginó en la entrada. La alegría de creerse de vuelta se le evaporó del rostro al ver que seguía en los alrededores del lago.

—¿Por qué no ha funcionado? —preguntó en voz alta, aunque en realidad la pregunta se la hacía a sí misma—. Es la segunda vez que no funciona y en esta sí he estado en el lugar al que quería ir.

—Porque estamos demasiado lejos de tu casa. Porque, como Otsa, Grawell es un lugar protegido por la magia. Te diré cómo volver en cuanto me ayudes a liberar a la Diosa —respondió Astrid impaciente y harta de tener que tratar con una niña. Aquella mocosa le recordaba a su hija, aunque esta era menos inútil, su magia al menos era más poderosa. Algo que, por otro lado, le enfadaba. Su hija, la nacida de sus entrañas, menos poderosa que esa cría descendiente.

—No lo entiendo —espetó Alana, que había vuelto a cerrar los ojos y se había vuelto a imaginar en su casa con idéntico e infructuoso resultado.

—Mira —dijo Astrid al agarrarle la mano y volver a tirar de ella indicándole un punto azul entre los árboles—. ¿Se parece en algo al sol que brilla en tu cielo? —Alana se quedó mirando a la estrella azul que iluminaba el firmamento y negó con la cabeza—. Ya sabes por qué no puedes volver. Ni siquiera estás en tu mundo. Y ahora deja de comportarte como una niña y ayúdame a liberar a la Diosa Luna. Demuestra que eres una bruja digna de tus poderes heredados.

Alana, resignada y sin comprender cómo había llegado hasta allí, aceleró el paso para que Astrid dejara de arrastrarla. Aquel lugar era precioso, pero la angustia de no poder regresar a casa, de no saber cómo estaban su hermana o Atzu, no le dejaban disfrutar del paisaje. Solo pensaba en liberar a la Diosa Luna cuanto antes y que le dijeran cómo podía volver. Temía retrasarse mucho y que les pasara algo o que su madre regresara antes que ella. Si lo hacía, le iba a caer una buena bronca.

Astrid se desesperaba cada vez que Alana se quejaba. Llevaba siglos esperando aquel momento y ahora una niña la retrasaba cuando ya creía tenerlo al alcance de la mano. Siglos de impaciente espera hasta que las estrellas le anunciaran el nacimiento de una niña con los poderes del Sol y la Luna; años de influenciar en los sueños de la que iba a ser su madre para que, llegado el momento, convencerla de ponerse de su lado; una vida de engaños para que las brujas la consideraran la elegida para salvarlos a todos cuando, en realidad, nadie odiaba más a las personas que ella.

Había sido una niña revoltosa pero buena, hasta que los sueños y la magia llegaron a su vida. Tras el segundo sueño, y por los anhelos de gloria de su madre entre las brujas, la habían mancillado, vejado, utilizado. Y todo para nada. Solo el abrazo y el beso de la Diosa la reconfortaban y, cuando ya creía tener todo preparado para reunirse con ella, Galván se entrometió en su camino. Había

tenido que esperar siete siglos hasta ese momento. Siete siglos que solo habían conseguido que su odio por la gente aumentara tan exponencialmente como su amor por la Diosa Luna.

La elegida ya había descubierto sus poderes, y, aunque no le había dado tiempo a madurarlos, no estaba dispuesta a esperar a que eso ocurriera. Liberaría a la Diosa Luna uniendo su magia a la de la niña y pronto los mundos volverían a renacer; la Diosa Luna cumpliría su ciclo vital y ella conseguiría un lugar de honor a su lado. La venganza que tantos años llevaba esperando contra aquellos insensatos que osaron traicionarla y corromperla se consumaría, al menos contra sus descendientes. Debía tener paciencia, estaba cerca su victoria, ni siquiera Galván iba a poder evitarlo esta vez, pero le desesperaba no poder teletransportarse hasta la Diosa Luna y tener que ir caminando porque la niña no conocía el lugar.

—¡Venga, vamos! No podemos perder tiempo —insistió cuando Alana intentó detenerse a ver un enjambre de linquebrines.

—¿Qué son esos bichos? —inquirió asombrada.

—Ya te lo explicará tu madre cuando regrese. Vamos a lo importante… —respondió Astrid mientras que, por dentro, pensaba en que, si todo iba bien, la niña no iba a tener tiempo ni de reencontrarse con su madre. En cuanto la Diosa Luna fuera liberada, iniciarían el reinicio de los mundos.

Astrid seguía desesperándose, el trayecto entre el lago y el lugar al que iban no debería de haberles llevado más de media hora, en cambio, llevaban una y todavía no habían llegado. Empezó a preocuparse, estaba segura de que cuando la niña la liberó con ello también lo hizo con Galván, y aquel idiota volvería a intentar evitar que se salieran con la suya. No tenía tiempo que perder si quería liberar a la Diosa Luna antes de que se presentara allí para impedírselo.

—En cuanto liberemos a la Diosa Luna, ¿me dirás cómo volver a casa? —Quiso saber Alana.

—Siempre que no protestes y hagas lo que te digo, sí, te diré cómo irte a casa —mintió.

—¿Y qué tenemos que hacer para liberarla? ¿Dónde está encerrada?

—La Diosa Luna no está encerrada.

—¿Entonces? —preguntó Alana—. No comprendo.

—Esa es la Diosa Luna —espetó Astrid al tiempo que hacía que la niña mirara al frente.

—¿Quién? —volvió a preguntar Alana tras escudriñar los alrededores y no ver a nadie.

—Quién no, qué.

A Alana se le cayó la mandíbula. Frente a ellas se alzaba una enorme montaña. Tan enorme que, para poder ver el pico más alto, tuvo que estirar el cuello y echar la cabeza hacia atrás todo lo que pudo, como si estuviera mirando un viejo rascacielos de los que la llevaba a ver su madre cuando era una niña antes de la Tercera Guerra Mundial. Recordó la vez que se subió a lo más alto de uno de ellos y cómo la gente le parecía minúsculos puntitos en el suelo. Así le hizo sentir aquella montaña, como un minúsculo e insignificante puntito.

—¿La montaña es la Diosa? —preguntó, aunque se temía la respuesta.

—Así es. Y tú y yo vamos a hacer que recupere su verdadera apariencia.

—¿Cómo? —interrogó Alana insegura. No se veía capaz—. Casi no consigo liberarte a ti de la cueva. El hombre malo casi consigue ahogarme.

—Pero ahora ya estoy libre y también podré usar mi magia. Juntas haremos el hechizo más poderoso que la magia conoce. La órbita mágica.

—¿Y cómo se hace eso?

—Haciendo girar la magia del Sol y la Luna alrededor de aquello sobre lo que queremos que la órbita mágica actúe. En este caso, alrededor de la montaña.

—¡Pero es enorme! —gritó Alana otra vez con el cuello torcido y la mirada fija en la cima—. Tardaré mucho en darle la vuelta una sola vez.

—Y es ahí donde mi magia va a ayudarte. Ahora que estoy liberada y fuera de Aisling, he recuperado todo mi poder y aumentaré tu velocidad ralentizando el tiempo de todo lo que te rodee.

Ante la cara de asombro de la niña, decidió explicarle lo que tenía que hacer y cómo lo iban a conseguir. La niña tendría que hacer algo parecido a lo que había hecho para romper el vínculo que la mantuvo encerrada en la cueva. Solo que no sería suficiente con hacerlo una vez, tendría que hacerlo varias veces y dando vueltas alrededor de la montaña. Para que le diera tiempo a completar la órbita, Astrid ralentizaría el tiempo. Así podría lanzar los rayos suficientes y abrir los vacíos necesarios como para completar un círculo alrededor de la montaña.

—¿Tengo que lanzar mi energía, usar mi magia de luna para aparecer allí donde el rayo vaya a

golpear, lanzar otro rayo antes de que este me golpee y así hasta que vuelva a aparecerme en el mismo sitio desde el que lancé el primero?

—Eso es. Lo has entendido a la primera. Chica lista.

—Entenderlo sí, ¡pero tú estás loca! Me voy a achicharrar viva con mi propio rayo, casi no me dio tiempo en la cueva… ¿¡y pretendes que lance unos seis rayos y abra seis vacíos seguidos!?

—Para eso ralentizaré el tiempo. Solo preocúpate por hacerlo lo más rápido que puedas y, una vez que completes el círculo, salir de él. Los rayos impactarán en los vacíos y, si lo haces bien, completarán la órbita alrededor de la montaña provocando que la gravedad de la Luna y la energía del Sol deshabiliten cualquier tipo de magia que tenga retenida a la Diosa. —A Astrid le daba igual si la niña conseguía o no salir de la órbita antes de que se cerrara, no le importaba si se chamuscaba o no, pero necesitaba que completara el círculo.

Insegura, pero sabiendo que solo le quedaba intentarlo para poder regresar a casa, Alana quiso concentrarse y lanzar el primer rayo, pero las energías gastadas durante el viaje al bosque de Otsa y el sobreesfuerzo realizado en la cueva no se lo permitieron.

—¡Estoy agotada! —gritó—. No podría ni calentar un desayuno.

«Maldita niñata», pensó Astrid, pero sonrió.

—No te preocupes. Recarga tus energías con Rigel, nuestra estrella azul, es mucho más potente que vuestro Sol.

Alana obedeció, esta vez sin protestar. Se remangó la camiseta y, aprovechando sus pantalones cortos, expuso a la estrella azul toda la piel que le fue posible. No tardó en sentir cómo las fuerzas regresaban y empezaba a sentirse mejor. Para asegurarse de que no iba a quedarse sin energía en medio del hechizo se mantuvo un rato más expuesta hasta que su piel empezó a brillar en un tono azul turquesa.

—¡Vamos, niña! No tenemos todo el día —gritó Astrid, que miraba a todos lados impaciente por evitar desagradables visitas.

—¡Que no soy una niña! Soy una bruja —recriminó Alana.

Pero, pese a sus protestas y apremiada por la primera gran bruja, se concentró en lanzar su primer rayo. Los dedos le cosquilleaban con mayor intensidad que en anteriores ocasiones, y era tal

la energía que sentía que empezaron a brotarle rayos entre sus uñas. La energía absorbida de Rigel no solo era calorífica, sino también eléctrica.

El rayo brotó de sus manos con la velocidad que solían hacerlo, pero, en esta ocasión y tras avanzar unos metros, se ralentizó. Alana echó un vistazo hacia donde estaba Astrid. La primera gran bruja tenía los brazos apuntando al cielo, sus ojos estaban en blanco y murmuraba extrañas palabras que no podía comprender, pero que estaba segura de que eran parte del hechizo para ralentizar el tiempo.

No lo pensó más, pese a que el rayo avanzaba más despacio, se seguía alejando y la base de la montaña era demasiado grande. Si quería dar la vuelta completa iba a tener que darse prisa o el rayo alcanzaría el lugar más alejado que era capaz de ver.

Usó su magia de Luna para aparecer lo más lejos que le permitía su campo de visión, al llegar se aseguró de que el rayo que se acercaba por su espalda fuera a terminar en el lugar que se encontraba, lanzó otro rayo y repitió la operación. Todo parecía ir bien hasta que calculó mal el lugar donde debía aparecer y casi termina en un río. Apareció justo en el borde de la orilla y eso la asustó e hizo que se tambaleara a punto de caer al agua. Aunque al final consiguió mantener el equilibro, perdió un tiempo vital en hacerlo y le entró miedo.

Los siguientes saltos en el espacio los hizo más cortos, aunque se había adentrado en una especie de desierto en el que resonaban lamentos muy parecidos a los llantos de su hermana Maya cuando era pequeña. Fueron más de una decena de rayos los que tuvo que lanzar y de saltos los que tuvo que hacer hasta completar la vuelta y ver dónde había lanzado el primer rayo. Este estaba a punto de alcanzar el vacío creado tras el segundo salto y de chocar con el segundo rayo. Le quedaban dos saltos por hacer, uno para llegar al punto donde había iniciado la órbita y otro para salir del círculo y casi se había quedado sin tiempo y sin energías.

Su piel ya no brillaba en un tono azul turquesa, sino en un azul ártico mucho más pálido. Usó todas sus energías para lanzar el último rayo y su piel recuperó su tono habitual. Regresó al punto de partida sin tiempo de calcular bien el destino y estuvo a punto de aparecer sobre el primer rayo lanzado que, gracias a la magia de Astrid todavía mantenía su estela.

Agotada, pero satisfecha y segura de haber completado lo que le había pedido la primera gran bruja, dio un último salto en el espacio para aparecer junto a ella. En el momento que Alana surgió a su lado, Astrid bajó los brazos y sus ojos recuperaron su color verde habitual.

Cuando la magia de la primera gran bruja dejó de actuar sobre el tiempo, los rayos alcanzaron los

vacíos, pero, en esta ocasión, en lugar de producirse un estallido como en la cueva, los rayos cruzaron los vacíos y se completaron, como una serpiente azul que se muerde su propia cola, y comenzaron a girar, cada vez con mayor velocidad, orbitando alrededor de la montaña.

—¡Lo he conseguido! —gritó eufórica Alana—. ¡Lo he conseguido!

—Increíblemente, así es... —farfulló Astrid que, pese a su sorpresa porque aquella niña hubiera sido capaz de realizar aquel hechizo, sonreía maliciosa. Su venganza estaba más cerca y también el reencuentro con su amada.

Los rayos seguían girando con mayor velocidad y, lo que en un principio eran nieves en lo alto de la montaña, comenzaron a tornarse en una cabellera canosa, las piedras en carne y la erosión de la tierra en profundas arrugas en la piel. Cuando el rostro de la Diosa Luna recuperó toda su apariencia, Astrid se dejó caer de rodillas en el suelo.

—Mi Diosa... —musitó—. La he echado tanto de menos...

La cara de la anciana pareció sonreír, pero fue una sonrisa tenue. En su mano portaba un callado y las faldas de la montaña se ciñeron a su cintura en un elegante, pero tétrico y humeante vestido gris veteado por líneas incandescentes de lava.

—¡Detente! —Una voz masculina, y que no tardó en reconocer, resonó a la espalda de Astrid.

—Llegas tarde, Galván. —Astrid se irguió y le miró con desprecio—. La Diosa Luna ya ha sido rescatada. Y ni tú ni tu venerado Dios podréis hacer nada para que, esta vez, el ciclo de los mundos sea completado. Para cuando el Dios Astado regrese, la Diosa Luna habrá llevado a cabo su destino y yo, con ella, mi venganza.

26

Todo se ha complicado

Triz, Gare y Lilian se habían quedado estáticos observando los frutos del arbusto. Los tres habían comprendido, al instante, lo que aquello significaba y esperaban, con impaciencia, que un milagro se produjera y un tercer fruto brotara de entre las ramas.

—¿Y si dividimos una de las manzanas por la mitad? —propuso Gare, transcurridos varios minutos, al ver que aquel milagro no iba a llegar a suceder.

—¿Y arriesgarnos a que no sea suficiente y que dos de nosotros queden aquí atrapados para siempre? —recriminó Triz.

—A mí no me importa compartir manzana con Gare y ver qué pasa —comentó Lilian, siempre atenta a los detalles.

—¡Claro que no te importa! Si no funciona, te quedarías aquí con él… que es lo que siempre has querido.

—Bueno... preferiría estar con él al otro lado, pero puestos a conformarme... la sangre del Dios la conseguí yo. Debería poder decidir quién y cómo se comen las manzanas. ¿No crees?

—¿Y quién ha traído las semillas? ¿Quién las consiguió en Grawell mientras salvaba el mundo de las brujas y recuperaba los sigilos? Sin las semillas tampoco habría fruto.

—¡Vale! De acuerdo —reconoció Lilian—. Una para ti y otra para mí. Al fin y al cabo, lo único que ha hecho Gare ha sido protestar todo el tiempo.

—¡Oye! Que yo no protesto todo el rato. Y te salvé del vampiro Reid.

—¿Ves? —Rio Lilian, que intentaba disimular su nerviosismo. Durante toda la conversación solo era capaz de pensar en que el arbusto diera un nuevo fruto.

—Vine aquí solo por él. No puedo dejarle aquí, no me lo perdonaría nunca —comentó Triz—. Es un tonto que solo sabe meterse en problemas, pero un tonto que ha arriesgado su vida por mí en infinidad de ocasiones, sin tener poderes, sin magia.

—Le quieres, ¿verdad? —inquirió Lilian a quien se le ensombreció el rostro.

—Sí, le quiero. No se lo digo casi nunca, apenas se lo demuestro, pero es por miedo, por temor a abrirme a unos sentimientos y volver a equivocarme. Una estupidez por mi parte, pero nunca he dicho que no sea un poco estúpida.

—Si no llega a ser por dónde estamos, me muero al oírte decir eso —comentó Gare.

—Dijo el que no fue capaz de decirme que me quería hasta que un examigo de la infancia, reconvertido en brujo maligno, le llamó inútil para todo y se lo echó en cara...

—Vale, vale, no me lo recuerdes. —Gare se sonrió con sarcasmo. Después de lo que le había ocurrido al llegar a Anwnn, era irónico no querer recordar algo—. ¿Qué hacemos?

—Si tu chica no me hubiera asesinado tras la batalla, ahora no tendríamos este problema —comentó Lilian.

—Creí que ya lo habíamos aclarado. Necesitaba que alguien llegara a Anwnn antes de que Gare cruzara a Marbhreilig. No quería dejarle solo hasta que yo pudiera organizarlo todo y venir. Te hice prometer que, si podías arreglarlo, si podías hacer algo para devolver a Gare a la vida, lo harías. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Ha llegado el momento de que cumplas tu promesa. Lo siento, de veras que lo siento, me gustaría poder rescatar a todos de este lugar, pero, por ahora, parece que no es posible. Tengo que regresar, el Dios Astado y la Diosa Luna han sido liberados y pronto los mundos volverán a estar en peligro. Todos, incluido este. Si no regreso ya, puede que no importe quién se quede aquí. Pero no puedo dejar a Gare. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —respondió Lilian tras quedarse unos segundos en silencio—. Haremos una cosa, a ver qué os parece. Me sacrifico y me quedo en Marbhreilig sola, pero vosotros dos me prometéis que cuidaréis mi cuerpo y que, en cuanto salvéis los mundos, conseguiréis más de esas semillas y más sangre de Dios y me vendréis a buscar —añadió con lágrimas en los ojos.

—Yo no soy brujo, pero, pese a que me morí por tu culpa y a que me mentiste al reencontrarnos aquí, te prometo que, si está en mi mano, vendremos a rescatarte. Aunque solo sea por tu buen gusto con las películas y lo bien que te portaste conmigo en el hospital.

—Te prometo que haré lo posible —continuó Triz.

—Entonces… no perdáis el tiempo. Comeros las malditas manzanas y no tardéis en regresar. Esto se me va a hacer eterno sola —comunicó Lilian con decisión—. Como pase mucho tiempo aquí, me voy a hartar a bombones en las mesas del camino y voy a perder este cuerpazo —bromeó.

Sin embargo, cuando Gare y Triz arrancaron las manzanas del arbusto, les dio la espalda. No quería ver cómo se marchaban y algo en su interior le hacía desear que aquello no funcionara. Sentía pánico al pensar en que se iba a quedar sola, por tiempo indefinido, en aquel lugar.

—¿Ha ido bien? —interrogó sin atreverse a mirar transcurridos unos instantes.

No recibió respuesta.

El primero en despertar fue Gare. Llevado por el ansia que le había producido no poder comer nada en aquel lugar, hasta el bombón de chocolate que le llevó Triz, sin que se le llenara de cenizas la boca, se metió la pequeña manzana entera y se la tragó masticándola solo un par de veces.

Se notaba entumecido, algo dolorido y molesto, pero se incorporó al sentir que el aire que le entraba en los pulmones volvía a serle necesario para respirar.

—¡Me cago en la Luna! ¡Qué susto! —exclamó Nara, que estaba de espaldas, observando el cuerpo de Triz, cuando le vio erguirse.

—Voy a tener que dejar de ir y venir de mundos si no quiero matarte de un infarto. —Sonrió Gare, al tiempo que intentaba ponerse en pie—. Cuando regresé de Grawell también te asustaste.

—¿Y Triz? ¿Por qué no vuelve? —inquirió Nara sin hacer caso del comentario.

—Triz es más comedida que yo a la hora de meterse algo en la boca. Regresará en un momento, no te preocupes.

—¿De veras? Joder, qué alivio —respondió Nara que, eufórica por la noticia, hasta dio un abrazo a Gare—. Ya no sabía cómo actuar. No me dijo qué hacer si las máquinas dejaban de funcionar.

Estaba muy asustada. He estado al borde de un ataque de nervios desde que el rayo verde destrozó la casa...

—¿Qué le ha pasado a la casa? —preguntó Triz, que acababa de despertarse desorientada, como si se hubiera echado una larga siesta—. ¿Y qué haces abrazada a Gare?

—¡Triz! —Nara la abrazó con tanta efusividad que llegó a temer que la dejara sin respiración y la devolviera a Anwnn—. ¡No me vuelvas a dar estos sustos! ¡Es la última vez que te ayudo en una de estas locuras! ¿Queda claro? La última vez.

—Sabes tan bien como yo que, si te pido que me vuelvas a ayudar, no vas a ser capaz de decirme que no. —Sonrió Triz mientras devolvía el abrazo a su amiga—. Me alegro tanto de verte...

—Siempre, amiga, siempre —replicó Nara, que no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Oye, ¡¿qué pasa?! ¿Yo me quedo sin abrazo? —preguntó Gare.

—Tú sigue protestando y te devuelvo a Anwnn —le respondió Triz y le guiñó un ojo para que supiera que estaba bromeando.

Cuando Nara la soltó, se levantó de la cama y le besó. Ambos se fundieron en un abrazo. Triz se sentía aliviada, con el regreso de Gare se libraba de la carga emocional que le había producido su muerte y se sentía con fuerzas para afrontar el último desafío para evitar sus sueños.

—¿Dónde está Alana? —interrogó cuando las emociones dejaron paso al raciocinio. Su hija había liberado a Astrid y eso solo podía ocurrir en Aisling, el mundo de los sueños, en donde estaba su cueva—. ¿Por qué estamos en el sótano y no en mi habitación? —espetó al darse cuenta. Algo no iba bien—. ¿Qué decías de mi casa?

—Es mejor que lo veas por ti misma. Intentaré explicarte todo de camino a la mía. Por Alana no te preocupes, estará allí con su hermana.

Nara abrió la puerta del sótano y Triz pudo ver la luz del día. A la primera reacción de asombro le siguió una de estupor y, por último, una de temor.

Nara intentó explicarle cómo Alana había llegado corriendo a la casa por un sueño que había tenido y cómo, entre las dos y con la ayuda de Atzu, les habían trasladado al sótano. Después un rayo verde había golpeado su vivienda y la había reducido a escombros, como había soñado su hija.

—Si no llega a ser por ella, los tres habríamos fallecido y no habríamos tenido cuerpo al que

poder regresar. Hubiéramos quedado hechos pedazos.

—Tengo que hablar con Alana ya —repuso Triz y, sin darse tiempo a asimilar el estado de su casa, salió corriendo.

Entró en casa de Nara a la carrera en cuanto esta le abrió la puerta y subió a la habitación donde descansaban sus hijas, sin pararse a saludar. Tuvo que ser Nara quien explicara a su marido las prisas de su amiga.

Abrió la puerta de la habitación y vio a Maya dormida y a Atzu a los pies de su cama, con dos de sus cuatro ojos cerrados y los otros dos vigilantes y un tamaño mucho mayor al que le recordaba. La mirada de Triz se desvió a la otra cama.

—¿Dónde está Alana? —gritó al ver la cama vacía. El grito despertó a Maya.

—¡Mamá! —exclamó la pequeña. Se puso de pie y de un salto se abrazó a su madre por el cuello como un koala al tronco de un árbol—. ¡Has vuelto!

—Sí, pequeña. Ya estoy en casa —dijo Triz mientras su hija no dejaba de darle besos en la cara —. ¿Dónde está tu hermana?

—No lo sé —respondió Maya y alzó los hombros para reafirmar su respuesta.

—Atzu, ¿dónde está mi hija? —insistió Triz—. Se supone que debes protegerla.

«Atzu obedece Alana», repuso el chafya tras ponerse en pie.

—¿Qué te pidió mi hija? —preguntó Triz y abrazó con más fuerza a Maya en un intento de controlar sus nervios y no perder la paciencia.

«Cuidar hermana y madre».

—¿Y por qué tenías que cuidarnos? ¿Dónde ha ido?

«Alana bosque Otsa».

—¿Cómo la has dejado ir allí sola? ¿Qué mierda de chafya eres tú? —gritó Triz perdiendo la paciencia, tan fuerte que asustó a Maya.

«Alana pedir Atzu». Triz negó con la cabeza en señal de reprobación. «Alana no pedir ayuda».

Triz dejó a Maya sobre la cama y se llevó una mano a la frente. Tenía que pensar con rapidez, pero los pensamientos no le fluían en el cerebro. Estaba cansada, nerviosa, ansiosa, enfadada, y así era difícil pensar con claridad.

—Nos vamos al bosque de Otsa —expuso al final, dirigiéndose al chafya.

—Voy con vosotros —se ofreció Gare.

—No voy a dejar que vuelvas a ponerte en peligro. Otra vez no. Ahora no podríamos conseguir la sangre del Dios que no muere y no podría traerte de vuelta de Marbhreilig.

—No era una pregunta, Triz —repuso Gare con gesto firme.

—Vale, no tengo fuerzas para discutir. Te vienes con Atzu y conmigo, pero te pones el amuleto de tía Helen y me prometes que no te lo quitarás. ¿Comprendido?

—Entendido. Siempre me ha gustado ese colgante.

—Nara, siento tener que volver a marcharme. Al parecer, Alana ha liberado a Astrid y puede que también haya hecho lo mismo con la Diosa Luna. Si he entendido lo que eso significa, no tengo tiempo que perder y el final de mis sueños está a punto de producirse. Protegeos en mi sótano y cuida de Maya, por favor.

—Claro, tu hija es un encanto. Será mucho más sencillo que vigilar vuestros cuerpos.

—Me temo que también voy a tener que pedirte que vigiles el... ¡Oh, Dios! —exclamó Triz—. Mi casa...

—¿Qué pasa? —preguntó Gare, al ver como el gesto de Triz había pasado, de pronto, de enfadado a triste.

—Le prometimos a Lilian que cuidaríamos de su cuerpo e intentaríamos ir a rescatarla de Marbhreilig en cuanto nos fuera posible... pero su cuerpo estaba en mi casa y...

—El rayo verde —musitó Nara—. Alana no sabía que su cuerpo estaba en la casa y no lo puso a salvo...

—Espero que Lilian sepa adaptarse a Marbhreilig... —musitó Gare al entender que ya no iban a poder ir a rescatarla.

Pese al terremoto que había supuesto Lilian en sus vidas, aceptar que no iban a poder hacer nada por ella les entristeció. Incumplir una promesa no era la mejor manera de iniciar un viaje, pero no les quedaba más remedio que afrontarlo.

—¿Cómo vamos a ir hasta el bosque de Otsa? No tenemos el coche de tu madre y tampoco una bicicleta de alquiler.

—Nos llevará Atzu —respondió Triz. El chafya abrió sus cuatro ojos al máximo y miró a Gare con gesto suplicante—. Sí, ya sé que Gare no es fácil de cargar, pero te daremos todo el líquido que nos sea posible encontrar para que te resulte más fácil. Además, tengo una sorpresa para ti: en el bosque de Otsa hay un río y podrás absorber toda el agua que quieras para recuperarte.

—¿Estáis insinuando que estoy gordo? —protestó Gare.

—No era una insinuación —se vengó Triz.

—Con lo bien que vivía yo en *Unreal Live*...

Nara trajo todo el líquido que fue capaz de encontrar y el Chafya aumentó su tamaño hasta convertirse en una rara especie de caballo con tres piernas y pelaje eléctrico. Tanto Triz como Gare se subieron sobre su lomo y se aferraron al pelaje.

—¿Preparado, Atzu? —preguntó Gare. El chafya le miró con furia—. Uy, perdón, que con nosotros sobre ti no puedes hablar.

El chafya estornudó y la nube de vapor le hizo toser y le mojó el culo. Sin perder más tiempo Atzu salió a la calle.

—Así viajaremos más rápido —dijo Gare—. Pero ¿cómo haremos para que no nos vean? —interrogó.

—De eso se encarga Atzu, ¿verdad? —repuso Triz conocedora de la magia de aquellos seres.

El chafya inició una vertiginosa y rápida carrera. Gare, que no se esperaba tanta velocidad, estuvo a punto de soltarse del pelaje, pero se aferró con fuerza con manos y piernas y cerró los ojos. En pocos segundos, habían dejado atrás la ciudad de Triz y se dirigían por caminos secundarios hacia el bosque de Otsa.

—¡Por muy rápido que vayamos alguien podría vernos! —exclamó Gare en cuanto fue capaz de abrir la boca.

—El vapor del chafya no fue para protestar contra ti por decirle que no podía hablar. ¡Fue para hacernos invisibles! —rio Triz.

La nube expulsada por Atzu cuando ambos estaban sobre él les había rodeado y la humedad proyectada reflejaba los incipientes rayos del Sol impidiendo que nadie pudiera verlos.

En menos tiempo que Gare se comía un pastel, Atzu llegó al aparcamiento donde Triz dejó el coche de su madre en su anterior visita al bosque. Exhausto, el pobre chafya se dejó caer al suelo.

—¿Cómo demonios puede ser tan rápido un bicho con solo tres patas? —inquirió Gare, al que todavía le temblaban las piernas por el esfuerzo de tener que sujetarse.

—Es un ser, no un bicho, un ser mágico. Y, si no hubiera tenido que cargar con nosotros, podría haberse desvanecido en el aire y aparecer aquí en un instante. Además de parecer una adorable mascota, cuando reducen su tamaño, los chafyas tienen otras muchas cualidades. La velocidad es solo una de ellas, también es de los seres mágicos más fieles que podrás encontrar. Fieles y escasos. Todas las brujas de magia negra se han querido hacer alguna vez con uno y, al no poder conseguirlo, se lo arrebataban por la fuerza a las brujas de magia blanca, aunque con ello lo mataran. Sentían tanta envidia por aquellas que lo conseguían que preferían que no lo tuviera ninguna a no poseerlo ellas.

—Qué cabronas, con lo mono que es el bichillo —respondió Gare. El chafya, ya casi recuperado, le soltó un estornudo que le empapó entero de arriba abajo—. Joder, vale, ¿el serillo? Me suena fatal.

Atzu no volvió a responderle, había descubierto el pequeño riachuelo que terminaba a la entrada del bosque y se le abrieron los ojos tanto que parecieron juntarse los cuatro en uno solo. Antes de que pudieran decirle nada ya había hundido sus tres patas en el riachuelo.

—¡Joder con el chafya! —exclamó Gare—. Te has puesto como yo después de cenar hamburguesas... —comentó al ver como Atzu alcanzaba el tamaño de un orondo elefante.

El cambio, tan exagerado, de tamaño trajo consigo también la mutabilidad en la morfología del chafya. Su cara ya no se asemejaba a la de un adorable gatito. Tenía boca de la que salían dos afilados colmillos. Parecía más un tigre con dientes de sable. El pelaje pasó de un tono azul eléctrico a otro más cercano al índigo y la robustez de sus patas se asemejaba a los troncos de los hayedos que poblaban el bosque.

—Es imposible que te desplaces por entre los árboles con ese tamaño —evidenció Triz—. Lo

mejor es que te quedes aquí. Nosotros iremos a buscar a Alana. Te llamaremos en caso de necesidad, pero será mejor que no vuelvas a meter los pies en el agua. ¿Entendido?

«Atzu entiende a Triz. Atzu se quedará aquí esperando hasta que volváis con Alana. Atzu bueno saldrá del agua».

La nube de vapor de agua que emitió el Chafya para responder hizo que toda la hierba del bosque y sus flores se cubrieran de rocío y que la ropa de Gare y de Triz se les pegara al cuerpo.

—Mírala que sexi está ella con la ropa mojada —río Gare al ver a Triz.

—Tú pareces una morcilla —replicó Triz, que no estaba para bromas—. Tenemos que encontrar a Alana. Si lo que dijo Galván de Astrid es cierto, mi hija está en serio peligro.

Sin mediar más palabra se adentraron en el bosque, camino de la cascada. Lo primero que llamó la atención de Triz fue que no encontraron rastro de la espesa niebla a la que tuvo que enfrentarse la primera vez. Las hojas de los árboles tampoco cayeron sobre ella ni se enraizaron en su piel. Era como si cualquier rastro de magia maligna se hubiera evaporado del lugar.

Lo que esperaba que fuera una caminata llena de contratiempos se convirtió en una cómoda y tranquila carrera hasta llegar a la cueva.

—¿Astrid no estaba en Aisling? —preguntó Gare al comprobar que dentro de la primera cueva no había nada ni nadie. Desde que había recuperado la memoria no había tenido casi tiempo ni de agradecerle a Triz que hubiera ido a rescatarle a Marbhreilig y quería ser de utilidad.

—Sí, pero ya sabemos que Astrid ha sido liberada. Nos lo dijo Galván. Lo que quiero comprobar es si Alana sigue dormida en algún lugar de esta cueva. Aunque esté en Aisling, su cuerpo debe de encontrarse por aquí. Si hemos llegado a tiempo...

—¿Y si no está y tampoco ha regresado a casa? —preguntó Gare.

Triz no respondió, prefería ser positiva y no ponerse en lo peor en lo que hacía referencia a sus hijas, para mantenerse fuerte. Si se permitía dudas o temores, se vendría abajo. Alana había aprendido mucho de magia en los últimos meses durante sus ausencias y había demostrado que era una bruja muy especial, mucho más que ella, a la que habían considerado la elegida. No en vano, había podido liberar a Astrid y, en cambio, a ella ni se lo propuso cuando la encontró la primera vez. Tenía que estar bien, no era momento de pensar en negativo.

Los nervios atacaron con fuerza y amenazaron con ganar la batalla cuando revisaron toda la cueva y no encontraron a su hija.

—¿Habrá buceado hasta el otro lado? —inquirió Gare al llegar al pequeño estanque por el que tuvieron que cruzar y en el que casi se ahoga.

—Alana aprendió a nadar antes de la Tercera Guerra, pero hace tanto que no lo hace que no sé si habrá sido capaz —respondió Triz mirando al agua, como si esperara el milagro de ver salir a su hija.

—Si Alana es tan buena bruja como tú, estoy seguro de que habrá pasado sin problemas —comentó Gare en un intento por animarla.

—Es mejor...

—Seguro que está al otro lado. Creo que deberías cruzar.

—¿No vienes?

—Me temo que ya me la jugué bastante la primera vez, y eso que estábamos en Aisling. Ya viste en Grawell que lo de sumergirme no es lo mío y, sin el beso de Astrid para poder respirar bajo el agua, me temo que me convertiría, otra vez, en un problema más que en una ayuda para ti.

—De acuerdo. Espérame aquí —asintió Triz antes de quitarse los zapatos y lanzarse al agua. Todavía llevaba la ropa mojada del estornudo de Atzu.

Los nervios que le atenazaban el estómago amenazaron con cerrarle también los pulmones y, en esta ocasión, estuvo a punto de quedarse sin aire antes de conseguir cruzar. Solo el deseo de encontrar a su hija cuanto antes le hizo aguantar lo suficiente para alcanzar la otra orilla.

Tosió varias veces al salir del agua, pero no perdió mucho tiempo. Antes que respirar era prioritario encontrar a Alana. Lo que vio le hizo que el pecho se le encogiera y que el corazón se le desbocara.

La cueva no estaba como ella la recordaba. Todo era caos y desorden. Era como si una bomba hubiera estallado allí dentro y lo hubiera dejado todo patas arriba. Paredes ennegrecidas, rocas pulverizadas, señales de lucha por todas partes.

—¿¡Alana!? —gritó con el poco aire que le quedaba en los pulmones—. ¡Hija!, ¿dónde estás?

No recibió respuesta y eso la alivió. Se alegraba de que no estuviera allí, aunque eso supusiera tener que seguir buscándola. Revisó todo el lugar hasta asegurarse de que no había nadie. Y eso tenía su lado bueno, pese a todo el destrozo allí ocasionado, su hija debía de estar bien. Solo le quedaba saber dónde.

Con pena, rabia y a la vez esperanza, volvió a sumergirse en el agua y a cruzar hacia donde Gare la esperaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió al verla salir sola del agua.

—No lo sé, ¿seguir buscando? Se han tenido que ir juntas. Hay señales en la cueva de que Astrid ha sido rescatada del mundo de los sueños y de que no ha sido fácil hacerlo, pero ninguna de las dos sigue dentro. Volvamos al bosque a ver si encontramos algo.

Al salir de la cueva se llevaron un buen susto. Atzu, que había reducido parcialmente su tamaño, les esperaba allí. Encontrárselo de manera inesperada les sobresaltó. El chafya, con su espectacular tamaño, imponía respeto.

—¿Qué ocurre? —interrogó Triz. Sabía que el chafya no la habría desobedecido si no fuera por causa mayor.

«Atzu sabe dónde estar Alana. Alana peligro en Grawell», escribió Atzu sobre su pelaje.

—¿No querías saber qué vamos a hacer? —dijo Triz y miró a Gare—. Pues ya lo sabes.

—Genial. Nos vamos a tener que quemar en una hoguera. Otra vez.

27

¿De qué lado debo luchar?

Los rayos lanzados por Alana seguían orbitando alrededor de la Diosa Luna. Su aspecto ya era el de una anciana y solo quedaban unos pocos restos de la ladera de la imponente montaña. Alana no podía dejar de observarla, iba cubierta con el vestido gris en el que se habían convertido las faldas de la montaña y su pelo blanco le llegaba por debajo de la cintura. En su cuello lucía un collar brillante del que colgaban cuatro símbolos con las formas del agua, el fuego, la tierra y el aire y en su rostro se dibujaba una amplia y enigmática sonrisa.

—¡Todavía no se ha completado el hechizo! —gritó Galván y al hacerlo consiguió que Alana recuperara el sentido—. ¡Aún puedo pararos a las dos!

—¡Alana! Cúbrete tras de mí —gritó Astrid y la invitó a protegerse tras sus ropas—. Es el hombre malo.

—¡No tienes por qué obedecerla! ¡No le hagas caso! Es una mentirosa embaucadora.

Alana no había superado sus miedos a los hombres malos y ella la había salvado, o eso creía, del ataque de aquel hombre en la cueva, así que se protegió tras Astrid que, libre de la mirada de la niña, dibujó una sonrisa macabra y de triunfo en su rostro.

—Te voy a mandar a Marbhreilig hasta que los mundos sean reiniciados —espetó y alzó los brazos hacia el firmamento—. ¡Magia del elemento agua! —exclamó, y de sus dedos surgieron unas nubes negras que amenazaban tormenta.

Rayos cerúleos se cruzaban entre unas nubes que aumentaban de tamaño a cada murmullo ininteligible que salía de su boca. Sin contemplaciones, arrojó aquella tormenta hacia Galván.

—¡Magia del elemento fuego! —gritó este con los brazos frente al pecho. Un muro de llamas ardió frente a él y evaporó las nubes—. Vas a tener que esforzarte más, Astrid. —Sonrió triunfante.

—¡Magia del elemento aire! —gritó Astrid encolerizada.

Un torbellino se formó alrededor de la bruja. Alana tuvo que retroceder para no verse arrastrada por la fuerza del viento. Dio tantos pasos hacia atrás, acobardada, que no se dio cuenta de que había retrocedido hasta la altura de la Diosa Luna. Se asustó cuando esta colocó su rugosa y todavía majestuosa mano sobre su hombro.

—Sus fuerzas son parejas, Alana. Tenemos que hacer algo para desnivelarlas. Necesito un poco más de tiempo... Ayuda a Astrid.

—¿Yo? —preguntó Alana, sorprendida sin saber qué hacer—. Apenas conozco mi magia. ¿Cómo voy a ayudarla? No puedo hacer esas cosas —comentó al tiempo que señalaba los remolinos que salían de las manos de Astrid.

El torbellino lanzado por esta se estrelló contra un muro de tierra que el hombre malo había levantado frente a él, invocando la cuarta magia de elemento. La Diosa Luna tenía razón, ambos eran muy poderosos y la batalla podía ser eterna, pero no sabía qué hacer. Solo quería regresar a casa y reencontrarse con su madre. Estaba segura de que ella sí sabría cómo ayudar, su libro de las sombras estaba lleno de comentarios sobre la Diosa Luna, incluso había leído un beso de su madre con ella cuando la diosa era más joven y guapa.

—Usa tu magia de Luna... —murmuró la Diosa—. Que los mundos descubran el poder de su Diosa.

Alana no entendió como su magia de Luna, aquella que le permitía desplazarse de un lado a otro sin ser vista, podría ser útil, pero quería ayudar. Aunque solo fuera para que Astrid le dijera qué tenía que hacer para poder regresar a casa.

Decidida, avanzó hacia Astrid, pero su valentía solo le duró un par de pasos, el resto tuvo que darlos de manera más dubitativa, pero aun así se puso al lado de la primera gran bruja.

—Juntas —anunció Astrid—. ¡Magia de agua! —gritó.

—¡Magia de luna! —exclamó Alana sin saber qué iba a ocurrir exactamente.

—¿Magia de Luna? —inquirió Galván—. ¡Tú eres la hija de Triz!

Al oír el nombre de su madre, Alana bajó las manos y lo que fuera a ocurrir cesó.

—¿Conoces a mi madre? ¿La has visto? ¿Está bien?

—Estaba con ella cuando rescataste a Astrid. Estaba en Marbhreilig.

—¡No le hagas caso, pequeña! ¡Tenemos que atacar! —gritó Astrid. Aquel brujo al que tanto odiaba no podía volver a interponerse en sus deseos.

—¡Que no soy pequeña! —recriminó Alana—. ¿Mi madre sigue allí? —inquirió ante la desesperación de la primera gran bruja.

—Tranquila. Sabe cómo volver. Yo se lo dije. Astrid es la mala. No yo.

—¡Cállate! —aulló Astrid—. ¿Yo mala? ¡El Consejo me utilizó! ¡Me obligaron a yacer contigo en un lecho mientras nos miraban! ¡Los demás me quemaron en una hoguera! ¡A mí! ¡Merecen desaparecer! Están condenados. Me sorprende que después de siete siglos no se hayan destruñido solos con su estupidez. Deben empezar de cero. Crear de nuevo los mundos para enmendar sus errores. ¡La Diosa Luna debe completar su ciclo vital! Y tú, brujo engreído, no vas a poder evitarlo de nuevo. ¡Magia de agua!

Una nueva tormenta se formó entre las manos de una Astrid enrabietada. Alana, a su lado, no sabía qué hacer. Por un lado, aquel hombre parecía querer atacar a Astrid y a la Diosa Luna, a las cuales su madre veneraba y apreciaba en sus escritos; por otro, le acababa de decir que su madre había estado con él en el mundo de los muertos, que estaba bien y regresaría pronto. Su madre no hubiera permitido que aquel hombre se le escapara si de verdad fuera siniestro, ya había acabado con el primer hombre malo de sus sueños y con la bruja pelirroja. Además, con este no había soñado todavía...

—¡Alana, ayúdame! —exclamó Astrid cuyas tormentas seguían creciendo en las palmas de sus manos—. Sin tu magia no podré vencerle antes de que la Diosa Luna termine de recuperarse.

Alana se giró a mirar a la diosa, había algo en su anciana mirada que le hacía confiar en ella. Desde donde estaba la miraba como si fuera parte de su familia, como una tatarabuela a la que nunca había llegado a conocer, pero que reconocía en aquellos ojos. Sin darse tiempo para pensar, regresó al lado de Astrid y volvió a convocar su magia de Luna.

En esta ocasión, esta no se limitó a hacerla desaparecer y aparecer en otro lado. Al invocarla, actuó de un modo distinto. Como la Luna con el agua de los océanos, su magia atrajo hacia sí la magia de agua de Astrid y la aumentó como una marea viva que amenaza con sus poderosas olas las costas.

Galván convocó de nuevo su magia de fuego para intentar contener el ataque, pero, en esta ocasión, y con la magia de Astrid incrementada, no fue suficiente y la tormenta le alcanzó haciéndole volar por los aires y chocar con los árboles que rodeaban aquella parte del claro.

—¡Ya es nuestro! Usa ahora tu magia de Sol —gritó encolerizada Astrid viendo cercana la ansiada victoria—. ¡Magia de aire!

Alana obedeció. La invocó y llamaradas de fuego azul de la energía de la estrella Rigel la cubrieron por completo. Cuando lanzó toda su energía, esta chocó con los torbellinos de aire de Astrid y, combinados, provocaron que la masa de aire frío con el calor de su magia se convirtieran en una fuerte tormenta eléctrica que arremetió contra Galván, al que los rayos parecieron atravesarle.

—¡Se acabó! —exclamó Astrid, se dio la vuelta y viendo a la Diosa Luna ya completamente transformada, se arrodilló frente a ella—. Mi Diosa, ya nada ni nadie podrá detenerla. Los mundos sucumbirán a su poder y la vida volverá a reiniciarse.

—Astrid, mi amada y querida... Gracias a ti todo renacerá, tu venganza será completada y tu lealtad se verá recompensada. Tú y solo tú, serás la nueva diosa que me acompañe en los mundos renacidos... Ya no necesitaré a un dios que me complemente y me llene de vidas... Tú y yo gobernaremos juntas los próximos mundos nacientes —habló la Diosa Luna y tendió su mano hacia Astrid para que se pusiera en pie.

Astrid se levantó, sonrió agradecida y se acercó a la anciana diosa. Esta la rodeó con sus arrugados brazos y ambas se besaron de manera apasionada. Alana hizo un gesto de asco al ver a la aún joven primera gran bruja besar a aquella anciana mujer.

—Aún no hemos vencido, mi amada Astrid —dijo la anciana cuando sus labios se separaron—. Ahora que estoy liberada, el Dios Astado no tardará en volver e intentará interponerse en nuestro destino.

—Solo no podrá hacer nada contra nosotras. Las fuerzas han sido desniveladas y juntas seremos indestructibles, mi señora. —Sonrió Astrid.

—¡Eso habrá que verlo! —La voz de Galván la sorprendió.

—¡Por qué no te mueres! —Los ojos de Astrid mostraron su ira. No podía ser, estaba segura de haber acabado con él, pero parecía que iba a tener que asestarle un último golpe. Decidida se volvió hacia él, pero fue demasiado tarde. Se había despistado demasiado tiempo alegrándose por el retorno de su amada Diosa.

Galván estaba malherido, pero todavía consciente y, junto a él, la imponente figura del Dios Astado, regresado del mundo de los muertos y con la ira y la determinación reflejada en sus ojos bañados en el color de la sangre. Su embravecida mirada llenó de miedos, por un instante, a Astrid. Solo la voz de la Diosa Luna consiguió hacerle recuperar la determinación.

—Seguimos teniendo a la elegida de nuestro lado. No dudes, amada mía, ni siquiera él podrá hacer nada por detenernos a las tres.

—¡Ya basta! —bramó el Dios Astado con una voz tan poderosa que hizo temblar la tierra y que grietas profundas se abrieran en ella, lo que hizo que Alana perdiera el equilibrio y cayera al suelo—. ¡Detente, Cerridwen[16]!

—¡Maldito! —exclamó la Diosa Luna—. No lograrás salvar a los mundos de su destino. ¡Te creé para serme siempre fiel, Cernunnos[17]!

—Jamás conseguirás que sea fiel a quien pretende extinguir a todas mis criaturas. ¡Jamás! Con los años te has vuelto completamente loca...

—¿Loca? —vociferó la Diosa Luna—. ¿Te atreves a llamarme loca? ¡Os creé a todos! ¡Yo soy la madre creadora de los mundos! ¡Todos nacisteis de mí y debo completar mi ciclo! ¡Me aburrís! ¡Sois un error que debo reparar y que no voy a volver a cometer! Debo volver a juntar la luz con la que os moldeé y a empezar de nuevo.

—¡No pienso permitírtelo!

—¿Y qué vas a hacer? —Sonrió la anciana diosa—. La elegida está de mi lado. Ella romperá el equilibrio y permitirá el renacimiento. Ella es tu luz y mi sombra, tu llama y mi fuerza. Ella me ayudará a completar mi ciclo vital. ¡Y no tienes nada que pueda evitarlo!

Mientras la Diosa Luna y el Dios Astado lidiaban, Galván aprovechó el descuido de Astrid y de Alana, que observaban boquiabiertas aquella discusión de deidades, para reincorporarse. Le había dado tiempo a pensar un plan. Estaba claro que no iba a poder derrotar a Astrid y a la elegida él solo, sus fuerzas estaban debilitadas y, la última vez, había conseguido, por los pelos, retener a Astrid y a la Diosa encerrándolas en mundos distintos, aunque eso le hubiera costado sufrir el mismo destino a él y a su Dios, así que, con la elegida del otro bando no tenía nada que hacer. Solo podía intentar volver a nivelar las fuerzas.

Decidió que no iba a lanzar ningún ataque contra ellas. Triz sería decisiva en aquella batalla y

dañar a su hija podría hacerle elegir el bando equivocado. Iba a tener que esperar a que regresara de Marbhreilig. Mientras tanto, lo mejor era hacer desaparecer a Alana de la ecuación. Con un movimiento de sus manos la tierra se abrió bajo los pies de la joven bruja sin que esta pudiera hacer nada por evitar la caída. Para cuando Astrid quiso reaccionar, la niña ya había desaparecido.

—¡Alana! —La voz de Triz, que acababa de aparecer tras los árboles del bosque cercano junto con Gare y Atzu, resonó en todo Grawell—. ¡Qué has hecho con mi hija, Galván!

28

Reencuentros

Triz y Gare habían llegado minutos antes al bosque que rodeaba el lago. Se habían tenido que quemar, otra vez, después de acusarse de brujería el uno al otro y habían esperado a que sus hogueras les permitieran el trámite agarrados de la mano.

En cuanto llegaron a Grawell escucharon gritos al otro lado de los frondosos árboles. Triz oyó hablar de la elegida y, segura de que era de su hija de quien hablaban, salió corriendo para llegar al claro donde estaba teniendo lugar la discusión, justo en el momento en el que la tierra se abría bajo los pies de Alana.

—¡Tranquila! Solo la he puesto a salvo —repuso Galván.

Pero a Triz no le calmó la respuesta. Fuera de sí, corrió hasta el lugar en donde la había visto desaparecer y se puso a escarbar en la tierra con sus manos, sin importarle las heridas que eso la causaba y sin percatarse de la presencia de los dioses.

—¡No te va a servir de nada! —gritó Astrid, que tras unos instantes de dudas con la llegada del Dios Astado, parecía recompuesta y nuevamente decidida—. Aun sin la presencia de la niña, no podrás volver a vencernos. Estás en las últimas... —se mofó—. ¡En este estado no vas a poder volver a conjurar el hechizo que nos encerró y la batalla solo puede caer de nuestro lado!

—Es posible, pero no te lo voy a poner fácil, maldita bruja. Aún puedo reteneros en vuestros planes.

Triz cayó en la cuenta de la presencia de Astrid, de la Diosa Luna y del Dios Astado y se quedó paralizada, sin poder dejar de observarlos. El Dios Astado, al que ya había visto en Marbhreilig, pero cuya presencia parecía todavía más imponente en aquel lugar, como si liberarse del mundo de los muertos le hubiera hecho recuperar parte del poder perdido, lanzaba conjuros que teñían de rojo el firmamento de Grawell y la tierra se abría a sus pies; la Diosa Luna, que se defendía con nubes de

color gris perla y con olas de agua que surgían del río Yhemura, estaba igual a como la recordaba de su último sueño. Anciana en apariencia, su porte y su mirada no reflejaban la debilidad que se asociaría a su edad; por el contrario, se mostraba poderosa y su larga melena blanca brillaba con la intensidad de una luna llena en verano. Astrid estaba igual de bella que en la cueva donde la vio por primera vez y donde le entregó su libro de las sombras, pero en su verde mirada ya no se reflejaba dulzura ni sensualidad, solo ira y sed de venganza. Titubeante, sobre un suelo que se abría a cada instante, se puso en pie.

—Querida... qué alegría volver a verte —expresó Astrid y le tendió la mano—. Te echaba de menos desde tu última visita. ¿Te ha sido útil mi grimorio? —Sonrió, pero en su sonrisa no se reflejaba el cariño que sus palabras intentaban mostrar, por el contrario, parecía estar burlándose de ella.

—En tu libro de las sombras no había nada que me ayudara a salvar los mundos... —musitó Triz —. Nada... Tras el tercer sueño con los dioses no había nada...

—Lo hice por vuestro bien... —intentó disimular Astrid—. No quería que tuvierais que pasar por lo que yo pasé.

—¿Tú? —bramó Galván—. ¿Por qué tuviste que pasar tú? ¡Yo fui quien acabó en Anwnn!

La sonrisa de Astrid se tornó irónica.

—Cada uno termina en el lugar que le corresponde. Acabé en Aisling porque soy una bruja con la que soñar y tú un mísero brujo de pesadilla —se carcajeó—. La Diosa terminó aquí, en Grawell, protegida por las suyas, y tu Dios en el mundo de los muertos, de donde nunca debió salir.

—¡Veremos quién termina dónde esta vez! Tu mentira ha sido revelada y ya ninguna bruja confiará en ti, nadie creará mundos por ti y acabarás como mereces. ¡Olvidada!

Bajo los rayos de la batalla entre los Dioses que cruzaban sobre sus cabezas, Galván se enfrentó a Astrid con las fuerzas que le quedaban, pero la primera gran bruja no tuvo problemas en repeler el ataque.

Viendo la situación, Triz tuvo que tomar una rápida decisión. Todas sus creencias, todo lo aprendido de su tía Helen del mundo de la magia, le decían que Astrid era la primera gran bruja y de cuyo linaje y poder descendían todas las brujas de sangre, pero ahora sabía que también había brujos de sangre y que estos habían sido eliminados del recuerdo colectivo para enmascarar las verdaderas intenciones de Astrid. Todas las brujas estaban equivocadas, incluida ella.

No estaba muy segura de ser capaz, pero, si quería volver a nivelar las fuerzas, tenía que ponerse del lado de Galván, al menos mientras este se recuperaba de las lesiones de la batalla. Se le veía herido y agotado.

Se puso a su lado y se preparó para contrarrestar el contraataque de Astrid. Una fuerte ráfaga de viento que arrastraba ramas, piedras y tierra cruzó la distancia que les separaba tan rápido que apenas tuvo tiempo para invocar un hechizo de protección. Su magia no fue suficiente y, aunque en un primer momento, la cúpula invocada pareció resistir, no tardó en resquebrajarse y el ataque de Astrid golpeó contra ellos con fuerza. Ni siquiera el muro de tierra que intentó construir Galván pudo detener el golpe. Ambos salieron despedidos y fueron a caer al río Yhemura.

—¡Triz! —gritó Gare y salió apresurado en su búsqueda.

Galván intentaba nadar hacia la orilla pese a las heridas infligidas, pero Triz se mantenía inerte, boca abajo, en medio del río. Sin pensarlo dos veces, se despojó de los zapatos y se arrojó al agua.

Llegó a su altura y le dio la vuelta. Triz tenía una herida en la frente que no dejaba de sangrar y el agua que le caía del pelo hacía que la sangre cubriera la mitad de su cara. Acercarla a la orilla no fue fácil con continuos escombros de la batalla que tenía lugar en tierra cayendo en el cauce del río, pero no cejó en su empeño hasta que hizo pie.

—¡Vamos, Triz! ¡Despierta! ¡No me hagas tener que ir a Marbhreilig a buscarte! ¡Vamos! —gritó mientras le limpiaba la sangre y le apartaba el pelo pegajoso de la cara—. ¡Vamos, Triz! ¡Tienes que salvar los mundos! —añadió zarandeándola.

Un repentino ataque de tos, con el que Triz le escupió el agua del río en la cara, le hizo respirar aliviado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Triz mientras intentaba abrir los ojos.

—Que esa zorra te ha dado un buen golpe.

—No pensabas lo mismo de ella cuando te besó en la cueva para que no te ahogaras. —Sonrió Triz, aunque un dolor en el pecho le hizo cambiar el rictus de la cara.

—Sabes que siempre se me ha dado fatal elegir mujeres en mi vida —replicó Gare.

—¿Conmigo también?

—Eres una bruja, no sabría qué decirte... —Triz torció el gesto. Él se limitó a sonreírle.

Fuera del agua la batalla se mantenía en pleno apogeo y amenazaba con destruir todo lo que a su alrededor habitaba. Triz pudo ver las rocas de Cogar levitando en el aire alrededor de la Diosa Luna mientras que animales, bestias y seres fantásticos, llegados de pronto al claro, rodeaban al Dios Astado y rugían, zumbaban, siseaban o aullaban hacia la diosa mientras esta les amenazaba apuntándolos con su báculo. Astrid se seguía manteniendo impertérrita mientras que Atzu había acudido al rescate de Galván y se mostraba amenazante a su lado. El chafya había metido su pata trasera en el agua del río, su tamaño era cada vez más considerable y su magia les servía de escudo.

—¿Qué puedo hacer? —inquirió al llegar a la altura de un Galván que intentaba recuperarse de sus heridas protegido en el lomo del chafya.

—Tienes que hacer regresar a tu hija. Solo ella puede nivelar de nuevo la contienda mientras invocamos el hechizo que pueda detenerlas.

—¡Pero si fuiste tú quien la hizo desaparecer!

—Lo que yo hice fue alejarla. Alana estaba confundida y peleaba del lado de Astrid y de la Diosa Luna. Con ella aquí ya habríamos perdido la batalla y no quedarían mundos que salvar, pero tú puedes ir a buscarla, convencerla, traerla y que luche a nuestro lado. Solo entonces podremos salvar los mundos invocando de nuevo el hechizo. Si no igualamos las fuerzas, no tendremos tiempo. Si no nos centramos en invocarlo, la Diosa y Astrid nos destruirán.

—¿Y dónde mandaste a mi hija? —interrogó Triz—. ¿A qué extraño lugar voy a tener que ir ahora a buscarla?

Galván se encogió de hombros sin saber dar una contestación. Fue Atzu quien dibujó la respuesta en el aire.

«Encontrar Alana en Etrazen. Dar prisa. Brujas de Consejo peligro».

—¡Id! ¡Rápido! El chafya y yo intentaremos mantener las fuerzas niveladas hasta vuestro regreso —propuso Galván—. Pero no tardéis, Astrid es mucho más poderosa ahora que la última vez que me enfrenté a ella. No sé cuánto tiempo vamos a conseguir contener sus ataques. Y, aunque lo hagamos, los mundos sufrirán las consecuencias de la batalla. Si queréis que quede algo que merezca la pena salvar, tendréis que daros prisa.

—Etrazen es el lugar ese en el que cientos de brujas casi me apalean al llegar la primera vez,

¿verdad? —interrogó Gare mientras corrían, sin perder tiempo, por las orillas del río Yhemura.

—Sí, ese mismo. Allí está el Consejo de brujas y puede que nos reencontremos con mi tía. Estoy segura de que todo este jaleo y la desaparición de la montaña de Ekabú no han pasado desapercibidos y estarán todas reunidas. Espero que Alana esté bien o yo misma me cargaré a Galván.

—Y, si sabemos a donde vamos, ¿no podríamos teletransportarnos? —Gare, al que correr nunca se le había dado bien, iba con la lengua fuera siguiendo a Triz.

—Estás fatal de forma, chaval.

—Dime algo que no sepa... Y Marbhreilig, además de no dejarme comer, tampoco me ha servido para adelgazar ni un gramo. Me muero de hambre.

—Si conseguimos salvar los mundos, te invito a comer. Pero o llegamos a tiempo, o me temo que de nada habrá servido todo esto. Ni siquiera tendremos la posibilidad de estar juntos.

—Ah, pero ¿quieres estar conmigo? —jadeó Gare al que parecía estar a punto de salírsele un pulmón.

—Depende de lo bien que te portes en la comida cuando pueda invitarte. —Sonrió Triz—. Antes tenemos que arreglar esto. Y no, me temo que no tengo ni idea de cómo teletransportarme, ese hechizo no estaba en el libro de las sombras de mi tía. Atzu tampoco va a poder llevarnos, así que, si quieres estar conmigo, vas a tener que seguir corriendo.

Gare estuvo a punto de rendirse, quería mucho a Triz, pero de nada le serviría poder comer y estar con ella si para ello perdía el corazón y los pulmones por el camino, pero no paró de correr hasta que divisaron las altas montañas que rodeaban el valle.

—Adelántate tú —dijo cuando en un ataque de tos estuvo a punto de perder el hígado—. Te alcanzo en un par de minutos, en cuanto me llegue el aire a los pulmones. Ve a por tu hija.

Triz le echó un vistazo para asegurarse de que solo estaba exhausto y siguió corriendo.

—¡El valle no tiene pérdida! ¡Si no llegas a Etrazen, intentaré regresar por el mismo camino con Alana! —exclamó cuando ya Gare la perdía de vista entre los árboles.

29

Juntas

Estaba a punto de llegar a la entrada norte de Etrazen cuando vio entre los árboles a un grupo de mujeres saliendo casi a la carrera del valle. En cabeza de todas ellas iba la bruja con la que menos ganas tenía de cruzarse.

—¿Otra vez tú aquí? —inquirió Petronilla al verla—. ¿Qué vienes a robarnos esta vez?

—Nunca os he robado nada, y te recuerdo que la última vez salvé Grawell de ser destruido por Rigel —replicó Triz en un tono engreído, en un intento de que la bruja no notara que su presencia la ponía nerviosa. Ya tenía suficientes complicaciones como para tener que volver a enfrentarse con ella.

—Si tú lo dices... Solo sé que, cada vez que hay problemas, apareces tú.

—No quiero crear problemas —dijo Triz, aunque no podía evitar reconocer que su vida era un cúmulo de estos de un tiempo a esa parte—. Solo quiero encontrar a mi hija. ¿Habéis visto una niña en Etrazen?

—¡¿Esa mocosa es hija tuya?! Cómo no me di cuenta antes... —respondió Petronilla mientras una mueca de hastío se reflejaba en su quemado y feo rostro, dándole un aspecto todavía más desagradable.

—¿La habéis visto? ¿Está bien? —Quiso saber Triz sin darle importancia al gesto. Solo le preocupaba encontrar a Alana.

—Como para no verla. La niña se puso a brillar en medio del valle como un puñetero Fénix azul.

—¿Cómo?

—¡Que tu hija casi nos manda a Marbhreilig a todas! No hay fruto podrido que dé buena semilla.

—¿Está en Etrazen o no? —insistió Triz obviando el intento de ofensa.

—Se quedó allí con Helen y las demás brujas inútiles.

—Si no os importa, no tengo tiempo que perder con vosotras —dijo Triz, sorteó la presencia de Petronilla en mitad del camino y continuó hacia Etrazen.

—Ni nosotras contigo... —musitó ella. La bruja de elemento recordó el momento en el que apareció la niña. El Consejo de brujas estaba reunido cuando todas sintieron una fuerza más poderosa de la que habían llegado a sentir nunca. Brujas de magia blanca, negra o gris, todas sintieron en su interior una llamada que hizo que la discusión acalorada que estaban teniendo sobre si era conveniente o no cambiar los sigilos de lugar, tras el robo, fuera silenciada. Se quedaron sin habla al mismo tiempo, incluidas aquellas que como ella siempre tenían algo que decir.

Se miraron unas a otras e incapaces de entender qué había ocurrido y por qué todas habían sentido como si alguien intentara arrastrarlas salieron atropelladamente. En el centro del valle se encontraba una niña, en apariencia inofensiva, que las miraba con cara sorprendida como una bruja novata que ve su primera hada. En un principio, todas pensaron que aquella mocosa, a la que ninguna conocía, tendría algo que ver con lo que acababan de sentir, pero ella y las demás no tardaron en darse cuenta de que la fuerza que les arrastraba en el interior no procedía de aquella niña, que venía de fuera del valle, de las cercanías de la montaña Ekabú.

—¡Algo ocurre otra vez con los sigilos! —había gritado una de las presentes a su espalda y todas salieron casi a la carrera.

La niña, al verlas abalanzarse sobre ella, había empezado a arder en una llama azul tan fuerte que el calor que desprendía había quemado la piel de las brujas más cercanas y había hecho retroceder al resto ante los gritos de dolor de las primeras.

—¿Quién o qué coño eres tú? —había interrogado Petronilla tomando la voz cantante.

—¡Soy Alana! —había gritado la niña quien, al ver retroceder a aquellas mujeres, había mitigado la llama que la cubría y eso permitía volver a distinguir sus rasgos.

—¿Alana? —Helen, siempre la maldita Helen, había salido a empujones del Consejo y había bajado las escaleras hacia la niña.

Ya a su lado, musitó unas palabras que no llegó a escuchar, pero que calmaron a la niña, que recuperó su apariencia por completo y que se abrazó a aquella pedante bruja.

Le hubiera gustado quedarse a saber más de aquella extraña y repentina aparición en Etrazen, dado que ninguna bruja perseguida había aparecido nunca en medio del valle y menos a una edad tan joven, pero la fuerza interior seguía tirando de ella hacia Ekabú y no tenía tiempo que perder. Algo le decía en su interior que lo que estaba ocurriendo en Grawell era mucho más importante que aquella mocosa.

Segura de que Ekabú era el destino que debía alcanzar, intentó invocar un hechizo de teletransporte, pero no funcionó, algo que no era capaz de comprender había ocurrido con la montaña sagrada. Del mismo modo que siglos atrás, justo cuando se produjo la desaparición de Astrid, esta había aparecido de pronto, ahora parecía no existir. Al salir del valle y del cobijo de las altas montañas que lo rodeaban, pudieron ver las extrañas luces en el firmamento que confirmaron su intuición de que algo estaba ocurriendo en las cercanías de Ekabú y fue entonces cuando se habían reencontrado con la entrometida Triz.

Tenía la sensación de que los siglos que llevaba en aquel lugar estaban a punto de terminar y de que su venganza contra aquellos que la habían condenado a vivir allí estaba a punto de consumarse. Por eso no tenía tiempo que perder con aquella bruja entrometida y su hija, y tenía que apresurarse por llegar a descubrir qué eran aquellas luces. Petronilla siguió el camino contrario a Triz.

Esta entró en el valle y sintió cómo el corazón le daba un doble giro de alegría en el pecho. Allí estaban, además de otras brujas, su querida tía y su hija, sonrientes como si se conocieran de toda la vida.

—¡Triz! —exclamó su tía al verla—. Sabía que no tardarías en aparecer.

—Si te cuento todo lo que ha pasado desde la última vez que nos vimos, no sé yo si estarías tan segura... —respondió Triz—. Y tú, ¿se puede saber qué haces aquí? —recriminó a Alana—. Te dije que te quedaras en casa cuidando de tu hermana.

—Sí, pero mis sueños... el rayo... la casa... Astrid me pidió ayuda y tú siempre escribes de ella en tu libro de las sombras. Quise ayudar, yo también soy una bruja.

—Estaba equivocada con Astrid, ella te ha puesto en peligro y ahora pone en peligro a Grawell...

—¿Astrid está aquí? —inquirió Helen al tiempo que se ponía en pie. Triz la notó, por primera vez, nerviosa.

—Sí, tía, pero no es la primera gran bruja de la que nos hablaban los libros de brujería. Nos ha manipulado a todas... ¿Sabías que existen los brujos de sangre?

—No... eso no es posible. Solo las brujas heredamos nuestro poder. Los hombres solo pueden llegar a ser brujos de aprendizaje o por amor, eso dicen nuestros libros.

—Están equivocados. Todas nuestras creencias están equivocadas.

Helen negaba categóricamente. Eran siglos de magia estudiada y, en ellos, Astrid era la bruja bondadosa y amada por todas que mereció con su magia que Grawell se creara para salvar a las brujas perseguidas. Ella siempre había sido protectora de aquellas como ella que siglos más tarde había tenido que abandonar a su familia para vivir en aquel lugar. Estudiar su mito, su leyenda, aquella que hablaba del mensaje hundido en el lago antes de desaparecer, como primera y única bruja en soñar con los Dioses hasta la llegada de su sobrina, era lo que le había hecho regalarle el colgante protector con el mensaje para que, llegado el momento, fuera capaz de rescatarlo y reencontrar a Astrid. Con ella de regreso a Grawell, el equilibrio entre las magias nunca se vería desnivelado hacia el lado de la magia oscura. No podía ser una traidora, era imposible. Sus anhelos de que Grawell no terminara sucumbiendo dependían de esa esperanza.

—La Diosa Luna es quien quiere terminar con los mundos. Quiere completar su ciclo vital, dejar de ser la anciana consumida por sus errores y renacer como la doncella a la que todos veneran. Quiere volver a empezar y necesita deshacerse de sus antiguos fallos. Astrid está de su lado.

—Pero ¿quién te ha comido la cabeza con esas tonterías? No hay brujos de sangre, la Diosa Luna es nuestra creadora y Astrid... Ella y tú, las únicas que habéis visto a los Dioses en vuestros sueños, sois nuestra esperanza de salvar los mundos.

—Eso es lo que no tengo tiempo de explicarte, tía. Solo puedo decirte que no solo he soñado con los Dioses. Alana los ha liberado y están luchando encarnizadamente a orillas de Yhemura. El Dios Astado y la Diosa Luna están en Grawell ahora y, o regresamos pronto, o no tendré tiempo de explicártelo todo.

—¿Los Dioses? ¿Aquí? ¿Luchando? Es una locura...

—Tanto como regresar de Marbhreilig, y yo lo acabo de hacer y me he traído a Gare de allí.

—¿Gare? ¿De Marbhreilig? Oh, Kharisa tenía razón... ¿Dónde está? —inquirió Helen ante lo único que su cabeza era capaz de comprender: la presencia del amigo especial de su sobrina. Sabía que tras su anterior aventura no habrían podido separarse.

—Está fatal de forma y lo tuve que dejar en el bosque de camino a Etrazen. Cuando volvamos

las tres juntas, nos lo encontraremos.

—¿Juntas? —preguntó Alana—. ¿No me vas a mandar a casa?

—Mi niña, me temo que eres muy importante para que todo acabe bien. ¿Dispuesta a luchar de mi lado?

—¡Claro! —se alegró Alana—. Ya verás la de trucos que he aprendido desde que te marchaste.

—Algo de brillar como un Fénix ya me han dicho. Además de que fuiste capaz de romper los hechizos de Astrid, Galván y los Dioses.

—¿Quién es Galván? —inquirió Helen todavía desubicada.

—El último brujo de sangre al que Astrid se encargó de que la historia olvidara... Cuando todo acabe, tendremos tiempo de explicaciones. Vamos a terminar con todo esto. A salvar los mundos. Aunque todavía no tengo ni idea de cómo vamos a hacerlo.

Las tres, junto con el resto de brujas que se habían quedado junto a Helen en Etrazen, salieron del valle por el mismo camino por el que Triz había llegado. Antes de regresar al lugar donde antes se encontraba Ekabú, tenían que recoger a Gare, pero, a cada paso que daban por el bosque, Triz empezaba a estar más preocupada.

Habían recorrido de vuelta más de la mitad del camino y Gare no daba señales de vida por ningún lado. Triz no se podía creer que en todo el tiempo que había pasado no hubiera avanzado ni aquel tramo de camino, en cuanto llegara a donde le había dejado, le iba a echar una buena bronca. No se podía permitir cargar con él ni hacer de niñera. Si no era capaz de ayudar, lo mejor que podía hacer era no estorbar. Si no hubiera tenido que ir a recogerle, su tía podría haber invocado un hechizo y ya habrían llegado a Ekabú. Gare les estaba haciendo perder el tiempo.

—Como me lo encuentre sentado en alguna roca se va a enterar... —musitó cuando ya estaba acercándose al lugar donde Gare se había parado a descansar.

Pero cuando llegó, no había nadie. Ni rastro de él por ninguna parte y era imposible que se hubieran cruzado sin verle.

—¡No ha podido desaparecer! —exclamó Triz—. ¿O sí? —preguntó ya sin saber qué era posible y qué no.

—Este es el único camino que sale de Etrazen en esta dirección. No ha podido perderse.

Cualquiera que pase por aquí en dirección contraria tiene que terminar encontrándose.

Un pensamiento negativo hizo que a Triz se le erizaran los vellos de la piel. Si cualquiera que fuera por aquel camino acabaría cruzándose con Gare, seguro que Petronilla y el resto de brujas que iban con ella lo habrían hecho. Si no estaba allí, es que ellas se lo habían llevado.

—Como vuelva a encontrarme con esa bruja te juro que la mando a Marbhreilig para siempre y tiro a las lantrínidas su cuerpo para que no pueda volver a joderme nunca más —protestó malhumorada.

30

Siempre la estoy cagando

Gare dejó de oponer resistencia cuando un hechizo le dejó sin la posibilidad de protestar. Por mucho que intentara expresar su malestar, de su boca no salían más que rebuznos lastimeros.

«No podría haber elegido un jilguero la cabrona, no», pensó mientras dos de aquellas brujas tiraban de unas cuerdas que no podía ver, pero que le impedían moverse con libertad y que le obligaban a obedecer.

Cuando por fin recuperó el resuello y se disponía a ir tras Triz hasta el valle de Etrazen, un grupo de brujas comandadas por una con la mitad de la piel más quemada que una tostada ennegrecida se interpuso en su camino. Una de ellas, que le sonaba porque era de las que le habían plantado cara la primera vez que entró en el valle, le reconoció de inmediato e informó al resto.

Cuando la bruja chamuscada supo que era el hombre que había acompañado a Triz a recuperar los sigilos, dibujó una sonrisa en su demacrado rostro, con tanto esfuerzo que Gare temió que, al hacerlo, se le fueran a abrir las cicatrices y sus quemaduras empezaran a supurar pus.

—Vaya, vaya, así que la entrometida ha dejado atrás a su amiguito —comentó sin borrar la sonrisa de su cara—. ¿No te avisó de los peligros que se esconden entre estos árboles?

—¿Qué peligros? —preguntó. Desconocía qué tipo de seres mágicos podrían encontrarse ocultos en aquel bosque, pero no se había encontrado ninguno mientras estaba con Triz y tampoco había escuchado nada extraño mientras recuperaba el aliento hasta la llegada de aquel grupo de brujas. Era como si todos se hubieran escondido tras la aparición de los Dioses. Al verlas, fue la primera vez que se había sentido en peligro—. En unos minutos llegaré al valle, me reencontraré con Triz y ya no habrá ningún riesgo.

—Me temo que eso no va a poder ser. —Rio Petronilla—. ¡Cogedlo! No sabemos qué está pasando en Ekabú y siempre está bien tener a mano una ofrenda. Puede que le necesitemos.

Intentó echar a correr, estaba seguro de que la entrada al valle no quedaba muy lejos, incluso consiguió derribar a dos de aquellas brujas ayudado de su corpulencia y arrojándolas al borde del camino, como si se trataran de dos débiles muros y él de una bola de demolición, pero, cuando ya creía haberlas dejado atrás, sintió que algo invisible le rodeaba por los brazos, y la inercia de su carrera frenada con brusquedad le hizo caer de culo.

«La última vez que me olvido de recuperar el puñetero colgante. Se lo tuve que dejar al chafya para poder quemarme y venir a Grawell y se me olvidó pedírselo, con las prisas, al oír gritar a Alana. Tengo que decirle a Triz que me enseñe algo de magia, estoy harto de jugar en inferioridad», pensó mientras rememoraba en su cabeza lo ocurrido.

Tras recuperar el aliento que la presión del pecho le había quitado, empezó a llamar a gritos a Triz con la esperanza de que ya estuviera de regreso, o lo suficientemente cerca como para oírle, y a maldecir y soltar patadas a toda aquella que se atreviera a acercarse. Hasta que la bruja *caraquemada*, como había decidido bautizarla, se acercó a él, le paralizó con un simple gesto de su mano y con otro como si simulara robar manzanas, le robó su voz para, en su lugar, dejar aquellos quejumbrosos rebuznos.

—Mucho mejor —se atrevió a decir al darle la espalda. Todas las brujas se rieron de él.

Desde ese momento dejó de quejarse, pero hacía todo lo posible por retrasar al grupo, se tropezaba o se mostraba cansado, incapaz de dar un paso más, seguro de que Triz no tardaría en regresar con su hija y con Helen y de que ellas podrían liberarle. Pero hasta eso tuvo que dejar de hacerlo cuando la inmisericorde bruja chamuscada amenazó con provocarle efectos irreversibles en cierta parte de su cuerpo si seguía retrasándolas.

Sin nada más que poder hacer, se dedicó a observarlas. Si conseguía descubrir algo de utilidad con lo que enfrentarse a ellas llegado el momento, Triz no podría echarle en cara haberse dejado capturar de un modo tan pueril.

«Cualquier cosa por no darle la razón en que siempre la estoy cagando».

Eran un par de docenas de mujeres mal encaradas, iban todas alteradas, confusas, sin poder dar una explicación a aquellas luces que se colaban entre las ramas de los árboles y que cubrían el firmamento. Rigel, como en su anterior visita a Grawell, no brillaba mucho tiempo y ya amenazaba con ocultarse tras el horizonte. Las luces teñían de azules, rojos, naranjas y verdes con mayor intensidad que durante el día un cielo en el que ya empezaban a verse las estrellas de la nebulosa.

«Verás qué cara ponen cuando lo descubran», pensó Gare. Era la primera vez que sabía algo más que el resto y sonrió irónico al percatarse de que no iba a decirles nada, por muy bocazas que fuera, gracias al hechizo.

Las bocas abiertas de todas al salir del bosque y ver lo que estaba ocurriendo mereció la pena poder verlo. Las mandíbulas se les desprendieron en sus rostros y Gare temió que llegasen a caerse en aquellos menos agraciados tras el ingreso en Grawell. Su risa resonó como el relinchar de un asno.

—¡Por los Dioses! —exclamó *caraquemada*. A Gare le dio otro ataque de risa, lo que provocó una mirada de odio de la bruja—. ¿Es real lo que estoy viendo? —inquirió en voz alta a la espera de que el resto de brujas le confirmaran lo que era incapaz de creer que estuviera frente a sus ojos.

El Dios Astado y la Diosa Luna, imponentes, majestuosos, combatían en el claro donde debería encontrarse Ekabú. Ellos eran los que provocaban, con su enfrentamiento, las luces que los habían llevado hasta allí.

A unos metros, un hombre y un chafya, ser que Petronilla no había visto nunca hasta ese momento, pero que conocía de historias fantásticas y mitos que otras brujas habían contado a lo largo de los siglos, se defendían de los ataques de una preciosa mujer rubia, cuyos ojos verdes destilaban poder incluso observados desde la distancia a la que se encontraba.

—A... As... Astrid —tartamudeó al verla. No tuvo problema en reconocerla.

El resto de las brujas, con menos veteranía que ella, la miraron sorprendida. Petronilla había sido la primera bruja de Irlanda quemada en una hoguera tras obligarla a confesar contra la que era su señora, Alice Kyteler, años antes de que la propia Astrid fuera acusada de brujería y el resto de las brujas crearan Grawell para ella. Por suerte, no se habían deshecho de su cuerpo y, cuando Grawell fue creado, fue una de las primeras habitantes de aquel nuevo mundo, con el tiempo justo de conocer a Astrid antes de que desapareciera misteriosamente. Ella fue la bruja que, tras su desaparición, encontró el mensaje dejado por la primera gran bruja en la casa. La que tuvo que adaptarse a una nueva vida, inesperada. La que se instaló en la casa del lago cuando, años más tarde, un destello dorado surgió del mismo durante un eclipse de la estrella Rigel y la que se pasó siglos observándolo a la espera de poder rescatar lo que Astrid hubiera dejado allí, con infructuosos intentos por su parte en cada eclipse, hasta que aquella bruja metomentodo se había interpuesto en sus deseos.

—¿La primera gran bruja? —preguntó una de las menos experimentadas.

—La misma —replicó Petronilla recuperando la compostura. Si Astrid había regresado a Grawell, igual podría decirle cómo salir de allí y regresar al mundo para vengarse de todos los descendientes de aquellos que la habían quemado viva, pero para eso tenía que impedir que aquel hombre y el chafya terminaran por hacerle daño.

—¡Seguidme! Ayudemos a la primera gran bruja. Con su regreso, tomará el lugar en el Consejo que le corresponde y Helen tendrá que abandonarlo. ¡Nos dará el poder que necesitamos para tomar el control de Grawell!

Al unísono, todas gritaron eufóricas y salieron a la carrera hacia el lugar de la batalla dejando a Gare abandonado en la linde del bosque. En un primer momento, al verse solo, hizo el ademán de intentar soltarse de las cuerdas, pero bufó enfadado al comprender que era muy complicado liberarse de unas ataduras que no podía ver.

«Como no me dé mordiscos en las muñecas hasta acertar...».

Pronto esa no fue su principal preocupación. Dos parejas de brujas regresaron sobre sus pasos y, aferrando el vacío entre sus dedos, tiraron de él con tal fuerza que le hicieron caer de bruces.

—¡Vamos, inútil para todo, levanta! Petronilla te quiere usar de escudo.

Las palabras de aquella impertinente bruja, a la que le faltaban tantos dientes como cicatrices tenía en la cara, le recordaron a las que había pronunciado Cristian en el bosque de Otsa y le dolieron más que el golpe contra el suelo.

Había salido del mundo virtual dejándose pegar un tiro, había rescatado a Triz de ahogarse dos veces en el bosque; había peleado contra un brujo en inferioridad de condiciones hasta el último aliento, aun a costa de pasarse más de un mes en el hospital con todos los huesos rotos; se había dejado quemar vivo por ir a Grawell a ayudar a Triz; se había enfrentado a perros de fuego, pirañas transparentes y arañas lobo para salvar a Grawell de estrellarse contra la estrella azul; incluso había muerto y regresado de Marbhreilig. ¿Y todo para seguir siendo un inútil para todo? Enrabietado, dio un tirón de las cuerdas invisibles que le ataban.

La inesperada reacción por su parte hizo que las dos brujas que le sujetaban fueran arrastradas por sorpresa y cayeran al suelo, una de ellas justo a sus pies. Sin pensarlo dos veces, y aprovechando el espacio que quedaba entre la ligadura de sus muñecas y su cuerpo, y que la cabeza de aquella bruja no era muy grande, le rodeó el cuello y apretó con fuerza.

Intentó amenazarlas para que le soltaran, pero sonar como un burro al que no le daban su

zanahoria no le ayudó.

«¡Soltadme u os juro que no dejo de apretar hasta ahogarla!», resonaban las palabras que quería decir en sus pensamientos.

Pero las cuatro brujas, incluida la que estaba entre sus brazos amenazada, no mostraron ningún tipo de temor en sus rostros, al contrario, todas se reían de él.

Eso le enfadó aún más y le hizo apretar con más fuerza sus brazos mientras miraba amenazante a las brujas que permanecían de pie. Estaba seguro de que aquella presión sería suficiente para partirle el cuello si era necesario, aunque en sus primeros planes no entraba tener que matar a nadie, pero, al contrario de lo que esperaba, en lugar de sentir que se apretaran más, sintió que la bruja se le resbalaba entre los brazos.

Bajó la mirada sin entender, rebuznó asustado y dio un salto hacia atrás. La bruja se había convertido en una resbaladiza y serpenteante serpiente que se deslizaba por su pecho y se enredaba en su pierna. Su cola corta y gruesa y sus amenazantes colmillos curvados hacia atrás delataban que era de una especie venenosa; sus ojos, de un intenso color amarillo y cortados por una fina línea negra, le miraban divertidos y su boca parecía sonreír.

Paralizado por el miedo, solo pudo observar cómo la serpiente reptaba por su cuerpo y después por el suelo hasta llegar a la altura del resto de brujas donde, ante sus espantados ojos, recuperó su forma humana.

—No pongas esa cara... Podría haberte mordido las pelotas por haber intentado ahogarme. Hace mucho que no me llevo unos atributos masculinos a la boca y puedes estar seguro de que he estado tentada y me ha costado controlarme, pero los cebos atrapan mejores capturas cuando están vivos y Petronilla no me lo habría perdonado nunca —dijo la bruja todavía con voz siseante.

La nada velada advertencia, los motivos por los que habían decidido mantenerlo con vida y la frustración de no poder hacer nada por liberarse hicieron que todo el temor que le paralizaba se convirtiera en rabia, una rabia que le nació en el pecho y que subió por su cuerpo hasta hacerle arder la cabeza.

Esa fue la primera vez en el que las sonrisas burlonas se borraron de los rostros de aquellas mujeres.

—Sus ojos... —murmuró la que le había amenazado—. No puede ser un brujo, no se habría dejado capturar sin oponer resistencia.

—Tenemos que informar a Petronilla, ella sabrá qué hacer con él.

A tirones le arrastraron hasta el lugar de la batalla. El resto del grupo de brujas, encabezadas por *caraquemada*, a la que el resto llamaban Petronilla, habían rodeado a Astrid y la defendían de los ataques de Atzu que, desde que él le había dejado allí, había aumentado de tamaño de manera exponencial y se asemejaba a un mamut de pelaje azul.

«¿Dónde demonios estás, Triz?», pensó Gare antes de que las brujas le colocaran delante de ellas, entre el chafya y Astrid.

31

Viejas enemigas

Triz, Alana, Helen y el resto de las brujas del Consejo, con Agnes a la cabeza,terminaban de conjurar el hechizo de teletransporte. Ahora que ya no tenían que recoger a nadie por el camino ya no tenían tiempo que perder, seguras como estaban de que Petronilla y las suyas se habrían dirigido a aquel lugar. Aparecieron en la linde del bosque.

—¿Siempre voy a tener que estar rescatándole? —refunfuñó Triz al ver a Gare entre Astrid y Galván.

—Te recuerdo que él te rescató a ti en Otsa y te protegió del ataque del canignis.

—Me he tenido que morir para traerle de vuelta de Marbhreilig y mírale ahora... —replicó Triz al tiempo que le señalaba—. Siempre se está metiendo en problemas. Si no se hubiera separado de mi lado...

—Esto no es una competición, cariño. ¿Todavía no entiendes que, precisamente, lo que ha hecho ese chico es no separarse nunca de tu lado? Aún sin tener magia, por mucho peligro que eso le supusiera.

—Por cierto, hablando del canignis, ¿dónde está Fulgor? —preguntó Triz en un intento por cambiar de tema y no tener que reconocer lo que su tía quería decirle. Estaba enfadada con Gare y no iba a dejar que la razón le mitigara el cabreo.

—Estará en mi casa comiéndose mis cojines y quemándome las cortinas.

—Tengo ganas de volver a verlo.

—Acabemos con esto de una vez. Ya me explicarás después todo esto de los dioses y de que Astrid sea la bruja mala.

El resto de brujas del Consejo cuchicheaban a sus espaldas. Ninguna de ellas había visto nunca a los dioses y ahora los tenían delante lanzándose hechizos y contrahechizos que llenaban el cielo de los colores de una aurora boreal y que estaban asolando el paisaje con cada golpe haciendo saltar enormes pedazos de tierra de Grawell que volaban por los aires.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó nerviosa Agnes, la bruja del elemento agua.

—La Diosa Luna quiere completar su ciclo y destruirnos a todos tras conseguirlo, el Dios Astado intenta impedírselo —respondió Triz—. Nuestras escrituras y creencias están equivocadas —añadió al ver la cara de incredulidad de Agnes y las demás.

—¿Estás segura de eso? Astrid, la primera gran bruja, está de su lado. ¿Y quién es ese hombre que se oculta tras el chafya?

—Es Galván, el último brujo de sangre.

—¡Pero los brujos de sangre no existen! No aparecen en ninguno de los libros de las sombras de ninguna bruja —replicó Agnes.

—No tengo tiempo para explicaciones. O me creéis o lucharé yo sola con mi familia si hace falta. Si queréis permanecer en Grawell, tendréis que confiar en mí —repuso Triz y se giró hacia su hija—. ¿Lista? —le preguntó.

—Lista —respondió Alana con seguridad.

—Vamos a salvar los mundos.

De forma decidida salió al claro donde estaba ocurriendo la batalla, con la firme intención de desnivelar la contienda, pero una conocida voz que no esperaba volver a oír nunca detuvo sus pasos en seco.

—¿Adónde crees que vas?

—¿Shaira? —interrogó Triz sin darse la vuelta. No podría olvidar nunca su voz, aún le resonaba en la cabeza amenazándola con quemarle los ojos y dejarla ciega y acababa de surgir del bosque a su espalda—. Te hacía pudriéndote en algún infierno de castigo.

—Y lo estaba —expresó la bruja africana al tiempo que dibujaba una sonrisa en sus labios—, pero deberías saber que a los enemigos no hay que darles por derrotados hasta asegurarte de que han exhalado su último aliento. Cometiste el error de dejar mi suerte a los designios del Consejo y ellas

me condenaron a un castigo cruel del que pensaban que nunca iba a poder escapar, pero la llegada de los dioses ha cambiado las reglas del juego y aquí me tienes. Dispuesta a recuperar el tiempo perdido y a completar lo que, en nuestro anterior encuentro, dejé a medias.

—¿Acaso crees que vas a poder hacer algo contra nosotras tú sola? —replicó Triz, que se había girado a mirarla y la observaba con la ira reflejada en su mirada—. Ya te derroté una vez, no vas a suponernos un gran problema.

—No te vengas tan arriba, bruja novata. No me derrotaste, fue Helen quien me pilló por sorpresa, en un descuido, pero este tiempo sufriendo mi castigo me han hecho aprender de mis errores. Y te puedo asegurar que no voy a esperar a que el Consejo te sentencie, lo haré con mis propias manos.

—En serio, no tengo tiempo que perder contigo —repuso Triz dándole, de nuevo, la espalda.

—¡Bruja engreída! —bramó Shaira—. El tiempo tendrás que encontrarlo.

Shaira convocó sus loas de la magia vudú y Triz se dio cuenta de que algo había cambiado. Los espectros no parecían salir solo del cuerpo de Shaira, sino que surgían del bosque, de la tierra, hasta del aire que les rodeaba y se mostraban mucho más fieros y decididos que en la anterior ocasión.

Helen, Agnes y el resto de las brujas reaccionaron al conjuro con rapidez y lo contrarrestaron, pero los espíritus invocados por Shaira las triplicaban en número. Triz había acertado en que la lucha era desigual, solo que se había equivocado en cuál era el bando que estaba en inferioridad.

—¡Mamá, son fantasmas! —gritó Alana asustada—. No puedo quemar fantasmas con mis rayos —añadió al ver cómo su energía concentrada atravesaba aquellos seres sin causarles ningún daño.

—No les ataques a ellos. ¡Encárgate de la bruja! A ella sí podrás alcanzarla.

Alana se concentró, volvió a hacer brillar sus manos con aquella energía azul que tan poderosa le hacía sentir y apuntó a Shaira. Estaba a punto de lanzar su ataque cuando dos espíritus, surgidos del suelo, la alzaron por los aires y le hicieron perder la concentración.

—¡Mamá! —gritó.

—Hay cosas que no cambian por muy bruja que se sea... —musitó Triz. Aquel grito le recordó a cuando su hija era pequeña y no dejaba de llamarla para pedirle cosas.

Corrió hacia su hija y de un salto la agarró por los pies para que los espíritus no siguieran

alzándola por los aires, pero la alegría que sintió al darle alcance le duró poco. Los espíritus eran tan fuertes que no tardó en sentir cómo sus pies también se separaban del suelo.

—¡Soltadla! —gritó, pero los espíritus la miraron con una sonrisa dibujada en sus desfigurados rostros.

—¡Me hacéis daño! —gritó Alana.

Triz dudó en qué hacer. Si seguía aferrada a los tobillos de su hija acabaría por hacerle daño y tener las manos ocupadas le impedía lanzar ningún conjuro, pero soltarse y dejar que aquellos seres invocados por Shaira se llevaran a su hija sin luchar tampoco era una opción.

—¡Tía! ¡Ayuda! —suplicó cuando la altura alcanzada ya amenazaba con causarle un ataque de vértigo. Pero Helen estaba ocupada, varios espíritus se habían centrado en ella. Shaira sabía que había sido ella quien la había derrotado la vez anterior y no iba a dejar que esta vez pudiera usar su magia.

Alana y Triz seguían elevándose hacia los cielos y nadie parecía poder ayudarles.

Desde las alturas, pudo ver una llama de color rojo intenso que corría por entre los árboles en dirección al claro.

—Fulgor... buen chico... —Sonrió al reconocer al canignis gris envuelto en llamas.

El perro, que tan fielmente los acompañó en su anterior aventura, surgió a la espalda de Shaira sin que se percatara de su presencia, ocupada como estaba en invocar espíritus con sus ojos en blanco. Como ocurrió cerca de la casa de Helen, el perro la atacó saltando sobre su espalda.

El ataque del canignis hizo que la bruja perdiera la concentración y los espíritus desaparecieron de pronto, del mismo modo que habían aparecido. Triz y Alana, sin nadie que tirara de ellas, cayeron a plomo desde una altura considerable, contra el suelo. Ambas quedaron conmocionadas.

—¡Maldito chucho! —exclamó Shaira con las ropas en llamas.

No necesitó mucho tiempo para conseguir que sus ropajes dejaran de arder. Solo tuvo que librarse del perro con una onda de energía que le hizo salir despedido a varios metros y usar una ráfaga de aire espiritual para extinguir las llamas. Pero fue el suficiente para que Agnes, Helen y el resto de las brujas pudieran contraatacar.

En esta ocasión, Helen no fue nada clemente. La vez anterior había protegido a su sobrina, pero

sin atacar la existencia de Shaira. Su aura de bruja había quedado manchada por aquel error cometido en vida y no quería que la muerte de una bruja pesara ni ensuciara más esa aura, pero ahora no era tiempo de andarse con contemplaciones. Los Dioses estaban allí, luchando encarecidamente, y no había tiempo que perder, había que salvar los mundos. Ya habría ocasión después para preocuparse por si su aura quedaba manchada o no.

Aunque Shaira había llegado a tiempo de crear un hechizo de protección contra el ataque del resto de las brujas, el de Agnes, la bruja del elemento agua, la había debilitado. Sin miramientos, concentró todo el poder del elemento fuego que representaba en el Consejo y lo arrojó contra ella, sin preocuparse de las consecuencias.

Sus llamas atravesaron el dañado hechizo de protección de Shaira y terminaron por alcanzarla.

—¡No vais a vencer! —gritó Shaira cuando su cuerpo se vio envuelto, de nuevo, en llamas.

Unos segundos más tarde sus gritos dejaron de resonar, el hechizo de protección sucumbió y su cuerpo calcinado cayó humeante al suelo. Una nueva habitante de Anwnn camino de su Marbhreilig.

Helen corrió a ver cómo estaban su sobrina y Alana. La niña pestañeó un par de veces antes de abrir los ojos cuando la zarandeó, pero Triz, que había abrazado a su hija durante la caída y la había protegido entre sus brazos, había recibido un golpe peor contra el suelo y no reaccionaba. Permanecía inmóvil.

32

Un poder inesperado

A unos metros de allí, Petronilla, Silence y las demás brujas de magia negra del Consejo se habían alineado frente a Astrid para protegerla de los ataques de Atzu y Galván. Para evitar que el brujo y el chafya siguieran atacándolas habían colocado a Gare por delante de ellas.

Cuando llegaron al claro, en un principio, no supieron qué hacer. El dantesco espectáculo encontrado las había dejado sin habla. Eran brujas poderosas, conocían todo sobre la magia. Petronilla, la más veterana de todas ellas, hasta conocía la existencia de brujos de sangre porque había convivido con ellos antes de ser quemada en la hoguera, simplemente los había mantenido en secreto, pero nunca, hasta aquel instante en el que había entrado en el claro, había visto a los Dioses.

Sí, había oído hablar de ellos, conocía sus leyendas, su mito. Creía en la Diosa creadora de toda magia y en el Dios de los animales y los muertos, pero nunca los había imaginado como los había visto al llegar.

La anciana con ropajes harapientos hecho de cenizas, portando un cayado del que surgían rayos tan luminosos que dañaban los ojos solo con mirarlos, su pelo blanco, sus ojos intensos... El Dios Astado, cubierto de sangre, medio desnudo, con un cuerno arrancado de cuajo y el otro astillado por los golpes recibidos, envuelto en nubes negras de las que salían llamas de fuego como lava de un volcán en erupción. Una batalla entre cielo y tierra que parecía no tener fin y que amenazaba con destrozarlo todo.

Todas se quedaron petrificadas ante aquella imagen y casi ni vieron cómo Astrid seguía enfrentándose a un hombre mal herido y a aquel chafya del tamaño de una montaña. Solo los gritos de la primera gran bruja les hizo reaccionar.

—¡Ayudadme! —gritó al verlas en el claro.

Petronilla no lo había dudado. Estaba segura de que Astrid era la única capaz de asistirla con su

regreso o con su venganza. Era posible que Triz le hubiera robado lo único que Astrid había dejado en Grawell, pero ahora ella estaba de vuelta y no iba a dudar en luchar en su bando. Aunque no la había conocido en vida, sí que llegó a verla en Grawell y estaba segura de que Astrid tenía que odiar a los mortales tanto como ella, aunque todas las brujas que habían llegado a aquel lugar tras su llegada hablaran de ella como si fuera un ángel protector. Si la habían perseguido y quemado en la hoguera, debía guardarles algún resentimiento. Ella también había sido una buena persona en vida y no habían dudado en quemarla viva y torturarla solo por obligarla a confesar un delito que su señora no había cometido.

Sin dudarlo un instante, corrió a ayudar a Astrid y el resto de las brujas ni siquiera preguntó. Se limitaron a seguirla. Para ellas, Astrid era la primera gran bruja y los brujos de sangre no existían, así que aquel hombre que la estaba atacando tenía que ser un embustero.

Los ataques de Galván y Atzu se seguían produciendo, pero eran más cuidadosos y fáciles de defender porque intentaban evitar golpear sobre Gare, al que solo tenían que mantener atado con aquellas sogas mágicas y acobardado bajo la lluvia de hechizos y ataques. En cambio, Astrid y ellas no tenían que contenerse. Sus ataques podían seguir siendo igual de dañinos.

Muchas de aquellas brujas jamás habían entrado en batalla. Eran poderosas, pero haciendo pócimas, no echando hechizos ni convocando poderosos conjuros. Nunca se habían enfrentado a un brujo de sangre y, para todas ellas, la magia de un chafya era desconocida. Se limitaban a hacer hechizos de protección alrededor de la primera gran bruja, pero los ataques de Galván y Atzu no tardaban en destruirlos. Varias de ellas empezaron a sucumbir.

Astrid comprendió que no podía seguir atacando de manera indiscriminada. Tenía que concentrar su ataque. Uno solo, pero efectivo, mientras el resto de las brujas pudieran seguir manteniéndola a salvo. Dejó de atacar y esperó a que la energía volviera a recargar su magia en su totalidad. Iba a ser un ataque brutal, mortífero, que le permitiera librarse de Galván de una vez por todas. Había llegado el momento de que aquel brujo pagara la afrenta de mancillarla frente al Consejo, de destruirle para siempre, de borrarle de la existencia y de conseguir que, en el nuevo ciclo de la Diosa, no hubiera rastro de su presencia. Eliminar el error de permitir que los Dioses eligieran a dos brujos para representarlos en la Tierra. Nada ni nadie se iba a interponer entre ella y el amor que sentía por la Diosa Luna.

Esa fuerza interior, esa convicción de que su amor por fin se vería recompensado, la llevó a crear un hechizo poderoso que brotó desde sus entrañas y llegó a la yema de sus dedos con la fuerza de un ciclón. En el momento en el que la última de las brujas que habían acudido en su ayuda vio cómo su

conjuro de protección quedaba destruido, lanzó aquel hechizo sobre Galván y el chafya. Una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios al ver el poder de este surcar los cielos.

Golpeó de forma directa sobre el enorme cuerpo del chafya y le arrojó, como si fuera una ligera pluma, al otro lado del río. Fue tan violento que las patas del chafya salieron del agua y tan intenso su poder que fue perdiendo tamaño mientras volaba por los aires porque protegerse del hechizo consumía toda su energía. Cuando cayó a varios metros del cauce del río ya solo era del tamaño de la cría de un gato.

—¡Atzu! —gritó Alana, que corría hacia el río al ver a su amigo salir volando junto a las brujas que se habían liberado del ataque de Shaira. Solo Helen se quedó junto a Triz, que empezaba a recuperar la consciencia tras el golpe sufrido.

Pero el conjuro de Astrid no se detuvo en el chafya. Aunque Atzu se llevó gran parte del golpe al encontrarse por delante del malherido Galván, fue tan poderoso que el brujo de sangre también fue alcanzado. Una carcajada, que resonó siniestra, de Astrid anunció su segura victoria.

El brujo de sangre, herido por la intensa batalla, no pudo repeler el golpe. Como el chafya, salió levitando por los aires mientras que las fuerzas del ciclón rasgaban sus vestiduras y su cuerpo. Heridas sangrientas se abrían en su piel y amenazaban con desmembrarlo mientras gritaba de dolor.

Gare vio la tristeza y la desesperación en los ojos de la aturdida Triz. Estaba a unos metros de ella, sentía la necesidad de ir a consolarla; de decirle que todo iba a ir bien, que solo se había perdido una batalla, pero que nunca iban a dejar de luchar hasta que no se ganara la guerra; que no iba a permitir que todo acabara ahora que, por fin, después de tantos años se habían dicho lo que sentían y podían estar juntos; pero se sentía impotente, atado a aquellas cuerdas invisibles que seguían aferrando *caraquemada* y sus secuaces. Aunque estas hubieran sido debilitadas, las cuerdas seguían sujetándolo con la misma fuerza. Sintió la rabia ardiendo en el estómago.

Triz estaba allí, cerca, desolada al ver a Galván arrojado por los aires, y él, una vez más, era un inútil que no podía hacer nada por ayudarla, que solo la metía en problemas en los que acababa teniendo que rescatarle y que ni siquiera podía hablarle para intentar calmarla, sin sonar como un asno. Como en el videojuego en el que había quedado encerrado y del que sin su aparición en el espejo no habría salido nunca, como en el bosque de Otsa en su pelea con Cristian, por la que acabó en el hospital; como en la cueva de Vulkafer en la que habría muerto ahogado en tierra por su torpeza con los sigilos, como en Marbhreilig donde había tenido que ir a devolverle a la vida porque había sido incapaz de enfrentarse a Lilian. Siempre era un estorbo, nunca una ayuda. Sin él, seguro que Triz habría conseguido salvar los mundos mucho antes. Solo tenía que mirarse en ese momento.

No había sido capaz de recorrer unos cuantos kilómetros corriendo y se había dejado secuestrar por un grupo de brujas mientras intentaba recuperar el resuello. Si no le hubieran podido usar como escudo, Atzu y aquel brujo se hubieran defendido mejor y no estarían malheridos. Todo era culpa suya, y eso le hacía sentir furioso, muy enfadado, tanto que sentía cómo la ira le quemaba por dentro y le hacía arder los ojos.

Miró de frente a aquel grupo de brujas y a Astrid. Aquella primera gran bruja que tan grato sabor le había dejado en los labios cuando le besó en la cueva de Otsa y que tan bella le había parecido, ahora se asemejaba más a una villana de cuento. Triz tenía razón, Astrid era la mala en aquella historia y él se había dejado manipular y engañar. Cómo no. Además de Triz, dos mujeres más le habían besado en aquel tiempo y ambas para aprovecharse de él, de sus buenas intenciones, de sus buenos sentimientos. Estaba harto de ser el bueno, de ser el gracioso del que todo el mundo se aprovecha, el que nunca sabe si se ríen con él porque es divertido o de él por ser estúpido. Harto de darle la razón a Cristian con cada uno de sus actos, aburrido de ser un inútil para todo.

Los ojos le ardían como si estuviera a punto de echarse a llorar, pero no eran lágrimas lo que sentía en ellos, más bien era aquella misma sensación que había experimentado con Lilian en su pelea con Reid en su Marbhreilig, pero en esta ocasión todavía más intensificada. Una ira más interior, más extrema.

Un rayo verde salió de sus ojos con tanta potencia que le hizo recular, como una escopeta con retroceso al realizar un disparo. Las dos brujas que sujetaban las cuerdas entre él y Astrid fueron atravesadas y calcinadas antes de que pudieran siquiera reaccionar.

Caraquemada, la bruja que le había secuestrado también estaba entre él y Astrid. Aquel ataque de un enemigo inesperado la pilló tan por sorpresa que solo tuvo tiempo a ahogar un grito de asombro antes de que el rayo verde la atravesara a la altura del pecho.

Por un segundo, se quedó mirando el agujero que este hizo antes de alzar la mirada y clavar sus ojos en Gare. Unos ojos en los que se reflejaba su asombro, su incomprensión y lo cercano de su muerte. En el momento en el que Petronilla se deshizo en cenizas, Gare sintió cómo la fuerza de las cuerdas que lo retenían se aflojaba. Pero seguía enojado y no iba a detener su rabia hasta que el rayo alcanzara a Astrid. Se iba a arrepentir de haberle tomado por tonto.

Su ira, ahora que la primera gran bruja estaba debilitada por el poderoso hechizo lanzado y que el séquito de brujas ya no podía crear un hechizo de protección a su alrededor, alcanzó a Astrid a la altura de la cintura. La sonrisa que lucía en su rostro se difuminó y se curvó, mientras se llevaba las manos al estómago. Al hacerlo, su ataque con la fuerza de un ciclón se debilitó y el cuerpo de

Galván, ya liberado del hechizo, cayó al río Yhemura inconsciente.

Triz, asombrada por lo que acababa de ver, pero ya casi recuperada del golpe, salió corriendo hacia el río para intentar rescatarle, pero, por el rabillo del ojo vio cómo Gare también caía desplomado de espaldas cuando la energía que salía de sus ojos se difuminó. Por un breve instante, se quedó paralizada sin saber a cuál de los dos socorrer primero. Gare, la persona por la que había estado dispuesta a sacrificarse yendo a Marbhreilig, no se movía en el suelo, pero Galván, el último brujo de sangre, el único capaz de contrarrestar el poder de Astrid y de librar al mundo de sucumbir a los deseos de renacer de la Diosa Luna, amenazaba con morir ahogado. Sin su ayuda, de nada valdría acudir a rescatar a Gare. Todos serían borrados de la historia con el renacer de los mundos. Todos. Ella, Gare, sus hijas, su tía; todos.

—Tía, Alana, ¡proteged a Gare! —gritó al comprender que era la única que estaba lo suficientemente cerca de Galván como para llegar a tiempo de rescatarlo.

Sin dudarlo más, aunque sus pensamientos rezaban porque Gare estuviera bien, se arrojó al agua y nadó hasta el lugar en el que había visto caer el cuerpo de Galván. Se sumergió al llegar e intentó localizarle, pero para su desgracia aquella zona del río ya tenía bastante profundidad y corrientes que arrastraban hacia el mar. En una primera ojeada no encontró nada. Sin perder la esperanza, pero con el peso de la desesperación oprimiéndole los pulmones, volvió a sumergirse. Revisó el fondo del río y las cercanías, aguantando al máximo su resistencia, sabedora de que, si no encontraba a Galván con vida, su destino y el de los mundos estaba sentenciado.

«Vamos. Tienes que estar aquí. No puedo fallar ahora. No tan cerca», pensó mientras luchaba con su instinto de supervivencia que le pedía que saliera a tomar aire. Resistió hasta que los pulmones le ardieron en el pecho y se maldijo a sí misma cuando tuvo que regresar a la superficie sin encontrarle.

En cuanto el aire llegó a sus pulmones, un ataque de tos le confirmó que había estado demasiado cerca de quedarse sin tiempo. Sentía la necesidad de volver a sumergirse cuanto antes y, sin embargo, su cuerpo se negaba a obedecerla. Un pequeño destello azul en la orilla llamó su atención.

Atzu se había puesto en pie tras el ataque de Astrid y se arrastraba con dificultad hacia el cauce del río. Estaba mal herido, pero el chafya luchaba por alcanzar el agua. Si conseguía meter parte de su cuerpo en el líquido se recuperaría.

—¡Vamos, Atzu! ¡Tú puedes! —gritó Triz, y con las fuerzas que le quedaban intentó cruzar el resto del río a nado. Si el chafya se recuperaba, podría buscar el cuerpo de Galván en las aguas.

Siendo el agua su elemento, los chafyas no tenían problema para respirar dentro de él.

Triz llegó a la otra orilla extenuada. El cauce del río era allí mucho más ancho que en Dumbsilly, y las emociones vividas, los miedos y el uso de la magia la tenían agotada. Salió del agua no sin esfuerzo y gateó, incapaz de ponerse en pie, hasta la altura del chafya, que seguía luchando por llegar a la orilla. Atzu la miró, aunque el ser mágico carecía de boca al perder su tamaño, sus ojos reflejaban una sonrisa esperanzada. Triz le recogió entre sus manos. El tamaño del chafya era tan pequeño que casi podía sujetarlo en la palma de una de sus manos. Si seguía quedándose sin fuerzas no tardaría en desaparecer.

—No voy a dejar que eso pase, pequeño —musitó Triz.

Se puso en pie con esfuerzo y caminó los metros que les separaban de la orilla. Después se puso de rodillas y dejó a Atzu en el agua.

—Encuéntrale... Solo él conoce el hechizo que usó para detener a Astrid y a la Diosa la vez anterior —pidió al chafya cuando este se sumergió.

Al contacto con el agua, las heridas del pequeño chafya empezaron a sanar y su tamaño a crecer. Triz volvió a meterse en el río, aunque no se veía capaz de sumergirse, miraba en todas las direcciones por si veía el cuerpo de Galván, pero lo único que pudo ver fue al chafya creciendo.

Unos angustiosos minutos después, Atzu, ya del tamaño de un león, emergió a la superficie. Sobre su espalda estaba el cuerpo inerte de Galván. Juntos regresaron a la orilla. El chafya depositó el cuerpo del brujo sobre el árido terreno que había dejado la batalla y Triz se arrodilló a su lado.

—¡Ey! Vamos. Te necesito —gritó y dio varios golpes al pecho de Galván, pero este no reaccionó.

Tomó la decisión de hacerle el boca a boca. Inició el masaje cardiaco e insufló aire en los pulmones de Galván en un intento porque escupiera el agua tragada. Eran tantas las heridas que tenía que Triz no estaba segura de que no hubiera muerto antes de caer al río Yhemura. Pero no podía rendirse.

Insistió hasta la extenuación, cuando la razón ya le decía que era imposible devolver a la vida a Galván después del tiempo transcurrido, pero pensó que, si aquel brujo se había sacrificado setecientos años en Anwnn solo por mantener con vida a los descendientes de su hija, merecía la pena seguir intentándolo.

Atzu colocó una de sus fuertes patas sobre el pecho de Galván y otra sobre las piernas de Triz.

«Solo magia», escribió el chafya en un estornudo. Triz entendió.

No podía salvar al brujo con técnicas humanas, tenía que usar la misma magia que había utilizado para salvar a Gare de resultar ahogado en la isla gato. Devolverlo a la vida, aunque solo fuera el tiempo suficiente para que este le comunicara el hechizo.

Concentró la poca energía que le quedaba en sus manos e invocó el conjuro. La energía fue directa al pecho de Galván, donde Atzu también había colocado sus patas delanteras y estaba haciendo su parte. Unos segundos más tarde, el pecho de Galván convulsionó y sus ojos parpadearon.

—Me alegro de verte —musitó e intentó sonreír, cuando vio que Triz a su lado no podía contener las lágrimas. Los nervios, la ansiedad, la habían roto por dentro y no podía parar de llorar.

—Yo también. Yo también...

—¿Cómo vamos? —preguntó Galván.

—No muy bien... Grawell sigue siendo destruido y la batalla continúa. Sin ti, si Astrid se recupera, no vamos a poder hacer nada por evitarlo. Tienes que volver a realizar el conjuro que detuvo esta locura hace siete siglos...

—Lo haría —susurró Galván—. Pero no tengo las fuerzas suficientes, ya no voy a poder regresar... Tendrás que hacerlo tú.

—¿Yo? —exclamó Triz—. Ni siquiera he sido la bruja elegida por los Dioses. Solo fui la elegida por Astrid para embaucarme. No soy una bruja poderosa. Incluso mi hija tiene más poder que yo. Tienes que ser tú quien invoque el hechizo. Sabes cómo hacerlo.

—Yo ya estoy condenado, Triz. Las heridas no van a poder sanar, tu magia solo me ha dado un poco de tiempo, pero mi destino ya está marcado... Ella, mi hija, me espera, al fin, en su Marbhreilig. Tú tienes todo el poder que necesitas... como lo tuve yo. Tú eres madre y, por encima de todo, harías cualquier cosa por salvar a tus hijas. Aunque eso suponga sacrificarte por ellas...

—Claro que lo haría —dijo Triz—. No dudaría ni un segundo en sacrificarme por que ellas estuvieran bien, pero no conozco el hechizo. No tengo ni idea de lo que hiciste ni de cómo hacerlo.

—Calla y escucha... No tenemos mucho tiempo.

33

Sacrificarme

Al otro lado del río la situación era crítica. Su tía, Agnes, las otras brujas y su hija combatían contra Astrid, Silence y otras brujas que ahora, sin la presencia de Galván, parecían ir ganando terreno. Solo con ver a su hija en medio de aquella cruenta lucha lanzando rayos azules de sus manos le tembló el alma. Por si aquello no fuera suficiente, Gare seguía tirado en el suelo, oculto tras una roca hasta la que le habían arrastrado, inmóvil. Los Dioses seguían peleando y, en cada ataque, arrancaban un pedazo de tierra de Grawell que se resquebrajaba como tierra seca golpeada por una maza. Si la batalla duraba unos minutos más, acabaría destruido y desapareciendo en Rigel, mientras la guerra seguiría destruyendo mundos. Tenía que igualar las fuerzas al otro lado con la ayuda de Atzu si no quería que la Diosa Luna terminara renaciendo y todo acabara.

Galván le había susurrado un par de veces al oído la forma de detener todo aquello. Por suerte tenía buena memoria, ejercitada durante su etapa de estudios de medicina y en memorizar hechizos. Ahora también conocía el conjuro para pararlo, para salvar los mundos, para salvarlos a todos... menos a ella. Mientras las fuerzas se mantuvieran igualadas, gracias al poder de su hija Alana y al regreso de Atzu, tendría que sacrificarse durante setecientos años si quería que los demás pudieran seguir existiendo.

Como había ocurrido cuando Galván invocó el hechizo la vez anterior, la Diosa Luna no podría renacer y quedaría dormida, aplacados sus instintos durante otros siete siglos, la condena de la unión entre divinidad y humanidad. El Dios Astado correría la misma suerte y, en este caso, serían Astrid y ella las que acabarían condenadas a esperar una nueva batalla siete siglos más tarde. Galván se había ganado el descanso eterno junto a su primogénita.

Siete siglos en los que no podría ver crecer a sus hijas, ni podría volver a ver a Gare, ni tendría más reencuentros con su tía Helen a la que tanto había echado de menos. Solo había una manera de que ellos sobrevivieran todo ese tiempo, que se quedaran en Grawell, allí la gente no envejecía y podrían esperarla. Si es que estaban dispuestos a hacerlo durante tanto tiempo. ¿Querrían? Al menos

tenía que informarles. Decirle a su tía sus planes y que fuera ella quien cuidara de Alana y, si era posible, que hiciera que Maya se fuera con ellas. Seguro que entre ellas y Atzu encontraban una solución. Gare, cuando despertara, podría tomar él mismo su decisión. No iba a obligarle, seguro que todavía estaba a tiempo de rehacer su vida si quería. No iba a condenarlo a una espera tan larga por mucho que lo quisiera.

Con la intención de comunicárselo a su tía y de poder despedirse de su hija, cruzó el río sobre la espalda de Atzu. A cada metro avanzado la angustia en el pecho se le hacía más grande, pero la decisión estaba tomada. No iba a permitir que la Diosa renaciera. Si lo hacía, no podría ponerles a salvo, ni siquiera su amiga Nara tendría una vida con su marido y sus hijos. La vida de todos sus seres queridos era mucho más importante que el hecho de tener que pasar siete siglos en Anwnn soportando su pestilencia.

Cuando Atzu terminó de cruzar el río tuvo que desescalar por sus enormes patas, agarrada a su pelambre azul, para llegar al suelo. El chafya ya se había recuperado y cruzar el río había aumentado su tamaño por encima del de un elefante.

«Ojalá todo fuera tan sencillo como ponerlo en agua...».

Con su magia y la del chafya no tardaron en llegar a la altura de Helen y Alana.

—¿Cómo está Gare? —Fue lo primero que preguntó al llegar.

—Agotado, pero bien. Solo se ha desmayado por el esfuerzo de soltar toda la magia que quedó encerrada en él cuando hicimos el conjuro sobre los sigilos —respondió Helen—. ¿Y el brujo de sangre?

—Ha muerto... no podrá ayudarnos en la batalla, pero me ha dicho cómo hizo la vez anterior para evitar que Astrid y la Diosa Luna renacieran.

—¿Sabes cómo parar esta locura?

—Sí, pero no te va a gustar —repuso Triz con lágrimas en los ojos.

Mientras su escudo mágico les protegía de los ataques de Astrid, le contó a su tía el plan. Esta se negó.

—¡Lo haré yo! —exclamó.

—No puedes hacerlo, tía. Tú cuerpo está enfermo y en Anwnn el tiempo pasa. No resistirías

siete siglos, y Astrid y la Diosa Luna serían liberadas. Tengo que hacerlo yo.

—Pero ¿y tu familia?

—Espero que te encargues de mis hijas. Alana es muy poderosa y seguro que encontráis la manera de que Maya pueda ingresar en Grawell sin sufrir en demasía. Aquí, cuando reconstruyas el Consejo, podréis ser felices y esperarme siete siglos hasta que volvamos a vernos. Ahora ya sabemos la verdad y tendremos todo este tiempo para pensar una solución mejor. Dentro de siete siglos todas estaremos igual de jóvenes y guapas —comentó Triz e intentó dibujar una sonrisa en su cansado rostro— y podremos volver a presentar batalla a la Diosa Luna. Puede que para entonces hayamos dado con la manera de hacerlo sin que ninguna de nosotras se tenga que sacrificar.

—¿Y Gare?

—Cuando se despierte, cuando todo esto haya terminado, dile que le quiero y que, seguramente, le voy a seguir queriendo durante estos siete siglos. Que lo haré siempre. Que no voy a alejarle más, que si quiere esperarme, aquí con vosotras, estaré encantada de comérmelo a besos a mi regreso, pero que tampoco puedo pedirle que se sacrifique más por mí, que si quiere regresar y hacer su vida lo entenderé y lo esperaré en Anwnn cuando su vida termine. ¡Ah! Y una cosa más. Que ni se le ocurra ir a Anwnn voluntariamente a buscarme, porque le mando al Marbhreilig más cruel que encuentre. El que le tocó vivir le iba a parecer el paraíso. Aquel no es un lugar para vivir nuestra historia. Puede que tengamos que esperar otro montón de años, puede que nunca podamos vivirla, pero no voy a permitir que lo nuestro ocurra en un lugar como Anwnn. ¿Se lo dirás?

Helen asintió y abrazó a su sobrina con fuerza, como si quisiera dejar una huella en su pecho que tardara siete siglos en borrarse.

—Eres mucho mejor bruja, y persona, de lo que nunca llegué a imaginar, mi niña.

—Lo aprendí de ti, de mi familia... Te quiero tanto, tía.

El hechizo de protección empezaba a resquebrajarse. Astrid y Silence continuaban con sus ataques, seguras de ir a vencer ahora que Galván estaba fuera de combate. Triz tenía que darse prisa.

—Alana, cielo... —dijo Triz y agarró el hombro de su hija—. Siento no poder quedarme. Me voy a tener que volver a marchar y, esta vez, será por mucho tiempo... —Las lágrimas le hicieron tener que parar de hablar.

—¿Otra vez? ¿A dónde? ¿Puedo ir contigo?

—No. No puedes... Solo hay una manera de terminar con esta lucha y es con mi sacrificio. Eres una bruja muy poderosa y estoy segura de que con el tiempo lo entenderás. Solo quiero pedirte que cuides de tu hermana, quiérela por las dos y, cuando todo esto acabe, dile que siento mucho no haberme podido despedir de ella, pero que, si hacéis caso a Helen, volveremos a vernos. Puede que pase mucho tiempo, pero volveré a abrazaros. Sé que eres impaciente, pero, si tienes paciencia y sigues aprendiendo de la magia, volveremos a estar juntas.

—¿Tanto tiempo vas a irte? —preguntó Alana al ver las lágrimas en los ojos de su madre. En las despedidas anteriores no la había visto llorar.

—Me temo que sí... ¿Me esperarás?

—Claro —respondió Alana y abrazó a su madre—. Y cuando vuelvas, seré todavía mejor bruja.

—De eso estoy segura.

Triz se enjuagó las lágrimas y respiró profundo. Llegaba el momento de invocar el conjuro y de terminar con aquella batalla. Aunque la presencia de Atzu les había hecho ganar algo de tiempo, tenía que darse prisa si quería invocarlo antes de que Grawell quedara reducido a escombros.

Iba a empezar a pronunciar las primeras palabras del hechizo cuando vio cómo Gare se despertaba. Todavía aturdido, alzaba la cabeza y miraba a su alrededor en un intento por comprender dónde se encontraba. Aunque en un principio había pensado en realizar el conjuro sin despedirse, ahora sentía la necesidad de hacerlo. Tenía que hablar con él.

Corrió a su lado y Gare esbozó una sonrisa al verla. Triz le abrazó y le besó.

—¿Estás bien? —le preguntó. Gare solo pudo emitir un rebuzno lastimero como respuesta.

Pese a que Petronilla había sido eliminada y con ello se habían roto las cuerdas que le sujetaban, el hechizo para cambiarle la voz permanecía vigente.

—Mira que eres burro. —Sonrió Triz incapaz de echarle la bronca por haberse dejado secuestrar en aquel momento.

Gare quiso protestar, pero no dijo nada, porque se sentía ridículo sonando como un asno. Tenía cientos de explicaciones que darle, de sentimientos que contarle, de palabras que decirle, pero se sentía estúpido teniendo que expresarlas con rebuznos.

«¿No puedes hacer nada para solucionarlo?», pensó para sus adentros mientras se señalaba la

garganta.

—Puedo, pero no quiero. Si te dejara hablar, no podría callarte y estoy segura de que acabarías convenciéndome, así que es mejor que te diga lo que te tengo que decir sin que puedas interrumpirme.

Los ojos de Gare la miraban suplicantes, pero se mantuvo firme.

«¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? Vamos a ganar, ¿verdad? ¿Has encontrado la manera de salvar los mundos? Lo veo en tus ojos... y, sin embargo, ¿por qué estás triste, Triz? ¿Qué ocurre?». Los pensamientos se sucedían en la cabeza de Gare. Triz tenía razón: si le dejaba hablar no iba a poder callarse nunca.

—Te quiero. Sé que no te lo he dicho lo suficiente, pero te quiero. Y te voy a seguir queriendo pasen los siglos que pasen. Cuando todo termine, lo entenderás. Sé que comprenderás lo que voy a hacer. Y me apoyarás, como has hecho siempre en todo. No me has fallado nunca y sé que esta vez tampoco lo vas a hacer.

»Solo te voy a pedir una cosa: sé feliz. No importa dónde, cómo o con quién... Vive la vida y sé feliz, aunque me ponga celosa como cuando te vi con Lilian. Sé feliz por mí, por los dos... ¿entendido? No me esperes si no quieres, no hagas nada que no te haga feliz. Que nada ni nadie cambie tu forma de ser y esa sonrisa. Si había algo que me gustaba de ti cuando éramos unos críos era tu forma de ser, y, si me he enamorado de ti, es por esa sonrisa y tu forma de hacerme reír y de estar siempre a mi lado, aunque te pongas insoportable cuando protestas.

Gare volvió a rebuznar y la rabia se reflejó en su cara. Cabreado, le dio un golpe al suelo con el puño pagando con él su frustración.

«¿De qué estás hablando Triz? ¿Por qué parece que te estás despidiendo? ¿Por fin me dices que me quieres y ahora te marchas? No lo entiendo. Yo quiero ser feliz contigo, a tu lado. Siempre es lo que he querido...».

No podía expresarlo, pero estaba haciendo todo lo posible para que Triz pudiera ver todos esos interrogantes en su mirada. Necesitaba respuestas.

—Quién me iba a decir a mí que me ibas a parecer guapo hasta rebuznando. —Sonrió Triz—. Hasta en el último momento me tienes que hacer reír. Te quiero.

Triz fue a ponerse en pie y alejarse, no podía seguir mucho más tiempo allí mirándole a los ojos

o no se iría nunca, pero Gare la agarró del brazo y la hizo mirarle.

Le mostró el colgante que llevaba en la muñeca. El que ella le regaló cuando se tuvieron que separar por primera vez, aquella en la que Triz no estaba segura de lo que sentía y en la que él deseaba ser valiente para decirle que la quería. Lo apretó en su puño y se lo llevó al pecho, a la altura del corazón. Triz le sonrió. Gare la rodeó con sus brazos y la besó. Un beso con sabor salado por las lágrimas que surcaban el rostro de los dos y que humedecían sus labios.

Triz sintió que se dejaba un pedazo de alma al deshacer el abrazo, pero, al mismo tiempo, notó que se llevaba con ella una porción de la de Gare y pensaba conservarla consigo hasta volver a verlo. Ya fuera en Anwnn, cuando sus días terminaran si decidía regresar a casa, o en Grawell, si decidía esperarla.

Un quejido lastimero la despidió cuando se puso en pie.

—Yo también a ti, tonto —respondió Triz y le guiñó un ojo. La tristeza del adiós le oprimía el pecho.

Su mirada cambió cuando se volvió a colocar frente a Astrid. La tristeza, el miedo, la ansiedad fueron sustituidas por la determinación, el coraje y la rabia.

—¡Volveremos a vernos, Astrid! Voy a volver a condenarte —gritó.

—¿Estás loca? ¡No puedes ser tan estúpida como él! —exclamó Astrid y arrojó toda su furia contra ella. Había visto en sus ojos la misma determinación que en los ojos de Galván una eternidad antes, en aquel mismo lugar. No podían haber pasado siete siglos para acabar igual. No podría soportar volver a pasar siete siglos sola, sin poder ver a la Diosa Luna. Encerrada en una cueva desde la que ni siquiera poder observar el astro que a ella le recordaba. Su venganza no podía verse retrasada otra vez en el tiempo.

Pero la fuerza de su ira fue contrarrestada por Helen, Alana y Agnes que rodearon a Triz y la protegieron mientras invocaba el hechizo.

Triz cogió un puñado de tierra seca de las cercanías de la orilla del río y la amasó con agua de este hasta hacer una pequeña bola maciza. Después sopló con su aliento sobre ella e inició la invocación del conjuro:

«Que no se separen lo divino y lo terrestre,

que la fuerza del siete los mantenga unidos,

que Dios y Diosa permanezcan divididos,

que a los mundos y a los elementos nada los defenestre.

Que la Diosa no renazca, que el Dios no fallezca,

que nada destruya lo que por amor fue creado,

que nada perturbe lo nacido, lo formado,

que nada lo dañe y que vivo permanezca.

Que en la creación mi descendencia perviva,

que los males y temores de ellos sean alejados,

que los elegidos permanezcan siete siglos separados

y que en su ausencia la magia en armonía conviva.

Creo en los sagrados elementos y en la fuerza de mi hechizo

y a ellos mis deseos, mi suerte y mi libertad sacrifico.

Acepto mi destino y a la magia dignifico.

Que nadie deshaga lo que una bruja de sangre hizo».

La bola de tierra, agua y aire se había secado por la magia de la invocación. Triz solo necesitaba el último elemento para completar el hechizo. Echó una última mirada a sus seres queridos y musitó un «adiós» antes de dejar que de sus manos surgieran las llamas del elemento fuego que consumieron la bola de tierra. Las cenizas de la tierra consumida se elevaron hasta cubrirla por completo.

—¡No! —gritó Astrid al ver las primeras nubes de ceniza surgir del cuerpo de Triz—. ¡Mi Diosa! —Y salió corriendo a su encuentro para abrazarla. Esta vez no iba a poder dejar un mensaje. No iba a poder engañar a nadie con una nueva historia. No tenía que huir. Podía abrazarse a ella hasta que el encierro las separara.

La batalla se detuvo, como un reloj de arena que derrama su último grano y espera que alguien le dé la vuelta. La ceniza, que parecía brotar del lugar en donde antes estaba Triz como la lava de un volcán, empezó a cubrirlo todo.

Helen agarró de la mano a Alana y tiró de ella hacia el bosque, pero la niña se resistía a marchar y miraba asustada al lugar en donde su madre había desaparecido envuelta en llamas y cenizas. Gare se puso en pie a trompicones y llegó a su altura. Solo entre los dos consiguieron mover a Alana e intentar ponerla a salvo.

El resto de las brujas corrían en diferentes direcciones intentando que la nube de ceniza no las alcanzara, algunas incluso se arrojaron de cabeza al río.

En el medio del solar en el que se había convertido aquella zona de Grawell, Astrid abrazaba a la Diosa Luna sollozando.

—Volveremos a intentarlo, mi Diosa. Nunca dejaré de intentarlo.

—Siempre serás mi creación más amada... —musitó la Diosa y le acarició el pelo con ternura.

—Podrán volver a retrasarlo, pero mi amor por ti es eterno. Aunque llore cada noche por no verte, juro que en nuestro próximo reencuentro regresaré más fuerte.

—Siete siglos para una diosa no son nada.

—Para el amor que siento por ti tampoco —replicó Astrid, quien no pudo evitar echarse a llorar al sentir que la mano de la Diosa Luna había dejado de acariciarla. El cuerpo de la diosa empezaba a desvanecerse, pronto el hechizo volvería a convertirla en parte de la naturaleza.

Astrid besó sus ya fríos labios antes de que su cuerpo se perdiera definitivamente entre la nube de cenizas. Se dejó cubrir por aquel manto gris. Si tenía que volver a permanecer siete siglos en Aisling, recuperaría fuerzas para convertir los sueños de todas las brujas en pesadillas. Le costara el tiempo que le costara.

Lo último que se vio y oyó en aquel claro fueron sus ojos llenos de rabia y su promesa de venganza.

34

Decisiones fáciles de tomar

Helen, Alana y Gare corrían en dirección a la casa de la primera precedidos de Fulgor e intentando alejarse lo máximo posible de aquellas cenizas. No sabían lo que podía llegar a ocurrir si les alcanzaban, pero estaban seguros de que no era nada bueno, los gritos de las brujas que no habían podido escapar así lo anunciaban.

Alana, una vez convencida y alejada del claro, era la que encabezaba la comitiva. La niña iba desapareciendo y apareciendo unos metros más adelante, esquivando raíces y árboles caídos durante la batalla, sin necesidad de correr; tras ella iba Fulgor, que se movía en aquel lugar como pez en el agua; unos pasos por detrás corría Helen, que aprovechaba cada tramo de tranquilidad para echar un vistazo a su espalda y ver la distancia, cada vez más corta, que les separaba de la nube de cenizas; Gare corría a trompicones y, a cada paso que daba, se encontraba más cerca el momento en el que acabaría cayendo de bruces al suelo.

Sentía que el pecho le oprimía. La angustia de la pérdida le impedía respirar con normalidad y el esfuerzo de correr entre árboles y ramas amenazaba con provocarle un paro cardíaco. Corriendo entre los árboles, con la lengua fuera y con las cenizas amenazantes cada vez más cerca, se hizo una promesa: no sabía cuánto tiempo iba a tener que esperar a Triz, pero la próxima vez que la viera estaría en forma. Si le daba tiempo a salir con vida en aquella ocasión.

Faltaban unos quinientos metros para salir del bosque y ver la casa de Helen cuando una rama se enredó en sus piernas y cayó al suelo. La nube de cenizas pareció darse cuenta de aquel momento de debilidad de su presa y aceleró su avance. Gare solo pudo rebuznar para llamar la atención del resto del grupo mientras intentaba ponerse en pie.

Fue Fulgor el primero en reaccionar. El canignis gris frenó en seco su carrera al escucharle y regresó saltando sobre las ramas a buscarle. Agarró a Gare por las ropas y tiró de él para intentar arrastrarle y alejarle de las cenizas, pero, viendo que no avanzaban lo suficiente, se colocó entre las cenizas y el cuerpo de Gare y empezó a rugir a la niebla al tiempo que su cuerpo se convertía en una

llama incandescente.

«Gracias», pensó Gare mientras intentaba ponerse en pie. Fue Alana quien apareció a su lado y le tendió la mano.

Gare agarró la mano de la niña justo a antes de que la niebla llegara al lugar donde estaba Fulgor. El canignis no se atrevió a permanecer más tiempo en el mismo sitio y salió corriendo en dirección opuesta.

«No voy a poder correr tan rápido. Ponte tú a salvo», quiso decirle Gare a la hija de Triz, pero de su boca solo salieron dos quejidos lastimeros.

—No te preocupes. Puedo usar mi magia de luna con los dos a la vez. Ya lo hice con mi hermana. —Sonrió Alana.

Sin soltarle de la mano, y en un abrir y cerrar de ojos, la pequeña desapareció y apareció unos metros más adelante. Y Gare con ella. Alana dibujó una sonrisa en sus labios. A Gare le recordó a la sonrisa de Triz.

Con los saltos de Alana todos llegaron a la casa de Helen antes de que la ceniza les alcanzara.

—¡Vamos a cerrar puertas y ventanas! ¡Rápido! —pidió Helen. No estaba segura de que aquello fuera a servir de nada, pero era la única manera que se le ocurría para mantenerse alejados de la ceniza. Si iba a entrar en la casa, al menos no iban a ponérselo fácil.

Los tres se dieron prisa por cubrirlo todo, pero, aunque la ceniza parecía haber ralentizado su avance, seguían sin tener el tiempo suficiente como para tapar todas las posibles entradas de aire.

—¡Al trastero! —gritó Helen al ver entrar las primeras nubes grises de ceniza por las hendiduras de una de las puertas—. ¡Vamos! Corred.

El trastero era la única estancia de la casa de Helen sin ventanas y solo tenían que impedir el acceso de la niebla por la puerta. Cuando los cuatro, incluido Fulgor, estuvieron dentro, Helen se puso a rebuscar entre las cajas, frascos y paquetes que llenaban las estanterías. No tardó en encontrar lo que buscaba.

Vertió el líquido del bote de alquitrán en la ranura de la puerta y usó su magia de fuego para producir el secado rápido con la intención de sellar la puerta. Hizo lo mismo por todo el perímetro. Ya se encargarían de derribarla cuando todo hubiera terminado.

Los cuatro se arrodillaron y abrazaron en el centro del trastero con la mirada fija en la puerta. Expectantes por saber si aquello iba a ser suficiente y cuánto tiempo iban a tener que esperar para saber que todo había terminado.

Para su desgracia, no tuvieron que esperar mucho para comprobar que no iba a funcionar. La nube gris empezó a atravesar la puerta de madera por los poros de esta, no había manera de detenerla.

Helen y Alana invocaron un hechizo de protección. La magia no presentaba porosidades, ni hendiduras, ni se resquebrajaba. Era imposible que la nube gris pudiera atravesarla. Lo que no sabían era durante cuánto tiempo iban a poder mantenerla.

Lenta pero inmisericorde, la niebla empezó a cubrir la cúpula de protección y los sumió en la más absoluta de las oscuridades. El hechizo de Triz era muy poderoso. Gare, que seguía sin entender lo que acababa de ocurrir, se dio cuenta de que la despedida de Triz iba a ser muy larga.

«No me importa...», pensó y cerró los ojos. Si aquella nube los llevaba con Triz, no le importaba si les atrapaba.

Helen, Alana y él se abrazaron con Fulgor entre sus piernas. Llevaban horas con el hechizo de protección activo y la niebla no se disipaba. Las dos brujas estaban agotadas y Alana no podía acceder a la energía de Rigel para recuperarse. Seguros de que se acercaban a su destino final, fuera cual fuera, cerraron los ojos y se mantuvieron abrazados hasta que no pudieron aguantar durante más tiempo el hechizo y la niebla gris cayó sobre ellos.

—¿Ya está? —preguntó Alana cuando, tras sentir un frío intenso recorriendo su cuerpo con la caída de la niebla, no sintió nada más y se decidió a abrir los ojos.

Tenía la ropa, el pelo y la cara sucias y un frío que hacía muchos años que no sentía, pero la niebla gris, que seguía cubriéndolo todo, no les había producido mayor daño.

Fulgor fue el encargado de permitirles la salida del trastero quemando la puerta y abriendo un agujero en ella. La casa estaba cubierta por la niebla, pero no parecía tener mayor efecto que aquel frío que se les clavaba en los huesos. Tiritaban de frío cuando la niebla empezó a disiparse.

Al principio, casi ni lo notaron, pero se dieron cuenta de que podían ver mejor sus sucias caras y que ya no les costaba tanto mantener los ojos abiertos. Según la niebla se fue disipando, la sensación de frío fue disminuyendo y los tres se dieron cuenta de que, hubiera pasado lo que hubiera pasado, ya había terminado.

—¿Estáis bien? —preguntó Helen.

—Sí —respondió Alana.

Fulgor respondió con un ladrido y Gare se señaló la garganta.

—Es cierto... el hechizo —dijo Helen—. Lo arreglo enseguida.

La sorpresa y alegría se reflejaron en los ojos de Gare cuando Helen se perdió en la cocina. La tía de Triz sabía cómo contrarrestar el hechizo que le había echado *caraquemada* e iba a poder recuperar su voz. Estaba deseando dejar de sonar como un asno.

—Aquí tienes, Gare. Tómate esto y recuperarás la voz —indicó Helen cuando salió con un vaso en la mano.

El rebuzno de Gare resonó en la casa como una risa histérica.

«¿En serio? ¿Un zumo de naranja? El karma es un hijo de puta».

Tapándose la nariz y sin poder evitar una arcada, dio un sorbo al vaso que le habían traído.

—Te lo tienes que beber entero —replicó Helen. Gare la miró con ojos suplicantes—. Tú eliges, entero o rebuznar.

Gare maldijo y se lo bebió de un trago haciendo un esfuerzo por no vomitarlo justo después.

—Es que lo odio, joder —exclamó—. ¡Ey! Mi voz. ¡Ha vuelto!

—Ya te lo dije.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quería decir Triz? ¿Dónde ha ido? ¿Cuánto tiempo tengo que esperarla? ¿Me puedes explicar qué ha pasado? —Tras recuperar la voz, Gare parecía una metralleta de preguntas que no dejaban de salirle por la boca sin dar opción siquiera a responder—. ¿Va a volver? ¿Se ha acabado todo?

Todo el entusiasmo se le terminó cuando Helen les sentó a los dos, a él y a Alana, en un sofá y les explicó el hechizo que había lanzado Triz y las consecuencias que tenía, aunque no se explicaba por qué no les había ocurrido nada al ser alcanzados por la niebla.

—¿Siete siglos? —preguntó Gare incrédulo.

—Sí, pero, si os quedáis aquí, no envejeceréis.

—¿Y mi hermana? —preguntó Alana—. ¿Y Atzu? ¿Dónde está Atzu?

—El chafya se quedó atrapado en la niebla, pero seguro que pronto aparecerá. Su magia es muy poderosa.

Fue hablar de él y Atzu apareció en medio del salón con su tamaño de gato habitual. Alana corrió a abrazarlo y no tardó en protegerlo en su regazo.

—Con respecto a tu hermana —continuó Helen—. Tu madre me pidió que os cuidara a las dos, pero yo no puedo regresar a buscarla. Creo que lo mejor es que seáis vosotros los que vayáis y la traigáis aquí, es hija de una bruja de sangre y hermana de otra, seguro que eso le otorga la suficiente magia de amor como para ser admitida en Grawell. La magia del chafya la ayudará a cruzar, siempre que venga voluntariamente.

—Tendremos que avisar a Nara que su amiga no va a regresar y que debe poner a salvo nuestros cuerpos en un lugar en el que nada los perturbe durante tanto tiempo. Y que hable con nuestros padres. Va a ser difícil explicarlo.

—Si es tan buena amiga de mi sobrina, seguro que lo entiende. Seguro que las cosas han cambiado allí durante la batalla de los Dioses y eso le ayudará a comprender lo que ha hecho su amiga.

—¿Cambiar? ¿En qué sentido?

—Si no tengo mal entendido, la Tierra sufrió una tormenta solar hace unos años, cuando las fuerzas se desnivelaron y el Dios Astado no pudo mantener el astro controlado. Ahora que todo ha vuelto al inicio, el sol habrá vuelto a la normalidad, pero las consecuencias de la batalla también se habrán notado allí.

—¿Quieres decir que en la Tierra volverán las plantas, la electricidad, el agua y que el cielo volverá a ser azul? —inquirió Gare.

—Lo comprobaréis al ir, pero eso creo.

—Te diremos si tienes razón a la vuelta.

—Os estaré esperando en la casa del lago. Quizás, ahora que ni Petronilla ni Astrid están en Grawell, sea un buen momento para trasladarnos allí. Aquella casa es mucho más amplia que la mía y

nos permitirá vivir a los cuatro más cómodamente.

—Me parece buena idea.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —interrogó Helen a Gare.

—¿A qué te refieres?

—A que si estás seguro de esperar a mi sobrina siete siglos aquí. ¿No vas a echar de menos nada al otro lado?

—Al otro lado no tengo nada, Helen. Antes de reencontrarme con Triz llevaba dos años viviendo una vida virtual en un videojuego en el que me quedé encerrado. Allí no hay nada para mí. Ni siquiera chocolate —añadió Gare al ver la mirada comprensiva de Helen.

—¡Ah! De eso aquí sí que tenemos.

—Lo sé. Aún estoy esperando a comerme una de esas galletas que ni tú ni Triz me dejasteis probar en mi anterior visita.

—¡Te daré una a tu vuelta! —Rio Helen.

—¿Lista, Alana? —preguntó Gare—. ¿Vamos a por tu hermana?

Alana asintió.

35

Despedidas

En la ciudad, la gente miraba extrañada al cielo, después de los violentos temblores que habían asolado todo durante la noche y de que aquella mañana hubiera amanecido de un color azul que ya casi ni recordaban. El estupor y el miedo corrían por las calles más rápido que la pólvora, temerosos de que los temblores volvieran a producirse. Muchos eran los que vaticinaban una nueva catástrofe con aquel nuevo cambio en el sol, mientras otros muchos celebraban lo que consideraban un buen augurio: el Sol volvía a la normalidad y era posible que sus vidas también lo hicieran. Ya no necesitaban salir a la calle con protección para que los rayos no les quemaran y el clima parecía más propicio para continuar con la vida. Algunos hasta volvían a sentir el frío.

Nara, que se había pasado la noche encerrada con su familia en el sótano de Triz como esta le había pedido, miraba por la ventana del salón cómo sus hijos y su marido jugaban con la pequeña Maya y corrían por la parte trasera de la casa celebrando lo ocurrido. Era como un milagro que había pasado para cambiar sus vidas a mejor y estaba segura de que ese milagro era cosa de su amiga.

Triz habría conseguido salvar los mundos de esas pesadillas de las que siempre le hablaba y pronto volvería a casa y todo regresaría a la normalidad. Su amiga y Gare habrían hecho algo en el bosque de Otsa para que aquel milagro ocurriera y pronto estarían de regreso.

El susto que se llevó al ver aparecer al chafya y a Alana de repente casi la manda de cabeza a Marbhreilig.

—¿Qué cojo...? Perdón... ¿Y tu madre?

—Son muchas las explicaciones que tengo que darte, pero la principal es que tienes que venir conmigo al bosque de Otsa. Y nos tenemos que llevar a Maya.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Te lo explico por el camino. El amigo de mamá seguro que ya nos está esperando allí.

Gare acababa de despertar en el lugar donde él y Triz se habían quemado para cruzar a Grawell, cerca de la cueva de Otsa. En esta ocasión se tomó un poco de tiempo al despertar para no asustarse al ver su cuerpo chamuscado. Ya había aprendido que las heridas curaban rápido tras el regreso. Tenía tiempo hasta que Alana regresara con Nara y la hija pequeña de Triz.

Antes de salir de Grawell, Atzu les explicó que la magia de la niña y de Astrid habían hecho que Alana no cruzara a Grawell como los demás, sino que ella cruzaba entre mundos en cuerpo y alma. No dejaba su cuerpo atrás al cruzar. Por lo que ella regresaría donde deseara. En cambio, Gare lo haría a su cuerpo oculto en el bosque. Decidieron que Alana fuese directa a casa para hablar con Nara y que él se encargaría de ocultar adecuadamente el cuerpo de Triz. Para su sorpresa, su cuerpo no estaba a su lado.

El cuerpo de Triz había desaparecido. Lo estuvo buscando un largo rato por si algún animal del bosque hubiera decidido arrastrarlo unos metros más allá, pero en aquel lugar no había animales tan grandes y tampoco había huellas de que un cuerpo hubiera sido arrastrado.

«No puede haber desaparecido por arte de magia», pensó de manera inconsciente. «¡Mierda!».

¿Y si era precisamente eso lo que había ocurrido? ¿Y si el cuerpo de Triz había desaparecido por magia, por el hechizo que había realizado en Grawell? De ser así, no sería necesario esconderlo y Triz ya no lo necesitaba para volver de allá a donde hubiera ido.

Si era así, los únicos cuerpos que tendrían que enterrar serían el de la pequeña Maya y el suyo.

Sin nada que hacer hasta que Alana, Maya y Nara llegaran al bosque, decidió darse un baño en el pequeño lago bajo la cascada. Tras su paso por Anwnn, Marbhreilig, Grawell y su regreso y las numerosas carreras que había tenido que pegarse durante la aventura necesitaba bañarse. Al hacerlo, al acercarse al agua del estanque, no pudo evitar recordar el momento en el que rescató a Triz de allí cuando las hojas de los árboles la atacaban y cómo había sentido su cuerpo tembloroso contra el suyo mientras la cobijaba contra una roca. Acababa de perderla y ya la echaba tanto de menos que le dolía. No sabía cómo iba a aguantar siete siglos sin ella. Cuando regresara a Grawell, Helen iba a tener que darle muchas más explicaciones.

Salió del agua una hora más tarde, cuando escuchó un sonido a lo lejos. Alguien había llegado al bosque y, por el escándalo que se escuchaba, no podía ser nadie más que Nara subida a lomos de Atzu con las dos niñas. Se vistió y salió a su encuentro.

—¡Gare! —exclamó Nara al verle—. ¿Qué demonios pasa? ¿Dónde está Triz? ¿Por qué me habéis hecho venir hasta aquí?

—Porque te necesitamos, pero menos de lo que pensábamos en un principio. Alana, tu madre no está aquí. Con el hechizo de Grawell, su cuerpo ha desaparecido. Creo que allá donde haya ido lo ha hecho como tú, sin necesidad de dejar el cuerpo aquí.

Alana asintió. Lo entendió todo con rapidez. No así Nara que le atosigó a preguntas. Fueron muchos los minutos que pasaron hasta que la amiga de Triz dejó de preguntar y se quedó conforme con las explicaciones que tanto Alana como Gare se esforzaban en darle.

—¿Ya no voy a volver a veros?

—Me temo que no. Estoy seguro de que Triz querría que hicieras tu vida con tu familia ahora que las cosas por aquí van a cambiar. Esperamos que todo vuelva a ser como antes de la tormenta solar. Te recomendaría que compraras acciones en una empresa de chocolates o algo así porque, en cuanto la gente pueda volver a comerlo, van a arrasar. Nosotros tenemos que esperarla en Grawell.

—¿Tanto la quieres?

—Sabes que sí.

—¿Cuidarás de sus hijas?

—Lo mejor que pueda. Contaré con la ayuda de su tía y Alana ya es toda una mujercita y su magia cada vez va a más. Estoy seguro de que, aunque allí vaya a conservar todo este tiempo la imagen de una niña de trece años, acabará siendo una de las brujas del Consejo.

—¿Tú crees? —preguntó Alana entusiasmada.

—Estoy seguro. Ninguna de las pocas que se han salvado de la nube de cenizas se atreverá a interponerse a la única bruja que ha podido liberar a los Dioses.

—Y en cuanto las fuerzas vuelvan a desnivelarse, volveré a liberarles para traer a mamá de vuelta —afirmó Alana.

—¿Los dos únicos cuerpos que van a quedar son el tuyo y el de Maya y tengo que enterrarlos para que nadie los profane en siete siglos? —preguntó Nara.

—Eso es. Y tampoco lo hagas muy profundo no vaya a ser que, para cuando queramos volver,

no podamos salir —sonrió Gare.

—Maya, ¿te vienes de viaje a un mundo nuevo? —inquirió Alana.

—¿En ese mundo podemos jugar a liberar hadas? —preguntó la pequeña.

—No solo eso. Podréis jugar con las hadas mismas. En Grawell vais a encontrar un montón de seres fantásticos —respondió Gare.

—¡Claro que voy! —anunció eufórica la pequeña.

—Nara —añadió Alana—. Explícales a los abuelos dónde hemos ido. Seguro que la abuela lo entiende. Y, si papá regresa, cuéntale la verdad, que sepa que estaremos bien.

—Lo haré. Les contaré a todos lo ocurrido. Se alegrarán de saber que el sol ha vuelto a la normalidad gracias a vosotras. Os voy a echar mucho de menos —se despidió Nara tras abrazar a las hijas de su amiga.

Atzu, que se había tumbado a descansar tras llevar a las tres mujeres hasta el bosque, se acercó al agua del estanque y hundió su pata trasera. De inmediato, su tamaño empezó a aumentar y Maya se tapó la boca asombrada al verlo crecer tanto.

El chafya estornudó.

«Solo un cuerpo. Atzu hacer que Maya cruce a Grawell».

—¿Puedes hacer eso? —inquirió Gare.

«Solo con la ayuda de la magia de Alana y con alguien de su sangre».

—Estupendo —ironizó Gare—. Está visto que no me salvo de quemarme. Nara, al único que vas a tener que enterrar es a mí.

—Lo haré boca abajo entonces, a ver si así no sales. —Sonrió Nara.

—En el fondo, te caigo bien.

—En el fondo de tu tumba puede —repuso Nara antes de abrazarlo—. Cuida de mi amiga. Lo que más me alegra de todo esto es que eres al único que voy a tener que volver a quemar. Le estoy cogiendo el gusto...

—Cabrita...

Tras las últimas despedidas, prepararon una hoguera donde Gare se dejó atar mientras que Alana y Maya se montaban sobre el lomo de Atzu.

—Que os vaya todo bien —se despidió Nara.

—Igualmente —repuso Gare—. Que tú y tu familia seáis muy felices.

—¡Mierda! —gritó Nara tras meter la mano en los bolsillos—. No me dijisteis que tendría que quemar a alguien y no he traído el mechero.

—Por eso no te preocupes —anunció Alana—. De prender las llamas ya me encargo yo —añadió con una sonrisa traviesa mientras dejaba que su energía empezara a hacerle brillar los dedos.

—No sé si voy a acostumbrarme a no teneros cerca con esa magia... Gare, por segunda vez en mi vida, te acuso de ser un brujo y de practicar la hechicería y por eso te condeno a morir quemado en la hoguera.

—Esta vez lo estás disfrutando, ¿eh? —dijo Gare.

—Un poco... —respondió Nara con una sonrisa en sus labios, pero también con una lágrima en sus ojos justo cuando Alana lanzó una llamarada que hizo que la pira en la que estaba Gare ardiera.

Cuando la hoguera terminó de arder, el chafya y las niñas, tras invocar Alana un hechizo de luna, desaparecieron en una nube acuosa.

Nara maldijo al recoger el cuerpo de Gare. Tendría que enterrarlo cerca del río, porque no iba a poder moverlo mucho más lejos ella sola y se dio cuenta de que no tenía forma de volver a casa. Iba a tener que dar una buena caminata. Estaba maldiciendo cuando Atzu apareció de nuevo a su lado y le ofreció llevarla.

36

No todos los hechizos son iguales

Gare se alegraba de que aquel fuera el último viaje a Grawell en mucho tiempo. Aunque ya era la tercera vez que pasaba por ello, y, aunque supiera cómo iba a terminar, no acababa de acostumbrarse a la sensación de quemarse vivo.

Echó un vistazo a su alrededor hasta que reconoció en dónde había aparecido. Estaba en Orgades, cerca de la casa de la marthora, pero bastante lejos de la casa de Helen. Decidió que lo mejor era hacer una visita a Kharisa, quería comprobar que la marthora se encontraba bien tras la batalla y ver si podía echarle una mano en su regreso. Seguro que la mujer pájaro le ofrecía alguna solución de transporte.

Cuando llegó al claro donde estaba la casa de la marthora se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil encontrar ayuda. Las pequeñas chozas en las que los seres de Grawell pasaban sus últimas horas antes de acudir a Cogar a morir se mostraban humeantes o directamente en escombros. La batalla de los Dioses en las cercanías del río Yhemura había llevado hasta allí sus consecuencias[18]. La casa de la marthora no presentaba mucho mejor aspecto, aunque se mantenía en pie. Si no fuera por los marjes, los lutricampus y un pequeño grupo de papiarkoudas que revoloteaban por la zona se habría pensado que el lugar había sido abandonado. Pero aquellos seres seguían rodeando la casa. Se le iba a hacer duro acostumbrarse a convivir con esas y otras sorpresas que le depararía vivir en Grawell.

Animado por la presencia de los seres, se atrevió a llamar a la puerta de la marthora. Unos segundos después, esta apareció en el umbral igual de imponente, y desnuda, que en la anterior ocasión.

—¡Gare! Qué alegría verte —exclamó Kharisa con su cautivadora voz y extendió sus alas para que Gare se acercara y se dejara abrazar.

—Igualmente —dijo Gare y volvió a sentirse igual de turbado que la primera vez, cuando las cálidas plumas del cuerpo desnudo de la marthora le abrazaron.

—¿Qué haces aquí solo? —preguntó Kharisa al ver que ni Triz ni su amiga Helen estaban con él.

—Es una historia larga de contar. Digamos que Triz se ha tenido que sacrificar para salvar los mundos, que yo tuve que regresar a mi mundo por motivos personales, que he aparecido cerca de aquí en mi regreso y que necesito ayuda para ir hasta la casa de Helen donde ella me estará esperando.

—Al menos ahora parece que tu alma está a salvo —comentó Kharisa con una sonrisa alegre, pero nada seductora.

—¿Quieres decir que no vas a desear besarme? —preguntó Gare, que devolvió el gesto sin poder evitar quedar embobado mirando los ojos amarillos de la marthora.

—Sabes que solo siento la necesidad de mostrar cariño y afecto por los seres que están a punto de morir, y me alegro mucho de que no sea tu caso, que consiguieran salvarte de tu destino.

—En realidad, acertaste. Poco después de que Triz me hiciera regresar a mi mundo por estar en peligro, en una pelea con otra bruja, acabé en Marbh... lo que sea. Joder, con el nombrecito, nunca aprenderé a pronunciarlo bien. Tuvo que ser Triz la que consiguiera sacarme de allí.

—Ahí tienes otro motivo por el que no debería besarte. Triz jamás me lo perdonaría.

—Solo que Triz no iba a poder enterarse en muchísimo tiempo —replicó Gare y al hacerlo, al pensar en Triz, se le entristeció el rostro. Estaba viviendo tantas situaciones que todavía no le había dado tiempo a asimilar que no iba a volver a verla en muchísimo tiempo. Que, por mucho que estuviera dispuesto a esperarla, se le iba a hacer eterna su ausencia—. Pero mejor que no lo hagas, sí, que es capaz de enterarse y guardármela todo este tiempo.

Gare explicó a Kharisa lo que había ocurrido y que ahora se tendrían que encargar de reconstruir Grawell de la mejor manera posible hasta su regreso. Kharisa le consoló y se ofreció para llevarle hasta casa de Helen.

—¿Tienes un medio de transporte? —preguntó Gare.

—¿Para qué te crees que sirven además de para abrazar? —replicó Kharisa a la vez que extendía sus alas.

—Espera... ¿pretendes llevarme hasta casa de Helen volando sobre tu espalda?

—¿Prefieres ir andando?

—Es que... bueno... que yo peso bastante y... —dijo Gare sin poder evitar ruborizarse. La idea de tener que sentarse sobre la espalda del cuerpo desnudo de aquella mujer pájaro le ponía nervioso.

—Y yo soy una marthora. Podría cargar contigo hasta en los pies si pudieras mantenerte agarrado.

—No sé qué es mejor...

—¿Subes o no?

—Subo, subo —respondió Gare y trepó a la espalda de Kharisa con cuidado de ni siquiera rozarle el culo y sin saber dónde colocar las manos para agarrarse.

La marthora no pudo evitar una carcajada antes de elevarse.

Ver aquella zona de Grawell por encima de los árboles le hizo comprender lo cruenta y dura que había sido la batalla, que el sacrificio de Triz había sido necesario y que la reconstrucción les iba a llevar gran parte de aquellos siete siglos por mucha magia que utilizaran para acelerar el proceso. Todo estaba patas arriba y había enormes grietas en el suelo, hasta el cauce del río Yhemura se había desviado por alguna de aquellas grietas y ahora cruzaba por medio de Cogar, el desierto de los susurros.

Kharisa no tardó en llegar a la casa de Helen. Descendió a tierra con la misma gracilidad que si sobre su espalda no llevara carga alguna y dejó que Gare bajara de un salto evitando, otra vez, cualquier tipo de extraño roce.

—¡Kharisa! —exclamó Helen, que había salido a recibirles en el momento que les vio llegar a través de la ventana.

—Amiga... siempre es un placer verte. Te traigo un regalo. —Sonrió la marthora.

—Muchas gracias. Cuando llegaron Alana y Maya con el chafya supuse que íbamos a tener que ir a buscarle.

—Apareció cerca de mi casa y para mí es un placer ayudaros después de lo que habéis sacrificado por salvar los mundos. —Alana y Maya aparecieron en el umbral de la puerta y observaban a la marthora con la boca abierta—. ¿Las hijas de tu sobrina? —preguntó Kharisa.

—Las mismas, ¿a que son igual de guapas que su madre? —preguntó Helen—. Tengo un largo

trabajo por delante para enseñarles todo lo que Grawell esconde. Me va a tocar hacer la labor de maestra de la magia que no pude hacer con mi sobrina.

—Van a aprender de la mejor. Y la mayor estoy segura de que será una magnífica bruja de sangre.

Kharisa y Helen se despidieron y Gare entró en la casa, tenían que preparar el traslado a la casa del lago, mientras las hijas de Triz seguían con la boca abierta viendo cómo la marthora regresaba a su casa en Orgades.

—Alana, este lugar es alucinante —se asombró Maya.

—Pues verás cuando te enseñe todos los trucos que he aprendido.

Gare y Helen cargaron sobre la espalda de Atzu, que ya había regresado de ayudar a Nara y se había hidratado lo suficiente para adquirir el tamaño necesario, la mayoría de los objetos que la tía de Triz quería llevarse y el resto los metieron en la moto con sidecar, que causó furor en las niñas cuando les pidió que pusieran las manos sobre ella y que la imaginaran lo suficientemente grande como para llevar a los cuatro. Cuando la moto creció bajo sus manos, la imaginación de la más pequeña era desbordante, empezaron a dar saltos.

—¡Este lugar es mágico! —gritó Maya—. ¡Estoy deseando poder ver las hadas!

La noche comenzó a caer cuando estaban metiendo las últimas pertenencias en la nueva casa. Maya no quería irse a dormir porque, según ella, y no le faltaba razón, habían pasado muy pocas horas desde que se había levantado y no tenía sueño, pero las emociones y el cansancio terminaron por hacer que se quedara dormida en el sofá.

Alana enseñaba a Gare algunos de los hechizos mágicos que había aprendido durante el tiempo que su madre había estado fuera rescatándole y Helen miraba por la ventana de la casa.

—Hay algo que no termino de comprender —dijo de pronto.

—¿El qué?

—Si lo que me contó mi sobrina y lo que me has contado tú es cierto, en la anterior batalla de los Dioses, Astrid se quedó encerrada en Aisling, Galván en Anwnn y los Dioses se convirtieron en sendas montañas: el Dios Astado en una de hielo en el Ifrinn de Marbhreilig y la Diosa Luna en Ekabú, aquí en Grawell.

—Sí, así es.

—¿Y por qué, tras el hechizo lanzado por mi sobrina, no ha vuelto Ekabú? En el claro no ha quedado ni rastro de la montaña.

—No lo sé. Quizás no fue algo inmediato y la montaña surgió con el tiempo, antes de que la mayoría de vosotras llegara a Grawell. No lo sé. Sigue habiendo mil cosas de la magia que se me escapan y no entiendo.

—¿Y por qué todas las brujas alcanzadas por la nube de ceniza han fallecido salvo nosotros?

—Tampoco lo entiendo. Tendremos que esperar siete siglos para que Triz nos los explique.

—Lo que sí parece es que, tras la nueva batalla, ya no son necesarios los sigilos mágicos para mantener a Grawell en órbita. No están en la montaña y nada hace indicar que estemos en peligro, otra vez.

—Imagino que la necesidad de los sigilos ocurrió también con el tiempo. Cuando las fuerzas empezaron a desnivelarse. Todo ha vuelto al equilibrio, Grawell no los necesitará para mantener el suyo.

—Es posible, pero es raro. Al menos, será una preocupación menos que tendremos en el Consejo. Por cierto, cuando Rigel vuelva a salir, tendré que convocar a todas las brujas que queden en Etrazen para formar uno nuevo. Ahora que Petronilla y Silence ya no forman parte de él, siempre pensé que, si alguna vez teníamos que cambiarlo, Triz formaría parte...

—Seguro que Alana llegará a ocupar su lugar —dijo Gare y acarició el pelo de la niña.

—Seguro, pero, aunque es muy poderosa como ha demostrado durante la lucha, todavía tiene mucho que aprender.

—Será por tiempo... —musitó Gare.

—También es verdad. Voy a echar mucho de menos a mi sobrina.

—Yo también.

—Creo que necesito dar un mordisco a una de las galletas de Jane —murmuró Helen.

—¿Galletas? —preguntó Alana.

—Sí, galletas. Unas muy especiales que solo sabe hacer Jane, una bruja que vive en Dumbsilly. Mañana tendremos que ir a ver si está bien, sería una pena que se hubiera perdido la receta... Creo que hay alguna de esas galletas entre mis cosas… Gare, ya las conoces, pero hoy te dejaré probarlas.

—Por mí como si traes una caja. Ni me acuerdo de la última vez que comí algo —comentó Gare.

—Estas galletas son muy, muy especiales. No se puede abusar de ellas. Tienen, cómo decirlo... efectos secundarios.

—¿Producen alergia o algo así?

—Producen felicidad, alegría y creo que, en la situación en la que estamos todos, nos van a venir muy bien. ¿No creéis?

Helen se fue a buscar entre los botes y cajas que habían llevado hasta que encontró el que buscaba. Se alegró al confirmar que estaba en lo cierto. Quedaban dos de aquellas galletas.

Cogió solo una y la llevó al salón.

—Como os he dicho, hay que tener cuidado con estas galletas y no se puede abusar. Os daré solo un trozo a cada uno. A ti, Alana, uno muy pequeño.

—¿Por?

—Porque no es necesario mucho más. Ya verás cómo, con una pequeña pepita de chocolate, te sientes mucho mejor.

—¿Tienen chocolate? —preguntó Alana a la que se le empezaba a hacer la boca agua.

—En un principio la receta no tenía chocolate, pero Jane, con los años, quiso mejorarla y, cuando descubrió el chocolate y la canela, los añadió. Dice que, desde entonces, sus galletas son aún mejores. Los demás son una serie de ingredientes secretos que nunca nos ha querido confesar —respondió Helen y partió una pequeña porción de galleta—. Esta para ti —añadió y se la ofreció a Alana.

Aunque miró el resto de galleta con recelo, Alana no insistió y aceptó el trocito que Helen le ofrecía. En cuanto se lo metió en la boca, empezó a sentirse mejor.

—¡Qué rica! —exclamó con una sonrisa en los labios.

Era como si la galleta estuviera borrando, por un momento, la nostalgia que sentía por la ausencia de su madre y que solo llenara sus pensamientos de bonitos recuerdos y de esperanza. Cuanto más chupaba aquel trozo de galleta, mejor se sentía.

—Creo que yo necesito un trozo un poco más grande —dijo Helen.

Se partió un cacho de galleta el doble de grande que el que había dado a la niña y dejó el resto sobre la mesa mientras saboreaba su chocolate.

Como las otras veces que había comido aquellas galletas, se sintió mejor de inmediato, segura de sí misma y de que todo iba a salir bien. Feliz por haber podido conocer a las hijas de su sobrina y por ir a estar acompañada en casa durante mucho tiempo. Se sentía feliz de poder enseñar a Alana, y, en su medida, a Maya, lo que no había podido hacer con Triz. Eso la reconfortaba, le daba fuerzas para llevar a cabo la reconstrucción del Consejo y de Grawell. No dio un mordisco más grande porque sabía lo que ocurriría si lo hacía y tampoco era plan de dar un espectáculo delante de Gare y las niñas.

—Mi turno —dijo Gare, que se lanzó como un lobo hambriento sobre casi la mitad de la galleta que quedaba.

—¡Espera! —gritó Helen al ver que se disponía a comérsela entera.

Pero Gare tenía mucha hambre y ni siquiera escuchó la advertencia de Helen. Si aquella galleta iba a hacerle sentir mejor le hacía falta una buena cantidad. Echaba mucho de menos a Triz y no iba a ser fácil levantarle el ánimo.

Helen se llevó las manos a la cara cuando vio que Gare se metía la mitad de la galleta en la boca, sin ni siquiera partirla, de un mordisco. Se echó a reír.

—¿Qué *pacha*? —mal pronunció Gare con la boca llena—. Tampoco *cerá pa* tanto, ¿no?

—Ya me dirás, ya... —Rio Helen a carcajadas.

La verdad es que la galleta estaba muy rica. Además del sabor a chocolate, tenía otros muchos sabores agradables y le hacían recordar su infancia. Sabía a galleta casera recién hecha y le recordaba a su madre y a la época en la que se encontraba con Triz en la cibersala cada tarde. Recordar su sonrisa juvenil, la manera de mirarle que ella tenía entonces, y aquellas tardes sin preocupaciones entre máquinas de videojuegos le hizo sentirse mejor.

Cuando saboreó otra de las pepitas de chocolate de la galleta se acordó de la Triz que apareció en su espejo en *Unreal Live* y lo guapa que le pareció al verla. Estaba incluso más guapa que la última vez que se habían visto y todos sus sentimientos afloraron de nuevo. Por último, la imagen de Triz con la ropa mojada y pegada, tras rescatarle del agua en Vulkafer, acabó por azorarle.

—¡Uy, Dios! ¡Qué calor! —exclamó Gare sin poder evitar morderse el labio inferior.

—¡Te estás poniendo rojo! —exclamó Alana, que se echó a reír.

—Si tú supieras... —musitó Gare mientras movía las piernas inquieto—. ¿Y esto cuando para? —preguntó a Helen con una mirada suplicante. El calor iba a más, las emociones también y empezaba a sentirse algo más que alegre. Se sentía eufórico, excitado.

—Te avisé, glotón. Me temo que has comido demasiada galleta como para que vaya a parar...

—Quieres decir que...

—Sí, quiero decir que… —Rio Helen.

—Será mejor que me vaya fuera un rato a que me dé el aire.

—Será lo mejor, sí. —Helen no podía parar de reír.

Gare salió a la calle y se puso a pasear por las cercanías del lago. Si aquel calor, si aquella sensación de éxtasis placentero no cesaba, no descartaba acabar tirándose de cabeza al agua.

—Si es que me pasa por ansias... Joder... Jo... der...

Sentía cómo su cerebro seguía produciendo dopamina y endorfinas y amenazaba con hacerle sentir placer solo con respirar. La situación era, a la vez, extremadamente placentera e incómoda.

Le temblaba todo el cuerpo por las sensaciones que sentía, cuando una intensa luz amarilla iluminó las aguas del lago. Estaba tan confundido por lo que estaba sintiendo que, por un momento, pensó que se trataba de una alucinación. Estaba casi seguro de estar viendo surgir del agua una figura de mujer que salía del lago con el pelo tapándole el rostro y la ropa tan pegada al cuerpo que se le transparentaba la ropa interior.

—Joder... Que esto no ayuda, coño... —dijo mientras agitaba la cabeza para quitarse aquella imagen de la cabeza.

Pero la mujer seguía acercándose. Parecía confusa y aturdida, pero Gare la veía tremendamente sexi con aquel atuendo empapado. En ese momento, se apartó el pelo húmedo que le cubría la cara.

—Joder. Estas putas galletas son alucinógenas —exclamó Gare—. No te jode que ahora me parece estar viendo a Triz.

—¿Gare? —preguntó Triz al verle—. ¿Decidiste quedarte? —interrogó. Una radiante sonrisa iluminó su cara.

—¿Triz? —Gare seguía sin reaccionar. No estaba seguro de estar sufriendo una alucinación—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo, tonto.

Gare no esperó más. Echó a correr y, aún a riesgo de abrazar al aire al llegar a su altura, se abalanzó sobre ella. Para su alegría, la figura de Triz no se desvaneció en el aire.

—¡Eres tú! ¡Has vuelto! No me lo puedo creer. ¡Has vuelto! —empezó a gritar Gare, sin dejar de abrazar y besar a Triz a la que casi no dejaba ni respirar.

—Gare... no sabía que te ibas a alegrar tanto de volver a verme —dijo Triz sonrojándose al sentir la alteración de Gare.

—Es… esto... Me alegro mucho de verte, muchísimo, pero te juro que esto es culpa de una galleta que me ha dado tu tía —respondió Gare, que se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—¿Te has comido una galleta de chocolate de Jane? —Triz no pudo evitar echarse a reír.

—Me temo que me ha podido el hambre y ahora... lo estoy pasando fatal...

—Te creo. Yo también las he probado y me tiemblan las piernas solo de recordarlo.

—Es que no la he probado... ¡Me he comido la mitad!

Triz se tuvo que agarrar la tripa del ataque de risa. Se rio tanto que sus carcajadas fueron escuchadas dentro de la casa y tanto Helen como Alana salieron a ver qué pasaba. Cuando la vieron, ambas corrieron a abrazarla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Helen mientras Alana todavía seguía agarrada al cuello de su madre.

—¿No te alegras de verme?

—¡Claro que me alegro! Pero te despediste... ¡Por siete siglos! ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy segura, pero creo que mi hechizo no ha ido exactamente igual que el de Galván. En lugar de verme encerrada en Anwnn a mí me ha tocado quedarme en Grawell.

37

Venganza

No quería abrir los ojos. Hacía un rato que había dejado de sentir el cálido cuerpo de la Diosa entre sus brazos y se imaginaba por qué, pero, si mantenía los ojos cerrados, aún podía conservar un poco más la esperanza. Podía imaginar que seguía a su lado, aunque se hubiera visto desprovista de su abrazo, y que la observaba con esa mirada suya llena de amor y ternura. Si abría los ojos y veía la misma cueva en la que había estado encerrada los anteriores siete siglos, toda aquella ilusión, toda esperanza, se difuminaría. Con los ojos cerrados aún, podía sentir el roce de su pelo en las mejillas, oler su aroma, y no quería dejar de sentirlo. Aunque estuviera condenada a pasar allí otros siete siglos, no iba a olvidar aquella sensación, pero sí que el tiempo le haría dejar de sentir el roce cálido de las manos de la Diosa.

Si abría los ojos, la realidad se abriría paso y la sola visión de la cueva le haría perder la calma y la serenidad que el abrazo de la Diosa le proporcionaba. Volverían los temores, los miedos de aquella primera vez en la que Galván invocó el hechizo y la niebla de ceniza la alcanzó. Volverían la soledad, la tristeza, la ira, la sed de venganza, la necesidad creciente de hacerle pagar a aquella entrometida a la que había otorgado el honor de compartir sus sueños su traición. ¿Quién se creía que era para volver a condenarla? Aquella bruja de sangre tendría que haber vivido las mismas emociones que ella en sus sueños, tendría que haberse enamorado de la Diosa como ella había hecho en el momento en el que la besó y, sin embargo, la había traicionado. Astrid sintió cómo la rabia ya empezaba a ganar terreno en sus pensamientos, cómo el calor que el cuerpo de la Diosa le había hecho sentir se difuminaba y el frío de la traición empezaba a hacerle tiritar. Hasta el olor fresco de la Diosa se evaporaba entre la humedad de aquel lugar. Una humedad que olía a cerrado, condenándola, otra vez, a vivir en un lugar sin vistas al cielo, sin poder contemplar la belleza de la luna, para poder recordar cada noche su amor por la Diosa.

—¿Qué es ese olor? —musitó, todavía sin abrir los ojos cuando no pudo reconocer el hedor que llenaba su olfato. La cueva de Aisling en la que había estado encarcelada con anterioridad, olía a humedad, a cerrado, a desesperación, a angustia, pero no desprendía aquel hedor putrefacto que casi

le hace vomitar al respirarlo—. No... No puede ser...

Astrid pasó de no querer abrir los ojos para no perder la esperanza a tener miedo a abrirlos. No estaba en la cueva de Aisling, esta vez el hechizo la había condenado a otro lugar, y aquello cambiaba drásticamente sus planes. Si no estaba en Aisling, no iba a poder influenciar en el sueño de las brujas cuando su poder fuera recuperándose, no iba a poder encontrar a la bruja de sangre que la liberara de aquel lugar pasados los siete siglos. Aquel lugar en el que se encontraba no olía a la cueva ni tampoco a ninguno de los rincones de Grawell. Ella los conocía todos, incluso los más oscuros y húmedos, y ninguno olía a aquella pestilencia que insistía en clavársele en las fosas nasales.

—No... —musitó incrédula, o mejor dicho, intentando no creer—. Si no estoy ni en Grawell ni en Aisling, solo me quedan... ¡No! —gritó.

No se atrevió a moverse. No quería tocar nada, ver nada, oír nada que le confirmara sus sospechas, bastante tenía ya con el sentido del olfato y aquel desagradable sabor que se le había instalado en el paladar procedente de respirar aquel aire corrompido.

El hechizo no había tenido las mismas consecuencias que la vez anterior. Estuvo mucho tiempo inmóvil, incapaz de aceptar su nuevo destino, pero finalmente abrió los ojos y todo lo que su mente estaba imaginando se hizo realidad. Estaba en Anwnn, el infecto mundo previo a Marbhreilig.

—¡Me las vas a pagar, maldita bruja! ¡Te juro que me las vas a pagar!

Maldijo, amenazó y prometió venganza hasta que se quedó sin voz, solo entonces se dejó caer en el suelo de rodillas. Cuando fue consciente de que en Anwnn envejecería, se echó a llorar desolada. Esta vez sería ella quien se debilitaría, y eso, unido al hecho de no poder influenciar en los sueños del resto de brujas de sangre, le complicaba al extremo su venganza. No iba a poder ocultar mensajes ni esconderse en sus sueños.

Pasaron horas hasta que decidió cuál iba a ser su próximo, y primer paso, en aquel lugar. Un mínimo rayo de esperanza en su nefasta situación. La vez anterior Galván fue el condenado a Anwnn y su Dios, el Dios Astado, fue condenado a Marbhreilig. Si esta vez había ocurrido lo mismo y el destino de ella y de su Diosa habían quedado unidos del mismo modo, la Diosa Luna debería de estar en Marbhreilig. Y allí sí que tenía acceso. Podía ir a verla, encontrarla. Sabía qué tenía que hacer.

Aceptó su condición y las puertas de su Marbhreilig se abrieron. Era un lugar oscuro, siniestro, nada acogedor; con un suelo que parecía hundirse bajo sus pies cada vez que lo pisaba; con un

paisaje inhóspito, de suelos humeantes, caos y destrucción, muy parecido al que había contemplado en el tercer sueño con la Diosa; con un olor menos pestilente que el que dejaba en Anwnn, pero tampoco agradable, como si dejara atrás el olor a carne podrida, pero se adentrara en uno a carne quemada. Le recordó al olor que desprendían los cuerpos de las brujas que vio en la plaza de su pueblo cuando era una niña.

Tardó años, no pudo contarlos, puede que consumiera uno de sus siglos de espera intentando cruzar aquel lugar que tantas trabas le ponía, pero pese a todos los inconvenientes y pruebas que fue encontrándose, pese a que tuvo que reiniciar el camino en numerosas ocasiones, su determinación por alcanzar su objetivo, la pequeña esperanza de reencontrarse con su Diosa Luna, le hizo alcanzar Ifrinn y sintió una punzada en el pecho, mezcla de felicidad y rabia. Allí, en medio de un falso mar, estaba Ekabú, con su manto blanco en la cima y su vestido de ceniza y tierra.

—Mi Diosa... —murmuró y se dejó caer en la orilla para observar en la distancia la montaña.

Tras hundir un par de veces sus pies y comprobar que podía cruzar aquel líquido viscoso si corría a suficiente velocidad, alcanzó las faldas de la montaña y se abrazó al suelo.

—Mi Diosa... —murmuró, de nuevo, antes de echarse a llorar—. No podrás abrazarme, ni besarme, pero, al menos, pasaremos el tiempo que nos quede juntas y planearemos nuestro triunfal retorno.

Se puso en pie, se secó las lágrimas y miró hacia lo alto de la montaña. A la altura de donde debería estar el corazón de su amada, vislumbró una cueva, un vacío donde deberían de estar los sentimientos de la Diosa.

Sin perder tiempo, inició una tormentosa escalada por aquellos escarpados riscos que varias veces amenazaron con hacerla caer, pero no se detuvo hasta alcanzar aquella cueva y cobijarse en su interior.

El lugar estaba vacío y era frío, pero Astrid no se detuvo hasta llegar al fondo de aquella cueva, se abrazó a las paredes y se dejó caer.

—Juntas... Hasta que el hechizo se debilite... No me separaré de tu lado mientras tanto... Viviré aquí, en el lugar que debería ocupar tu corazón. En el lugar que ocuparé cuando nuestro destino, al fin, se cumpla. Cuando nuestra venganza se haga realidad y los mundos renazcan.

—Juntas... —parecieron susurrar las paredes de la cueva.

38

Y vivieron felices y comieron galletas

Había costado horrores que sus hijas se fueran a dormir. Maya se había despertado con los gritos de entusiasmo y se había encaramado a su madre con tanta efusividad que Triz temía que se hubiese quedado pegada. Ninguna de las dos se había querido ir a acostar y querían que les explicara qué había pasado. No se quedaron tranquilas hasta que les contó varias veces lo ocurrido y hasta que les aseguró que los mundos habían sido salvados, aunque a partir de ese momento, aquel sería el suyo.

—¿Por qué la niebla no nos afectó a nosotros? —preguntó Helen.

—Porque el hechizo está conjurado para proteger a mi familia, a la gente que quiero.

—¿Y por qué no me afectó a mí? —interrogó Gare.

—¿Tú que crees?

—Lo sé, pero me encanta oírtelo decir.

—Por lo mismo que no afectó a Fulgor. Os tengo cariño —dijo Triz y rio ante la mirada de odio que le lanzó Gare.

Las niñas no aceptaron irse a dormir hasta que les aseguró que seguiría allí por la mañana y que no se iba a volver a marchar en mucho tiempo. Helen, viendo que su sobrina quería quedarse a solas con Gare, las cogió a una de cada mano y las llevó a su habitación. No quedaba mucho tiempo hasta que Rigel volviera a salir y tenían que descansar, aunque estaba segura de que las emociones vividas no les iba a dejar hacerlo. Ya habría tiempo de dormir.

—¿De verdad decidiste quedarte? —preguntó Triz cuando se quedó a solas con Gare sentada en el banco de la entrada, cuando llevaban un rato mirando en silencio hacia el lago.

—Claro... Ni siquiera me planteé otra opción.

—¿Aunque no fuera a regresar en siete siglos ibas a esperarme?

—¡Ah! Lo dices por eso... No, mujer, si yo decidí quedarme aquí es porque, después del mes de hospital, me cobraron un montón de vatios y no iba a tener con qué devolvérselos a Paul. Consideré mejor idea venirme aquí que acabar en la cárcel.

—Pero mira que eres tonto a veces —repuso Triz.

—Tu tía me dijo que aquí hay chocolate… —añadió Gare y consiguió que Triz se riera—. Ya sabes que no puedo evitar decir tonterías cuando debo ponerme serio... No sería yo si no lo hiciera, ¿no crees? Además, te lo debo por lo de que me tienes cariño...

—La verdad es que esa manera tuya de hacerme reír es parte de tu encanto. No lo voy a negar.

—Me he pasado más de la mitad de mi vida queriéndote y arrepintiéndome de no habértelo dicho. Ahora que ya rompí esa barrera, prefería esperarte siete siglos que darte por perdida.

—No iba a reconocerlo nunca, pero mira que a veces hasta me gustas cuando te pones moñas. —Sonrió Triz antes de besar a Gare—. Aun así, era mucho tiempo. No deberías haberlo sacrificado por mí.

—¡Bah! Con lo rápido que pasan aquí los días, en lugar de siete siglos me hubieran parecido catorce. —Rio Gare—. Pero no se me ocurre nadie que merezca más la espera.

—¿Y si lo nuestro no funciona? ¿Y si, ahora que vamos a estar juntos, descubrimos que no va bien? ¿Y si lo estropeamos?

—Tú y tus «y síes». Tengo otros para ti. ¿Y si funciona? ¿Y si va bien? ¿Y si el error era no intentarlo? Triz, no tengo ni idea de qué pasará mañana, salvo que Rigel durará poco en el firmamento, lo que sí sé es que quiero comprobarlo contigo. ¡Ah! Y si no funciona, siempre nos quedarán esas galletas de la felicidad que tiene tu tía.

—¡Las galletas de Jane! —Rio Triz—. ¿Qué tal lo llevas?

—Mejor no preguntes —se sonrojó Gare.

—La vez que las probé reconozco que tuve un orgasmo muy placentero, aunque me moría de vergüenza —confesó Triz sin dejar de reír.

—Conmigo han tenido el mismo efecto...

—¿En serio? —La risa de Triz era incontrolable.

—Sí, cuando acompañaste a tus hijas a la cama y me quedé solo… No me podía aguantar. Te lo juro.

—¿Sabes?

—Dime.

—Después de lo vivido estas últimas semanas, de mis sueños, de Aisling, de Grawell, de Marbhreilig y, sobre todo, después de haber pensado que no iba a veros en siete siglos, creo que me apetece mucho comer un poco de esas galletas... contigo. —Sonrió Triz traviesa—. Ese reencuentro «alegre» en la orilla del lago me ha recordado lo que dejamos a medias mientras volvíamos de Vulkafer y el sueño que allí tuve.

—Creo que a tu tía le quedaba una en la cocina —propuso Gare.

—¿Vamos? —preguntó, se puso en pie y le tendió la mano para que la acompañara.

—Vamos —aceptó Gare, pero, antes de entrar en la casa, se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo quería decirte que te quiero antes de que la efusividad de las galletas me influya demasiado.

—Yo también te quiero, Gare.

En la entrada de la casa, con las primeras luces de Rigel asomando en el horizonte y atravesando las ramas de los frondosos árboles que aún se mantenían en pie cerca del lago, se besaron.

—Haremos que funcione —dijo Triz.

—Seamos felices mientras lo intentamos —repuso Gare.

39

Epílogo

Llegados a este momento, al final de esta trilogía, algunos os preguntaréis: ¿por qué una trilogía si los elementos son cuatro? Si Aisling era el elemento Aire, si Grawell era el elemento Fuego y Marbhreilig el elemento Tierra, ¿por qué no un cuarto libro con el elemento Agua? ¿Por qué no nos cuentas «el final»? ¿Son felices para siempre? ¿Comen galletas juntos? ¿A qué nuevos problemas se tendrán que enfrentar? ¿Seguirá Gare siendo insufrible con sus protestas y Triz lo mandará de vuelta? ¿Seguirá siendo Triz tan «responsable» y Gare romperá alguna norma de Grawell para que lo expulse? ¿Será Alana la mayor bruja wicanna de todos los tiempos? ¿Se adaptará Maya a ser una niña de nueve años durante tantos años? ¿Rescatará hadas? ¿Podrán evitar que, siete siglos más tarde, Astrid y la Diosa Luna consigan el renacer de los mundos y con ellos nuestra extinción? ¿Estarán Triz y Gare juntos para entonces?

El agua es el elemento de la naturaleza más cambiante. Se puede presentar como líquido en ríos, mares y en los grifos de nuestras casas; como gaseoso cuando se evapora por el calor del sol o en la olla express cuando hacemos un cocido; y como sólido en los glaciares de las montañas, en la nieve del invierno o en los cubitos de hielo de nuestros refrescos o de esos mojitos que tanto le gustan a Triz. Como decía Bruce Lee: «Vacía tu mente, no tengas forma ni figura, sé como el agua».

El agua compone casi el ochenta por ciento de nuestro organismo, el setenta y uno por ciento de nuestro Planeta es agua y, sobre todo, su ciclo no tiene final. Llueve, surca los ríos, se evapora hasta las nubes y vuelve a caer sobre la tierra en un ciclo infinito. Como las fases de la luna, todo es cíclico, como le dijo Galván a Triz en Anwnn.

Siempre que veo una película romántica en la tele pienso lo mismo. ¿Por qué solo nos cuentan el cómo se enamoran, las dificultades que se encuentran para estar juntos y no el qué ocurre después? Muy sencillo, porque las historias de amor no tienen final.

Cuando decidí escribir esta historia, lo hice conociendo el principio, sabiendo cómo se conocieron Triz y Gare, sabiendo las idas y venidas de su vida, conociendo por lo que les había

tocado pasar y los motivos por los que llevaban la vida que llevaban hasta entonces, pero todavía no me han podido contar su final, porque su historia sigue transcurriendo. Puede que por unos días o que dure siete siglos. Ni ellos saben su final y por eso el elemento Agua no se puede escribir.

Puede que estén juntos hasta que la muerte los separe, aunque ahora sabemos que la muerte no es el final, sino solo otro mundo en el que reencontrarse. Puede que se den cuenta de que su relación no es eterna y que solo sean felices unos cuantos instantes más, pero están seguros de que esos instantes ya merecerán la pena ser vividos. Puede que sus vidas vuelvan a separarse y acaben en mundos distintos, en vidas paralelas que solo han tenido la suerte de cruzarse un momento, en ese instante final a la orilla del lago de Meath que ahora se llamará lago de Helen o lago de Triz y Gare, en realidades diferentes en las que su historia de amor no sea más que un recuerdo, un cruce de caminos, una historia que contar y que ese sea el más feliz de los finales posibles. Porque, a veces, los finales verdaderamente felices no son aquellos que nos esperamos, sino el que la vida nos trae por sorpresa. No lo sabremos. ¿Y si el ciclo comienza de nuevo y la Diosa Luna vuelve a desear un final distinto para todos?

Porque, como las fases lunares, el ciclo solar o el ciclo del agua, esta historia no tiene final, es cíclica, siempre vuelve. Ni Triz ni Gare ni yo lo conocemos, es secreto, misterioso, como la receta de la felicidad de las galletas de Jane.

Así que ahora es vuestro turno. Dejad que el elemento Agua fluya, se moldee en vuestras mentes y construya un final, decenas de finales, miles —ojalá—, y que Triz, Gare, Helen, Alana, Maya... puedan vivir cada uno de ellos.

Sed el elemento Agua. —Curioso, ¿verdad? El imperativo del verbo ser es exactamente igual a lo que la falta de agua provoca, lo que sufrió Gare en su Marbhreilig—. Imaginad, porque quedan muchos mundos que salvar y finales que contar, pero, por favor, que en todos ellos haya chocolate y un conjuro de felicidad. Creo que, por ahora, Triz y Gare se la han ganado.

PÁGINA WEB DEL AUTOR

Si quieres saber más sobre mí, mis libros, o estar al tanto de lanzamientos, promociones o sorteos, puedes visitar mi página web escaneando el código QR que aquí aparece o bien buscando en tu navegador:

www.ageraguirreescritor.es

1 Samhain: Festividad de origen celta que consideraban la transición de un año a otro o la apertura de un nuevo mundo. Origen de festividades como Halloween o el día de Todos los Santos en la actualidad se sigue celebrando en movimientos como la Religión Wicca o el druidismo.

2 Athame: Daga ceremonial para realizar rituales de la Religión Wicca, religión neopagana, vinculada a la brujería, desarrollada en Inglaterra en la primera mitad del siglo XX.

3 Dios Astado: Junto a la Diosa Luna, deidad a la que se venera en la religión Wicca. De su imagen de hombre con cuernos, la religión cristiana extrajo la imagen de Lucifer o el demonio.

4 Estado hipnagógico: Fase previa el inicio del sueño en el que se producen alucinaciones auditivas, visuales o táctiles. La palabra hipnagógica expresa una situación de tránsito entre la vigilia y el sueño acuñado por Alfred Maury.

5 Aisling: Nombre femenino, de la lengua irlandesa, que se le da a la palabra sueño. Aquí se usa para bautizar al mundo de los sueños.

6 ¡Haz que lo muerto vuelva a la vida! ¡Haz que lo vivo prevalezca!

7 Scape room o sala de escape: Juego de escape, cada vez más popular, donde un grupo es encerrado en una habitación durante un tiempo y tiene que resolver pistas y enigmas para conseguir salir.

8 El colgante muestra tres fases de la Luna. Creciente, llena y menguante. En la religión Wicca estas tres fases corresponden a la juventud de la Diosa (Doncella), a su etapa adulta (Madre), y a su madurez (Anciana). Triz le pide a la Diosa que revele el secreto que ocultan las tres fases de la Luna de su colgante.

9 Traducción de la imagen del final del capítulo anterior. La Rede Wicca original está escrita en inglés antiguo.

10 ¡Que el poder de mis palabras revele la verdad! ¡Que la Dama borre la mentira!

11 Los altares en la religión wiccana siempre están orientados hacia el Este con lo que el viento llegando desde la derecha de Triz tiene que provenir del Sur.

12 ¡Que el Astado ordene las palabras! ¡Que la verdad vea el Señor!

13 ¡Que las fuerzas del mal rompan tu escudo! ¡Que los rayos del cielo te hagan arder!

14 ¡Mata mi parte viva! ¡Que la muerta prevalezca!

15 Petronilla de Meath fue la criada de Alice Kyteler, primera mujer acusada de brujería en Irlanda. Cuando Alice huyó a Inglaterra, Petronilla fue torturada y flagelada hasta que confesó lo que le pidieron, acusando a Alice Kyteler y a ella misma de practicar brujería y relaciones sexuales con un íncubo. Murió en la hoguera el 3 de noviembre de 1324, mientras que de Alice Kyteler no se supo nada más.

16 Rigel es una estrella gigante blanco-azulada situada en la constelación de Orión a 860 años-luz del Sistema Solar y tiene a su lado una Nebulosa conocida con el nombre de Cabeza de Bruja.

17 La madera de quino contiene quinina. Conocida por sus propiedades curativas, sobre todo, contra la malaria. De sabor amargo, se utiliza también como potenciador del sabor en el agua tónica y sus componentes fluorescentes le hacen brillar bajo la luz negra. (Por eso, los *gin-tonics* brillan con la luz de las discotecas.)

18 Grimorio: Nombre que se le da a los libros que contienen hechizos y conjuros.

19 Tras la tormenta solar, en el mundo real, el Sol es el nuevo Dios al que se venera. Una nueva religión.

1 Sigilos sagrados: son símbolos creados para un propósito mágico específico. Se diferencian de las runas nórdicas en que no están diseñados para representar un alfabeto, sino para representar un deseo completo. En el caso de los sigilos de Grawell, este propósito es mantener la órbita del planeta alejada de Rigel, la estrella azul.

2 Annwn: Nombre que en la mitología galesa se le da al inframundo. Palabra que se formó, posiblemente, con los termino "an" en galés «en el interior» y "dwnf" en galés «mundo».

3 Marbhreilig: Unión de dos palabras irlandesas que significan «cementerio» y «muertos». El autor da nombre así al mundo de los muertos.

4 Etrazen: Ciudad de Grawell donde está el consejo de brujas. Observar mapa al inicio del libro.

5 Ouroborus: Término en latín que da nombre a una especie de lagarto armadillo natural de Sudáfrica. Tan similar a un dragón en miniatura que el autor usa su nombre para este ser fantástico que vive en Grawell. Imagen al final del capítulo anterior.

6 Dríada: Duende de los árboles con forma femenina, solitaria y de gran belleza. Su piel cambia de color según la estación, para camuflarse mejor en su árbol.

7 Dumbsilly: Dumb y silly son dos palabras en inglés que significan tonta. El autor usa la sonoridad de ambas palabras para dar nombre a la ciudad de las tontas «Dumbcity». Observar en el mapa del inicio del libro.

8 Belladona: Es una planta con frutos negros y brillantes del tamaño de una cereza. Su sabor es amargo y contiene un alcaloide llamado atropina que en pequeñas dosis provoca alucinaciones y, en exceso, pérdida de memoria, parálisis e incluso la muerte. Las «brujas» de la Edad Media usaron esta planta para sus ungüentos, que administraban usando un palo y que provocaban alucinaciones en las que los pacientes creían volar. De ahí viene el mito de que las brujas volaban en escobas.

9 Lenok: Conocido también como la trucha asiática, es un pez de la familia de los salmónidos que se puede encontrar en lagos de Siberia, el norte de China y Corea. Puede alcanzar los setenta centímetros y los seis kilos de peso.

10 Marjes: Animales voladores de un tamaño superior a las libélulas con ocho patas en lugar de seis. Su tamaño les permite transportar a otros seres más pequeños sobre su lomo. Se alimentan de insectos y, si se enfadan, pueden llegar a morder y causar infecciones difíciles de curar.

11 Galanga: Planta comestible parecida al jengibre. Las brujas la utilizan para hechizos de protección.

12 Liquenbrin: Pequeños seres de color anaranjado en apariencia inofensivos, pero muy peligrosos si atacan en grupo.

13 Ent: Guardián de los bosques. Híbrido entre hombre y árbol. Miden entre 4 y 5 metros y suele tener un carácter amigable y tranquilo, siempre que nadie encienda un fuego cerca de ellos o aparezca con un hacha en su bosque.

14 Papiarkoudas: Del griego *pápia* 'pato' y *arkóuda* 'oso'. Ser mágico que tiene apariencia de pato en su forma tranquila, pero, si es atacado, se transforma en un fiero oso. Algunas brujas lo tienen como animal doméstico y para su protección. También usan como escudo protector sus plumas.

15 Solas, lasair, tine: Del irlandés. Luz, llama, fuego.

16 Lutricampus: Del latín *lutriae* "nutria" e *hipocampus* "caballito de mar". Ser creado por el autor, ya que estas dos especies terrestres se caracterizan porque solo tienen una pareja. En el caso de los caballitos de mar, cuando un miembro de la pareja muere, el otro se queda a su lado sin comer hasta que también perece. Es lo más parecido que

vamos a encontrar en la naturaleza a la expresión «morir de amor».

17 Canignis; Del latín *canem*"perro" e *ignis* "fuego". Parecidos a los perros que conocemos, estos animales tienen la facultad de arder en llamas como defensa ante el ataque de un depredador. Los de la raza gris son los más peligrosos, no se suelen dejar domesticar y viven salvajes en Grawell.

18 «Que tu poder atrape la llama y la apague», en gaélico-escocés.

19 Marthora: Ser mágico que guía a otros seres y los acompaña en los instantes previos a su muerte. Con cuerpo de mujer cubierto de plumas .Tiene piernas también cubiertas de plumaje, pero no tiene brazos, sino alas. Sus ojos son amarillentos y, pese a su aspecto de pájaro, tiene boca en lugar de pico. Su voz es muy seductora y conoce todos los idiomas existentes.

20 Lantrinidas: Pirañas de cristal que solo viven en Yhemura, el río de Grawell. Pese a su frágil apariencia, son tremendamente peligrosas, por su perfecto camuflaje y su tremenda voracidad.

21 Eucalipto arcoíris: Aunque este árbol parece originario de un mundo de fantasía, existe en nuestra naturaleza. Originario de la isla Mandanao, también crece en lugares como Nueva Guinea, Nueva Bretaña, Seram o Filipinas. Característico porque su corteza muestra tonalidades que van desde el verde al púrpura o naranja.

22 Veves: Símbolos mágicos usados en un ritual vudú.

23 Loas: El universo de las deidades vudú está presidido por Legba. Por debajo de él están los espíritus mayores, también llamados loas.

1 Festividad wicanna. Más detalles en Aisling-En el mundo de los sueños.

2 En el año 2020 el equipo de Takeshi Sakurai pudo identificar un conjunto concreto de neuronas en el hipotálamo capaz de inducir reducciones en la temperatura corporal y el metabolismo durante más de 48 horas en ratones de laboratorio. Imagino que para el año 2049, donde ubico esta novela, estos estudios permitan la hibernación en seres humanos.

3 Nueva mención a la serie *Juego de Tronos,* que ya se mencionó en *Grawell. En el mundo de las brujas* con el nombre de la enfermera Arya.

4 Referencia a la película *Gru, mi villano favorito*. Lilian recuerda el gusto de Gare por las películas antiguas, así que aprovecha a lanzar referencias sobre ellas para resultarle interesante. Como cuando se conocieron con una referencia a la película *Bichos,* escena de *Grawell. En el mundo de las brujas.*

5 La Viuda Negra es uno de los superhéroes que sale en la saga de películas de *Los vengadores* y que interpreta Scarlett Johansoon. Gare sigue con su fijación por el cine y esta es una de sus actrices más deseadas. Parecía tonto Gare...

6 Un eclipse solar completo se produce, aproximadamente, cada año y medio en algún lugar de la Tierra. Para que un eclipse solar completo se pueda apreciar desde el mismo punto de la Tierra pueden pasar entre doscientos y trescientos años. Cuando Galván se refiere a diez eclipses solares se refiere a aquel que se produce en cualquier lugar de la Tierra, o lo que es lo mismo, a un período de quince años. Los que transcurren entre el primer sueño con los Dioses de Triz con diez años y el segundo con veinticinco.

7 Ifrinn: Infierno en galeico escocés. Al igual que con Marbhreilig (Marbh: Muerte; Reilig: Cementerio), el autor usa este idioma para nombrar al centro del mundo de los muertos.

8 Eclipse solar completo. Como se comentó en el capítulo de Galván y Triz, corresponde a un período de quince años. En el año 1336 los eclipses eran temidos por el desconocimiento que había sobre ellos y por eso la madre de Astrid lo llama «sol negro».

9 Este es el videojuego al que estaba jugando Gare la primera vez que le presentaron a Triz.

10 El starlite es un material parecido al plástico, capaz de soportar grandes temperaturas sin inmutarse y conservar el tacto frío. Como el inventor de este material, un químico aficionado llamado Maurice Ward, falleció en 2011 sin dejar la fórmula, me he imaginado que una investigación sobre el mismo permitió una evolución de este material en los próximos años, por lo que resistiría también los fuertes impactos y se usaría para la construcción de

edificios. Más información en Wikipedia.

11 En 1347 empezó a extenderse la que ahora conocemos como Peste Negra.

12 La característica de los fluidos no newtonianos es que pueden modificar su estado dependiendo de la presión que se ejerce sobre ellos. Si se golpean, se comportan como sólidos, aunque su apariencia es líquida. Se puede hacer un líquido no newtoniano sencillo en casa usando harina de maíz y agua.

13 Olvidar para siempre. Perder los recuerdos. En noruego.

14 Daenerys Targaryen es conocida en la serie *Juego de Tronos* como Daenerys de la tormenta, de la casa Targaryen, primera de su nombre, la que no arde. Reina de los Ándalos y los primeros hombres. Khaleesi del gran mar de hierba, rompedora de cadenas y madre de dragones. Ya hemos visto que Gare fue un seguidor de esta serie durante su adolescencia en otras menciones, como con la enfermera Arya en Grawell, y de ahí la mención a la madre de dragones tras escuchar la «presentación» del Dios Astado.

15 La magia del número 7: Puede que ahora entendáis por qué son siete los pecados capitales, por qué hay siete maravillas en el mundo, por qué son siete los mares, por qué la semana tiene siete días o tiene siete vidas un gato, por qué eran siete los enanitos de Blancanieves, las leguas que podían recorrer las botas del gato con botas o eran siete las bolas de dragón que tenía que recuperar Son Goku. O simplemente por qué el arcoiris tiene siete colores o son siete las notas musicales.

16 Cerridwen: Es una de las diosas que con mayor frecuencia se encuentra en los ritos neopaganos. Aunque en su mito se la puede encontrar en los tres arquetipos femeninos (doncella, madre y anciana) se la relaciona principalmente con el de la anciana y representa la luna menguante (información obtenida de Wikipedia.) Por primera vez en esta trilogía se le otorga un nombre propio a la Diosa Luna, dado que el resto de personajes, salvo Astrid y Galván, lo desconocen hasta este momento.

17 Cernunnos: Nombre dado al Dios Astado en la mitología celta. Como en el caso de la Diosa Luna, es la primera vez en esta trilogía que se le otorga un nombre propio, porque era desconocido por el resto de personajes.

18 Mirar mapa de Grawell en Grawell, en el mundo de las brujas.